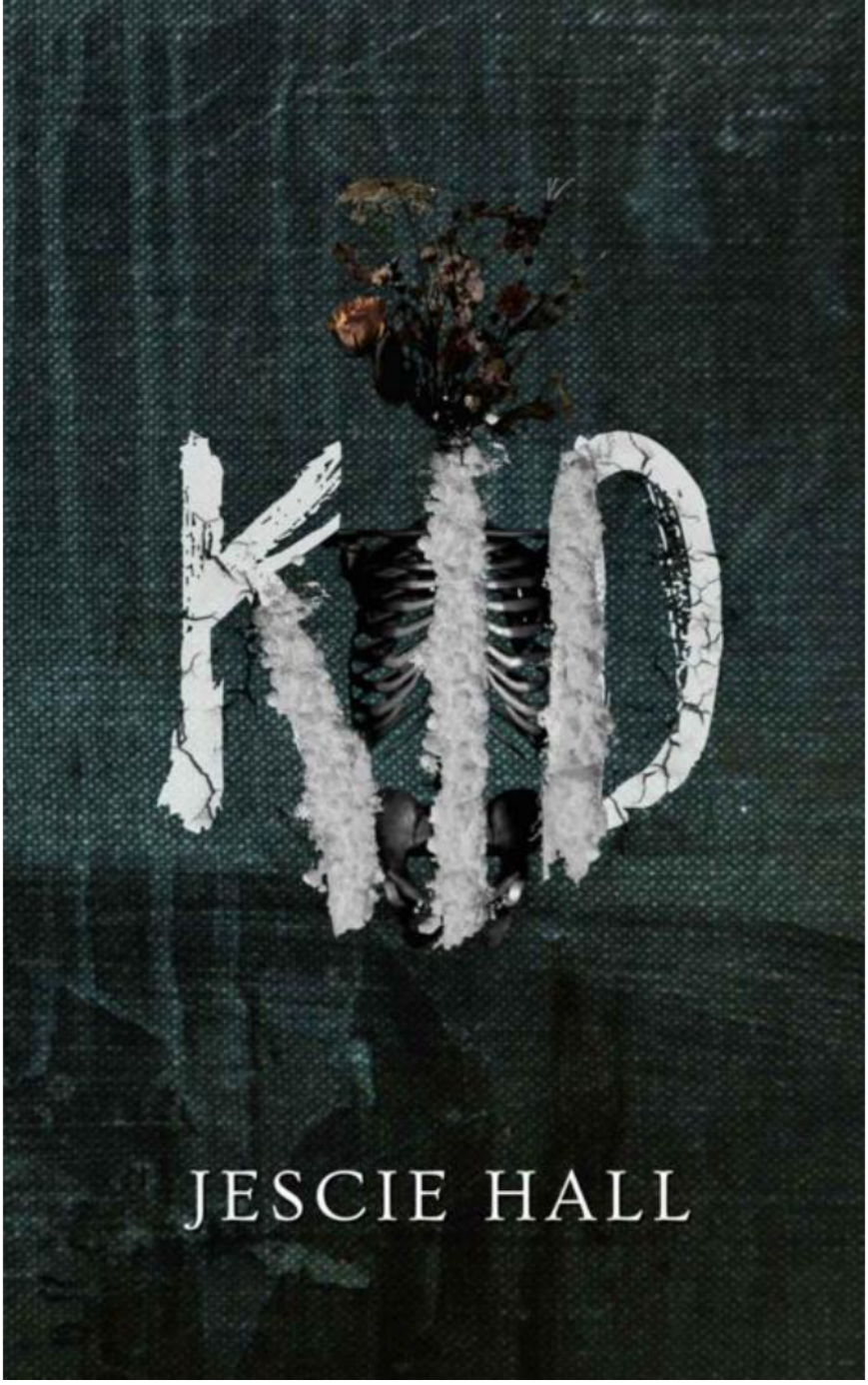
KID
JESCIE HALL

Índice

Sinopsis

Créditos

Aclaración

Advertencia de Contenido

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

Epílogo

Ayuda y apoyo en materia de adicciones

Sobre la autora

Sinopsis

La adicción es mi debilidad.

Una cruel tentadora que me sigue donde quiera vaya.

Arrastrándome lentamente hasta que me ahogo.

Hasta que ella aparece.

Johanna.

Mi salvavidas en este océano de drogas y locura.

Ella es un enigma total, tan caótica como vienen. Una zorra que vive su vida sin límites.

Pero sus demonios son mayores que los míos, y amenazan con ahogarla junto a mí.

La necesito tanto como ella a mí.

Podemos aferrarnos y salvarnos mutuamente, o podemos hundirnos en el olvido, dejando que nuestro pasado, nuestros recuerdos y nuestras adicciones sean el ancla que nos contengan.

Contiene contenido para adultos, como consumo de drogas, dolor autoinfligido, traumas y contenido sexual gráfico.

Créditos

Diseño y Epub

Dark Queen

Aclaración

Este es un trabajo de ***fans para fans,*** ningún miembro del staff recibió remuneración alguna por este trabajo, proyecto sin fines de lucro

Les invitamos a NO publicarlo en ninguna página en la web, NO compartir links o pantallazos en redes sociales y mucho menos trafiques con él.

Si su economía lo permite apoyen a la autora comprando sus libros o reseñándolos, pero por favor NO MENCIONEN su lectura en español en los sitios oficiales.

Si no respetas las reglas, podrías quedarte sin lugares donde leer material inédito al español.

Somos un grupo de lectura no vendemos de libros.

¡¡¡¡¡Cuida tus grupos y blogs!!!!!!

Advertencia de Contenido

Este libro contiene fuertes elementos de uso de drogas. También explora temas de dolor autoinfligido, adicciones, discusiones de suicidio y trauma general, contenido sexual gráfico y escenas maduras, algunas con múltiples parejas, y juego con cuchillos.

Dedicatoria

A todos los que alguna vez pensaron que sus demonios los hacían demasiado oscuros para ser amados. Sepan que la persona adecuada los amará, especialmente por esas sombras en lo más profundo de su alma que conquistan en silencio cada día.

1

Frío como el hielo

Estoy mirando fijamente a los ojos de John Travolta mientras una cálida lengua se desliza en mi oreja.

¿Qué hay más cliché que un póster de Pulp Fiction en un viejo y deteriorado club nocturno? Podría ser Vincent Vega. Podría matar gente por dinero, creo. Quiero decir, ¿por qué no? Me estoy matando lentamente todos los días, y eso es sólo por diversión. Además, soy genial en el giro.

Estoy drogado.

Caliente por *molly*[1], la coca tiene mi corazón acelerado, las manos temblando por el alcohol. Creo que los efectos de las setas por fin están apareciendo. Soy un anuncio andante de D.A.R.E.[2], mostrando a estos chicos lo divertida que puede ser la vida cuando no tienes responsabilidades ni moral.

Soy sonámbulo otra vez, a punto de caerme por el borde del mundo. ¿Quiero siquiera una razón para despertarme? A este paso, siento que si no mantengo mis hábitos, ya no sabré ni cómo funcionar. ¿Propósito? ¿Qué coño es el propósito?

Aquí hace un calor de mil demonios. Pensé que California iba a proporcionar un aire agradable, frío y cálido. Debajo de los 25 grados dijo Hawke. Por otra parte, estoy sentado en la habitación del sótano de un club lleno de humo entre un mar de mujeres hambrientas de pollas y drogas, la mayoría de ellas tan jodidas por esta mierda como yo.

El vibrante sonido de los graves profundos, llena el espacio tenuemente iluminado mientras floto en esta niebla de sensaciones adormecidas, y mi corazón corre un maratón sin mí. Una chica me mete la lengua en la oreja mientras Kiara, creo que es Kiara, tiene su pezón en mi cara, montada en mi regazo, esperando a que se lo chupe. Lo deseo. Lo deseo con todas mis fuerzas, pero siento que me están estrangulando, y no de la forma que me gusta.

—Tengo calor. Necesito aire —les digo entre quejidos mientras me levanto del sofá y dejo que se hundan en el asiento sin mí.

Salgo a toda prisa por la parte trasera de la pequeña discoteca, pasando por delante de paredes llenas de grafitis, arrastrándome entre la basura del sucio suelo de cemento y abriéndome paso entre el humo y las luces intermitentes. Me tropiezo un poco y me dirijo hacia la salida cuando veo la sombra de alguien solo en la esquina. Me apoyo

en la pared durante un minuto, con la sensación de que podría caerme si sigo caminando. El subidón me golpea con fuerza y las paredes se derriten literalmente a mi alrededor.

Necesito concentrarme en algo fijo. Vuelvo a girar la cabeza hacia la esquina y veo de nuevo esa figura sombría. De vez en cuando, la luz parpadea en esa dirección. Es una chica con el cabello corto y negro. Es Mia Wallace de Pulp Fiction. Ha cobrado vida. *Joder, soy Vincent.*

Me acerco y veo que en realidad no está tan sola. Ni siquiera un poco. En este momento tiene la lengua en la boca de otra chica, una pelirroja, sus manos por todas partes, tocándose el cuellos, los pechos, todo eso, y espero que más. Como soy un bicho raro, me apoyo en la pared, levantando un pie para estabilizarme mientras sigo viendo el show.

—Jesús, esto es caliente de cojones —me digo a mí mismo, lo suficientemente alto como para llamar la atención de este doble de Mia contra la pared.

Los destellos de luz les ilumina lo suficiente para que pueda ver más. Me está mirando fijamente. Ojos verdes, salvajes como una serpiente. Su cabello negro azabache parece resaltarlos aún más, o tal vez sea el enrojecimiento que rodea sus iris.

Agarrando la nuca de la chica que tiene delante, tira de su cabeza hacia un lado y empieza a lamerle el lateral del cuello.

—Dios mío —gimo de nuevo, observando con fascinación cómo se muerde los nudillos ante mí. Sus ojos se clavan en los míos.

Le da otro beso rápido a la pelirroja antes de sonreír y echarla. Levanto la cabeza ante la sirena, preguntándome dónde planea atacar a continuación.

—Te ha gustado —ronronea, su voz como terciopelo cortando el aire mientras merodea hacia mí.

—Ajá —respondo simplemente, como un idiota, con la boca incapaz de formar una palabra.

—Me gustó que miraras —dice suavemente, cerrando el espacio entre nosotros.

Ahora que está más cerca, me doy cuenta de que sus ojos tienen el tono de verde más loco que he visto nunca. Son reptilianos. Marrones y verdes arremolinados en una disposición salvaje que apesta a una vibración de sangre fría que está segura de buscar y destruir. Ella prospera en la noche. Puedo sentirlo. Las rayas rojas se suman a la dinámica sexy de una chica que está viviendo su puta vida ahora mismo.

Quiero entrar.

Se detiene ante mí un momento. Me mira con aire misterioso, como si

tuviera ante sí un buen momento, una noche salvaje con un hombre capaz de hacer las cosas desagradables que desea. O tal vez sólo está absorbiendo mi estilo, el aspecto desaliñado y sucio que tengo.

Vuelvo a mirarla durante un minuto mientras las luces iluminan sus mejillas, su pequeña nariz de botón perforada con un diminuto anillo de oro, que me recuerda adorablemente a alguien. ¿Pienso? Joder, quizá sea la mujer de mis sueños. No sé, no sé. Estoy tan jodido ahora mismo. Esto ni siquiera podría ser real. Estoy rodando y necesito contacto.

—¿Alguna vez has sentido que debías conocer a alguien? —pregunto, ladeando la cabeza.

Me asombra la ironía de mi referencia a Pulp Fiction antes de ver que se parece a la mujer de la película. Somos dos almas jodidas, perdidas en un mar de drogas, destinadas a enrollarse. Maldito destino.

—No. Nunca —dice con dureza, con una sonrisa diabólica.

—Maldición, pensé que era el destino.

—¿Destino? Acabas de verme besando a una mujer. ¿Cómo sabes que me gustan los hombres? —pregunta con una sonrisa juguetona.

—Puede que no te gusten los hombres, pero yo te voy a gustar —le digo con encanto.

Se ríe, acomodándose el lacio cabello negro detrás de las orejas, y es lo mejor que he oído en mucho tiempo. Es una risita dulce e inocente de una chica que no es dulce ni inocente en absoluto. Es una contradicción total y me gusta.

—Eres divertido —dice, con el labio todavía levantado en una esquina.

La curva de sus labios exuberantes me hace imaginarlos sobre mi piel. Ya veo su cara sexual encima de mí, cabalgándome con los ojos clavados en mí, con la boca abierta por un placer indescriptible. Gime y me suplica que vaya más despacio, las sensaciones son demasiado intensas, hasta que la llevo al borde del orgasmo mientras se estremece sobre mí, dejándose llevar. Dios, quiero ver su cara de sexo.

—Dios, quiero ver tu cara de sexo.

Mierda, lo dije en voz alta.

Sus cejas se levantan con una mirada humorística.

—Sin filtro, ¿eh? —pregunta, apoyándose en la pared a mi lado.

—Ninguno, nena —digo rápidamente, girando el cuerpo para mirarla con una sonrisa.

Apoya la cabeza contra la fría pared grafitada de hormigón, parte de su cabello se pega a ella mientras que la otra parte le cuelga sobre el ojo izquierdo.

—¿Por qué sonríes? —pregunta con una sonrisa.

—Siempre estoy sonriendo. ¿Por qué sonríes tú? —replico mientras nos quedamos ahí, apoyados contra la pared, sonriéndonos el uno al otro como si tuviéramos un pequeño secreto.

—¿Quieres fumar? —pregunta, sosteniendo un cigarrillo entre los dos.

—Sólo si pones tus labios en él primero.

Digo la frase, luego espero su reacción; la intención conocida. Podrían ser muchas cosas, mi polla por ejemplo. Me muerdo la punta de la lengua juguetonamente, esperando su respuesta.

—Te romperé el corazón, ¿sabes? —comenta, haciéndome hacer una pausa.

—Debes tener un corazón para romperlo, cariño. Y créeme, no hay nada aquí que merezca la pena revivir. —Me golpeo el pecho con el puño con una sonrisa cursi.

Camina a mi alrededor, sin apartar los ojos de los míos antes de acomodarse contra la pared a mi derecha.

—No digas que no te lo advertí. —Parpadea coquetamente y me dedica una sonrisa malévola antes de rodar por la pared y alejarse.

Me quedo pasmado por un momento. Creo que acabo de conocer la versión femenina de mí mismo. Este es mi tipo de chica. Estoy buenísimo. Estoy en mí.

Tras darme cuenta de que estoy soñando despierto con lo extraño que sería no tener una polla entre las piernas, sacudo la cabeza, buscándola, sólo para descubrir que se ha ido entre los cuerpos, el humo y las luces de neón parpadeantes.

En el exterior.

Avanzo por el pasillo lleno de humo y tropiezo ligeramente, agarrándome a la fría pared de cemento para apoyarme. Ahora mismo estoy totalmente jodido. La música que late en mi pecho me hace sentir como si mi corazón fuera propiedad de lo que me rodea; las luces se arrastran en largas rayas a mi alrededor. Me siento atrapado. Intento concentrarme en encontrar la salida, veo una señal roja y avanzo a través de la multitud de gente enganchada. Finalmente llego a las oxidadas puertas dobles de esta discoteca de sótano destartalado y me libero.

Veo a unas cuantas personas fumando afuera, cerca de los contenedores; dos tipos y este espejismo de diosa que no puedo dejar de ver. Ya están encima de ella. Definitivamente irradia como una flor, atrayéndote con su belleza, sólo para ahogarte en su veneno. Una toxina adictiva que atrae a la gente, matándolos lentamente en su presencia. Maldita sea, si no me encanta. Por si no ha quedado claro, gravito hacia las toxicidades como una polilla a la llama.

Sus ojos encuentran los míos de inmediato, captando mi presencia. Mantengo las distancias, me siento contra la pared de enfrente y enciendo un cigarrillo mientras los chicos intentan hablar con ella.

Uno le toca la cintura juguetonamente y ella se inclina hacia él, sin dejar de mirarme. Le hago un pequeño gesto con la cabeza y ella me sigue. Atraviesa el grupo de hombres y viene directa hacia mí. Aprieta su pequeño cuerpo contra el mío y me sujeta por las caderas mientras me quedo boquiabierto. Aprovecha la oportunidad para sacar el cigarrillo de entre sus labios, manchados con su carmín rojo sangre, y meterlo entre los míos. No tiene ningún problema en hurgar en las burbujas de la gente. Eso es evidente.

—Mis labios lo hicieron primero —ronronea con una sonrisa, y se vuelve hacia los chicos.

La agarro de la muñeca y la atraigo hacia mí, haciéndola jadear de sorpresa cuando su pecho se aprieta contra mi torso. Su cuerpecito apretado se siente bien contra el mío. La miro. Tiene los labios rojos y carnosos entreabiertos, y está claro que espera a que yo diga algo. Me gusta que me espere.

—Definitivamente deberíamos estar teniendo sexo ahora mismo —digo, dando una calada al cigarrillo y apagándolo mientras la miro.

—Sin filtro. —Se ríe, evitando mi afirmación.

—Veo algo que quiero y lo necesito. Es lo que soy. Tengo una personalidad adictiva. Soy débil, cedo a lo que me da placer —continúo, colocando el cigarrillo entre sus labios para que pueda dar una calada—. Pero contigo, ¿quizás debería ir despacio?

Echando humo a mi lado, se lleva una botella de cerveza a sus dulces y exuberantes labios, dando un trago mientras me mira directamente. Tiene un contacto visual loco. Se comunica sin palabras, pero aún tengo que aprender su idioma.

—Yo no voy despacio. —Vuelve a burlarse de mí con la mirada, esbozando esa sonrisita perversa.

Esta pequeña zorra va a envolverme lentamente, haciéndome sentir cálido y confuso antes de estrangularme con su fuerza reptiliana, y yo estoy aquí para el dolor.

Le quito la cerveza, agarro el cuello de la botella y me trago el resto. La tiro al contenedor que hay junto a nosotros, la rodeo con el brazo por el cuello y la conduzco alrededor del edificio. Ella suelta una risita y me sigue, volviéndose hacia los chicos y saludándoles con dos dedos.

—¿En tu casa o en la mía? —Pregunto, caminando hacia el estacionamiento.

—Presuntuoso —dice, girando la barbilla para mirarme mientras caminamos.

—Audaz —respondo.

—¿Cobarde? —pregunta.

—Confiado. —Sonrío.

—Descarado. —Sonríe con aprobación.

Me encantan las bromas juguetonas. ¿Cómo es que siento que conozco a esta chica desde siempre? Algunas personas simplemente vibran de manera diferente juntas. Ella y yo definitivamente estamos en la misma línea.

Llegamos a mi auto y ella se posa sobre el capó, con las piernas abiertas ante mí. A la luz de las farolas, su estilo queda por fin al descubierto, mostrando esas largas y sexys piernas cubiertas por medias de rejilla y pantalones cortos negros rasgados. La falta de sujetador es evidente por la forma en que su camisa de rayas blancas y negras se ciñe a su pecho. También es evidente el piercing en su pezón derecho. *Me cago en la puta.*

Capas de collares cubren su cuello y un tatuaje de serpiente se desliza por su muslo, asomando a través de las mallas. Sus botas negras de tacón alto me dicen que es muy salvaje en una noche de colegio.

—Sabes, a mi novio no le gustarían tus insinuaciones —dice, llevándose un dedo a los labios curvados.

—¿Novio? Creía que eras lesbiana. —Enarco la ceja, caminando entre sus piernas, colocando ambas manos sobre el capó de mi auto para atraparla contra él.

—Soy un espíritu libre. Me encanta la gente sexy. Chicos, chicas... Lo atractivo es el alma.

—Se me pone dura por un alma sexy —admito, asintiendo con tono serio.

Se ríe de mí, se ríe de verdad mientras me mira de arriba abajo, y eso me hace sentir algo validado.

—Tenemos tanto en común. —Sonríe y me pasa las manos por los brazos, dejando un rastro de fuego en mi piel.

—Nos gusta la fiesta y follar. Almas gemelas. —Llevo mis manos a su cintura, sujetando su pequeño cuerpo.

—¿Sabías que el agua caliente se convierte en hielo más rápido que el agua fría?

Su declaración totalmente al azar me deja sacudiendo la cabeza, tratando de procesar. Es tan estrafalaria.

—Um, no. Supongo que no.

Me rodea con las pantorrillas, aprieta las piernas y me empuja contra ella sobre el capó del auto. Gimo mientras mi polla presiona su pelvis.

Ella se echa hacia atrás y yo la abrazo con las manos.

Tirando de mí hacia abajo con un puñado de mi camisa para que estemos cara a cara, susurra contra mis labios:

—Estoy tan caliente por ti, pero me convertiré en hielo antes de que tengas la oportunidad de enfriarte.

Miro desde sus ojos verdes salvajes hasta sus labios carnosos y teñidos de rojo, sabiendo que ella es mi nueva sustancia tóxica preferida.

—Vale la pena la quemadura.

Me inclino hacia delante y aprieto los labios contra los suyos, incapaz de contener el contacto que tan desesperadamente necesito. Ella gime en mi boca y el sonido me excita. Deslizo la lengua entre sus suaves labios y encuentro los suyos. Su lengua juguetea con la mía y siento un anillo lingual.

No tengo ni idea de cómo no lo vi antes, pero es probablemente lo más caliente que he sentido nunca. Se siente tan bien y sabe aún mejor. Sabe igual que parece, ardiente y con una pizca de problemas. Me tira de la camiseta y me pone el pecho contra ella en el capó del auto mientras nos besamos, viviendo la conexión, viviendo el momento.

—¡Han! —grita un hombre.

Me empuja suavemente y abro los ojos que se me habían cerrado durante el beso. Los dos nos miramos, sin aliento, como si no esperáramos que el calor entre nosotros se encendiera de la forma en que lo ha hecho. Me mira fijamente con esos ojos asesinos y sus labios se curvan en una sonrisa. Mi pecho se agita, pero no por el calor; esta vez es por ella. Es electricidad, me está sacando de mis casillas.

—Tengo que irme —dice con calma, deslizándose fuera de mí, haciéndome sentir al instante su pérdida.

Me giro y veo a un tipo de aspecto rudo vestido de negro que la espera junto a la puerta, sujetándola abierta con un brazo.

—¿Novio? —Pregunto, llamándola.

—Difícilmente —responde ella, poniendo los ojos en blanco.

Me encantan nuestras conversaciones de una sola palabra, así que continúo mientras ella se aleja.

—¿Nombre? —Pregunto, con mala cara mientras me muerdo el labio.

Me pareció oír a ese tipo llamarla Han, que sonaba como John, pero mucho más sexy, porque ya sabes, es una chica.

—Nunca.

—¡No mola! —Grito hacia ella, haciendo una mueca a través de mi sonrisa.

—Frío —comenta con esa sonrisa perversa, girando sobre sus talones para salir corriendo hacia la puerta con su sexy trasero.

—Jodidamente frío —me digo, sacudiendo la cabeza.

Me recuesto sobre el capó del auto y mirando fijamente a la oscuridad. Tengo la mente en blanco y me pregunto si los últimos diez minutos han sido reales. Es muy probable que me lo haya imaginado todo.

Sí, definitivamente podría ser Vincent.

2

Pez Globo

—¡Cállate!

Gimo, agarrándome la cabeza ante el fuerte ruido que reverbera en mi adolorido cráneo. Parece metal, y el ruido es como una molesta pelota de ping-pong rebotando en mi interior.

—¡Kid, levántate!

Me golpean en la cabeza con una almohada, haciéndome sentarme erguido, con los ojos incapaces de abrirse en la luminosidad de esta habitación. ¿Por qué coño me han metido en la habitación con todo el sol? ¿Es que no me conocen? Necesito oscuridad. Mucha puta oscuridad.

—Déjame morir en mis propios desperdicios, por favor. —Mi tono agrietado y grave suena como si estuviera de juerga. Exacto.

—Hermano, has estado aquí dos noches ya, no te he visto en la luz. Levántate de una puta vez y lava tu asquerosa fregona grasienta. Tenemos una invitada —dice Hawke, abriendo las ventanas de su asquerosamente preciosa casa de la playa.

Sí. Estoy en la casa de la playa de Hawke y Cole. Mis buenos amigos y recién descubiertos amantes me dijeron que viniera a pasar el verano, en concreto para trabajar con mi sobreprotector hermano de otra madre, Hawke, ahora que ya están todos cómodamente instalados.

Un nuevo comienzo para mí en su nuevo comienzo. Sus razones para traerme aquí son probablemente diferentes de las razones por las que vine. Quiero un nuevo mar de peces para follar. Él quiere que consiga un trabajo de verdad que no implique traficar con droga. Nos encontraremos en algún lugar en el medio, estoy seguro.

El lugar es una locura. No tiene más que vistas del océano en cada ventana del piso que da a él. La playa está abajo, lista para que la joda con sexo salvaje y arenoso. Ya me lo he imaginado. Igual que el sexo en el océano. Sal y arena en lugares inimaginables. No puedo esperar a que me roce.

—Me conoces. Prospero en la noche. Llámame Goliat. Piedra de día, guerrero de noche. —Recito el comienzo de mi dibujo animado favorito con voz oscura.

—Diez minutos. Estará aquí en diez minutos.

—Fuimos traicionados por los humanos a los que juramos proteger... —Continúo la introducción a las Gárgolas en mi estado de embriaguez antes de sentarme bruscamente—. Espera, ¿has dicho ella?

Salgo de mi momento nostálgico cuando oigo la mención de una chica.

—La hermana de Cole, idiota. Estará aquí pronto, así que contrólate. Hueles como un perro mojado.

Levanto el brazo y me huelo la axila antes de ponerle una cara rara.

—Me gusta el olor a perro. Es entrañable. A las perras les encanta.

Me frunce el ceño, mirándome con disgusto.

—Quiero decir zorras, como literalmente zorras. —Suspiro mientras sigue mirándome—. ¿Perras? ¿Porque soy un... perro? ¿Lo entiendes? Joder, es demasiado pronto para esto. —Me paso una mano por la cara que me arde.

Pone los ojos en blanco y vuelve a salir a la enorme sala de estar que separa mi habitación de la otra mitad de la casa.

Después de ducharme, esnifar una raya de la encimera del baño y ponerme mis vaqueros negros rotos combinados con una camiseta raída y desaliñada de un concierto de un grupo de Ohio, me despeino el cabello rubio platino en el espejo. Todavía tengo los ojos inyectados en sangre de la noche anterior, pero el aro de la ceja me distrae. Pienso. Joder, ¿a quién quiero engañar? Así soy yo. Colgado y viviendo de estimulantes. Lo tomas o lo dejas.

—¡*Big Bird*![3] Ven con mamá! —grita Cole, corriendo hacia mí en la sala de estar una vez que hago mi aparición, agarrándome en un gran abrazo.

Big Bird. Todavía no se le ha olvidado. Me drogué como una puta pasando el rato con ellos en casa antes de que se fueran y, por alguna extraña razón, empecé a anunciar cada letra de la última palabra de las conversaciones. «D» es por desastre, «C» es por coño. Empecé a dar una lección de alfabeto y, al parecer, el apodo se me quedó.

La verdad sea dicha, me siento un poco mal ahora mismo. Llevo aquí dos días y aún no la he visto. Soy tan turbio para esa mierda. Necesito ponerme las pilas.

La levanto, me rodea la cintura con las piernas y la hago girar mientras chilla. La dejo en el suelo y me revuelve el cabello rubio y rebelde juguetonamente.

—Veo que has cambiado de opinión y te has dado cuenta de esta conexión que tenemos —digo en tono serio, sabiendo que Hawke está mirando.

Vivo para cabrearlo. Es tan fácil. Sólo tienes que golpear en su Cole y te enviará llamas a través de sus ojos.

—No del todo —dice con las cejas fruncidas. Su expresión cambia y puedo sentir el entusiasmo que irradia—. ¡Déjame enseñarte esto!

Me arrastra por todo el lugar, mostrándome todo con tanta emoción. La casa es literalmente excepcional. Estoy jodidamente feliz por ellos. Lo estoy.

Después de todo lo que ha pasado Hawke, se merecen toda la felicidad que parecen compartir. Nunca pensé que vería a Hawke casado, pero Cole le cambió. Lo salvó. Literalmente arriesgó su vida por él. Lealtad, una cosa hermosa. Casi me hace querer ver si puedo encontrar una conexión así. Casi.

—Mi hermana vendrá pronto a comer con nosotros antes de la fiesta de esta noche —dice sonriendo y mirando el reloj mientras nos sentamos en el patio exterior de la planta baja de su casa.

Su rostro alegre se frunce de inmediato y me mira fijamente, asustándome con una mirada afilada en sus ojos antaño amables.

—¿Qué? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—Ni se te ocurra tocarla —regaña bruscamente—. No le gustarás, así que ni lo intentes.

—¡¿Qué?! Esto es ridículo! —Me burlo—. Tienes una hermana. Definitivamente me la voy a follar, sólo por principio.

Hawke se pellizca el puente de la nariz, sacudiendo la cabeza mientras resopla hacia el suelo.

—Lo siento, pero es verdad. Si no se me permite follarte, definitivamente me follaré a tu hermana de sangre. Como, duh.

Cole se levanta inmediatamente, caminando hacia mí con un dedo apuntándome agresivamente.

—Te lo digo por tu propio bien. No te metas en ese agujero oscuro.

—Estaré en ese agujero. —Muevo la cabeza de un lado a otro, burlándome de ella mientras hablo—. Deslizándome una y otra vez. Estoy a punto de acampar en ese agujero y vivir allí todo el verano como un hippie montañés.

—¡Nic-Nac! —grita una voz, interrumpiendo nuestra conversación.

Ambos nos miramos fijamente. Los suyos se ensanchan de asombro, los míos se ensanchan de excitación mientras crece una sonrisa.

El ceño fruncido de Cole se transforma en una gran sonrisa que se parece más al Cole que conozco. Todos levantamos la cabeza para mirar la voz que viene del patio de arriba.

El corazón casi se me para en el pecho. Podría haberlo hecho, si no fuera porque la coca me mantiene con vida.

Está inclinada sobre la barandilla, con el cabello negro cayéndole alrededor de la cara, los ojos verdes fijos en nosotros y una sonrisa pícara.

Es ella.

Es la maldita Han.

Salta con su estrafalario culo hacia nosotros en el patio y le da a Cole un abrazo enorme y chillón antes de girarse para mirarme. Me levanto de mi asiento, tratando torpemente de meterme las manos en los bolsillos, pero fracasando estrepitosamente porque... malditos vaqueros ajustados.

Lleva una camiseta negra con las fases de la luna, combinada con unos shorts de látex brillante atados con una cuerda. Sus enormes botas negras no parecen muy playeras. No es un atuendo para un brunch, pero el hecho de que no le importe en absoluto hace que me guste aún más. Sus tatuajes están al descubierto y veo la serpiente que le rodea el muslo y se desliza por su costado, saliendo por la parte superior de los shorts cerca de la cadera.

Santo Dios. ¡¿Cómo es que es la hermana de Cole?!

Lo veo ahora que están una al lado de la otra. Esa nariz de botón. Debería haberlo sabido.

Me sonríe y no sé si lo hace a propósito o no. ¿Se acuerda de mí?

—Jo, este es Kid, el buen amigo de Hawke. Se queda con nosotros este verano.

Se pasa el cabello negro lacio por detrás de la oreja e inclina la barbilla hacia mí mientras espero a ver qué hacemos.

¿Jo?

—Espera. Ah, sí. —Arquea las cejas y se queda boquiabierta—. Eres Kid con el que me enrollé anoche —dice sin rodeos, sonriendo mientras asiente con la cabeza.

Me muerdo el labio inferior, poniendo cara de dolor ante Cole. Hawke cae de espaldas en la silla del patio, con la cabeza mirando hacia las nubes mientras sus manos caen al suelo a su lado como si alguien acabara de dispararle una flecha del cielo.

—No, no lo hiciste —dice Cole decepcionada, con el ceño fruncido.

—Sí —le digo, más a Han que a ella—. Y yo soy el tipo con el que vas a follar esta noche.

—Hombre —gime Hawke desde su asiento, moviendo la cabeza hacia las nubes.

Han se ríe, se vuelve hacia Cole y me señala con la mano levantada.

—¿Siempre es así?

Sí. Me encanta divertirla. Nuevo hobby favorito. Joder con el pastoreo competitivo de patos. Estoy haciendo reír a Han.

—Desgraciadamente, sí —admite Cole.

—Creía que te llamabas Han. Así te llamaba tu novio —le digo.

—¿Novio? No tiene novio —la interrumpe Cole, mirándola de reojo—. ¿Por qué le dijiste que tenías novio?

—Sólo quería follar con él —le dice a Cole como si yo no estuviera allí antes de girarse de nuevo para mirarme—. Soy Johanna. Jo por la familia, Han por la gente con la que follo.

Me quedo con la boca abierta mientras miro entre ella y Cole.

Es muy franca.

Creo que se me cae la baba.

—Sabía que esto iba a ser malo. —Cole suspira, pasándose una mano por el cabello mientras se une a Hawke en el asiento.

Tras la divertida presentación, me siento en una de las tumbonas frente a la playa y dejo que el aire caliente me dé en la cara mientras intento recuperar la sobriedad.

Al final, Han se sienta directamente en el mismo sitio que yo, a pesar de que hay como siete disponibles, mientras Cole y Hawke se dirigen al interior para coger algo de comida y bebida de la cocina. No hay burbuja.

—Así que, Kid —empieza, inclinándose hacia mí, apoyando la barbilla en su pequeño hombro huesudo con una sonrisa cómplice. La estoy esperando, esperando a que se me insinúe para que nos demos prisa y hagamos esto ya—. ¿Cuál es tu animal marino favorito?

Nunca había oído una pregunta en un tono tan sexy. Dios, es tan aleatoria y constantemente me despista.

—Pez Globo —respondo después de pensarlo un momento.

—Al azar —responde ella, juntando las cejas.

—De verdad.

—¿Por qué? —pregunta ella.

—No tienen huesos. El entorno oscuro en el que sobreviven las mantiene literalmente. Además, tienen mala fama. No son feos hasta que los sacas de su zona de confort.

—¿Así que te sientes identificado? —pregunta ella, rodando sobre su estómago, nuestros muslos tocándose, cruzando las piernas por detrás.

Intenta conocerme actuando como si no me conociera.

—Mi entorno oscuro es la única situación de vida sostenible para mí. Así que sí, supongo que sí. —Me encojo de hombros y me detengo—. Pero tengo huesos. Uno grande en particular. —La miro con ojos sexuales.

—¿Un fémur? —pregunta emocionada—. ¡No puede ser, yo también tengo uno!

Está jugando conmigo. Entrecierro los ojos hacia ella, sonriendo, mientras intento descifrarla.

Antes de que pueda volver con algo, se pone de pie en el borde de la silla, frente a mí. Me siento allí, observando su próximo movimiento como si fuera la dueña del mundo y yo sólo el pez globo que vive en él. Al instante tiene toda mi atención. Agarra el dobladillo de su camiseta, se la sube por el pecho y baja por sus brazos tatuados, dejando al descubierto un bikini verde de tiras.

Sí, ese hueso está entrando en juego.

Sus juguetones ojos verdes no se apartan de los míos mientras se desata los shorts y se los baja por las piernas antes de quitarse los zapatos. Se queda delante de mí sin nada más que el traje y mis ojos recorren cada parte de ella que puedo ver. Toso y me ahogo con las flemas al ver el anillo de su pezón apretado contra el diminuto traje. La serpiente de su muslo me suplica que la acaricie, igual que el anillo del pezón me suplica que lo chupe.

—Me voy a hacer surf —dice despreocupada, como si fuera normal, mientras camina de espaldas hacia la playa, con el cabello negro hasta la barbilla revoloteándole en la cara—. ¡Vamos!

Miro hacia la casa en busca de Cole y Hawke.

—Están follando otra vez. ¡Vamos. Vamos! —exige, agarrando una tabla que está clavada en la arena y llevándola al agua.

¿Quién coño es esta chica? Es contundente, sexy, le gusta la fiesta, le gusta follar, me mantiene alerta, nunca sé lo que va a decir, ojos que se derriten, y un cuerpo que está demasiado bueno para su propio bien, oh, ¿y ahora hace surf? Sí, okey.

Me doy una bofetada rápida para asegurarme de que lo noto. La realidad tiende a torcerse de vez en cuando. Camino hacia el agua, con la arena caliente bajo mis pies descalzos. Encuentro un sitio y me tumbo, apoyándome en las manos para verla en acción. Está loca. La observo mientras se zambulle con su tabla bajo una ola, mojándose el cabello mientras se vuelve hacia mí con una sonrisa.

Se posa en la zona de despegue, esperando su ola. Cuando la encuentra, se deja caer y se sube rápidamente a su tabla. Cabalga como si el agua fuera suya y le debiera un favor. Mientras cabalga la ola, sus muslos mueven la tabla debajo de ella como una profesional. Al final, me saluda con dos dedos, se baja de la tabla y desaparece en el agua.

Su tabla se acerca a la playa y entonces me doy cuenta de que ni siquiera la llevaba atada. Me levanto, entrecierro los ojos y busco en el agua. Me pongo nervioso cuando no la veo. Ha pasado un minuto entero por lo menos. Me quito la camiseta y empiezo a correr hacia ella. Camino entre las olas, nadando hacia donde ella desapareció bajo

la superficie.

—¡Joder! —Grito nerviosamente, empujando mi largo cuerpo a través del agua—. ¡Han!

Justo cuando me acerco lo suficiente como para que el agua me llegue a la mitad del pecho, ella sale del agua con una sonrisa.

—Jesús, joder... —Gimo, agarrándome el pecho.

No puedo soportar el estrés. Me arden los pulmones.

—He visto un pez globo —dice nadando hacia mí—. Intenté subirlo, pero recordé que sería más feo aquí arriba.

Sacudo la cabeza y me paso las manos por el cabello mientras intento regular la respiración.

—Estás loca. —Gimo.

Entrecierra los ojos y pierde la sonrisa.

—¿Qué es la cordura? —me pregunta, desafiándome, y siento su profundidad en tres palabras.

Ella nada a mi lado, nuestros cuerpos se levantan y se dejan caer suavemente por las olas del agua salada que nos rodea. Me mira mientras nuestras rodillas se rozan suavemente bajo la superficie. El reflejo del océano hace que esos ojos brillen aún más. Son impactantes, me hacen sentir pequeño ante su mirada.

—¿Has venido a salvarme? —pregunta ella, ladeando la cabeza, manteniéndose a flote con las manos.

Está claro por el hecho de que todavía tengo mis pantalones vaqueros en que esto no era un baño casual.

—Sí. Sí, lo hago —respiro, todavía tratando de calmar mis nervios—. Me asusté.

Su muslo roza el mío bajo la superficie, provocándome un rayo de electricidad. Nos acercamos cada vez más. Me pone las manos en los hombros y me rodea las caderas con los muslos. La agarro por la cintura, sujetándola, y me encanta sentir su piel caliente contra mis manos bajo el agua fría.

Es extraño que me parezca tan natural tocarla así cuando no la conozco de nada. Coloco su nariz contra la mía y por un momento me pregunto si va a besarme. Pero no lo hace. Se queda mirándome, con nuestras narices tocándose, como si tuviera mucho que decirme, pero ninguna razón para hacerlo.

—No se puede salvar a una persona que no quiere ser salvada — susurra a través de su sonrisa.

Una ola choca contra nosotros cuando nos separamos. Ella vuelve nadando hacia la orilla, así que yo la sigo como un científico curioso,

descubriendo un nuevo espécimen raro del mar. Nunca he sido de los que siguen la corriente. Yo soy el líder, soy el que habla suave. Sin embargo, aquí floto, esperando su próximo movimiento.

Nada en ella es normal, y me tiene enganchado como un pez fuera del agua.

Un pez globo, para ser exactos, destinado a una muerte lenta, tortuosa y fea.

3

Rompecabezas

—¿Por qué no me dijiste que su hermana está buenísima? —Pregunto, rascándome la cabeza—. Siento que esto podría haberse solidificado hace mucho tiempo.

—Primero, su hermana está prácticamente loca, así que buena suerte con eso —explica Hawke—. Segundo, ni siquiera lo intentes. Cole te matará.

—Lo sabía. Está celosa. Siempre ha querido toda mi atención —me encojo de hombros antes de recibir un golpe en la nuca que hace que mi cabello rubio me caiga a los ojos.

Sabía que me lo merecía. Aunque eso no significa que no vaya a seguir haciéndolo.

—Déjalo. Esta noche habrá muchas chicas con las que follar en la hoguera. Tal vez puedas mojar tu polla con algo que no sea el océano esta vez.

—¡Eh! ¡Intentaba salvarla!

—Es prácticamente una surfista profesional. Ella no necesita tu flaco culo, tratando de sacarla del agua .

Frunzo el ceño, deseando que me necesite. Para algo. Para cualquier cosa.

—¿Están listos? Vamos a bajar andando. ¿Nos vemos allí? —Cole pregunta, asomándose a mi habitación designada para el verano.

Intento echar un vistazo a Han, pero no la veo detrás de Cole.

—Nos veremos allí, cariño —responde Hawke, agarrándola por las mejillas y besándola en los labios—. Permanezcan juntas hasta que llegue.

—Qué mono —digo en tono dulce—. No puedo esperar para atraparlos teniendo sexo.

—Qué asco. —Cole tuerce la cara ante mi comentario, dándose la vuelta para irse.

—Tal vez me una si eres lo suficientemente aventurera. Quiero decir, supongo que esa es la verdadera razón por la que me querías aquí este verano. ¿Para añadir algo de picante a tu vida sexual? ¿Afianzar nuestra unión?

—Mmm, sobre eso... —Cole frunce la nariz, dándose golpecitos en el labio.

—Deberías dejar de hablar —me advierte Hawke con voz grave y

monótona.

Lo tiro a mi derecha y sigo hablando con Cole:

—No son divertidos.

—Oh, somos divertidos. —Cole mueve las cejas hacia Hawke.

Su labio se curva finalmente en una sonrisa, sus ojos recorren su cuerpo de pies a cabeza y viceversa.

—Lo creeré cuando lo vea. —Me burlo.

Me encanta ver las caras sexuales de las mujeres. Me excita como ninguna otra cosa. Ya me he imaginado la de Cole. Aunque es prácticamente mi hermana, me encantaría verla follando. Soy enfermo y retorcido. Es lo que soy. Lo he abrazado.

Se muerde la lengua juguetonamente ante Hawke antes de darse la vuelta para marcharse.

—¡Sucederá nena! ¡Quiero ver esa cara de sexo! —Grito tras ella.

Gruño cuando Hawke me golpea en el pecho.

—Ya pasará —continúo con un gemido dolorido.

Acercándome a la hoguera con el éxtasis en el cuerpo, me río junto a Hawke mientras recordamos las estupideces que hicimos cuando éramos más jóvenes. Okey, más bien hace unos meses, pero ¿quién lleva la cuenta?

Hawke tiene una nueva oportunidad en la vida. Esta segunda oportunidad la está aprovechando al máximo. Cuando Cole y él compraron la casa de la playa, empezó a buscar propiedades para invertir. Han comprado varias casas en la playa y complejos cercanos, alquilándolos para los veraneantes, sacando un dinero extra como locos, como si lo necesitaran.

El dinero que obtuvieron del acuerdo por la condena injusta de Hawke fue escandaloso. No sólo eso, sino que Cole consiguió un acuerdo con una editorial para vender una nueva novela de ficción que había escrito recientemente. Inspirada por sus recientes acontecimientos, se sumergió en su oficio y estaba a punto de convertirse en un nombre muy conocido. Estoy seguro de ello. Sin embargo, Hawke disfruta trabajando con las manos, siempre lo ha hecho, y reparar estas propiedades parece darle un propósito.

Me invitaron aquí para encontrar mi propósito. Pero mi único objetivo en este momento parece ser joderme y desentrañar el misterio que es el espíritu libre de ojos verdes y múltiples nombres.

Hay al menos treinta personas en la hoguera, bebiendo, bailando al ritmo de la música, emborrachándose con pastillas y comestibles. Hawke encuentra inmediatamente a Cole. Veo cómo la rodea con el brazo, tirando de ella hacia sí mientras le chupa el cuello. Diría que es por la droga, pero la verdad es que está obsesionado con ella.

Ella debe tener un gran coño, porque el hombre está atrapado. *Realmente necesito ver si es cosa de familia.*

Echo un vistazo alrededor de la hoguera y me fijo en un par de chicas rubias muy monas que se ríen y beben cervezas enfrente de mí. Una de ellas mira en mi dirección y me lanza una mirada tierna. Sí, vamos a hacerlo.

—Smash Tarah. Tiene el clítoris perforado. —La familiar voz aterciopelada suena a mi lado, haciéndome sentirla en mi espina dorsal.

Me giro, miro hacia abajo y veo a Han a mi lado. Lleva el cabello negro dividido por la mitad en dos moños ladeados y los mechones lisos le cuelgan, ondeando suavemente al viento. Lleva una gran camisa de franela abotonada que parece de hombre, sobre un top blanco casi transparente con una cara sonriente resplandeciente. Sus piernas bronceadas están al descubierto con unos minúsculos shorts vaqueros rotos. Se lleva la mano cubierta de anillos que sostiene una botella de cerveza a los labios, sin dejar de mirar a Tarah, que tiene el clítoris perforado.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, arqueando el ceño.

Se vuelve y me mira con una sonrisa burlona. Esa mirada, esa cara... es todo lo que necesito saber.

Me vuelvo y veo a Tarah mirando en nuestra dirección. Es atractiva. Un tipo diferente de atractivo. Parece que está interpretando el papel de chica de playa californiana que intenta demostrar algo, mientras que alguien como Han simplemente hace lo que le da la puta gana. Lleva cualquier cosa que encuentra a su alrededor y lo llama estilo. La confianza irradia de ella como el sol, enviando ondas de calor

directamente a mi polla. A ella le funciona, mientras que Tarah lo intenta fingiendo.

Empieza a caminar hacia nosotros, pero cuando vuelvo a mirar a Han, ya no está.

Tarah y yo congeniamos. En este momento está sentada a horcajadas sobre mi regazo en una silla de playa, contándome todas las cosas salvajes que le gusta hacer, incluida la garganta profunda hasta que se ahoga. No me malinterpretes, estoy totalmente dispuesto a saber más sobre eso, pero no puedo evitar querer echar un vistazo a Han para ver en qué clase de locuras se está metiendo.

Después de engancharme con Tarah, simplemente desapareció.

Cole está ahora mismo encima de Hawke mientras se lengüetean mutuamente, viviendo claramente del subidón de su molly. Siempre hacen lo mismo, actúan como si quisieran divertirse con todo el mundo, pero una vez que las pastillas hacen efecto, todo lo que hacen es encontrar un lugar para tocarse y lamerse mutuamente. Malditos animales.

Después de besuquearme un rato con Tarah mientras ella se me jode en seco el regazo, haciéndome una media erección, me excuso para coger otra copa de la nevera. Realmente no estoy tan interesado en conseguir más para beber. Sólo quiero echar un vistazo alrededor, necesito un respiro y un poco de oscuridad para dejar que mi mente se calme de esta mierda que fluye a través de mi sistema.

Me alejo del fuego. Cuanto más me alejo, más oscuro se vuelve mi entorno. Caigo en la arena y me tumbo boca arriba para contemplar las estrellas.

¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Qué hago aquí? ¿Cuál es mi propósito?

Floto en mi subidón autorreflexivo, contemplando la siguiente fase de mi vida, cuando oigo voces apagadas a mi derecha, cerca de la zona rocosa junto al agua.

—Han, piénsalo —dice la voz de un tipo—. Quise decir lo que dije.

Se ríe de él antes de que oiga lo que parecen ruidos de besos.

—Cállate Slate —dice—. No estoy aquí por eso. Estoy aquí por las drogas.

—Estaríamos tan bien juntos. —Gime y vuelvo a oír besos.

—Estoy bien junta conmigo misma —responde con seguridad.

Pienso en su respuesta: estamos bien juntos. Como si estar con alguien la hiciera desmoronarse. Sólo está unida si se tiene a sí misma. Lo entiendo más de lo que desearía.

La oigo aspirar una bocanada de algo. ¿Un porro? ¿Un cigarrillo quizás?

—Vas a estar muy jodida. —Él se ríe, claramente cediendo a lo que sea que ella esté tratando de hacer.

—¿No se trata de eso, de desvanecerse en el olvido? —responde ella.

—¡Johanna! —grito desde mi posición en la arena, intentando detener lo que sea que esté ocurriendo allí mientras simultáneamente no me muevo.

Un momento de silencio me corroe por dentro.

—¿Kid? —Por fin la oigo gritar—. ¡¿Es a ti a quien oigo?!

Sigo mirando al cielo. La oigo arrastrar los pies hacia mi posición en la arena.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Te has perdido, Big Bird?

Se inclina hacia donde estoy tumbado, tapando las estrellas, los mechones de su cabello rizándole la cara.

—No me llames así. —Frunzo el ceño.

Odio ese apodo. Me hace sentir como un niño idiota, y eso es lo último que quiero que Han piense de mí. Quiero que sepa que soy un hombre.

—¿Por qué no? Cole lo hace —dice, sonriendo desde encima de mí.

—Tú no eres Cole.

—No, no lo soy —dice con una pizca de actitud.

Algo de eso la molestó. Lo dije como si ella pudiera ser más para mí que Cole, pero creo que lo tomó como si no la conociera, como si conociera a Cole. No tengo ni puta idea. Estoy drogado y eso.

—¿Estás enfadada conmigo? ¿Estamos peleando? No quiero pelear con Han, quiero hacer las paces. Hagamos las paces. —Agito mis dedos hacia mí—. Ven aquí, bésalo.

Se agacha, se inclina sobre mí y recupera la sonrisa como si nunca se hubiera ido.

—Eres un idiota. —Me coge la mano y me revuelve el cabello antes de ponerse de pie.

La agarro de la muñeca y la tiro encima de mí. Chilla un poco cuando me agarro a ella, obligándola a sentarse a horcajadas sobre mí.

—No me odies para siempre, preciosa. Tenemos un futuro al que llegar, sabes.

Se contonea contra mí hasta que se sienta cómodamente a horcajadas sobre mi cuerpo, con los muslos bronceados a ambos lados y las manos plantadas en la arena, cerca de mi cabeza.

—El único futuro al que hay que llegar es a este subidón que está a punto de llegar —dice encima de mí con el labio curvado.

—Han, ¿estás lista? —dice desde lejos el tipo conocido como Slate, arruinando el jodido momento.

Arquea una ceja, haciendo una mueca divertida ante la interrupción.

—No, está ocupada —le digo, mirándola fijamente a esos ojos verdes, haciéndola negar con la cabeza.

—Da igual, voy por una copa —dice Slate, alejándose.

Le saluda con la mano libre, sin dejar de mirarme. Me encanta que literalmente parezca no afectarle el enfado de Slate. Hace lo que le da la puta gana. Su saludo, otro elemento peculiar que conforma la peculiar criatura que tengo ante mí.

—¿Has estado alguna vez en el lado oscuro de la luna, Kid?

Nunca me cansaré de sus preguntas improvisadas.

—Todavía no, Han, pero está en la lista de deseos. ¿Y tú?

No me contesta, sólo me mira de arriba abajo. Siempre tengo la sensación de que estas preguntas que me hace tienen un trasfondo muy profundo. Parecen aleatorias, pero me da la impresión que es su pequeña y extraña prueba de fuego para conocer a la gente sin que lo sepa. Es así de astuta.

Sus caderas giran ligeramente hacia las mías y siento que se me pone dura al instante. Es curioso cómo funciona. Tarah casi tuvo que frotar este tronco hasta que la fricción forzada prendió fuego, y aquí Han puede sentarse en él y al instante estoy erecto.

Levantándose con las manos, aprieta las nalgas, poniendo todo su peso directamente en una zona que disfruta de la presión. Sujeto sus muslos, estabilizándola, por supuesto, mientras ella termina de arreglarse el peinado. Su buen aspecto no requiere esfuerzo. Ese aro en la nariz le queda perfecto.

—¿Qué pasó con Tarah? ¿No salió bien? —me pregunta, con las manos apoyadas en mi estómago.

—Lo hizo.

Sonríe ampliamente, y me molesta. A ella no parece molestarle lo más mínimo.

—El piercing del clítoris es salvaje, ¿verdad?

—No sabría decirte —respondo, captando su mirada directa.

Hace una pausa, girando ligeramente la cabeza, como si comprendiera que Tarah no me importa. He venido a buscarla. Quiero conocerla, no clítoris perforados. Quiero saber qué la hace reír, cómo era en el instituto, por qué lleva el cabello de esa forma tan peculiar y característica. Quiero saber por qué se mudó a California, cómo fue su primera vez, quién la motiva, cuál es su sabor favorito. Tengo una extraña e insaciable necesidad de conocer a Han.

—Sigo intentando que Slate lo haga por mí, pero dice que me arrepentiré. En vez de eso me dio esto. —Se abre la camisa de franela de gran tamaño mostrando su ajustado crop top con una carita sonriente. Tira del dobladillo hacia arriba, dejando que su pecho rebote, mostrándome su piercing en el pezón.

Mis pensamientos se licúan cuando me quedo con la boca abierta al ver su pecho desnudo sobre mí. Es jodidamente perfecto. Ni demasiado grande ni demasiado pequeño. Un puñado perfecto y turgente con la más sexy de las barras recorriendo el pezón.

Me he quedado sin habla. Parpadeando salvajemente, con la boca abierta a un lado de mí en la arena.

—Dios mío, cálmate Kid. —Se ríe de mi incapacidad para formar palabras—. ¿Nunca has visto un pezón antes?

—N-nuh-nada de eso —murmuro, mi polla formándose en una dolorosa roca estilo gárgola.

Arquea las cejas y me mira con curiosidad.

—Ahora mismo estás excitado. —Me mira interrogante con los ojos entrecerrados.

Suelto una risita ahogada con la boca aún abierta. Miro hacia abajo, donde está literalmente a horcajadas sobre mi polla de piedra.

—Sí —digo en tono jadeante.

—Qué caliente. —Suelta un gemido entrecortado, jugueteando con el anillo de su lengua contra sus dientes delanteros—. Deberíamos follar alguna vez.

Lo dice como si me pidiera que fuera por una taza de café, con un pequeño encogimiento de hombros y un tono alegre.

—Sí. —Asiento un poco demasiado impaciente, mi cabeza cavando un agujero en la arena bajo ella.

—Pero más tarde. Necesito gusanos de gominola ácidos como ayer. —Ella gime, echando la cabeza hacia atrás, exponiéndome su hermosa garganta.

Parpadeo profusamente. No puedo seguirle el ritmo a esta chica. Se pone de buen humor cada cinco minutos. Está gimiendo como si los gusanos de gominola agrios fueran la clave de su orgasmo. Quiero follármela hasta que llore. *Soy tan retorcido.*

—Me encantan los gusanos de gominola ácidos —digo en su lugar.

—Mucho en común. —Menea la cabeza con una sonrisa antes de bajarse de mí, limpiarse la arena y darme la mano.

Nos dirigimos de nuevo hacia la hoguera, donde sigue la fiesta. Tarah y su amiga me descubren inmediatamente cuando Han y yo nos acercamos a la silla, su brazo enlazado con el mío, sin parecer darse

cuenta de la mirada triste que viene de la chica playera de Cali que trataba.

No creo que a esta mujer le importe nada en el mundo. Va por la vida haciendo lo que quiere, cuando quiere, y todo el mundo parece quererla por ello. Chicos, chicas, lo que sea, todo el mundo la ve. Ilumina un espacio como un rayo cuando está cerca. Es salvaje. Para ser honesto, no creo que la gente sepa cómo tomarla. Es un enigma total, y en lugar de intentar resolver el rompecabezas que es, la gente se deja llevar por sus piezas dispersas, llamándolo arte.

Corre hacia una pequeña bolsa de lona que cuelga del respaldo de una de las sillas alrededor del fuego. Slate se dirige hacia ella, al ver que ha vuelto. No puedo decir si son sólo amigos, compañeros de sexo, o lo que él es para ella. Supongo que es complicado para él y nada complicado para ella.

Tarah se sienta a mi lado en una de las tumbonas y me pregunta si quiero algo de beber. Me trae una cerveza y dos chupitos de whisky en unos vasos solos rojos, así que damos un golpecito a nuestros vasos y los tomamos juntos. Se acurruca entre mis piernas, apoyando su culo en mi polla antes de que sus manos rocen mis pantalones. Disfruto de la distracción, del contacto.

Pero no me distraigo lo suficiente. Volviendo de nuevo mi atención a Han, que está hablando animadamente con Slate, ella se ríe histéricamente de algo que él dice. Estoy descubriendo que la capacidad de hacer reír a esa chica es algo que quiero poseer en solitario. Dudo mucho que Slate sea tan jodidamente gracioso. Literalmente es como una roca. Soy jodidamente gracioso.

Saca una pequeña bolsa de plástico de su bolso y le da un codazo juguetón a Slate antes de caminar alrededor del fuego. Vuelvo a centrar mi atención en Tarah, cuyas manos suben por mis muslos. Apoya su rubia cabellera contra mi abdomen, observando el fuego y hablando con su amiga que está enfrente de nosotros.

—Abre —oigo el tono aterciopelado, disparando un rayo de electricidad a través de mí, directo a mi corazón muerto.

Levanto la vista y veo a Han detrás de la silla, con los labios muy cerca de mi oreja. Sostiene un gusano de goma entre los dientes, tentándome para que abra la boca y se lo quite. Muerdo el otro extremo, intentando cogerlo, pero ella se echa un poco hacia atrás, jugando a un sexy juego de tira y afloja de lenguas. Finalmente cede y me la meto en la boca.

—Mis labios lo hicieron primero —me susurra al oído antes de sonreír y alejarse.

La observo, con los ojos clavados en los suyos, hasta que desaparece de mi vista en la oscuridad de la playa.

Así que eso es lo nuestro ahora.

Tengo bromas internas con Han.

La Han.

La chica que todo el mundo quiere pero no puede tener. La maravilla inalcanzable que me deja constantemente con la necesidad de resolver el colorido cubo de Rubik que es ella.

Los Rompecabezas; de repente son lo mío.

4

Vivir

Hizo lo que siempre dicen que hace.

Desapareció.

Desapareció como un espejismo. Uno que estuve tan cerca de tocar. Podría haber jurado que estaba allí. Podría haber jurado que era real, pero cuanto más tiempo pasa y no la veo, más siento que me lo he inventado todo en mi cabeza. ¿Acaso Cole tiene una hermana? ¿Cómo de jodido he estado estas últimas noches?

—Amigo, vámonos —dice Hawke, golpeando su puño contra mi puerta.

Hoy es el comienzo de mis prácticas. Bueno, estoy mintiendo, no es práctica, pero me estoy convirtiendo en una especie de suplente. Hawke me está llevando a algunas propiedades hoy, mostrándome las cuerdas, ensuciándome las manos con algo de trabajo real.

Ni siquiera tengo la ropa para esto. Mis vaqueros ajustados no me permiten moverme mucho por los tejados de las casas y mis joggers se engancharían con todas las cremalleras, dejándome, colgando de los canalones. Ya me lo he imaginado. Busco unos vaqueros rotos y me pongo un jersey viejo, estoy en ropa de trabajo.

Entro en la cocina y veo a Cole preparando el desayuno. Me poso en la gran isla de granito, hecha para que coman unas veinte personas, y ella se vuelve hacia mí.

—'H' es de Huevos —guiña, empujando un plato hacia mí.

—Uf, gracias, nena. Siempre sabes cómo llenarme justo como lo necesito —gimo sexualmente.

—¡Date prisa, Kid! —Hawke me ladra desde el vestíbulo, claramente atento a nuestra conversación.

Se está vistiendo con sus botas de trabajo en la puerta, a punto de salir con o sin mí.

—Dame su número —digo, metiéndome en la boca un tenedor lleno de huevos.

—¿De quién? ¿De Tarah? Creía que ya lo tenías, junto con todo lo que tiene que ofrecer a este mundo —comenta.

—No estés celosa, nena, no te queda bien. Sabes que tienes mi corazón. —Sonrío y le cojo la mano.

—Idiota, ¡vamos! —Hawke grita, cabreándose.

—Johanna. Dame su número —sonrío esperanzada, una sonrisa que

dice que soy inofensiva.

—¡Ja! Sí, no —responde rápidamente—. Si ella quisiera que tuvieras su número, lo tendrías. No te acerques. Te lo advierto literalmente por tu propio bien.

—Pshhh. —Le hago un gesto para que se vaya.

Como si supieran lo que es bueno para mí. Yo sé lo que es bueno para mí, y es cualquier cosa con el potencial de ser letal.

Camino hacia Hawke, me calzo las botas negras y me las abrocho.

—Pero, ¿dónde está? Hace días que no la veo por aquí.

—Es lo que hace. Lo que siempre hace. Desaparece. Ni se te ocurra, Kid —dice Hawke con severidad mientras Cole suspira y se dirige a la cocina.

Suspiro, apoyando la cabeza contra la pared con una sonrisa perezosa, sólo de pensar en su culo loco, azaroso e insaciable.

—Ya estoy allí.

Nos ponemos manos a la obra. Hawke me tiene encima del tejado de una de sus propiedades, arreglando tejas.

Tejas.

El trabajo más sucio que he hecho nunca ha sido vender droga a un adicto al crack en un viejo almacén abandonado, no poner mi alto y desequilibrado culo encima de una casa. Tengo miedo.

—¿Estás jodidamente asustado? —pregunta Hawke, caminando hacia mí en el borde del tejado. Es despectivo.

—No, yo sólo... el viento, me dobla como un trozo de espiga de trigo.

Pone las manos en las caderas y me mira como si fuera idiota, con el sudor de una mañana de trabajo cayéndole por el cuerpo. Claro, entiendo por qué le gusta a Cole. Está hecho mierda, tiene tatuajes por todas partes y es bueno con las manos. Es todo un imbécil. Comparte la riqueza. Parece un sucio modelo masculino salido de las páginas de

Handy Man Heaven[4].

Yo soy más espiga de trigo mientras que él es un roble. Pero la espiga de trigo puede ser saludable para ti cuando se mezcla en un batido. Soy genial para el sistema inmunológico.

—Toma, pela esto. Así. —Levanta la teja por encima de la rota, mostrándome dónde se conecta—. Saca los clavos y quítala.

Hago lo que me dice y quito los clavos. Me pasa una teja nueva, la desliza por debajo y me indica dónde clavarla.

—Asegúrate de clavar de nuevo la otra teja que has quitado, cuatro clavos, a unos quince centímetros de distancia —me recuerda, mientras trabaja en otra zona.

—¡Entendido, jefe! —respondo en tono exagerado.

Trabajamos durante horas y empiezo a cogerle el truco. Trabajar en el tejado es divertido. Trabajo sin pensar, escucho música, bebo cerveza y, al mismo tiempo, gano dinero.

Hawke me sorprendió poniéndome en nómina por mi ayuda este verano. Supuse que el alquiler gratis era compensación suficiente, pero me dijo que esto podría ser mi nuevo comienzo. Conseguir algo de dinero legal bajo mis pies para ponerme en marcha. Si esto es trabajo, entonces lo estoy disfrutando.

Unas horas más tarde, nos reunimos con un inspector que está revisando la propiedad para asegurarse de que es segura y está en condiciones de ser alquilada. Le seguimos por el complejo mientras lo comprueba todo, desde el tejado que hemos terminado hasta los cimientos y todo lo demás. Es un poco capullo, así que me veo a mí mismo metiéndome y hablándole con dulzura de todos los problemas. De un rápido: «Sí, eso se pide hoy» a un descarado: «Vamos, hombre, sabes que con eso basta».

Hawke me estudia con un atisbo de diversión en el rostro. El inspector se marcha, dándonos un buen informe, y por fin habla.

—Creo que hemos encontrado tu nicho —sonríe, frotándose la nuca.

—¿Cómo es eso?

—Puede que necesites entrar en el lado empresarial de las cosas. Agente inmobiliario o algo así. Podrías vender cualquier cosa a cualquiera. Una paleta de ketchup a una mujer con guantes blancos, astuto hijo de puta. —Me golpea juguetonamente en el pecho.

—¿Qué puedo decir? Soy bueno con la boca. —Me encojo de hombros.

—Definitivamente sabes cómo influenciar a la gente con tu encanto inherente. Pon en práctica esas habilidades y gana dinero de una puta vez. —Me lanza una botella de agua de la nevera, haciéndome reír.

Podría ser algo en lo que pensar.

Esa misma noche, Tarah me llama para invitarme a una fiesta en casa de un amigo. Lo primero que se me pasa por la cabeza es que quizá Han esté allí. Acepto ir.

Se aferra a mí inmediatamente, pero no de una manera que me diga que necesita más de mí. Quiere salir y divertirse. Lo entiendo.

Entramos en la casa, otra bonita casa de playa. A estos chicos les encanta divertirse con los ingresos de sus padres, lo juro, y yo estoy aquí para eso. Creo que asumen que soy una especie de rapero famoso o algo así. Ser extrañamente alto en este mar de polos Ralph Lauren ayuda.

No cuestionan mi surtido aleatorio de ropa, la camiseta vintage de una banda, mis vaqueros negros deshilachados, mi surtido aleatorio de tatuajes. Probablemente porque ahora está de moda ir desaliñado. No saben que llevo años haciéndolo.

No hay señales de Han aquí, ¿y por qué habría de haberlas? Ella no existe.

Tarah y su bella amiga morena nos traen las bebidas a la terraza, frente al oscuro océano. El sonido de las olas se mezcla con la música que sale de altavoces aleatorios dentro y fuera. Toda la terraza está rodeada de cristal con luces LED que iluminan cada poste y cambian al ritmo de la música. Es jodidamente alucinante. A los ricos les encanta gastarse el dinero en cosas raras como ésta.

Unos chicos se acercan y se presentan. Parecen bastante simpáticos, pero me llevo bien con cualquiera. La conversación fluye hacia nosotros, debatiendo si Tupac o Biggie fue una mayor influencia, una auténtica mierda del tipo costa este/costa oeste. El debate se acalora rápidamente entre dos chicos llamados Noah y Lucas, que probablemente nunca han vivido sin la protección financiera de sus padres. Rara mierda de chico blanco.

No me identifico en absoluto con esta gente, pero eso no significa que no vaya a joderme con ellos o a venderles drogas. El dinero es el dinero, y esta gente tiene mucho.

Me dirijo hacia el borde de la cubierta, mirando al resto de invitados y

asistentes a la fiesta después de vender unos cuantos Percs[5]. Poco a poco voy superando mi miedo a las alturas, teja a teja. Apoyando los antebrazos en el cristal, sostengo mi cerveza por el cuello de la botella, contemplando el reflejo de la luna en el agua.

Vuelve a cruzar mi mente.

El lado oscuro de la luna. El espacio que esconde. ¿Cuál era el significado más profundo? Mi mente corre, intentando desentrañar el enigma. El lado oscuro de la luna, algo que siempre está ahí, pero que nunca se ve. ¿Una metáfora de la realidad, quizás? ¿Qué es la cordura? Sus palabras, dejando sus cicatrices en mí.

Un grupo de unas cinco personas camina por la playa por debajo de nosotros. Cuanto más se acercan a la fiesta, veo que se giran para acercarse. Todos menos uno.

Uno se separa de ellos y se marcha solo. Solo sé que es ella por la sombra de su saludo característico.

Es Han.

¿Por qué no sube?

Me bebo de un trago el resto de la cerveza y la dejo en la encimera de la cocina mientras paso por delante de todos los asistentes a la fiesta para bajar las escaleras. Llego a la arena y empiezo a correr en la dirección en la que ella caminaba. Veo un puntito de persona e intento alcanzarla. Estoy jadeando. Literalmente me ahogo mientras intento correr hacia ella. Mis pulmones están tan jodidos por mis años de fumar.

—¡Jo! —Grito, y ella se para en seco.

Se vuelve lentamente hacia mí con mirada confusa y entrecierra los ojos, intentando ver quién la llama por su nombre.

—¿Kid?

Corro hacia ella y me agacho inmediatamente, agarrándome las rodillas mientras intento recuperar el aliento, resollando como un globo que se desinfla lentamente.

—¿Estás bien? —me pregunta, separando ligeramente los labios al ver mi aspecto mortecino.

Me levanto, me pongo las manos sobre la cabeza y abro los pulmones para intentar respirar mejor. Me echa un vistazo al bajo vientre que tengo al descubierto, posiblemente observando los tatuajes que tengo allí, antes de que sus ojos encuentren los míos. Su sonrisa reaparece tras un segundo de confusión. Se ha cambiado el anillo de la nariz. Ahora tiene un anillo de oro en el tabique.

—Estoy muy bien. ¿Adónde vas? —Pregunto, recuperando por fin el aliento.

No me contesta, sólo mira detrás de ella y hacia atrás.

—¿Es un secreto? Se me da muy bien guardar secretos. Deberíamos compartir alguno —asiento con entusiasmo, haciéndola soltar una risita.

Es mejor que música para mis oídos. Me tomo un momento para estudiarla. Sus ojos verdes se iluminan con una pizca de entusiasmo al verme. No podría negarlo aunque lo intentara. Le gusto un poco. Como a una persona le gusta rascarse una picadura de insecto. Sienta bien, aunque duela cuando acabas.

—¿Cuáles son tus secretos, Kid? Sólo puedo imaginar lo que tienes en tu arsenal —dice, dándose la vuelta para caminar de nuevo.

La sigo mientras caminamos solos por la oscura playa.

—Um, déjame pensar. ¿Qué es lo que nadie más sabe de mí...? —Me quedo pensando un momento— ¡Oh! ¡Ya sé! Solía follarme a mi profesara de álgebra en el instituto para mantener mi nota de aprobado.

Su cara se vuelve hacia mí mientras seguimos caminando y estoy preparado para el contragolpe, la cara de «estás muy jodido» pero con todo lo que es Han, no obtengo lo que espero.

—Era una recién graduada, no una vieja gorda y desagradable a la que su marido no se le levantaba. —Sólo estoy diciendo eso. Tengo algunos estándares.

Se muerde el labio inferior, intentando contener la sonrisa mientras me mira.

—Eso es increíblemente sexy. —Ella me sonríe, luego mira hacia adelante de nuevo—. Solía soñar despierta con que me pasara algo así, pero siempre fui buena por naturaleza en la escuela. Supongo que nunca se me presentó la oportunidad.

—¿Soñabas despierta con ser chantajeada para tener sexo con tu profesor?

—¿No lo hace todo el mundo? —pregunta, como si fuera lo más normal.

—No, Han. —Me río—. No.

Se encoge de hombros y sigue caminando. Está claro que no le importa.

Llegamos a esta preciosa calita que está más alejada de las luces de las casas de la playa. Camina hasta este pequeño rincón, dejando caer la bolsa de lona por su brazo. Saca una pequeña manta de lana y la extiende sobre la arena, coge una bolsa de gusanos de goma de la mochila y otro pequeño recipiente, una cajita de hojalata, antes de sentarse en la manta con ella.

—Tu turno —comento, tumbándome a su lado, preguntándome en silencio qué habrá en ese pequeño recipiente de hojalata—. Secretos. Cuéntalo todo.

Tumbada boca arriba, mira al cielo. Echo un vistazo rápido a su cuerpo y me encanta la ropa que ha elegido hoy. Lleva unos pantalones cortos ceñidos a las caderas, pero con frases aleatorias pintadas con spray por todas partes. Hay un dragón rojo en el centro de su camiseta negra que coincide con el color de la pintura en aerosol. Su gargantilla parece una de esas que sólo se llevan en las convenciones de BDSM y, por supuesto, las sucias y sueltas sandalias no hacen más que aumentar su atractivo. Lleva la mitad del cabello recogido en una estrafalaria coleta que sobresale hacia el cielo, y el resto de los mechones sueltos revolotean alrededor de su cara en forma de corazón.

La veo contemplando cuál de sus secretos quiere desvelar y cuál quiere guardarse para siempre. ¿Qué secreto suyo es la pieza del rompecabezas que yo vislumbro? Me parece una locura que haya tantos. Es un agujero negro en la carne, que absorbe todo lo que tiene valor y sustancia a su alrededor, tomándolo como rehén para su propio placer.

—Me obsesiono con cambiar la velocidad del tiempo para reducir mi ansiedad ante la muerte.

Woah.

Sus palabras flotan sobre nosotros, entre nuestros cuerpos y las estrellas. Tumbado a su lado, las diseccionо una y otra vez, intentando comprenderlas. Giro la cabeza para mirarla. Su rostro está inexpresivo y mira fijamente a la luna. ¿Cómo ha podido cambiar la velocidad del tiempo? *¿Me está tomando el pelo?* Eso es lo que pasa con Han, que nunca lo sé.

—Eso es un poco deprimente —digo, una vez que lo pienso de verdad.

—Claro —dice, asintiendo como si estuviéramos hablando de otra persona.

Pero no, estamos hablando de ella.

—Pero, ¿por qué te obsesionas con algo que está tan fuera de tu control?

—Porque es tan intratable, tan incontrolable, es exactamente la razón por la que me inquieta. Está fuera de nuestro alcance. ¿No te aterroriza? ¿Saber que todo lo que eres depende del azar? Hace que la necesidad de alterar la realidad sea mucho más relevante.

El peso de esta conversación no era en absoluto lo que esperaba. Nunca había pensado en ello tan profundamente. Por otra parte, nunca he tenido que enfrentarme tan de cerca a la muerte como

Hawke. Nunca ha fallecido alguien cercano, y quizá se note mi ingenuidad. Han parece haber tratado con la muerte de primera mano, y no de una forma natural. Su historia está manchada con la sangre de otra persona.

Saca un gusano de goma y se lo pone lentamente en la lengua mientras me mira fijamente con esos ojos verdes. Al instante siento que la sangre se me sube a la polla. *Cómo puede hacer que algo tan inocente como un gusano de goma parezca increíblemente sexy?*

—¿Cómo puedes hacer que algo tan inocente como comer gusanos de goma sea increíblemente sexy?

Maldita transacción sin filtro del cerebro a la boca.

Ella sonríe, mastica y luego hace ademán de tragarse el gusano, dejándome ver la columna de su garganta y luego enseñándome la lengua, exhibiendo el contenido que le falta. Me duelen los vaqueros.

—Se puede convertir cualquier cosa en sexy con la actitud adecuada —comenta.

—Quiero volver a meterte la lengua. —Suelto, mirándola como si fuera doloroso.

Es doloroso. La deseo. Tan mal. De todas las maneras que se puede desear a una persona. Quiero meter todo lo mío en cada orificio suyo. Quiero atarla y tomarla tan bruscamente como sea necesario, jodiendo estos sentimientos fuera de mí, forzándola a usar su palabra de seguridad sólo para calmar esa locura en mí.

Sus cejas se alzan de nuevo ante mi boca de basura, escupiendo basura allá donde voy. ¿Todo el mundo se pone así de cachondo con ella? Sé que normalmente estoy obsesionado con el sexo, pero esto es una obsesión enfermiza. *¿Qué es este veneno que me está dando?*

—Suena divertido —responde ella, simplemente—. Pero, ¿no soy un poco mayor para ti?

Bajo las cejas. Nunca se me había pasado por la cabeza.

—Nadie es demasiado mayor para mí. Se trata del alma, ¿recuerdas? Tu alma me pone duro. Dolorosamente duro.

Ella se ríe

—Estándares, ¿verdad? ¿Cuántos años tienes?

Me paro a pensarlo un momento. Literalmente olvidé que había cumplido años hace mes y medio y que había pasado desapercibido. *Vaya.*

—Um, soy lo suficientemente mayor. ¿Y tú?

—Mayor —dice simplemente.

—Eso no me importa. La edad es un número. La mentalidad es lo que

importa.

No dice nada. Sólo me sonríe de lado.

—Pareces algo maduro —dice finalmente, inclinando un poco la cabeza hacia atrás, analizándome.

Ladeo la cabeza ante el comentario, mirando a mi alrededor antes de conectar los ojos.

—Diremos que soy un trabajo en progreso.

Suspira y vuelve a mirar hacia el agua.

—¿No lo somos todos?

La miro fijamente a la luz de la luna, sabiendo que su mente va a mil por hora. Tiene secretos, muchos, y egoístamente, quiero conocerlos todos.

—Pero primero...

Se vuelve hacia mí, me saca la lengua juguetonamente mientras sostiene la lata entre los dos, mirándome a través de las pestañas. Al abrirla, veo que es un surtido de drogas. ¿De verdad planeaba venir aquí y drogarse ella sola?

—¿Quieres volar? —pregunta mirándome.

He tomado drogas. Muchas. Pero nunca me habían pedido que volara. Ni siquiera estoy seguro a qué droga se refiere en este momento, pero ni siquiera importa. Tomaría cualquier cosa que me diera con tal de compartir algo con ella. ¿Quieres ir a las profundidades del infierno? Claro, Han. ¿Quieres quedarte atrapado en una nueva dimensión? ¿Por qué diablos no? Estoy viviendo, y estoy viviendo con la única chica que está dispuesta a colgarse del borde con una mano conmigo. Ambos estamos jodidos a nuestra manera y parece que eso nos une.

—Dame mis alas —respondo, apoyándome en el codo, girándome para mirarla en la pequeña manta.

Saca una bolsita que contiene dos cuadraditos de papel con los personajes de Pokémon: Gengar y Charizard.

LSD[6].

Estamos a punto de tropezar con ácido.

Joder.

Hace una pausa y me mira con el rabillo del ojo.

—¿Has hecho esto antes?

—No —respondo rápidamente.

No me malinterpretes, soy un drogadicto. Pero incluso los drogadictos tienen su sabor preferido. El mío es hierba, alcohol, hongos, cocaína, Addys[7], Oxys[8] y Percocets[9]. Nunca he tomado ácido. Eso es un nuevo

mundo de maravillas.

—¿Quieres? —pregunta ella, fría como una lechuga.

—¿Contigo? Sí.

Se queda allí sentada, mirándome fijamente durante un momento, claramente dándole vueltas a algo en esa hermosa y peculiar cabecita suya. Me mira, luego vuelve a mirar el océano, la arena, y entonces su mirada vuelve a encontrar la mía.

—¿Quizá deberíamos ir a mi casa? —pregunta.

Mis cejas se levantan de la emoción y luego bajan cuando me pregunto qué se le habrá pasado por la cabeza. Supongo que yo me meto ácido por primera vez, pierdo los papeles e intento ahogar mis demonios en el océano mientras ella intenta llevar mi jodido culo de dos metros a tierra firme.

—Sí —digo rápidamente, no queriendo hacer realidad su visión de mí—. En tu casa. Hagámoslo.

5

LSD

Aquí hay un pato en la pared.

No es la foto de un pato. Un pato de verdad. Un Mallard. Relleno.

Parece como si hubiera ido a un taxidermista del infierno. Su pico está descentrado, la boca parcialmente abierta, y no me hagas hablar de los ojos saltones. Parecen esos globos oculares pegados que solíamos usar de niños, pegados a un pájaro muerto. Se ve tanta parte blanca del ojo que resulta horriblemente irreal. Aparte de estas cosas, lo más peculiar es la forma grotesca en que el animal muerto lleva un pequeño sombrero negro. ¿He olvidado mencionar la armónica pegada al lado del pico? Este animal muerto forma parte ahora de una especie de banda gótica de mariachis.

Me doy cuenta de que estoy estudiando al pájaro, poniendo cara de dolor, y siento sus ojos clavados en mí.

—Se llama Norbert —dice en tono soso detrás de mí.

Por supuesto, le puso nombre.

—Eso es lo que había supuesto. Me alegro de que me lo aclares. No quiero confusiones.

—Lo maté. Luego lo guardé, como recordatorio.

No sé de qué está hablando, pero ya nada me sorprende. Debe de notar mi confusión y mi necesidad de saber más de esta historia porque continúa abiertamente.

—Se estaba ahogando con algo cerca del agua, creo que era plástico. Le dolía todo. Intenté que respirara, pero ya estaba demasiado lejos, se moría lentamente ante mí. —Le mira directamente, recordando—. Le sujeté el pecho. Le asfixié. Me mataba hacerlo, pero no podía verle sufrir más.

Nos quedamos mirándole uno al lado del otro.

—Maldita sea, Norbert —comento, sintiéndome mal.

—Lo hice disecar poco después por un taxidermista barato de la calle que se especializa en este tipo de cosas.

La forma en que pasa de algo tan emocionalmente triste y perturbador a hablar tan fácilmente de disecar su cadáver me deja perplejo. ¿Y un taxidermista barato que se especializa en qué? ¿En crear morbosas bandas de mariachis? Me acuerdo de nuestra discusión sobre su miedo a morir mientras estábamos sentados junto al agua. Dijo que lo guarda como un recordatorio. ¿Pero un recordatorio de qué?

—Un poco de agua para ti —dice, sacándome de mis pensamientos.

Nos trajo agua, dijo que probablemente la necesitaríamos antes del viaje y, sin embargo, sólo puedo pensar en lo enfadadas que estarán sus plantas conmigo. Tienen que estar celosas.

Me siento a su lado en el sofá. El lugar huele bien, muy bien. Algo tranquilo, si es que un olor puede describirse como tranquilo. Aceites esenciales o algo terroso que me hace sentir cómodo. No sé qué hacen las chicas para que sus casas huelan bien.

Las paredes están pintadas de verde. Verde como el color que deberían tener sus plantas. Esta mujer no tiene más que plantas muertas y en descomposición por todo su apartamento, como si estuviéramos en el desierto del Sahara. Helechos, flores, más cosas que no podría nombrar aunque mi vida dependiera de ello, todas caídas y con costras, las hojas cayendo al suelo debajo en una especie de triste liberación.

Las paredes parecen intentar insuflar vida a las plantas con el marcado contraste del verde brillante. Es exactamente del mismo color que una de las motas de su ojo derecho. Este color sería demasiado tolerable para cualquier otra persona, pero a mí me tranquiliza y, al mismo tiempo, me estimula. La iluminación suave mantiene el espacio bastante oscuro. A pesar de estar rodeado de muerte, se respira un ambiente acogedor.

—¿Te espera alguien pronto? —me pregunta, de pie ante mí, sorbiendo su agua mientras se pasa un mechón de su oscuro cabello por detrás de la oreja.

Su cuerpo es para morirse. No puedo dejar de mirar cómo sus pezones se presionan contra la suave tela de su camisa de dragón, intentando perforarse con su postura erecta. Joder, sus tetas son fantásticas. Me doy cuenta de que estoy mirando otra vez, así que carraspeo y me froto el ojo para distraerme.

—Hawke y Cole saben que no deben esperarme —respondo, echándome hacia atrás y encorvándome en su sofá.

Frunce un poco el ceño y necesito saber qué significa.

—Es un poco triste —responde, acurrucándose a mi lado en el sofá.

Sus ojos se posan en mi camisa, donde su mano roza algo de mi hombro. Es un roce inútil, pero lo noto en todas partes.

—¿Por qué es triste? —Pregunto, nuestras caras lo suficientemente cerca como para que pueda contar las pequeñas pecas de su naricita respingona.

Arrastra lentamente los dientes contra el labio inferior, sin dejar de mirarme al hombro, casi pensando si merece la pena compartir esto.

—Significa que no tienes a nadie esperándote —dice, con los labios

torcidos por la decepción mientras sus ojos vuelven a encontrar los míos—. Te mereces tener a alguien esperándote.

Sus palabras hacen que me duela el pecho. ¿Cree que soy digno de que alguien me espere? ¿Qué me dice eso de lo que siente por mí? Nunca me he sentido digno de eso. Necesito calmarme antes de profundizar demasiado en esto.

Sonríe y continúa:

—Bueno, en fin... probablemente deberías quedarte esta noche.

Es contundente, directa, va al grano, pero no me llega como desearía. Es tan indiferente, no se da cuenta de que pedirme que pase la noche con ella suena como el puto cielo para mis oídos. ¿Por qué no significa más para ella? Me molesta que yo lo quiera.

—No sé si quepo en este sofá, quizá haya que hacer sitio en la cama —sonrío sugerente.

—Duh, por supuesto que duermes conmigo —responde ella—. No te haría dormir en el sofá. —Se burla y se ríe como si fuera la idea más ridícula que yo no estuviera en su cama al final de la noche.

¡¿Por qué estas palabras no pueden significar más de lo que significan?! Me duele que ella las sienta como lo hace mi polla.

Coge su pequeña lata y saca las fichas de Pokemon antes de sentarse a horcajadas sobre mi regazo en el sofá, con sus piernas rodeando las mías y su centro sentado directamente sobre mi polla.

Woah.

—¿Preparado Kid? —me pregunta suavemente, su sonrisa sexy irradiando sobre mí.

Respiro hondo y trago saliva antes de acomodarme debajo de ella. Joder, qué bien se siente en mi regazo. No puedo evitar deslizar las manos por sus muslos expuestos. He estado inquieto, deseando tocar esa serpiente que vive en una de las partes más sexys de ella.

—Abre la boca, cariño —susurra, y mis ojos giran hacia la nuca.

Me llamó cariño y me está dando drogas. Estoy jodido de muchas maneras y formas.

Me pone una en la lengua y la otra en la suya, sonríe, se separa de mí y se acurruca en el espacio a mi derecha mientras esperamos a que haga efecto. Ya echo de menos el contacto íntimo, pero saco el celular del bolsillo trasero y le echo un vistazo.

Hawke: Usa el código si llegas tarde, cierras.

Diego: Amigo, los coños están en llamas en la fiesta. Vuelve aquí.

Tara: ¿Adónde fuiste? Vuelve, vagabundo misterioso. Quiero montar en tu regazo otra vez.

Me río por lo último y Han se da cuenta.

—¿Qué pasa? —dice ella, toda cursi.

—Nada. —Sonrío, apago el teléfono y lo dejo sobre el tocón de madera que hace las veces de mesita.

Sé que no es del tipo celosa, pero aun así siento que compartir esa información sería grosero.

—No te tomaba por una chica tan terrenal —digo, cambiando de tema—. Quiero decir, tienes metal en la lengua.

—¿Las plantas? ¿Las paredes verdes? Sí, lo entiendo. —Se ríe un poco, mirando alrededor del lugar—. Pero necesito que mi cueva me devuelva a la vida si el mundo que me rodea no lo hace.

Lo siento. Lo siento profundamente. Por eso prospero en la oscuridad. He encontrado muchas cuevas propias. Aunque mis cuevas son lugares que me adormecen más que me reaniman.

—Has visto algunos lugares oscuros, ¿verdad? —Pregunto, sin filtro.

Quiero saber qué hay bajo su superficie. La superficie en la que todos los demás se detienen. Quiero sumergirme en ella y ahogarme en su oscuridad, porque estoy lo bastante loco para hacerlo.

Suelta una risita, mira entre nosotros y luego vuelve a mirarme.

—Este no es el tipo de conversaciones en las que quieras saltar mientras tomas ácido.

—Muy bien, hablemos de sexo.

Se pone aparentemente más cómoda, cruza las piernas bajo ella y se gira para mirarme.

—Vamos. —Menea el cuerpo.

—¿El lugar más loco donde has tenido sexo? —Pregunto.

—Lavado de autos —responde rápidamente, y luego responde con una pregunta. —¿Lo más raro que te ha pasado durante el sexo?

—¿Lavado de autos? Todo lo que eso me dice es que tu tipo era rápido.

—Rápido puede ser divertido —dice con confianza, lamiéndose la comisura de sus labios carnosos con esa lengua.

Trago saliva, deseando que mi polla sienta algo rápido.

—Dale.

—Eh —digo, haciendo una pausa para pensar—. El perro de la familia me lamió el culo.

Ella rompe a reír y yo vuelvo a sentir esa extraña validación, mi sonrisa iguala la suya.

—No estaba planeado, obviamente. Salió de la nada. Yo estaba encima, machacando a esta chica y el perro se acercó sigilosamente, me lamió el culo. Fue jodido.

Pienso un momento en mis palabras y espero no haber sonado como el imbécil que soy por decir que estaba machacando a una chica. No parece que su risa haya disminuido en absoluto. Ahora está boca arriba, con las piernas sobre las mías mientras se sujeta el estómago y ríe a carcajadas.

—Eso está mal —dice ella—. Me gustas, Kid. Eres divertido con cojones.

Sí. Lo sentí en todas partes.

—Y tú eres inigualable —respondo con sinceridad.

Frunce la nariz juguetonamente hacia mí, pero justo cuando su expresión cambia, veo tristeza en sus ojos. Es sólo un breve segundo antes de que cambie. La mayoría de la gente no se habría dado cuenta, pero yo no soy así. Puedo ser perspicaz cuando hace falta y, cuando se trata de Han, no puedo dejar de prestar atención a los detalles.

Una hora más tarde, estoy de pie frente a la pared, mirando al pato.

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué lo hizo? Norbert no tenía ni idea de que su cuerpo estaría colgado en una habitación, expuesto con globos oculares falsos, un sombrero y una armónica. Un recordatorio diario de la muerte y la falta de vida, como sus plantas. Imagina que viviéramos en un mundo en el que, después de morir, la gente que nos conoció nos disecara y nos dejara plantados por la casa, pasando junto a nuestras cáscaras de carne que no guardan en su interior más que mentiras de una vida que una vez fue. ¿Qué clase de mierda falsa es esta?

—Kid, deja de mirar al pato —comenta Han desde el sofá. —Eso no lo traerá de vuelta.

Me vuelvo hacia ella, sintiendo plenamente el efecto de este viaje de ácido. Los helechos que rodean el sofá y se aferran a la vida bailan alegremente, meciéndose al son de la canción de su propio álbum, casi atormentando al pato de la pared.

—*¡Seguimos vivos, hijo de puta! Vivos y aguantando mientras tú eres una CÁSCARA DE PATO MUERTO!* —cantan felices con sus dulces voces de Disney.

—Ven aquí, cariño —dice con su voz de terciopelo. Sólo que esta vez puedo verla. Veo su voz cuando llega hasta mí. Es dorada como el sol y cálida cuando penetra en mis entrañas y mi pecho. —Vamos a relajarnossss.

Parpadeo salvajemente, intentando corregir mi visión, y vuelvo a sentarme en el sofá junto a ella. Se tumba en mi regazo; la cara hacia el techo, el cabello negro y brillante esparcido por todo mi regazo, mientras paso los dedos por la suavidad. Es tan suave.

Me sonríe antes de tararear. Entonces me doy cuenta de que su zumbido coincide con un sonido que se emite desde el apartamento. De repente me doy cuenta de la música que debe estar sonando de fondo.

—¿Esto es punk rock alternativo de los años 2000?

—Es tranquilizador, ¿verdad? —dice en voz baja, cerrando los ojos mientras SUM41 vocifera sobre el inconformismo.

No es la palabra que habría usado para describir los gritos. Me siento y escucho la letra de la canción. Es como si volviera a oírla por primera vez. Me despierta, escucho el significado detrás del sonido.

—¡Es una puta genialidad! —grito en señal de aprobación, haciéndola saltar ligeramente. —La forma en que discute el impacto social de conformarnos para alejarnos de nuestra propia identidad individual. No podemos ser víctimas descerebradas de nuestra propia desaparición encajando en el molde indiscriminado que se nos da a una edad temprana. El mundo es mucho más grande que esas expectativas que tienen de nosotros.

Han me sonríe.

—¿Quién iba a decir que había un puto filósofo debajo de esa gran melena? —dice antes de acercarse juguetonamente y despeinarme.

—¿Y quiénes son ellos? ¿Quién es nuestro dueño? Nadie es nuestro dueño. Todos somos un gran cúmulo de partículas en movimiento. Además, no estaríamos oyendo ni recibiendo este mensaje si él escuchara a esa gente que le dice que se conforme, y entonces ¿dónde estaríamos todos?

—Palabra. —Lanza un puño al aire. —A la mierda el establishment[10].

¿Cómo puede una chica estar tan buena y ser tan guay al mismo tiempo? Está demasiado buena. No me gusta.

Veinte minutos o dos horas después, los dos estamos en el suelo boca abajo. Han está iluminando unos libros para colorear que encontró al azar con Norah Jones sonando de fondo. Su música es como una representación directa de ella. Totalmente al azar y por todas partes.

Utiliza todos los rotuladores de colores que tiene disponibles mientras yo miro fijamente la imagen giratoria. Es una fantasía visual sin precedentes. Su creación se levanta del papel que tengo delante y gira lentamente en el aire mientras ella le va añadiendo color.

Suspira débilmente mientras acaricia el color sobre el papel, y me pregunto si alguna vez podré hacerla tan feliz como parecen hacerla

estos colores. *¿La haré sentir alguna vez?*

Se vuelve hacia mí, con la cabeza apoyada en el libro, y sus ojos se cruzan con los míos.

—Ya me haces sentir —responde con el ceño fruncido. Un ceño fruncido como si la hiciera infeliz.

¡Puede leerme la puta mente!

Diez minutos o tal vez diez años después, ya no lo sé, Han encontró la araña más diminuta arrastrándose por uno de los helechos bailarines.

—Dios mío, Kid, mira —su dulce voz me envía ondas de calor doradas.

Nos quedamos mirando mientras la araña se arrastra hasta la punta de su dedo y se detiene frente a nosotros. Nos mira fijamente mientras nosotros le devolvemos la mirada, como si reconociera que ya no está sola.

La observamos en silencio mientras deja que la araña vuelva a subir al helecho. Es tan increíblemente gentil con esta pequeña alma.

Recuerdo que la semana pasada pisé una araña que corría por el suelo de mi habitación. Como el imbécil que soy, me cabreó que sus tripas se mancharan en la suela de mis nuevas Nike Blazers vintage. Pienso en esa araña y en lo fácil que me resultó acabar con su vida sin ningún miramiento. ¿Y si fuera yo? Una reencarnación que viaja en el tiempo en la que me enfrento a mí mismo y veo si merezco la nueva vida que me espera. Pero no, estoy enfadado porque tengo las tripas revueltas. Soy un puto asco como humano.

Han tararea a mi lado, sacándome de mi caos autodestructivo y asesino de arañas.

—Es tan pequeño e inconsciente del mundo que le rodea —comento.

—No puede comprender la magnitud de todo, sólo asimila lo que puede —dice Hans en voz baja, volviéndose hacia mí—. Igual que nosotros.

Es una maldita revelación.

Me giro para mirarla. Nuestros rostros están a escasos centímetros y me derrito en su calor dorado. Me pesan los ojos y los cierro, dejándome caer sobre sus labios de almohada. El beso tiene color mientras suena de fondo «Black Dog» de Led Zeppelin, otra canción aleatoria que parece apropiada para el momento.

Me baño en verdes, rojos, amarillos y azules, mientras nuestras lenguas se tocan una y otra vez. Ella gime y los sonidos atraviesan mis sinapsis. Me inclino sobre ella en el sofá mientras ella se echa hacia atrás, abriendo los muslos para acomodarme.

—Quiero follarte —susurro contra su cuello, acercando mi boca a su

oreja y sintiendo la suavidad de mis labios como el paraíso—. Quiero pintar esta puta habitación con tus gritos.

—Kid. —Suspira suavemente, me coge la cara entre las manos y me gira hacia ella.

Sus ojos verdes me tragan entero mientras me hundo hacia ella, lamiendo sus dulces labios antes de que me abra la boca. Nos besamos, nuestros cuerpos ya se mueven en sincronía mientras la música se siente como gasolina para el fuego que ella ha encendido.

—Quiero que me folles —gime entre besos, arañándome la camisa y atrayéndome hacia ella para poder lamerme el cuello.

—No es suficiente con estar dentro de ti. Quiero follarme tu mente. Llegar a cada rincón de ese agujero negro de maravilla y vivir para contarlo. —Gimo de placer, apretando mi erección contra ella mientras sus labios me chupan la piel cercana a la oreja.

Se queda inmóvil ante la mención de su mente. Follar con ella está bien, pero la mención de llegar más profundo que eso, y de repente, todo se apaga.

—Han, ¿qué pasa? —Pregunto suavemente, echándome hacia atrás para mirarla.

Me sonríe, y parece una sonrisa de lástima, o tal vez es que estoy loco de perceptiva con esta ansiedad que he estado sintiendo en lo más profundo de mí.

—Los agujeros negros y las mentes no están hechos para vagar —dice, antes de agarrarme por la nuca y acercarme a sus labios—. Nunca escaparás.

A este paso, no creo que quiera.

6

Norbert

Su tatuaje corre hacia arriba y alrededor de su muslo.

La serpiente está viva; la lengua me lanza un lengüetazo, tentándome a tocarla, rogándome que coma la fruta prohibida, sabiendo que me morderá si lo hago. Acerco la mano, pero justo cuando lo hago, me muestra los colmillos, lo que me hace respirar hondo y apartarme en el último momento.

Ahora está encima de mí en la cama. Hemos pasado del sofá al dormitorio. Después de apartarme por fin de sus labios, echo un rápido vistazo al dormitorio de mi enamorada. Su auténtica guarida de secretos. Sorprendentemente, el espacio es de lo más soso. Es como si estuviéramos en la habitación de otra persona, de un extraño. Las paredes son blancas; la colcha es blanca, la interminable cantidad de almohadas son blancas, incluso el sencillo escritorio de la esquina es blanco. Todo es blanco. Hay una ausencia total de ella en esta habitación, y me resulta extremadamente peculiar.

Todo lo que ella encarna es color. Es vibrante, resplandece, es brillante, audaz y jodidamente radiante.

Radiante.

Vaya cerdo. La Telaraña de Charlotte.

Apuesto a que esa araña que vimos antes está construyendo una telaraña dedicada a describir su belleza de la única manera que puede. El propósito de su vida, intentar poner a Han en palabras. Palabras que nunca podrían encapsularla. Las palabras no tienen sentido cuando se trata de las complejidades que la abarcan. Palabras inútiles y estúpidas.

Jesús, estoy por todas partes. Me estoy volviendo loco.

Vuelvo a tumbarme en su montón de almohadas, con su suave y hermosa figura sobre mí. Vuelvo a apoyar la cabeza en la pelusa blanca, pero aún no siento que haya dejado de caerme.

Es porque no lo he hecho.

Sigo cayéndome.

Abajo.

A

B

A

J

O

A

B

A

J

O

Estoy siendo literalmente tragado entero por esta nube de almohadas enfadadas. Están por todas partes, agarrándome por los hombros y tirando de mí hacia ellas. *¡¿Por qué hay tantas?! ¡¿Cómo se puede vivir así?!*

Me están arrastrando a lo más profundo de su asfixiante agujero. El espacio se hace cada vez más estrecho a medida que se agolpan en mi cara, destinadas a asfixiarme hasta la muerte en un cálido y blanco abrazo.

Miro frenéticamente a mi alrededor, con el pecho agitado y la cara moviéndose de un lado a otro. Ella me mira a través de su cabello oscuro y corto, con los labios ligeramente entreabiertos mientras me evalúa. Sus suaves pestañas revolotean como pequeñas mariposas, levantando y cerrando los magníficos ojos verde reptil que hay bajo ellas.

—¿Estás bien? —pregunta a cámara lenta, los rayos dorados de su voz derriten la almohada de ansiedad de mi cara como el sol a la nieve invernal.

Tomo aire, dándome cuenta de que las almohadas se retiran por el momento, cuando su pregunta me golpea de nuevo.

—Estoy bien. ¡No! —Grito dramáticamente, evitando sonar sosa—. Estoy increíble.

La sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. Mis manos se deslizan por sus muslos y cierro los ojos, sintiendo la suavidad bajo las yemas de mis dedos sin establecer contacto visual con su tatuaje. Ella emite un dulce gemido, disfrutando de la sensación de mis manos sobre ella, e inmediatamente vuelvo a abrir los ojos, intentando no perderme los colores de sus sonidos que irradian por la habitación.

No tenía ni idea de que sería una experiencia tan visual.

—¿Qué quieres hacer, Kid? —me pregunta suavemente, mientras sus dedos recorren mi abdomen desde el pecho. La sensación es sensacional.

Espera, espera. ¿Cuándo me he quitado la camisa?

Me fijo en su aspecto. Su pecho sube y baja por encima de mí mientras se relame los labios, estudia mi cuerpo y traza suavemente los

contornos de mis tatuajes con el dedo corazón. Me siento tan bien con sus caricias, igual que ella parece sentirse bien. Agita sus pestañas de mariposa y me mira a los ojos.

Esta mirada es poderosa. Llega al interior de mi pecho y agarra algo más profundo. Tiro de ella hacia abajo para que sus codos me rodeen y nos separen apenas unos centímetros. Nos miramos con nuestros ojos dilatados, la mirada de dos almas perdidas que, de algún modo, ven su reflejo en el otro.

Siento como si nos hubiéramos visto antes. Siento como si nos conociéramos desde hace siglos y por fin nos hubiéramos reencontrado. Amantes perdidos, separados por años de guerra, o algo parecido. La sensación me eriza el vello de los brazos; los escalofríos se apoderan de mi piel, recorriendo mi espina dorsal. Es una especie de ajuste de cuentas.

—Joder —susurro para mis adentros ante la potencia de todo aquello.

—¿Quieres follar? —pregunta suavemente, y olvido que me ha hecho una pregunta.

Sacudo la cabeza de un lado a otro, sin dejar de mirarla, incapaz de parpadear, sin querer que cese esta conexión. Podría dejar que mis ojos se secaran y se convirtieran en nada con tal de seguir mirándola.

—Quiero mucho más —susurro con expresión adolorida, sorprendiéndome a mí misma con la confesión.

Sus mariposas retroceden cuando las palabras salen de mi boca. La serpiente se desliza de nuevo por su cadera, deslizándose sobre su estómago, girándose y mirándome, enfadada por mis palabras. Siento que mis ojos se agrandan mientras las almohadas comienzan de nuevo su lento reptar hacia mi cabeza, seguras de acabar conmigo esta vez. Todo vuelve a suceder ahora.

Debo de tener los ojos desorbitados, porque me coge la cara y me sujeta la mandíbula con las manos; su adorable y afectuosa sonrisa vuelve a calmar mi acelerado corazón.

—Kid —susurra.

—¿Hmm? —Pregunto, tratando de no hacer contacto visual con las almohadas.

—Ven aquí, cariño. Vamos a darte un trago de agua.

Volvemos a la cocina y ella llena un vaso de agua mientras yo me quedo mirándola junto a la pared.

Oigo que alguien intenta llamar mi atención.

—¡Pssst!

¡¿Hay alguien más aquí?!

—¡Psst! ¡Kid!

Joder.

Dirijo nerviosamente los ojos hacia el sonido, intentando no mover la cabeza en el proceso.

¡¿Quién coño está detrás de mí?!

Al girar ligeramente la cabeza, me encuentro cara a cara con él.

Norbert. Es el puto Norbert. Ahora tiene la cabeza vuelta hacia mí, sus ojos brillantes y su sonrisa espeluznante me atormentan de la peor manera posible.

—Qué ingenuo eres, hombre —su voz de porrero me llena el oído.

—¡¿Qué?! —Le susurro.

—Nunca te dejará entrar —se ríe, sin cerrar los ojos, con la boca abierta.

Es espeluznante, y aun así me siento mal por él. Él no pidió verse así. Pobre tipo.

—¿Por qué no? —Susurro a la vez que grito, girándome para asegurarme de que Han no me ha oído.

Está poniendo cubitos de hielo en el vaso, de espaldas a mí, ajena a mi conversación con el cadáver de pato.

—Está rota. Su alma se ha ido. ¿Crees que puedes arreglarla? ¿Devolvérsela?

El pato muerto me pregunta si puedo resucitar a un humano vivo. Qué ironía.

—No sabría ni por dónde empezar —admito, suspirando y aceptando el hecho de que Norbert está en pleno modo conversación.

Mierda, apenas puedo arreglarme.

—Ella es tu propósito.

Me burlo de sus palabras.

—¿Qué sabes tú de propósitos? Tocas la armónica. —Se queda quieto, frente a mí, así que le hago una mueca.

—Completa a la banda y la traerás de vuelta —grazna.

—¿Qué? —No tiene sentido.

—Completa a la banda —vuelve a decir en un susurro ronco y repugnante.

—¡¿De qué coño estás hablando?! —Grito, enfadándome con Norbert por su vómito de palabras.

—No creo haber dicho nada —responde Han, trayéndome el agua—. Pero, ¿quién sabe? Las palabras tienden a deslizarse cuando cambia el tiempo.

Se inclina hacia mí. ¿Por qué se inclina hacia mí?

Debo haberme deslizado por la pared hasta el suelo. Sí, ahora estoy en el suelo. Ella se sienta a mi lado, sin preguntarme cómo he llegado hasta aquí, simplemente aceptando el hecho de que me estoy tropezando.

Estamos sentados uno junto al otro en el suelo de linóleo de su cocina, con la espalda apoyada en la pared y las piernas abiertas. Pretty Ricky suena de fondo y hemos cerrado el círculo de sus gustos musicales. Yo estoy sin camiseta y ella sólo lleva la mía. No sé cómo hemos llegado hasta aquí, pero aquí estamos.

Tengo las manos en el suelo, boca arriba junto a mí, mientras mis brazos se relajan. Desliza su mano por encima de la mía y sus suaves y cálidos deditos se abren paso entre los míos. Miro nuestras manos enlazadas, cojo la otra y la coloco sobre la suya, luego la sostengo sobre mi regazo mientras inclino la cabeza hacia un lado para mirarla.

Está al otro lado de la habitación, mirando a la pared de enfrente, sumida en sus pensamientos. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado, pero al mirar el vaso de agua que me dio, veo que ya no queda nada, que el hielo se ha derretido.

—Te he preguntado antes si alguna vez te haré sentir —digo suavemente—. Lo estaba pensando, pero no me di cuenta de que lo dije en voz alta.

Traga saliva, sin dejar de mirar la pared.

—Dijiste que ya te hacía sentir.

Ella no dice nada, sólo separa los labios mientras aspira un suspiro.

—¿Qué te hago sentir, Han? —Pregunto, curioso por saberlo—. ¿Y por qué te hace sentir triste?

Sus cejas se fruncen y una expresión de tristeza y frustración se filtra por su rostro antes inexpresivo.

—No importa. No hay tiempo para eso —dice, y finalmente gira la cabeza contra la pared para mirarme.

Me he dado cuenta de que su voz ya no tiene color. Debo estar de bajón. Tal vez eso es lo que quiere decir con que no hay tiempo suficiente. Ella también está bajando. No estamos sincronizados. ¿Cómo podemos conectar cuando ni siquiera podemos encontrarnos en la misma dimensión? El hecho de que esté pensando en estas cosas demuestra lo jodido que estoy.

—Los dos estamos muy jodidos —admito.

Se ríe suavemente y me dedica una sonrisa malévola.

—Y sin embargo, es tan extraño. Tengo la sensación de que ya nos conocemos —admite.

—Yo también lo siento —añado—. Es un poco loco.

—Lo es —asiente, volviéndose de nuevo hacia mí, su mirada de reconocimiento derritiéndome—. Siento una extraña familiaridad cuando te miro. Como si te conociera.

—Puede que sí. Conocernos, eso es. Tal vez nos hayamos conocido antes. En otro tiempo, en otra dimensión. —Me encojo de hombros.

Su rostro serio asimila mis palabras y luego se transforma lentamente en una suave sonrisa.

—Me gustaría pensar que sí.

Está siendo muy abierta conmigo en este momento. Su declaración anterior se repite en mí, ella dijo que las palabras tienden a deslizarse cuando el tiempo cambia. Me trajo a su mundo para comunicarme esto de la única manera que puede. Soy la mano que baja a la madriguera del conejo para salvarla de las pesadillas. Me ha traído aquí para que viaje y pueda llegar hasta ella, pero el tiempo se ha agotado. El conejo blanco está de vuelta con su reloj de bolsillo, haciéndola avanzar.

Pasa más tiempo mientras nos sentamos juntos, cogidos de la mano. Siento que por fin empiezo a relajarme un poco. Ya no tengo alucinaciones, pero sigo sintiendo una loca sensación de asombro y maravilla, como al principio.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta, apartándome el cabello de la frente.

Sigue acariciándome suavemente la cara con el dorso de los dedos. Me encanta la sensación. Apoyo la cabeza contra la pared, disfrutando de la sensación.

Me cuidó durante mi primer viaje. No hubiera querido hacerlo con nadie más, en ningún otro sitio. Pensar en estar en la playa cerca del océano durante esta experiencia casi me da un infarto. Hizo bien en traerme aquí.

—Sí. Siento que baja un poco —comento, dejando escapar una risita, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—La primera vez puede ser una auténtica locura —dice.

—Dímelo a mí —me burlo. —Norbert empezó a hablarme.

—Es un gran conversador —comenta seriamente, como si lo hiciera todo el tiempo.

¡¿Habla con el pato?!

Se me debe haber caído la mandíbula porque se ríe histéricamente.

—Yo no hablo con el pato, amigo. Eso es cosa tuya. —Pone los ojos en blanco y me sonríe.

Debo haber estado actuando como una tonta durante un tiempo. Debería preocuparme. Debería estar avergonzado, pero todo lo que puedo pensar es en el hecho de que ella me llamó «amigo». «Zona-de amigos» en una palabra.

No la quiero. Una amistad con ella. Eso nunca va a ser suficiente para mí. Sólo pensarlo, me vuelve loco.

—¿Te sientes atraído por mí? —Pregunto, necesitando saberlo.

Es una pregunta atrevida, pero me siento atrevido.

Se ríe.

—Obviamente. No habría estado chupando tu cara durante las últimas tres horas si no fuera así. Son esos ojos helados y glaciales los que siguen viendo a través de mí de la forma en que lo hacen. Es un poco raro, pero increíblemente sexy.

¿¡Mis ojos!? ¡¿Sexy?! Han me llamó sexy.

Me encanta que parezcamos un espejo el uno del otro en ese sentido. Todavía no puedo superar los colores reptiles de ella.

Observo su cara, sus labios, sus ojos, su pecho, que sube y baja mientras me mira a los ojos y luego a los labios, respiro hondo y lo suelto antes de levantarme y tenderle la mano. Se queda sentada, confusa, mirándome con desconfianza. Puede que haya tenido un momento, pero he vuelto. Pone lentamente su mano sobre la mía, sus ojos curiosos me estudian, observando cada uno de mis movimientos.

Tiro de ella hacia arriba casi tan rápido como la empujo contra la pared detrás de ella.

Jadea cuando aprieto mis caderas contra ella, sin dejar espacio entre nosotros, obligándola a mirarme.

—Kid—dice con cautela, casi insegura de mis intenciones.

—Llevo queriendo hacer esto desde que te conocí en ese club de mierda —digo en tono serio, cogiéndole las muñecas con la mano y sujetándolas firmemente contra la pared por encima de su cabeza.

Inclino la cabeza hacia un lado y lamo la longitud de su pequeño cuello, arrastrando la lengua sobre las hojas de helecho tatuadas allí, trazándolas antes de chupar la piel que hay justo encima. La hermosa, suave e intacta piel bajo su oreja.

Ella gime de aprobación cuando mis dientes se hunden en su piel, arrastrándose ásperamente por la superficie lisa, seguros de dejar una marca oscura, antes de aliviarla suavemente con mi lengua, lamiendo el lugar y dejando un beso.

Me da sus dulces sonidos mientras su respiración se vuelve agitada, me da acceso completo a su cuello.

—Hazlo de nuevo.

Repito los movimientos, dejando otra marca en su cuello, marcándola como mía antes incluso de que entienda mis intenciones.

No creo que tenga ni idea de lo que me está haciendo. Estoy cayendo en ella como caí en esas almohadas. Profundamente en su cálido abrazo, con el conocimiento de que seré asfixiado una vez que esto termine. Mi aliento, arrebatado por la zorra rodeada de blanco.

Pero caer nunca se sintió tan jodidamente bien.

7

Desaparecida

Igual que el agujero negro prometido, me he perdido. Caí en mi propia perdición. Ella me advirtió, no puedo decir que no lo hizo. Todas las señales estaban allí. *Te romperé el corazón. Nunca escaparás.* Frases que yo consideraba desafiantes y bonitas, cuando en realidad eran bombas de la verdad a punto de explotar.

Y aquí estoy yo, saltando sobre ellos.

Hace dos semanas y media que no veo o hablo con Han. Como dijo Hawke, ella vibra en su propia realidad, desapareciendo por períodos como este todo el tiempo. Saben esto de ella y aun así le permiten seguir haciéndolo. Tan infantil, tan irresponsable. Estoy jodidamente amargado, claramente.

Una vez me dijo que merecía que la gente me esperara. ¡¿No sabe que hay gente esperándola?! Nunca en mi vida he estado en un lugar donde me importara lo que alguien pensara de mí. Soy quien soy, tómalo o déjalo para la mayoría, pero cuando se trata de Han, me importa más de lo que desearía. Tanto como estaba empezando a gustarme, realmente estoy empezando a odiarla.

—Fiesta en la playa esta noche —dice Hawke, levantando la vista de su teléfono.

—Sí, Hollis de la tienda de la playa me acaba de enviar un mensaje también. Va a ser grande. Es en casa de Bran —añade Cole desde su regazo.

Estos dos bien podrían formar la misma puta persona. ¿Qué están haciendo? Cole siempre está encima de él cuando se sienta y él siempre está pegado a su cadera cuando está de pie. Maldita fusión celular por aquí.

—Ugh, sabes que no lo soporto —menciona Cole—. Él la lastimó.

Mi ceño se arquea ante su afirmación mientras los miro a los dos, confuso.

—No tenemos que ir —dice Hawke inmediatamente.

—No, está bien. Habrá tanta gente que ni siquiera veré al idiota. ¡Kid, llama a Brynn! Podemos hacer que sea una cita doble. —Cole levanta la vista del teléfono con una sonrisa esperanzada.

¡No quiero una cita doble con Brynn; quiero una con tu maldita hermana fantasma que desaparece!

—Sí, claro. —Respondo en su lugar.

—Ella está babeando por ti, Kid. Vamos, no puedes ser una puta para siempre. Dale a la chica una oportunidad.

—Eh —le respondo—. Espera, ¡¿acabas de llamarme puta?! Me siento extrañamente halagado.

—Tiene razón. Metes la polla en cualquier cosa. —añade Hawke.

—Esto no es verdad. —Parpadeo rápidamente, sacudiendo la cabeza con disgusto.

—Explícaselo a la abuela —replica Hawke, apoyando las manos detrás de la cabeza, esperando con una sonrisa arrogante en la cara.

Odio a este hombre.

—¿De verdad vamos a ir allí? —Aprieto los labios y le miro mientras Cole se incorpora y nos mira a los dos.

—¿¡Espera, qué!? Kid, ¿¡te follaste a una abuela!? Di que no es así. —Cole se pasa una mano por los labios como si le entraran ganas de vomitar.

—Sí, me follé a una abuela. Pero estaba buenísima, así que no me la juegues Hawke. Se quedó embarazada joven y su hija hizo lo mismo. No es mi problema. —Me encojo de hombros, quitándole importancia.

—Las mujeres mayores le adoran —dice Hawke a Cole.

—Lo entiendo. Es un bocazas —añade, hablando como si yo no estuviera allí.

—Por no hablar de una lengua hábil. Pruébala, nena. —Le muevo la lengua juguetonamente.

—Ew, ese alquiler ha sido conducido demasiadas veces.

—Me lastimaste. Me haces daño. —Me agarro el pecho con dolor fingido.

—De cualquier manera... Brynn —continúa Cole, como si no acabara de asarme el culo—. Habla con ella. Es mona y super simpática.

Estos dos y su maldita historia de amor. No es la vida real. Creen que pueden espolvorear su polvo de hadas sobre mí. ¡Esa mierda es inútil aquí!

Brynn es genial, sin embargo. Ella es definitivamente más mi ritmo de lo que Tarah era. Brynn y yo nos conocimos a través de unos amigos comunes de Hawke y Cole que trabajan en un chiringuito cercano. Son lugareños, así que no se llevan bien con los turistas a los que les gusta destrozar la playa y salir de fiesta toda la noche. Brynn me enseñó a distinguir entre un bebé de un fondo fiduciario y un turista de nuevo cuño. Es ligeramente divertida y su extravagancia me recuerda a cierta persona que estoy intentando olvidar.

¿Cómo puedes pasar la noche más increíble con alguien y te despiertas

para ver que nada ha cambiado para ellos?

La noche del LSD, que es como he decidido llamarla, se ha convertido en mi peor puto recuerdo. Ojalá fuera un sueño, porque vivir con el recuerdo hace que parezca una pesadilla constante.

Hablamos durante horas esa noche, discutiendo sobre política, el Universo, la conciencia, todas las cosas que realmente te llevan a saber quién es una persona y cómo percibe el mundo que le rodea. Vi a Han tal y como era, y con el LSD a bordo, su estado de ánimo y su concepto de la vida nunca estuvieron tan claros.

Tenía miedo. Miedo de las cosas que su hermosa mente no podía comprender, pero al mismo tiempo admiración.

El pato, por ejemplo. Después de procesarlo, empecé a ver lo que ella veía. El cadáver colgante de Norbert era un símbolo para ella. Un símbolo de la conciencia o de la falta de ella, y de cómo, en un momento fugaz, podemos desaparecer mientras los demás siguen existiendo a nuestro alrededor. Incluso con las plantas. Ella compraba plantas moribundas por una razón. Tenía miedo a la muerte y a lo desconocido y quería detener el tiempo hasta que lo ineludible llamara a su puerta. Me mostró cómo cambiaba la velocidad del tiempo, llevándome con ella. Mantenerse adormecida y estirar el tiempo deformando su mente con drogas mientras se rodeaba de muerte parecía ayudarla.

La pregunta era por qué. ¿Por qué se desviaba? ¿Por qué sentía la necesidad de insensibilizarse? ¿Cuál era la raíz de esta conciencia mental?

Colocados por los alucinógenos, nos encontramos entumecidos juntos esa noche, tocándonos constantemente, dándonos esos besos apasionados, hasta que ocurrió lo inevitable.

Tuvimos sexo.

No era corriente.

Oía las campanas de la iglesia sonar en mis oídos mientras follábamos durante horas. Ella era salvaje. Insaciablemente salvaje. En ningún momento sentí que esta mujer supiera lo que significaba la palabra inseguridad. Era dueña de su cuerpo, amaba la piel en la que estaba y me enseñó a amarla también.

Nuestros labios y nuestras lenguas recorrían las historias del otro, memorizando la novedad, absorbiendo el conocimiento de lo que llevaba un pulso al punto de explosión.

Se abrió a mí mientras yo entraba en ella, sintiendo plenamente una conexión que nunca había conocido. Fue apasionado, lleno de emociones, pero sexy y erótico con cojones. Es una amante vocal, gritando y agarrándose a mí como si no estuviera preparada para el

viaje al que la estaba llevando. Sus sonidos, joder, sus gemidos jadeantes mientras me arañaba la piel, me hacían poner los ojos en blanco sólo de pensarlo.

Cuando por fin llegamos al orgasmo, me pareció que había durado una eternidad. Puede que las drogas contribuyeran a ello, pero aun así, me corrí más fuerte que nunca y la sensación fue tan intensa que sentí que duró al menos treinta minutos. Nos quedamos sin aliento y nos sonreímos como si hubiéramos descubierto el Santo Grial de la conexión.

Fue la mejor noche de mi puta vida.

Seguido del peor día.

A la mañana siguiente, cuando se me pasó el efecto de las drogas, me desperté con sus piernas sobre las mías y su cabeza contra mi pecho. Me había rodeado mientras dormía y me sorprendió lo bien que me sentía.

Había cambiado desde nuestra experiencia. Algo dentro de mí se sentía diferente. Nuestra conexión me iluminó. ¿Pero Han? Ella seguía siendo la misma.

Tras despertarse, se había retirado al instante, convirtiéndose en una cáscara de carne de sí misma. Era como si el atisbo de su verdadero yo que había visto a través de las drogas hubiera sido sofocado fuera de su carcasa como Norbert en la pared.

Alegre, divertida, dulce, aleatoria, pero a la vez totalmente desconectada, como si fuera un día más, otra experiencia con, por desgracia, otro hombre más. Le pedí su número antes de irme, pero me dijo que había perdido su teléfono y que estaba buscando uno nuevo. Lástima que lo encontré mientras ella estaba en el baño y conseguí el número, de todos modos. Sí, soy un asqueroso. Pero soy un asqueroso que se rompió una nuez durante media hora. No iba a dejar pasar esa mierda.

Y después, cuando me fui, desapareció y no se supe de ella en semanas.

No podía procesarlo mentalmente. Sabía que estaba desviando emociones, alejando sentimientos, pero el por qué seguía ahí. A pesar de lo intrigada que estaba, ¿realmente quería trabajar para resolver un rompecabezas que tal vez nunca se resuelva?

Así que aquí estoy, planeando otra cita porque no voy a esperar a una chica, ni voy a llamar a una que mintió diciendo que no tenía teléfono.

Hawke y yo finalmente nos pusimos a trabajar por hoy.

Levantando algunos pisos viejos y poniendo madera dura. Es un trabajo sucio, desagradable como el infierno, pero maldita sea si Hawke no es hábil como la mierda. Este hombre ha aprendido a hacer toda esta mierda por su cuenta, ha estudiado reseñas y ha visto interminables vídeos en YouTube sobre una variedad de mantenimiento del hogar.

—Sabes, creo que encontraste tu nicho, hermano.

Hawke se ríe de mi afirmación, copiando claramente sus sentimientos.

Se seca el sudor de la frente y vuelve a guardar la cinta métrica en el cinturón de herramientas.

—Me gusta ser mi propio jefe. Eso te lo aseguro —responde, coge una botella de agua de la nevera y me la tiende.

Nos sentamos durante unos minutos, haciendo una pausa para tomar algo y charlar.

—¿Has pensado qué harás después del verano? —pregunta, dando un trago con una mano a la botella de agua.

—Ni siquiera sé qué voy a hacer mañana, hombre —le respondo, haciendo una mueca.

—Imagínatelo, Kid. La vida pasará ante tus ojos antes de que te des cuenta y desearás haber tenido un plan.

—¿Cuál es su plan? ¿Qué planean ahora los infames Cam y Cole? Tienes tu merecida libertad, tienes la casa de tus sueños, el trabajo de tus sueños, la chica de tus sueños... ¿qué es lo siguiente? —Sonrío.

Suspira, mirando hacia la esquina con cara de felicidad total.

—Tienes razón. Lo tengo todo —sonríe, y luego levanta la cabeza hacia mí—. Pero tuve que pasar por los momentos más duros y oscuros para llegar ahí.

Asiento con la cabeza, sabiendo por lo que han pasado, viendo la mierda de primera mano. Sin duda lo pasaron mal, se enfrentaron a retos que destrozarían a la mayoría, pero al final siempre se tuvieron

el uno al otro. Se mantuvieron firmes en lo que sabían que era verdad, en lo que sabían que era correcto. Lucharon por su amor, por poco convencional que fuera. Amo a Cole por seguir con él cuando su mundo se desmoronaba a su alrededor. Podría haber cedido, pero en lugar de eso lo dejó todo por ese hombre, y él se merecía todo eso.

—Pero joder si no amo a esa mujer con todo lo que soy —afirma, bajando la mirada a sus manos—. Ella me demostró que valía la pena amarme, que valía las cosas buenas de la vida que yo creía que estaban por encima de mí. Me demostró que podía tenerlo todo. Se sacrificó por mí. Por mí. —Sacude la cabeza con incredulidad.

—Eso es fuerte hombre —asiento—. Y, es real.

—El siguiente paso para nosotros es casarnos y tener hijos, muchos hijos, joder. —Sonríe, levantando las cejas.

—¿Niños? Joder, aún no estoy preparado para ser tío. Soy Kid... un crío de cojones —me río entre dientes.

—Pues prepárate, porque estoy a punto de dejarte con el culo al aire. —Sonríe mientras mira al suelo, mordiéndose la comisura del labio mientras lo visualiza.

—Ahora que lo pienso, seguro que tengo algún niño correteando por ahí —comento, llevándome el dedo a los labios, dando golpecitos mientras miro alrededor del alquiler.

—No dudaría de que tus engendros están por ahí en alguna parte, cabrón asqueroso.

—Soy el papá de todos, ya me entiendes —enarco las cejas sugerentemente, encogiéndome de hombros antes de coger la cerveza que me lanza Hawke.

—Arregla tu vida —sacude la cabeza mientras se levanta, dispuesto a volver a la carga.

—Para eso estoy aquí. —Sonrío, poniéndome de pie junto a él.

Trabajamos en el suelo unas horas más antes de recoger y volver a casa. Cole está dentro haciéndonos lasaña, bailando en la cocina al ritmo de Justin Bieber. Es una joya.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal el trabajo? —Ella corre hacia Hawke inmediatamente, plantándole un beso en los labios mientras él la coge por la cintura.

Estos dos.

—Estuvo bien, hice mucho en la nueva propiedad —responde Hawke, finalmente dejándola en el suelo—. Voy a ducharme, regreso en breve.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta, frunciendo el ceño, con las manos ya bajando por su abdomen en busca de su cinturón—. Puedo asegurarme de que estés bien limpio.

—¡Chicos! Estoy aquí, joder. —Les grito a los tortolitos a punto de tener sexo frente a la puerta.

—Oh mierda, lo siento Kid. —Se sonroja—. Es que me pongo tan... —Se queda a medias, parpadea mientras sacude la cabeza, tratando de olvidarse de su lujuria por él mientras camina de mala gana hacia la cocina.

—Jesús —sacudo la cabeza, mirándola mientras hablo con Hawke—. Estás a punto de tener una camada.

Su sonrisa es tan amplia como la casa mientras mira a su mujer.

—Lo sé hombre, lo sé.

Limpiamos y nos sentamos a comer lasaña antes de ir todos juntos a la fiesta.

Brynn me espera en la entrada de la casa con sus bonitos pantalones cortos y su jersey blanco suelto, sus rizos castaños rebotando por todas partes mientras nos acercamos a la fiesta.

—Mírate, guapo —sonríe, enlazando su brazo con el mío.

—Guapo, ¿eh? ¿Te gusta mi estilo? Soy un poco oscuro para la gente de la playa.

Soy muy poco convencional. Voy de negro a la playa cuando todo el mundo parece ir de blanco. Su ropa es fluida y libre y mis joggers negros tienen cremalleras por donde mires. Siempre llevo algún tipo de camiseta de grupo desgastada. Esta noche es Guns N' Roses vintage, mis Converse Chuck Taylors completan el look.

—Siempre haces que funcione —sonríe, inclinándose hacia mí.

Caminamos por la casa, siguiendo a Hawke y Cole hasta que ven a algunos conocidos. Brynn tira de mí hacia el barril y nos trae unas cervezas. Nos acomodamos en el sitio mientras llega más gente. Pasamos unas horas charlando de cosas al azar mientras observamos a los que nos rodean. La verdad es que me lo estoy pasando muy bien.

—Dime, ¿te gusta estar aquí en Cali? ¿Crees que te quedarás por un tiempo? —pregunta Brynn, sentándose a mi lado en uno de los bancos cerca del fuego.

La rodeo con el brazo y sostengo el vaso de cerveza por el borde con la otra mano.

—Si estás aquí, entonces sí, supongo que tendré que hacerlo. —Guiño un ojo, con encanto.

Suelta una risita, inclinando la cabeza hacia mí.

Le agarro la barbilla, acerco su cara a mis labios y la beso. Sus labios son suaves y sonríe mientras me besa. Deslizo mi lengua entre sus labios y encuentro la suya mientras nuestro beso se intensifica. Me siento bien y me gusta hacia dónde va esto, no me malinterpretes,

pero no me electriza. Todavía no.

Se echa un poco hacia atrás, se coloca los rizos detrás de la oreja y suelta una tímida risita.

—¿Quieres ir a algún sitio? —pregunto, dando un rápido sorbo a mi cerveza, ansioso por ver si hay chispa entre nosotros o no.

—Sí —sonríe con picardía—. Ven conmigo.

—Oh, desde luego que pienso hacerlo —suelto, y luego me abofeteo mentalmente por haber vomitado las palabras.

Hace una pausa, me mira con los ojos entrecerrados y el labio le tira de la comisura.

—Eres un salvaje, Kid.

Me levanto y le rodeo el cuello con un brazo mientras busco la coca en el bolsillo del pantalón y la hierba en el otro.

—No sabes ni la mitad.

8

La Ardilla

La casa apesta a hierba y a sexo.

Dos cosas que me gustan mucho. Al entrar en la lujosa casa, Brynn me lleva de la mano a una de las habitaciones vacías, sólo para descubrir que ya están ocupadas.

Este lugar se ha convertido en un paraíso de la fiesta este verano. Me pregunto qué pensarían los padres de Bran si supieran que está destrozando la casa familiar mientras ellos toman sus mimosas en el yate familiar. ¿A quién quiero engañar? Simplemente comprarían otra puta casa.

Echo un vistazo a la planta superior y encuentro una puerta abatible que da a un ático de aspecto espeluznante. Tirando de ella hacia arriba por las escaleras de madera que crujen, encontramos una pequeña habitación angular que nos proporcionará un espacio para hacer lo que hemos venido a hacer. La habitación está polvorienta y llena hasta los topes de viejos enseres. Una pequeña bombilla cerca de la puerta es todo lo que tenemos para iluminar el espacio. Hay un viejo escritorio con un globo terráqueo encima que me da una sensación de biblioteca sucia, y cerca hay una botella de un metro de largo con una de esas naves emergentes dentro.

Cuando era más joven, siempre me fascinó cómo demonios se hacían. Estaba seguro de que hacía falta un poco de brujería o algún tipo de intervención sobrenatural para crear unas réplicas tan intrincadas de grandes y detalladas naves dentro de esas apretadas botellas de cristal. Pero ahora, sabiendo lo estúpidamente sencillas que son de crear, les quita toda su magia. Ahora las odio. Malditas botellas mentirosas de barcos.

Brynn cierra la pequeña puerta tras de sí antes de caminar hacia mí, mordiéndose juguetonamente el labio inferior mientras sonríe. Enlaza sus dedos con los míos y yo sonrío, tirando de nosotros hacia un viejo sofá cubierto.

—Me fascinas, Kid —sonríe, sentándose a horcajadas sobre mi regazo—. Pero eres problemas.

—Eso soy—respondo, tirando de ella hacia abajo para probar más de esa lengua.

Volvemos a besarnos y sus manos se introducen en mi cabello rebelde. Nuestras lenguas se masajean y ella gime cuando aprieto las caderas contra ella. Me aparta la cabeza por el cabello y me besa el cuello mientras giro sus caderas contra mi creciente erección.

Abro los ojos mientras ella continúa el bienvenido asalto a mi cuello y me encuentro cara a cara con mi peor pesadilla.

Allí, en el rincón de la pared opuesta, encima de una alta colección de radios viejas, hay una carita que no puedo dejar de ver. Oculta en la oscuridad hay una ardilla muerta de peluche que lleva, lo has adivinado, un sombrero negro. Brynn me levanta la camisa, me la quita por la cabeza y sigue besándome mientras yo miro fijamente a los ojos desiguales y brillantes que me miran desde la esquina.

Como el barco en la botella, Han ha sacado la magia de la puta habitación. Ni siquiera me había dado cuenta, pero ahora estoy mirando a la ardilla del sombrero. Brynn se recuesta en mi regazo, observando mi extraña disposición, mirando de mí a la esquina oscura y viceversa.

—Un poco espeluznante aquí arriba, ¿no? —pregunta, parándose en mi regazo.

—Es directamente demoníaco —comento, mirando fijamente el pequeño brazo roto que ha quedado en un ángulo recto de aspecto horrible mientras sujeta simultáneamente lo que parece ser una maraca.

Se oye un fuerte estruendo procedente del exterior, seguido de los vítores de una multitud. Levanto las cejas, sorprendido.

—Sólo en casa de Bran. —Ella sacude la cabeza, burlándose—. Venga, vamos a tomar otra copa. —Me palmea los hombros, sintiendo claramente la incomodidad del momento interrumpido.

Volvemos a bajar hacia el resto de la fiesta, que ha aumentado en al menos cincuenta personas desde la última vez que estuvimos presentes.

Cole y Hawke están hablando con un grupo de amigos cerca de la hoguera de la playa, riendo y bebiendo despreocupadamente mientras un colega suyo hace un bong de cerveza. Cuando Brynn y yo nos acercamos, una chica rubia de cabello corto que está cerca de Cole me mira con ojos sexuales.

—¡Kid! Eres el siguiente! —Cole chilla animadamente, a punto de emborracharse.

—No, estoy bien, nena, eso es cosa tuya —comento, haciendo que la rubia levante una ceja sugerente.

A las chicas les encanta que les digas nena, aunque no sean ellas, porque se imaginan que son ellas y sienten cosas. *Uf, las cosas que sé.*

Mientras estamos allí sentados viendo a este hombre engullir algún tipo de bebida de malta barata directamente en su estómago, mis ojos se desvían hacia los muebles del patio exterior, cerca de la casa.

Inmediatamente, noto unos ojos clavados en los míos desde la

distancia, lo que me produce una extraña sensación.

Han está ahí sentada, mirándome con cara inexpresiva y los labios ligeramente entreabiertos. Le devuelvo la mirada por un momento, con la boca entreabierta imitando la suya. Tras un breve intercambio de miradas, ella se gira y se apoya en chico que la abraza por los hombros desde el sofá.

Hoy lleva el cabello recogido con algún tipo de color verde azulado en las puntas. Lleva una minúscula camisa negra abotonada que le llega hasta las costillas y se sujeta con un botón justo por encima de los pechos, que claramente no están contenidos en un sujetador. Se le ve todo el abdomen tonificado, plagado de pequeños tatuajes aleatorios, pero son los pantalones cortos holgados, rotos y de gran tamaño los que me llaman la atención. Su estilo está por todas partes, pero funciona de puta madre. Hay un grupo de unos cinco hombres rodeándolas mientras el que la sujeta cuenta una historia animada mientras todos escuchan.

De repente, me resulta un poco incómodo estar en su presencia con Brynn encima. Me rodea la cintura con el brazo y al instante me entran ganas de meterme una raya de coca en el baño. Así que me separo de ella y lo hago.

Salgo del baño sólo sintiendo el entumecimiento en la nariz. Solo necesitaba pensar con claridad cerca de Han, no como un cachorro raro y triste que quiere la atención de su dueño, así que recurrí a la coca para recuperar la confianza.

Mientras camino por el pasillo, me empujan a una de las habitaciones ahora vacías.

—¡Joder! ¿Qué...?

—Shhh... —susurra, cerrando la puerta tras ella—. Él no puede saber que estoy aquí. Me mataría.

No sé de qué habla ni qué hace, pero estoy aquí por ello.

—Han, ¿qué estás haciendo?

—Necesito tu ayuda —susurra, sonriendo con picardía—. Vamos a entrar en la caja fuerte de Bran y recuperar lo que es mío.

—¡¿Qué?! Han... ¿de qué estás hablando?

Me agarra por la camisa y me atrae hacia su pecho. Mi torpeza me hace caer hacia delante, chocando contra ella con un ruido sordo, mientras ella suelta una risita ante el repentino contacto forzado.

—Eres como un peso muerto —dice, con nuestros cuerpos apretados el uno contra el otro.

—Yo soy más una espiga de trigo —respondo, mirando sus ojos verdes moteados.

Antes de que intente entenderle, me aprieta la camisa y me obliga a bajar hasta que sus labios están sobre los míos. Me sorprendo al sentir su suave beso sobre mí. Se aparta un segundo, mirándome a los ojos, con la respiración agitada, antes de rodearme el cuello con la mano y volver a tirar de mí hacia abajo.

Su lengua toca la mía y mi polla se estremece. La agarro bruscamente por la nuca, empujándola hasta que su espalda choca contra la pared y puedo sellar mi cuerpo contra el suyo. Mi mano busca instintivamente su pecho y lo aprieta con fuerza por encima de la camisa antes de que ella vuelva a separar sus labios de los míos.

—Joder —jadea, con los ojos cargados de repentina lujuria.

Aprieto los labios contra los suyos y ella inclina ligeramente la cabeza, abriendo más la boca mientras masajea mi lengua con la suya. El anillo lingual se desliza a lo largo de la mía antes de que ella incline ligeramente la cabeza en la otra dirección, recorriendo la longitud del otro lado de mi lengua con un lametón enérgico pero lento, como si estuviera saboreando un cucurucho de helado.

Joder, sabe besar.

Sólo puedo pensar en ese anillo lingual lamiendo la parte inferior de mi polla cuando vuelve a separarse de mí, jadeando.

—Lo siento, es que tenía que ver algo —exhala, pasándose el cabello por detrás de la oreja y luego bajando la mano por el cuello y pasando lentamente los dedos por el pezón con piercing, completamente excitado y erecto a través de su diminuta camisa abotonada.

—¿Ver qué? —Pregunto, aún sin aliento, con la polla preparada independientemente de la respuesta.

Sacude la cabeza, sin responder a mi pregunta, y mira alrededor de la habitación.

—Tenemos que ponernos a trabajar.

Se deja caer al suelo, dejándome en un montón de *puta madre lo que acaba de pasar*, mientras se arrastra hacia una gran caja fuerte que está apoyada en la esquina del armario.

—¿Así que quieres usarme como cómplice de un crimen? ¿Qué tiene este gato Bran tuyo, de todos modos?

—Demasiadas preguntas —dice, girando la combinación mientras se mira el interior del antebrazo.

Miro por encima de su hombro, observando su brazo, que parece cubierto de números embadurnados de carmín morado.

—Vigila la puerta —susurra rápidamente.

Me doy la vuelta, caminando hacia la puerta que ahora se abre. Rápidamente pongo el pie contra la base, impidiendo que se abra.

—¿¡Eh, qué coño!? ¡¿Qué estás haciendo en mi habitación?!

Es el tipo junto al que estaba sentada junto al fuego, el que la rodeaba con el brazo. El imbécil que supongo que es Bran. El tipo que vive aquí. El anfitrión de la fiesta.

—Lo siento hombre, la habitación está ocupada. —Sonrío con arrogancia.

Han vuelve a asomarse a la habitación y niega con la cabeza, frunciendo el ceño, para decirme que lo que buscaba no estaba allí. Cierra la caja fuerte y vuelve a girar la cerradura antes de dirigirse a la ventana y abrirla rápidamente. Saca la cabeza por delante de cada una de sus piernas, esas piernas que me hacen desear que vuelvan a envolverme mientras me araña la espalda, gimiendo por más polla mía dentro de ella, y desaparece. No tarda en reaparecer, asomando la cabeza por la ventana para saludarme antes de arrastrarse por el tejado.

Está loca de remate, y me encanta.

Bran vuelve a empujarme, sacándome de mi distracción. Este gamberro no podría abrir la puerta ni aunque lanzara todo su cuerpo contra ella. Cuando la golpea con el hombro, retrocedo y lo dejo caer en la habitación, dejando su culo Tommy Hilfiger por el suelo.

Se apresura a levantarse, escudriñando la habitación mientras yo me apoyo contra la puerta con una sonrisa.

—¿Qué coño estabas haciendo aquí, gamberro? ¿Haciéndote una paja tú solo?

—En uno de tus calcetines, hermano. Querrás lavarlo —le hago un gesto con la cabeza antes de salir de la habitación.

De vuelta a la playa, me pregunto qué coño quería Han de él. ¿Era dinero para drogas? ¿Drogas en sí? ¿Realmente estaba tonteando con él para conseguir de algún modo la combinación de la cerradura, sólo para escribirla con su propio pintalabios en el brazo con el fin de forzar su caja fuerte?

Maldita zorra.

—¡Kid! ¡Ven aquí! Brynn necesita un poco de calor. —Me grita Cole, al verme acercarme al fuego.

Sé lo que está haciendo. Intenta consolidar la relación. Aunque es una gran mujer, no puedo evitar darme cuenta de que Han está al otro lado del fuego observándonos mientras habla con un grupo de surfistas.

Brynn está acurrucada en una pequeña manta en la arena, sonriéndome toda mona. Me siento detrás de ella, apoyándome en los codos y con ella entre las piernas. Se echa hacia atrás y me rodea con las piernas para entrar en calor.

—¿Adónde fuiste? —Se echa hacia atrás, me mira con la cabeza apoyada en mi pecho y una sonrisa fácil.

—Al baño —respondo simplemente. Es mucho más fácil que decir que estaba esnifando coca, besándome con mi crush al otro lado del fuego y forzando la caja fuerte del anfitrión de la fiesta.

Todo el mundo está salvajemente borracho o de camino al cabo de una hora más o menos. Hawke tiene a Cole acorralada en una esquina, haciendo las cosas raras que les gusta hacer, mientras que Brynn ha huido al baño, sintiéndose mal después de hacer otra pipa de cerveza. Creo que ya son tres para ella. No estoy seguro de si este es su estilo o si está tratando de impresionarme, pero sus amigos la vigilan de cerca.

Al cabo de unos minutos vuelve con un par de chicas cogidas del brazo.

—Creo que nos la vamos a llevar a casa —me informa una chica llamada Shay.

Asiento con la cabeza y me despido de ella mientras se la llevan hacia el auto; parece que a Brynn le cuesta mantener la cabeza erguida.

Pobre chica no la puede aguantar.

Oigo risas cerca, o mejor dicho, la risa de alguien. De esas que hacen que el corazón me lata irregularmente en el pecho. La risa atrae mi atención de nuevo hacia ellos cuando veo a un tipo que levanta a Han de la arena y se la echa al hombro mientras corren hacia el agua.

No soy celoso. No me pongo celoso. Sólo me preocupa su bienestar. ¿El agua, a altas horas de la noche? Irresponsable. Hay erizos de mar y mierda.

Un grupo de unos cinco chicos, otra chica y Han van a jugar al agua, nadando con la ropa puesta mientras yo miro fijamente en su dirección.

—¿Miedo al agua? —dice suavemente una voz a mi lado.

Me doy la vuelta y veo a la rubia de cabello corto que antes me hacía ojitos sexuales, ahora plantada a mi lado en la arena. Se abalanzó muy rápido tras la marcha de Brynn. Como un maldito buitre. Pero está bien, no me importa que se coman mi carne.

—¿Por qué dices eso? —pregunto con una sonrisa de satisfacción.

—La forma en que la mirabas. Como si te aterrorizara. —Ella frunce las cejas con una sonrisa—. ¿A qué viene eso?

Vuelvo a mirar a Han, que ahora está encaramada en los hombros de un tipo, riendo juguetonamente y chapoteando.

—El agua oscura es un lugar que da miedo. Las cosas te hunden cuando menos te lo esperas —respondo, sin hablar en absoluto del agua.

Uno de ellos le lanza su camisa y ella cae sobre los hombros del otro. Ella reaparece, riendo y salpicando juguetonamente al hombre de la camiseta antes de que él corra hacia Han en el agua, la aborde y la arrastre con él. Mi mandíbula se tensa por alguna extraña razón. Probablemente porque son rayas. Imprudentes.

—Bueno, tierra firme es donde permanecerás. Es seguro, cálido... vacío de lo desconocido. Aquí sabes dónde te metes. —Ladea la cabeza hacia mí, levantando de nuevo esa ceja suya tan sugerente.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué me estoy metiendo contigo? —pregunto, volviendo a inclinar la cabeza hacia ella coquetamente.

—¿Por qué no vamos a averiguarlo?

Se levanta, se quita la arena de la falda vaquera y me tiende la mano para que la coja. Miro hacia el agua, veo a Han en brazos de un chico y luego vuelvo a la mano de la rubia.

—A la mierda. Vamos.

9

Creampies

Vuelvo al baño, pero en vez de chuparla, alguien me la está chupando.

Inmediatamente después de seguir a la rubia hasta la habitación, me empuja contra la puerta y empieza a desabrocharme los pantalones, arrodillándose en el suelo.

Me gusta dónde tiene la cabeza, literal y figuradamente.

Mi pecho sube y baja por la rapidez de todo esto y, antes de darme cuenta, su boca está sobre mí. Gimo y dejo caer la cabeza contra la puerta mientras me lame el pene con su lengua húmeda y caliente.

—Ah, joder, sí.

Me murmura algo sobre su tamaño en la entrepierna antes de rodear la cabeza de mi polla con los labios mientras chupa. Acelera el ritmo y utiliza una mano para acariciarme mientras murmura lo que puede. Chupa, sus mejillas se hunden y su cabeza se inclina contra mí. Le agarro suavemente la cabeza, cerca de las orejas, cierro los ojos y disfruto de la sensación mientras sigue sorbiendo. Su saliva me cubre por completo y estoy empalmado, listo para follarme algo.

—Levántate —le digo a la rubia.

Sonríe y se levanta, limpiándose la boca con una mano antes de apoyar los antebrazos en el lavabo y levantar el culo hacia mí. Le subo la faldita vaquera, agarro el tanga y se lo bajo por los muslos mientras contemplo su culo prieto. Es bonito, no voy a mentir.

—Joder... condón —digo, a punto de metérsela sin pensarlo.

Abre el pequeño botiquín que hay detrás del espejo que tiene delante y mira unas cuantas cosas antes de encontrar una. Lo sostiene detrás de ella, sonriéndome en el espejo.

Pues bien.

Lo abro de un tirón y lo enrollo en mi polla antes de forrármela. Está mojada y lista para que la penetre. La empujo bruscamente y echa la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Gime con fuerza, agarrando las asas del lavabo con los nudillos blancos mientras la saco y vuelvo a deslizarme dentro de ella, intentando penetrarla más profundamente, hasta que puede conmigo.

—Dios mío —gime.

La rodeo con la mano y le agarro los pechos por encima de la camiseta de tirantes mientras continúo con los movimientos, acelerando el ritmo. Nuestros cuerpos se golpean mientras el sexo se vuelve agresivo

y necesitado. Necesito correrme, borrar el recuerdo de mi última corrida.

Vuelve a poner su mano contra mi cadera, empujándome hacia atrás, deteniendo mis movimientos.

—Demasiado grande —comenta.

Retrocedo y la saco mientras mi polla se balancea en el aire entre los dos. Ella gira y se sube a la encimera. Con las piernas abiertas, vuelvo a penetrarla, presionándola desde un nuevo ángulo. Me agarra el hombro con una mano y se apoya en el espejo con la otra.

La golpeo una y otra vez, sus omóplatos chocan contra el armario de espejos que tiene detrás. Descargo mis frustraciones con una desconocida. Qué vida la mía.

Grita y alcanza el orgasmo antes que yo, mientras sus piernas se tensan en torno a mi espalda y sus uñas se clavan en mis hombros. Con unos cuantos empujones más, me vacío dentro del condón, respirando agitadamente mientras lo hago. Caigo hacia delante, apoyando la cabeza contra el espejo mientras recupero el aliento, sintiendo que una extraña emoción se apodera de mí. Me detengo con la frente contra el espejo, deseando poder atravesarlo con la cara.

Me imagino haciéndolo. Estrellándome de bruces contra el cristal, los fragmentos atravesándome la piel, la sangre cubriéndome en un cálido abrazo de autodestrucción. El dolor físico puede ser adormecedor cuando el dolor psicológico abruma la mente.

Me lo trago y me pongo de pie para sacarla de dentro y ayudarla a bajar. Se ríe de la situación, se arregla rápidamente la falda y se mira el maquillaje en el espejo. Pone la mano en la puerta y la abre de un tirón, sonriéndome antes de volver a colarse en la fiesta.

Y ya está.

Después de salir de la fiesta con Cam y Cole, volvemos a casa para pasar la noche. Ambos se sorprendieron de que volviera a casa con ellos. Supusieron que haría lo que siempre hago y me quedaría fuera toda la noche, encontrando el camino de vuelta en las primeras horas de la mañana, lo cual era típico de mí. Pero no me sentía como siempre. No me sentía como siempre. Necesitaba dormir o algo así. Sentía que mi energía era la de un perezoso. Un perezoso drogadicto que sentía algo por una chica que no podía tocar. No porque no pudiera tocarla, sino porque era inalcanzable por su propia personalidad.

Me follé a otra chica para borrar el recuerdo de Han. ¿Qué tan mal estoy? Dormir. Necesitaba dormir y tal vez un poco de sopa. La sopa ayuda.

A la mañana siguiente, después de una noche en vela, me levanto temprano y me voy a la ducha. Salgo del cuarto de baño en chándal y me sorprende ver a mis dos compañeros de piso levantados y en movimiento.

—¿Es que no duermen? ¿O qué coño? —Gimo, apoyándome en la pared del pasillo.

—Buenos días, campeón —sonríe Cole desde la isla—. He oído lo de Toni.

—¿Lo has oído? —balbuceo, todavía secándome el cabello húmedo con una toalla.

—Toni. Va por ahí diciéndole a todo el mundo lo buen polvo que eres.

Cierro los ojos con fuerza, inhalo profundamente y luego lo suelto mientras vuelvo a centrarme en Cole. Me sonríe con picardía.

—¿También te follaste a Toni? Jesús, me pareció oír que Brynn y tú estaban en la habitación de Bran. —Añade Hawke, dando un sorbo a su café.

Sí, definitivamente no era Brynn conmigo allí. Jesús, ¿tres chicas diferentes en tres circunstancias diferentes en una noche? Cole tiene razón, soy una puta.

—Brynn dijo que pensaba que había una ballena en sus pantalones —añade Cole.

—¿Son guionistas de las Crónicas de Kid? ¡¿Qué es este interrogatorio, y a las ocho de la mañana?! Déjenme en paz, joder.

—Siempre son los flacos altos con las pollas grandes. —Oigo una voz que me atraviesa el pecho, provocándome una extraña oleada de dolor.

Salgo un poco del pasillo y veo a Han sentada con ellos al final de la isla, tomando un café. Lleva el cabello recogido en un moño desordenado y le caen mechones por todas partes. Lleva una sudadera azul enorme con un lobo aullando a la luna y parece que no lleva nada debajo. ¿Ha pasado la noche aquí?

Ahora cree que me follo a todo el mundo. Estupendo.

—¿Y cómo lo sabes? —le pregunta Cole con condescendencia.

—Um, porque me he follado a un montón de hombres altos y delgados con pollas grandes.

Hawke se ríe, atragantándose con su café, mientras Cole mueve la cabeza a su hermana mayor.

Genial. Han también se folla a todo el mundo. Ya no sé ni cómo procesar la vida.

¿Pasó la noche aquí después de la fiesta? Literalmente me mataría saber que estuvo bajo el mismo techo que yo y no en mi cama.

—¿Y qué pasa con Bran? Los vi flirteando anoche. ¿De qué va todo eso? —pregunta Cole.

—Sí, ¿de qué va todo eso, Han? —Pregunto, sentándome junto a Cole, que está detrás del mostrador, inclinada hacia delante con la barbilla apoyada en las manos, imitando su postura mientras ambos la miramos.

A mí también me gustaría tener algunas respuestas, sobre todo después de ese extraño momento beso/ruptura segura. Y porque aparentemente me estoy convirtiendo en un bicho raro entrometido.

—Bran es un capullo. —Se burla como si nada—. Sólo intentaba sacarle algo.

—Jo, te he dicho que te alejes de ellos. Están metidos en alguna mierda pesada. Esos tipos ni siquiera saben lo que están haciendo. Además, todavía te odia por lo de Sera. Tienes que cuidarte las espaldas.

—Oh, que se joda. No tienes que preocuparte por mí, Nic. Estoy bien —dice, poniendo los ojos en blanco ante su hermana pequeña.

Quiero preguntarle qué creía que iba a haber en la caja fuerte, pero no creo que quiera que Cole sepa nada de eso, así que me contengo. ¿Y Sera? ¿Quién es Sera? ¿Y por qué tiene que vigilar a Bran?

—Sólo porque solías salir no significa que puedas confiar en él nunca más. Está loco, Jo.

¿Solían salir?

—Sí, gracias por el especial de después de clase. Estoy segura de que lo he pasado peor que Bran sin tu ayuda. —Ella pasa por alto la preocupación de Cole, terminando su café de un trago.

Una taza llena de café caliente.

Cole y yo la miramos asombrados mientras su garganta traga, el calor claramente incapaz de tocar a alguien de la temperatura de Han.

—Voy a sentarme junto al agua —comenta, dejando su taza en la isla.

Se levanta de su asiento y sale hacia las escaleras para dirigirse al patio. Vuelvo mi atención hacia Cole y Hawke, esperando su

respuesta.

—No dejes que te afecte, cariño. No puedes cambiarla —dice Hawke desde su posición contra el mostrador.

Cole suspira, pasándose una mano por su largo cabello rubio.

—Lo sé. Es que me preocupa. Cree que puede hacer lo que quiera, pero él es diferente.

—Eres demasiado dulce para tu propio bien, asumiendo los problemas de todo el mundo. —Hawke la atrae hacia su pecho, envolviéndola con sus brazos—. Pero algunas personas no quieren ser salvadas.

Pienso en su última frase. Recuerdo cuando me murmuró esas mismas palabras. Definitivamente no es de las que quieren ser salvadas. Eso es un hecho.

Me dirijo a la playa y la veo sentada sola a la orilla del agua. Camino por la arena fresca y me tumbo a su lado bajo el sol de la mañana, donde se abraza las rodillas y se mira los dedos de los pies. Las uñas pintadas de negro están en el borde de la arena, donde el agua casi la alcanza, pero no del todo.

—Casi me pilla la última vez —susurra, mirándose los dedos de los pies—. Pero no dejaré que me toque.

Sus palabras son tan pesadas. Tan pesadas que ni siquiera puedo responderlas. Ella tampoco quiere una respuesta. Cuando habla, quiere que escuches, que asimiles. Si lo entiendes, la entiendes a ella. Así que espera, contemplando si puedes pasar la prueba o no.

—¿Te gusta el porno, Han?

Suelta una carcajada que pronto se convierte en una carcajada profunda y me mira desde los dedos de los pies. Sonrío al oír su risa contagiosa.

—Sólo me pregunto qué tecleas en tus búsquedas —continúo, contemplando su sonrisa, me encanta ver de cerca esas pecas de la naricilla.

—¿Y qué demonios te hizo pensar en eso?

—Bueno, haces declaraciones y preguntas al azar para descubrir a la gente y siento que todo lo que necesito saber sobre una persona está

en lo que busca en PornHub.

—Maldita sea, Kid. —Se ríe, pasándose las manos por su rostro desmaquillado e impecable.

—Eres justo lo que necesitaba.

Lo sentí en lugares que no debía.

—Sigues sin contestar —le digo, dándole un codazo con el hombro.

Se balancea hacia un lado y luego me mira con una sonrisa burlona, y veo que la respuesta está en su mente.

—De acuerdo, te contaré la mía para que te sientas más cómoda —interrumpo sus pensamientos.

—Creo que me lo habrías dicho independientemente de si quería oírlo o no —afirma con una sonrisa con los ojos entrecerrados.

—Probablemente sea cierto.

—Muy bien, pez gordo, ¿qué buscas? —pregunta, volviéndose hacia mí, concentrándose totalmente en mí.

Espero unos segundos, por la tensión, claro.

—*Creampies*[11]. Ya está, lo he dicho. —Me encojo de hombros con las manos en alto.

—¡¿*Creampies*?! —Ella deja caer la boca abierta con una sonrisa persistente.

—Sí, ¿listo para psicoanalizar eso?

Se da golpecitos en la comisura del labio, pensativa, mientras me estudia. Me recorre con la mirada y luego vuelve a mirarme a la cara.

—Te gusta vivir al límite sin tener en cuenta las consecuencias, la falta de preservativo simboliza eso —comienza—. Y tienes cero filtro, la falta de condón simboliza eso también.

—Vaya. —Mis cejas se alzan por la sorpresa, asintiendo.

Se apoya la barbilla en el hombro y sonríe adorablemente.

—¿Qué tal lo he hecho?

—No está mal. Tu turno.

Se muerde el labio inferior, mira hacia la arena y dibuja un pequeño círculo en espiral con el dedo.

—Ugh, está bien. Jesús, esto es personal. —Se pasa un mechón de cabello suelto por detrás de la oreja, mirándome mientras admiro los pequeños aros de oro y los piercings aleatorios a lo largo de la concha.

—Ves, es una forma estupenda de conocer a alguien —sonrío, esperando su respuesta.

—Tríos —dice rápidamente, luego mira para ver mi reacción.

Me rodeo las rodillas con los brazos, asintiendo con la cabeza mientras miro al agua con cara seria, sin desvelar nada.

—Psicoanalízame —añade mirándome fijamente.

Me relamo los labios como si fuera un profesor a punto de dar un profundo discurso, cuando digo:

—Realmente no creo que haya nada más profundo. Sólo quería saber qué miras mientras juegas contigo.

—¡Kid! —jadea, poniendo cara de asombro, pero sonriendo, y me da un puñetazo en el brazo, haciéndome perder el equilibrio y caer a la arena—. Imbécil.

Me río con ella, limpiándome la arena de las palmas de las manos.

—Y para ser sincero, me gustan los creampies porque me encanta el sexo húmedo y desordenado.

—No hay nada peor que el sexo seco —está de acuerdo.

—Pero tríos, ¿eh? —Me paro a pensarlo un segundo.

Sonríe, sacudiendo la cabeza, claramente no tan avergonzada, mientras contempla las olas mientras yo pongo en práctica dos años de licenciatura en psicología.

—Te gusta la idea del sexo con diferentes individuos sin compromiso. Eres lo suficientemente avanzada psicológicamente como para comprender que los humanos estamos programados para no ser monógamos por naturaleza. También te encanta la libertad de una conexión profunda entre hombres y mujeres. Intriga tu mente, además de excitarte sexualmente.

Gira la cabeza para mirarme durante un segundo, con los labios ligeramente entreabiertos mientras mis palabras la golpean ladrillo a ladrillo. Le devuelvo la mirada curiosa mientras nos estudiamos el uno al otro durante una fracción de segundo. Una fracción de segundo que parece más larga y más corta de lo que debería, todo en el mismo espacio.

Inclina la cabeza hacia un lado, cerca del hombro, y mira la ola que se le acerca. No se mueve en absoluto mientras le salpica en los dedos de los pies, arrastrando sus piececitos al agua con la arena que cae a su alrededor.

—¿Quieres mirar eso? —Niega con la cabeza, lamiéndose los dientes mientras se mira los dedos de los pies con incredulidad. Sus ojos revolotean hacia los míos con una mirada peculiar. Como si se hubiera dado cuenta de algo pero aún no pudiera decírmelo—. He vuelto a dejar que me atrapes.

10

Caminos

Nuevos días traen nuevos dilemas.

Hawke y yo estamos de vuelta en una de las propiedades frente al mar. Hoy estamos desmontando una vieja cocina para remodelarla con modernas actualizaciones.

He llegado a disfrutar trabajando con estas herramientas y utilizando las manos para ensuciarme, destruir y crear. Hacer demostraciones es, con diferencia, lo que más me gusta. Desahogar mi agresividad con las paredes, armarios, alacenas. Es una liberación fantástica y un buen ejercicio. Creo que me estoy haciendo un bíceps.

Llevamos el resto de los materiales viejos al contenedor de afuera y hacemos una pausa para tomar algo. Aprovecho el tiempo sabiamente.

—Entonces, ¿cuál es la situación entre Cole y Han? Parece que ayer hubo algo de drama en la cocina —empiezo, pescando.

—Eh, mierda de hermanas —suspira Hawke, tomando un trago.

Maldita sea, hombre, necesito más.

Seguro que Cole le contó todo sobre la relación entre ella y su hermana. No puedo imaginar que esas dos tengan ningún secreto entre ellas.

—Son tan diferentes por ser hermanas.

—Claro que sí. Cuando nos mudamos aquí y conocí a Johanna, pensé que era una broma. Hasta que recordé lo que Cole me dijo de ella. Son polos opuestos. Jo incluso consiguió que Cole fuera a un concierto de Disturbed una vez.

—Bonito —digo con las cejas levantadas. La antigua Cole en un concierto de Disturbed parece surrealista.

—¿Verdad?

—Así que Han es la niña salvaje.

Entrecierra los ojos y frunce los labios.

—No, creo que me tocó la salvaje.

—Amigo... —Distorsiono mi cara—. Chicos, tienen que bajar la voz. Toda esa mierda de *azótame* me tiene malditamente cerca de masturbarme en la habitación de encima. Oyendo pequeños gritos mientras la machacas. «¡Más fuerte Hawke! ¡Más fuerte!»

—¡Ja! ¿Has oído eso? Maldita sea... supongo que tenemos que darle caña. —Hawke se ríe para sí mismo, tomando otro trago.

—Me encanta cómo ahora sólo te llama Hawke cuando te la estás follando, como si fuera tu alter ego de chico malo. Cam a la luz del día, Hawke cuando se apagan las luces y le estás dando una paliza de muerte.

Se ríe entre dientes, frotándose el hombro mientras continúo.

—A Cole le gusta ser azotada agresivamente durante el sexo. Las cosas que aprendes de tus amigos cuando vives con ellos. —Sonrío—. Quiero decir, tiene sentido. Tiene problemas con su padre.

Hawke me mira con los ojos entrecerrados. Pero no es su mirada normal de disgusto. No, esta mirada es más profunda. ¿Me he pasado? No sería la primera vez.

—Estoy feliz de darle lo que necesita. Podría ser peor —dice finalmente Hawke, volviendo a la normalidad.

—Cierto. Ella podría quererme allí con ustedes. Ya sabes, dándole uno por el coño y el otro por el culo.

Me mira de nuevo, clavándome puñales en los ojos, y sé que estoy cruzando la delgada línea de nuestra amistad. Ha sido un viaje divertido.

—¿Nunca quisiste follar a Jo? —pregunto, cambiando de te—. Seguro que se te pasó por la cabeza. ¿Un poco de acción hermana contra hermana? —Le hago un gesto juguetón con las cejas.

—No —dice con firmeza.

—Eres un mentiroso. —Sonrío.

—No estoy mintiendo.

—Por favor, las dos están buenísimas. Definitivamente lo has pensado. Lo he pensado. Muchas veces. Anoche, de hecho. Luego otra vez, esta mañana.

—Amigo, ni siquiera, cuando llegamos aquí y conocí a Jo, ella estaba en un mal lugar, mentalmente. Ella ha luchado con alguna mierda pesada en privado. Ambas lo han hecho. Sólo que lo manejan de diferentes maneras. Nunca fue así.

Mis cejas se fruncen mientras reflexiono sobre ello.

—Es la persona más feliz, alegre y estrafalaria que he conocido. Eso no tiene sentido.

—Sí, bueno, a veces la gente es muy buena escondiéndose en medio de la norma.

Al recordarla en entornos sociales, no es de las que parecen deprimidas o retraídas ante las multitudes. Es el alma de la fiesta. Todo el mundo gravita hacia ella de tal manera que la idea de que esté en un lugar depresivo ni siquiera parece posible.

—¿Qué pasa con ese Bran, amigo? Es sospechoso como el infierno con su mierda de hippie espiritual. Se llama Brandon, por el amor de Dios. Tipos como él creen que pueden limpiar sus privilegios con una visita a un chamán y un rápido cambio de nombre.

Si había algo que odiaba más que a un embustero, era a un embustero que pretendía ser espiritual en aras de una moda. Este hombre se hace llamar Bran para parecer guay cuando, en realidad, es un puto imbécil rico que nació con dinero. Dinero con el que aparentemente juega en el mundo de las drogas. Otra situación que tengo que investigar.

—Sí, es un pedazo de mierda. Aparentemente, él y Jo tienen una extraña historia entrelazada.

—¿No sabes lo que pasó entre ellos?

—No, eso pasó mucho antes de que nos mudáramos... —Hace una pausa, interrumpiéndose—. Espera, ¿por qué coño estás siendo tan entrometido con Jo? Vamos Kid, Cole te pidió que la dejaras en paz.

Levanto las manos, haciéndome la inocente.

—Sólo tengo curiosidad, eso es todo, no es nada.

—Por favor, no actúes como si no te conociera. Si Cole dice que no toques a su hermana, sólo eso te da una misión para hacer justamente eso.

—Bueno, ya hemos cruzado ese puente —murmuro rápidamente antes de beber un trago de agua y mirar por la ventana hacia la playa.

Me mira sin comprender.

—¿Me estás jodiendo? ¡¿Te follaste a Jo?!

Mis ojos recorren toda la habitación, tratando de encontrar un lugar seguro donde posarse. No encuentro ninguno, así que los cierro con fuerza, poniendo cara de dolor. Hawke me lanza un trozo de yeso a la cabeza y me golpea de lleno en la frente.

—¡Joder! —Me agarro la cara.

—¡Eres un idiota, hombre! No puedo creerlo. En realidad, sí puedo. ¿A quién quiero engañar? —Hawke sacude la cabeza decepcionado.

—No pude evitarlo. Tenemos una conexión real, como si fuera profunda.

Hawke se burla.

—¡Hablo en serio!

—El día que crea que Kid tiene una conexión real con alguien que no implique que su polla esté físicamente dentro de ellos... —Una risita seca sale de su garganta.

—Cam, estoy muerto de miedo —le digo en un tono profundamente serio, mirándole fijamente a los ojos—. No puedo dejar de pensar en

ella.

Me mira fijamente durante un segundo, con cara de duda ante la posibilidad de que sea cierto.

—Quiero decir, los dos son raros de cojones. Supongo que no debería sorprenderme tanto.

Mi sonrisa se extiende por toda mi cara. Sus ojos se entrecierran.

—¿Te ha sentado mal Jo? —pregunta, casi horrorizado por el descubrimiento—. ¿Tienes idea de lo malo que es para ti?

Me río entre dientes.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ella es como una pluma flotando en el maldito viento. No se queda por nada ni por nadie. Ni siquiera por su propia hermana.

—Puedo hacer que la gente se pegue. Soy como un gran chicle. Soy dulce, divertido de soplar, y la gente tiende a pegarse a mí, les guste o no.

—Te acabas de equiparar a un chicle. Felicidades. Tú ganas. —Dice Hawke con voz sosa.

—¿Qué puedo decir? Soy encantador. —Sonrío.

—Bueno, me veré obligado a decírselo a Cole si no lo haces. No le voy a ocultar una mierda. Código de chico o no, es su puta hermana.

—Le daré la noticia. Seguro que se le romperá el corazón. Celosa como el demonio. Puede que incluso empiece una pelea, se tire del cabello, rompa una camisa, enseñe una teta...

Él contorsiona la cara con disgusto.

—Jesús, *has* pensado en esto.

Suspiro, mirando soñadoramente al techo mientras asiento con la cabeza.

—Unas cuantas veces, sí.

—Oye, hablando en serio. Me he apuntado a un curso de agente inmobiliario/ventas en la feria del hogar mañana por la mañana. Esperaba que vinieras. Tal vez ver si eso es algo que te interesa? —Pregunta, ladeando ceja—. Has estado haciendo muy bien con estas demostraciones, captando rápido, pero sé que lo harías muy bien en el lado de las ventas.

No hay que tomarse a la ligera los cumplidos de Hawke. Si él ve algo en alguien, va a hacer todo lo posible para sacarlo de ti. Yo lo sé. Lo he visto hacerlo con nuestros otros amigos. Lo he visto hacerlo con Cole. Es el amigo que quieres a tu lado porque siempre te va a empujar a ser grande. Esta es la razón por la que lo apoyé tanto cuando estaba encerrado. Cuidas a la gente como él. No aparecen a

menudo.

—Te daban un certificado y todo después de terminar. Consigues algo por asistir.

—Sí, hombre —respondo con una sonrisa genuina y un sincero agradecimiento—. Suena genial.

Sonríe, me hace un gesto con la cabeza y me cuenta más detalles del evento antes de que recojamos y volvamos a la casa por la noche.

Después de ducharme, miro el celular y veo un mensaje de un amigo, uno que no es necesariamente el que quieres tener en tu esquina. Silas es el tipo de hombre con el que te juntas, sabiendo que vas a pasar una noche infernal pero con cláusula. Es el tipo que conoce a la gente. Se hace disponible, manteniendo un grupo de mujeres a su alrededor, llevándote a una fiesta o a un nuevo club con la expectativa de que le des algo a cambio. En este caso, es la coca lo que parece interesarle.

Silas: En la Taberna esta noche. Yo llevaré el coño, tú trae a la chica blanca.

Kid: Trato

¿A quién quiero engañar? Soy un pedazo de mierda. Por supuesto que iré. No es que tenga planes esta noche.

Esa misma noche, dejo que Cam y Cole hagan bebés o se ahoguen el uno al otro, o lo que coño sea que les apetezca esta noche, y cojo el auto y me voy a la taberna.

Resoplo una raya en el salpicadero antes de entrar. Resoplo por los labios y dejo que el efecto adormecedor me recorra. Me chupo el dedo, limpio el salpicadero con el resto del potente polvo y me paso el dedo por las encías antes de frotarme la nariz y volver a sentarme en el asiento del auto.

Veo mis ojos inyectados en sangre por el retrovisor y tengo la misma sensación de mierda que tenía cuando me follaba a la rubia. Existe esa persistente presencia de saber que vas por un camino que no acaba más que en suciedad, gravilla y pasos en falso. Sabes que no deberías continuar, pero cambiar de rumbo a menudo supone más esfuerzo que recompensa. Así que continúo por el camino, el que me lleva directamente a este club nocturno.

Al entrar por la puerta doble de acero, me cruzo con una rubia que me resulta familiar y me detengo en seco.

—Aquí dejan entrar a cualquiera, ¿no? —me guiña.

—¿Toni? ¿Ah, sí? Me alegro de verte, como siempre. —Me dejé llevar por el encanto, dedicándole mi mejor media sonrisa sexy.

Ni siquiera sabía su nombre, y mi polla estaba firmemente plantada en lo más profundo de sus paredes. A ella no parecía importarle. Todavía no creo que sepa mi nombre.

—Silas me dijo que vendrías —sonríe coqueta, pasándose una mano por la nuca.

Tal vez ella sabe mi nombre. ¿Lo ves? Soy chicle. Mastícame y me pego.

Siento mi subidón y estoy listo para joder un poco. La fiesta está que arde. La música está descontrolada y mujeres semidesnudas bailan a nuestro alrededor. Silas está sentado en un reservado con algunas chicas sexys a su alrededor cuando me acerco.

—¡Kid! Mi amigo. Toma asiento —dice, llamando la atención sobre mí.

Definitivamente trajo a las mujeres.

Me deslizo junto a una hermosa mujer con los labios del color del ámbar y la piel de un color intenso. Sus profundos ojos castaños me miran mientras juguetea con sus rizos. El corazón se me acelera en el pecho y siento cómo la cocaína se filtra en mi torrente sanguíneo, bombeando directamente a mi corazón.

—¿Qué otros trucos tienes bajo la manga, Kid? —pregunta Silas.

Sé a lo que se refiere, y por suerte para él, soy mago.

—¿Addy? —pregunta en voz baja.

—Por supuesto —respondo.

Asiente con aprobación.

—¿Has conocido a Zuri?

El intercambio.

—Es un placer, Zuri —le sonrío, inclinándome ligeramente hacia ella, con mi rodilla rebotando contra la suya.

Las bebidas fluyen, la música suena, el ambiente está animado y, sin embargo, siento la falta de una cierta excitación que ni siquiera la cocaína es capaz de despertar. Saco el celular y busco entre los contactos hasta que lo veo.

Johanna.

Tengo su número desde hace semanas, pero no me he atrevido a

mandarle un mensaje. Ella no tiene ni idea de que lo tengo, así que tengo que hacer esto divertido. Encuentro el vídeo en YouTube. Es el vídeo de esa foto de tres ciervos apilados uno encima del otro, practicando sexo con la canción *Oh Yeah* sonando de fondo. Hago clic en enviar, esperando que lo reciba, preguntándome si se acordará.

Compruebo ansiosamente mi teléfono, una y otra vez, viendo que el mensaje se ha abierto pero sin respuesta. Estoy nervioso, jugueteando con mi teléfono cada tres segundos, encendiéndolo, apagándolo, encendiéndolo, introduciendo la contraseña y apagándolo para actualizarlo. Sólo necesita una actualización.

Unos minutos después, recibo un mensaje de respuesta. Es una imagen. Una foto de una tarta de crema de plátano.

Me muerdo la comisura del labio, incapaz de contener la sonrisa mientras estoy aquí sentado, como una idiota jugando con mi teléfono. Es divertidísimo lo que algo tan estúpido como una foto de una tarta de crema puede hacer en mi interior. Ella sabe que soy yo. La siento en todas partes.

—Goloso, ¿eh? —Zuri pregunta, mirando por encima de mi hombro.

Levanto una ceja e inclino la cabeza hacia atrás para mirarla.

—Algo así.

Le devuelvo un mensaje rápido.

Yo: ¿Dónde estás?

—Eso es demasiada crema. Tal vez es hora de probar algo un poco más rico, un poco más agridulce, algo con una mordida .

Miro su cuerpo curvilíneo mientras ella inclina la cabeza hacia un lado y se relame los labios.

—¿Sí? ¿Qué tienes en mente?

Diez minutos después, estamos en la parte de atrás de mi auto. Zuri está cabalgando sobre mi polla en el asiento trasero, agarrada a mis hombros mientras la penetro profundamente. Mis manos se aferran a su grueso culo, la levantan y vuelven a tumbarla en mi regazo mientras la penetro más rápido y más fuerte que nunca.

—¡No puedo soportarlo! —grita, apoyando las manos detrás de mí contra el asiento, rebotando contra mis muslos—. ¡Es tan bueno!

Está mojada. Goteando. Me encanta el sexo húmedo, pero ahora solo me recuerda a mi conversación con Han. Zuri echa la cabeza hacia atrás, encontrando su liberación, gritando mientras mis ojos se cierran.

Realmente quiero comprobar mi teléfono.

Abro los ojos y casi me doy una bofetada por pensar algo tan estúpido mientras tengo metida la polla en otra mujer. Me concentro en las

sensaciones, en lo que me rodea, en mi necesidad primaria de correrme dentro de esta hermosa mujer que tengo encima. Unas cuantas bombeadas más y me corro dentro del condón, apretando las gruesas caderas de Zuri contra mí.

Dejo caer la cabeza contra el asiento, con la boca abierta mientras mi pecho sube y baja mientras regulo la respiración.

—¿Tienes un poco de coca? —pregunta antes de que mi polla esté siquiera fuera de ella.

Esta chica no sólo tuvo sexo conmigo por un poco de coca.

—Eh, sí... claro, sí.

Irreal.

Después de arreglarnos, volvemos al interior del club tras entregar unos gramos por el buen rato que pasamos en mi auto. Me siento un tacaño de mierda por eso, pero yo no lo pedí. Fue todo suyo. Está claro que a algunas personas no les importan lo suficiente como para considerar sagradas algunas cosas. ¿A quién coño quiero engañar? He tenido mi cuota de sexo sin emociones. Pero no por dinero o drogas.

Silas me da unas palmaditas en la espalda al entrar de nuevo en el club, y me da asco.

—Es genial, ¿verdad? —Me rodea el cuello con el brazo y mira a Zuri, que nos devuelve la mirada con una sonrisa burlona mientras se aleja. Todo me parece mal—. Vamos, tomemos unos tragos.

Seguro como la mierda, tomamos algunos chupitos. Montones y montones de chupitos. Cada pocos segundos, alguien nos sirve otro whisky solo. Silas me habla a los cuatro vientos de alguna oportunidad que está tratando de montar para sí mismo, necesitando mi ayuda en el proceso. A estas alturas estoy bastante jodido, pero también lo están todos los que me rodean. Recuerdo que antes le he mandado un mensaje a Han, así que saco el celular de mis pantalones para ver si me ha respondido.

Dos textos sin abrir.

Han: Ven a buscarme.

Una foto de la cala.

No me jodas. Ha estado en la cala. La misma cala donde hablamos antes de volver a su casa. Debe de haber estado por ahí tropezando sola otra vez, esperando a que yo fuera a buscarla, tal vez necesitando que yo la alcanzara por esa madriguera de nuevo.

Joder.

Joder.

Joder.

Me levanto bruscamente, golpeado por la ola de intoxicación. Jesús, estoy más jodido de lo que pensaba.

Me dirijo a trompicones hacia el auto, abro la pesada puerta y, una vez dentro, la cierro con más fuerza de la prevista.

Tengo que llegar a ella.

Tanteo con las llaves en el contacto, dejándolas caer en la oscuridad cerca de mis pies antes de volver a encontrarlas.

No puedo dejarla colgada.

Finalmente lo arranco mientras me alejo del club, conduciendo por la carretera poco iluminada, cuando un auto me sigue.

Ella está esperando. Esperándome.

Veo el rojo y el azul de las luces que parpadean detrás de mí en el espejo retrovisor, haciéndose eco del ritmo de mi corazón acelerado, y sé que estoy jodido.

Verdaderamente jodido.

11

Lo siento

El reloj de pared hace un ruido molesto. Cada segundo es como si me diera una bofetada en la cara, recordándome que soy un desastre.

Me siento y espero en mi jaula.

Tengo la oportunidad de llamar a alguien pero literalmente no tengo ningún número memorizado, y después de que me confiscaran el teléfono por el momento, me he dado cuenta de que simplemente ya no sé números. Mi cerebro de culo frito no puede retener más de dos dígitos, parece. No puedo recordar el número de Hawke. Tengo un celular , joder. Su número es Hawke.

Un DUI12, un maldito DUI.

No voy a mentir. Tengo mucha suerte. Si hubieran registrado mi auto, habrían encontrado un paraíso de drogas. Pero, suponiendo que era otro borracho que salía del pub y conducía a casa, me hicieron la prueba de alcoholemia y me acusaron de conducir bajo los efectos del alcohol. Debe haber sido una noche muy ocupada para el crimen. Eso, y que soy un buen conversador, por supuesto.

Pasa la noche y me despierto sintiéndome como una completa mierda. No tengo mi dosis de estimulante mañanero, y me duele la espalda como un demonio por este banco en el que intento dormir, todo mientras escucho los ruidosos arañazos del tipo de mi esquina que tiene sarna, o quizá pulgas. Probablemente ambas cosas.

No sé qué más hacer salvo esperar a que me den el alta.

Nadie me espera.

Saberlo me da náuseas. Las palabras de Han resuenan de nuevo en mi cabeza. *Te mereces que alguien te espere.*

Está equivocada. Está jodidamente equivocada.

No merezco nada. Me deslizo por la vida igual que demostró su análisis. Vivo para hoy y no para mañana. Sin condón, no hay consecuencias. En sentido figurado, claro, es una referencia al creampie. ¿Quién iba a pensar que me daría una lección? Mi historial de búsqueda me dio la razón.

Es lamentable que este comportamiento sea normal para mí. Estar fuera toda la noche sin que nadie sepa de mí hasta que el sol se asoma por el horizonte.

Estoy harto de ser yo. Así que aquí me pudriré. Junto al hombre

pulga, encerrado en la basura donde pertenezco.

—¿Kai Immanuel Decker?

Levanto la cabeza. Ya nunca oigo ese nombre. Casi olvido que es el mío.

En cuanto me incorporo, me doy la vuelta en el banco para ver una cara llena de decepción que me saluda tras los barrotes.

Es Hawke.

Lleva unos pantalones de vestir grises y una camisa negra abotonada, remangada hasta los codos, combinados con unos zapatos de vestir de aspecto italiano.

Mis cejas bajan confundidas ante su extraño aspecto antes de que mi cerebro de mierda haga clic.

La conferencia.

El que pagó para que yo fuera.

En la que él me ayudó a entrar, inscribiéndome, completando todo el papeleo y pagándonos a los dos para que pudiera tener una educación legítima en mi haber.

La que he echado de menos, y ahora, por lo que parece, le he hecho echar de menos a él también.

Está claro lo en serio que se toma esta nueva vida que han formado Cole y él. Metí la pata. Fui irresponsable. Y ahora, mis errores están sangrando en su vida.

Joder.

A mí.

Suelto un profundo suspiro, soplando con los labios flojos mientras mis ojos caen al suelo y me paso las manos por la cara. Nunca me había sentido tan mal. Soy literalmente lo puto peor.

—Vamos —dice bruscamente, firmando un papel en el escritorio que tengo delante.

Se da la vuelta, ni siquiera mira si le sigo mientras empuja la puerta de cristal con una fuerza que lo dice todo.

Soy lo más bajo de lo bajo. Me siento como un niño que está siendo rescatado por el padre que está constantemente alentando a él sin embargo, a la izquierda con nada más que decepción en su pedazo de mierda fracaso de un hijo.

Soy un desastre.

Salgo del edificio con una mueca de dolor en los ojos cuando la luz del sol me atraviesa el cráneo. Es como si un poder superior quisiera mostrar al mundo lo estúpido que soy arrojando un chorro de luz directamente sobre mí, iluminando mis errores ante el mundo. Es una

sensación nauseabunda saber que el Dios que sea también me odia.

—Lo siento, hombre —digo en voz baja, girándome hacia Hawke en el auto, sabiendo que no es suficiente, pero necesitando decirlo, de todos modos—. Gracias por traerme el auto, también.

No dice nada. No me mira. Está cabreado, y lo noto en todo el interior del auto. Es un silencio ensordecedor. Conducimos por la carretera durante unos minutos antes de llegar por fin a su casa. Aparca el auto y se sienta en el asiento, respirando hondo.

Espero, con la esperanza de que diga algo. Cualquier cosa. La tensión entre nosotros es densa. El aire, sofocante.

—Sabes, realmente quería que vinieras aquí, empezar de cero —comienza, mirando fijamente hacia la casa mientras agarra el volante, con la mandíbula tensa por la tensión—. Pero, esta mierda... —Sacude la cabeza, entrecerrando los ojos, la decepción irradiando de él—. Después de todo lo que he tenido que pasar... no lo entiendo, Kai. Me arrebataron mi vida, pero la tuya se está yendo voluntariamente por el maldito desagüe. ¿Cómo coño puedes ser tan descuidado? —Se vuelve hacia mí, sus ojos me atraviesan, la ira de sus palabras lleva veneno, golpeándome con el dolor de su pasado—. Podrías haber matado a alguien.

La forma en que dice que podría haber matado a alguien y no a mí mismo me desgarra a un nivel completamente nuevo.

—Lo siento Hawke, yo...

—Quizá no eres quien yo creía que podías ser —me dice, interrumpiéndome.

Me trago sus palabras, la tensión es densa. Abre la puerta del auto y la cierra de un portazo antes de entrar. Pateo el salpicadero con el pie y dejo caer la cabeza contra el asiento del copiloto, deslizándome hacia abajo mientras me agarro el cabello de la parte superior de la cabeza y tiro con fuerza. Quiero aliviar el dolor de cabeza con dolor externo, así que tiro con más fuerza hasta que me duele.

Pero no es suficiente. Golpeo mi salpicadero. Una y otra vez, con toda la fuerza de la que soy capaz, hasta que mi piel se resquebraja y mis nudillos sangran por el dolor que se ha manifestado en lo más profundo de mi mente.

No quiero sentir estas cosas que estoy sintiendo. La pesadez, la seriedad de la situación. Vivo en un mundo despreocupado donde todo es risible y la mierda real se deja de lado.

Me entran ganas de tomar Percocets. Entumecimiento. Es lo que ansío. Entumecimiento es lo que necesito para no destruirme más de lo que quiero.

Busco en la consola, abro el pestillo donde se esconden las drogas.

Cojo una bolsita y veo las pastillas delante de mí.

Este es mi momento de parar. Mi momento de tomar esta situación como una lección, escuchando la decepción, encontrando la fuerza para demostrarle que se equivoca, y crecer a partir de ella.

Pero no soy fuerte.

Soy un adicto.

Así que me tomo las pastillas y sigo adelante.

Esa misma tarde, oigo unos ligeros golpes en mi puerta.

—¿Kid? —Su voz suave y cariñosa está al otro lado de la puerta—. Kid, soy Cole. ¿Estás despierto?

—Estoy despierto, entra.

Abre la puerta y echa un vistazo, probablemente para asegurarse de que no estoy desnudo o masturbándome, antes de entrar y cerrar la puerta tras de sí. Se dirige al escritorio de la habitación, se apoya en él y agarra el borde de la madera con los brazos. Su rostro muestra simpatía y no sé qué es peor, si eso o la decepción de Hawke. ¿A quién quiero engañar? Ambas caras apestan cuando estás en el extremo receptor de ellas.

—¿Cómo estás? —pregunta con una ligera mueca de dolor.

La miro con una cara que dice cómo me siento.

—Está en una de las casas —me explica, diciéndome que Hawke no está en casa.

Asiento con la cabeza, mirándome los pies.

—No estará enfadado para siempre.

Agradezco su intento de tranquilizarme, pero no funciona.

—Si lo hiciera, estaría justificado —replico.

Suspira y se levanta del escritorio para sentarse a mi lado en el borde de la cama.

—Sabes, se preocupa mucho por ti. Quiere que nunca te pase nada

malo. Quiere que te levantes, Kid. Significas mucho para él. Para los dos. —Me dedica una leve sonrisa y se inclina hasta que mis ojos se cruzan con los suyos—. Por eso queríamos que vinieras aquí.

—Sí, y ya lo estoy jodiendo todo.

Frunce los labios, luego se muerde la comisura y se encoge de hombros.

—Sí, más o menos.

Su sinceridad me hace reír. Ella se une.

—Nunca podré entender del todo lo que es ser tú —dice suavemente—. No he recorrido los mismos caminos. No he tenido que hacer cosas para sobrevivir como tú. Eres mucho más fuerte que yo en ese aspecto. Pero también veo las cosas desde otra perspectiva. En algún momento, las drogas ocasionales y las fiestas parecen haberse convertido en algo más que diversión. Parece como si ahora fuera un estilo de vida, uno que poco a poco está empezando a alejarte de nosotros.

Tiene buenas intenciones. Sé que tiene buenas intenciones. Pero esto no está pegando bien.

—No es tan serio, Cole. Sigue siendo recreativo.

—¿Estás seguro? —pregunta ella—. Me preocupa que se esté apoderando de ti. Que sea una tapadera para algo más profundo. Podría haberte pasado algo muy malo anoche, Kid.

Aprecio su preocupación más que nada. Está totalmente preocupada por mí, y lo sé. Ya hemos tenido conversaciones profundas y sinceras, así que sé que piensa en lo mejor para mí. Tiene un corazón de oro y hará todo lo posible por las personas que le importan. Leal hasta la exageración. Pero no estoy dispuesto a admitir que esto sea un problema real, porque no siento que lo sea. Sigo funcionando. Sólo cometí un error.

—No es una tapadera. Y honestamente, no necesitas preocuparte por mí. Johanna es más de tu incumbencia. Parece que es ella la que necesita lecciones sobre el uso de drogas recreativas.

Digo las palabras y me arrepiento inmediatamente. Su rostro se tensa y veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas.

—Cole, lo siento, yo...

—No —me interrumpe, levantando la mano para detenerme—. Tienes razón. No debería haberme excedido. Fue ingenuo por mi parte.

—Cole.

—No, Kid. No pasa nada. De verdad, lo siento. No es mi asunto. —Ella sacude la cabeza, cerrando los ojos con fuerza mientras se dirige a la puerta.

Se detiene ahí, sujetando el asa, dándole golpecitos con el dedo, respirando hondo y dejando que fluya antes de que salga su voz, suave y quebradiza.

—Es su cumpleaños. El miércoles. Es un día duro, pero planeé hacer la cena. Sería bueno tenerte.

Sale rápidamente por la puerta, la cierra suavemente y yo me siento fatal. Me siento como una mierda por haberle contestado bruscamente cuando lo único que está haciendo es intentar estar a mi lado y ayudarme invitándome a quedarme aquí. Se preocupa de verdad. Me siento como un imbécil por sacar el tema de su hermana cuando obviamente es un tema delicado para ella, su relación, algo de lo que no sé nada.

Yo también estoy desconcertado. Es casi el cumpleaños de Han, pero ¿por qué es un día difícil?

Saco el celular para enviarle un mensaje a Han, escribo «lo siento» y lo borro rápidamente. Estoy harto de disculparme con todo el mundo. ¿Y por qué iba a disculparme con ella? ¿Por no quedar con ella? No es que sea constante en nada. Literalmente se levanta y desaparece sin dejar rastro.

Que yo no apareciera cuando ella me esperaba le está bien empleado. Quizá ahora lo entienda. O tal vez no le importe en absoluto. Quizás no le importo como desearía que le importara. Como ella me importa a mí. Ese pensamiento me afecta más de lo que quisiera.

¿Qué estoy haciendo? ¿Quién soy? Kid no hace esto. Él no se preocupa por lo que piensan las mujeres. No le importa si están pensando en él. No le enviaría un mensaje a una chica que ni siquiera quiere darle su número.

Yo: Lo siento Han.

12

Muerte

—Así que tomas cucharadas de la mezcla de queso y la metes en las conchas así. —Ella hace exactamente lo que dice y rellena la concha antes de forrarla en el plato grande—. Bien, tu turno.

Tomo una mano insegura, recogiendo la mezcla de queso y metiéndola en la cáscara con mis manos grandes y temblorosas, goteando el brebaje por toda la cáscara, así como mis dedos, en el proceso.

—Joder, esto es duro —digo, colocando mi culo desordenado y mi concha desinflada junto a la suya, perfectamente regordeta.

Se ríe:

—Son las manos. Tus manos son demasiado grandes.

Intento uno más porque me ofrecí a ayudar, pero después del segundo proyectil desastroso, prácticamente me he rendido.

—Yo haré el pan de ajo —asiento, lavándome las manos con queso.

Cole sacude la cabeza con una simple sonrisa, termina de preparar el resto de las conchas rellenas y las baña en una salsa que huele deliciosamente. Las mete en el horno mientras yo friego los platos. Después de limpiar la cocina, pongo la mesa.

—¿Así que sólo nosotros cuatro? —Pregunto, dejando los platos.

—Tres.

—¿Hawke no viene?

No hemos hablado mucho estos últimos días. O debería decir, él no ha hablado mucho conmigo. Todavía está pasando por lo suyo, la decepción, y lo entiendo. No sólo le decepcionó mi pequeña DUI, sino que le trajo viejos recuerdos. Heridas que se curaron hace poco.

Salí con una multa considerable que me obligará a vender el resto de mi alijo para cubrir el coste. También tengo que asistir por primera vez a un curso de conducción bajo los efectos del alcohol para aprender a no ser un idiota y conducir borracho. Podría ser mucho peor, de verdad. Por suerte, mi historial está bastante limpio. Hablador suave, ¿recuerdas? No creerías de lo que he maniobrado para salir.

Aun así, no puedo culpar a Hawke por estar molesto. Sin embargo, también sé que no hay mucho que pueda hacer para cambiar las cosas. No puedo demostrarle que está equivocado, al menos no hoy. Esas cosas llevan tiempo. El tipo de tiempo que un verano con ellos aquí en

Cali no proporciona.

—No, estará aquí —responde rápidamente, limpiando el mostrador con un trapo húmedo.

No hace contacto visual a propósito.

—Entonces... ¿la persona para la que estamos cocinando y celebrando no viene? Estoy confundido, Cole.

Hace una pausa mientras se levanta, de cara al lavabo, antes de arrojar bruscamente en él la toalla que estaba utilizando. Veo cómo su pecho se hincha de aire y luego se deshincha lentamente mientras cruza los brazos sobre el abdomen. Me doy cuenta de que lo está pasando mal. Está claramente alterada. Doy la vuelta a la isla de la cocina y me apoyo en la encimera de enfrente, frente a ella.

—¿Qué pasa? ¿Por qué odia su cumpleaños? —pregunto sin rodeos.

Eso es claramente lo que le molesta. Así que le pido que lo saque todo. Que lo ponga todo sobre la mesa.

Aprieta la mandíbula y traga saliva antes de mirarme. El dolor directo en sus ojos me sorprende. No es lo que esperaba. Agacho las cejas, entreabro los labios, quiero decir algo, pero las palabras se me atascan en la garganta.

Una lágrima cae de sus ojos cuando se abre la puerta principal. Se la limpia rápidamente, se aclara la garganta mientras se levanta y se limpia algo de la parte inferior de la camisa.

—¡Co-Co! —La voz de Hawke retumba desde el vestíbulo, seguida por el sonido de unas botas siendo pateadas—. ¿Nena? ¿Dónde estás?

Da la vuelta a la esquina del pasillo y se detiene al vernos. Lleva un ramo de flores en la mano y dos botellas de vino en la otra. Cole sonríe y le coge las flores mientras se saludan, dándose besos mientras Hawke acerca su cara a la de ella. Se muestra extrañamente dulce con ella, teniendo en cuenta que es el cumpleaños de su hermana.

—¿Te ha vuelto a llamar? —pregunta en voz baja.

—No —responde ella, sonando triste.

Hawke suspira, deja las cosas en la encimera y la atrae hacia sí, frotándole la espalda mientras empieza a llorar.

—Está bien, cariño. Ya estoy aquí. —Él la consuela, luego conecta sus ojos conmigo.

Desvío la mirada y me paso la mano por el cuello, intentando no interrumpir su momento de intimidad, pero sintiéndome totalmente incómodo por estar atrapado en la cocina.

—Voy a lavarme la cara muy rápido. —Cole olfatea antes de que Hawke asienta, besando su frente.

—Te amo.

Se dirige al baño mientras vuelvo a mirar a Hawke. Se frota la frente entre el pulgar y el índice.

—¿Todo bien? —Pregunto suavemente.

—Sí —suspira—. Es que siempre es un mal día.

Coge una botella de agua de la nevera y se apoya en la encimera frente a mí, con cara de mala leche.

¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué su cumpleaños es un mal día? ¿Qué carajo? Sí, envejecer apesta, lo entiendo, pero Jesús, vamos a comer un poco de pastel de mierda y relajarnos o algo así. Nunca he visto una mierda tan deprimente.

Debo de estar poniéndole cara de loco, porque se detiene justo antes de que la botella de agua llegue a sus labios.

—Hoy hace tres años que murió su madre —dice, percibiendo mi confusión, antes de dar un sorbo.

Lanzo una gran bocanada de aire por los labios mientras me paso una mano por el pelo. No tenía ni idea.

—Bueno, mierda. Eso arruina un cumpleaños —respondo, poniendo cara de dolor sin pensarlo.

Hawke sacude la cabeza y vuelve a suspirar.

—Es duro. Para todos ellos. Cole intenta hacerlo mejor, intenta separar el cumpleaños de Jo de la tragedia e intenta celebrarlo, pero es inútil. Jo no lo lleva bien.

No se me escapa que lo calificó de tragedia.

—Quiero decir, no quiero sonar duro, pero ¿por qué los sentimientos de Han importan más que los de Cole? Ambos la perdieron. ¿No deberían conectarse más por esto?

—Han la encontró.

Ahí está.

Cuando oyes que alguien ha encontrado a alguien, sólo puedes suponer lo peor. Conozco un fragmento de su vida familiar desde que salgo más con Cole. Sé que odia a su padre porque engañó a su madre con una zorra llamada Nicole, de ahí la necesidad del cambio de nombre, ¿pero ahora esto? No tenía ni idea de que su madre había fallecido. No hablan de ello. Para nada. Y encuentro eso extrañamente extraño. Por como suena la situación, es peor de lo que puedo imaginar, más oscura quizás.

—Joder —digo, pasándome las manos por la cara.

—Dímelo a mí —comenta Hawke, pellizcándose el puente de la nariz.

Cole sale del baño, mirando de mí a Hawke y luego de nuevo al

horno.

—Bueno, vamos a comer algo bueno y emborracharnos con este vino, ¿eh?

Le sonrío levemente, encantada de que pueda salir de su dolor con facilidad, y luego miro a Hawke. La mira con tanta adoración. Una mirada y me doy cuenta de que están en la misma onda. Él sabía lo que este día le hace a ella, si ella está dispuesta a abrirse sobre ello o no. Cole es una chica fuerte. Interioriza muchas cosas, pero Hawke se las saca como ella necesita. Aunque suene débil, me encantan los dos juntos. Se tienen un respeto mutuo y un amor profundamente arraigado que parece trascender. Son almas gemelas.

Han nunca apareció.

Nunca apareció, y era de esperar.

Me quedé mirando su plato vacío mientras comíamos y charlábamos sobre temas totalmente ajenos a la circunstancia que nos ocupaba. Me preguntaba por Han, por lo que había pasado, por lo que había visto. Me preguntaba quién era antes de esto, qué tipo de persona era antes de que su vida se entrelazara con la muerte y el sufrimiento. Me preguntaba cómo la había cambiado después y cómo la afectaba hoy en día.

Me pregunto dónde estará ahora. No sólo físicamente, sino mentalmente. ¿A qué oscura madriguera ha descendido para evitar su realidad? Hoy es el tipo de día que te obliga a doblar el tiempo. Estoy seguro de que está sola y ya no sé si eso es bueno. Quiero llegar a ella de nuevo. Ser la mano a la que necesita agarrarse. Aunque suene extraño, siento que soy el único que puede entenderla. Quiero estar ahí para ella de una manera que nadie más puede. Necesito llegar a ella.

Después de cenar, les digo a Cam y Cole que tengo que hacer un recado. Así que me subo al auto y me dirijo a un lugar desconocido.

Una floristería.

Al igual que Hawke, sabía que las flores podían animar a una mujer cuando se sentía mal. A diferencia de Hawke, las flores más bonitas y seductoras no estaban en mi agenda. Cuando encuentro a la señora

que está detrás del mostrador, levanta la vista de detrás de su revista y me mira de arriba abajo con desconfianza antes de preguntarme si necesito algo.

Su nombre en la etiqueta convenientemente colocada es Brenda. Parece una Brenda bajita, redonda, prejuiciosa y con un corte de cabello a lo tazón que se puso de moda en los años ochenta. Ya me está juzgando, con los ojos entrecerrados, los labios fruncidos, tratando de parecer intimidante como si pensara que estoy aquí para robar en la tienda. Lo entiendo. No tengo pinta de estar vivo a la luz del día, pero maldita sea Brenda, dale un respiro a un hombre.

—¿Puedo comprar tu planta más muerta?

Entrecierra los ojos y ladea la cabeza, completamente confundida por mi petición.

—¿La mayormente muerta?

—Sí, estoy buscando una planta que está a punto de desaparecer. Seca. Marrón. Crujiente.

Su rostro se contorsiona a cada adjetivo que suelto antes de quedarse con una expresión horriblemente arrugada.

—Uh, déjame ver lo que tengo en la parte de atrás.

Tras unos minutos de espera junto al mostrador, olfateando algunas de las flores que ofrecen, reaparece por fin con una maceta que contiene algún tipo de planta frondosa en descomposición.

—Es un higo de hoja de violín. Traté de traerlo de vuelta, pero estaba demasiado lejos.

—Yo diría que sí —comento, arrugando la nariz mientras toco las hojas de color marrón amarillento que apenas se aferran al tallo seco—. ¿Cuánto?

—Estás bromeando, ¿verdad?

Levanto las cejas y luego las bajo, mirando a un lado y a otro.

—Cógelo. Lo he sacado literalmente del contenedor —se burla negando con la cabeza.

—Muchas gracias. Muchísimas gracias. —Le muevo las cejas y le guiño un ojo con mi característica sonrisa de bragas caídas.

Brenda necesita un poco de polla. Esto está claro.

Asiente mientras me estudia. Entiendo que no pueda entenderme y, para mi sorpresa, me gusta. La mayoría de la gente me adivina a la primera. Soy ruidoso y, en general, sincero con lo que soy y lo que quiero, pero puede que algo de ese misterio se esté filtrando ahora en mi vida. Me siento como Han.

Cojo el higo de violín, me lo pongo bajo el brazo y salgo hacia el auto.

Lo abrocho en el asiento delantero y lo admiro con una sonrisa.

—Esto estará bien.

13

En bruto

¿Llamo a la puerta? Claro que llamo. ¿Cómo coño iba a saber si no que hay alguien aquí? Jesús, no puedo pensar con claridad. Estoy nervioso y mierda como una puta que puede saborear su próximo golpe. Estoy de pie frente a la puerta de su apartamento, nervioso de cojones, por alguna razón.

Es sólo Han.

Como otra chica a la que le he metido la polla.

Eso es todo.

Hay tantos.

No es gran cosa...

¿A quién coño quiero engañar? ¡Es la jodida Han!

La única chica a la que no puedo dejar en paz ni apartar de mi mente. A la que acabo viendo en todas las personas con las que intento conectar. La única que me da una inyección de adrenalina que siento en todo el cuerpo con una mirada, una sonrisa, un puto mensaje.

Es la única que me ha colgado así, y ya no sé ni cómo ser normal.

Estoy dando vueltas delante de la puerta, con esta confusión de sentimientos, sosteniendo la planta delante de mí, cuando se abre su puerta.

Me detengo en el sitio, con los ojos muy abiertos, aspirando un suspiro con la planta extendida ante mí.

—Me ha parecido oír a alguien hablando aquí fuera. —Se apoya en el marco de la puerta y se cruza de brazos con una sonrisita confusa en la cara.

—Joder, ¿estaba hablando?

Inmediatamente me doy una palmada en la frente, deteniéndome en el sitio mientras pongo una expresión de dolor. Jesús, ¿qué estaba enjaulado en mi mente y qué acaba de ser violentamente liberado en el aire?

—A tu nueva amiga, aparentemente. —Hace un gesto con la cabeza hacia la planta.

Me río de mi estupidez y me dirijo hacia ella.

—Toma. Es para ti. Feliz no cumpleaños. —Le ofrezco la planta muerta y la sostengo entre los dos con una sonrisa cursi.

La mira durante un minuto con una expresión ilegible, y yo quiero

saber cada palabra, cada pensamiento que acaba de cruzar su mente.

Yo soy el idiota que dice lo que piensa. Ella es la musa que guarda los secretos.

Parpadea de repente, aspira un suspiro, aparentemente angustiada, antes de abrirme la puerta.

Es increíble lo que una puerta abierta puede hacerte sentir. Un alivio y una gratificación instantáneos.

Entro en su casa y veo las mismas plantas muertas pudriéndose aún más. El par de helechos son ahora de color marrón, perdiendo la más mínima pizca de verde que se aferraban a la última vez que estuve aquí. El pato sigue luciendo esa cara jodida con el sombrero en su sitio. Todo está bien en el mundo.

Dejo la planta en el tocón que hace las veces de mesa de centro en el salón y me siento en su sofá mientras ella se dirige a la cocina. Froto la palma de la mano contra el asiento de al lado, recordando la última vez que estuvimos apretados el uno contra el otro en esta superficie.

Manos el uno sobre el otro, lenguas entrelazadas, mi polla más dura que un...

—¿Tienes sed? —me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

Siempre me ofrece agua, pero nunca a las plantas. Es totalmente injusto.

—Tomaré lo que tú tomes —sonrío, poniéndome cómoda y estirando los brazos a lo largo del respaldo del sofá—. Ah, hogar, dulce hogar. Me encanta volver aquí.

Resopla, con el labio un poco torcido.

—He echado de menos este lugar, los olores, el agua, Norbert...

Con su risita simpática, me sacude la cabeza mientras arruga la nariz de botón y camina hacia el sofá con dos vasos pequeños.

—Siempre sabes cómo hacerme sonreír, incluso cuando intento activamente no hacerlo.

—¿Por qué intentarías no hacerlo? —pregunto, cogiendo el vaso, lleno hasta la cuarta parte con una sustancia marrón. Me lo acerco a la cara y lo examino—. Además, quizá quieras revisar tus pipas.

Ella sonríe y sacude la cabeza, intentando contenerse, antes de chocar su vaso con el mío y beberse el líquido de un trago. Yo hago lo mismo y me doy cuenta de que esta noche estamos bebiendo whisky.

Dejo el vaso en el tocón, estiro las piernas y me hundo de nuevo en el sofá. Ella se acurruca a mi lado, sentada sobre sus pies, tan adorable como siempre, con su pequeño pendiente en el tabique, su sedoso cabello negro enmarcando esos preciosos ojos esmeralda y esos labios rosados que aún no han rodeado mi polla.

—Me siento mal por ser feliz hoy —comenta, pasando el dedo corazón por la circunferencia de su vaso, con la mirada perdida en el suelo.

—¿Quieres hablar de ello? —Pregunto, exponiéndolo.

No parece que sea de las que se abren voluntariamente sobre algo tan profundo y personal, pero si no le hago saber que estoy aquí para ella, ¿qué clase de hombre de mierda sería?

—No.

Mis suposiciones eran correctas, pero ella no dice «no» de la manera normal. Dice que no como si le pidiera ver una película *snuff* [13]sobre cachorros muertos. De una manera suplicante, deprimentemente triste. Me duele al instante.

Lo entiendo. Si quisiera abrazar el dolor, habría estado en casa de Cole celebrando una cena de cumpleaños kumbaya y hablando de sentimientos. Pero quiere evitarlo, y tal vez espera que yo la ayude a olvidar. Sólo eso podría haber sido mi boleto de entrada.

Coge una bandejita del otro lado del sofá y la deja en el tocón junto a la planta. Saca una cuchilla de afeitar y vierte una bolsita de cocaína. Esnifa una rápida, se frota la naricilla con el pulgar y sus ojos se cierran brevemente al sentir el efecto. La observo atentamente, estudiando sus movimientos, memorizándolos. Cuando la cocaína llega a su torrente sanguíneo, casi puedo sentirla en mis venas. Abre los ojos, encuentra los míos y conectamos por un momento, un momento sin palabras.

Es como si pudiéramos comunicarnos sin comunicarnos. Ella siente dolor. Necesita a alguien con quien compartirlo sin compartirlo. Lo entiendo porque la entiendo.

Me ofrece la bandeja con una raya esperando. Se la cojo, la esnifo rápidamente y uso la navaja para untarme otra. La miro con las cejas levantadas, pidiéndole permiso para tomar otro. Uno ya no me emociona como antes. Ella asiente y suelta un profundo suspiro, sentándose de nuevo en el sofá, con los dedos tamborileando a lo largo de su muslo expuesto, que descansa cerca del mío.

Intento no concentrarme en ello. La piel suave y cremosa que ahora conozco no se parece a nada que haya sentido antes. Su sencilla camiseta blanca elástica deja poco a la imaginación, mostrando el hecho de que odia llevar sujetadores. Me hace gracia que no parezca darse cuenta de lo que su cuerpo hace a la gente que la rodea, ni siquiera de lo que me hace a mí. Nunca lo esconde. Sus deshilachados pantalones cortos negros, apenas ceñidos a su diminuta cintura, me hacen preguntarme cuándo fue la última vez que comió.

Vuelvo a dejar la bandeja a su lado antes de estirarme contra el sofá, dejando que el subidón se apodere de mí mientras las emociones del día permanecen en el aire que nos rodea. Si eso es lo que necesita, que

alguien se siente con ella, lo haré todo el día.

Echo un vistazo a su casa, estudiándola en busca de cambios, buscando señales de que alguien más esté aquí con ella, pero no encuentro nada. Sólo ella y la misma vieja colección de artefactos extraños que la representan de más formas de las que probablemente desearía. Estoy en el mundo de Han, el lugar que la devuelve a la vida cuando el mundo exterior no puede.

—Hace un rato me preguntaste cuál era mi animal marino favorito —empiezo diciendo, girando mi cuerpo hacia ella en el sofá—. Te dije el mío, pero ahora te voy a decir el tuyo.

Ella arquea una ceja, su labio tirando en la esquina.

—Lo harás, ¿eh?

—Sí.

Se aclara la garganta, inclina el cuerpo hacia mí y apoya la cabeza en la mano que ahora está posada en el respaldo del sofá. Me mira con curiosidad. Soy la persona que va a alejarla de sus problemas con mi comportamiento errático e impulsivo. Oh, poco sabe ella.

—Dispara chico caliente.

Sonrío al oír el apodo y me lo quito de encima antes de relamerme y volver a mirarla a los ojos.

—*Turritopsis dohrnii*[14].

—Bendito seas. —Ella sonríe.

Le lanzo una expresión divertida y molesta.

—De acuerdo, morderé el anzuelo. ¿Qué es eso? —pregunta en un tono exagerado y bobalicón.

—Es una medusa.

—Podrías haber dicho medusas, Steve Irwin.

—Bueno, el Turritopsis dohrnii es diferente, como tú.

Ladea la cabeza.

—¿Cómo es eso?

—Tendrás que averiguarlo.

—¡Kid! —gimotea, golpeando mi mano que está colocada demasiado cerca de mi muslo, haciéndome sentir el tacto en mi polla—. ¿De verdad no me lo vas a decir?

—No, considéralo una tarea.

—Tarea. —Se burla, poniendo los ojos en blanco antes de girar la cabeza—. Gracias, profesor.

—Podrías venir a mi oficina por algún crédito extra si te gusta chupar

pollas.

Chilla y me da una palmada en el pecho que me hace sonreír. Al principio pienso que tal vez me he pasado un poco antes de que ella exclame:

—¡Es mi fantasía!.

—Lo sé, deberíamos jugarlo —sonrío, relamiéndome los labios mientras miro los suyos.

Suelta una risita y se muerde el labio inferior mientras mira tímidamente hacia otro lado, como si ya estuviera interpretando el papel de la estudiante callada a punto de complacer a su exigente profesor hambriento de coños para conseguir esa nota. Sus ojos captan algo y veo cómo su sonrisa desaparece de su rostro y se transforma en una expresión totalmente distinta en cuestión de segundos.

Estudio su cambio de humor y dirijo mis ojos hacia el punto en el que está mirando. Está mirando de nuevo la planta que tiene delante, la que yo compré. Sus ojos están completamente fijos en ella, como si estuviera a punto de cobrar vida y apuñalarnos con fragmentos de tallo en descomposición.

—¿En qué estás pensando? —pregunto, percibiendo esta extraña hostilidad hacia la planta en descomposición que tan amablemente acogí en su hospicio para verdes moribundos.

Un mechón de cabello me impide ver la expresión de sus ojos, así que me acerco y se lo paso suavemente por detrás de la oreja, con cuidado de evitar los pendientes. Se muerde la comisura del labio inferior al tacto y me mira fijamente mientras hace una leve mueca de dolor..

—Lo que quiero saber es por qué me regalaste esta planta. —Su voz no es nada alegre. Es casi enfadada.

—Bueno —me aclaro la garganta, sentándome más alto para inspeccionar las hojas—. Fui al invernadero y pedí la planta más muerta que tuvieran.

—¿Y por qué harías eso? —pregunta ella, mirándome ahora.

—Porque sé que te gustan.

—¿Por qué lo supones? Nunca te lo he dicho —suelta, con una arruguita entre los ojos que me indica que está muy enfadada.

Miro a su alrededor, al puñado de plantas en descomposición, y luego vuelvo a mirarla a los ojos con una pizca de humor en el rostro.

—No tenías que hacerlo.

—Puede que sea mala regando. Quizá me gustan las plantas sanas.

—A ti no. —Sonrío con confianza.

—Eso no lo sabes —recalca ella, girando la cabeza, con los ojos

entrecerrados en mí.

Lo siento ahora. Su ira. Como una ola de calor inesperada.

—Lo se.

—No. No lo sabes —dice con firmeza, pareciendo molesta.

Mi sonrisa se desvanece lentamente mientras la estudio, mirando a través de sus ojos para ver realmente lo más profundo de sus miedos. Me devuelve la mirada, su pecho sube y baja más rápido que el mío. Sin duda está enfadada. Está frustrada porque me estoy abriendo paso. La estoy entendiendo. La estoy descubriendo y ella odia eso. La dejo vulnerable y expuesta ante mí, y la sensación es literalmente dolorosa para ella.

—Te gusta aceptar lo que otros tiran y llaman basura. Pero para ti no son basura. Ves estas plantas que aún se aferran a la vida, tambaleándose al borde de la muerte. Esa línea... esa simple, pero imposiblemente pesada línea de cruce, te habla. Estás fascinada por ella, pero eternamente asustada. Has visto la muerte de primera mano. Ahora quieres rodearte de ella para no temerla más.

Se queda inmóvil, con los ojos casi horrorizados mientras me mira. Traga saliva, frunce la nariz rápidamente y vuelve a entornar los ojos hacia mí.

Para mi sorpresa, salta a mi regazo y me apoya en el sofá con los muslos. Me pone la mano en el cuello y me rodea con los dedos, con el índice y el pulgar justo debajo de la mandíbula, sujetándome contra el sofá como si estuviera a punto de estrangularme.

—No hagas eso —gruñe por encima de mí, apretando el agarre mientras le tiembla el labio.

—¿Hacer qué? —Pregunto con calma, el retumbar de mi voz se siente claramente en su mano.

Esto me está excitando y no puedo evitarlo. Nunca he visto realmente este lado de ella. He visto la fachada, la luz que todos ven en público, pero nunca esto. Nunca la Han cruda y emocional que ahoga a la gente. Estoy en esto más de lo que debería, burlándome de ella para empujarla más allá de esa línea tras la que le gusta descansar.

—No me psicoanalices —gruñe, veneno en la punta de cada palabra.

Incluso enfadada, es jodidamente hermosa, casi más, porque está al descubierto. Su flequillo negro, corto y desigual, cuelga justo por encima de esos venenosos ojos verdes, diciéndome que quiere engullirme entero, dispuesta a cazar la presa que ha cruzado voluntariamente su territorio.

—¿He tocado un nervio? —Continúo burlándome, sabiendo lo que hago, sintiendo ahora una especie de oscura lujuria entre nosotros—. ¿He supuesto bien?

Me rodea el cuello con la mano, lo que me hace abrir la boca y estremecerme ligeramente. Se me escapa un gemido bajo y jadeante mientras me chupo los labios sin separar los ojos. Respira entrecortadamente.

He dado en el clavo. Tengo tantas ganas de besarla. Quiero follar cada sentimiento de esta chica, sólo para demostrarle que puedo.

—Sí. —Menea la cabeza, respirando agitadamente por la nariz mientras me mira decepcionada—. Sí, lo hiciste, joder.

Levanto ligeramente las cejas al oír su confesión antes de que me sorprenda inclinándose y apretando con fuerza sus suaves y dulces labios contra los míos.

14

Dolor

Es un beso duro.

Uno lleno de nada más que dulce y tortuoso dolor.

Nuestros dientes se aprietan bajo nuestros labios, la aspereza de nuestra conexión está presente. Su respiración es frenética. La agarro por la nuca, abro su boca con la lengua y la hundo hasta encontrar la suya, necesitando el contacto de nuestras bocas profundamente entrelazadas.

El beso enciende de nuevo el fuego que arde entre nosotros. Hay química. Química real, sustancial, física, más profunda que cualquier cosa palpable.

Ahora me rodea el cuello con las dos manos, aferrándose a mí, aferrándose a la última pizca de control que siente que aún tiene. Agarro el dobladillo de su camisa para intentar quitársela. Ella me suelta del cuello y levanta los brazos para poder quitársela, separando nuestro beso solo un segundo antes de volver a encontrar mis labios.

Acaricio sus pechos con mis grandes manos y gimo en su boca al sentir su suavidad. Su piel se siente demasiado bien bajo mis caricias. Encuentro sus pezones excitados y erectos y los pellizco suavemente entre los dedos. Ella echa la cabeza hacia atrás y grita dulcemente, así que tiro de ellos con más fuerza y los retuerzo al ver que disfruta del dolor mezclado con el placer.

Me besa como si le doliera, pero le encanta el dolor, vive para la tortura. Sus dedos vuelven a rodearme el cuello, esta vez con más suavidad, mientras nuestros labios se deslizan uno sobre el otro. Nuestras lenguas juegan entre sí, explorando las profundidades de nuestras bocas, una sensación que nos excita a los dos.

Tiro de sus caderas hacia mí, frotándolas a lo largo de mi erección, que aprieta con fuerza contra mis vaqueros. Respira agitadamente mientras sigo moviendo sus caderas sobre mí. Mis manos bajan hasta su culo y la guían a lo largo de mi dura polla.

—Han —susurro contra sus labios, bajando la cabeza y separándola de los suyos.

Ni siquiera sé por qué lo digo, no estoy intentando detener esto, pero hay algo que me hace sentir completamente diferente. Algo dentro de mí está suplicando tener algo de claridad. Creo que es mi corazón, el que creía que ya no tenía. Está cobrando vida en su presencia, y no sé qué hacer con eso.

—Cállate, Kid —suplica entre besos, casi sabiendo adónde voy—. Por favor, cállate.

Me echo hacia atrás y la miro con añoranza. Su cabello negro enmarca su carita perfecta, con la arruguita del entrecejo presente. Le preocupa que vaya a detener esto. Preocupada de que lo que sea que esté pasando entre nosotros sea tan complicado como parece que se está volviendo. Tan preocupada que no puedo detenerlo que vuelvo a acercarla a mis labios, dándole lo que necesita. Al menos por hoy.

Me devuelve el beso y su anillo lingual se desliza suavemente por la parte inferior de mi lengua, haciendo que mi polla se retuerza, antes de apartarse para recuperar el aliento. Se levanta y se aparta de mí, desabrochándose los pantalones vaqueros. Me inclino hacia delante, agarro el borde y la ayudo a bajárselos por las suaves piernas mientras nos miramos fijamente. Se queda en ropa interior de encaje.

No puedo evitar contemplarla entera, mis ojos recorren todas las curvas de su barriguita, que me dice que se ejercita con las olas. Y su hermosa piel tatuada y bronceada me dice que el sol la ama tanto o más que el océano.

Engancha los pulgares bajo la ropa interior, la arrastra lentamente por los muslos y se la quita de un puntapié hasta quedar desnuda ante mí. Trago saliva ante su belleza y separo los labios para intentar respirar, sintiéndome totalmente indigno de ello.

Normalmente, en estas circunstancias, las mujeres se cubrirían, se sentirían tímidas o avergonzadas, pero ella no. Han no. En todo caso, se siente más segura al desnudarse físicamente ante mí, como si por fin pudiera respirar. Si tan sólo pudiera conseguir que tuviera la misma mentalidad cuando se trata de las profundidades de su mente, retirar lentamente el material que oculta sus secretos y deseos más profundos y oscuros, las historias que conforman esta maravilla que tengo ante mí.

Pone el pie en el borde del sofá, dobla la rodilla y se abre literalmente ante mí. Me quedo boquiabierto cuando me mira como una reina miraría a un esbirro. Alarga la mano y me pasa los dedos por detrás del cabello rubio platino, lo agarra con fuerza y me empuja la cabeza hacia delante.

Joder, esta chica tiene cojones. No literalmente, pero mierda.

Aprovecho la oportunidad para hacer lo que me apetece y meto las manos bajo sus muslos abiertos, agarrándome a la carne de su delicioso culo, antes de besar la suave piel de la cara interna de su muslo. La pellizco, arrastrando los dientes, antes de suavizar la marca con la lengua. Subo aún más con la lengua, beso justo por encima del moratón y repito el movimiento, dejándola marcada.

Vuelvo a mirarla. Tiene los labios entreabiertos, el pecho le sube y le

baja rápidamente y los párpados le pesan de lujuria. Está totalmente entregada.

Me aprieta y me tira del cabello con más fuerza, me empuja la cabeza hacia delante y me hace sonreír. Molestarla es ahora mi nuevo pasatiempo favorito. Joder, solo por hacerla sonreír ya quiero dedicarme a fastidiarla con la lengua.

Le meto los dedos en el culo, tirando de ella hacia delante, hacia donde yo estoy sentado apoyado en el sofá, levantando su pierna por encima de mi hombro para acercar su precioso coño directamente a mi lengua. Se inclina hacia delante, apoyando su flexible cuerpo con las manos en el respaldo del sofá, mientras la lamo a lo largo de su raja.

—Ah, Dios —gime.

Al principio soy suave con ella, masajeando su clítoris con una lengua plana y húmeda, antes de besar y chupar suavemente cada uno de sus dulces labios entre los míos. Tiembla sobre mí mientras la saboreo, lamiéndola a medida que lo hace. Llevo mis dos dedos a su entrada, frotando en pequeños círculos. Vuelvo a centrarme en su clítoris, lo chupo suavemente antes de arrastrar los dientes y pellizcar el sensible capullo al mismo tiempo que deslizo los dos dedos en su interior.

Grita, agarrándose de nuevo a un puñado de cabello de mi nuca mientras casi se desploma sobre mí.

—Joder, qué bien se siente.

Gimo por el fuerte apretón que me da en el pelo, obligando a mi cara a hacer lo que ella necesita. Sigo metiéndole los dedos y chasqueando la lengua contra su dulce manojo de terminaciones nerviosas, alternando una caricia enérgica con un lametón suave, casi cosquilleante.

Ella cabalga mis dedos en el aire; sus sonidos se hacen más fuertes a medida que sus respiraciones se convierten en jadeos, antes de soltarme el pelo, apartándose de mi lengua, retirando mis dedos de su cálido centro, dejándome con los ojos pesados, los labios húmedos y sintiéndome borracho de lujuria.

—Estoy cerca, y no quiero estarlo —explica—. No quiero que se acabe todavía.

Frunzo el ceño, la agarro con más fuerza, sin dejarla retroceder.

—A la mierda —digo antes de volver a zambullirme, mi lengua lamiendo inmediatamente entre su sexo, lamiendo ese clítoris tan rápido como mi lengua me permite antes de deslizar esos dedos de vuelta a donde pertenecen.

No hay nada que me guste más que comerme a una mujer. Me encanta lamer su clítoris dulce, rosado e hinchado, adolorido por la necesidad,

recibiendo esos deliciosos jugos por todos mis labios, chupando cada parte de ella hasta que chorrea por mi barbilla. Soy un loco total con ella. Me excita como ninguna otra cosa. Mi polla está sólida como una roca mientras escucho sus pequeños gemidos y quejidos al imaginarme follando su húmedo y adolorido agujerito.

Grita, agarrándome por los hombros, clavándome sus largas uñas negras mientras continúo con la dulce tortura que está reteniendo, forzándola al límite. Se aprieta en torno a mis dedos, su coño palpita alrededor de ellos de la forma más jodidamente sexy mientras sigo masajeando su sensible e hinchado clítoris hasta que se corre con fuerza contra mi boca.

La lamo hasta que se estremece literalmente para escapar, la zona es ahora demasiado sensible.

—Dios mío —jadea, respira hondo y suelta el aire mientras se sienta a horcajadas sobre mi regazo, apoyándose en mí para sostenerse, con el cuerpo flácido por el placer.

—No me gusta esa mierda — le digo, sentándola de nuevo, agarrándole la barbilla con fuerza para que me mire.

Su sonrisa de borracha se vuelve seria mientras estudia mis ojos en busca de algún tipo de comprensión.

—No vuelvas a hacer eso. No cerca de mí —le exijo—. Quiero que te corras cada puta oportunidad que tengas. ¿Me entiendes?

Su sonrisa vuelve como si nunca se hubiera ido mientras me mira con una nueva mirada. Aún no puedo explicarlo, y ojalá la conociera lo suficiente como para entenderlo, pero parece algo más profundo de lo que he visto antes. Asiente con la cabeza, con la barbilla aún agarrada, mientras la suelto con suavidad y le paso un poco de cabello por detrás de la oreja, junto a la mejilla sonrojada.

Tengo la sensación de que le gusto un poco más de lo que dice. Pero esa sensación, es peligrosa. Uno que puede ser fácilmente malinterpretada.

De repente, el tipo que es todo acción y nada de palabras, tiene el deseo de ir más allá de la acción hacia algo más profundo. Han, sin embargo, sigue aferrada al nivel superficial.

Sólo puedo esperar que se hunda lentamente en mí.

15

Ahogamiento

Se aleja lentamente de mí, hundiéndose entre mis piernas mientras sus manos encuentran el botón de mis vaqueros. Sus ojos se entrecierran en mí mientras aprieta el botón, los abre y baja la cremallera a un ritmo tentador.

Trago saliva y muevo un poco las caderas mientras ella me baja los pantalones.

—No tienes que hacer esto —le digo, poniendo mi mano sobre la suya, deteniendo sus movimientos.

Ya ni siquiera estoy seguro de quién soy. Kid está perdiendo la cabeza.

Tengo la sensación que el día de hoy es para ella, le pertenece, y que haciéndole esto, de alguna manera se lo estoy quitando. No quiero que sienta que tiene que hacerlo, pero por su mirada, no acepta un no por respuesta.

—No vuelvas a hacer eso —empieza con el ceño fruncido—. No cerca de mí. Quiero que te corras cada vez que puedas. —Su ceño fruncido se transforma lentamente en una sonrisita desagradable que hace que me duelan las pelotas—. ¿Me entiendes? —pregunta ladeando ligeramente la cabeza y repitiendo todo mi mantra.

Levanto las manos en el pelo, asintiendo profusamente.

—Sí, señora.

Me mete la manita en los pantalones, rodea mi erección con los dedos y la saca. Al instante, se queda con la boca abierta.

Agita las pestañas antes de mirarme, jugueteando conmigo. Me relamo los labios, cada vez más cómodo, mientras ella se lleva la cabeza de mi polla a la boca.

—Había olvidado lo grande que eres. —Sonríe.

La miro mientras arrastra su lengua plana por la parte inferior de mi polla, el anillo de la lengua recorriendo la longitud con la fuerza perfecta.

—Joder —gimo, dejo caer la cabeza contra el sofá y vuelvo a levantarla para mirarla.

Me pasa la lengua por la punta, lamiendo el pre semen que brota antes de metérsela en la boca. La desliza hasta la mitad de mi miembro, cubriéndolo con su saliva mientras yo me dejo caer en el asiento del sofá.

Sus manos masajean mi base con movimientos lentos y dolorosos mientras ella se esfuerza por llevarme hasta el fondo de su garganta.

—Maldita sea, Han —gimo, agarrándome a su cabello y apartándome.

—No, hazlo... pero espera. —Hace una pausa, se sienta sobre los talones mientras se quita una cinta del cabello de la muñeca y empieza a recogerse el cabello en una coleta en lo alto de la cabeza.

La observo con curiosidad.

—Un manillar. —Sonríe.

Esta mujer de aquí…

Me estremezco un poco ante la idea. No quiero degradar a la mujer a la que tengo en más alta estima que a cualquier otra con la que me haya metido. Con Tarah, claro, incluso con la rubia en el baño, sí. Me habría agarrado a su manillar y le habría hundido la cara en mi pelvis una y otra vez hasta hacer erupción en lo más profundo de su esófago. Pero esto se siente diferente.

Antes de que pueda darle más vueltas a la cabeza, empieza a descender de nuevo por mi polla. La miro con la boca abierta mientras sus hermosos, dulces y rosados labios me envuelven y tienen mi polla palpitante y lista para estallar.

Me lleva hasta su garganta, atragantándose conmigo mientras intenta llegar al límite. Sus manos se deslizan hasta mis muslos, sus uñas descienden lentamente mientras me toma sin manos. Levanto las caderas, incapaz de controlar la sensación que me tiene al borde de la mejor eyaculación de mi vida.

—Joder, estoy a punto de ahogarte en semen —digo, tirando suavemente de su cabeza hacia atrás, sin querer hacerle daño.

Sus labios hinchados hacen un ruido al sacarla de mi polla, y es la cosa más sexy que he oído nunca. Me mira confundida.

—Necesito volver a estar dentro de ti —le explico.

Necesito volver a hacerlo. Me siento engañado por el recuerdo de la última vez. No es que no fuera increíble, ni que las sensaciones no me hundieran, pero todo lo que pasó la noche del LSD fue tan abrumador. No recuerdo el acto físico del sexo con Han tan vívidamente como me gustaría. Como necesito hacerlo.

Ella sonríe y asiente, agarrándome los vaqueros. Me bajo los pantalones y me quito lo que me queda de ropa mientras ella vuelve a sentarse a horcajadas sobre mí, apoyada en el sofá.

—¿Cuál es tu verdadero nombre, Kid? —Me mira a los ojos, buscándome mientras pregunta, casi necesitando saberlo antes de hacer lo que estamos a punto de hacer.

No tiene sentido para mí. Hemos tenido sexo antes. Pero hoy, hoy es

diferente, y ella también lo está sintiendo. Quiero que finalmente se hunda.

Hoy quiero ahogarme en ella. Hundirme bajo su superficie y ahogarme en todo lo que ella es. La quiero en mis pulmones, en mis venas, en mi alma. Necesito que acabe conmigo de todas las formas imaginables para poder vivir en su oscuro e impenetrable infierno.

—Kai —susurro mi respuesta, mirando a un lado y a otro de sus ojos en busca de una reacción.

Parpadea con los labios ligeramente entreabiertos mientras se arrodilla sobre mí.

—Kai —me susurra, relamiéndose los labios mientras sus ojos se clavan en los míos. Mi nombre nunca había sonado tan bien. Quiero oír su vocecita ronca y dulce gemirlo una y otra vez hasta el fin de los tiempos—. Eso es tan *jodidamente* caliente.

No puedo contener la sonrisa que se me dibuja.

—¿Condón? —pregunta.

Bajo las cejas y se me escapa la sonrisa.

—¿Quieres decir si quiero uno? ¿Tengo uno? ¿Qué me estás preguntando? —pregunto frenéticamente.

Se le dibuja una sonrisa en la cara y se pasa la lengua por delante de los dientes, juguetona.

—Porque me encantaría meterla. Sólo la punta. Sólo un segundo. —Mi cara de humor se ilumina con una enorme sonrisa cursi—. Vamos, sólo la punta. Prometo que parare ahí.

Se ríe de mi comportamiento avergonzado, sabiendo que sólo estoy jugando con ella. El sexo seguro es importante, incluso para mí.

—Diablos no, porque no lo hará —dice riendo entre dientes, rodeando el sofá y cogiendo algo del alféizar de la ventana.

Giro la cabeza, siguiendo su mano, y veo un condón.

—¿Por qué tienes condones en el alféizar de la ventana? —pregunto, con la confusión dibujada en mi cara.

—Porque me gusta montar, y este es mi sofá sexual —dice con cara seria.

Creo que oí mi corazón crujir como una de estas plantas muertas en mi pecho.

—Tranquilo, Kai. —Su cara se descompone en una sonrisa traviesa mientras su lengua recorre sus dientes juguetonamente—. Todo el mundo mira en la mesita de noche, nadie mira en el alféizar de la ventana. Era la alternativa perfecta.

Mis cejas se alzan mientras parpadeo lentamente, sacudiendo la

cabeza. Esta chica es la persona más extraña, estimulante y aleatoria que he conocido nunca. Vive en su propio mundo.

Rasga el condón con los dientes, lo saca y lo coloca en la punta de mi polla, entre los dos.

Respiro al contacto. Empieza a bajarla lentamente mientras nos miramos fijamente, nuestros ojos dilatados coinciden de la forma más sexy y jodida.

Qué bien me sienta su mano sobre mí. Algo tan sencillo como que me ponga un condón en la erección me hace abrir la boca y respirar como una perra.

—Estás aquí —susurra, flotando sobre mí ahora—. Has venido.

Sus palabras son de incredulidad. Es un momento tan aleatorio para tener esta conversación, teniendo en cuenta el hecho de que en este momento está empujando la punta de mi polla dentro de ella mientras se desliza por mi grosor, dejándome casi incapaz de pensar en otra cosa que no sea el placer insuperable.

—Claro que sí —susurro antes de hacer una mueca de dolor—. No podía... —siseo mientras ella se hunde, absorbiéndome lentamente—. No podía no hacerlo.

Se siente increíble. Tan caliente. Tan húmeda. Apretando mi polla tan fuerte en su punto dulce.

—Lo odio —gime suavemente, levantándose ligeramente, y luego hundiéndose de nuevo sobre mí—. Odio que no pudieras.

Ella se hunde, tragando mi grosor entre sus resbaladizas paredes, y el placer me recorre por dentro.

Mierda, me está destruyendo. Todo lo que creía saber se ha ido. No sé nada del mundo. Las cosas que solían importar no parecen existir. Lo único es este momento. Con ella. Me está destruyendo.

—Oh, Kai —gime fuerte mientras me aprieta—. Me encanta follarte.

—Ah, joder —gimo, agarrando con fuerza la carne cerca de sus caderas, manteniéndola en su sitio—. Para. Deja de moverte.

El ritmo al que se me acelera el corazón puede deberse a la coca o al hecho de que estoy empezando a enamorarme seriamente de esta mujer que tengo encima. No sé qué hacer con ella. Tiene que dejar de hablar mientras se mueve. Estoy sintiendo demasiado, las drogas, las emociones, la conexión, todo a la vez.

Se detiene conmigo dentro. Me rodea el cuello con las manos y me levanta la barbilla con los dedos. Sus ojos estudian los míos en silencio, y siento como si pudiera leerme.

—Es sexo, Kai. —Ella se mueve de nuevo—. Disfruta de lo que sentimos juntos.

Antes de que pueda meterme en la cabeza que está equiparando esto a nada más que sexo y solo sexo, me aprieta el labio inferior entre los dientes, anulando cualquier idea que pudiera tener. Gimo cuando empieza a acelerar lentamente.

—Te sientes mejor, mejor que nada. —Siseo, sintiéndola mojarse más con cada inmersión de su trasero en la parte superior de mis muslos—. Soy jodidamente adicto. Soy adicto a ti, Han.

Ella es la droga de entrada a una vida de adicciones, no de este mundo. Su droga es del tipo que te da una sobredosis, sabiendo que nunca volverás a ser el mismo después de ella. Ella ilumina de una forma que sólo puedes esperar aferrarte a la ignorancia de no conocerla, porque la vida después de ella aplastará la parte más profunda del alma que niegas poseer.

Suelta un gemido ahogado y sus manos me rozan el pecho, sintiendo cómo baja hasta el lugar donde estamos conectados y vuelve a subir a medida que sus saltos se hacen más potentes. Sus dedos me rodean el cuello de nuevo, su respiración se vuelve frenética mientras se aferra a mí, cabalgándome como un jinete de toros profesional cabalga a un toro revoltoso. Se está adueñando de mí.

Inclinándose hacia delante, me besa de nuevo, con la lengua buscando la mía entre mis labios. Ella tiene el control y yo la sigo. Vuelve a chuparme el labio inferior antes de clavarme literalmente los dientes. Saboreo el hierro de la sangre en mi boca mientras siento sus dientes atravesar mi piel.

—Ah, mier…

Estoy enfermo, me encanta. Quiero más. Más dolor. El dolor mezclado con el placer. Me enraíza como ninguna otra cosa. Le agarro un puñado de cabello y le aparto la cabeza, dejando al descubierto su cuello y su pecho mientras levanto las caderas para penetrarla con fuerza. Siseo entre dientes cuando siento la necesidad de follarla con más fuerza.

Mi otra mano agarra su pecho, el que tiene el anillo en el pezón. Tiro de él con los dedos mientras ella grita de placer. A ella le gusta el dolor mezclado con placer igual que a mí, lo necesita para recordarnos en qué dimensión estamos.

—Tómalo —exige, con los ojos cerrados—. Tómalo todo de mí.

Entrecierro los ojos ante el comentario y me alegro de que no pueda verme la cara. Soy demasiado consciente de a qué se refiere. Me duele saber que me necesita así, que casi me utiliza en cierto sentido. ¿Soy realmente otra de esas plantas secas para ella? ¿Una distracción del profundo dolor que lleva dentro? Quiero ser algo más que una maldita distracción.

Me cabrea.

La levanto, de pie mientras seguimos conectados, y la tumbo de espaldas contra el asiento del sofá. Me toca a mí tomar las riendas de la situación. No soy de los que se dejan pisotear o utilizar. Al menos, no por ella.

—¿Kai? —pregunta contra mis labios.

—Cállate Han. —Repito la frase que usó antes—. Por favor, cállate.

Me mira fijamente, con un atisbo de sonrisa en sus labios hinchados y magullados.

Me coloco encima de ella, subiendo una de sus piernas a mi hombro por el cuello. *Joder, es flexible.*

Vuelvo a deslizarme dentro de ella, dejo caer mi frente contra la suya y ambos gemimos al sentir cómo encajamos de nuevo. Es tan bueno. Demasiado bueno. Estoy jodido. Estoy borracho y colocado de Han. Esta sensación, estas emociones. Mi mundo da vueltas.

Dejo caer la cabeza en el pliegue de su cuello, cerca de la clavícula, mientras me recorre la espalda con las uñas; la sensación me vuelve loco. Es un animal salvaje, femenina por naturaleza, ferozmente independiente, pero que necesita a un hombre de la forma más primitiva. Me deslizo dentro de ella y me calmo cuando jadea por la fuerza. Encuentro su hombro y hundo mis dientes en su suave piel. Grita mientras le hago moratones. La mancha está roja por el mordisco, así que la lamo y la alivio con un beso.

—Maldita sea, Kai —gime mientras volvemos a mirarnos—. Eres tan malo para mí.

Lo siento. No me gusta sentirlo. Sus palabras me vuelven loco con la incapacidad de despertarla a sus propios sentimientos. *Estoy demasiado bien para ti.*

El ritmo aumenta y las embestidas son cada vez más fuertes y rápidas. Grita con cada embestida, estirando el brazo por encima de ella para sujetarse mientras la follo contra el reposabrazos. El sofá se desplaza por el suelo y choca contra la mesita que hay cerca, mientras la bandeja de cocaína cae al suelo. Levanto la vista una fracción de segundo y Han aprovecha para hacerme rodar desde el borde del sofá hasta el suelo.

—¿Qué dem...?

No pierde el tiempo, vuelve a sentarse a horcajadas sobre mi regazo, busca la cabeza de mi polla y vuelve a metérsela. Me vuelvo a quedar con los ojos en blanco cuando ella vuelve a deslizarse por mi polla, tragándosela. Se lleva un dedo a los labios y abre la boca para chupármela entera. La observo asombrado, sin saber qué va a hacer a continuación, pero lo que está claro es que ha recuperado el control.

Se estira por encima de mi cabeza en el suelo, su pezón directamente

sobre mis labios. Me lo meto en la boca, mordiéndolo firmemente entre los dientes. Me enfurece el cambio de papeles. Ella gime de aprobación mientras muerdo su suave carne, rodando sus caderas contra mí, apretando mi polla profundamente dentro de sus cálidas y húmedas paredes.

Vuelve a sentarse sobre mí y me acerca el dedo blanco cubierto de cocaína a los labios, me lo mete en la boca y me lo frota lentamente por las encías antes de ponérmelo en la lengua. Chupo su dedo mientras me la follo, arrastrando los dientes mientras ella lo saca lentamente. La expresión de su cara, jodidamente magnífica.

Sexo y putas drogas.

Me coge la mano y se la lleva a los labios antes de chuparse los dos dedos que tenía dentro, mirándome fijamente mientras lo hace. Retira los dedos y lleva mi mano a la coca derramada sobre mi cabeza, cubriéndola con la sustancia antes de frotar mis dedos por todo el interior de su boca. Me chupa los dedos mientras me folla en el suelo. Nunca me había excitado tanto en toda mi vida.

Somos tan malos el uno para el otro, eso es seguro. Pero es tan bueno. Nos hundimos más y más, en la madriguera del conejo, hasta que ambos nos perdemos en nuestra propia perdición. Nadie aquí puede salvar a nadie porque nadie aquí quiere ser salvado. Queremos vivir en el peligro y la destrucción que nos rodea porque es lo único que nos hace sentir vivos.

—Kai —gime, sus párpados pesados por la lujuria—. Creo que me voy a correr.

Me muerdo el labio inferior al oír sus palabras, deseando poder escuchar esa frase todos los días del resto de mi vida.

—Córrete para mí. Joder, córrete encima de mí, Han —gimo, empujando en su calor, amando la forma en que la está haciendo derrumbarse.

Levanto las manos y rodeo con firmeza su garganta cubierta de tatuajes, utilizándola como ancla mientras subo mis caderas hacia ella. Me quedo con la boca abierta mientras intento mantener los ojos fijos en ella, y la capacidad de mantenerlos enfocados se convierte en un reto a medida .que me acerco a mi propia liberación.

—¡Ah! ¡Dios! —grita, sus dedos aferrándose y arañando mi pecho—. ¡Sí!

Siento que se aprieta a mi alrededor mientras sus piernas se bloquean, sus ojos se cierran mientras sigue gritando, soltándose completamente a mi alrededor, apoyándose en mis manos mientras yo me aprieto alrededor de su cuello.

Es la cosa más hermosa que he presenciado jamás. Sus ojos se abren y

se clavan en los míos mientras sigue convulsionándose a mi alrededor.

Es todo lo que una mujer debería ser. Sensual, sexual, seductora, abiertamente hermosa por derecho propio, pero peligrosa como el infierno. Ella es mi destrucción. Me va a destrozar, y nunca he estado tan desprevenido.

Tan absorto en la emoción, me doy cuenta de que aún no me he corrido. Ella se derrite sobre mí, cayendo sobre mi pecho. Nuestras pieles arden la una por la otra. La giro hacia mí, beso sus dulces labios, agarro su culo perfectamente redondo y la penetro sin cesar.

Unas cuantas caricias más tarde, pierdo el control y me libero dentro del condón con unos gemidos guturales, rompiendo el beso para intentar respirar. Me mira atentamente mientras la penetro. Siento que la sensación se extiende por mis miembros.

—Ohhh dios —gimo, sin poder siquiera mover los labios ante el placer adormecedor.

Dejo caer la cabeza contra el suelo enmoquetado, con el pecho agitado mientras intento recomponerme.

Se apoya en mi pecho y se le escapa una ligera risita.

—Joder —dice en tono jadeante—. Nunca más podré masturbarme.

Me río ante lo aleatorio de su afirmación.

—¿Qué?

—Nada se acercará tanto a excitarme como tus manos alrededor de mi cuello y tu gruesa polla dentro de mí.

Sí. Okey, se me ha vuelto a poner dura.

Trago saliva, esperando que las próximas palabras que salgan de mi boca no sean altisonantes como imagino que serán, todo mientras mi polla intenta volver a la vida dentro de ella.

—Sólo tengo que decir una cosa antes de que pase el momento y pierda los nervios —digo, mi tono resulta tan serio como pretendía.

Me mira fijamente, esperando a que termine, con la mirada lujuriosa de después del orgasmo mientras sus pechos suben y bajan mientras intenta recuperar el aliento, mirándome con los ojos entrecerrados y la mandíbula floja. No se esperaba algo real y crudo, y me gusta haberla pillado desprevenida.

—No te vayas esta vez.

16

Profundo

Estoy demasiado metido.

Joder, es una canción de Sum 41.

Y Sum 41 ahora me recuerda a la noche de Han y LSD.

Todo me recuerda a ella. Se ha colado en el primer plano de mi mente. No puedo dejar de pensar en ella. Creo que el hecho de no saber nada me impulsa a necesitar respuestas. Ella es la historia inconclusa que ansío completar. Las palabras, justo ahí, pero ni siquiera puedo abrir el puto libro.

Las semanas pasan dolorosamente, cada día es un recordatorio enfermizo y silencioso de que vivo en un futuro desconocido. Se ha vuelto a ir y me he quedado sin nada.

Fue estúpido por mi parte pedirle que se quedara después de nuestra noche juntos. ¿Quedarse para qué? ¿Para mí? ¿Quién soy yo? Está claro que no le gustan los compromisos de ningún tipo. Flota libremente por la vida, sin atarse a nada que le estreche las alas. Pero qué solitario debe de ser volar solo todo el tiempo, perdido en pensamientos profundos que te hunden.

¿La volveré a ver, o eso fue todo? El caso es que nunca lo sé. ¿Podré escapar alguna vez de esta repugnante tortura?

Necesito mi dosis. Su risita, mi subidón; sus gemidos, mi bajón. Tengo ganas de otra dosis y cada día que paso sin verla ni saber de ella, la necesidad de calmar el dolor de mi corazón y mi mente se hace más necesaria.

Me estoy enamorando de esta chica, alguien que ni siquiera conozco o entiendo.

Le envié un mensaje al día después de su cumpleaños. Le envié una foto del fantasma Casper con tres palabras debajo:

—No lo hagas.

Pero lo hizo. Me envió un mensaje fantasma. Abrió el mensaje, pero nunca respondió.

Me entran ganas de presentarme en su casa, romper la puerta, sujetarla contra la pared por el cuello hasta que admita que siente algo por mí. Se desmoronaría en mis manos como lo hace ella, dándose cuenta y tomando plena conciencia de la mierda que hay constantemente entre nosotros.

La forma en que nuestros cuerpos parecen cobrar vida cuando estamos

juntos, la forma en que su tacto enciende mi puta piel y hace que el mundo que me rodea se vuelva borroso... caería rendida a sus pies. Admitiría que lo que está pasando es algo más que sexo. Nuestros ojos se conectarían y volvería a verla. Esa mirada que me dice todo lo que está ocultando. Que ella también lo siente. Que en algún mundo jodido, se suponía que nos encontraríamos el uno al otro. Por la razón que sea. ¿Para sanar? ¿Para aprender? ¿Para salvar?

Pero eso estaría mal. ¿Verdad?

Jesús, realmente estoy pensando en ahogar a esta chica hasta que diga que le gusto. Soy un maldito bicho raro.

He jugado a todos mis videojuegos, he navegado por Instagram durante lo que parecen horas, me he masturbado dos veces viendo porno. Una chica que me resultaba extrañamente familiar. El cabello corto y negro, y la gargantilla lo hicieron. Los putos *creampies* ahora me tienen triste como el infierno. ¿Quién llora mientras se masturba? Yo no, yo nunca. Pero sentí una astilla de tristeza atravesar mi piel y parece que no puedo sacar a esa perra.

Dando vueltas sin rumbo en mi habitación, miro por la ventana y veo a Cole en el patio.

Bajo las escaleras y la encuentro en la parte trasera de la casa, plantando algunas flores en las nuevas macetas que ha comprado. Ha hecho un gran trabajo convirtiendo este lugar en un hogar. Calienta el espacio, lo llena de amor y eso se nota.

—¿En qué estás trabajando? —le pregunto, acercándome sigilosamente por detrás.

Jadea un poco y luego sonríe, sin oírme bajar las escaleras.

—Oh, hey Kid. Sólo traigo algo de color aquí. ¿Qué estás haciendo? —Se levanta y se limpia las pequeñas gotas de sudor de la frente, sosteniendo sus guantes de jardinería en la mano mientras lo hace.

—Sólo pierdo el tiempo —suspiro, tomando asiento en una de las tumbonas.

Es sábado por la tarde, así que hoy no hay trabajo para Hawke y para mí. Al parecer, ha salido a buscar muebles nuevos para amueblar una de las propiedades recién renovadas. Él y Cole han hecho planes para salir en barco a cenar al atardecer. Me invitaron a ir, pero seamos realistas, no están comprometidos con este trío, y tengo dinero que ganar.

—Deberías buscarte un hobby —dice, casi sorprendiéndose a sí misma con la idea—. Sí, tenemos que encontrarte un hobby.

—Unirme al club de punto no va a evitar que consuma opiáceos, Cole.

Se queda mirando mi intento de broma.

—Siento que hay tantas oportunidades para que te sumerjas aquí. —Se pone la mano en la cadera y se da golpecitos en el labio con la otra mientras piensa—. Eso es. Bucear.

—¿Qué?

—¡Buceo! Deberías hacer el curso de buceo que da Jo.

Woah. ¿Qué?

—¿Han enseña un curso de buceo? ¿Qué coño pasa?

—Lo siento, mi mente ha estado por todas partes últimamente. Olvidé mencionarlo. Es su principal fuente de ingresos.

Me lo imagino. Se hunde. Al fondo del océano, cuando la vida en la superficie la consume. Parece apropiado.

—¿Cuándo ibas a decirme esto?

—Cuando se aburría lo suficiente para un nuevo pasatiempo, supongo. Sólo lo hace a tiempo parcial. Gana mucho dinero timando a turistas estúpidos e imbécil ricos.

—Maldita sea Cole. —Le lanzo una expresión de sorpresa ante su declaración sin filtro. Me encanta cuando es sincera.

Se encoge de hombros y esboza una sonrisa.

—Pero, en serio, sería divertido para ti. Te conseguiré su tarjeta si te interesa.

¿Su tarjeta? De verdad. Sólo soy digno de una tarjeta de visita. Incluso Cole sabe lo apretado que está ese libro.

Se aleja de mí de repente y desaparece dentro de la casa mientras yo me quedo allí de pie, un poco sorprendido por lo que acaba de ocurrir.

Buceo, ¿eh? Apenas puedo respirar en la superficie. No sé lo bien que me irá bajo la superficie del océano, pero si Han lo enseña, con gusto encontraré la forma de ahogarme en su presencia.

Más tarde, cuando Hawke y Cole se marchan a su cita, cojo el teléfono y contesto mensajes a diestro y siniestro.

James: Hey hermano, tengo un puñado de graduados en busca de fiesta, ¿tienes algo de nieve?

Tarah: Hoguera esta noche en la casa de Bran. Trae tu culo alto para una bebida, tal vez más ;)

Tarah todavía está caliente por mi culo. Supongo que los rumores que circulan sobre lo gran follador que soy han llegado a ella. Si.

Silas: Oportunidad con el Jefe. Club a las 10.

¿Oportunidad con el jefe?

Silas debe haberle dado una muestra de mi alijo a su chico aquí, lo que significa que o estoy en un mundo de mierda al traer nueva oferta

a su mercado, o ellos quieren traerme a mí.

Venir a Cali se suponía que sería el fin de mi negocio, pero desafortunadamente para mí, estar en un nuevo lugar significa nuevas oportunidades para vender. Mi hombre en casa quiere que siga vendiendo su producto aquí en la costa, así que dependiendo de cómo vaya esto, puedo ser un hombre muy rico o uno muy muerto.

Pero, oye, sólo se vive una vez, ¿no? Más vale vivirla a tope.

Más tarde, esa misma noche, entro en el sombrío estacionamiento de una especie de club de striptease en decadencia. El letrero de neón que dice el nombre del club, *Lusty Lady* está parcialmente quemado y dice *Lust Lay*. A nadie parece importarle. Está claro que no ralentiza la acción en el interior. Sólo puedo esperar que el interior, mujeres incluidas, sea un poco más bonito que el exterior. El estacionamiento de hormigón en ruinas, con hierbajos que crecen por todas las rendijas, muestra la falta de cuidado y, sin embargo, otro grupo de motoristas se detiene para entrar en las bulliciosas instalaciones. Supongo que todo sigue igual en el viejo Lust Lay.

El club está oscuro y lleno del olor almizclado de las viejas cortinas aterciopeladas y los cigarrillos. Tres escenarios diferentes reclaman mi atención cerca de la parte delantera, la del centro con un poste. Una bailarina se balancea en torno a él sólo por el muslo, la otra está en cuclillas cerca del borde del escenario junto a una pequeña multitud de gente, contoneando su voluptuoso culo mientras un hombre desliza algo de dinero en su tanga.

—Kid, lo has conseguido —me saluda Silas, dándome una palmada en la espalda mientras mira a los bailarines.

—¿Qué tal, hombre? Bonito lugar —digo, encogiéndome ligeramente, entablando conversación.

Observo su aspecto sospechoso y me doy cuenta de que esta noche lleva unas cadenas nuevas, una imitación de una pieza de diamantes totalmente exagerada. Lleva unas llamativas botas Timberland blancas que contrastan con sus sucios vaqueros. Se esfuerza demasiado, eso es evidente.

El lugar parece un teatro medieval lleno de bufones a punto de robarte. Supongo que, en cierto sentido, eso es lo que hacen las strippers. Te deslumbran con culos gordos y tetas saltarinas, sólo para sacarte el dinero de la cartera antes de que se te ocurra tocarlas.

—Deberías ver la parte de atrás —sonríe—. Tienen habitaciones privadas aquí.

Jesús. No es lo que necesitaba oír. Creo que Silas pasa mucho tiempo aquí en el Lust Lay sólo por su amplio conocimiento.

Agarra a una camarera que pasa por allí, que parece encantada de

verle, y nos pide unas copas. Está claro que es un cliente habitual, sólo por la emoción en su cara. Al menos debe dejar buenas propinas.

Me vuelvo hacia el escenario y miro a la chica buena de la barra. Se desliza por el aire, dando vueltas antes de caer al suelo sin esfuerzo. Se abre de piernas y mueve el culo para el público mientras un grupo de tipos alborotados se levanta y empieza a lanzarle dólares.

No puedo decir si me siento mal por la stripper o por los clientes. Quiero decir, honestamente, ¿quién está ganando aquí? Esta chica sacude algo por un buen pedazo de cambio, mientras que estos chicos lo lamen, incapaz de tocar, sólo mirar.

Eso sí, soy un tipo visual. Me encanta ver culos y tetas tanto como a cualquier otro friki, pero lo importante es sentir. Quiero agarrar esa mierda y poner mi cara en ella. Si quisiera ver a una chica sacudir su mierda en mi cara, al menos quiero poder follarme algo, o poder tener la polla en la mano mientras lo veo, en la intimidad de mi propia casa, con pañuelos de papel en espera.

—Vamos hombre, Darío está listo —anuncia Silas, devolviéndome a la realidad.

¿Dario?

Le sigo hacia una cortina del fondo y entro en una especie de camerino improvisado para las bailarinas. Algunas mujeres levantan la vista y me miran con ojos entornados mientras se cambian, sin intentar taparse, porque ¿por qué iban a hacerlo?

Seguimos caminando por su vestuario hasta que nos encontramos con una sólida puerta de metal. Silas la golpea cuatro veces y se abre una pequeña ventana que deja ver a un hombre pelirrojo con un enorme bigote rizado y alargado.

¿Qué puto mago de Oz es este sitio?

Mi mirada se desvía hacia Silas y luego hacia la puerta.

—¿Quién ha tocado esa campana? —El pelirrojo pregunta a Silas con una voz que suena a mantequilla de cacahuate.

Ver. Oz.

—Silas.

—Un momento.

Desaparece, cerrando el pequeño pestillo mientras Silas mira a su alrededor con ansiedad, respira hondo y lo exhala mientras se frota las manos delante de sí. Rebota sobre los talones y luego se balancea hacia delante.

Es la primera vez que me doy cuenta de que parece nervioso. Si él está nervioso, entonces yo definitivamente debería estarlo. ¿Con quién coño nos vamos a reunir?

La pequeña puerta con paneles se abre de nuevo y el aspirante a Ed Sheeran asoma la cabeza de nuevo hacia nosotros, haciéndome enarcar una ceja ante su extraño comportamiento.

—La habitación 11 está lista.

¿Habitación 11?

Silas suelta un suspiro rápido y asiente con la cabeza mientras se da la vuelta para que le siga. Caminamos por un pasillo poco iluminado y nos cruzamos con una mujer de largo cabello negro y un diminuto traje de lentejuelas de dos piezas.

Tengo la sensación de que me dirijo a las salas de sexo por los ruidos que salen de las puertas por las que paso. Detrás de esos pequeños espacios cerrados se oyen muchos gemidos, quejidos y palmadas.

Silas y yo nos detenemos ante una puerta con un once de acero clavado. La puerta se abre y dos mujeres despampanantes, ambas escasamente vestidas y con tacones casi tan largos como mi polla, nos hacen pasar. Es una herramienta de medida, un buen nueve para referencia rápida.

Entramos en la sala que huele a una combinación de puros y sexo. De fondo suena música electrónica profunda, y los bajos del escenario de strippers retumban contra la pared del fondo. Nos acercamos a un gran sillón de metal con respaldo que está encima de un pequeño escenario con tres escaleras que conducen a él. Si la sala fuera temática, parecería una imitación de Juego de Tronos. Aquí es donde vienes a chupársela a la reina.

Encima de la silla hay un tipo que parece cualquier cosa menos una reina. La forma en que su camisa se estira para adaptarse a su complexión extremadamente musculosa, junto con su piel de tonos oscuros y sus ojos más oscuros que el negro, me hacen imaginar con qué facilidad podría partir mi alto culo por la mitad.

Se sienta despreocupadamente en la silla, con una pierna estirada y la otra doblada, mientras se reclina en ella con un codo apoyando el puño en la mandíbula. Su rostro no se mueve mientras caminamos ante él, sólo esos ojos oscuros y muertos.

Silas habla.

—Darío, gracias por...

—¿De dónde has sacado esto? —interrumpe Darío con una voz grave, de esas que sientes resonar dentro de tu pecho.

Me dirige la pregunta mientras sostiene en la mano lo que parecen ser unos gramos de cocaína: mi cocaína.

Mierda. Esto es malo.

Silas traga saliva y me mira nervioso, esperando a que responda a su

mirada directa.

—No sé qué es eso —respondo, arqueando una ceja mientras me encojo de hombros—. Ni de quién es.

Mi mamá no crió a ningún tonto. ¿Una cagada? Claro, ¿pero un tonto? Diablos, no.

Darío me mira en silencio. Pasa lo que parece un minuto antes de que sople aire por la nariz. Y vuelve a hacerlo. Se ríe.

—Pruébalo entonces. —Me lanza la bolsita y rápidamente la aprieto contra mi pecho, mirándole fijamente todo el rato.

Sé que es un hombre peligroso sólo por su mirada. Tiene los ojos muy abiertos. La mirada, es directa. Casi demasiado directa. Como si viera tu futuro antes que tú. Es el tipo de hombre que pone las reglas allá donde va.

Meto el meñique y lo pruebo. Conozco mi mierda y es buena. Definitivamente es mía.

Vuelvo a mirar su rostro expectante.

—Tengo un tipo.

—¿No lo hacen todos? —responde Darío, levantándose de su asiento en el trono y bajando para acercarse a mí.

Despierto su interés. Puede captar mis vibraciones fácilmente. Es bueno leyendo a la gente. Joder, tiene que estar en esta línea de trabajo.

Silas se mueve en su posición cuando Darío se acerca, pero por suerte para mí, soy ingenuo para saber quién demonios es este gato Darío. Mi tonto no se deja intimidar... todavía.

—Ya puedes irte —dice, de pie ante mí, mirándome fijamente con esos ojos fríos y muertos.

Bueno, esto fue divertido.

Esbozo una sonrisa rápida y tensa. Ya sabes, uno de esos momentos de «perdona» en el supermercado, enarcando las cejas mientras me giro hacia la puerta.

—Tú no, él.

Silas y yo nos miramos confundidos antes de volver a mirar a ese aspirante a Wesley Snipes, Blade, con expresiones similares.

—¡Adiós! —Grita agresivamente con una sonrisa de oreja a oreja, espantando a Silas.

Sus hombres se acercan a la puerta y sacan a Silas. Silas baja los hombros, decepcionado. Claramente, pensaba que formaría parte de esto, cuando en realidad sólo era el cartero que entregaba el paquete. Yo soy el paquete.

Me vuelvo hacia Darío y arqueo una ceja, confundido. No sé quién se cree que soy, pero no soy más que un tipo que conoce a otro que tiene una mierda de primera.

—Kid, ¿verdad? —me pregunta, dándome la espalda y volviendo a subir las escaleras hasta su trono, tomando asiento mientras las mujeres vuelven a agolparse junto a él. Una de ellas le frota los hombros, la otra le toca la pierna con sus largas uñas acrílicas.

—Kid. —Asiento con la cabeza echándola hacia atrás y entrecierro los ojos al estudiarle.

Se sienta mientras las señoras siguen sobándole, sonriéndome mientras me mira de arriba abajo.

—Tengo una pequeña oportunidad para ti, si estás interesado en jugar una mano.

17

Atracción

La mirada de envidia espera.

Salgo de la habitación tras nuestra breve reunión y me encuentro con un rayo láser de odio.

Me importa una mierda. Silas era tonto de remate por pensar que Darío iba a necesitarle para algo más que una presentación. Yo soy el tipo, no Silas. Eso no podía estar más claro. Algunos lo tienen, otros no.

Pero no le presto atención a él ni a sus ojos entrecerrados que se centran en el recién nombrado hombre del momento. No me molesta el hecho de que pueda llegar a la ciudad y, en menos de tres semanas, sustituirle en el negocio de los tejemanejes. No, no me centro en eso en absoluto.

Estoy totalmente concentrado en la situación que tengo ante mí. Una que me hace temblar en mis Converse altos. Una visión que hace que me tiemblen las rodillas y me oprima el pecho.

Una mujer, cerca del escenario principal, desliza algo de dinero en el tanga de la stripper que se encuentra en pleno striptease ante ella.

Una mujer capaz de apreciar la belleza de otra mujer y, al mismo tiempo, excitarse sexualmente con ella.

Una mujer que es un fantasma para la gente cuando los sentimientos se involucran.

Una mujer que no prometió quedarse por mí.

Una mujer llamada Han.

Me acerco por un lateral y veo que está con un grupo de chicos y otra chica, así que me siento en una mesa cercana. Silas se apoya en la barra, conversando con la camarera a la que parece conocer.

El tipo conoce a la gente, lo reconozco. Se mete en situaciones con esa bocaza suya, pero es esa boca la que parece meterle en problemas. Es su boca la que le costó el trato. El trato que debería traer dinero rápido y una salida del negocio por completo.

Vuelvo mi atención a Han, observando cómo la stripper coquetea con ella, sonriendo pícaramente mientras acepta el dinero de Han.

No puedo por mi vida entender por qué están en este agujero de mierda. Ella es demasiado buena para estar cerca de este tipo de imprudencia temeraria, sin saber el nivel de mierdas que pasa detrás de las puertas cerradas del negocio del sexo. El tipo de joda que

mantiene negocios como este abiertos y funcionando para limpiar el dinero que traen.

Han lleva unas medias negras transparentes llenas de estrellas, unos shorts de cuero negro cortísimos por encima y unos botines de plataforma demasiado grandes en sus bonitos piececitos. Pero lo que me mata es el crop top sin hombros. Ver todo ese cuello al descubierto, la línea del abdomen al descubierto por la que recuerdo vívidamente pasar la lengua. Su cabello corto y entrecortado, que terminaba cerca de la mandíbula, no me permitía ver más que los tatuajes que cubrían su pequeño cuello, en el que mis manos se habían enredado con tanta fuerza.

Joder, ¿por qué me ha enviado un fantasma?

Se da la vuelta para volver a sentarse junto al grupo, cuando sus ojos se levantan y encuentran los míos. Es como si pudiera sentirme cuando estoy cerca de ella. Siempre hay algo que atrae sus ojos hacia mí, como en la fiesta de Bran en la playa. Hay una clara atracción entre nosotros.

Espero que me deje plantado, que mire hacia otro lado, que haga como si no me hubiera visto, que escape de la incomodidad de nuestra historia en el presente. Pero claro, Han es Han.

—¡Kai! Dios mío! —dice en su tono ruidoso y sexy, corriendo hacia mí con una sonrisa.

Siento cómo se me arruga la frente de confusión. *¿Está emocionada por verme?* Entonces me olvido, esto es fuera de Han. Su caparazón. Su personaje público feliz en la luz de neón de la noche.

Corre hacia mí cuando me levanto de la mesa y la cojo mientras salta a mis brazos.

Sí, mi corazón se acelera, y no es por probar variedades de coca con Darío.

Intento no tocarla, pero no puedo evitar apretarle suavemente el culo con las manos. Respiro su aroma a melocotón y le huelo el cabello. Le huelo el cabello, probablemente sonriendo como un psicópata.

Se retira de nuestro breve abrazo mientras yo aún la sostengo en el aire.

—¡¿Qué haces aquí?!

—¿Trabajando, tú?

Arquea una ceja ante mi afirmación y luego la deja caer.

—Pasábamos por allí. Parecía un sitio de mala muerte —responde simplemente.

—De hecho lo es —digo en voz baja.

—Ven, pasa el rato con nosotros —me dice, apoyando los brazos en

mis hombros e inclinando adorablemente la cabeza hacia un lado.

La dejo en el suelo de mala gana y veo cómo salta hacia su mesa. La sigo y me siento en el borde del reservado, al lado de donde ella se desliza.

Conocí a algunos de sus amigos. Un chico llamado Finn que tiene tatuajes por todo el cráneo calvo y la cara, un chico llamado Sidney que tiene un bronceado sólido, y rubio, cabello hasta los hombros, y una chica llamada Vaughn con el cabello largo y rizado rubio, que lleva un vestido de girasoles corto.

Esta es la más extraña combinación de las personas. Un motociclista, un vagabundo de playa, una dulce chica cristiana, y Han.

Hablo con Sidney mientras Han y Vaughn van a por más bebidas al bar. Es tan surfista que ni siquiera tiene gracia. Desde el rizo de su cabello decolorado por el sol hasta las patas de gallo en la comisura de los ojos por años de entrecerrar los ojos al sol brillante. La forma en que exagera todo lo que dice y su uso excesivo de las palabras *«increíble y como»* es realmente desternillante.

—Una ola totalmente alucinante vino hacia mí, hermano, y tuve un viaje alucinante.

Han vuelve hacia la mesa, con los ojos fijos en Vaughn, mientras se ríen de algo. Veo cómo Vaughn la coge de la mano y tira de Han hacia ella antes de susurrarle algo al oído y besarla en la mejilla. Ella mira su cuerpo desde atrás mientras Han se acerca a mí. Conozco esa mirada. Conozco esa mirada porque pongo esa cara. Le tiene ganas.

Vaughn y Han. Incluso odio como sus nombres suenan bien juntos. Está claro que a Han le gustan las rubias buenas, yo incluido.

Después de unas cuantas copas y un par de bailes más, el grupo abandona el viejo Lust Lay y se dirige al after bar de la casa de Sid en la playa.

Han me rodea el cuello con los brazos y se inclina hacia mi oído para susurrarme:

—Ven con nosotros.

Inclina la cabeza hacia atrás, encontrándose con mis ojos curiosos, buscando una respuesta. Claro que voy. ¿Dónde coño querría estar si no en un A-Bar con la persona que me gusta? Pero es una sensación extraña, confusa. Saber que me estoy preparando para un dolor intolerable.

Asiento despacio con la cabeza, recorriendo con la mirada sus labios y luego los suyos. Cuando su cara está tan cerca de la mía, siento que el músculo de mi caja torácica, del tamaño de un puño, intenta ponerse en marcha de nuevo. Me cuesta respirar, el dolor casi me oprime.

Me coge de la mano y me saca de la cabina mientras nos dirigimos al

estacionamiento con el resto de la tripulación. Saludo con los dos dedos a Silas en la barra mientras abro la puerta con la espalda. Han me observa, mirando hacia Silas, que me observa con esa misma mirada celosa que no le ha abandonado. Se muerde la comisura del labio, intentando contener la inminente sonrisa ante el gesto que he recogido de mi chica estrafalaria favorita.

Todos empiezan a caminar hacia una camioneta vieja con paneles de madera que parece algo que conduciría una abuela de los 80. Vaughn y Han se cogen de la mano mientras caminan. Han me mira sutilmente por encima del hombro mientras se separan. La cojo de la mano, tirando de ella en mi dirección al mismo tiempo que Vaughn. Ella se separa de su mano, mirando de mis ojos a los suyos con una sonrisa empática.

—Viene conmigo —le digo a Vaughn, sonriendo.

Así es. Es mía.

Vaughn mira cautelosamente a Han como preguntándose si soy de fiar. Han se limita a sonreír y asentirle.

—Te veré allí, cariño.

Cariño. La llamó cariño. Ugh.

Caminamos hacia mi auto, y siento un poco de nervios en las tripas ante la idea de que tengamos algo de tiempo a solas después de haber deseado este momento durante semanas. Por fin, una oportunidad de volver a conectar con ella.

De un modo u otro, obtendré mis respuestas.

18

Iceberg

Entramos en mi auto, enciendo un cigarrillo y se lo doy.

—Mis labios estaban en él primero.

Se queda allí sentada. Me mira con un brillo de humor en sus ojos traviesos mientras vuelve a morderse la comisura del labio. Le encanta que haya dicho eso, pero no quiere que se note que está sonriendo.

Finalmente cojo el cigarrillo, enciendo el mío mientras pongo el auto en marcha, siguiendo a la vieja caravana que nos precede.

—¿Qué hay de nuevo en la tierra Han? —Comienzo una conversación casual, amando que tengamos esta pequeña cantidad de tiempo a solas juntos, pero sintiendo el peso de la tensión entre nosotros persistente en el aire—. ¿Dónde has estado?

—No mucho —dice simplemente, dando una calada rápida y luego soplando por el lateral de su boca de labios rojos y saliendo por la ventanilla agrietada.

—No mucho. —Reitero en voz baja—. Eso es todo lo que obtengo.

—¿Qué hay de nuevo en el mundo de Kai?

Giro la cabeza para mirarla y vuelvo a mirar la carretera a través del parabrisas, algo molesto por su incapacidad para responder a una simple pregunta.

—¿Ya empezaste esas clases de borrachos?

Me vuelvo hacia ella, sabiendo que me está jodiendo mientras sonríe en mi dirección. De lo que no se da cuenta es de que sé lo que está haciendo. Se está desviando. Estoy sobre su mierda.

—Deja de hacer eso —digo con cara seria—. Sé lo que estás haciendo.

—¿Qué? —Se ríe entre dientes, rascándose un lado de la cabeza con el dedo corazón. Debe de ser un tic nervioso. Me gusta. Me gusta notarlo—. ¿Qué quieres decir con que sabes lo que estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? —continúa sonriendo.

—¿Adónde fuiste? Me abandonaste después de tu cumpleaños, después de que te rogara que no lo hicieras. —Le contesto sin rodeos—. ¿A dónde vas cuando sientes la necesidad de desaparecer?

Ya me cansé de postergar lo inevitable. Necesito saberlo. Se acabó la mierda críptica. He descubierto lo que está haciendo, cómo está negando las emociones que siente, y quiero saber la respuesta. ¿A dónde va?

Su sonrisa ha desaparecido. La dulce, divertida, juguetona y alegre

Han ha desaparecido. Ahora tengo ante mí a la mujer real, cruda, con el ceño fruncido y la mirada fija en el parabrisas.

—¿Por qué haces esto? —pregunta en voz baja.

—¿Hacer qué?

—Insistir. Insistir e insistir.

—Soy un tipo insistente.

—Eres molesto. —Ella sonríe.

—Estás mintiendo. Te encanta.

—De verdad que no.

Suspiro.

—Te gustó que viniera por tu cumpleaños. Te gustó que te trajera esa planta muerta. Te gusta que no me rinda. Te gusta que me meta en tu piel aunque aún no puedas admitirlo.

Se lame los labios mientras piensa. Quiero lamer ese labio.

—Me intrigas. A diferencia de cualquier otra persona, eso es seguro. Y el sexo... oh, señor, el sexo. —Pone los ojos en blanco, gime, y a mí me encanta. Quiero que piense en nosotros juntos más de lo que respira—. Te dejaré bajo mi piel si sigues follándome así.

Un tic en mi polla.

—Ves, así que probablemente deberíamos estar juntos ya. Salgamos para que podamos follar regularmente. Sé mi novia Han. Ámame para siempre —bromeo, más o menos, sobrepasando los límites como hago yo—. Ten mis bebés. Te haré una madre sexy.

Consigo que se ría de nuevo. Sus adorables resoplidos llenan el silencio previo en el auto. Me encanta hacerla sonreír y no puedo creer la inyección de adrenalina que me da.

—Niños con Kid. Viviendo el sueño. —Se ríe, sin saber lo que me hace.

—No bromees con eso cariño, te daré ese sueño.

—Eso o una ETS15, de seguro.

—¡Eh, ahora! Aquí no tratamos enfermedades venéreas. Además, algunas son curables, o eso he oído.

—Sólo si metes la punta, ¿no? —Sonríe.

Hago una mueca de dolor antes de morderme el labio inferior mientras intento contener la sonrisa. No quiero parecer idiota, pero me encanta bromear con ella más que con casi cualquier otra cosa. Nuestras bromitas me hacen sentir que le importo, más que la mayoría. Eso es todo lo que parece que quiero.

—La verdad es que me encanta tu energía, Kai. Es emocionante estar

cerca de ti, me haces reír.

Respiro, me encanta que mi nombre suene en sus hermosos labios. Me sonríe y apoya la cabeza en la mano mientras apoya el codo en la puerta.

—A mí también me encanta pasar tiempo contigo —digo, apartando los ojos de la carretera para conectarlos con los suyos—. Lo cual es nuevo para mí.

Hay un momento silencioso de conexión y siento que otro bloque de hielo se desprende del iceberg y cae al agua.

—Mierda, casi lo olvido. —Se levanta en su asiento, girando a su lado para tirar de su mochila de lona que siempre lleva sobre su regazo—. Te compré algo el otro día.

¿Qué cosa? ¿Me compró algo? ¿Han me compró algo durante el tiempo que huyó? ¿Qué quiere decir? ¿Yo estaba en su mente?

Abre la bolsa y saca una fiambrera vintage de hojalata que parece de los años setenta. Me la entrega y yo la cojo, rozando nuestros dedos un instante.

Aspira al contacto y me observa mientras la examino. Me gusta que nuestro contacto parezca afectarle de la misma forma que me afecta a mí. Me hace sentir menos solo.

La fiambrera vintage está decolorada por el sol, es amarilla, tiene las esquinas oxidadas y en la cara aparece nada menos que Big Bird de Barrio Sésamo.

—Han. No, no lo has hecho —digo, sonriendo ante el impresionante regalo.

—Lo vi en esta vieja tienda y supe que tenía que comprártelo. Puedes llevártela al trabajo con Hawke, poner ahí tu pequeño bocadillo, o llenarla con lo que sea, tu parafernalia si quieres.

Mi sonrisa cae un poco al sentir el peso de mi agradecimiento hacia ella. Puede que me haya dejado plantado, pero seguía pensando en mí. Eso tiene que significar algo.

—Gracias. Me encanta —digo sinceramente, sosteniéndolo sobre mi regazo, con la mano agarrando el borde metálico. Está claro que es un objeto de colección.

Agita la mano delante de ella como diciéndome que no es para tanto. Pero para mí sí lo es.

—He investigado un poco, profesor —añade, incorporándose, colocándose la mano delante de la cara y admirando su esmalte de uñas morado oscuro mientras habla.

—Lo hiciste, ¿eh? ¿Y qué encontró mi estudiante?

Recuerdo nuestra conversación anterior sobre criaturas marinas y la

que elegí para ella. Parece que lo buscó. El hecho de que pensara activamente en mí en algún momento de nuestro distanciamiento me da un rayo de esperanza en este débil corazón mío.

Sus ojos se dirigen a los míos, con la mano aún en el aire. Cierra la mano en un puño suave, casi como si se clavara las uñas en la palma, y se pasa unos mechones de cabello por detrás de la oreja.

—Eres un cabrón muy escurridizo, ¿lo sabías? —dice, apretando los labios.

Me río inmediatamente, levantando las manos en señal de defensa, sabiendo exactamente a qué se refiere.

La criatura marina. La medusa. Pero no cualquier medusa. Una muy singular que tiene la capacidad de vivir eternamente. La *Turritopsis dohrnii*. Un organismo que puede regenerarse en un pólipo a medida que envejece o experimenta un trauma, viviendo esencialmente para siempre si se le da el entorno perfecto. No muere.

Se queda sentada en su asiento, con los ojos clavados en mí, casi contemplando si elige enfadarse por ello o dejarlo pasar. Sí, elegí esa criatura marina por una razón. Quiero que abrace la vida, no que viva constantemente rodeada de muerte o de su miedo a ella.

Vuelvo los ojos hacia ella, dedicándole una media sonrisa cuando vuelvo a ver esa mirada en sus ojos. La que quiere abrirse a mí, la que quiere un poco de alivio, necesita que la abracen, que la cuiden, que la quieran. Pero en cuanto la veo, ella aparta la mirada y vuelve a cambiar de conversación.

—Gracias por quitarme la oportunidad de elegir mi propia criatura marina. Me encanta que un hombre elija por mí —dice sarcástica.

Me encanta hacer el idiota, así que corro con ello.

—Sí. ¿Ves? Lo entiendes. Encajamos. Déjame hacerme cargo, nena. Tomar las decisiones por ti. Ser la roca que necesitas. Tú siéntate detrás y sigue poniéndote guapa, Han —exclamo en tono exagerado, claramente bromeando.

—Me gusta cómo te queda —dice en tono seductor, inclinándose sobre el cambio de marchas para pasarme un dedo por el brazo, acercándose para susurrarme las palabras al oído con su cálido aliento—. Quiero que te quede bien una y otra vez.

Trago saliva de repente, acomodo las caderas y me siento más baja en el asiento mientras me aclaro la garganta y me concentro en la carretera. Sí, no puedo soportar flirtear con Han.

—Además, ¿qué es eso que he oído de que eres instructor de submarinismo? ¿Es ahí donde vas? ¿Buceando en las profundidades lejos de la superficie donde la muerte es un pensamiento lejano? Me encantaría ir contigo, pero probablemente me ahogaría.

Hace una breve pausa mientras las palabras parecen golpearla, luego me toca el labio con el dedo, haciéndolo saltar mientras el dedo recorre mi barbilla, mi cuello.

—Te ahogaré de otras formas —susurra, cogiéndome la mano del regazo y metiéndosela entre los muslos por encima de sus ajustados calzoncillos.

Sigo conduciendo mientras ella aprieta mis dedos contra su sexo, sintiendo los bordes de sus labios mientras se acumula el calor. Me quedo con la boca abierta al sentir que se me pone dura, imaginando y recordando lo bien que sienta hundirme en sus húmedas paredes, hasta que me doy cuenta de que lo ha vuelto a hacer.

—¡Lo has vuelto a hacer! —Digo bruscamente, apartando la mano para agarrar el volante mientras le hago una señal para que pare el auto.

Sus ojos asustados miran de mí a la carretera y viceversa, señalando la carretera por encima del salpicadero.

—Kai, ¿qué estás haciendo? ¡Sigue a Sid!

—No.

Sus cejas se fruncen cuando reduzco la velocidad y sus ojos siguen los autos que pasan a nuestro lado. Entonces me doy cuenta de que se da cuenta de lo que estoy haciendo.

—Kai, conduce el puto auto —gruñe.

—Nah —respondo, todo tranquilo, frunciendo los labios mientras arrugo la nariz y niego con la cabeza.

Me encanta su ira, su actitud, su pasión. Este es el lado de ella que estoy preparado para manejar porque me identifico con él. Es real, es cruda, es necesaria.

Estaciono el auto en el arcén y me vuelvo hacia ella en el asiento.

—¿Adónde vas?

Se acomoda en el asiento y pone los ojos en blanco antes de intentar crujirse el cuello mirando por la ventanilla del copiloto. Suspira y frunce el ceño antes de volver la cabeza hacia mí.

—¿Adónde vas cuando desapareces? Sigues haciendo esto. Sigues evitándolo. Evitas todas mis preguntas y desvías la conversación. ¿Por qué?

—No es asunto tuyo, de verdad.

Suspiro, apoyo la cabeza en el asiento y la miro con ojos compasivos. Quiero que sepa que puede confiar en mí, aunque la esté presionando. Soy yo quien puede entender. Ella debe saberlo.

—Jo —le digo en voz baja, cogiéndole la mano. Ella se estremece y me

la quita, poniendo la mano en su regazo—. Sólo soy yo. Tú y yo. Puedo manejar esta mierda mejor que cualquiera de estos bromistas de aquí. Conozco el dolor. He pasado por mucho. Entiendo lo que se siente al querer encapsularse y fingir que todo desaparece, al sentir que nadie quiere luchar por ti. Créeme, yo sí.

Entrecierra los ojos, su pequeña arruga de la frente hace su aparición.

—Nunca sería capaz de explicártelo. Ni querría hacerlo.

—¿Por qué no? —Pregunto, agarrando su mano de nuevo.

Hace un gesto de dolor, como si ahora le doliera que la toque, pero no se aparta.

La oigo murmurar algo en voz baja mientras aparta la mirada de mí. Algo que suena como «ni siquiera estoy segura de entenderlo».

Sus palabras me confunden, pero sigo intentándolo. ¿Se tele transporta a algún sitio? ¿Se salta dimensiones? ¿Se desliza por agujeros de gusano? ¿Visita a sus amigos en el infierno? ¿Qué está pasando aquí realmente?

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza varias veces, dándome cuenta de que estoy sobrepasando mis límites—. Está bien. No hace falta que me lo expliques. Pero dime esto —digo, frunciendo las cejas mientras miro nuestras manos unidas, nuestras manos que se deslizan juntas con tanta facilidad. El calor de las mías llega hasta sus pequeños huesos fríos. Se asimila a algo más profundo—. ¿Qué hace que te vayas?

Suspira y vuelve la cabeza hacia la ventana. Permanece así sentada durante lo que parece una eternidad antes de volver a mirarme. Está destrozada. En sus ojos hay rabia, mucha rabia, dolor y algo más que aún no logro adivinar. ¿Añoranza tal vez? Sigue siendo un misterio para mí y cada vez que siento que la he descubierto, cambia todo, dejándome con las piezas rotas que creía que encajaban como el pegamento.

—Nena, sólo estoy tratando de entenderte. Quiero conocerte. Quiero que sepas que puedes...

Justo cuando intento abrirme paso hasta ella, se incorpora en su asiento. Su cabeza se inclina hacia un lado mientras mira algo o a alguien detrás de mí. La esperanza resurge en sus ojos y me vuelvo hacia lo que sea que esté mirando.

Ahí está esa maldita camioneta de nuevo.

Sid asoma la cabeza por la ventanilla del conductor y sus largos mechones le golpean la cara al frenar en medio del tráfico.

—¿Qué pasa, hermano? ¡¿Tienes problemas con el auto?!

—No... —empiezo, antes de que me interrumpan de nuevo.

—¡Sí! Gracias a Dios que volviste. Kid estaba esperando un remolque. Haré autostop con ustedes. —Grita por encima de mi regazo antes de encender su cigarrillo y saltar del auto como un pez atrapado en una red, deslizándose por los agujeros, encontrando de nuevo su libertad.

El alivio en su voz para alejarse de mí apesta. Es una mierda. Me corta. Me atraviesa el pecho como una cuchilla ardiente y joder odio, sentir cosas. Su gente, que no la cuestiona, que no la empuja a conocerse a sí misma, que no se preocupa por saber qué es lo que realmente la hace revivir, vuelve y ella salta por los aires. Su red de seguridad es una camioneta con paneles de madera.

—De acuerdo, hombre, ¿volvemos a hacerlo alguna vez? —Sid se encoge de hombros, dándome una débil sonrisa que me dice que entiende que mi noche acaba de arruinarse.

Asiento con un suspiro y apoyo el codo en el volante. Me rodeo la frente con la palma de la mano, entrelazo los dedos en mi cabello crecido y alzo la cabeza mientras veo a Han saltar al asiento trasero de su auto.

—Mírame. Mírame, joder —suplico susurrando para mí mientras la miro, apretando la mandíbula.

Cuando nuestros ojos se conectan, puedo alcanzarla. Puedo sentirla cuando nuestras miradas penetran en el alma del otro.

Pero no lo hace. Ni una sola vez. No mira atrás en absoluto. Me deja a un lado de la carretera, solo con mi nueva fiambrera vintage en este espacio nuevo e incómodo.

Un territorio totalmente ajeno a mí.

19

Sucumbir

La casa está oscura y silenciosa y se siente como el interior de mi pecho. Vacío.

Está claro que Hawke y Cole siguen en el barco, probablemente haciendo el amor bajo la luz de la luna mientras yo conduzco durante una hora sintiendo como si tuviera un agujero en el corazón por haber recibido una patada en el pecho.

¿Por qué hace tan difícil que alguien la quiera?

Entiendo el dolor; entiendo la necesidad de esconderse de lo que más duele, pero si me dejara entrar, vería lo mucho que podemos ayudarnos mutuamente. Somos dos almas perdidas que podemos devolvernos la vida la una a la otra, ¿no?

Pero no puedo enfadarme con ella. La presioné y la presioné. No es que ella no me lo dijera con toda honestidad. Dijo que me rompería el corazón. Cole incluso me advirtió contra ella, y ahora me doy cuenta de que no era por el bien de Han, era por el mío. Hawke me dijo que flota por la vida como una pluma en el viento, nunca se queda con nadie, ni siquiera con su propia hermana. ¿Qué me hizo pensar que podría hacerla caer del cielo por mí?

Me quito los zapatos de una patada junto a la puerta de mi habitación y suspiro de frustración antes de caer de espaldas sobre la cama. Caigo de espaldas y me tropiezo con una pierna caliente.

Por el rabillo del ojo, veo una figura sombría tendida en la cama a mi lado. Mi reacción instantánea es asesinar.

Rápidamente me doy la vuelta, a horcajadas sobre el cuerpo, mientras saco la navaja de bolsillo, giro la hoja de quince centímetros con el pulgar y la sujeto al cuello bajo mí.

Unos ojos verdes de reptil, iluminados por la luz de la luna que se filtra por el ventanal, me dejan con la boca abierta.

—¡¿Han?! ¡¿Qué coño estás haciendo aquí?! —Trago saliva, respirando con dificultad, mi mano firme aún con la hoja en su garganta.

Está jadeando debajo de mí con las manos en alto, claramente aterrorizada por mi reacción instantánea de matar.

Traga saliva, levantando la barbilla:

—Lo siento. —Sus palabras salen entrecortadas mientras su pecho sigue subiendo y bajando entre nosotros.

—Jesucristo —exhalo, doblando el cuchillo con una mano y arrojándolo al otro lado de la habitación, aún de cara a ella.

—Lo siento —vuelve a decir rápidamente, sacudiendo la cabeza, al borde de las lágrimas.

Miro sus ojos aterrorizados y me siento fatal por haberla asustado.

—Lo siento mucho —se repite, el pánico en sus ojos no porque yo tuviera un cuchillo a milímetros de matarla, sino porque se le notan las emociones—. Siento haberte dejado. No debí hacerlo.

La miro fijamente, a escasos centímetros de sus labios, sintiendo como el trozo de aquel agujero en mi pecho yace debajo de mí, aquí, en mi habitación.

Jesús, tenía un cuchillo en su garganta.

Está temblando. Temblando físicamente, casi hiperventilando, y sé que no tiene nada que ver con el hecho de haberse encontrado cara a cara con un cuchillo. No, eso no la asusta. Son sus entrañas desbordándose lo que la tiene al borde del desmoronamiento.

—Shh... cariño, cálmate —le susurro suavemente, ahuecando su cara entre mis palmas.

—Lo siento —se atraganta—. YO... YO...

Mis cejas se fruncen mientras la estudio, su respiración casi la hace desmayarse. Espero a que atraviese la última barrera que le queda para llegar hasta mí.

—No debería haber dejado a la única persona que me hace querer quedarme.

Su tono entrecortado y sus palabras entrecortadas me hacen sentir la cabeza pesada, el cuerpo débil, el corazón dolorido por el anhelo de ella.

—Siento haberte hecho daño. —Sus palabras son roncas, su tono inquieto mientras sus ojos rozan mi cara, entre mis ojos, y luego caen sobre mis labios—. Al menos, creo que te he hecho daño.

Es tan tímida y distinta a la Han segura de sí misma que conozco. Esta es Jo, la mujer que siente cosas que no sabe cómo controlar. La mujer que por fin se abre paso hasta mí, derritiendo el exterior hasta el único que sabe mantenerla unida, ahuecada entre mis manos mientras se convierte en un charco de emoción ante mí.

—Lo hiciste. —Respondo con sinceridad.

Su lengua patina sobre su labio inferior mientras una mirada apenada se apodera de sus ojos.

—Han, dime algo real —exijo.

Ella vino aquí. Está arrepentida. ¿Pero qué sigue? No puedo volver a

tenerla como fantasma otra vez. Si algo aprendí después de hoy, es que tal vez necesito proteger este pequeño corazón que parece haberme crecido.

—No quiero volver a hacerte daño —dice en un susurro, la admisión hace que sus ojos se entrecierren dolorosamente apretados.

Paso la mano por su cara, mi pulgar acaricia suavemente su pómulo.

—Entonces no lo hagas —susurro, mirándola a los ojos, a los labios, a su precioso anillo de oro en el tabique y viceversa, hasta que por fin parece capaz de respirar.

—Pero puede que lo haga —responde, con los ojos desorbitados entre los míos.

—Bueno, un poco de dolor no me matará. —Mi labio tira de la comisura, incitándola a relajarse un poco.

Lo está intentando. ¿La cagará? Posiblemente. Pero no puedo dejarla escapar ahora, no cuando finalmente se está abriendo. Vamos a facilitar esto, sea lo que sea. No la dejaré ir. No puedo dejarla ir. Ella es la única que me ha hecho querer ser algo, cualquier cosa que no sea aquello en lo que parezco volver a caer.

Antes de que pueda pronunciar más palabras, acerco lentamente mis labios a los suyos. Nuestros ojos se miran durante un instante, expresando todo lo que no podemos decir sólo con palabras. Ella parpadea rápidamente y respira hondo; nuestra cercanía parece calmarla por fin. Acerco los labios, esperando a que me dé el visto bueno. Ella inclina la barbilla en un leve gesto de asentimiento antes de que yo atrape su boca con la mía.

Como un cubo de gasolina al fuego, nos encendemos por fin juntos. Conmigo aún a horcajadas sobre ella, la atraigo hacia mis labios mientras ella agarra mi camisa por el dobladillo, aferrándola con fuerza entre sus manos, atrayéndome hacia ella. Nuestras lenguas recorren la longitud de la del otro de un modo rápido, necesitado y privado. Ella gime en mi boca mientras una de mis manos recorre su nuca, deslizando los dedos por su cuero cabelludo y aferrando su cabello mientras continuamos besándonos.

Unas descargas eléctricas me atraviesan como ninguna droga podría igualarlas. Nunca he deseado a una persona tanto como la deseo a ella. La quiero en mi sangre, en mis huesos. Ella me controla ahora. Su tacto, la única forma de revivir el último rastro de muerte que guardaba en mi corazón. Puede que me pase, puede que la joda y le diga que estoy obsesionado con ella. Todo sobre sus labios húmedos y hermosos contra los míos, su lengua malvada tallando su necesidad, su piel suave enviando piel de gallina sobre la mía, se siente demasiado bueno para ser verdad.

Tiro ligeramente de su cabeza hacia atrás y separo nuestros labios

para asimilar el hecho de que está realmente aquí, debajo de mí. Reconocer que no es un sueño ni una alucinación. Está aquí de verdad.

—Viniste por mí —susurro, sonando como ella cuando la visité en su casa el día de su cumpleaños, un día de dolor insuperable para ella.

—No podría no hacerlo —susurra ella, curvando un poco los labios mientras me pasa la mano por la línea de la frente, aliviando la tensión que no sabía que había.

Sus palabras son mías, así que cambio el significado tras las suyas.

—Me encanta que no pudieras no hacerlo.

No lo odio como dijo anteriormente. Me encanta. Me encanta haber empujado y empujado, aunque la incomodara, aunque me arriesgara. Sabía que ella estaba ahí debajo, esperando con esa mano tendida, necesitando a alguien que entienda y se preocupe. Alguien que alivie ese dolor, aunque no signifique quitárselo para siempre. Me alegro de que se diera cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

Nuestros labios vuelven a chocar, pero esta vez me tumba boca arriba, a horcajadas sobre mi regazo. Me coge el cabello con las manos y tira de las raíces mientras me levanta la cabeza. Me roza el cuello con los labios, succionando la piel tatuada antes de que su lengua recorra el pliegue de mi garganta, arrastrándose lentamente por la piel hasta encontrar mi oreja. Sus dulces y suaves labios envuelven el lóbulo, haciendo que mis manos se aferren a la carne de sus caderas, que se flexionen hacia arriba, empujando mi polla de roca dentro de ella.

Me hace cosas locas por dentro. Tengo esta sensación enfermiza de aferrarme a algo tan frágil que podría romperse fácilmente en pedazos en mis manos, y sin embargo lo único que quiero hacer es exprimirlo a tope. Soy el niño que consigue un hámster de mascota y lo asfixia hasta la muerte con amor y afecto forzado.

Necesito relajarme.

—¿Relajarme? —pregunta de repente.

Joder, lo he dicho en voz alta.

—Ah, no, sólo quería decir...

Se baja de mí de un salto y se sienta sobre los talones en el borde de la cama, con los ojos muy abiertos, insegura de lo que estoy haciendo, de lo que ella está haciendo.

No, no, no... por favor no retrocedas ahora.

Suspiro, intentando calmar la mente del hombre que tiene pensamientos flotando sin cesar por su cráneo como un concursante de concurso en una de esas jaulas, intentando atrapar los billetes de dólar que flotan en un tornado a su alrededor. *Déjame coger el*

pensamiento correcto, por favor.

La cojo de la mano y vuelvo a tumbarla en la cama para que esté a mi lado, con los pechos juntos y las miradas juntas.

—No quiero asfixiar al hámster —digo, enarcando una ceja confundida por cómo suenan las palabras en voz alta.

Ladea la cabeza.

—¿Es una referencia a la polla?

—Si alguna vez me refiero a mi polla como un hámster, tenemos verdaderos problemas.

Se ríe ligeramente.

—No, sólo quiero decir que no quiero... tengo miedo de.... —Me pellizco el puente de la nariz, intentando encontrar las palabras—. Lo que quiero decir es que soy un poco...

¿Tiene sentido todo esto? ¿Qué estoy diciendo y por qué no puedo decirlo?

—¿Difícil? —Ella responde por mí.

Asiento con los ojos muy abiertos.

—Soy mucho manejar. Cuando encuentro lo que quiero, me ahogo en ello, llevándome a todo el mundo a mi paso. Problemas de personalidad adictiva. —Me encojo de hombros.

Me mira en silencio; la luz de la luna me deja en evidencia, expuesta, su expresión totalmente a oscuras.

—Creo que eres una persona apasionada. Alguien que confunde sus adicciones con una verdadera necesidad de sentir cosas. Esa energía, esa pasión, es tuya, no de las sustancias que te rodean.

Dejo macerar sus palabras un momento. Quizá tenga razón. Siempre me limito a aceptar el hecho de que mis adicciones están fuera de mi control, pero quizá siempre ha sido sólo una elección para mí, o podría serlo. Mi personalidad podría llevarme en nuevas direcciones, llevarme a abrir nuevas puertas que Hawke generosamente me ayuda a encontrar. Cuando encuentro algo que me gusta, definitivamente me sumerjo en ello. Quizá tenga razón. Esta energía es mía. Lo que haga con ella depende de mí. ¿Podría cambiarlo?

—Joder, Han. —Me paso una mano por la cara, reevaluando rápidamente mi vida en un abrir y cerrar de ojos.

La profundidad de las conversaciones que solemos tener nunca pasa de moda. Esta conexión entre nosotros es mucho más profunda que la de cualquier otro ligue de mierda que haya tenido. Nos vemos el uno al otro con ojos iluminadores que exponen, reflejan y fuerzan la verdad del otro, incluso cuando es difícil de afrontar.

—Y tus pensamientos, quieres encontrar la manera de calmarlos pero

no puedes —continúa.

Levanto la mano y la alejo de mi cara, mis grandes ojos encuentran los suyos.

—¡¿Estoy viendo a través?! ¡Jesús, mujer!

Se ríe.

—Supongo que te he estado estudiando. Las veo flotar por tu cabeza y observo cómo intentas elegir la correcta.

—Vaya, me has entendido perfectamente —sonrío, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Pero es a ti a quien todavía intento encontrarle sentido.

—¿Sí? —pregunta en voz baja, casi con tristeza, como si le doliera haberse visto obligada a ser tan retraída—. No sé. Parece que me entiendes mejor que yo.

Llevo su mano a mi boca, frotando metódicamente sus nudillos contra mis labios mientras contemplo el contorno de su hermoso rostro.

—Sigues siendo un misterio para mí, Han. No sé mucho, pero sé lo que siento. Es algo que no se puede expresar verbalmente, no se puede ver.

Ella traga saliva y sus labios se separan ligeramente mientras se le escapa un suspiro. Hay una ligera pausa en la conversación y me pregunto si el hámster se estará atragantando.

—Ven conmigo —dice de repente, con un deje de falta de aliento.

Mi mirada recorre la habitación mientras me agarroto y vuelvo a encontrar sus ojos.

—¿Sexualmente? —Asiento agresivamente.

—Pensamiento equivocado, Kai.

Suelto una carcajada. No se equivoca.

—¿Adónde? ¿Adónde vamos, Han? —Pregunto con una sonrisa de comemierda—. Te seguiré a donde sea.

—La próxima vez que sienta la necesidad de irme —susurra, bajando la mirada, con las pestañas revoloteando hasta que por fin levanta de nuevo la vista hacia mí—. Ven conmigo.

Esto es grande. Esto es pesado. Esto no le pasa a cualquiera. Han no deja que la gente entre en su mundo privado. Siento su nerviosismo, su ansiedad por dejar entrar a alguien, pero nunca he estado más preparada para ello.

—Ya estoy allí —respondo, besando el dorso de su mano antes de inclinarme hacia delante y cerrar el espacio entre nosotros, sellando mis labios con los suyos.

Sólo me queda esperar que nunca vuelva a surgir la necesidad de

marcharse.

20

Hacer el amor

Me gustaría considerarme experimentado en casi todo.

Sustancias, comprobado. Prácticamente las he probado todas. ¿Encuentros sexuales? Comprobado, comprobado, comprobado. Me he follado a todo tipo de mujeres hermosas. Pequeñas, altas, delgadas, gruesas, afroamericanas, blancas, de pecho grande, asiáticas, de pecho plano, nativas americanas, jóvenes, viejas... lo que quieras, la lista es interminable. Amo a todas las mujeres. Son la creación más hermosa de Dios. Son como un helado decadente para mí. Húmedas en una lengua caliente, cremosas cuando lo necesitan, y la variedad de sabores te mantendrá infinitamente satisfecho.

Sin embargo, lo que nunca he experimentado es hacer el amor con una mujer.

Hasta anoche, claro.

Han y yo hicimos el maldito amor dulce, perfecto y hermoso.

Fue lento, mientras besaba su dolor. Fue suave, mientras me convertía en parte de ella, y ella, en parte de mí. Fue una conexión entre nuestros cuerpos, nuestros corazones y nuestras mentes, todos mezclados en un tornado perfecto de sensaciones placenteras y confianza insuperable, con un significado tan increíblemente fuerte.

La forma en que nuestros ojos permanecieron conectados durante todo el tiempo aún me produce escalofríos. Nos veíamos el uno al otro, igual que en la noche del LSD, pero no necesitábamos las drogas para sentir la total transparencia que había entre nosotros. Éramos libros abiertos, nuestras palabras se mezclaban para formar nuestra propia y trágica historia. Una que sólo puede escribirse con la lengua, leerse con los dedos, comprenderse con el alma.

Ella tiene razón. Hay una profundidad en mí que sólo ella saca a la luz. Ella encuentra esas piezas raras de mí y las hace brillar como un par de zapatos de cuero opacos, de alguna manera sacando a relucir todos mis defectos.

Es todo lo que no sabía que quería o necesitaba. Me pilló totalmente por sorpresa y mi cerebro aún está intentando ponerse al día con mi corazón. Sé que es mala para mí. Sé que cuando dice que tiene miedo de hacerme daño, esas palabras no son más que la verdad. Ella parece del tipo que sería imposible mantener satisfecho. Quiero decir, ni siquiera puede decidirse por un sexo que sea suficiente. ¿Cómo podría yo ser suficiente? Yo soy el que tiene todas las esperanzas. ¿Pero será suficiente para los dos?

Mi cerebro está más obsesionado que nunca. A estas alturas es prácticamente insalubre, ya que miro fijamente su forma dormida, memorizando cada pequeña peca de su perfecta nariz de botón y cómo se rizan sus espesas pestañas. El flequillo le queda lo suficientemente separado como para no tocarle las cejas, y el labio inferior sobresale un poco más que el superior, dejando un mohín perfecto que quedará grabado en mi mente para siempre.

Llevo dos horas mirándola y no puedo apartar la vista. Cada vez que inspira o suelta un gemido adorable, o cuando su labio se curva en una pequeña sonrisa mientras sueña, me encapricho un poco más. Controla toda mi atención, me cautiva y me sumerge por completo en su mundo.

Joder. Creo que la amo.

¿Es esto amor? ¿O una obsesión? La línea me parece borrosa.

Sus párpados aletean antes de abrirse y al instante siento que se me cae el estómago. ¿Cómo estará a la luz del día? La exposición... ¿la cambiará? ¿Se arrepentirá? ¿Habrá sido la noche anterior demasiado para ella? Fue casi más de lo que yo podía soportar.

Hace que me derrita cuando estoy cerca de ella. El mundo que nos rodea se convierte en una mancha de recuerdos lejanos. Un pasado que ya no me importa. Lo único que quiero es estar siempre presente en su espacio, en su tiempo, en su visión.

Lo primero que hace es colocarse de lado, sus ojos encuentran los míos antes de volver a sonreír.

Se despertó y me sonrió. Estoy perdido.

Su mano encuentra mi cara y me sujeta la mejilla, inclinando la cabeza hacia delante para tocarme las narices. Sonríe y me da un beso de esquimal, antes de tumbarse boca arriba y mirar al techo con la misma sonrisa pegada a la cara como un tatuaje nuevo.

—¿Cuánto tiempo estuviste mirándome? —pregunta, girando la cabeza para mirarme con una sonrisa pícara.

—Dos horas y once minutos —respondo rápidamente, consultando el reloj que hay cerca de la cama.

—Dos horas y once minutos —repite en voz baja, volviendo a mirar al techo. Suspira, luego gira hacia mí, el verde de sus ojos penetrándome—. Eso es mucho tiempo.

—Ni siquiera un poco.

Nos miramos fijamente, con los pensamientos de anoche circulando por mi mente. Parece que han cambiado muchas cosas entre nosotros, pero ¿qué ha cambiado realmente? Me dijo que sentía haberme dejado, la única persona que hace que quiera quedarse. Las palabras se grabaron en mi corazón como un cuchillo ardiente, abrasando la

carne bajo su calor. Pero, ¿cambió lo que es o lo que puede llegar a ser?

—¿Prefieres ser sordo o ciego? —pregunta al azar.

Nunca hay un momento aburrido con ella. Yo me pierdo en pensamientos sobre el futuro de nuestra posible relación y ella se plantea si perder los ojos o el oído le supondría más molestias en su vida diaria.

—Hmm... Jesús, eso es duro de cojones —digo, arrugando la cara ante la idea—. Necesito ver tu hermoso cuerpo, ¿pero no poder oír tus gemidos? Inaceptable.

Suelta una leve risita y me recorre el brazo con un dedo, siguiendo la cadena de tatuajes colocados al azar.

—Siempre por el sexo.

—Joder, me quedaría ciego. Todavía puedo sentir tus tetas con mis manos. La necesidad de oírte gritar es lo que me excita. Me sacaré los ojos ahora mismo si quieres.

—¿Para mí? —pregunta con un deje de sarcasmo.

—Estoy loco de remate —escupo con la cara más seria—. Loco de remate por ti.

—Pero la pregunta sigue siendo, ¿estás *lo suficientemente* loco por mí?

—¿Esto es un juego? ¿Verdad o reto? Atrévete, Han. Dime qué hacer para demostrarte mi lealtad y lo haré. Cualquier cosa.

Debo de estar poniendo una cara rara porque ella rompe a reír nerviosa ante mi intensidad.

—Tranquilo, Kai. Fuma un poco de hierba o algo —dice con una sonrisa en ese tono hermoso y agrietado.

Me encojo de hombros y me estiro sobre su cuerpo, apretándome intencionadamente contra ella para alcanzar la mesilla de noche que tiene enfrente. Oigo un pequeño gemido que se le escapa de la garganta y enseguida estoy listo para el cuarto asalto.

Cojo mi pipa de cristal favorita del cajón, coloco rápidamente una cazoleta en el borde de la cama, la enciendo y me siento contra el cabecero. Ella se me une excitada y gatea hasta sentarse a horcajadas sobre mi regazo, sin más ropa que mi vieja y enorme camiseta de Linkin Park y sus bragas negras de encaje debajo.

Lo enciendo, inhalo profundamente y lo retengo en los pulmones antes de que Han me haga un gesto con la cabeza para que exhale dentro de ella. Soplo en sus perfectos labios carnosos, disparando mi golpe. Es muy sexy verla inhalar lo que acaban de contener mis pulmones, mis entrañas tocando las suyas.

Le paso una mano por la nuca y la miro fijamente mientras ella me

devuelve la mirada. La intensidad y la fuerza de nuestra atracción mutua podrían encender ciudades. La atraigo a mis labios para darle un suave beso. Ella me devuelve el beso antes de apartarse tímidamente, coger el cuenco de mi mano y darle un par de caladas.

Nos sentamos, uno al lado del otro, con las espaldas apoyadas en el cabecero mientras el subidón nos golpea y la sensación de calidez se apodera de nosotros.

—¿Mejor? —pregunta.

La verdad es que me siento mejor. La hierba calma mi mente, ralentiza un poco las cosas, me da una sensación de claridad con una sensación general de bienestar.

—Mejor. —Agarro su mano entre las mías.

Entrelazo mis grandes dedos con los suyos y aprieto su mano contra mi regazo. Nos quedamos un rato en silencio mientras mi mente piensa en lo que viene a continuación. Tengo que recordarme constantemente que no debo asfixiarla. Todo tiene que ser tan nuevo para ella, sobre todo la idea de una relación de verdad. Hámster.

—¿No te parezco un poco rara? —me pregunta, volviéndose hacia mí y ladeando la cabeza.

—¿Rara?

Se me ocurren muchas palabras para describir a Han, pero rara no es la primera. Intrigante, misteriosa, magnífica, impresionante, sensual, única en su especie...

—Quiero decir, sabes cosas sobre mí que la mayoría de la gente no sabe. —Ella mira hacia abajo, frunciendo el ceño.

—Mi casa, por ejemplo. Nadie ha estado allí.

—¿Nadie?

—No. Nadie más que tú.

—Y sin embargo, sigo aquí —le digo, mirándola fijamente a los ojos, ligeramente confuso.

—Esa es la parte que no logro entender.

Lo entiendo. Su casa le parecería rarísima a cualquiera que no fuera yo. La obsesión con la muerte y la vida después de la muerte prácticamente pintada en las paredes. No puedo imaginar a una persona como Bran dando un paseo por su país de las maravillas, saliendo con algo más que un billete de autobús fuera de la ciudad. Pero yo no soy un maldito Bran. Soy Kid y ella es Jo.

—Me gustan tus partes oscuras, Han, casi más que tus partes alegres y luminosas. Tu oscuridad es el Han real, crudo, sin filtrar. Y me prende en fuego, joder.

Parpadea rápidamente y mira nuestras manos entrelazadas. Se le escapa un suspiro y parece que ha vuelto su pesadez, como si estuviera determinando si de verdad puedo manejarla a ella y a sus secretos. Una especie de nube se cierne aún sobre ella. Aún no ha olvidado el dolor de su pasado. Eso está claro. Pero, ¿por qué sigue sintiendo el peso de la muerte? Hay más en su historia, y sé que ella no quiere que nadie lea ese capítulo.

Llaman a mi puerta.

Mis ojos captan rápidamente los de Han y vuelven a mirar hacia la puerta. Siento un poco de pánico y el corazón me late con fuerza en el pecho. Sorprendentemente, está fría como una lechuga.

—¿Les vas a dejar entrar? —pregunta.

Los golpes continúan.

—Oye, Kid. —La voz de Hawke retumba a través de la madera—. ¿Estás despierto?

Me vuelvo hacia Han, que está relajada sobre mi camiseta, con las piernas cruzadas por los tobillos y una mano detrás de la cabeza.

—¿Quieres vestirte primero?

Arruga la nariz mientras se encoge de hombros.

—No.

Los golpes se hacen más fuertes.

—¡Adelante! —Llamo desde mi posición en la cama.

Hawke abre la puerta y me ve. Al abrirse la puerta, sus ojos captan a Han medio desnuda junto a mí y su espalda choca contra la puerta con un ruido sordo.

—¡Oh, joder! Oh... Dios mío —dice jadeando mientras se agarra al pomo de la puerta.

—¿Qué pasa, cariño? —La voz preocupada de Cole resuena desde la cocina.

Por la mirada de pánico de Hawke, sé que aún no se lo ha dicho. Esto está a punto de ponerse interesante. Cole se acerca por detrás para ver a qué viene tanto alboroto.

—¡OH DIABLOS, NO! —grita, mirándonos desde atrás de Hawke antes de cubrirse la boca con la mano libre—. ¡¿Te lo follaste?!

La pregunta va dirigida obviamente a Han. Me mira y luego vuelve a mirar a su hermana.

—Unas cuantas veces. —Asiente despreocupada y juega con su flequillo, alisándolo antes de volver a mirar a Cole.

—¡¿Qué es esto?! ¡¿Qué está pasando?! Dios mío. Hawke, ¿puedes creer esta mierda?

Hawke traga saliva, con los ojos abiertos como platos.

Cole se da cuenta de su actitud nerviosa antes de que su boca se abra, golpeándole en el pecho.

—¡¿Lo sabías?!

Oh, mierda. Definitivamente no se lo dijo.

—No es culpa suya —le intercepto la pelota—. Le dije que lo castraría si te lo decía. Y realmente quiere hijos.

—Espera, ¿entonces están como... juntos? —pregunta, con la frente arrugada por la confusión.

Rodeo la espalda de Han con el brazo y la atraigo hacia mí. Me mira con los ojos entrecerrados, como si intentara configurar en su cabeza cómo responder adecuadamente a esta pregunta. Es incómodo. No hemos hablado de esto. Es demasiado pronto para esta conversación. La va a poner nerviosa.

—Uh, bueno, estamos follando habitualmente, supongo. Sea lo que sea —responde Han, encogiéndose de hombros.

—Me lo llevo. —Dejo escapar un suspiro mientras se me levanta el labio en la comisura.

Me vuelvo para mirar a Hawke y Cole, dedicándoles una enorme sonrisa cursi, y no paso por alto la mirada de advertencia que dispara hacia Han. Cole me protege. Odio que lo note. Odio que haga que mi estómago se retuerza en un pequeño pretzel. Odio que, aunque no sea intencionado, esté tan segura de que Han va a joderme.

Odio saber que lo hará.

21

Atascado

—Kai.

Me siento tan bien.

—Kai.

Soy como una nube de putas sensaciones.

—Kai, cariño, ¿estás bien?

Su dulce voz atraviesa mi nube nebulosa hasta que siento su dulce culito apoyado en mi regazo, su espalda contra mi pecho.

—Estoy bien, nena —gimo, sujetando sus caderas contra mí mientras clavo las mías en ella.

¿Nena? Joder, ¿eso ha sido cursi? No me importa. Me sentí bien.

El alcohol, la hierba, todo está en mi organismo y me siento genial. Mi chica está en mi regazo y estamos a punto de tener una noche salvaje. *No puedo creer que tenga una chica.*

Ella responde con un suave gemido, me pasa un brazo por detrás del cuello y me acerca la cara a la suya. Sus labios encuentran los míos y es el éxtasis. Literalmente, éxtasis con su lengua en mi boca.

Le quito la pastilla y me la trago mientras cojo una del cuenco que hay cerca del sofá, sí, es ese tipo de fiesta, y le pongo una en la lengua con el dedo índice. Ella chupa mi dedo, su anillo lingual masajeándolo como si estuviera chupando otra cosa.

Los dos estamos ya colocadísimos. El mío debe de ser más fuerte porque ella parece estar siempre cuidando de mí, pendiente de mí, controlándome, dándome lo que necesito.

Llegamos a la fiesta de la casa de la playa de Sidney hace unas horas, después de una larga semana de trabajo. Hawke y yo habíamos terminado la construcción de su nueva propiedad y lo único que quedaba era amueblarla antes de que los inquilinos pudieran mudarse a ella. Por fin estábamos listos para celebrar el fin de semana en la casa de playa de Sidney; al menos, todo el mundo a mi alrededor está celebrando el fin de semana. Yo estoy celebrando el hecho de que han pasado siete días consecutivos en el calendario de que Han-no-ha-desaparecido.

Ella no me dejó. Ella está aquí, y se quedó por mí. Como una pluma a un chicle.

Llevamos toda la semana haciendo clic, casi como si lo hubiéramos hecho siempre. Comiendo juntos, yendo de excursión a la naturaleza y

horneando, jugando a videojuegos en mi habitación, a lo que ella procedió a darme por culo en Call of Duty. Me he quedado a dormir en su casa unas cuantas veces. Ella se quedó en casa de Hawke y Cole otra noche. Se coló como una adolescente a altas horas de la noche después de una fiesta, borracha como una cuba. Esa noche tuve que taparle la boca con una mano porque gritaba mientras yo la penetraba. Joder, somos salvajes.

Es la mierda más loca. Es más amiga mía que la mayoría de mis amigos, excluido Hawke, por supuesto. Parece que tenemos una sólida amistad aparte de nuestra atracción mutua, y disfruto de verdad pateando con ella de la forma tan natural en que lo hacemos. Congeniamos en muchos niveles diferentes.

A los dos nos encanta el sexo. Sexo duro, que traspase los límites. Eso está claro. Las drogas, sí, ambos nos excedemos. Ella entiende mis necesidades casi tanto como yo las suyas. Nos encanta explorar diferentes reinos, diferentes niveles de conciencia mientras nos sometemos a las sensaciones y el uno al otro.

Pero es más que eso. Nuestras conversaciones son reales, auténticas y profundas. Me está dejando entrar mientras confía poco a poco en mí. Lo veo. Lo noto. Por mucho que le asuste, lo está intentando. ¿Por qué lo intenta? Porque le permito ser ella misma conmigo. Me encanta su oscuridad. Es algo a lo que no creo que nadie se haya sometido. Tal vez estoy lo suficientemente loco para ella por eso, como ella dice. Tal vez se está dando cuenta de que si no salta, podría perderse algo extraordinario. Esto, entre nosotros, es extraordinario.

También he disfrutado viendo esta nueva faceta suya que había captado ligeramente durante la noche de LSD. Últimamente ha sido más que evidente. Se preocupa por mí. Siempre está pendiente de mí, incluso cuando no lo estoy, o cuando no me doy cuenta de lo que me rodea. Tiene un alma cariñosa, y está mostrando su cara cuanto más estamos juntos.

Me mira desde el otro lado de la habitación cuando nos separamos, para asegurarse de que no me excedo, aunque conozco mis límites. Su preocupación es adorable. La sorprendo mirando a otras mujeres o incluso a hombres cuando se acercan. No se muestra celosa ni mucho menos, pero me cuida como lo harían naturalmente las amigas. Hace evaluaciones visuales, se asegura de que la gente es auténtica, digna de confianza y de que no me están jodiendo. La sensación que tengo al saber que ella me cubre las espaldas es suficiente para que me incline ante ella en el trono, entregando mi espada. Sí, me estoy ahogando.

—Toma, bebe un poco de agua —me dice, dándome una botella de agua—. Tienes que mantenerte hidratado.

—Joder, Han —digo, cogiendo el agua y ayudándola a subirse a mi regazo en el sofá de dos plazas en el que me he acomodado—.

Siempre cuidándome.

—¿Para qué están los amigos? —me dice, moviendo las cejas, sabiendo lo que me provoca esa frase.

Dejo la botella de agua y le agarro la nuca con fuerza mientras ella sonríe complacida. Le encanta jugar conmigo, ver cómo me desato.

—No soy tu maldito amigo, Han.

—¿Ah, sí? —Ella sonríe juguetonamente, situando su cuerpo en mi regazo, sus piernas encontrando su lugar alrededor de las mías—. Entonces, ¿qué somos?

Se sienta a horcajadas sobre mí en el sofá, apretándose contra mi pecho, nuestras frentes ahora conectadas mientras frota su naricilla contra la mía de la forma que he llegado a adorar.

—¿Soy el Snuffleupagus de tu Big Bird16? —susurra contra mis labios.

—Desde luego. Pero más que eso, tú eres mi chica, y yo soy tu chico —digo con confianza, sosteniendo su cara entre mis palmas.

Se muerde el labio inferior, me mira a la boca y luego vuelve a mirarme a los ojos con un coqueto aleteo de pestañas antes de echarse hacia atrás.

—No te pertenezco —comenta con su sexy descaro.

Vuelvo a agarrarla por la nuca y acerco su oreja a mis labios.

—Le mostraré a todos en esta fiesta cómo puedo poseerte.

Ella sonríe, me rodea el cuello con los brazos, se gira para mirarme y yo me inclino para lamerle el labio inferior.

Joder, sabe bien. Como el azúcar moreno y la dulce y deliciosa miel.

Disfrutamos saboreándonos, sintiendo las chispas electrizantes de nuestras lenguas entrelazadas, besándonos hasta consumir nuestros labios. Le araño la piel, agarro su pecho turgente y perfecto, que está suelto bajo la camiseta de manga corta de Ol' Dirty Bastard, y lo masajeo con la palma de la mano, retorciendo el anillo del pezón entre el índice y el pulgar. Echa la cabeza hacia atrás y se aparta de mi beso, mientras su cuerpo empieza a girar contra el mío.

Ambos buscamos la liberación definitiva, la que parece que sólo podemos conseguir el uno a través del otro. Estoy obsesionado con hacer que esta chica se corra. Lo que más me gusta es cuando me mira fijamente a los ojos y se deshace mientras le acaricio el clítoris con la lengua a la velocidad de las alas de un colibrí, como a ella le gusta, hasta que grita, dando espasmos alrededor de mis dedos, enroscados en su interior. Nunca tendré suficiente de su sabor. Quiero vivir entre sus piernas, adorando a esa mujer que, ahora me doy cuenta, podría partirme en dos en cualquier momento.

La puerta de la casa se abre de golpe cuando un par de chicas entran

en la cocina cercana para coger unas bebidas de la nevera. Han gira la cabeza y cruza una mirada con la morena. Comparten un extraño intercambio de palabras antes de que Han se vuelva hacia mí con una sonrisa, como si no hubiera pasado nada. La chica, sin embargo, nos mira con curiosidad al ver a Han a horcajadas sobre mi regazo.

—¿Quién era? —Pregunto mientras las chicas salen por la puerta por la que entraron.

—¿Quién, la chica de las tetas grandes de verde? —pregunta contra mi cuello, depositando un beso.

Ni siquiera me enteré de cómo era o qué llevaba puesto. El incómodo intercambio entre ellas fue lo suficientemente fuerte.

—Sí, ¿qué fue esa mirada que te echó? ¿Qué hiciste? ¿Robarle el novio?

—No, la robé. De su novio —dice despreocupadamente mientras sigue arrastrando sus labios por la concha de mi oreja.

—Espera, ¿qué? —Suelto una risita confusa.

—Bran.

Ella dice el nombre, y sin querer me dispara.

—¿Bran?

—¿De verdad quieres hacer esto? ¿Ahora mismo? —Vuelve a sentarse en mi regazo, soltando una pequeña bocanada de aire.

—Quiero decir... sí. —Me encojo de hombros con una sonrisa curiosa—. No sé nada de tu historial de citas.

—No hay mucho que decir —dice simplemente.

Levanto las cejas, queriendo que me lo explique.

—Yo no salgo con... —Se detiene, tomando aire—. Había salido con una chica, Sasha, pero sólo unos meses, y no he vuelto a salir con nadie desde Bran. Bran y yo estuvimos juntos durante dos años y medio, de forma intermitente. Le dije que lo amaba. Me dijo que se estaba tirando a otra chica. Así que hice lo que cualquiera haría. Le robé a su chica.

Esta historia tiene que ser la mierda más loca que he oído nunca. ¿En qué mundo alguien engañaría a Han? Nadie podría siquiera acercarse a la comparación. ¿Y Bran? ¿Por qué cojones saldría con un hombre como él durante dos años y medio? La intensidad con la que odio a Bran no tiene comparación.

—Espera, ¿así que empezó a salir con ella directamente después de ti?

—Bueno, básicamente mientras estaba conmigo, pero sí.

Mi pobre chica. Pienso en una Han más joven e inocente a la que le rompen el corazoncito, y me destroza.

—¿Y luego hiciste que lo engañara... contigo?

—Sí. Creo que sigue un poco obsesionada conmigo. Sólo salimos dos veces, pero siempre me encuentra en fiestas y se pone coqueta y esas cosas.

Suelto una carcajada.

—Eso es jodidamente malo.

Sólo puedo imaginar la cara de Bran sabiendo que una mujer le robó a su mujer. Estoy jodidamente muerto. Esta chica es una salvaje, y me encanta.

—Es otro nivel de imbécil. Una mierda de cerebro, un imbécil de polla pequeño, hambriento de popularidad. Se merece algo mucho peor por toda la mierda que me hizo pasar después de... —Se detiene, y puedo sentir el dolor en su pausa—. Después de todo lo que me hizo pasar en ese momento —frunce el ceño, sólo de pensarlo.

Debe haber una conexión en la línea temporal entre el incidente de Bran y lo que le ocurrió a su madre. Puedo ver esa nube de ella persistente, a la espera de dejar caer esa lluvia sobre su corazón ya roto.

—¿Entonces por qué estabas hablando con él en su casa? ¿Cómo es posible que estuvieras tan tranquila con él después de toda esa mierda? Su puto brazo te rodeaba —digo, recordando el escenario y poniéndome a la defensiva por ella.

—Le dejo con la idea de que controla la situación que le rodea, cuando, en realidad, no es más que una pieza de ajedrez en mi juego.

Suelto aire.

—Jesús, Han.

Se encoge de hombros.

—Necesito saber más sobre este detallado juego tuyo. Eres como una pequeña asesina —sonrío, atrayéndola más hacia mí, hundiendo mi cara en su cuello antes de susurrarle al oído:

—Esto me la está poniendo dura.

Su garganta vibra mientras se ríe contra mí.

—Siempre estás duro.

—Eso es un puto hecho. —La señalo a ella y luego a mi polla—. Ahora ven a sentarte en esta polla.

—No me canso de tu culo loco —gime, apretando sus caderas contra mí antes de volver a presionar sus labios contra los míos.

Disfrutamos de un momento a solas en el sofá del chiringuito[17] de Sidney. Algunas personas están en algún sitio dentro, enrollándose, mientras que la mayoría está en la playa rodeando el fuego.

—Han, dime que soy algo más que un amigo para ti —le exijo, agarrándola de la barbilla para que me mire, deteniendo su mordisco hacia mí.

Dijo que no salía con nadie. Se detuvo, pero aun así me hizo entrar en mi propia forma de locura. Mirándome fijamente con esas pupilas dilatadas de su Molly, puedo decir que se siente bien por todas partes.

—Eres más que un amigo, Kai —susurra contra mis labios—. Estás en el borroso espacio que hay más allá. Lo que sea que ese espacio contenga.

Siento como si mi corazón rebotara en el interior de mi caja torácica, intentando liberarse.

Gimo ante sus palabras.

—Demuéstramelo. Necesito que me demuestres que no soy tu amigo.

Se me pone dura por ella, como siempre. Podría ponérmela dura oliendo su pelo. Pero oírla decir que soy más que una amiga me hace querer hacerle cosas desagradables, necesitar que me demuestre que ese espacio borroso del que habla existe realmente para mí.

Vuelve a apretar sus caderas contra mí, sintiendo claramente mi erección y frotándose contra mí en sus pequeños shorts recortados, masajeándose el clítoris donde más necesita la fricción.

—Follarte es mi cosa favorita, Kai —susurra mientras me chupa el lóbulo de la oreja—. Tienes la polla más increíble y gruesa.

La comodidad empieza a hacer efecto cuando tocamos cada parte disponible de la otra bajo nuestras manos aterciopeladas. Han echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y mira al techo, presa de la felicidad mientras sucumbe a las sensaciones.

—Pero es más que eso —susurra al techo—. Es nuestra conexión. Es meta galáctica.

—Voy a suponer que es un buen adjetivo —gimo mientras sus caderas ruedan.

Baja la cabeza para mirarme de nuevo, sus ojos se clavan en los míos.

—Significa... todo —termina, percibiendo mi confusión.

Miro fijamente sus ojos desorbitados. Siento que mis labios se entreabren antes de intentar tragar. Cada vez que tengo la sensación de que esto es real y está ocurriendo, tengo que hacer una pausa para asimilarlo. Estoy jodidamente enamorado de ella. Sé que lo estoy.

Ella puede leer mi mente. Sé que puede. Lo sé por la forma en que sus ojos se iluminan con un brillo peligroso. Me tiene justo donde necesita que esté para poder soltarme, necesita que alguien caiga primero para frenar el impacto de la suya.

Han me rodea la nuca con la mano y me agarra el cabello con los

dedos. Vuelve a apretar sus suaves labios contra los míos y gime en mi boca mientras nuestras lenguas se encuentran. Sus labios son tan cálidos y suaves, y su lengua tan fuerte y firme. Nuestro beso hace que mi estómago dé vueltas de felicidad.

Una chica vuelve a entrar por la puerta principal y nos echa un vistazo furtivo en el sofá mientras se acerca a sentarse en la silla de la mesa. Han me besa y chupa la piel del cuello mientras miro a la curiosa espectadora. La de verde con las tetas grandes, como ha descrito Han, nos observa con cierta expresión en los ojos. Una sonrisita traviesa. Conozco esa mirada.

—Mmm —gimo mientras me pellizca la piel con los dientes, dejándome una marca.

Le doy una palmada en el culo y se lo agarro con fuerza mientras ella se echa hacia atrás mordiéndose el labio inferior.

La chica se levanta de la silla, haciéndola chirriar contra el suelo de madera, lo que hace que Han la mire.

—Están muy sexys juntos —dice, acercándose a nosotros.

Se sienta a mi lado en el sofá, claramente intentando tener una mejor vista.

Han sonríe y vuelve a tirarme del cabello, doblándome el cuello hacia atrás, dejando al descubierto mi nuez de Adán, casi haciendo un espectáculo de lamerme todo el cuello.

Vuelve a sentarse en mi regazo y vuelve a mirar a la mujer, esperando una respuesta. Han se inclina sobre mí y me coge por los hombros mientras se inclina para besarme.

La mujer se aprieta contra los labios de Han mientras veo cómo sus lenguas se tocan directamente sobre mi regazo. Me froto contra Han, moviendo sus caderas para que su roce alcance el calor de la pantalla en mis vaqueros.

Es insaciable y verla besar a una mujer con esa lengua que tan gentilmente me da placer tiene mi mandíbula en el suelo, a punto de perder el control.

La chica agarra el dobladillo del top de Han mientras se besan. Ayudo a Han a subirse el top por encima de los pechos. Veo la intensidad entre estas dos y sé a ciencia cierta que esto está a punto de ser un buen espectáculo.

La blusa de Han se levanta cuando la chica y yo conectamos nuestras miradas, casi retándonos a hacerlo, antes de que nuestras bocas y manos encuentren sus pechos. Gime suavemente y echa la cabeza hacia atrás cuando recupero el sentido. No podemos hacerlo aquí.

—Cuarto trasero. —Hago un gesto con la cabeza en su dirección—. Vámonos.

Todos nos sonreímos en silencio con ojos curiosos y conscientes del placer que nos espera.

Entramos en una habitación, un dormitorio con cama de matrimonio y decoración tropical isleña. Me refiero a una cenefa con una palmera en medio de la pared, una colcha con una puesta de sol isleña y colecciones de botellas de cristal de arena y conchas marinas de distintas formas en las estanterías.

Debo poner una cara extraña ante el montaje antes de que Han me saque de mis casillas, arrastrándome hasta la cama hasta que la parte trasera de mis piernas choca contra el colchón, antes de tirarme de nuevo sobre él y sentarse a horcajadas sobre mi regazo.

Se arrastra por mi cuerpo mientras oigo que la puerta se cierra detrás de nosotros. La mujer se acerca a nosotros con una sonrisa, lamiéndose los labios mientras se sienta en una silla frente a nosotros, observándonos interactuar con naturalidad. Se echa hacia atrás en la silla de terciopelo azul, con la pierna izquierda apoyada en el reposabrazos mientras sus manos se exploran bajo ese vestidito verde.

Los labios de Han se arrastran por todo mi cuerpo. Mi cuello, mi pecho tras quitarme la camiseta, mi pezón, a lo largo de mi abdomen y finalmente en el borde de mis vaqueros negros rasgados. Abre el botón de mis pantalones, observando mi cara mientras su ceño se arquea, comunicándose casi en silencio conmigo.

¿Esto está bien?

¿Estás preparado?

¿Crees que podrás soportar la intensidad de lo que está a punto de ocurrir?

¿Está preparado para vivir la experiencia más increíble de su vida?

Una sonrisa peligrosa me tira del labio, respondiendo a todas esas preguntas con una sola mirada.

Nunca he estado más preparado.

22

Tres

Mantén la calma. Mantén la calma. Concéntrate.

A la mierda. No puedo evitar la sonrisa descarada que se dibuja en mi estúpida e ingenua cara.

Estoy a punto de hacer un trío.

La habitación está tenuemente iluminada por esta sencilla lámpara de mosaico que lanza una gama de colores por el techo, pintando las paredes con una extraña y caótica belleza. El ritmo de la música retumba contra la pared de la habitación, dejando un zumbido de melodías misteriosas que crean la banda sonora de los acontecimientos que se avecinan.

Han abre lentamente mis pantalones, manteniendo sus ojos fijos en los míos. Tiene una mirada curiosa. Una que me vigila constantemente, casi asegurándome que puedo echarme atrás si no es lo que quiero. No me juzga. Es como si realmente se preguntara si voy a estar bien con esto.

Me encanta su preocupación. Me encanta que se mueva despacio conmigo, para no empujarme a nada en lo que no esté dispuesto a sumergirme. Me encanta lo mucho que se preocupa.

Pongo las manos detrás de la cabeza, preparándome para su lengua mágica. La chica, cuyo nombre he descubierto que es en realidad Sera, la chica que le robó a Bran, observa mientras Han mete la mano en mis pantalones y me acaricia por encima de la ropa interior. Trago saliva mientras me masajea, recorriendo la polla, preparándome.

—Espera, tengo una idea —dice Sera, levantándose y sacando algo de su sujetador.

Cocaína.

Miro de ella a Han, que me observa con la misma mirada cautelosa, y luego vuelvo a mirarla a ella. Se arrodilla contra la cama donde estoy tumbado, formando dos líneas a lo largo de mi abdomen. Intento controlar la respiración mientras veo a dos hermosas mujeres resoplar sus líneas sobre mi piel. Me lamen la zona con sus cálidas lenguas húmedas y se me van los ojos a la nuca.

—Mmm, sí. —Gimo ante la sensación, pasando las manos por la espalda de ambos.

Han mete un dedo en la bolsa y llena una de sus largas uñas negras de acrílico con la sustancia. Vuelve a sentarse a horcajadas sobre mí, permitiéndome esnifarla junto con ellas.

Yo lo cojo. Es diferente. Tiene algo inusual. Está cortado con algo, pero no puedo precisarlo porque en este momento hay dos mujeres cerca de mi polla.

Han me besa a lo largo de la cadera, arrastrando la lengua hasta la cintura de mis calzoncillos. Me los baja del todo, dejando al descubierto mi erección, antes de agarrarme la base con la mano, haciéndome sisear entre dientes al primer contacto.

Los labios de Sera se entreabren y sus ojos se abren de par en par antes de mirar a Han con cara de ¿estás de broma?

—Mierda —susurra en voz baja.

Han esboza una sonrisa al ver su reacción ante mi tamaño antes de que sus ojos encuentren los míos y me dirija una mirada de admiración de lo más sexy.

Antes de darme cuenta de cómo hemos llegado hasta aquí, las dos mujeres me están lamiendo y chupando. Han toma la iniciativa, mostrándole exactamente lo que me gusta.

—Rodea la cabeza con los labios —pide—. Y haz círculos con la lengua. Le encanta eso.

Joder.

Me conoce bien. Sera rodea con la lengua el borde de la punta, mientras Han la desliza por mi polla, besándome y lamiéndome suavemente los huevos, creando una sensación exótica con el anillo de su lengua. Enrosco los dedos de los pies y estiro las piernas ante el inmenso placer. De vez en cuando hacen una pausa para besarse y lamerse la lengua con mi polla entre las dos, mientras yo miro con la cabeza apoyada y la boca abierta de puro éxtasis. Tengo que cerrar la boca a la fuerza, rechinando los dientes con fuerza sólo para mantener la compostura.

No sé qué me excita más. Tener a dos mujeres adorando literalmente mi polla, manos suaves explorándome a mí y a la otra, Han diciéndole cómo complacerme, o simplemente ver a Han interactuar con otra mujer. *Joder.*

El subidón de la coca me golpea como una gran ola que me envuelve en un pulso constante de placer adormecedor. El corazón se me sale del pecho, las extremidades me hormiguean y se me nublan, la cara me parece un cojín de felpa entumecido. Es potente, sea lo que sea, porque no me ha hecho falta mucho para sentir esto ya. Eso sí, mi tolerancia es alta.

Las chicas siguen chupando, Han me lleva hasta el fondo de su garganta mientras Sera me masajea los huevos con sus manos suaves y flexibles.

—Eres tan sexy —murmura Sera mientras me besa el cuello con la

boca abierta.

Todo resulta tan fenomenal y alucinante sin esfuerzo.

—Joder —gimo, agarrando el cabello de Han con la mano mientras ella sigue haciéndome la garganta profunda mientras las manos de Sera recorren mi pecho y mi abdomen—. Joder, nena, qué rico.

Sera me coge la otra mano, se agarra el pecho y lo amasa mientras se inclina hacia delante y me besa los labios, deslizando la lengua entre ellos y recorriendo los míos. Han aparta la boca de mi polla al oír cómo me besa.

—Siéntate en su cara —me indica, apartando a Sera de mis labios.

¿Un poco posesiva con mis besos, quizás? Me encanta cómo eso es demasiado íntimo para ella, pero el acto sexual en sí no lo es.

—No puedo esperar. —Sera sonríe.

Han coge un condón de mis pantalones y vuelve a deslizarlo por mi polla. Dejo caer la cabeza hacia atrás mientras Sera se pasa el vestido por la cabeza y se quita la ropa interior.

Está buenísima, no me malinterpretes, y esas tetas tan llenas y pesadas harían babear a cualquier hombre. Pero una cosa es obvia para mí: ella no es Han. Nunca podría serlo.

Han se desliza por mi abdomen y hunde su lengua en mi boca. Me besa con todas sus fuerzas, y lo noto. Me está reclamando. Sus gemidos resuenan en mí y la agarro por detrás del pelo; con la otra mano recorro sus curvas y exploro cada centímetro de su boca mientras las drogas recorren nuestros cuerpos sedientos de placer. Me encanta lo que sentimos los dos juntos. Lo sentimos todo y tan profundamente.

No podría importarme menos esta otra chica en este momento. Han es suficiente mujer para mí.

Se separa del beso y me mira con los ojos entrecerrados y la respiración entrecortada.

—Siéntate en su polla —le dice a Sera, mirándome peligrosamente—. Su boca es mía.

Su posesividad me hace sonreír. Es jodidamente atractiva verla dirigir el espectáculo, diciéndole a Sera lo que puede tener de mí y lo que no.

Saco la lengua, agitándola hacia ella, esperando su dulce y delicioso coño. Sera se sienta a horcajadas sobre mi regazo mientras Han balancea su pierna sobre mi cabeza, de cara a ella. Han agarra la base de mi polla, manteniéndola firme mientras Sera desciende. Me está guiando dentro de otra mujer, obteniendo su propio placer al ver esto, y literalmente nunca me había sentido tan excitado.

—Ahhh, joder —siseo, sintiendo cómo me deslizo en su cálido y

húmedo calor.

Sera me cabalga mientras Han le dice guarradas, casi provocándome un orgasmo prematuro.

—Te gusta follarte su polla, ¿verdad?

Grita y oigo cómo las chicas vuelven a besarse. Los sonidos sensuales que oigo, los labios chocando, los suaves gemidos, las manos recorriéndome el pecho y el abdomen mientras siento cómo se mueve son sobrecogedores.

Agarro las caderas de Han, mis dedos se aferran con fuerza a la carne mientras la atraigo hacia mi lengua, necesitando saborear su dulce excitación. Ella grita al contacto y agita las caderas contra mí. Con largos y húmedos lengüetazos en su sensible clítoris, aumento la velocidad mientras introduzco uno de mis dedos en su adolorido agujero al mismo ritmo que Sera me cabalga.

Sentir un coño caliente alrededor de mi polla mientras la más hermosa que he visto nunca cabalga sobre mi cara me produce una sobrecarga sensorial. Me pierdo en la euforia mientras el mundo que me rodea se difumina en la bruma más increíble de lujuria, deseo y pasión erótica.

—Joder, Kai, esa lengua —gime Han, apoyándose en mi dedo mientras le aprieto el culo con las palmas de las manos, obligándola a soportar el placer.

No quiero nada más que hacer que se corra. Como si fuera la razón por la que he sido puesto aquí en esta tierra, para darle a esta mujer un placer indescriptible.

El culo de Sera rebota ahora sobre mi regazo mientras yo empujo temerariamente mis caderas dentro de ella, áspero y potente, excitándome más y más a cada segundo. Sus gritos se hacen más fuertes cuando siento que se aprieta a mi alrededor.

—Despacio... despacio —gimotea, apoyando las manos en mi abdomen—. Es demasiado duro.

—Bájate —le ordena Han, notando su malestar.

Se desliza hacia arriba y fuera de mi polla, dejándola caer sobre mi abdomen con una fuerte palmada, y se arrastra por la cama para mirarnos.

Han me ayuda a levantarme de la cama y se coloca a cuatro patas en el borde, frente a mí. Sera se desliza bajo ella y empieza a juguetear con sus tetas, chupándole los pezones erectos y apretados antes de volver a besarse.

Aprovecho para cambiar un condón nuevo. No sé muy bien cómo va esto, así que me lo invento sobre la marcha.

Acercándome a ella por detrás, admiro la belleza de la carne tatuada

de sus muslos perfectamente tonificados, con otro par de piernas abiertas bajo ella. Mientras las recorro con las manos, me contonea el culo, necesitada de sentirse llena, y rompe el beso con Sera.

—Tan rápido y tan fuerte como quieras —me dice con la mejilla apoyada en el hombro, una arrogancia en sus ojos exóticos que adoro.

Me muerdo el labio, me encanta esta faceta suya, mientras sacudo la cabeza ante su comentario sexy.

—Eres tan mala.

Tiene razón en ser arrogante. Ella es la única que puede manejarme en mi mejor momento. Le encanta que la follen duro, y créeme cuando te digo que es lo que necesito. El dolor que parece acompañar a ser follada por alguien de mi tamaño es lo que la excita. Vive para el dolor placentero que sólo se produce cuando te sometes por completo a la experiencia. Sonrío con picardía ante su actitud descarada, observando el pequeño disimulo de Sera antes de alinearme con su entrada.

Mis manos recorren la longitud de su espalda curvada, tocando la hermosa gama de tinta a lo largo de su columna vertebral. Se abre ante mí, abriendo el culo mientras Sera le chupa y besa sensualmente el cuello y el pecho.

—Oh, joder, sí —gimo, mirándoles, acariciándome un par de veces.

Recorro con la cabeza sus húmedos pliegues antes de apretarla con fuerza. Gime y arquea la espalda mientras la estiro. Me hundo cada vez más hasta enterrarme en sus cálidas paredes.

—Tan bueno —siseo entre dientes, agarrando su culo entre mis manos—. Tan jodidamente bueno.

La sensación de estar dentro de ella supera cualquier otra cosa que haya experimentado. Tal vez es porque estoy realmente invertido en esta chica. Mi corazón está en ella, junto con mi polla. Pero la verdad es que nuestra conexión no se puede igualar, aunque haya otra persona presente. La sensación de tenerla tan apretada a mi alrededor, empapada, mientras tiro de sus caderas hacia las mías, hace que mis ojos vuelvan a girar hacia la nuca.

—Oh, Dios Kai —gime ella a medida que aumenta el ritmo.

Sera separa los muslos delante de Han, con el centro chorreante apoyado justo delante de su cara.

—Lámeme, nena —gime—. Eres tan buena en eso.

Se me olvida que han hecho esto antes. Se han liado unas cuantas veces, si no recuerdo mal. Han debe ser bueno porque esta mujer está enganchada. *¿Por qué eso me excita tanto?*

Han inclina la cabeza y empieza a lamerle el clítoris, masajeándolo

suave y lentamente, mientras rodea con los brazos los muslos de Sera. El espectáculo es suficiente para que cualquier hombre explote diez veces.

Me la estoy follando ahora con fuerza, empujando profundo y rápido, tal y como ella me ordenó, sus gemidos son capturados en el sexo de Sera, que se está masajeando las tetas llenas de placer con las manos. Esta es la mierda más salvaje que he hecho nunca, y me estoy entregando completamente a la experiencia.

Han cambia de posición, apoyándose en la cama mientras yo me pongo a tope, con la polla más dura que nunca. Grita una y otra vez antes de que Sera se levante y se acerque a mí. Me quita una mano de Han, se la pone en la lengua y me chupa el dedo corazón antes de ponerse a cuatro patas junto a Han. Dos mujeres, una al lado de la otra, buscando mi placer. Capto la indirecta y empiezo a follarla con los dedos por detrás mientras sigo metiendo a Han.

Las dos mujeres gimen mientras se giran para besarse de nuevo. El bajo de la música me golpea el pecho, haciéndose eco del aumento del ritmo de mi corazón.

Estoy cayendo. En lo más profundo de la oscuridad sexual. Todo en este momento es tan erótico, tan sensual, tan sexual, tan jodidamente caótico, pero totalmente liberador en el mismo sentido. Es liberador, ser capaz de explorarte sexualmente así, buscando y dando placer tan abiertamente.

Hago una pausa y me separo de Han antes de agarrarla por las caderas y girarla suavemente sobre la espalda. Vuelve a separar sus muslos perfectamente tonificados y me mira con esos preciosos ojos entrecerrados y llenos de lujuria. Vuelvo a empujarla y levanto una de sus piernas por encima de mi hombro.

La mano de Sera se desliza por el apretado abdomen de Han, antes de llegar a su sexo, donde estamos conectados, jugando suavemente con su clítoris mientras yo me deslizo dentro y fuera de ella en una tortuosa y lenta provocación.

—Córrete cariño —susurra Sera, mirándome fijamente—. Córrete sobre ella.

Los labios perfectamente carnosos de Han se entreabren y de ellos escapan dulces gemidos. Agarro el pecho que rebota ante mí y hago rodar el pezón entre mis dedos mientras continúo con la deliciosa tortura. Sera rodea con los labios el otro pezón, succionando el sensible tejido mientras la cabeza de Han cae contra la cama y sus dulces y hermosos gritos se hacen más fuertes a medida que se aprieta contra mí.

Cierro los ojos con fuerza, echando la cabeza hacia atrás y mirando al techo, sintiendo el cosquilleo en la base de la columna vertebral, la

tensión en los huevos, que me indican que estoy a punto de correrme.

Abro los ojos para volver a mirarla, pero me encuentro con una imagen aterradora.

—¡Oh, mierda! —Me salgo de ella rápidamente, pánico en mi tono—. Han, estás sangrando.

Agita las pestañas confundida antes de llevarse una mano a la cara. Se mira desconcertada los dedos empapados de sangre. La nariz le sangra hasta la parte superior del labio antes de sentarse sobre los codos y la sangre le sale a borbotones.

Sera sigue tocándome, intentando besarme el pecho, claramente ajena a la situación.

—Para —le digo, apartándola de mí. Ella no para, sigue intentando besarme—. ¡He dicho que pares! ¡Suéltame, joder!

—Es sólo una hemorragia nasal, está bien —gime, apartándome—. Continúa.

Me aparto de sus avances y agarro rápidamente a Han, sentándola en el borde de la cama.

—Joder, dime que estás bien —digo nervioso, agarrando mi camiseta.

Retiro su mano e inclino ligeramente su cabeza hacia atrás, sujetando su nuca con una mano y mi camiseta a la altura de su nariz con la otra. Ahora respiro más fuerte que durante el sexo. Estoy flipando.

—Estoy bien —dice con voz suave y desorientada—. Lo siento.

—No lo hagas —digo rápidamente y con dureza.

No permitiré que se disculpe por esto. Todo el sexo, el placer, la neblina de las drogas, el elemento erótico en lo que estábamos involucrados, ha volado por la ventana. Se me ha pasado la borrachera de todas las formas posibles en cuestión de segundos. Lo único que me importa es ella. A la mierda el resto de esto.

—Te puedes ir. —Le hago un gesto a Sera, que nos mira con los ojos en blanco.

Zorra estúpida. No llamo perras a las mujeres nunca, ni siquiera lo pienso para ser honesto, pero Jesús, la falta de preocupación por Han me está poniendo furioso.

Han se lleva la camisa a la nariz mientras cojo nuestra ropa. La ayudo a ponerse la suya mientras me subo los vaqueros.

—¿Estás bien? ¿Estás herida? —Pregunto, arrodillándome en el suelo entre sus piernas, mi mano cogiendo la camisa y limpiando suavemente los restos de sangre de sus labios y pecho.

—Estoy bien, Kai, de verdad —dice con su tono sexy y entrecortado, dedicándome una sonrisa perezosa—. Me siento increíble.

No me gusta. No me gusta nada. Ver que las drogas la afectan de esta manera, haciéndole daño de primera mano... esto ya no es divertido. Es serio.

Y por primera vez, estoy aterrado.

23

Sangre

Estoy descalzo sobre el frío suelo de cemento de un sótano sucio.

Hay botellas de licor vacías a mi alrededor y el lugar apesta a orines y metal viejo. Se oye un goteo constante procedente de una tubería que probablemente esté totalmente oxidada. Varios cuerpos yacen esparcidos por la habitación, algunos en un viejo y desgarrado sofá de la esquina, otros directamente en el mugriento suelo junto a ella.

¿Por qué está en el suelo?

No puedo verle la cara, sólo la nuca, pero sé que es ella. Mi corazón lo siente.

—¡Han! —Grito, tocando su hombro para girarla hacia mí.

Al contacto con el suelo, cae de espaldas y se golpea la cabeza contra el cemento. Tiene un torniquete alrededor del brazo con una aguja clavada en la vena, cerca del pliegue del codo. Tiene los ojos vidriosos con un brillo azulado, los labios morados y la nariz se le ha desprendido de la cara, dejando un agujero incrustado de sangre donde solía estar.

Agito su cuerpo inerte, intentando reanimarla, en vano.

El sonido de gritos horrorizados abandona mi cuerpo antes de despertar de esta pesadilla a otra situación aterradora.

Hay un cuchillo en mi cuello.

Mi cuchillo.

Tardo un minuto en reorientarme después de la horrible pesadilla que acabo de tener. Parpadeo varias veces, asegurándome de no haber caído en otro sueño.

—Han —digo con cautela, con los brazos levantados en señal de rendición bajo ella—. ¿Qué estás haciendo?

Está a horcajadas sobre mí en su cama, vestida sólo con una camiseta y bragas de encaje, sosteniendo mi navaja en la garganta y mirándome con expresión acalorada.

—No te hagas el tonto conmigo —gruñe—. Vi cómo la mirabas anoche.

Espera. ¿Han es una perra loca? Ah, mierda. Han es una perra loca.

—Yo no... —empiezo antes de que ella presione con brusquedad la afilada hoja contra la piel de mi cuello, haciéndome tragar saliva con dificultad—. No sé de qué estás hablando.

—Lo vi. Lo vi en tus ojos. Te encantaba follártela, ¿verdad? —pregunta con veneno en la lengua.

—Woah, woah, woah... —Digo con los ojos muy abiertos y una expresión nerviosa—. Nena, no...

—¡No me llames así, joder!. —Grita, y yo cierro la boca, rodando los labios hacia dentro y mordiéndolos nerviosamente mientras el cuchillo presiona peligrosamente cerca de mi vena yugular.

Me siento allí, con la cabeza apoyada en las almohadas y la mujer de la que estoy enamorado encima de mí, acusándome de disfrutar del trío en el que quería que participáramos. Estoy perdido, confundido y, francamente, asustado.

—Yo no... no me gusta... no soy...

Tartamudeo mientras muevo la cabeza de un lado a otro, con los ojos desorbitados, intentando defender mi caso mientras miro fijamente su cara. Sus labios se dibujan en una sonrisa, que se convierte en una sonrisa y en una carcajada.

Me está jodiendo.

Entrecierro los ojos y suelto un suspiro frustrado.

Sigue riéndose con expresión jocosa por encima de mí, manteniéndome aún como rehén.

—Oh, así que quieres jugar a la perra loca, ¿eh? —pregunto, con tono burlón.

Levanta las cejas, casi burlándose de mí, llevándome al límite.

Le doy la vuelta bruscamente, haciéndola jadear mientras le quito el cuchillo de la mano, poniéndoselo ahora en el cuello. Se muerde el labio inferior, disfrutando del intercambio de poder.

—Sabes que sólo te estoy jodiendo —sonríe, y me derrite.

Por supuesto, estaba jodiendo conmigo. Han es demasiado fría cuando se trata de sexo y placer como para que se enfade conmigo por follar con otra chica, no sólo delante de ella, sino con ella. En todo caso, ella se excitó casi más que yo.

Tan rápido como me viene a la mente el recuerdo de nuestra noche salvaje y aventurera, vuelve a primer plano el recuerdo de su hemorragia nasal y se me borra la sonrisa.

—¿Qué pasa? —pregunta de repente, con los ojos llenos de preocupación inmediata.

Después del incidente, cogimos un Uber hasta su casa y bajamos juntos de nuestro subidón. Ahora sé que el consumo prolongado de coca puede causar daños permanentes en el revestimiento de la nariz. He visto muchos adictos en mis días. Mierda, los he abastecido. Sé lo que viene después. Pero nunca me golpeó como lo hizo, verla pintada

con la sangre del trauma. Me hizo detenerme. Joder, me dio esa pesadilla de verla entrar en una espiral de drogas más profundas como la heroína cuando la cocaína ya no es suficiente, cuando perseguir ese subidón inicial se vuelve demasiado duro y necesita cambiar a algo más potente. Estas cosas pasan y pasan rápido, antes de que nadie se dé cuenta de que es un problema.

¿Su inminente nube negra haría que se hundiera en esa oscuridad? No es que ella no tenga sus razones para querer sentirse adormecida. ¿Es así la progresión natural de la vida de un consumidor de drogas recreativas? Por primera vez, estoy realmente preocupado por ella.

Debería expresarlo. Debería contarle mis preocupaciones ahora que ha preguntado.

—Nada. —Le dedico una débil sonrisa.

¿Quién soy? Soy Kid. Soy el tipo que dice lo que piensa incluso cuando no quiere. Sin embargo, aquí estoy, conteniéndome. ¿Y por qué?

Ya sé por qué.

Es porque si soy honesto con ella, la alejaría, y no puedo alejarla. La necesito. La quiero. Es la razón por la que se abre a mí, porque sabe que no la juzgo ni a ella ni a sus decisiones como ha hecho su hermana.

—Sabes que no hablaba en serio, ¿verdad? Estoy totalmente de acuerdo con lo que pasó ayer.

Me olvidé literalmente de lo que estábamos hablando porque estoy muy metido en esto. Por fin me acuerdo a tiempo para quitarle importancia a la situación.

—¿Lo estabas? No sé... parecías un poco tacaña con mis labios —le digo, arqueando una ceja—. Y esta lengua —la saco y se la meneo sexualmente—, juraría que intentabas quedártela para ti.

Frunce los labios y entrecierra los ojos, intentando ignorar que tengo razón.

—Bueno, tal vez hay algunas cosas que no me importaría bloquear.

Sí. Se me aprieta el corazón en el pecho. Ella envía esos sentimientos a la boca de mi estómago con dos palabras. *Bloqueo.*

—Es todo tuyo, nena —le sonrío antes de relamerme los labios y mirarla con los párpados bajos—. Todo.

Sonríe, pero cuando la sonrisa se desvanece, veo que sus ojos se ensombrecen. Quiero saber qué se le ha pasado por la cabeza; quiero que todo salga entre nosotros, pero... hámster.

—Pero si vuelves a despertarme con el cuchillo en el cuello —empiezo, presionando ese mismo cuchillo en su pequeño y adorable

cuellito, sonriendo maliciosamente—. Juro por Dios que te daré una puta lección.

Su sonrisita traviesa vuelve como si nunca se hubiera ido.

—Enséñeme, profesor. Quiero aprender.

—Eres una alumna traviesa —le digo, arrastrando el cuchillo por su cuello—. ¿Lo sabías?

Tomo la punta del cuchillo, arrastrándola sin esfuerzo por su piel suave y tatuada, trazando la curva de su pecho, bajando por su abdomen tenso y tonificado, hasta llegar a sus bragas de encaje. Su lengua sale de su boca, lamiendo su labio inferior mientras su pecho sube y baja. Ya no bromeamos. Nuestro deseo ha vuelto y la necesidad de estar juntos persiste.

Araño la superficie de su piel, presionando lo suficiente como para formar una línea blanca en el interior de su cadera. El dolor la excita y mueve las caderas en respuesta, ansiando un poco de fricción entre los muslos.

—No lo hagas —le digo bruscamente, advirtiéndole—. No te muevas.

Sus grandes ojos de cierva revolotean mientras se le escapa un suspiro. Le vuelvo a pasar el cuchillo por el cuerpo, lentamente por las costillas, luego por los pechos, pasando la hoja por el pezón mientras ella abre la boca y me mira atentamente. Me acerco a su cuello, recorriendo su clavícula, antes de descender por su brazo. Ahora está sin aliento, tragando saliva mientras ve cómo el cuchillo se abre camino hasta la palma de su mano.

Empujo hacia ella, despacio al principio, midiendo la expresión de sus cautivadores ojos. Me hace un gesto con la cabeza, animándome a seguir. Presiono lo suficiente para que aspire al sentir el ligero escozor del pequeño corte. Gime cuando una gota de sangre sale de su carne y siento el impulso de follarla hasta dejarla sin sentido.

Es lo que somos. Somos bichos raros. Estamos enfermos. Nos excitamos con el dolor, nos colocamos con la energía oscura, nos perdemos en la inquietante locura.

Me llevo el cuchillo a la palma de la mano, presionando la afilada hoja contra mi piel, atravesándola mientras la miro fijamente. Sus ojos se clavan en los míos mientras respira entrecortadamente, comprendiendo de qué se trata. Agarro su mano, deslizo lentamente mis dedos por los suaves suyos hasta entrelazarlos, presionando finalmente nuestras palmas y sellando nuestras heridas.

Sus pupilas se dilatan a medida que las sensaciones se intensifican entre nosotros. Vuelvo a sentir un adormecimiento que ninguna droga podría igualar. Me hace sentir despierto, me reanima por completo.

Levanto las manos entrelazadas por encima de su cabeza mientras

nuestra sangre se entremezcla, me acomodo entre sus muslos y arrastro el cuchillo hasta su ropa interior. Lo deslizo bajo el encaje y deslizo la hoja contra su piel mientras seguimos mirándonos fijamente, antes de rasgar rápida y bruscamente el material.

—Kai —gime sin aliento, el dulce sonido me eriza la piel.

Atrapo sus labios entre los míos, doblo la cuchilla y la arrojo al otro lado de la habitación con una mano mientras nuestras lenguas se tocan y ella gime en señal de aprobación. Le quito la tanga y se lo dejo pegado a un muslo, abriéndola.

Con la mano libre, me bajo los calzoncillos lo suficiente para liberarme. Sin pensármelo dos veces, me deslizo dentro de ella con fuerza.

—Ugh —gemí de inmediato ante la increíble sensación, dejando caer la cabeza en el pliegue de su cuello.

Nunca he sentido nada mejor. Sólo nosotros, cada parte conectada, sin barreras entre nosotros. Estoy iluminado internamente con una energía palpitante que me consume. Es más que sexo. Mucho más que sexo. Es la conexión definitiva. Nos estamos convirtiendo en uno. Cada parte de mí quiere fluir a través de cada parte de ella. Quiero que respiremos el mismo aire, hoy y todos los días. El fuego que conforma lo que ella es, lo único que me recorre, encendiendo mi frío corazón en una furia de llamas, incontrolable y para siempre incapaz de ser domada. No puedo vivir sin esta mujer. No querría hacerlo.

Deslizándome despacio, pero con firmeza, dentro y fuera de su apretado y adolorido centro, me detengo ante su súbita bocanada de aire.

Retiro la cabeza para mirarla de nuevo y veo su boca entreabierta, sus ojos mirando al techo, llenos de lágrimas. Trago saliva y me lamo los labios antes de que sus ojos encuentren los míos. Parpadea y las lágrimas se derraman por sus mejillas. Parece que quiere decir algo, pero no puede. Está aterrorizada por lo que le está pasando, por lo que siente. Sus propias emociones la están ahogando como una ola, enviándola a lo más profundo de lo desconocido. No necesita usar palabras. Siento todo lo que dice su corazón contra el mío.

—No pasa nada por tener miedo —le susurro, mirándola entre suaves besos en la nariz, las mejillas y los labios—. Yo también tengo miedo.

Es innegablemente aterrador, esto que tenemos entre nosotros. Es tan nuevo e indescriptible, y tengo la sensación de que ella también siente su intensidad. Nadie quiere someterse a la posibilidad del dolor de un corazón roto, pero si no lo admitimos ante nosotros mismos, esta conexión cruda y orgánica, entonces ¿qué coño estamos haciendo?

Le devuelvo la mirada. La pequeña arruga de la frente que hace acto de presencia en su confusión se desvanece lentamente a medida que

las lágrimas caen a los lados de sus mejillas. Me agarra la nuca con la mano libre, desliza los dedos por mi cabello y me estrecha contra sus labios.

Nos movemos juntos lentamente, mi cuerpo se desliza por el suyo mientras encendemos juntos ese fuego, buscando el placer inimaginable de intimar con tu persona. Ella es mi persona. Mi propósito.

Un suave gemido sale de lo más profundo de su garganta, lo que me impulsa a agarrarle la otra mano y sujetársela por encima de la cabeza contra el suave edredón que tenemos debajo. La inmovilizo y continúo clavando mis caderas en ella, sin separar los ojos mientras nuestras frentes se juntan y nuestras respiraciones se entrecruzan.

Abre la boca como para decir algo, pero los empujones le quitan la voz. Quiere decírmelo, pero no puede. No puede caer por sí misma. Sigue conteniéndose.

—Johanna —digo sin aliento, diciéndole que se suelte.

Le tiembla el labio inferior, le vuelven las lágrimas y cierra los ojos con fuerza, estremeciéndose al estallar su incesante orgasmo. La siento estrecharse a mi alrededor, palpitando mientras tiembla debajo de mí. Es suficiente para tenerme allí con ella. Suelto una de sus manos y salgo rápidamente de ella, mientras mi semen sale disparado sobre su vientre en oleadas calientes.

Gimo una y otra vez, acariciándola con la mano hasta vaciarme sobre su hermosa piel, pintándola con mi deseo.

Nos besamos íntimamente, manteniendo nuestros labios juntos mientras nuestra respiración se ralentiza y volvemos a la realidad del mundo que nos rodea.

Después de ducharme, Han me viste con su ropa. Parece una locura, pero de verdad lleva ropa de hombre. Me pongo una vieja camiseta de Nirvana y cojo los calzoncillos que me ha tendido.

Termina en la ducha mientras yo me paseo por su casa, comprobando si hay cambios.

Sí, estoy loco.

Es la misma cantinela de siempre en la vieja villa de la muerte: plantas crujientes, nuevas hojas caídas, Norbert y...

¿Qué coño?

Me acerco a la pared donde está colgado el cadáver de Norbert, sólo para ver que ha hecho un nuevo amigo desde mi última visita.

Para mi incredulidad, a su lado hay un sapo disecado.

Con un sombrero.

Tocando un maldito banjo.

Éste lleva incluso un poncho, con dibujos amarillos, rojos y verdes por toda la tela. Tiene los ojos totalmente oscurecidos y la piel muy brillante, casi acrílica. Su rasgo más espeluznante es la curva arrugada de su labio, que parece una sonrisa. En realidad, parece un Clint Eastwood arrugado.

—Ya está todo encajando —sacudo la cabeza, mirando a los dos colgados tan torpes y rígidos.

Oigo abrirse la puerta del baño y me apresuro a entrar en su habitación.

—Por favor, dime que estos no le han tocado la polla a otro hombre —comento, enseñando los bóxer negros de calavera suyos que me he puesto.

Se ríe mientras se peina el cabello con los dedos. Su sujetador deportivo liso y desnudo hace juego con la gran sudadera que lleva debajo, mostrando sus tatuajes como un cuadro sobre lienzo.

—No, pasé por una fase en la que eso era literalmente todo lo que me ponía por la noche. Lo juro, sólo coño en esos.

Me encanta que su estilo sea tan único. Se pone lo que le resulta cómodo, pero de alguna manera lo hace sin esfuerzo y jodidamente sexy. Ella es swagged[18] hacia fuera.

—Perfecto —sonrío, tirando de la cinturilla y ajustándomelos.

—Sexy —comenta mientras sus ojos miran de mi cabeza a mi polla y viceversa.

Siento a dónde va esto.

—Halagado —respondo con una sonrisa cursi, continuando nuestra estrafalaria conversación de una sola palabra, como solemos hacer.

—¿Satisfecho? —pregunta, inclinando la cabeza hacia un lado, arrastrando los dedos por el cuello, refiriéndose claramente a nuestro sexo.

Camino hacia ella y la atraigo hacia mí. Me rodea la cintura con los brazos y entrelazo los dedos con el cabello de su cara, echándoselo hacia atrás y pasándoselo por detrás de las orejas antes de sujetar su perfecta mandíbula con las manos.

—Obsesionado —digo con rostro serio, bajando la vista hacia ella, contemplando desde sus labios carnosos hasta sus ojos.

Se le iluminan los ojos y noto que se le acelera el corazón.

—¿Contento? —pregunta con un deje de incertidumbre.

Odio que me asalte esa duda. Pienso en ello. Me quedo ahí un momento, incapaz de pensar en una palabra que pueda describir una respuesta a esa pregunta. No hay ninguna. Ninguna palabra del diccionario podría resumir la totalidad de lo que siento. Así que

derramo mi corazón como un cubo de agua caliente, cubriendo todas las superficies a mi alrededor con un flujo desordenado de palabras complicadas.

—Estoy enamorado de ti, Johanna.

Sus ojos se abren ligeramente y respira entrecortadamente. Mira por encima de mi hombro, luego al otro lado, antes de darse cuenta de que la tengo en una posición en la que no puede mirar a ningún sitio salvo a mí. Sus ojos nerviosos vuelven a encontrar los míos y, por primera vez, me doy cuenta de que mis emociones están a flor de piel. No me importa si estoy asfixiando a ese maldito hámster. No puedo aguantar más. Quiero que ella lo sepa. Quiero que el mundo lo sepa. Diablos, incluso quiero que Norbert y su nuevo y jodido compañero de banda lo sepan.

Estoy enamorado de esta chica, y aparentemente estoy dispuesto a arriesgarlo todo para iluminarla.

24

Oscuro

Me mira nerviosamente antes de que sus cejas se arqueen en un rostro empático, casi apenado.

—Kai —suspira, con la boca abierta como si no supiera qué responder mientras se separa de mí.

—Estoy enamorado de ti, Johanna. No hace falta que respondas. No hace falta que me respondas, sólo... sólo necesitaba desahogarme —digo, intentando atraerla de nuevo hacia mí.

Sus manos encuentran mis muñecas y las empuja suavemente hacia abajo, alejándolas de ella. El pequeño movimiento se siente como un cuchillo en el pecho.

—Nunca lo había dicho antes. Yo no... hago esto. Nunca he estado tan cerca de sentir esto por nadie... pero tú.... —Hago una pausa, tratando de encontrar las palabras que correspondan a los sentimientos que parece que no puedo expresar—. Tú me haces sentir estas... cosas.

Se muerde el labio, con cara de preocupación, antes de pasarse una mano por el cabello y sentarse en el borde de la cama.

—No... no creo que lo entiendas —dice con calma.

—¿Entender qué? —Pregunto, sentándome a su lado, mirándola mientras mira al suelo.

Se mira el pequeño corte de la mano, lo frota con un dedo y casi puedo oír la batalla interna que se libra en su cabeza.

—No puedo hacer esto.

Como un tímido ratón atrapado en una trampa, parpadea mientras me mira antes de frotarse la frente con el índice y el pulgar.

—¿Hacer qué?

—No puedo ser esa persona para ti. No debería haber... —Ella suspira—. No puedo seguir lastimándote así.

—¿Hacerme daño? ¿Cómo me haces daño? —Pregunto, inclinándome para capturar sus ojos de nuevo.

Me mira fijamente un momento, casi intentando ordenar sus pensamientos para que yo la entienda.

—Lo siento, Kai. Deberías estar con alguien que te haga feliz. Alguien que no sea tan complicado. Te mereces eso.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás... estás bromeando?! ¡Tú! Me haces feliz, Han.

Me enfurece con su calma y su incesante necesidad de decirme lo que

cree que quiero.

—Claro, es fácil decir eso ahora. Acabamos de follar como locos y estás zumbando por ese subidón. Pero soy quien soy, y seguiré decepcionándote. Te mereces más. Una Brynn. Alguien que tenga sentido.

—Eso es una mierda. Es una puta excusa. —La fulmino con la mirada.

—Es la verdad, Kai. No soy adecuada para ti. Nunca seré quien necesitas que sea.

—Bueno, ¿por qué no ponemos el listón bajo, Han, vemos el vaso medio vacío? ¿Es esto lo que estamos haciendo ahora? Jesús... —Vuelvo a burlarme, pongo los ojos en blanco y me toco la cara con las manos.

—No soy alguien a quien quieras amar. Soy la chica con la que puedes salir, follar, pasar una buena noche, colocarte y te despides... no de la que te enamoras. Simplemente no soy yo.

—No voy a entrar en esto con expectativas de quién quiero que seas, Han. Te quiero, es decir, todo tu. Me encanta que estés obsesionada con la muerte, me encanta que dobles el tiempo para evitarla. Me encantan tus plantas secas, tu obsesión por los gusanos de goma, la forma en que miras fijamente a la noche, buscando el significado más profundo de la vida. Las cosas que me gustan de ti no tienen nada que ver con lo que puedes hacer por mí o con quién quiero que seas, me obsesiona quién eres como persona, cómo tu pasado ha formado a esta mujer misteriosa, seductora y fenomenalmente cautivadora a través de las experiencias que desgraciadamente has soportado.

—Pues yo no siento lo mismo —suelta con frialdad, mirándome directamente a los ojos.

Es como si otra persona la hubiera reemplazado. La falsa Han ha vuelto. Se esconde detrás de ella porque la verdadera, que acaba de llorar mientras hacíamos el amor, es demasiado para ella. Me frustra muchísimo que permanezca tan tranquila y robótica. Quiero sacudirla y despertarla.

Así que, como el psicópata que soy, la agarro, la levanto bruscamente de la cama y le aprieto los brazos con fuerza. Ella respira entrecortadamente mientras mi frustración se apodera de ella.

—¡Hace un minuto, estabas-estabas llorando! —Tartamudeo, intentando que entienda lo que sé—. Pensé... quiero decir, ¡sabía lo que sentías! Lo vi en tus putos ojos, Han, lo sentí en tu beso. ¡Deja de hacerte esto! ¡La mierda autodestructiva es patética!

La estrecho entre mis manos mientras hablo, antes de maldecirme a mí mismo, soltando mi agarre mientras camino por la habitación, cruzando las manos sobre mi cabeza.

—Kid, sé que sólo lo dices porque estás dolido, y lo siento —responde con calma.

—Kid, oh, ahora es Kid —me burlo, dejando caer las manos a los muslos con una palmada.

—Así soy yo. —Se encoge de hombros, sacudiendo la cabeza como si no pudiera evitarlo.

La miro con cara de incredulidad. Las mentiras que se cuenta a sí misma sólo para mantener las cosas fáciles. Es repugnante. Sobre todo cuando el resultado es perder a alguien que te quiere de verdad por todas las razones que podrías desear.

—Es curioso —empiezo riéndome para mis adentros—. La persona en la que has intentado convertirte para desviar tu trauma no es quién eres en realidad. ¿No te das cuenta?

—Deberías irte. —Camina alrededor de la cama, encuentra mis pantalones y me los tiende.

Me está echando por decirle que estoy enamorado de ella. Esto es increíble. Siento que pierdo el control mientras la miro con los párpados bajados.

Vuelvo a agarrarla y la empujo contra la pared, obligándola a mirarme para que la haga cambiar de opinión, intentando que vuelva a ser la Han que se enamoró de mí. Jadea y abre la boca mientras la miro peligrosamente. Sus ojos se desvían hacia mis labios y vuelven a clavarse en mi mirada mientras su pulso se acelera, latiendo con fuerza en su delicado cuellito que siento la incesante necesidad de rodear con la mano.

—¡Me amas! —Gruño, con la cara a escasos centímetros de la suya.

Su repentina expresión de asombro y sus ojos entrecerrados y llenos de lujuria desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, y la expresión brumosa y maquillada vuelve como si nunca se hubiera ido.

—No lo hago —dice con calma, su rápido parpadeo, y el subir y bajar de su pecho, lo único que me dice que no es el robot sin alma que representa—. No puedo.

Ignoro mi cabeza y escucho el horrible instinto que me dice que la bese. Con fuerza, poso mis labios sobre ella, rezando para que despierte de nuestra conexión.

Ella permite el beso, pero cuando intento introducir mi lengua en su boca, me aparta de sus labios, jadeando.

—Para.

Entorno los ojos ante sus palabras antes de abrirlos y ver su rostro de lado, con los ojos cerrados con fuerza, bloqueándome su visión.

—No, dime. ¿Qué coño te ha pasado? ¡¿Por qué estás constantemente

alejando la posibilidad de cualquier cosa positiva y real en tu vida?!

No puedo soportar esto. Esta barricada, alejándola de mí. Lo que sea que haya habido en su pasado necesita ser confrontado. Esta es su oscuridad, pero ella la abraza como si la amara. Se ha vuelto tan cómoda viendo en la oscuridad que la grieta de luz que estoy trayendo a su vida se siente extraña y desconocida. Prefiere someterse a sus sombras, permanecer complaciente donde todo le resulta más fácil de controlar.

—Es hora de que te vayas. —Me tiende los pantalones, empujándolos hacia mi pecho mientras me roza, caminando hacia la puerta.

Me pasé de la raya, pero me cuesta entenderlo. No habla de su pasado, ni de su madre, ni de su fallecimiento. Nunca lo aborda, sólo vive rodeada de ello en este apartamento de la muerte con la esperanza de que se mezcle para salir. Pero nunca lo hace.

—Dímelo. Ábrete a mí. Déjame entrar en tu oscuridad. Quiero ver lo que tú ves. Sólo quiero entender —le suplico, tendiéndole la mano, tentando a la suerte, sabiendo que ya la estoy perdiendo para sí misma.

No dice nada. Solo se queda con la mano en la puerta, apartando mis intentos, abriéndola más mientras asiente con la cabeza, despidiéndome.

—No lo hagas —susurro, sacudiendo la cabeza mientras suplico con los ojos—. No volveré.

Las palabras son una amenaza. Una amenaza que sé que no es en serio. Pero sólo puedo imaginar que tal vez la posibilidad de perderme para siempre despierte algo en ella, la haga darse cuenta de que está haciendo el ridículo.

—Probablemente sea mejor para ti que no lo hagas —susurra, con una mirada empática en los ojos.

Me burlo con incredulidad, sacudiendo la cabeza hacia el suelo mientras tuerzo la mandíbula, que se ha vuelto muy tensa. Salgo de su casa hacia el pasillo, pero me detengo y me giro para mirarla por última vez.

—Me dijiste que yo era la única persona que te hacía querer quedarte.

Baja la mirada al suelo y se muerde el interior de la mejilla mientras noto cómo se le agolpan las emociones en los ojos al recordarlo.

—Pero no quiero que te quedes. Quiero que te vayas. Vete y haz lo que tengas que hacer para liberarte del dolor y del tormento eterno al que te sometes. Desaparece de nuevo, como haces siempre. Quizá cuando vuelvas, veas que por fin he escuchado las mentiras que me has contado y me he dado cuenta de que soy demasiado bueno para esto.

—Adiós, Kai —dice bruscamente, cerrando los ojos con fuerza mientras cierra la puerta.

Permanezco allí un minuto con los pantalones en la mano, abrazando plenamente la sensación de mi corazón recién revivido partiéndose en dos, una mitad abandonada tras la puerta de este apartamento.

Duele. Duele muchísimo.

¿Cómo amar a alguien que ni siquiera se ama a sí misma? Ella no se siente digna de amor. Cree que es demasiado complicada para ello. Y lo es. Ella misma lo complica. Cree que no lo merece. Lo merece. Pero está lista para que el amor la abandone, porque lo ha hecho.

—¡Joder! —Grito, golpeando con el puño la pared fuera de su apartamento, sin importarme un bledo quién me oiga.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Una mujer corpulenta, con un pañuelo alrededor de la cabeza y vestida con un viejo y sucio albornoz, asoma la cabeza por la puerta al oír el ruido—. ¡Fuera de aquí antes de que llame a la policía!

Le hago un gesto de desprecio, me encojo de hombros, me pongo los pantalones y me dirijo a la escalera. Bajo trotando las escaleras de cemento y caigo de culo en el último escalón. Mis codos topan con mis rodillas y mi cabeza cuelga entre ellas, sintiéndome privado de una escapatoria de esta nueva prisión.

La parpadeante luz fluorescente que hay sobre mí se apaga, dejándome en el oscuro agujero ecoico de mis propias emociones, una metáfora hilarantemente oportuna que simboliza a Han apagando la única luz visible que queda en su oscuridad como una bombilla apagada. *Gracias, Universo.*

Me agarro la cabeza con las manos, sintiendo el peso de la cerrazón que me ha echado mientras me arranco el pelo, con el pecho agitado por la rabia al sentir que no tengo el control. Amo a alguien que no puedo tener.

No puedo respirar. Tengo un ataque de pánico. Necesito pastillas.

Me levanto a trompicones y salgo del complejo de apartamentos ante una visión que me hace rascarme la cabeza. Allí, parado junto a la acera, está Sidney.

Está mirando su teléfono en su camioneta *wooden station*[19] antes de mirar en mi dirección.

—¡Ah! ¡Hey hombre! Estoy como, ¡aquí para recogerte y esa mierda! —Se ríe, disparando falsas pistolas vaqueras con sus dedos hacia mí.

Le miro fijamente con las manos sueltas contra mis pantalones.

¿Qué coño?

Llamó a Sidney para que me llevara a mi auto. Ya no sé ni cómo

sentirme. Quiero odiarla. Quiero odiarla. *¡Joder!* Quiero odiarla.

De mala gana, subo al auto con Sidney, resoplando de frustración mientras él emprende el camino de vuelta a su casa.

—¿Tienes planes para hoy? —Pregunto, mirando mi triste reflejo en el espejo lateral, mis ojos rojos con el marcado contraste con el azul hielo que Han me dijo una vez que le encantaba.

—Ah hombre, sabes que estoy a punto de estar en esas olas, dejando que la Madre Tierra haga de las suyas conmigo otra vez.

—¿Quieres que te jodan antes de que ella te joda a ti?

Mi plan para el día es adormecer este nuevo dolor con drogas y alcohol. Un movimiento clásico de Kid, ¿verdad? A la mierda con todo. A la mierda el trabajo, a la mierda Han, a la mierda todos menos Sidney en este momento.

—Mi hombre... —Su sonrisa me dice que está dentro.

Miro el celular mientras conducimos, esperando ver un mensaje suyo diciéndome que se ha equivocado y que vuelva. Que siente haberme abandonado y que sea paciente con ella mientras intenta navegar por este nuevo territorio lleno de emociones que nunca ha sentido por nadie. Que me quiere, pero que aún no sabe cómo amar. Yo le respondía diciéndole que siempre tendría paciencia con ella porque la entiendo. Le recordaría que mi amor por ella no desaparecerá y que haré lo que sea necesario para mantenerla en mi vida. Quiero asegurarme que esté protegida. Quiero asegurarme que nunca más tenga que preocuparse por ser ella misma, de que estoy aquí para dejarla ser libre y salvaje, tal y como el mundo pretende.

Pero, claro, como todo en mi vida, la realidad golpea y el espejismo ficticio que he creado en mi cabeza necesita apagarse contra el áspero hormigón como el extremo quemado de una maldita cucaracha.

25

Gemas

Gracias a Dios por los científicos.

Los científicos descubrieron cómo manipular el cerebro averiguando qué sustancias químicas actúan, concretamente los opiáceos, y cómo se adhieren a los receptores que se encuentran en el cerebro y la médula espinal. Descubrieron qué sustancias químicas reducen el mensaje de dolor que reverbera a través de la herida abierta y en carne viva de mi corazón, y no podría estar más agradecido.

Me siento de puta madre.

Siento los miembros y los músculos entumecidos, como gelatina en la carne.

¿Qué Han?

Orgulloso de mí mismo por intentar no preocuparme, doy otro trago a mi cerveza mientras Sidney interrumpe mis pensamientos con su jerga surfera.

—Oye, hombre, si quieres surfear, estaré encantado de ser tu guía. Vienen unas olas de muerte.

Se bebe de un trago el resto de su Corona y tira la botella a la papelera de reciclaje cercana.

—No, ve tú. Creo que voy a pasear un rato.

Reviso mi teléfono y veo una llamada perdida tras otra. Al parecer me han llamado Hawke, Silas e incluso la maldita Tarah, pero ninguna de *ella*, así que ¿qué más da?

Joder, lo he vuelto a hacer. No puedo detenerme.

—¿Quizás deberías decirle que la verás este fin de semana? Estará en casa de Bran, ya sabes.

¡¿Bran?! ¡¿Por qué coño estará en casa de Bran?!

Debo de estar mirándole mal, porque levanta las manos y retrocede lentamente.

—Tranquilo, hombre. Entiendo que te guste la chica, pero no mates al mensajero.

—¿Hay una fiesta este fin de semana? —pregunto, arqueando una ceja.

—Sí. Supongo —dice encogiéndose de hombros.

—¿Vas a ir?

—Puede que haga acto de presencia.

—Trae a Han contigo —exijo.

—Woah, hombre, no estoy intentando meterme en medio de...

—Sólo dale un puto paseo, Sid. Hazlo —digo.

Se encoge de hombros, murmurando lo que suena como «lo que sea hombre» sacudiendo el cabello de su cara como un golden retriever mojado, antes de llegar alrededor de la puerta de mierda y agarrar su tabla que está apoyada fuera de la pequeña choza de playa.

Salgo de su casa después de una tarde de copas, dando vueltas alrededor de la manzana, absorbiendo mi entumecimiento unido a mi subidón. Decido dar un paseo antes de volver a casa de Cam y Cole. Otro DUI no está en mi futuro. Tener otra de esas incluso antes de empezar mis clases esta semana no tendría buena pinta, ni siquiera para mí.

No sé dónde estoy ni adónde voy, pero me dirijo hacia una carretera destrozada con algunas tiendecitas a lo largo.

Un vagabundo se sienta en la esquina de la manzana, jugando con los largos y finos mechones de su barba. Se balancea de un lado a otro como un metrónomo al son de *Helter Skelter* de los Beatles, que emite una vieja radio en el suelo detrás de él.

Me acerco, tanteando mis bolsillos en busca de cambio, cuando le oigo murmurar una frase una y otra vez.

«El pato puede hablar EL PATO PUEDE HABLAR. El pato puede hablar».

Hago una pausa ante la frase que me golpea en las tripas, mirando fijamente a este loco enloquecido cuando capto su mirada.

—Tú también lo sabes —susurra sorprendido mientras me señala. Sus pobladas cejas se levantan y sus ojos se abren de par en par, dejando al descubierto la decoloración amarillenta.

—¡EL PATO PUEDE HABLAR!

—¡Larry! Déjalo ya. Te dije que haría que te fueras si lo volvías a hacer. Estás espantando a mis clientes. —Un señor mayor interrumpe al enloquecido hombre, volviéndose hacia mí—. Pasa, hijo.

Miro a mi alrededor, observando la pequeña tienda con juguetes y bicicletas oxidadas que salen de la entrada. Cómodas, mesas y sillas de madera se alinean a lo largo de la acera hasta llegar al negocio llamado *Gerald's Gems*.

Miro al hombre corpulento que lleva una camiseta estirada, amarillenta en las axilas. Sus pantalones están sujetos por tirantes, que llevan un alfiler con el nombre de Gerald. Lo miro de reojo, preguntándome si éste es realmente el tipo de lugar en el que debería

entrar.

—Echa un vistazo. Dime qué te parece. —Su acento sureño es denso como la melaza, y su cabello gris blanquecino está enredado detrás de él, envuelto en una especie de coleta baja para mantenerlo fuera de su barba de un metro de largo—. Soy Gerald, por cierto.

Extiende la mano y me la estrecha mientras me rompe todos los huesos de la mano con su apretón. Un leve grito sale de mi garganta ante el dolor que ni siquiera los opiáceos pueden enmascarar.

—Adelante —dice, y me despide con un gesto de la cabeza.

El lugar fue sacado de las putas pesadillas. Es un infierno de acumulación. Carteles antiguos, maquinaria agrícola vieja, muñecas espeluznantes, cuadros viejos, radios clásicas... lo que quieras, está aquí.

Recorro los estrechos pasillos con mi alto trasero y el olor a almizcle y metal me inunda la nariz. Doy una vuelta y toco algunas cosas aquí y allá para verlas más de cerca antes de ver un cartel escrito a mano y pegado a la pared que dice:

«Si lo rompes, lo compras».

Hoy no, Gerald.

Caminando hacia otra sección, me fijo en una pared entera de monturas de taxidermia. Me paro ante ella, observando cada una de ellas. Seis cabezas de ciervo, dos mapaches, cuatro patos de distintas especies, un zorro y cuatro peces montados juntos en una especie de repugnante collage de la muerte.

Inmediatamente me duele el corazón por Han. Sólo puedo pensar en ella. Ni las drogas ni el alcohol se acercan al profundo malestar que me produce que ella se cierre en banda. Nada lo hará. Sólo ella. Ella es mi cura, ella es mi remedio, ella es mi única rehabilitación lejos de la vida sin color que conocí.

Hago una mueca de dolor, trago lo que parecen lágrimas intentando liberarme de la tortura de perderla para sí misma.

—Ya no les duele nada, hijo —la áspera voz de Gerald interrumpe mis pensamientos.

Me aclaro la garganta, dándome cuenta de que debo haber estado mirando a esos animales muertos todo triste y loco.

—No, en realidad estaba pensando en aumentar mi colección —miento, rascándome un lado de la cabeza.

—¿Coleccionas Taxidermia?

—Claro que sí —vuelvo a mentir.

—¿Qué les pasa a los chicos de hoy en día? Metidos en mierdas raras por culpa de ese TakTak, o como se llame.

—¿Perdón?

—Hay otra jovencita llamando siempre aquí, preguntando por algunos animales. Locos de remate, ustedes y sus modas.

Mi corazón literalmente deja de latir dentro de mi pecho.

—¿De verdad? ¿Quién es? —pregunto, necesitando más.

—No la conozco muy bien ni nada, sólo apareció un día preguntando por ellos, luego llama cada semana o así para ver si ha pasado alguno por mi camino. Ustedes dos deberían reunirse, compartir su amor por los animales muertos. Podría ser un verdadero cupido aquí, ¿no lo sabías? —Se ríe para sus adentros.

—Deberías darme su número —sugiero—. O hablar bien de mí.

—Lo haría, pero creo que tiene algunas cosas, ya sabes —señala su cabeza—, ahí arriba.

Le pregunto arqueando la ceja. Qué sabe él que yo no sepa?

—Se dice que su madre fue la que murió cerca de aquí hace unos años. Se suicidó delante de su hija y todo.

Se me cae el estómago al suelo.

—¿S-se dice en la calle? —Me aclaro la garganta, sintiendo ganas de vomitar, preguntándome cómo es posible que conozca información tan detallada.

—Sólo pequeñas charlas que pasan por los pueblos. —Me explica, como si yo no tuviera ni idea de lo que significa esa frase—. Sí, eso te fastidiará, ver a tu madre suicidarse así.

No puedo sentir mis extremidades, y no tiene nada que ver con las drogas.

¿Han vio a su madre suicidarse? Delante de ella. Su marido la engañaba con otra mujer, y la madre de Han se suicidó. No sólo la encontró; lo hizo delante de ella. *Mierda.*

¿Cómo podría Han creer que el amor merece la pena cuando su único ejemplo le ha mostrado lo repugnante y horriblemente desgarrador que puede ser el mundo? Se aleja del amor para mantenerse viva en un mundo lleno de engaños, deslealtad y muerte.

—Parece que lo lleva bien, supongo. Siempre está sonriendo. Una gran sonrisa —continúa Gerald—. Y también me gustan sus piercings. Una pequeña obra de arte.

Ignorando su extraño comentario, pienso en cómo lo está llevando ella. No lo está llevando bien. No lo está manejando en absoluto. Ese es su obstáculo. Es la razón por la que dobla el tiempo, la razón por la que teme a la muerte y a la conexión de la forma en que lo hace. Ha visto el peor lado de eso y literalmente la ha perseguido desde entonces.

Recuerdo vagamente nuestra conversación en la cala sobre lo incontrolable e intratable que era la vida. Se empeñó en decir que, dado que todo lo que nos rodeaba parecía tan descontrolado, tener la capacidad de cambiar tu camino y alterar tu propia realidad era el único camino hacia una cierta sensación de libertad. Pensar en esa tortura implacable me revuelve el estómago.

—¿Has visto alguna vez algún animalito que parezca que podría formar parte de un grupo de mariachis góticos? —pregunto, trayéndome de vuelta al presente.

—¿Perdón?

—¿Taxidermia, donde los animales están vestidos con una banda?

—Eso es muy raro. —Entrecierra los ojos, mirándome de arriba abajo.

Lo dice el hombre que tiene un negocio de acaparamiento.

—Pero cualquier cosa así que llegue ya tiene reivindicación.

—Han —digo en voz alta.

Ladea la cabeza al oír su nombre y frunce el ceño.

—¿Quién eres? —pregunta de repente, pareciendo desconfiado.

Suspiro, sintiendo el peso de esa pregunta por una razón totalmente distinta. Es la razón por la que estoy aquí, ¿verdad? En California, lejos de mi vida de mierda en casa, para descubrir quién soy realmente.

Apoyo las manos sobre la cabeza, miro a esos animales muertos y me pregunto qué clase de vida habrán llevado antes de convertirse en decoración permanente de una tienda de acaparamiento infernal.

Sacudiendo la cabeza, respondí a su pregunta con toda sinceridad:

—Sólo soy un tonto destrozado enamorado de una chica rota.

Se rasca la barba.

—Parece que ambos tienen algo que reparar.

Niego con la cabeza, tratando de imaginar cómo empezar.

—Todo empieza con ese reflejo en el espejo —prosigue.

Le devuelvo la mirada, comprendiendo perfectamente su afirmación.

—El problema es encontrar la motivación para superarme.

—Si el amor y una buena mujer no son motivación suficiente, no sé qué lo es.

Mi labio se tensa en una sonrisa cuando mis ojos lo encuentran apoyado despreocupadamente contra el mostrador de cristal.

—Gracias, Gerald.

—Claro que sí, hijo. ¿Pero estás seguro de que no puedo convencerte

para que compres algo hoy? Tenemos una oferta de cintas de casete. Todos los clásicos —dice con su mejor voz de vendedor, mostrando una caja de casetes encima del mostrador.

Agarro cinco cintas de casete diferentes y las tiro sobre el cristal, antes de ver unas cuantas cajas de golosinas y aperitivos alineadas junto a la caja. Cojo una bolsa de gominolas, la arrojo junto a la música recién adquirida y termino de pagar.

Camino hacia Larry al salir de la tienda. Sigue mirando a la calle, moviéndose de un lado a otro y canturreando.

—¿Larry? —Pregunto, interrumpiendo la conversación que está teniendo consigo mismo.

Se vuelve ligeramente, como si oyera algo, antes de girarse completamente para mirarme. Me mira interrogante.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Estaba aquí hace un minuto. Gerald lo mencionó.

Echa la barbilla hacia atrás, todavía desconfiado. No me recuerda en absoluto.

—Toma —le digo, tendiéndole la bolsa de casetes—. Para ti.

Rápidamente me coge la bolsa, mira dentro y sonríe mientras las revisa. Inmediatamente coge su pequeña radio, cambia la que hay dentro por Greatest Hits de Aerosmith, y empieza su rock a un nuevo ritmo.

Sonriendo para mis adentros, me giro de nuevo hacia la calle con mis gusanos de gominola en la mano, dirigiéndome de nuevo hacia Sidney.

—¡Son el uno para el otro! —Larry grita, haciéndome parar en seco en medio de la calle.

Me vuelvo hacia él, con expresión fantasmal. Su rostro se funde en una enorme sonrisa cómplice, casi como la del gato de Cheshire, mientras se sienta en el bordillo con su nueva música.

—Ustedes se arreglan el uno al otro —grita—. Pero solo después de que todas las piezas se hayan roto, todas las grietas estén en su lugar.

Me río por la ironía de este momento, de este lugar.

Algunos le llamarán loco. Muchos pensarán que está loco. Pero en el fondo de mi alma sé que la gema más valiosa ni siquiera está en la tienda.

26

Significado

Es extraño estar tan cerca de ella y no verla.

Ella está aquí, en su apartamento, y yo estoy afuera, sentado en el suelo frente a su puerta. La señora de la bata encendida con rulos me ha dejado entrar cuando se iba. Debe estar borracha hoy porque sé que sabe que estoy loco. Así que ahora estoy sentado en el piso de Han, mirando mis Converse desgastadas con su puerta como telón de fondo. Si saliera ahora mismo, parecería el psicópata que soy. Pero no quiero que sepa que estoy aquí. Sólo necesito estar cerca de ella.

Han pasado dos días desde mi visita a Gerald's Gems y desde entonces sólo pienso en ella. No he podido evitar venir aquí. Yo soy la brújula y ella es el imán que me lleva al norte. Lo que ha sufrido esta pobre chica no se me escapa. Lo que la atormentó ahora me atormenta a mí.

Me pregunto lo agotadora que puede ser la vida cotidiana cuando has visto la muerte delante de ti. Todo el mundo a tu alrededor sigue con su pequeño drama, actuando como si sus problemas fueran reales y legítimos, cuando la persona a la que más querías se fue de esta tierra justo delante de ti. ¿Cómo cambia eso en quién te conviertes?

El suicidio es una pregunta para mí. No lo entiendo. ¿Es posible que tu vida pierda tanto su sentido que la única opción sea acabar con ella? Tal vez para algunas mentes lo sea. ¿Pero cómo, como madre, te haces daño ante el hijo que dejas atrás? Lo que tampoco puedo entender es por qué Johanna y Cole no han estrechado lazos por esto. ¿Cómo es que esta experiencia no los ha unido más? Han cayó en un lugar oscuro y espantoso, mientras que Cole parece llevarlo mejor. Eso me lleva a preguntarme qué vio Han cuando la encontró.

Lo siento por ella. Quiero consolarla, protegerla de este dolor, ser su persona. Pero ella no quiere eso. No quiere que sus problemas se extiendan a los demás. Ella elige llevar esta carga y dejar que pese sobre ella y sólo sobre ella.

Pienso en cómo solíamos salir antes de que yo la llevara al límite. Había algo en mí que siempre la hacía sonreír, que la iluminaba de un modo que antes no lo hacía. Me gustaría creer que soy el único que puede sacarle eso, y quizá ella también lo sabía.

Han no se parece a nadie que yo haya conocido. Es aleatoria, impredecible, ingeniosa, inteligente, ferozmente independiente y jodidamente sexy a su manera. Nadie podría compararse con ella, ni siquiera con sus demonios.

Lo eché todo a perder con la chica más sexy, dopada y con los pies en

la tierra que he conocido por presionarla. Pero si no la presionaba, ¿dónde se quedaría? Atascada. Justo donde está.

El pomo de su puerta se abre.

Oh, mierda.

Alguien sujeta la puerta mientras habla.

—Cierto, por eso le dije que se buscara otro trabajo.

Es la voz de un hombre. Me levanto de un salto y me paso las manos sudorosas por los pantalones. *¿Por qué hay un hombre aquí?*

—Tal vez debería...

No oigo lo que dice, pero sin duda es la voz de Han la que oigo mientras sigue hablando en un tono bajo.

—Lo haré —dice el tipo antes de abrir la puerta.

Se da la vuelta, sonriente, y se encuentra cara a cara conmigo, de espaldas contra la pared.

Es el maldito Slate.

El tipo tatuado del piercing que intentaba estar encima de ella en la fiesta de la playa. El que le dijo lo bien que podían estar juntos. Sí, ese imbécil.

Su sonrisa cae al instante y sus ojos se entrecierran al darse cuenta de quién soy. Está claro que me reconoce como una amenaza. Me gusta ser su amenaza.

Abre la boca como si fuera a decir algo, pero no lo hace. Se limita a burlarse y se marcha por el pasillo. Miro fijamente su marcha, esperando por Dios que no estuviera aquí follándose a mi chica. Pensarlo me revuelve el estómago. Me vuelvo hacia la puerta y me encuentro con una expresión interesante.

Han está agarrada a la puerta, con la cabeza inclinada hacia un lado y una sonrisa de satisfacción en la cara. Me está sonriendo. Creo que es una buena señal.

No puedo apartar la vista de ella. Es jodidamente hermosa. Hoy sus ojos parecen más verdes. Lleva un anillo de herradura en la nariz y el pelo recogido en una coleta desordenada con flequillo y pelitos por todas partes. Parece una adorable muñequita sexual.

—¿Kai? —pregunta, arqueando una ceja—. ¿Qué pasa?

—¿Tienes un tatuaje nuevo? —pregunto inmediatamente, con los ojos entrecerrados.

Se mira el cuerpo, que sólo lleva un sujetador deportivo desnudo que deja ver su anillo en el pezón, combinado con unos pantalones de chándal grandes del mismo color.

—Uh, no.

—¿Un nuevo piercing? —vuelvo a preguntar, inclinándome hacia ella, apoyándome con el antebrazo en el marco de su puerta.

Sus labios se entreabren y sus ojos recorren rápidamente mi alta figura antes de volver a mirarme a los ojos. Termina de mirarme.

—¿No? —responde ella, confusa.

—¿Entonces por qué coño estaba Slate aquí?

—Kai. —Suspira, sacudiendo la cabeza, no quiere responder a eso. No quiero saber por qué no quiere contestar.

—¿Te lo estás follando? —Pregunto simplemente, solo necesito saberlo para torturarme con la idea.

—¿Por qué haces esto? —pregunta, legítimamente preocupada por mí.

—Sólo necesito saber.

Ella suspira, su pequeña arruga de la frente haciendo acto de presencia por su estrés.

—No. No lo hago.

Respiro aliviado.

—Gracias a Dios.

—Kai, ¿por qué estás aquí? ¿Me estás acechando ahora?

—No te estoy acechando —digo, rascándome un lado de la cabeza, mirando a un lado—. ¿No creo que te esté acechando?

—Podrías estar acechando —dice, con el labio tirando un poco de la comisura.

No está enfadada porque esté aquí, eso lo sé.

—En serio, ¿por qué estaba Slate aquí?

No olvido el hecho que literalmente me dijo que nadie había visto su casa excepto yo. ¿Pero ahora Slate sí? ¿Qué coño? No puedo quitarme de la cabeza la imagen de ellos follando en su sofá, en su cama, en todos los sitios en los que he estado dentro de ella. Aunque ella lo niegue, no puedo no ir allí. Estoy tan jodidamente caliente.

—Me dijiste que nadie había visto tu casa salvo yo, Han —comento con la mandíbula apretada.

—Y me dijiste que no ibas a volver —replica, mirándome.

Está claro que se le quedó grabado. Le afectó, aunque no lo admita.

Ahora estamos cerca. Estoy justo encima de ella, apoyado en el marco. Suspiro y me relamo los labios mientras miro los suyos. Están tan turgentes y carnosos. Me entran ganas de apretar los míos contra ellos y volver a unirnos, pero me abstengo.

—Sabes que no puedo alejarme de ti —susurro con voz ronca,

inclinando la cabeza hacia un lado mientras contemplo su cuello tatuado, el pulso que late en su vena.

—Deberías —dice sinceramente, inclinando la barbilla hacia arriba con falsa confianza.

Es realmente adorable, porque veo a través de ella. Y porque es tan pequeña.

—No puedo —respondo—. No lo haré.

—Te encantan las cosas que te hacen daño, ¿verdad? —pregunta, inclinando la cabeza contra el marco.

—Me encantan mis toxicidades. —Me muerdo el labio inferior mientras observo sus hermosos labios. Mis ojos vuelven a encontrar los suyos—. Pero no eres mala para mí. Sólo que aún no te has dado cuenta.

Ella se burla, poniendo los ojos en blanco.

—Eso es lo que dicen todos.

Me inclino hacia delante, con la cara cerca de su orejita cubierta de pendientes.

—Somos meta galácticos —susurro, viendo cómo se le pone la piel de gallina—. Significa todo. Y eso no lo dicen todos.

Vuelvo a inclinarme hacia atrás, observando su expresión. Está nerviosa porque su secreto ha salido a la luz. Ha salido a la luz. Sé que se preocupa por mí. Sus ojos van y vienen a los míos, casi aterrorizados. Me doy cuenta que tengo un efecto en ella que nadie más tiene. Siempre parece sorprendida antes de apartarse.

Soy plenamente consciente que la forma en que la estoy estudiando puede parecer intensa para la mayoría, pero ella no se aparta. En todo caso, por la forma en que sus mejillas se llenan de color, me gustaría pensar que está disfrutando de esto. Que yo vuelva a estar cerca de ella. Se pasa la lengua por el labio inferior, haciéndolo brillar, y eso me pone literalmente cachondo.

—Kai —vuelve a decir mi nombre, su tono suplicante.

¿Me está suplicando que la bese? ¿Me está suplicando que me vaya? ¿Suplicándome que deje de presionarla hasta el punto de incomodarla de la forma en que lo hago? Ojalá pudiera saberlo sólo por su tono, pero su lenguaje corporal siempre me dice lo contrario. Su cuerpo quiere que me quede y haga todas las cosas desagradables que estaba acostumbrada a que hiciera. Me encantaría volver por ese camino con ella, pero sé que una vez que lo haga, no hay vuelta atrás. Me deslizo simplemente en amigos con beneficios, nada más.

Antes de hacer el ridículo, recuerdo por qué estaba sentado frente a su puerta. Iba a dejarle algo. Saco la bolsa de gominolas de mi espalda y

se la pongo delante de la cara.

—Pienso en ti —le digo, tendiéndoselas—. Te veo en todas partes.

Se muerde la comisura del labio, viéndolas, antes de que sus ojos vuelvan a mirarme. Nuestras miradas permanecen fijas mientras ambos nos miramos fijamente. Eso es algo que me encanta de ella, entre otras muchas cosas, su contacto visual directo. Es impactante y me hace sentir impotente ante ella. Disfruto sintiéndome avasallado por su belleza. Es humillante en todos los sentidos de la palabra.

—Ha sido muy amable por tu parte, teniendo en cuenta... todo —dice mientras se encoge ligeramente de hombros.

—Pero esa es la cuestión —digo, acercándome de nuevo, con la frente cerca de la suya. Estamos tan cerca, pero mantengo la distancia—. Aún no me doy por vencido contigo.

Me abstengo de tocarla, pero me inclino tanto hacia ella que nuestros cuerpos quedan a escasos centímetros. Su pecho sube y baja entre nosotros y sus pezones erectos apenas rozan mi pecho. Un suave suspiro sale de sus labios antes de que me aparte por completo, retrocediendo por el pasillo.

Sus pestañas se agitan mientras se aclara la garganta, y me encanta que la haya dejado un poco agotada.

—Gracias —comenta, se endereza y sostiene la bolsa con una breve sonrisa—. Por esto. Ha sido un detalle.

Le sonrío rápidamente y asiento con la cabeza antes de salir del pasillo y entrar en la escalera.

Actúo como un tipo tranquilo y seguro de sí mismo hasta que llego detrás de la puerta, donde el corazón me late con fuerza mientras me sacudo las manos nerviosas. Apoyo la cabeza contra el muro de hormigón y suelto una gran bocanada de aire.

Es doloroso saber que necesitas a alguien hasta el punto en que yo necesito a Han.

Llego tarde.

Al entrar en el aula improvisada, todos los ojos se posan en mí cuando

la gran puerta metálica se cierra de golpe, haciéndose eco de mi tardanza.

—¡Bienvenidos! Adelante. —Un hombrecillo con camisa de manga corta se dirige a mí, con el pelo castaño peinado hacia atrás.

Parece una especie de vendedor de coches usados.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, sin que su sonrisa decaiga en ningún momento.

Echo un rápido vistazo a las personas que me acompañan en la clase. Hay un amplio abanico de edades. Un anciano al fondo, un hombre de mi edad o más joven al frente, un calvo de aspecto rudo que parece estar aún en la cárcel, pero aquí con guardaespaldas, una tía buena a mi izquierda que posiblemente sea una milf[20], y muchos más entre medias.

—Kid —digo simplemente, buscando asiento.

—¿Kid? —pregunta, con la sonrisa aún en su sitio—. Bueno, eso no lo había oído nunca. Encantado de conocerte, Kid. Soy Dave.

Le doy mi mejor sonrisa de labios apretados mientras me siento en una de las sillas azules de plástico, echando un vistazo a la milf buenorra que ahora tiene su bolígrafo entre los labios, mirándome de arriba abajo.

—Bienvenidos todos —empieza Dave—. Vamos a presentarnos al grupo y a decirles a todos por qué están aquí.

¿Habla en serio? No puede hablar en serio.

Dave hace un gesto con la cabeza al hombre que tiene delante para empezar.

—Soy Victor. Estoy aquí porque me emborraché y choqué contra un poste.

Jesús.

Mi cara debe haberse distorsionado porque ahora me mira otra chica.

—¡Oooh, ouch! —Dave responde como un presentador de mierda—. Apuesto a que dejó una marca desagradable, ¿eh?

Esto tiene que ser algún tipo de broma. Esta gente no puede ser real.

—Debería haber visto el poste —bromea Vic con Dave y ambos se ríen incómodamente.

Pasan unas cuantas personas más hasta que habla el calvo de la cárcel.

—Mike —anuncia su nombre con un tono grave y áspero.

—Y Mike, ¿por qué estás aquí? —pregunta Dave, el presentador.

Mike baja las cejas.

—Porque tengo que estarlo —refunfuña.

El chico de delante empieza a reírse, lo que hace que Dave lo fulmine con la mirada.

—Muy bien, Kid, sabemos tu nombre pero no tu historia. Cuéntanos por qué estás aquí. —me dice.

Suspiro y me masajeo la nuca con la mano mientras miro a todos con los ojos clavados en mí.

—Estoy aquí para superarme. Estoy aquí para aprender las consecuencias de mis decisiones. Estoy aquí para aprender. —Digo todo lo que creo que quieren de mí. La cara de Dave irradia admiración.

—Fantástico —susurra para sí mientras sacude la cabeza con una sonrisa—. Realmente fantástico.

La tía buena de mi izquierda suelta una risita y se pasa una mano por el cuello, captando claramente mi sarcasmo involuntario. *Oh, sí, definitivamente quiere follar.*

Damos la vuelta al grupo, terminamos de presentarnos mientras mi móvil vibra en mi bolsillo.

Veo un mensaje de un número desconocido.

Ponte en contacto con Darío.

Trago saliva, mirando fijamente el mensaje. Pensé que había terminado con ellos. Les di la conexión, con la esperanza de que empezaran a trabajar juntos, y yo acabaría como Silas. Algunas personas sólo sirven para hacer el nudo proverbial. No esperaba más.

Voy a guardármelo en el bolsillo, suponiendo que esta clase de conducir bajo los efectos del alcohol no es el mejor lugar para hacer tratos con drogas, cuando vuelve a vibrar. Pongo los ojos en blanco y abro el mensaje. No es en absoluto lo que imaginaba.

Es de Han.

Me envió una foto de sus labios. Con un gusano de goma entre ellos. Chupándolo.

Han: Mis labios estaban en él primero.

Me río para mis adentros, incrédula. ¿Está loca? ¡¿Sabe que tengo una erección cerca del puto Dave, el presentador del programa de coches usados?!

Lo leí y releí una y otra vez. ¿Me estaba coqueteando? Odio los mensajes de texto por esta misma razón. Apenas puedo descifrar sus pensamientos cuando está delante de mí, pero ¿este mensaje de texto sexualizado? No tengo ni idea de en qué punto está, pero necesito saberlo ahora.

Kid: ¿Estás flirteando conmigo?

Envío el mensaje, orgulloso de mí mismo, cuando unos segundos después vuelve a vibrar.

Han: No lo sé, ¿verdad?

Kid: Ves, ¿eso es coquetear? Me parece que estás siendo ingeniosa. Coquetea conmigo a través de texto, Han. Necesito sentir tu vibración a través del mundo digital.

Han: Eso es lo que él ha dicho.

Sonrío como un niño en un mundo en el que Han flirtea conmigo.

Kid: Oh sí, lo siento.

Han: Eso es lo que ella dijo.

Kid: Quiero que lo sientas. Se pone muy difícil, ya sabes, especialmente a tu alrededor.

Jesucristo, estoy sexting[21] en clases de los borrachos.

Han: Créeme, sé lo difícil que es.

Estoy a punto de sacarme literalmente la polla delante de Dave para enseñarle a Han lo que me hace, pero... eso estaría mal. Incluso esta cosa de sexting que tenemos está mal. Es tan fácil porque soy un tipo coqueto por naturaleza, y ella es ingeniosa de cojones. Pero no quiero que sea sólo eso entre nosotros. Es tan fácil caer en eso porque mi cuerpo literalmente grita por Han, igual que el suyo por el mío. Pero quiero que su mente grite por mí. Quiero que me necesite de formas que el sexo por sí solo no puede tocar.

Kid: Respóndeme a una pregunta... y sé sincera.

Han: No, no llevo sujetador.

Me muerdo el nudillo ante ese texto y alzo la vista para encontrarme a la milf sonriéndome. Necesito calmarme. Esto de ligar es más difícil de lo que pensaba.

Kid: Estoy hablando en serio. Solo quiero saber algo, y quiero que seas realmente sincera en tu respuesta, sea cual sea tu opinión.

Han: ¿Qué necesitas saber, Kai?

Literalmente puedo oírla poner los ojos en blanco. Pero está bien. Merece la pena. Quiero ver dentro de su mente, y esta pregunta me permitirá hacerlo.

Kid: ¿Qué da sentido a la vida?

Espero con la mano alrededor del teléfono. No hay respuesta. Espero mientras Dave habla sobre los efectos de las drogas y el alcohol en el cuerpo durante un largo periodo de tiempo. Vuelvo a mirar el teléfono... nada.

No debería haberle enviado una pregunta tan personal y filosófica. Fui un estúpido al suponer que me respondería. Estaba trabajando en mi regreso con el coqueteo ligero y la diversión, ¿luego dejo caer esta bomba emocional sobre ella y espero que responda? ¿Qué tan tonto soy?

El teléfono vibra en mi mano. La sensación se dispara de la palma a mi brazo, directamente a mi corazón que late salvajemente por ella.

Han: Lo mismo que la termina. El amor.

27

Preguntas

La mejor parte de vivir aquí es esta increíble, cómoda y cara cama con la que Hawke y Cole han amueblado la habitación de invitados. Lo peor de vivir aquí es la intimidad personal a la que parece que he renunciado para quedarme.

—Levántate —dice Hawke, apartando completamente las mantas de mi cuerpo, haciéndome estremecer al instante.

Mi cuerpo sin camiseta queda al descubierto, las mangas tatuadas no hacen nada para mantener el calor mientras él tira el edredón en el suelo de mi habitación.

—Vete a la mierda, hombre —gimo, agarrándome el pecho.

—¿Llevas pantalones de chándal cubiertos de tocino? —pregunta Hawke, su tono totalmente degradante.

Abro un ojo y entrecierro el otro mientras miro los pantalones del pijama cubiertos de lonchas de tocino bailando de la mano de los cerdos sonrientes a los que he llamado Kevin. La verdad es que son bastante morbosos si lo piensas lo suficiente.

—Son mis pantalones de Kevin Bacon —respondo, burlándome de su tono.

Sacude la cabeza.

—Levántate. Necesito tus músculos.

Me levanto, alborotándome el cabello.

—Me gustaría decir que me sorprende este deseo por mi recién adquirida carne de hombre, pero la verdad es que es de esperar.

—Necesito manos extra es todo, no te des demasiado crédito, hombre palo.

Vuelvo a burlarme de su grosera afirmación antes de levantarme e irme a la ducha.

Resulta que sí necesitaba una mano. Treinta manos habría sido mejor. Nos fuimos en un gran camión U-Haul que Hawke alquiló para ir a comprar a algunas tiendas de muebles caros de la costa, intentando amueblar una de las nuevas propiedades.

Espero recostado en un sofá ridículamente caro, con los pies apoyados en la mesita, colocada únicamente para que me vea. Una mujer de unos cuarenta años, con falda lápiz y traje de chaqueta, pasa a mi lado y me mira con el ceño fruncido, fijándose en mis pies sobre el mueble o en mi aspecto sucio, antes de aclararse la garganta de forma

sugerente.

—Que Dios te bendiga. —Sonrío con mi gran sonrisa cursi, seguro que para cabrearla.

Resopla y se escabulle hacia el siguiente cliente al que juzgar en la sala de exposiciones.

Tammy la retorcida no puede arruinarme el día.

Hawke termina de firmar unos papeles en el escritorio mientras se reúne conmigo en el lujoso sofá y se tumba a mi lado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Digo, mirando a Tammy la retorcida hacer sus rondas.

—Dispara.

—¿Por qué no pagaste más para que te lo entregaran?

Se ríe, claramente sin esperar la pregunta.

—Porque puedo hacerlo yo solo. ¿Por qué iba a pagar más por algo que puedo hacer yo?

Siempre se trata de ser un hombre con Hawke, y ser fiscalmente responsable mientras se ahorra dinero.

—No lo vas a hacer solo. Me necesitas —refunfuño—. ¿Has oído hablar de trabajar más inteligentemente, no más duro?

—Hermano, deja de ser una perra —dice en su tono profundo y malhumorado—. Un poco de ejercicio te vendría bien.

—Lo dice el culturista Bob el Constructor —gimo.

—¿Tus clases empiezan esta semana? —pregunta cambiando de tema.

Asiento con la cabeza, apoyándola en el respaldo del sofá para mirarle.

—Eso está bien. —Asiente tranquilizador—. Será bueno para ti.

—¿En serio? —Vuelvo a gemir, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, de verdad —dice con una pizca de actitud—. Escucha, sólo me preocupo genuinamente por ti —comienza, su tono se suaviza—. Quiero verte triunfar, pero de ninguna manera estoy tratando de ser una figura paterna para ti o lo que pueda parecer.

—Bien, no necesitamos otra de esas. El mío es suficiente mierda.

—Sí, lo es —asiente, poniendo cara de dolor.

Hawke fue testigo de todo. Mi padre era basura. Un alcohólico que vivía literalmente del dinero que el gobierno le daba para mantenerme. Era un mentiroso, un tramposo, un borracho, un pedazo de mierda al que no le importaba darle lecciones de vida a su hijo cuando el whisky le daba en el punto justo.

—Pedazo de mierda sin valor —comento en voz baja, hurgando en el agujero de mis vaqueros.

Hawke se sienta en silencio a mi lado, probablemente recordando la vez que fui a quedarme con su padre una semana, cuando el mío me dejó un bonito moratón que combinaba bien con los moratones que tenía a lo largo de la espalda y el pecho. Siempre me sentí seguro en su casa. Su padre era muy parecido a él. Más pequeño de lo que resultó ser Hawke, pero tenía un exterior duro con un corazón de oro. Hawke tuvo suerte de tenerlo en su vida tanto tiempo como lo tuvo, aunque ese tiempo fuera corto. Las lecciones que aprendió de ese hombre se derramarían en su vida cuando más lo necesitaba. Siempre estuve un poco celoso, si soy completamente honesto.

—Tú no eres tu padre —dice, rompiendo por fin el silencio.

Me burlo de la afirmación antes de que una sonrisa se dibuje en mis labios.

—Lo sé.

Se vuelve hacia mí y la seriedad de sus ojos me golpea las tripas.

—Kai —suspira, esa misma mirada atravesándome—. No te pareces en nada a él —reitera.

—Gracias a Dios por eso, ¿verdad? —Me río.

No se ríe conmigo. Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mirarle, él espera en silencio a que yo lo mire.

—Tú no eres él —vuelve a decir, la mirada en sus ojos acaba por derrumbarme. Mi sonrisa desaparece y aprieto la mandíbula. Me duele—. Nunca serás él.

Me trago lo que siento como un nudo en la garganta. Hawke es el mejor amigo que he tenido nunca, y lo demuestra cada día que estoy aquí matando los pensamientos que sabe que tengo. Sabe que me comparo con ese hombre horrible, aunque lo odie. Es difícil no hacerlo, sabiendo que tienes los mismos genes. Me gustaría pensar que no me parezco en nada a él, pero veo sus rasgos repugnantes materializarse en mis peores momentos.

—Tienes una oportunidad real de hacer cosas increíbles —dice finalmente—. Sólo espero que sigas por el buen camino.

Sabe que no he estado mucho, tanto con el trabajo como en casa. Sabe que he estado participando en actividades extracurriculares como hago normalmente. No conoce mis tratos con Silas y Darío, y no conoce los secretos entre Han y yo. Sin embargo, sabe quién soy mejor que nadie. Esta es su advertencia para mí. Su súplica para su amigo.

—¿Esto es realmente por lo que me trajiste aquí? ¿Para charlas emocionales de hermanos?

—¿De verdad creías que necesitaba tus brazos?

—Ja —me burlo—. Capullo.

—Has recorrido un largo camino desde Kiddie[22] el Tetón —dice sin rodeos, sacudiendo la cabeza.

—Hombre... —Gimo por la audacia.

—Sólo digo. —Levanta las manos, riendo—. Si no hubiera intervenido y te hubiera salvado de tu paliza en el autobús escolar, ¿quién sabe dónde estaría hoy Kiddie el Tetón? Probablemente aún acurrucado bajo el asiento.

—Me salvé con mi ingenio y mi encanto. No te atrevas a atribuirte ese mérito —le regaño, empujándole hasta que se vuelca, riendo contra el sofá—. Además, Kiddie el Tetón es el que las está chupando estos días.

Me sacude la cabeza.

—¿Todavía andas con Johanna?

El nombre me hace algo. Manda una piedra directamente al globo de cristal que hay dentro de mi pecho. Sabía que saldría el tema. No es que no nos haya oído en mi habitación, o por la casa, para el caso. Pero desde nuestra pequeña situación de texto de ayer, no he sabido nada de ella, ni sabía la próxima vez que lo haría.

Profundicé en la conversación y su respuesta me demostró más de lo que pensaba. El amor da sentido a la vida, al tiempo que acaba con ella. No hacía falta ser profesor de psicología para darse cuenta de la profundidad de eso. Estaba atrapada entre la necesidad de algo y el terror a que la arruinara.

—¿Ah, un poquito con su madre?

—No. Cole intentó que Johanna fuera a terapia con ella durante meses después de encontrarla, pero no todos pueden procesar la muerte inesperada de la misma manera.

—¿Muerte inesperada?

—Sí, como un extraño accidente.

¿Accidente extraño? El suicidio no es un accidente raro. Cualquiera que sea su historia no puede ser exacta.

—Sí, quiero decir, ¿no has oído lo que pasó?

Oculto la información que sé y me hago el tonto para escuchar lo que tiene que decir.

—Uh, no. Quiero decir, ¿cómo voy a saberlo?

—Supongo que pensé que por alguna extraña razón ella confiaría en ti. —Sacude la cabeza, suspirando—. Se resbaló mientras limpiaba el baño, se quedó colgada de los colgadores de toallas. Estaba sola.

Mi cara se distorsiona en confusión, que por suerte para mí, también

parece preocupación. Nada de esto suena bien. ¿Está bromeando? Esto sería una puta broma de mal gusto. No hay ninguna posibilidad de que haya sido un accidente. No hay ninguna posibilidad de que realmente crean eso.

—Es jodidamente horrible. Se estaba arañando la garganta, intentando liberarse y todo, no conseguía tracción bajo sus pies debido a los suelos. Cuando Johanna la encontró, ya era demasiado tarde.

La historia contradictoria me hace preguntarme sobre la validez de los cotilleos de Gerald sobre la pequeña ciudad. Quiero decir, yo asumiría que Hawke y Cole saben más que el viejo propietario de una tienda de antigüedades desvencijada. Además, es imposible que Han hubiera visto a su madre ahorcarse sin ayudarla, ¿verdad?

—Cole parece asimilarlo mejor que Jo. Jo se volvió loca después, se metió mucho en las drogas y empezó a follar mucho. Fue la misma época en la que pilló a Bran haciendo trampas, entre otras cosas terribles. Pasaron tantas cosas en tan poco tiempo que cayó en picada.

Mi cerebro intenta comprender, pero todas las historias contradictorias me hacen cuestionarlo todo.

—No ha vuelto a ser la misma desde entonces, según Cole. Le digo a Cole que no sea tan dura con ella, que cada uno afronta la muerte de una manera diferente, pero estaba tan preocupada por perder a Johanna a causa de sus adicciones que acabó descargando su rabia con ella, lo que, por supuesto, no hizo más que alejar aún más a Jo. Poco a poco han ido arreglando su relación, pero no es fácil.

Suelto un profundo suspiro, resoplando.

—No tenía ni idea.

—No debería contarte esto. Es su historia, pero quizá te ayude a entender por qué Han te aleja, te dé la capacidad de seguir adelante.

Ahí es donde se equivoca. No quiero seguir adelante. Quiero seguir adelante. Con ella. Él no tiene idea de la verdadera razón por la que ella aleja el amor y la conexión. La verdadera razón tiene que ser un secreto oculto tan profundo, que ni siquiera su propia carne y sangre es consciente. Han se aferra a algo tan pesado, tan oscuro y tan retorcido. Literalmente, se la está comiendo por dentro.

—Pero, de todos modos, ¿qué vas a hacer este fin de semana? —Hawke pregunta, sacándome totalmente de mis pensamientos.

—Uh, no lo sé. Probablemente vaya a una fiesta. ¿Y tú? —Me encojo de hombros.

Parece algo decepcionado por mi respuesta.

—La verdad, iba a preguntarte si querías tener una noche de chicos. Tal vez tomar unas copas en otro lugar en su lugar .

Entiendo que no quiera que me vaya de fiesta hasta que me desmaye, que tome pastillas locas o que esnife coca como si mi vida dependiera de ello mientras intento volver a casa conduciendo, pero para mí ni siquiera se trata de eso. Han va a estar allí.

—Así que Cole te deja libre este fin de semana, ¿eh?

—Ja, vamos hombre. —Me empuja con el hombro—. Sabes muy bien que es a ella a la que le gusta estar atada.

—No me tientes con más pensamientos eróticos sobre Cole. No creo que mi polla pueda soportarlo —digo, manteniendo la cara seria, levantando las manos ante él—. Tengo las manos callosas.

Su cara se distorsiona, entiende mi broma de los golpes en la carne. Su mirada me corroe y sé que se está imaginando asfixiarme con uno de esos cojines de lujo hasta que se me ponga la cara azul.

—Pero este fin de semana —dice, cambiando totalmente de tono y actitud—. Tú y yo. Vamos a hacerlo.

Lo único en lo que puedo pensar es en cómo voy a conseguir que Hawke me acompañe a reunirme con Han en casa de Bran. Al final, podré convencerle de que vaya o emborracharle lo suficiente para que lo haga. Estoy seguro de ello.

—A la mierda. Me apunto.

28

Interrupciones

Si una mujer está enfadada contigo, lo sabrás.

Me siento torpemente en el salón, viendo a Cole desfilar por el lugar, limpiando agresivamente. Está tirando los platos al fregadero, haciendo un ruido espantoso, fregando las encimeras hasta sudar y dando patadas al cubo de la basura que parece haberse doblado para cerrarse.

Hawke sale del dormitorio con sus vaqueros ajustados y su elegante sudadera, el cabello ligeramente húmedo por la ducha, mientras se acerca a mí en el sofá.

Levanto las cejas, comunicándole en silencio:

—¿Ves esto, hermano?

Suspira, se pasa una mano por el cabello y la mira preocupado.

—Dame un minuto, voy a hablar con ella rápido —dice suavemente, entregándome las llaves.

Le devuelvo la mirada y ya lo está fulminando con la mirada. No puedo imaginar que Hawke haya hecho algo malo. El tipo literalmente se obsesiona con ella como un cachorro perdido que necesita un buen dueño. Cómo me identifico.

Han pasado veinte minutos y empiezo a pensar que su pequeña pelea va a arruinar la noche de chicos, cuando de repente veo su figura sombría saliendo de casa. Se acerca al coche, se sienta en el asiento del conductor y se vuelve hacia mí con una sonrisa de comemierda.

Entrecierro los ojos mientras estudio su rostro.

—¿Son buenos o qué?

—Joder, sí. —Sonríe, mirando hacia la casa antes de dar marcha atrás con el coche.

Levanto el ceño, esperando en silencio una explicación.

Finalmente me mira y se ríe.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Cole estaba enfadada porque me pilló follando con otra chica.

—¿Qué? —Gruño.

Vale, sé que es mi hermano y todo eso, ¿pero qué coño? ¡Cómo coño se atreve! Estoy a punto de patearle el culo por ella.

—No, no, no... la primera vez que me conoció. —Se ríe—. Yo estaba

metido hasta la polla en esta chica, recién salido de la cárcel. Cole estaba recordando cosas. Recordando cómo me pilló follándomela cuando vivíamos en casa de mi padre.

—Así que se puso celosa. ¿Por cosas del pasado? ¿Como mierda que pasó antes de que estuvierais juntos?

—Sí, es una cosita luchadora.

—Eso parece una puta locura —digo, contorsionando la cara.

—Sí, se pone un poco celosa de vez en cuando. Pero me encanta, joder. —Sonríe para sus adentros mientras yo sigo retorciendo el rostro mientras le miro. Finalmente se gira para verme y dice—. Básicamente, sólo quería una razón para hacerte esperar en el coche y así poder follar a tope.

Toso con flema.

—¡¿Perdón?!

—Quería que me consumiera para que no pensara en nadie más que en ella esta noche.

—Jesús, Cole —me susurro, pensando en lo loca que está para parecer tan cuerda—. Es jodidamente increíble.

—Lo sé, ¿verdad? —sonríe para sí mientras conducimos.

—Necesitas una esposa.

Me mira mientras juguetea con su anillo labial y sus ojos se ablandan de repente.

—Espera —digo, estudiándole—. ¿De eso se trata esta noche?

—Sí, supongo que ahora es tan bueno como siempre. —Se lame los labios y me sonríe, su sonrisa se extiende por toda su cara, sus ojos se iluminan de emoción—. Voy a pedirle que se case conmigo. Tengo el anillo y todo.

—Joder —digo, animado—. Felicidades, hombre. Es increíble.

—Gracias, Kid. —Me dedica una sonrisa genuina—. Sabes que eres mi padrino, ¿verdad?

Un pinchazo en la nariz viaja hasta la comisura de mis ojos. Me lo trago.

—Es un honor.

Tomamos algo en el pub que hay al final de la calle de la casa de Bran en la playa. Soy demasiado consciente de lo cerca que estamos de la fiesta. Celebramos la gran noticia con unos chupitos, jugamos unas rondas al billar, nos reímos de los viejos tiempos hasta que los dos estamos doblados, agarrándonos el estómago.

Este tipo es mi mejor amigo. De eso no hay duda. Se arriesgó conmigo, trayéndome aquí porque cree en mí, siempre lo ha hecho. Desde que

Kiddie el Teton estaba solo y necesitaba ser salvado. Sí, no se lo admito, pero él me salvó. Si pensabas que era pasto de trigo ahora, deberías haberme visto entonces. Cabeza de chorlito. Me siento a ver cómo se carga otra ronda y sonrío para mis adentros. Tengo mucha suerte de tener a alguien como él a mi lado.

No todo el mundo lo hace.

Pienso en Han y su falta de apoyo. Ella es todo lo que tiene. Ella lo hizo así. Pero eso no me hace sentir menos por ella. Me duele el corazón por volver a estar cerca de ella. Le dije a Sid que se asegurara de llevarla allí, que necesitaba un amigo de confianza para llevarla. Uno que sepa que no se la quiere follar para que me encuentre con ella más tarde.

Hawke y yo ya nos hemos tomado bastantes chupitos. Probablemente esté lo suficientemente borracho como para tomar malas decisiones, ¿verdad?

—¿Quieres ir a una fiesta? —Pregunto, moviendo las cejas mientras dejo mi palo de billar.

Mira su reloj y se encoge de hombros.

—A la mierda, ¿por qué no?

El conductor del Uber nos deja frente a la casa de Bran en la playa mientras Hawke me mira mal.

—¿En serio? —dice mirándome con cara inexpresiva.

Me encojo de hombros mientras nos dirigimos hacia la multitud de gente de la playa.

—¡Kid! ¡Hawke! ¡¿Qué pasa chicos?! —Oigo a una chica conocida llamarnos desde el otro lado del fuego.

Es Brynn. Está buenísima. Con un bonito top que acentúa sus curvas y una falda vaquera rasgada, corre hacia nosotros, me da un fuerte abrazo y se pega a Hawke. Es una monada, no hay duda, y es como uno de los chicos, tranquilo.

—No pensé que los vería llegar hasta aquí. Vamos, ¡vamos a conseguirles unas bebidas!

Me coge de la mano y me arrastra tras ella hacia su grupo de amigos con una sonrisita sexy. Miro hacia atrás y miro a Hawke. Él me corresponde levantando las cejas antes de lanzarme una sonrisa cómplice. Está claro que sigue interesada.

Se sirve unas cervezas y me da una a mí antes de dársela a Hawke. Unos cuantos chicos de la tienda de surf nos rodean y saludan a Hawke mientras Brynn y yo conversamos.

—Kid —dice antes de dudar—. Sólo quería disculparme por... bueno, por lo borracha que estaba la última vez que salimos.

—Pshh, chica, por favor. —Me burlo—. Ni se te ocurra. Eres buena.

Sonrío y la atraigo hacia mí para abrazarla, aliviando la ansiedad que debe de haber sentido al respecto. ¿La pobre creía que la iba a menospreciar por una noche de borrachera? Claro que no. Todos perdemos la cabeza de vez en cuando. Lo entiendo más que nadie. Nunca juzgo. Puede que me ría contigo, pero nunca juzgaré.

—Eres tan tonto. —Me sonríe, con su mano aún agarrada a mi cintura.

—Tú tampoco estás tan mal —le contesto mientras bebo un sorbo de cerveza con el brazo sobre sus hombros.

—Quizá podamos ir a explorar más desvanes alguna vez, encontrar alguna reliquia —sugiere, mordiéndose el labio inferior.

Me río al recordar nuestra exploración del ático la última vez que estuvimos aquí. Apenas pasamos de la primera base porque, una vez más, los pensamientos sobre Han me interrumpieron.

—Quiero decir... si te gusta el polvo y esas cosas —añade nerviosa.

Me doy cuenta de que estaba pensando en ella otra vez, con la mirada perdida en el espacio, preguntándome dónde estaría. Me sacudo la cabeza y vuelvo al modo Kid.

—Tengo una reliquia. —Respondo, esperando que se dé cuenta—. Además, no tiene precio. Realmente única.

Suelta una risita, jugando con sus largos rizos mientras presiona un lado de su cara contra mi pecho.

—Me matas con los interminables chistes de pollas —dice, girándose para mirarme—. Empiezo a preguntarme si el Arca de la Alianza existe.

La aprieto más contra mí ante la broma de Indiana Jones.

—No necesitas un arqueólogo para encontrar este hueso.

—Para —se ríe.

Me mira fijamente, sonriendo, y hay un momento de silencio entre nosotros. Quiere que la bese. Lo sé por la forma en que sus ojos no dejan de mirar hacia mis labios y viceversa, casi atrayéndome hacia ella. Miro sus labios rosados y brillantes y me imagino besándolos.

Es una chica guapa. Un verdadero amor, también. Ojalá pudiera sentir por ella aunque fuera una fracción de lo que siento por Han. Pero, no puedo. Debe ser verdad lo que dicen. Amo mis toxicidades.

—Brynn, ven a inyectarte conmigo.

La voz detiene mi corazón. Mi estómago se retuerce inmediatamente en un nudo, el dulce sonido me pone en trance. Reconocería esa voz en cualquier época, cualquier galaxia, cualquier puta dimensión.

Han.

29

Tensión

Al girar la cabeza hacia atrás, veo a Han detrás de nosotros. Al verla, el corazón se me revuelve en el estómago y una energía electrizante me recorre las extremidades.

Brynn todavía tiene sus manos alrededor de mi cintura, mi brazo alrededor de sus hombros.

—¿Sí? —Brynn pregunta, casi confundido por la oferta.

Los dos la miramos ahora, pero ella sólo está concentrada en Brynn. Levanto las cejas mientras mis ojos se desvían entre las dos.

—Ahora —reitera Han, asintiendo con la cabeza en dirección a la cocina.

Suelta una risita de asentimiento, ingenua ante la tensión entre Han y yo, antes de soltarme la mano y agarrarse a la suya mientras caminan hacia la casa.

Entrecierro los ojos mientras estudio la visión de sus espaldas. ¿De verdad acaba de hacer eso? ¿De verdad me ha quitado a Brynn de encima? ¿Realmente nos vio a punto de besarnos? ¿Realmente sentí celos de la chica que nunca se pone celosa?

Seguro como la mierda, Han vuelve la cabeza hacia mí, dándome una sonrisa diabólica que me dice que todo lo que me estaba preguntando era correcto antes de entrar en la puerta corredera de cristal con Brynn. Me muerdo el labio inferior, negando con la cabeza.

—¿Has visto que Jo está aquí? —pregunta Hawke, acercándose a mi lado. Ambos los seguimos al interior de la casa.

—Veo a esa chica por todas partes —comento, sintiendo cada parte de esa frase en su totalidad.

Entramos y enseguida veo a Han y Brynn cerca de la cocina, haciendo fotos. Lo que no esperaba era ver a Silas acurrucado con Bran en un rincón.

Está hablando animadamente con él junto a la mesa de la cocina, agitando las manos mientras Bran mira al suelo, escuchando. Se vuelve hacia él antes de que ambos vuelvan la mirada hacia mí.

Cruzo los brazos, ladeando la cabeza ante su mirada. No me gusta la sensación que me produce esa mirada. Por qué coño hablan entre ellos y me miran a mí?

Lo que me recuerda que tengo que contactar con Darío.

Me apoyo contra la pared mientras Hawke mantiene una conversación

con un amigo suyo. Ese hombre conoce a todo el mundo, lo juro. Echo la cabeza hacia atrás y veo a Han en la cocina. Mis ojos se clavan en ella, observando cada uno de sus movimientos.

Se mueve entre la gente con su vestidito de flores negro y morado que termina justo debajo del culo. Sus medias negras que descansan justo por encima de sus rodillas atraen mi atención a ese tatuaje de serpiente envuelto alrededor de ese pequeño muslo tonificado. Esos botines negros de plataforma le dan el toque y la altura que hacen de ella todo con lo que sueño.

Joder, necesito meterme entre esas piernas otra vez.

Sueño despierto, literalmente, con la sensación de su coño húmedo y aterciopelado envolviendo mi polla, palpitando a mi alrededor mientras ella gime. Jugueteo con su clítoris mientras ella se deshace, rebotando hasta que esta polla se vacía en su interior. Pierdo inmediatamente la ensoñación al ver los ojos de Bran clavados en los míos. Me sigue con la mirada, se fija en Han y frunce el ceño antes de dirigirse hacia ella.

Sigo con la mirada a Bran cuando se acerca a ella, cerca del mostrador en el que está apoyada. Sus ojos se posan en él, con expresión inexpresiva. Él se apoya en ella y mi cabeza se despega de la pared. Sube la mano y le recorre la cara con dos dedos, arrastrándolos hasta el cuello. Doy unas cuantas caladas a mi cigarrillo recién encendido e inhalo profundamente para intentar calmar los nervios. Expulso el humo por la ventana de mi derecha, sin apartar los ojos de ellas.

Observo los dedos de Bran más de cerca de lo que he estudiado nada en mi vida. Noto cómo se me curva el labio y cómo aumenta mi respiración. Si bajan más, voy a perder la puta cabeza. Podría ir hasta allí, arrancárselos con los putos dientes y escupírselos en su fea cara de pijo. Por suerte para él, se detienen justo debajo de su clavícula mientras se inclina hacia ella para susurrarle algo al oído.

Mira al techo, suspira y vuelve a bajar la cabeza cuando sus ojos encuentran los míos. Tengo la sensación de que ha sabido dónde estaba todo este tiempo por la rapidez con la que sus ojos se han clavado en los míos. Su expresión no es la que esperaba. Parece enfadada mientras él le habla. Se aparta y una sonrisa falsa se dibuja en su cara. Está jugando con él. ¿Pero para qué? ¿De qué le sirve?

Le hace un gesto con la cabeza y se aleja lentamente de ella, agarrándola de la mano hasta que sus dedos finalmente se separan. No lo entiendo y, a decir verdad, lo odio.

Mira hacia el suelo y su rostro decae por un momento. Es un momento rápido, pero que capto fácilmente. Probablemente porque estoy obsesionado con ella y sé al segundo que sus expresiones cambian.

Vuelve a mirarme a los ojos. Nos miramos fijamente desde el otro lado

de la habitación durante lo que parece una eternidad. Suena música de fondo, la gente ríe, habla, bebe. Están pasando tantas cosas a nuestro alrededor y, sin embargo, hay tanto en nuestras miradas. Anhelo, comprensión, tristeza, necesidad...

Pienso en la mañana en que me echó, en el terror en sus ojos ante la mención del amor. Pienso en su respuesta a mi pregunta sobre qué da sentido a la vida.

—Lo mismo que la acaba, el amor. —Está tan cerca, tan cerca de abrirse, pero sigue negándolo. Y una cosa que no puede hacer es intentar bloquearme cuando es ella la que no me deja entrar.

Me levanto de la pared, dejo caer el cigarrillo en un vaso cercano y me dirijo lentamente hacia ella. Nuestras miradas no se separan mientras cruzo la habitación. Al ver que me acerco, ella camina hacia atrás, bordeando los armarios hasta rodearlos. Aferrándose a la pared del pasillo como si fuera la cuerda que la sujeta a la tierra y la gravedad a su alrededor se hubiera disipado, retrocede hacia la oscuridad, girando finalmente para correr hacia la primera habitación abandonada que encuentra.

Corro tras ella y meto el pie en la puerta cuando está a punto de cerrarla, deteniendo el proceso. Me abro paso a la fuerza, arrinconándola contra la puerta del lavadero con el que hemos tropezado. Su espalda choca al mismo tiempo que sus labios se entreabren. Sus ojos se dilatan por completo mientras espera a que haga mi movimiento.

Me inclino sobre ella y miro sus preciosos ojos de reptil, reflejados por la luz de la luna en el océano. Respiro su aroma y me encanta poder oler la miel que desprende, incluso entre la lejía, el Lysol y el detergente.

Deslizo los dedos por la mano que cuelga a su lado, viendo cómo se le pone la piel de gallina hasta que llego a la mitad de su brazo. Enrollo lentamente los dedos alrededor de su pequeño y tonificado bíceps y la agarro con firmeza. Su respiración ha cambiado. Su pecho sube y baja más rápido que antes, aunque su rostro no revela ninguna expresión, solo mantiene la misma mirada, sosteniéndome la mirada.

Ni siquiera estamos hablando. No necesitamos hablar. Ella sabe que la necesito, y ha dejado claro que no quiere que nadie más me tenga. Entonces, ¿dónde nos deja eso?

Apoyo el antebrazo en la puerta, me inclino sobre ella, la encierro, nuestros labios están tan cerca que casi puedo saborearla.

—Huiste de mí. —Digo lo obvio.

—Tú me perseguiste —replica ella, su voz me tranquiliza al instante.

—Te he pillado. —Levanto una ceja confiado.

—Los peces en un cubo no son difíciles de pescar —comenta, con los ojos entrecerrados en los míos.

Me burlo de eso.

—¿Estás bien?— Pregunto en tono ronco, pensando en la ira de sus ojos mientras Bran la tenía acorralada.

La pregunta parece confundirla. Parpadea rápidamente y se lame los labios.

—Qué pregunta más capciosa —dice en voz baja antes de que una sonrisa se dibuje en sus labios carnosos.

—Han —susurro, mi mano incapaz de resistirse a tocar la suave piel de su cuello.

Arrastro el pulgar por su labio inferior, mirándolo antes de volver a mirarla a los ojos. Algo le preocupa. Está aquí por una razón. Dejó claro que estaba en esta fiesta por obligación, no por elección, la referencia al pez en el cubo. Pero, ¿por qué?

Miro fijamente esos ojos preocupados, intentando recomponer la situación.

—¿Pensabas que estaría aquí esta noche? ¿Por eso has venido?

—No me gustan sus manos sobre ti —admite—. Me molesta como nada que haya experimentado.

Ahí está. Está celosa. Quizá pensó que Brynn y yo saldríamos después de que ella lo sugiriera. La idea la hizo buscarme incluso antes de que entrara a la fiesta.

—No me gusta que te toque —replico, recordando los dedos de Bran rozando su cara en la cocina.

Suspira, mirando a mi alrededor.

—Eso es diferente. Ya sabes lo que siento por Bran.

Arqueo una ceja.

—Es complicado —explica.

—Bueno, le gusto a Brynn. Ella lo ha dejado claro. No es complicado con ella.

Me frunce el ceño. Pero joder, es ella la que me está apartando. Ese pensamiento me enfurece. Si no va a reclamarme, tiene que dejarlo. No puede tener su pastel y comérselo también.

—Podría follármela cuando quisiera —digo con un tono mordaz. Inclinándome hacia delante, le susurro al oído—. Y lo que es más, es que podría ser mucho más que sexo con ella.

Su mandíbula se mueve ligeramente de un lado a otro mientras me mira fijamente.

—¿Por qué no lo haces oficial? Que le den a Bran. Sabes que sólo está esperando la oportunidad de volver a meterse. Dale el coñazo para que puedas conseguir lo que sea que necesites de él a cambio —digo antes de recibir un golpe en la cara.

Me abofetea. Con fuerza. Me quedo con la boca abierta mientras mi mano recorre el escozor de la carne quemada. Está furiosa como un toro, respirando con dificultad por sus fosas nasales dilatadas. La he llevado demasiado lejos.

Pero, soy sádico. Me encanta.

Se me dibuja una sonrisa diabólica en la cara mientras miro a mi pequeña psicópata.

—No te rindes, ¿verdad? —pregunta con veneno en la lengua, sus ojos se desvían hacia mis labios. —Eres un capullo. Todo el mundo vio cómo me mirabas ahí fuera.

Me burlo, mirando al techo antes de encararla de nuevo.

—¿Qué tal estaba?

—Como un acosador —admite con cara seria—. Algunas personas lo encontrarían realmente extraño. Incluso jodidamente espeluznante.

—Menos mal que tú no eres así —susurro, inclinándome para recorrer con la nariz su mejilla y su mandíbula—. Te encanta esa mierda. La intensidad. Te excita.

—No es así —niega.

Negación. ¿Todavía quiere jugar? Bueno, puedo jugar sus malditos juegos.

—¿No? —pregunto, moviendo mi mano hacia el espacio entre sus piernas—. ¿Me estás diciendo que no te has puesto este vestidito sabiendo que mi mano se deslizaría hasta aquí esta noche? —Traga saliva mientras recorro el interior de su muslo con los dedos.

—Definitivamente no me lo puse por ti.

Se hace la dura, pero ya noto el cambio en su tono. Es más suave, menos duro.

—Ah, ya veo. Bran entonces —asiento, sintiéndome celoso—. Quizá debería follarte y devolverte a Bran, toda usada y mojada. Darle mis sobras, ya que el sexo es todo lo que quieres.

Rápidamente me agarra la polla con la mano, arañándola con sus largas uñas a través de mis vaqueros, haciéndome aspirar un suspiro ante el leve pinchazo de dolor contra mi creciente polla.

Me inclino hacia ella y la aprieto contra la puerta. Encuentro su oreja, lamiendo la concha antes de susurrar:

—Entonces, cuando acabe contigo, me llevaré a Brynn a casa. Le haré

una novia.

—No sabes cuándo cerrar esa boca suelta que tienes, ¿verdad? —Ella gruñe, todavía agarrando mi polla.

La tensión sexual es tan jodidamente densa, que ambos apenas podemos respirar.

—Pues úsalo —le digo, metiendo los dedos entre sus muslos.

Paso los dedos por sus bragas y noto la humedad acumulada. Enarco una ceja al descubrirlo y sonrío con picardía. *Y una mierda, no te gusta.*

Puede mentirme todo lo que quiera con sus palabras y su falta de expresión, pero este cuerpo sólo conoce verdades.

Y estoy a punto de descubrirlos todos.

30

Burlas

Nos quedamos ahí, mirándonos peligrosamente el uno al otro, atreviéndonos, tentándonos, esperando. Sabiendo que ambos nos quemaremos con lo que salga de nuestras bocas.

—Déjame hacerte una pregunta, Han —comienzo, nuestros labios lo suficientemente cerca como para sentir la rapidez de su respiración contra la mía—. ¿Merece la pena perderme?

Antes de que pueda responder, con la mano aun palpando su dolorido centro, le aparto la ropa interior y paso un dedo por su húmeda raja, metiéndoselo hasta el fondo antes de que pueda responder. Jadea y echa la cabeza contra la puerta. La miro fijamente mientras introduzco otro dedo en su interior. Está tan resbaladiza y suave contra mis largos dedos. Los meto y los saco, frotando su clítoris con el pulgar antes de volver a llenarla lentamente con ellos.

—Porque si no empiezas a hablar —saco los dedos de sus bragas, acercando los dedos a su boca, frotando su excitación por todos sus labios carnosos y separados—, te prometo que me iré, joder.

Me mira fijamente y sus labios húmedos brillan con la verdad de su necesidad de mí. Me inclino hacia delante y le lamo el labio inferior antes de metérmelo en la boca y morderlo. Gimiendo, me agarra la nuca y sus dedos se enredan en el pelo, atrayéndome hacia ella. Nuestras lenguas se rozan mientras su dulce sabor permanece entre nosotros.

Nunca podría caminar. No con la forma en que ella me debilita las rodillas. Estoy más allá de necesitarla. Necesito una nueva palabra para necesidad. Necesito su presencia sólo para respirar. Ella es imprescindible para mi existencia. Es tan simple y a la vez tan complicado como eso.

Se aparta de mis labios y respira. Parpadea como si un mareo abrumador la azotara y necesitara despejar la mente para negármelo como es debido.

—No vuelvas a hablarme de ella —me dice, con los ojos furiosos clavados en mí—. No quiero ni pensarlo. Voy a cortar a una puta.

Me encanta su lado celoso. Su necesidad de apartar a Brynn de mí, sin saber que nunca dejaría que las cosas se intensificaran entre nosotros. Fue caliente como la mierda verla decirle que se alejara de mí, que quitara sus manos, sólo para ir a tomar una foto.

—Creía que querías que estuviera con otra —le digo besándola a lo largo del cuello, deteniéndome de vez en cuando para chupar con

fuerza la suave superficie.

—Olvidas que nadie más puede contigo —sisea mientras muerdo—. Ah, joder. Hazlo otra vez.

Mi polla aprieta tan fuerte contra el duro tejido de mis vaqueros. Podría correrme solo por la fricción de su muslo, oyéndola suplicarme más así.

—Tengo que probarlas todas, encontrar las que puedan —me burlo.

Me empuja hacia atrás llevándome las manos al pecho, pero me encojo de hombros ante sus intentos, agarrándola de las muñecas y sujetándolas entre nosotros con una mano. Le muerdo el hombro y mis dedos vuelven a penetrarla, recompensándola por hablar.

—Qué buena chica —susurro contra su piel, trabajando lentamente su clítoris—. Me gusta cuando admites que estás celosa.

—Eso es degradante —dice entre gemidos, girando las caderas para encontrarse con mis dedos mientras se los folla en el aire—. Además, no soy una buena chica.

—¿No? —pregunto, levantando la cabeza del hueco de su cuello para mirarla, con los mechones desparramándose por mi frente en un caos desordenado de cabello rubio plateado.

—Nunca lo he estado. Ni con Bran, ni con Matt, ni con Trey...

Lo está haciendo a propósito. Esa mierdecilla. Retiro mis dedos, haciéndola gemir por la pérdida de ellos.

—¿Crees que eso es jodidamente mono? —Gruño.

Ella sonríe en respuesta, ladeando la cabeza, levantando las cejas, desafiándome. Sabe exactamente lo que hace. Se mete en mi piel porque sabe que yo me meto en la suya.

—Arrodíllate —le exijo, soltándole las manos.

Me mira con cautela, insegura de mi reciente demanda.

—Envuélveme con esos labios —digo, haciendo ademán de agarrarme la polla a través de los vaqueros—. Muéstrame cuánta mierda puedes hablar con mi polla en tu boca.

Ella se burla con una sonrisa, tirando de su labio mientras sacude la cabeza.

—Eres tan malo para mí.

Pongo ambas manos en la puerta detrás de ella, inclinándome.

—Sí, ya lo has dicho antes, y mira dónde estás.

—¿Acorralada? —dice rotundamente, mirándome los brazos, el pecho y luego los ojos.

Se escabulle de entre mis brazos, una sonrisa tímida se dibuja en su

rostro mientras retrocede hacia la habitación poco iluminada.

Me lamo los dientes y sonrío mientras sacudo la cabeza ante esta pequeña petarda. Le encanta tocarme las narices, igual que a mí me gusta tocar las suyas.

—¿Te sientes acorralada? —le pregunto, bajando las cejas, mientras me dirijo hacia ella y la arrincono contra la secadora. Su trasero choca contra el secador cuando me elevo sobre ella, con las manos firmemente plantadas a ambos lados sobre la superficie lisa y fría. Sigue levantando la barbilla en señal de desafío, intentando plantarme cara—. ¿Y ahora qué?

—Me acorralas cuando ni siquiera estás en mi presencia. ¿Qué te hace pensar que tu físico tiene algo que ver?

Mis cejas se fruncen aún más ante su declaración. Esperaba su descaro, pero la sinceridad me golpea en las tripas. Me he infiltrado en su pequeña mente cerrada.

—Piensas en mí —digo sorprendida, más como una afirmación que como una pregunta.

Pone los ojos en blanco mientras una sonrisa se dibuja en mi cara de bobo.

—Puedes ser mala con quien coño quieras, pero es en mí en quien piensas —me regodeo, sintiéndome como si hubiera ganado la maldita medalla olímpica del corazón de Han—. Apuesto a que piensas en mí cuando te estás follando a ese capullo de ahí fuera, ¿verdad?

—Ya te gustaría, Kid —se burla.

Inclino la barbilla.

—¿Así que todavía te lo estás follando?

Ni siquiera puedo permitirme creerlo. Lo mataré si intenta tocarla de nuevo.

—Puede que sí, puede que no —responde—. Tal vez vine a esta fiesta con el único propósito de encontrar a un extraño que me llevara a casa y me follara tan bien que no pudiera caminar —se burla.

Se me encoge el puño al pensarlo. Puede que no me haya reclamado oficialmente, pero no voy a dejar que se folle a un desconocido. No podría hacerlo. No podría soportarlo. Estoy demasiado metido. Tendría que matarla.

Jadea y respira entrecortadamente. Nuestros pechos se presionan mutuamente en una especie de desafío y, sin embargo, lo único en lo que puedo concentrarme es en lo duros que tiene los pezones y en lo increíble que se sienten contra mí. Ella estudia mis ojos, de un lado a otro, como un animal salvaje atrapado de nuevo, pensando en su próximo movimiento. Pero ya no quiero que piense. Sólo quiero que

sienta.

—Por cierto, te equivocas —susurro, bajando el tono de enfado, agachando la cabeza y recorriendo su mejilla con la nariz.

—Creo que el físico tiene todo que ver. Mira cómo tu cuerpo pide que lo toque yo y sólo yo. —Asiento con la cabeza contra la suya como una instrucción para que eche la cabeza hacia atrás.

Ladea ligeramente la cabeza; sus labios entreabiertos desprenden ese aire cálido y el olor de cualquier alcohol de cereza que tenga en la lengua. Sus ojos buscan en los míos algo más profundo. Ella también lo sabe. Me necesita. Solo a mí.

Contemplo esos preciosos ojos, esos labios rosas perfectamente mullidos, pidiendo a gritos que los bese. Me resulta jodidamente atractiva.

—A la mierda —digo en voz baja, incapaz de seguir fingiendo.

Atrapo sus labios suaves y carnosos entre los míos. Nuestras lenguas vuelven a tocarse mientras la suya se desliza suavemente en mi boca, y algo se agita como un tornado dentro de mi pecho, descendiendo hasta mi estómago. Un pequeño gemido sale de su garganta, y es todo lo que necesito para perder el control.

Le agarro la cara y me aparto bruscamente del beso para rodear con mis manos sus tonificados bracitos. Tiene los ojos entornados por la lujuria cuando la doy la vuelta bruscamente, de cara al secador. La aprieto contra el secador por la nuca y deslizo la mano por su curvada columna antes de separarle los muslos con la rodilla. Los dos respiramos agitadamente mientras ella apoya los dedos en la superficie junto a la mejilla.

—Has venido a follarte a un desconocido, ¿eh? —Pregunto con un poco de mordacidad en mi tono.

Cojo el dobladillo de su vestidito y se lo subo por las caderas, mordiéndome el labio al ver su culo desnudo. Mueve las caderas, claramente deseosa de un poco de fricción contra su clítoris.

—Iba a follármelo como una loca —continúa burlándose.

Contemplo su tanga verde brillante, encantado de que ni siquiera se haya preocupado de combinarlo con su atuendo, y la arrastro hasta la mitad de sus muslos, sin tener tiempo de quitársela del todo. Necesito volver a penetrarla. Necesito correrme, y necesito hacerlo con ella. Sólo con ella.

Me desabrocho los pantalones con manos rápidas, liberándome lo justo para deslizar un condón. Sujeto la base de mi polla y la deslizo a lo largo de su húmeda raja. Ella gime y se arquea hacia atrás, como si intentara inclinarse para que la penetre. Empujo despacio mientras ella se pone de puntillas. Mi pecho se agita por la loca necesidad de

follármela más fuerte que antes, de darle una lección sobre decir gilipolleces.

—Enséñame cómo te lo follarías —le gruño al oído—. Tu pequeño extraño fiestero. Muéstrame cómo serías su putita durante la noche.

Intento controlarme, pero no puedo. Agarro su adorable moño desordenado por detrás, levanto su cabeza de la superficie lisa del secador y la penetro con fuerza y rapidez. Grita con fuerza antes de que le tape la boca con la mano.

—Cállate —gruño en su cuello, calmándome dentro de ella—. Nos van a oír.

Asiente con la mano y gime en silencio cuando se la saco y vuelvo a penetrarla.

—Vamos, fóllame —exijo, agarrándome un puñado de cabello mientras me quedo quieto.

Vuelve a empujar su dulce culo en forma de corazón hacia mí, moviendo las caderas para encontrarse con las mías en esos pequeños círculos sensuales que me están volviendo loco. Su coño se traga la longitud de mi polla y el sonido de nuestros cuerpos al chocar envía toda la sangre a la roca hinchada entre sus pliegues. Sus gritos se hacen más fuertes a medida que se abalanza sobre mí cada vez con más fuerza.

—Me lo follaría tan bien que nunca me olvidaría. —Su voz entrecortada hace que me quiebre.

Me aferro a la máquina bajo nosotros, clavándome en ella, haciéndola gritar con ese dolor placentero ante la idea de que alguien más la tome.

—¿Sí? —Gimo.

—Le haría correrse tan fuerte —grita—. Mucho, tan rápido...

Mientras continúo, siento su dulce y apretado agujero goteando a mi alrededor y es la puta cosa más caliente que he sentido nunca. Le encanta hablar de guarradas casi tanto como a mí. Llevo la mano a su nuca, el lugar que sé que le encanta, y la rodeo con mis largos dedos, apretándola con fuerza mientras sigo follándola por detrás.

—¡Kai! —grita mientras nuestro ritmo se acelera, el golpeteo de mis muslos en su culo se intensifica antes de que vuelva a taparle la boca con la mano.

—Ningún puto extraño puede tocar tus puntos más profundos como yo. Tocar los lugares que necesitas que te toquen —suspiro entre los empujones—. Asfixiarte de la forma que necesitas para correrte.

Me muerde la mano, sus dientes atraviesan mi piel y casi reviento de inmediato. Gruño de dolor y me desquito con ella con la fuerza de mi

embestida.

Juntos estamos locos, incluso somos tóxicos. Disfrutamos empujándonos hasta la locura para sentir algo. Pero te encuentras a ti mismo perdiéndote en la oscuridad, y perdernos el uno en el otro parece ser nuestra propia forma de ajuste de cuentas caótico.

Mi mano se desliza por su barbilla, contra la parte delantera de su cuello. Siento las vibraciones de su gemido en la garganta antes de que susurre en tono jadeante:

—Solo tú, Kai.

Se me van los ojos a la nuca cuando se aprieta contra el secador y sé que su clítoris está deseando que se lo toque. Sé exactamente lo que le gusta, pero voy a hacer algo mejor. Pongo la mano delante de nosotros y enciendo el ciclo.

Hago la colada, lo creas o no, pero hoy, me importa una mierda si hay algo en esta maldita secadora. La pongo alta, y vibra debajo de ella.

—Oh, joder —gime mientras la empujo contra el objeto en movimiento.

Salgo de ella, me agacho entre sus muslos temblorosos y la abro con mis manos. Le doy una larga lamida en su húmeda y usada raja y todo su cuerpo se agita contra mí, estremeciéndose de placer. Jugueteo un rato con la lengua que tanto le gusta, antes de levantarme, golpearle el culo firmemente con la mano, agarrarle esas caderas delgadas y volver a penetrarla con un golpe profundo y agresivo.

No puedo pronunciar palabra mientras se recuesta contra el secador con los ojos cerrados y la boca abierta. La siento estremecerse sin control, percibiendo su proximidad.

—¿Vas a correrte sobre mí? —Pregunto en tono ronco.

Ella gime fuerte entre empujones.

—¡Kai, por favor!

Con las vibraciones contra su clítoris, que hacen que todo su cuerpo se estremezca a mi alrededor, vuelvo a tirar de su parte delantera hacia arriba, girándola para que me bese. Necesito sus labios mientras me pierdo dentro de ella. La dulce tortura de su hábil lengua contra la mía me hace perder todo pensamiento racional.

—Joder, te quiero —jadeo entre sus labios.

Nuestro beso se vuelve descuidado y nuestras lenguas se enredan distraídamente mientras ambos caemos en nuestra dulce liberación. Su cuerpo tiembla contra el mío mientras grita y mis dedos se aferran a sus pechos bajo el endeble vestido. Lleno el preservativo con lo que me parece la mayor carga de mi vida, siseando entre dientes por el placer que recorre mi cuerpo antes de maldecir en voz alta.

Los dos seguimos jadeando mientras me mantengo dentro de ella. El calor del momento se desvanece y ya noto un extraño cambio en las vibraciones. *Lo dejo escapar de nuevo.*

Salgo de ella, me deshago del condón y me arreglo antes de ayudarla a arreglarse la ropa interior y a bajarse el vestido. Sigue de espaldas a mí, con las uñas clavadas en el secador y los nudillos tensos por algo que le ronda por la cabeza.

—Han —digo en voz baja, esperando que se gire para mirarme.

Me preocupa que esté llorando de nuevo, tal vez perdiendo esa batalla interna consigo misma como la última vez. Nunca debí decirlo. ¿O tal vez fueron todas las tonterías que dije antes? ¿La ofendí? Pensé que sólo estábamos siendo tímidos y locos. Que me jodan por ser un puto idiota.

—Han —vuelvo a decir, rozando su brazo con los dedos para llamar su atención. No puedo dejar que se enfade conmigo—. ¿Estás bien?

Veo de reojo que tiene los ojos cerrados con fuerza, la cara torcida por algún tipo de tensión que se está acumulando. Su mandíbula está más tensa que apretada, y sé que quiere decir algo. Está totalmente absorta en sus pensamientos. Algo la corroe por dentro y estoy esperando a que se derrame.

—Nunca debí...

—Te están tendiendo una trampa —dice rápidamente, interrumpiéndome.

Se vuelve hacia mí con una mirada seria, de esas que te dan escalofríos o te despiertan como un puñetazo en las tripas. Me mira boquiabierta un instante antes de pasar a mi lado y salir por la puerta más rápido que las palabras que salen de su boca.

31

Diga menos

—¿Me están tendiendo una trampa?

¿Quién me está tendiendo una trampa y por qué coño se ha ido así?

Estoy aquí de pie, sintiendo una extraña combinación de satisfacción y terror. ¿Me late el corazón en el pecho por tener sexo insaciable con la chica que me obsesiona o me tiemblan las manos porque tengo la horrible sensación de que hace lo que hace con Bran por mí? Por mí.

¿Quizás por eso mantiene a ese cabrón cerca? Conozco su odio por él. Es de lo único que habla conmigo, con su hermana. No puedo imaginarme que me esté engañando, ¿verdad? No, nunca me habría dicho que me estaban tendiendo una trampa. ¿No es cierto? De cualquier manera, ella sabe algo que yo no, y eso me hace sentir jodidamente incómodo.

—¡Mierda! —Grito, golpeando con el puño la superficie lisa del secador, dejando una fea hendidura.

Vuelvo a mirar los daños de la secadora y pongo cara de dolor, pero luego me encojo de hombros. Se lo merece, supongo. Espero que a su madre le encante esta máquina.

Necesito concentrarme y llegar al fondo de esto.

Cojo el móvil y marco el número del viejo *Lust Lay* para ponerme en contacto con Darío. Vuelvo a acordarme de Silas y Bran, que hablaban inquietantemente mientras miraban en mi dirección, mientras espero a que dejen de sonar los timbres para sacar algo en claro de su pequeña bomba. Nadie contesta y salta el contestador. *Por supuesto.*

Sería mucho más fácil ponerse en contacto con este tipo directamente, pero los tipos que están tan arriba no se comunican con teléfonos ni nada rastreable. Tienen gente que puede hacer eso por ellos. Secuaces que arriesgarían todo para ayudar, sólo por la oportunidad de una buena capa caliente de credibilidad en la calle. Dejándolo por el momento, decido salir de la habitación en busca de Hawke.

Al abrir la puerta, miro de reojo las brillantes luces de la cocina. La fiesta sigue en pleno apogeo, con los cuerpos alineados en el interior, mezclados en conversaciones, esparcidos por todo el lugar. El aroma de la cerveza y la hierba golpea mi nariz de nuevo mientras camino por el pasillo hacia la acción con ojos suspicaces escudriñando la escena ante mí.

En cuanto entro en la cocina, Brynn se gira y me ve desde lejos.

—¡Kid! Ahí estás. Hombre, te estaba buscando. —Corre hacia mí con

una gran sonrisa y me rodea el cuello con las manos—. ¿Quieres fumar esto?

Me levanta un porro, lo pellizca con los dedos índice y pulgar y sonríe inocentemente mientras su culito achispado se inclina hacia mí, sin saber que acabo de meterle la polla hasta el fondo a otra chica en la habitación de al lado. Le devuelvo la sonrisa, pero siento un nuevo peso sobre mis hombros.

—Uh, tal vez en un segundo. En realidad, estoy buscando a Hawke. —Miro a mi alrededor—. ¿Le has visto?

—Umm —se gira y echa un vistazo a la habitación, con las manos en mi estómago mientras se reclina algo inestable sobre sus pequeñas cuñas de corcho—, lo último que vi es que estaba fumando fuera.

Miro hacia la puerta y veo algo que me revuelve el estómago. Mis puños se cierran sobre sí mismos mientras la capacidad de respirar se convierte en una nueva tarea que aún no domino.

Han está sentada a la mesa con Bran, Silas y algunos otros chicos, convenientemente colocado bajo el ala de Bran. La rodea con el brazo, parece demasiado cómodo, como si fueran novios o algo así. Está hablando con alguien mientras ella me mira.

Parece alterada, como si se estuviera gestando una tormenta bajo su mirada. Probablemente debido a que Brynn me tiene, pero que se joda. Ella está en los brazos de Bran.

La fulmino con la mirada, sin entender esta ridiculez, antes de poner los ojos en blanco y soltar una mueca de incredulidad. Sacudo la cabeza, me alejo de Brynn con una sonrisa forzada y salgo.

Llego al patio, cerca de una de las hogueras, y camino entre grupos de personas agrupadas en varias secciones. Hay tanta gente que no reconozco y, sin embargo, todos parecen saber quién soy. Algunos tipos de aspecto elegante me saludan con la cabeza, una chica guapa con minifalda roja me mira de arriba abajo antes de guiñarme un ojo al pasar. Otro tipo me grita:

—¡Kid! —y levanta su vaso de plástico. Las miradas prácticamente gritan—. ¡*Viva el traficante local!*

Si te soy sincero, todo esto es un poco desconcertante. Puede que no sea nada. Podría ser simplemente que más gente sabe de mí y de quién soy de lo que creo. Pero ahora la situación es diferente. Estoy en alerta máxima, haciendo dobles tomas, estrechando miradas.

Busco a Hawke por todas partes cerca de la casa, alejándome de las luces y el alboroto del patio hacia la playa, cuando oigo que dicen mi nombre. Mi verdadero nombre.

—¡Kai! —El nombre llama desde la distancia—. ¡Kai, espera!

No necesito girarme y mirarla para saber quién es. En cuanto lo oí, lo

sentí en el tuétano de mis huesos.

Llega hasta donde estoy yo, mirando al océano, con las manos en la cabeza y las sandalias firmemente plantadas en la arena. Está jadeando y se le están formando pequeñas gotas de sudor en la frente bronceada, con mechones de su cabello negro esparcidos por ella.

—Kai, por favor escúchame...

—¿En qué coño te estás metiendo, Han? —La interrumpo con tono severo.

—Yo no...

—¿Es por esto por lo que huiste de mí allí? No quieres que te vean hablando conmigo. ¿Es por eso? Puede que el capullo se entere de que me estás follando, ¿eh? ¿No tiene buena pinta? —Digo, sintiéndome exacerbada, enfadada, un poco engañada.

—Debes tener cuidado...

Se acerca a mí y me agarra de los antebrazos antes de que los suelte. No sé en quién coño puedo confiar. La chica que ni siquiera intenta abrirse a mí no parece muy de fiar en este momento.

—¿Crees que no conozco a su tipo? Este puede ser tu primer paseo, cariño, pero este no es mi primer rodeo. No necesito mojarme los pies para saber que el agua está fría. Pero te felicito por jugar a dos bandas... tienes dos caras.

—Kai, si en serio crees que haría algo malicioso hacia ti, estás más loco de lo que pensaba. No puedo dejarle saber que estamos tan unidos hasta que sepa...

—¿Crees que aún no ha oído hablar de nosotros? ¿Sabes cómo habla la gente por aquí? ¡Todo el mundo lo sabe todo, Han! ¡Todo!

Me mira fijamente durante un minuto, procesando mis palabras mientras un pensamiento cruza su mente. Es un pensamiento oscuro. Profundo y destructivo. Me doy cuenta por la forma en que sus ojos se estremecen un poco mientras se muerde el interior de la mejilla.

—No todo —dice bruscamente, girando la cabeza y volviendo hacia la casa.

Tiro de las raíces de mi cabello rebelde, sintiéndome jodidamente frustrado. Apoyo las manos en las caderas y me tomo un segundo para pensar.

No todo.

¿A qué se refiere? Lo primero que me viene a la mente es su madre. En cualquier caso, ahora también la he cabreado, y encima podría ofenderla. Fantástico. Todo está jodido.

Mi cuerpo anhela una liberación rápida de este dolor manifestado. Me está suplicando mis dosis diarias normales que ahora me doy cuenta

de que no me he permitido. No necesitaba nada en presencia de Han. Ella es mejor que cualquier otra forma de droga. Le gusta fingir que es mi toxicidad, mi autocomplacencia que destruye lo bueno que hay en mí. Pero en realidad, ella es el antídoto para todo.

Mi respuesta. Mi razón. Mi propósito.

Todo está guardado dentro de ese corazoncito enjaulado. La cerradura, mi enigma. Los sólidos barrotes tras los que mataría por estar preso.

Pero sin ella, me llaman de nuevo. Como un demonio en la oscuridad, arrastrándome de nuevo al reino de las mentiras. Quiere que calme este dolor con el chute de una pastilla para sentirme entumecido de nuevo, una rápida raya de coca para superarlo, o la profunda inhalación de una potente planta para hacerme olvidar todo, aunque sólo sea por un momento.

Lo que la gente como Cole, y cualquiera que no entienda el poder de las drogas, no se da cuenta, es que ya no tomo estas cosas para colocarme. Y la mayoría de las veces, ni siquiera es jodidamente divertido, de verdad. Es para sobrevivir. Ella me ve tomándolas recreativamente, como si tuviera la opción de parar. Pero ya no es así.

Las tomo para volver a sentirme normal. Necesito ser normal. Necesito ser mi mejor yo, especialmente en estas situaciones en las que todo parece fuera de control. Ser un niño sin drogas no es suficiente. He evolucionado hasta necesitar estas sustancias sólo para funcionar a un nivel normal. No puedo deshacer eso ahora porque debería, o porque es lo correcto. Estoy demasiado metido.

Lo único que me pregunto es si Han está jugando conmigo. ¿Y si lo nuestro es una puta broma? Para ella. Para todos. Estoy jodidamente perdido en mi propia cabeza, el tira y afloja me lleva a la locura. Ahora mismo, la única persona en la que puedo confiar, parece que ya no la encuentro en esta fiesta. Ansío claridad como mi próximo puto éxito.

Palpo los bolsillos de mi pantalón, palpo mi teléfono, mi bolsa de imprescindibles y unos cuantos condones más. Grandes esperanzas, supongo. Cojo la bolsita y miro el caramelo que tengo en la mano. *¿Percos? No, no puedo estar insensible. Necesito ser consciente. ¿Addy? Sí, por favor.*

Me dirijo al barril, me sirvo una cerveza y me tomo las pastillas. Al tragarlas, veo a Tarah con sus amigas en un banco del patio. Se vuelve para mirarme justo cuando me doy la vuelta, fingiendo que no la he visto. Joder.

—¡Kid! —grita levantando las manos.

Jesús, ¿en serio? ¿Ahora? ¿Ahora?

Corre hacia mí con su bikini verde azulado y una camiseta negra transparente por encima, lista para la playa. Se acerca a mí, me agarra por debajo de la camiseta y tira de mí hacia ella.

—¡Cariño! Ven a divertirte con nosotros —dice, mirando hacia las chicas y luego a mí con ojos suplicantes.

Parece estar ya bastante ebria, al igual que sus tres sonrientes amigas, que en estos momentos miran en nuestra dirección. En otro día, en otra vida, ¿me encantaría ponerme como una cuba y perderme en ellas? Sí. Sí. SÍ.

Pero hoy no.

—Lo siento, tengo que...

—¡Ven, haz una fila con nosotras! —me interrumpe, cogiéndome de la mano e ignorando mi intento de apartarla mientras vuelve a tirar de mí hacia la mesa.

Di menos.

32

Sr. Roboto

Saludo a las damas con una pequeña inclinación de cabeza. Todas me miran de arriba abajo, agitando las pestañas pegadas mientras se ajustan las tetas, bien altas para el nuevo pajarito de la ciudad.

—Seguro que no es tan buena como la tuya, pero... —Se encoge de hombros con una sonrisa simpática mientras derrama el contenido de una bolsita sobre la mesita de cristal que hay delante de los muebles de exterior en los que estamos plantados.

Me pongo a ello, tomando unas cuantas líneas de la mesa de cristal inmediatamente para mí. Sea cual sea la mierda que tiene, probablemente es más débil de lo que estoy acostumbrado de todos modos. Me siento y finalmente suelto un suspiro, sabiendo que la combinación de esta mierda está a punto de sacudirme como necesito.

—Bueno, si no es el chico punk, buscando un nuevo calcetín para follar.

Levanto los ojos y veo a Bran encima de mí. Los músculos de mi cuello se tensan de inmediato, pero luego se relajan. A veces olvido que se llama Brandon y que no es más que un cabrón chupapollas que busca la aceptación de un público más duro cuya definición de lucha no sea verse obligado a conducir un G-Wagon de 2019.

—¡Espera, quédate quieto! —Digo, levantando mis manos, centrándolo entre ellas—. Estoy intentando imaginarte con personalidad.

Frunce el ceño, y me recuerda mucho a Calamardo[23].

—No, no importa. No la veo. —Sonrío, dándole la espalda.

—Ah, tenemos un verdadero bromista aquí, chicos —dice, mirando a su grupo de imbéciles detrás de él—. ¿No se supone que deberíais estar en algún tipo de festival Emo este fin de semana? Deja que los hombres se ocupen de las mujeres mientras tú y tu novio se pintan las uñas de negro.

—Eso es lindo. Muy mono. Pero lo mío son las chicas —suspiro, me acomodo en el sofá y sonrío a las chicas que me rodean, que me devuelven la mirada coqueta. Vuelvo a mirar a Bran y me encojo de hombros—. Y parece que ellas también sienten algo por mí.

—Por favor, si quieren un hombre de verdad, ya saben dónde encontrarlo. —Se burla, inflando el pecho como una adorable palomita.

—Ah, Brandon —digo, poniendo mi mejor voz de falsa lástima—. No te avergüences de quién eres... ese es el trabajo de tus padres.

Las chicas ahogan la risa. Levanto los pies sobre la mesa y rodeo con los brazos a Tarah y a la que está sentada a mi izquierda mientras inclino la cabeza hacia atrás y a un lado, con mi infame sonrisa de comemierda.

—Te voy a joder, espera —gruñe lo suficientemente alto para que le oiga.

—Ayuda si tienes una polla lo bastante grande para hacer el trabajo, supongo. —Me encojo de hombros.

Tarah se tapa la boca con la mano, riendo sin control. Bran estrecha los ojos hacia mí y yo vivo por el hecho que el rumor, en este caso, no me ha fallado. El pequeño capullo tiene un capullito, y al parecer no soy el único que está al tanto de este secreto.

Nos pasa rozando, con el ceño fruncido, mientras su rebaño de ovejas le sigue en busca de alguien más débil a quien dominar.

La fiesta continúa mientras Tarah y las chicas charlan y toman chupitos, riéndose del hecho de que Bran tiene un pequeño cigarrito en los pantalones. Empiezo a sentirme relajado, se me quita la ansiedad de encima mientras mis entrañas se electrizan, palpitando con una euforia que echaba de menos. Suena música dentro de la casa, más fuerte que antes, y oigo a algunas personas silbar y gritar. Me inclino hacia delante, miro por la ventana y veo que se está formando una multitud.

Las chicas bailan sobre la mesa al ritmo de la música. *Qué original.*

Me viene un pensamiento a la mente. ¿Y si es Han? ¿Sería una de esas chicas a las que les da por follar después de una pelea y se sueltan, buscando a ese desconocido con el que follar? ¿Y si está ahí arriba bailando sexualmente al ritmo de la música con hombres tocándole el culo, haciendo rodar sus manos por sus suaves muslos? Joderé a alguien.

Me pongo de pie, me siento inestable y de repente olvido lo que estoy haciendo. *¿Por qué estoy de pie? ¿Qué estaba haciendo?* Miro a las chicas en el sofá. Están echadas hacia atrás en sus asientos, relajándose con las cabezas apoyadas en los muebles de exterior. Vuelvo a mirar hacia la ventana donde estaba el baile. Ya no hay nadie en la mesa. Por eso me he levantado. La mesa bailando. Es como si el tiempo se hubiera saltado un compás y me hubiera perdido algo. ¿Pero cómo?

Veo los restos dispersos de nuestras líneas sobre la mesa auxiliar de cristal, que parecen estrellas dispersas en el reflejo del cielo nocturno. *¿Así es como llegué aquí?* Esnifamos coca. ¿Por qué se están enfriando? Acabamos de esnifar coca. Deberían estar encendidos. Deberíamos estar todos borrachos.

Entro en la casa a trompicones y encuentro un cuarto de baño. Me

abro paso mientras una chica que se lava las manos grita, me empuja y sale corriendo. Cierro la puerta tras ella, necesito un momento para mí.

Me agarro al mostrador, trago saliva, respiro por la boca abierta y miro profundamente mi reflejo. Tengo los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas. Esto no es nuevo, pero las sensaciones que recorren mi cuerpo sí lo son. Nada de lo que estoy experimentando es mi subidón normal.

Siento vibraciones reverberando en mi pecho, y calor en mi cráneo. Mi cerebro podría estar derritiéndose o sangrando. Probablemente sangrando, pero en este momento, se siente tan bien.

Muy bien.

Tan bueno que ni siquiera me importa.

Tengo una sensación punzante en el lado derecho de la cabeza, detrás del globo ocular. Mi globo ocular podría ser mecánico. Podría haber piezas de metal oxidadas que se sienten como si estuvieran viejas, cuando en realidad mi robot se está estropeando. ¿Es eso lo que se siente al morir como robot? No lo sé. No es que haya sido uno antes. ¿O lo he sido?

Ahora estoy en el pasillo, sólo que el pasillo está inclinado. Las luces están estiradas y alargadas con toques de arco iris en las colas. Todo parece inclinado sobre su eje. *¿Cómo he llegado hasta aquí?* Estaba mirándome en el espejo y ahora estoy aquí. Levanto la cabeza y me doy cuenta de que está inclinada porque la tenía apoyada en la pared.

Ahí está. Es Han. Mi Han.

Ahora está delante de mí. Ni siquiera la vi venir. Joder, es preciosa. Me adormece con su presencia tranquilizadora.

—¿Kai? —Me agarra los lados de la cara con las manos—. Kai, cariño, ¿qué pasa? ¿Por qué te ves así?

Está preocupada. Realmente preocupada, pero me llamó cariño, así que está bien. Me está cansando con todas sus preocupaciones. Cierro los ojos y suspiro. Me encanta sentir sus manos en mis mejillas. Tan suave y pegajosa, como caramelo caliente. Quiero lamer su aroma como si fuera una piruleta con sabor a Han.

—¡¿Kai?! ¡¿Qué has tomado?! —vuelve a preguntar, sacudiendo mi cabeza seca.

Estoy seco por todas partes. Tengo la sensación de que la córnea se me va a caer del ojo como un trozo de piel con el próximo parpadeo. Siento la garganta como cemento, agrietada por el calor de un sofocante día en Los Ángeles, pero no pasa nada. Es manejable. Si necesito sentir un poco de dolor para sentir este subidón, vale la pena.

Merece la pena.

Sexo.

El sexo merece la pena. Incluso las consecuencias. ¿Y qué si Han se queda embarazada? En realidad me encantaría esa idea.

Han está embarazada.

Han.

Vuelvo a abrir los ojos y la veo. Su cara tiene esa adorable arruguita entre las cejas. La quiero tanto que podría caer dentro de ella.

—No eres una chica que se enfada y baila encima de las mesas —digo, con alivio, al darme cuenta de que no es ese tipo de chica—. Es algo tan propio de una chica blanca. Estoy muy orgulloso de ti.

—Joder, tenemos que sacarte de aquí —dice rápidamente, con los ojos desorbitados mientras me agarra las manos con las suyas.

Dicho globo ocular ahora está supurando. No costroso, sino derretido y pegajoso, ahora se siente caliente. Puede que el ojo haya reventado en la máquina mecánica y esté goteando por mi cara entumecida y caliente. ¿Sabe alguien que estoy vivo aquí? Estoy vivo en este caparazón robótico. Tengo alma.

Grito desde mi alma.

¡No pueden oír el grito de mi alma! ¡Está atrapada por este robot sintético de carne y hueso! Qué ingenuo soy. Hay tanto aquí y todo está tan desorganizado.

Atraigo a Han hacia mí, apoyando la barbilla sobre su cabeza. Respiro, huelo su delicioso pelo y lo suelto con un suspiro. Es imposible que me engañe. Le importo de verdad, aunque le cueste admitirlo. Puedo sentirlo en lo más profundo de mí.

Nunca dejaré de perseguirla. Aunque este robot se derrita en un charco de acero fundido, la perseguiré hasta que se enamore de mí. Al estilo del puto robot fantasma.

—Te quiero, joder. Aunque tú no me quieras. Siempre te querré. Eres mi pequeño hámster. Sólo quiero exprimirte la vida.

—¿Cariño? —me pregunta en voz baja, retrocediendo un poco para mirarme a los ojos. Sus manos se posan en mi cuello, sus pulgares acarician mi mandíbula, antes de hablar lenta y cuidadosamente—. ¿Qué has tomado?

—Puede que sea tu primer paseo, cariño, pero éste no es mi primer rodeo. —Digo la frase y luego bajo las cejas, riéndome para mis adentros—. ¡Déjà vu! ¿O de verdad ya he dicho eso esta noche? Addys y coca, nena. Addys y coca.

—Kai, abre los ojos —dice bruscamente su voz temblorosa.

La estoy mirando fijamente. ¿De qué está hablando? Su robot está funcionando mal.

—Están abiertos.

—Cariño, por favor, ábrelos. Me estás asustando de verdad —suplica.

Me asomo a través de una capa que no sabía que estaba ahí. Se necesita una tremenda fuerza de energía para hacerlo, pero una vez que lo consigo, veo la amenaza que nos acecha.

—Ah, no podías venderte a los fáciles —dice Bran, acercándose por detrás a Han.

Han suelta las manos y se vuelve hacia él. Sus ojos siguen preocupados y me pregunto si siempre han sido así y yo nunca me he dado cuenta. Enderezo mi figura y me vuelvo hacia Bran cuando se acerca a mí, obligando a Han a dar un paso atrás.

—Decidiste intentar un desafío mayor, por lo que veo. —Sonríe, asintiendo a Han.

Entreabre los labios y le mira con los ojos entrecerrados.

—Déjame contarte un pequeño secreto. —Se inclina hacia delante, su boca junto a mi oreja—. ¿La señorita morbosa, obsesionada con la muerte de aquí? Actúa como una puta, pero no dejes que te engañe. Es una verdadera provocadora.

No. No, joder, no lo hizo.

33

Peso

Se inclina hacia atrás, una sonrisa se extiende por su cara de mierda mientras las palabras se hunden en un lugar que activa las peores partes de mí.

Le doy un puñetazo en la mandíbula, su cabeza se inclina hacia un lado y cae al suelo. Me subo encima de él, con una rabia que nunca he conocido brotando de mí mientras sus palabras se repiten una y otra vez en mi torturada mente.

Señorita morbosa.

Obsesionado con la muerte.

Zorra.

¿Cómo se atreve a hablar así de ella conmigo o con cualquiera? Nadie debería conocer sus secretos como yo. Nadie debería usar su propia oscuridad contra ella. Su nombre nunca debería cruzar sus labios, nunca más. Una y otra vez, le doy puñetazos en el cuerpo, hasta que uno me alcanza en la barbilla.

—¡Pelea! —grita alguien detrás de nosotros.

Nos damos la vuelta en el pasillo; él me empuja contra la pared mientras yo agarro su camisa con mis puños ensangrentados, haciéndole girar hasta que lo estampo contra la pared. Me da una patada en las piernas y me tira al suelo de espaldas con un ruido sordo.

—¡No sabes con quién te estás metiendo, gamberro! —Me golpea con el puño en la mandíbula.

—¡No! ¡Kai! —Han grita, tratando de sacarme de encima de él—. ¡Hawke!

—Tu puto noviecito no puede salvarte ahora —refunfuña.

—Lo dice el que se gana la vida chupando pollas —le escupo, ganándome otro puñetazo en la cara.

Me río mientras me golpea de nuevo. Este cabrón no se da cuenta de que ahora mismo no siento una mierda. Estoy entumecido, pero no sé por qué. Literalmente tomé Adderall para no estar entumecido.

—¿Por qué coño te ríes? —me pregunta, golpeándome de nuevo, haciendo que mi cara dé un latigazo hacia la derecha.

Veo que mi sangre salpica la pared de al lado, como si fuera una prueba de manchas de tinta. Me pregunto por la validez de esta prueba, cuando lo único que puedo visualizar es un corazón de

aspecto desaliñado que parece roto por la mitad. Es tan apropiado. Me hace reír aún más.

—¡Deja de reírte! —grita, alterándose por mi reacción—. ¡Maldito payaso!

Rápidamente aprieto su camisa con mis puños, tirando del material estirado hacia mí, haciéndole caer dentro de mí.

—Déjame contarte un secretito —le digo, aun sonriendo mientras lo acerco a mi boca llena de sangre—. Sólo hay una persona que puede hacerme daño, y no eres tú, pequeña zorra.

Le escupo sangre a la cara antes de que mis miembros se vuelvan gelatina y la intensidad con la que luchaba parezca haberse desvanecido. La adrenalina que una vez formó parte de mí, se ha disipado, dejando ahora que mi cuerpo se defienda por sí mismo. Todo se vuelve borroso. Me desvanezco. Más golpes, más gritos, más gritos ahogados de Han detrás de mí. Es un caos, realmente, pero parece que no puedo hacer nada al respecto.

Intenta quitármelo de encima o darle un puñetazo, pero su estúpida forma de deportista se lo impide. Segundos después, veo a un robot borroso abrirse paso a través del salvaje grupo de gente, haciendo volar cuerpos por los aires. Me arranca a Bran de encima, lanzándolo contra una pared antes de lanzarle unos feos golpes.

No me gustaría estar al otro lado del puño de ese robot. Es aterrador cuando está feliz. ¿Cómo sé esto de él?

Abro los ojos, que aparentemente se me han cerrado, y veo a Han en la parte trasera de un vehículo. Me tiende la mano, extendida como si estuviera a kilómetros de distancia. Alguien me lleva por debajo de las axilas y mis piernas se arrastran. Me dejo caer, apoyando mi pesada cabeza en su suave regazo. Sus manos sostienen mi cráneo, que parece pesar como una bola de bolos.

Sólo puedo concentrarme en las flores negras de su vestido que juraría que eran moradas al principio de la velada. Eran moradas. Flores moradas que ahora se han vuelto negras por la sangre que gotea de mi boca sobre su vestido.

Me sujeta la cabeza con las manos mientras se mueve animadamente por encima de mí. Está hablando, pero no la oigo. ¿Por qué no la oigo? Muevo los ojos para ver con quién está conversando. Es Hawke, sentado en el asiento del copiloto. No distingo bien sus palabras, pero leo su lenguaje corporal mejor que un hombre de quinientos kilos lee un menú. Él le grita y ella le responde.

Sid se ha unido a la diversión. Al parecer, nos está conduciendo ahora mismo. Ni siquiera sabía que nos estábamos moviendo hasta que vi una luz pasarnos como un cohete. Se parece a Morgan Freeman de Conduciendo a Miss Daisy. Sus manos, firmemente puestas en diez y

dos, y su agarre de nudillos blancos en el volante, lo dicen todo. Este coche está lleno de tensión.

—Su cabeza parece un huevo, hombre —dice Sid, mirando por el retrovisor.

—Soy el hombre huevo —canto desde mi posición en el regazo de Han, esperando que el alivio cómico elimine algo de tensión . —¡Yo soy el pez globo, goo goo, a'joob!

No sé por qué se pelean, pero siento que mi pequeña melodía resolverá todos nuestros problemas.

Hawke se vuelve de nuevo hacia mí con una mirada más suave en sus ojos y diferentes luces brillantes detrás de él ahora.

—No creo que sea una buena idea. ¿Seguro que estás bien?

Parece ansioso, preocupado y, sobre todo, estresado. Miro a mi alrededor y veo que el coche ya se ha parado, y estoy sentado con la cabeza apoyada en el asiento. Han me agarra con fuerza las dos manos con las suyas. Estamos en otro lugar. El tiempo se me escapa. No recuerdo haberle dicho que estaba bien, pero asiento de todos modos. Se va y nos alejamos.

Tengo un globo pegado a la cara.

Me incorporo y me toco el globo que es mi labio inferior. Hay algo seco y costroso en él. Sangre. Estoy rodeado de oscuridad y mantas. Me incorporo e intento mirar a mi alrededor, pero dondequiera que esté está completamente oscuro. ¿Estoy muerto? No, no sentiría dolor.

En cuanto me doy cuenta de que tengo el labio hinchado, siento un dolor agudo en el pómulo izquierdo. Como las gotas de lluvia que preceden a un aguacero, todas estas partes de mi cuerpo se inflaman de dolor, siendo mi cabeza la peor.

—Kai —su dulce voz flota hacia mí en la oscuridad.

Antes de que se encienda una luz, siento cómo se mueve debajo de mí cualquier cosa sobre la que esté sentado. Tengo que protegerme los ojos del sol que estalla delante de mí. Aquí todo es tan blanco.

—¿Pero por qué? ¿Por qué un edredón negro no era una opción?

—Semen —responde simplemente—. Se nota.

Me río de su pequeño intento de bromear y luego gimo porque me duele todo.

—Mierda, lo siento —susurra.

Camina hacia el otro lado de la cama en calzoncillos y camiseta de tirantes blanca. Lleva calzoncillos de desayuno. Pequeños huevos bailarines y tostadas sonrientes, de la mano. Lo primero que pienso es en Kevin Bacon[24] y Egg Ryan[25], protagonizando la nueva comedia romántica: *Jodidamente destinados a ser*.

—Esto. —Me da un puñado de pastillas—. Tómatelo ahora.

Recuerdo una época, hace ya muchos capítulos, en la que me tomé un puñado de pastillas y acabé aquí, ensangrentado, confuso y con mucho dolor. ¿De verdad debería tomarlas? Ni siquiera sé lo que son.

—A la mierda —me digo, cogiendo el montón y tragándolas.

Me da un vaso de agua que está junto a la mesilla de noche, un montaje que claramente me estaba esperando. Ella estaba anticipando que me despertaría y los necesitaría, esperando esto. Esperando para cuidarme. Ella me cuidó.

—Te preocupas por mí. —Gimo, afirmando el hecho antes de caer de nuevo en la nube blanca que es su cama.

Se tumba a mi lado, apoyada en un codo, y su cara encuentra la mía. Parpadea antes de sacudirse el cabello de los ojos, que se le ha apelmazado hasta formar un montoncito muy mono encima de la cabeza.

—Sí —susurra, mirándome nerviosa.

Se inclina lentamente hacia delante, siguiendo con la mirada el rastro de mis labios hasta mis ojos. Coloca sus labios suavemente sobre los míos, y la sensación vuelve a despertar esa necesidad en mí. Al retirarse, sustituye rápidamente la sensación agradable por una bolsa de hielo helado contra mi labio.

—¡Mierda! —Maldigo por el dolor.

Lo hizo a propósito.

—Me asustaste, Kai —susurra en un tono entrecortado—. Estaba tan preocupada por ti.

—Estoy bien —la tranquilizo—. Siempre estoy bien.

—¿Qué te has tomado? —pregunta desesperada.

—Sólo addys, coca y cerveza. Debía de estar cansado o algo así. ¿La mezcla me afectó? No lo sé.

Vuelvo a gemir mientras ella ajusta la mochila.

—Kai, nunca haría nada que te hiciera daño, lo sabes, ¿verdad? —pregunta con tanta necesidad en los ojos.

Necesita que lo sepa. Necesita que lo sienta. Pero también, ¿por qué hacerlo? ¿Por qué se puso en la posición de involucrarse? Necesito más que esta mierda aguada. Necesito respuestas legítimas.

—Lo sé —susurro, acercándome para tocarla—. Sé que no lo harías. Simplemente no lo entiendo.

Mi mano le acaricia la cara y ella se inclina hacia mí, con una expresión de inquietud mientras la estudio.

—He estado saliendo con Bran. Acercándome a él —admite.

Mi mandíbula lastimada se flexiona solo con el nombre.

—¿Por qué harías eso, Han?

Me agarra la mano que sostenía su cara y la deja caer sobre mi estómago. Me mira el dorso de la mano y sus ojos ven el daño que siento en los nudillos. Tragando saliva, susurra:

—Porque tengo que hacerlo.

Entrecierro los ojos, no me gusta esa respuesta, pero suspiro porque literalmente me duele demasiado como para oponerme. Nos quedamos un rato en silencio, yo mirando al techo y ella a mí. Nuestras mentes deben de estar llenas de preguntas.

—¿Cuál es el poder de superhéroe más patético que se te ocurre?

Levanto una ceja mientras resoplo ante la pregunta al azar. No es lo que pensaba, pero aquí estamos. La vieja Han ha vuelto.

—Radar de detección de aguacates.

—Siiii. —Sonríe y se tumba de espaldas a mí, con las cabezas una al lado de la otra y mirando hacia el techo blanco.

—Uñas de los pies a prueba de balas. —Añado.

—Épico. —Mueve la cabeza con deleite.

—¿Qué tal la capacidad de saltar al futuro pero sólo un segundo, una vez al día?

—¡¡¡LAMENTABLE!!! —grita, riéndose de nuevo mientras giro la cabeza hacia un lado para mirarla.

Estudio el perfil de su cara con la luz que brilla tras ella. Su pequeña nariz de botón ligeramente puntiaguda. Los labios carnosos y gruesos que se posan en su cara, casi pidiendo a gritos ser besados. Sus pestañas largas y oscuras que se agitan dos veces cuando se da cuenta de que la observan.

—Si tuviera un poder de superhéroe cojo —dice, mordiéndose la comisura del labio antes de girarse para mirarme—. Sería tener un páncreas invisible.

Mi rostro serio se quiebra en una enorme sonrisa risueña. Me agarro el estómago de dolor mientras intento parar de reír.

—Joder, me estás matando —gimo—. Esa es la más inútil de todas.

Ahora gira la cabeza hacia mí, su sonrisa me irradia y me hace olvidar dónde estoy. ¿De verdad me han dado una paliza esta noche? Ni idea. Pero Han me está sonriendo, así que, costara lo que costara llegar hasta aquí, lo volvería a hacer sin dudarlo.

Nos separamos unos centímetros mientras estudia mi cara. Veo que sus ojos recorren mi labio roto y luego debajo de mi ojo izquierdo, donde debe de estar formándose un moratón. Su expresión se

transforma rápidamente en tristeza cuando mi aspecto no es más que un feo recuerdo de lo que hemos pasado esta noche, cuyos detalles aún son muy vagos.

—¿Por qué haces eso? —Pregunto suavemente.

Alargo la mano y le froto con el pulgar la arruguita del estrés que siempre aparece entre sus cejas, intentando aliviar su preocupación.

Sus cejas se fruncen, claramente sin entender mi pregunta.

—¿Por qué haces preguntas tan aleatorias? ¿Para estudiar a la gente? ¿Para cambiar de tema cuando la conversación se complica?

Frunce los labios, pensando para sí misma, casi contemplándolo como nunca. Sus ojos suben y vuelven a encontrar los míos, mientras una pequeña sonrisa se dibuja en su labio.

—Supongo que es mi patético poder de superheroína —dice en voz baja, lamiéndose el pulgar antes de pasármelo por la ceja.

Me enseña el pulgar, cubierto de sangre seca.

—Sé sincera conmigo —le digo, cogiéndole la mano por delante y ganando su contacto visual directo. Ella respira nerviosa—. ¿Todavía lo quieres?

Es una duda que tengo desde hace tiempo. Ella dice que odia al tipo y que sólo lo usa en su juego, pero el único propósito de someterse a ese tipo de tormento no puede ser sólo por mí. ¿Quizás hay un amor no correspondido que ha estado supurando desde que él la engañó y destruyó todo su pequeño mundo tras la muerte de su madre? No puedo soportar la idea, pero necesito saberlo.

Su cara se tuerce de disgusto mientras sacude la cabeza.

—No —dice, apenas por encima de un susurro. Su cara me dice que estaba loco por preguntar—. En absoluto.

—Entonces, ¿por qué, Han? ¿Por qué te pones en sus brazos? ¿Cuál es el juego que estás jugando?

Se sienta y se apoya en las manos mientras mira a la pared.

—Oyes cosas cuando tienes cerca malas compañías.

—¿Como lo del montaje? —Pregunto, entrecerrando los ojos mientras empujo para sentarme a su lado—. ¿Sabías que iba a asaltarme en la fiesta? ¿De eso se trataba?

—No. —Ella sacude la cabeza con firmeza, girándose para mirarme—. No, no tenía ni idea de que eso pasaría.

—Entonces, ¿por qué el mensaje críptico antes de dejarme? —pregunto, exasperado.

—Hay gente mala de todas las formas y tamaños. Aunque a Bran le guste representar papeles, sigue siendo malvado bajo cualquier

sombrero que se ponga —declara—. Créeme, ya he jugado con él en mi propio beneficio bastante tiempo. Me robó algo. Pero ahora se trata de ti, no voy a...

—Esa noche... —Empiezo, interrumpiéndola—. Esa noche en la fiesta, estabas intentando abrir su caja fuerte. —Mis ojos recorren su camino desde el lugar del suelo que estoy estudiando hasta sus ojos—. ¿En qué coño estás metida?

—Sólo necesito que seas consciente de sus intenciones. Está orquestando algo. Lo escuché esta noche. Está enfadado porque has venido a la ciudad y le has jodido el negocio. Están preparando algo malo, y necesito mantenerlo cerca.

Ella tiene razón. El mal viene en todas las formas. Hawke me enseñó eso. Pero esta mierda es demasiado. Incluso si Bran y Silas están conspirando para joderme, ella no necesita intervenir en la guerra de drogas que hay entre nosotros. Es mi mierda en la que me he metido y de la que sólo necesito salir. Me burlo de la ridiculez.

—Estoy tratando de protegerte, ¿no lo ves? Tienes que salir de esto.

—Eso es. No quiero que tengas que hacer eso, Han. No es tan importante para mí.

—Ves, ése es el problema —me suelta, con su actitud enardecida mientras se levanta y se pasea por la habitación.

Secretamente me encanta cuando se enciende. Hace que mi polla se retuerza. *Mal momento, mal lugar, amigo.*

—¿Qué? ¿Qué me importa una mierda Bran y sus gilipolleces? —Me burlo mientras me levanto de la cama—. No le tengo miedo.

—No es sólo eso, es todo lo que te estás haciendo.

—Espera. —Me río entre dientes, apartando la mirada de ella antes de comprender sus intenciones—. ¿Me estás dando una charla D.A.R.E.? ¿Dejar la coca, yonqui? —Sacudo la cabeza—. Jesús, ya tengo a Hawke y a Cole ladrándome al oído, ¿y ahora tú? Joder, pensaba que eras diferente. Como, hombre, tú aguantas más mierda que yo.

Entrecierra los ojos y frunce el ceño, diciéndome que ese último golpe le ha dolido. Se acerca hasta donde estoy, mirándome con fuego en los ojos.

—Vete a la mierda, Kid.

Odio que me guste cuando está enfadada. No debería presionarla así, pero hay algo en su energía cuando está enfadada que me atrae hacia ella. Creo que lo que me gusta es la pasión en estado puro.

—¿Jódeme? Por favor, hazlo. —Ladeo la cabeza, mirándola—. Pero sólo en secreto, en armarios oscuros.

—Ves. —Ella se burla, su pecho subiendo y bajando de ira—. Todo es

una broma para ti.

—Tampoco todo tiene que ser tan dramático. Esta mierda no es tan importante.

—¡Nada lo es Kai! —Está enfadada. Está gritando. ¿Cuándo me ha gritado alguna vez? Camina hacia el otro lado de la habitación, se pasa las manos por el cabello, se aparta el flequillo de la frente mientras sopla aire entre los labios. No esperaba esta reacción de su parte. ¿De dónde viene? ¿De la ira? ¿De la rabia?

—Nada de ti es importante para ti. No todo puede ser siempre una broma. En algún momento, tienes que tomarte esta mierda en serio. ¡Tómate tu vida en serio! Te apresuras a decirme a mí y a todos los que te rodean cómo superarse, cómo abrirse y ser auténticos, pero cuando se trata de ti, ¡nunca te miras en el puto espejo! —escupe, señalándome con el dedo mientras grita.

—Yo no hago eso —argumento.

Vuelve a marchar hacia mí, apuntándome con el dedo al pecho mientras continúa:

—Si te esforzaras la mitad de lo que te esfuerzas en perseguirme, nunca acabarías en situaciones como la tormenta de mierda de esta noche.

—No es...

—Nunca te hablas a ti mismo como me hablas a mí. ¿Ni siquiera sigues tus propios consejos? ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué no puedes hacerlo?!

—No lo sé, supongo que nunca sentí la necesidad...

—Vales más que cómo te tratas a ti mismo. Lo que hiciste esta noche fue ridículo. Estás encima de Brynn, haciendo mierdas y diciendo cosas sólo para meterte en mi piel, luego me ves con Bran, sabiendo lo que siento por ese gilipollas, ¡¿sólo para meterte una tonelada de pastillas y casi tener una sobredosis?! Ahora Hawke cree que tuve algo que ver. —Suspira, pasándose la mano por la cara.

—¿Qué? Eso es mentira. No, tuviste que ver.

Digo las palabras, pero luego me invade una oleada de preocupación. No me gustaría causar más desavenencias entre su familia, sobre todo cuando Han, literalmente, no tiene nada que ver con el hecho de que yo estuviera jodidamente drogado. Y además, yo le di el primer golpe a Bran. Claramente, eso no estaba planeado.

—No sé por qué todo esto es para tanto, la verdad.

—¡Es una jodida gran cosa, Kai! —grita.

Abro la boca para replicar, pero me quedo sin palabras. ¿Por qué está tan enfadada?

—Es hora de que despiertes de una puta vez y dejes de ser tan

malditamente egoísta. Date cuenta de que hay gente que también te necesita —grita, sin aliento por su pequeña perorata.

Espero a que continúe, pero acaba alterada por sus pensamientos. Finalmente se sienta en el borde de la cama, con los ojos llenos de lágrimas mientras se lleva los puños a los labios. Su mandíbula permanece tensa, como si quisiera sostenerse con ella.

Me incorporo y le pongo una mano en el hombro antes de que me la quite de encima.

—Vete —dice en voz baja, respirando con dificultad por la nariz.

—Han...

—¡Vete de una puta vez! —grita.

Esta no es la intensidad que anhelo. Se está rompiendo en pedacitos ante mí. Sus grietas se revelan a medida que exuda su dolor. No me gusta esta parte. No me gusta nada. Esto no es nosotros siendo juguetones y descarados, esto es tortura real. Verdadero dolor. Algo que nunca pensé que fuera capaz de sacar de su frío e indiferente corazón.

Me levanto, dejo la bolsa de hielo en la mesilla y me dirijo hacia la puerta. Voy a darle espacio. Es evidente que soy yo quien la hace reaccionar así. Ya le he hecho bastante daño esta noche, por si mi cara no fuera prueba suficiente.

Me quedo junto al marco de la puerta, mirándola mientras tamborileo nerviosamente con los dedos sobre la madera blanca. No quiero dejarla. Quiero abrazarla. Quiero quitarle todo lo que la agobia y levantarla, aunque sólo sea un minuto. Pero le he fallado fallándome a mí mismo.

Tiene la cabeza apoyada en la palma de la mano, los dedos agarrando su flequillo hacia arriba, haciendo que los pequeños brotes de cabello se claven a través de su pequeño agarre de estrés. Dejo caer la mirada al suelo, sintiéndome derrotado, sintiéndome bien... como una mierda. Me trago el dolor y me doy la vuelta para marcharme.

—El pensamiento en realidad cruzó mi mente dos veces esta noche.

Su voz me detiene en seco. Me doy la vuelta.

—¿Qué pensamiento? —Pregunto, mis ojos la rastrean inmediatamente.

Se queda mirando fijamente a un rincón de la habitación, con los pensamientos corriendo por su pequeña y complicada mente como un ciclón de emociones.

—Dos veces —dice en voz baja, con la voz quebrada por la emoción.

Sus ojos se encuentran con los míos y las lágrimas corren a lo largo de sus sonrosadas mejillas, corriendo hacia su temblorosa barbilla.

—Dos veces esta noche sentí el peso de perderte.

34

Pausa

Me duele el corazón al oír sus palabras. Se aprieta en un puño diminuto y apretado, casi negándole a mi cuerpo el derecho a vivir si no doy prioridad a sus necesidades.

Pensar que le importo tanto como para temer perderme en su vida. Nada de esto es fácil para ella. Literalmente se ha preparado para luchar contra estos sentimientos. La empujan y tiran de ella, quiere amor, le aterroriza y, sin embargo, lo anhela, sabiendo que puede acabar con ella.

Todo con nosotros es tan complejo. Tan complicado. Nada es tan fácil como «oye, te quiero» y «eso es genial, te quiero de vuelta». No. Con nosotros, tienes que arrancar las malas hierbas antes de plantar la maceta. Las malas hierbas que quedan en la tierra que hemos arraigado, intentan estrangular lentamente el crecimiento que hemos formado entre nosotros. Pero a pesar de ello, luchamos. Luchamos y luchamos para seguir creciendo, porque no podemos darnos por vencidos.

Nunca podría irme. Nunca podría salir por esta puerta con ella tan destrozada. La mirada de tortura en sus ojos, el dolor de verme destruirme, me afecta más que cualquier otra cosa. Nunca lo he sentido como lo siento de ella. No cuando Hawke lo intentó, ni siquiera Cole... no golpea igual. ¿Pero verla derrumbarse por mi culpa? Bueno, sólo me recuerda lo que sentí cuando la vi sangrando.

Me rompió. Me aterrorizó. No podía soportar verla herida por algo que, en un momento dado, era para divertirse. Me hizo detenerme; me hizo pensar. Pero claramente, no lo suficiente. Me está viendo autodestruirme, y el dolor de eso es un recordatorio de los demonios de su pasado.

Suspiro, me relamo los labios y vuelvo a acercarme a ella, que está en el borde de la cama. Me dejo caer entre sus piernas y me arrodillo ante ella. Tiene los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos mientras esta alma dulce y torturada deja escapar el aliento.

Mi mano encuentra la pierna que cuelga de la cama. Le toco lentamente el tobillo y recorro con los dedos su suave piel en una línea continua. Los dedos llegan a su rodilla y ella aspira un suspiro rápido, liberándolo junto con parte de su rabia. La tensión de sus ojos se relaja un poco cuando mi palma se posa sobre su rótula. La recorro con el pulgar y veo una profunda cicatriz. Hago círculos sobre la cicatriz, inclino la cabeza hacia abajo y aprieto suavemente los labios contra ella, besando la herida de un tiempo pasado. Un pasado que

haría cualquier cosa por conocer. Un tiempo en el que desearía haberla conocido, para haberla cuidado como ella me ha cuidado a mí.

Nunca había querido saber tanto de otra persona como de Han. Mi necesidad de saber cosas raras e intrincadas sobre ella que nadie más podría saber me hace preguntarme cuál es la línea que separa el amor de la obsesión. Quiero saber qué canciones escucha cuando está triste, qué sabores la hacen tararear y suspirar de placer, qué recuerdos de su infancia aprecia más. Quiero ahogarme en cada aspecto de ella, en cada detalle, en cada situación que la ha convertido en la criatura curiosa que tengo ante mí. La que nunca puedo quitarme de la cabeza. La mujer que literalmente me posee por completo.

Levanto la vista desde mi posición debajo de ella, una mirada suave, enfática y apenada emana de mi interior. Mi corazón se acelera con una ansiedad que nunca había conocido. Por fin abre sus preciosos ojos verdes. Los marrones oscuros que se arremolinan en sus verdes bosques, con los toques de ámbar que encienden mi alma, quedan casi esponjados por las venas enrojecidas de agonía que los rodean. Su sufrimiento irradia a mi alrededor mientras me mira fijamente.

Hago una mueca de dolor, me siento en el suelo entre sus piernas y apoyo la cabeza en su muslo abierto. Manteniendo el contacto visual, mi mano traza pequeños círculos a lo largo del interior de su pierna en un suave y relajante toque. Todo lo que hago es un intento de comunicar físicamente que estoy aquí. No voy a ir a ninguna parte. Sé que duele. Todo va a ir bien. Te tengo. Eres mía y yo soy tuyo.

Vuelve a suspirar y siento cómo otro trozo del iceberg se desliza lentamente en el océano que la rodea, derritiendo el exterior que ha tardado años en formar. Su mano encuentra mi pelo y sus dedos recorren lentamente el revoltijo rubio y blanco de mi cabeza mientras me lo peina. Sus ojos me estudian, memorizando el color, contando mechones, tal vez interiorizando lo que siente conmigo aquí mismo.

Me masajea el cuero cabelludo con sus largas uñas y cierro los ojos. Respiro hondo, me siento mucho mejor que hace un minuto, solo con su mano sobre mí. Al instante siento la comodidad de estar donde se supone que debo estar. Su pulgar me frota ligeramente la frente, rozándola con suavidad de un lado a otro hasta que me vuelve a pasar por la ceja. Doy un respingo cuando me toca el corte y levanto la cabeza. Vuelve a lamerse el pulgar para limpiar más sangre seca.

Nuestro silencio es tan fuerte. Nuestros corazones laten a través de las jaulas de nuestros pechos, intentando tocarse, necesitando alinearse. Es surrealista poder decir tanto sin decir nada. Hacer promesas sólo con nuestros movimientos suaves y delicados, señales sutiles que expresan lo que las palabras nunca podrían expresar.

Vuelvo a arrodillarme y deslizo las manos alrededor de su pequeña

cintura. La rodeo con mis largos y desgarbados brazos y la atraigo hacia mí. Uno de sus brazos me rodea la espalda y la otra mano vuelve a encontrar mi pelo, sus dedos se enredan en él y se aferran a mí. Desde aquí puedo oír el latido de su corazón, ver la guerra que se libra dentro de su pequeño cuerpo.

Pasamos un minuto abrazados, y luego otro, antes de que eche la cabeza hacia atrás para ver sus ojos. Veo su corazón luchando contra su mente, veo cómo se calma con mis brazos a su alrededor.

—Lo siento —susurro—. Por haberte hecho sentir que me habías perdido.

Traga saliva antes de chuparse la comisura del labio inferior, mirando hacia su regazo.

—Me preguntaba si estarías allí cuando Sid me rogó que viniera ayer. No esperaba verte —suspira—. Y luego, cuando te vi con ella... supuse que habían llegado juntos.

Sus ojos van y vienen entre los míos. Su dura apariencia se rompe ante mí como un espejo roto de falsos reflejos.

—Me destrozó, joder —admite, con la voz quebrada.

Sus palabras están llenas de un tono dolorosamente desesperado que me pilla desprevenido. Esto no era sólo un lindo jueguito para ella. La idea de mí con Brynn, alguien que ella cree que me merece, la destruyó. Cada broma, cada burla de mierda que decía mientras follábamos la destrozaba. No tenía ni idea. Mi frente se frunce mientras intento entenderla realmente. Nunca había sido tan honesta, tan franca.

—Me destrozó. La idea de que habías creído la verdad de mis palabras, que la merecías. Que por fin habías entrado en razón y te habías dado cuenta de que tal vez yo no merecía todos los problemas, las complicaciones. —Sus labios se entreabren cuando el recuerdo vuelve a desgarrarla, su pecho sube y baja más rápido que antes—. Que serías más feliz... sin mí.

Nunca se ha sentido merecedora de lo que tan a menudo rechaza. Me apartó, pensando que me iría para siempre, sin darse cuenta de lo loco que estoy por ella, de que haría cualquier cosa por tener un trozo de ella.

Me siento en silencio, escuchándola. La mujer que lo contiene todo.

—Estaba a punto de irme. Le dije a Sid que estaba fuera cuando te vi acurrucada con Tarah y ellas fuera. No podía aguantar más —susurra, con el dolor grabado en la cara mientras mira al suelo—. Pero cuando por fin me dije que me fuera, te vi en el pasillo. —Me mira.

Atrapo su mirada, sintiéndome al instante como un gilipollas.

—Sabía que algo iba mal y no podía dejarte. —Sus manos acarician

los lados de mi cara, el recuerdo la destroza—. No podía dejarte.

Me trago su dolor.

—Entonces llamé la atención de Bran y supe... —Suspira, sus ojos se cierran de nuevo, echándose hacia atrás.

—No fue culpa tuya —susurro.

—Y él sólo... —Se atraganta con un sollozo que sale de su pecho—. No paraba de pegarte, y tú ni siquiera te movías.

Llora entre las manos, traumatizada por haberlo presenciado todo, sintiendo la pesadez de la culpa que acompañó a todo aquel espectáculo de mierda. Se sorbe los mocos, intentando recomponerse antes de buscar algo en mis ojos. Su pasado está ahí otra vez, detrás de esos ojos rotos.

—No puedes dejarme también, Kai.

La miro incrédulo ante las palabras que salen de su boca. Muevo ligeramente la cabeza con la boca entreabierta, presenciando su dolor mientras la estudio. Estoy en estado de shock, pero no se me escapa que ha dicho «también».

—Tus palabras, tus preguntas... la forma en que no te echas atrás, la intensidad con la que amas... eres tan intenso —continúa, con la mandíbula tensa por la emoción.

—Te dije que no me detendría. No me rendiré —le digo, poniéndome de rodillas a su altura y apoyando la frente en la suya. Ella vuelve a suspirar, intentando controlar sus emociones.

—¿Recuerdas cuando te dije en el agua, después de conocernos, que estabas loca? —Sonrío un poco al recordarlo, acercando su cara a la mía—. Me preguntaste, ¿qué es la cordura?

Me mira a los ojos y mueve su cabecita contra la mía.

—Si la cordura es la capacidad de actuar de forma normal y racional, mostrando un comportamiento razonable, entonces es más que evidente —digo, antes de besar la punta de su delicada nariz—. Estoy loco por ti —susurro—. Completa e inevitablemente loco.

Sus grandes ojos de cierva parpadean mientras traga, asimilándolo todo. Justo cuando la abrumadora sensación de amor la baña como una cálida ola, veo su pasado cruzar su visión como un velo que nunca se retira. Puedo sentir literalmente cuando piensa en ello, preguntándose cómo cambiará las cosas e insegura de dónde nos dejará una vez expuestos. Hay tanto miedo en algo que ella no puede controlar.

—Nada de tu pasado va a alejarme. Lo he dicho antes y lo diré de nuevo. Es tu oscuridad la que me atrae, Han.

Pienso en cómo Bran lo usó contra ella, sabiendo que es una parte tan

profunda de lo que la hace ser la persona que es, y luego tirándoselo a la cara como si fuera un juguete usado para burlarse. Un corazón como el suyo no se merece eso. Es débil, pero lo intenta.

—Hay tantas cosas que no entenderás —dice, con los ojos llenos de una nueva forma de tristeza, la tristeza agotada.

—Dame la oportunidad —susurro contra sus labios.

—No puedes arreglarme —dice inmediatamente.

—No quiero —digo con una mueca de dolor, mientras le pongo las manos a los lados del cuello y le rozo la barbilla con los pulgares. Me relamo los labios, miro los suyos y vuelvo a mirar sus ojos turbulentos, esos que me piden a gritos a mí y sólo a mí—. Quiero romperme contigo.

Cierra los ojos con fuerza, se gira para apartar la mirada de mí mientras le tiembla el labio inferior, pero yo tengo su barbilla. Vuelvo a acercar su cara a la mía y la obligo a mirarme.

—Nos arreglamos unos a otros, pero sólo después de que todas las piezas se hayan roto, todas las grietas estén en su sitio. —Murmuro las palabras de un anciano sabio, sintiendo su peso ahora más que nunca.

Su cara se vacía de color y parece como si hubiera visto un fantasma.

—¿Dónde has oído eso?

—No importa —respondo, acercándome hasta que nuestros labios vuelven a rozar los del otro—. La verdad es que sólo te necesito, Han. De cualquier forma que pueda conseguirte, será suficiente.

Aspira mientras nuestras frentes vuelven a sellarse.

—Por favor, no te alejes. Por favor, no te resistas. Sólo por favor —le ruego, buscando en ella cualquier duda persistente—. Déjame entrar. Es todo lo que necesito.

—Kai —susurra entre jadeos, y yo espero el golpe, espero la declaración aplastante que me arruine de nuevo.

Sigo preparándome para este rechazo y fracaso con ella porque estoy perdidamente enamorado. ¿Soy masoquista por su dulce tortura? Posiblemente. Pero de alguna forma, necesito estar en su vida igual que ella necesita estar en la mía.

Ambos tenemos nuestros problemas que vemos reflejados en el otro. Los sacamos a la luz de una forma que nadie más podría hacer. Exponemos nuestras verdades y nos despojamos de los escudos que tanto tiempo hemos dedicado a crear, permitiendo por fin que los hechos nos atraviesen.

Una lágrima cae de su ojo, rodando por su mejilla mientras sus ojos se clavan en los míos. Sus manos encuentran mi cara y me estrechan contra ella.

—Nunca he deseado tanto no necesitar a alguien.

La verdad en sus ojos electriza la parte más profunda y oscura de mí. No somos perfectos. Estamos totalmente jodidos. Nunca lo hemos hecho bien, ni lo haremos, y sin embargo no podemos parar. Siempre la empujaré hasta que se rompa y ella siempre me doblará hasta que me doble. Estamos tan mal el uno para el otro y, sin embargo, nunca dos personas han encajado tan miserablemente bien.

Ella es la oscuridad y yo soy la luz. No estamos destinados a existir juntos en el mismo espacio y, sin embargo, encontramos todas las maneras de sangrar juntos para ser uno y el mismo.

Pero ni siquiera las luces más brillantes pueden permanecer encendidas para siempre.

35

Péndulo

Repite después de mí: Crece a través de lo que pasas.

Todo el mundo en el círculo mira lentamente de lado a lado, haciendo miradas incómodas entre sí, con la señora *milf* sosteniendo mi mirada un poco más tiempo que la de todos los demás. *Sí, todavía quiere follar.*

—Crece por lo que pasas. —El grupo gime al unísono.

Dave brilla como el maldito sol con su sonrisa de oreja a oreja, mirándome directamente desde el lado opuesto del círculo de adictos y delincuentes.

Siento vibrar el móvil en mis vaqueros. Me encorvo en la silla de plástico del colegio, lo saco y al instante siento que me recorre una oleada de energía excitada.

Han: Hola**.**

Una palabra. Tres letras. Millones de emociones detrás. Gracias a Dios que soy naturalmente siempre sonriente. Nadie aquí tiene idea de que la chica que sacude mi mundo acaba de enviarme un mensaje.

Kid: Oye tú. ¿Ya echas de menos a tu Kid?

Han: Sí, soy descarada. ¿Qué vas a hacer?

Después de nuestra pequeña pelea de la otra noche, cuando las emociones se desbordaron, una cosa llevó a la otra. Pasamos la noche conectando a otro nivel. La abracé mientras lloraba contra mí, besando suavemente su dolor. La forma en que se aferraba a mí seguía en mi mente. No puedo olvidarlo. Apretaba sus dedos contra mi carne, como si la idea de que yo desapareciera fuera una posibilidad real, llorando por mí como si yo fuera el último nombre que saliera de sus labios. Como si necesitarme fuera ahora también su nuevo propósito.

Han: Tu presencia sigue literalmente sobre mí.

Frunzo las cejas mientras intento procesar a qué se refiere antes de que me llegue una foto. Al abrirla, veo una hilera de chupetones a lo largo de su clavícula, justo debajo del tatuaje de su cuello. Me muerdo la comisura del labio, intentando disimular la alegría que me produce

mi marca. Enciendo la cámara frontal y hago una foto silenciosa del punto que tengo justo debajo de la oreja.

Kid: Le dije a Dave que intenté rizarme el cabello esta mañana cuando me preguntó qué había pasado. ¿Crees que se lo creyó?

Jesús, somos animales.

Kid: El *Snuffleupagus* de mi *Big Bird*, el *Turritopsis dohrnii* a mi pez globo. Los animales.

Han: Tienes que ser la persona más rara que he conocido. Y yo soy rarísima. ¿Vienes?

Sonrío ante la pregunta al final de su mensaje. Mírala, necesitándome.

Kid: ¿Ahora? ¿Necesitas que deje la clase para borrachos para volver a la cama?

Crucemos los dedos para que pueda deshacerme de esta mierda por ella.

Han: No, Kai. Dave te quiere. Si te vas, no tendrá a nadie a quien mirar mientras habla. Quise decir después.

La verdad. Hemos hablado de que soy el único que contesta habitualmente a sus preguntas, levantando la mano para ser un buen alumno y salir de esta mierda con una sonrisa. Dave mira a todo el mundo mientras habla, pero por desgracia para él, todos los demás compañeros tienen la misión de evitar su contacto visual directo. Todos menos yo. Yo estoy ahí, devolviéndole la sonrisa. Le encanta.

Kid: Es verdad. No eres la única a la que le encanta mirarme. Y duh, por supuesto nena. No hay lugar en el que preferiría estar.

Sonrío para mis adentros, satisfecha pensando en lo gracioso que soy. Mi teléfono vuelve a vibrar en mi mano.

Han: Estoy tan atrapada, Kai.

El mensaje me confunde. Vuelvo a preocuparme un poco, preguntándome si estará demasiado metida en su cabeza, dispuesta a

dar marcha atrás en nuestros progresos. Son los primeros pensamientos que asaltan mi torturada mente. Le devuelvo el mensaje.

Kid: ¿Cómo estás, cariño?

La verdad es que no tengo ni idea a qué se refiere. Mientras espero su respuesta, se me pasan por la cabeza otros pensamientos, como que su parte de arriba está metida en la lavadora de su apartamento, con el culo fuera y la tanga puesta, esperando a que la embista. El otro pensamiento es que se ha esposado accidentalmente a su cama, atrapada con los brazos levantados por encima de la cabeza, la camiseta sobre los ojos, el sujetador perdido, esperando a que yo la «salve». *Jesús, estoy jodidamente cachondo otra vez.*

Han: Me quedé pegada en tu chicle, Kai. Pegada a ti.

No hay nada que pueda describir la sensación que siento en el estómago al leer estas palabras. Me siento increíble, y ella es la única razón de ello. Me hace jodidamente feliz y no tiene ni idea de lo que significan esas palabras para mí. Es como una validación por toda la mierda que me ha hecho pasar luchando contra esto. Ahora es real, y ella finalmente lo acepta.

Empiezo a escribir que me la voy a cargar cuando vuelva esta noche, pero borro las palabras antes de enviarlas. *Maldito hámster. Necesito relajarme.*

Le había dicho una y otra vez lo mucho que la quería mientras conectábamos. Perdí la cuenta de cuántas veces se lo dije. No quería que perdiera su significado, pero no podía reprimirlo. Necesitaba saberlo, una y otra vez, sobre todo mientras me perdía dentro de ella.

Aún no me ha respondido, y está bien. Nunca querría forzarla a sentir que tiene que hacerlo. Estoy completamente de acuerdo en dejar que suceda orgánicamente, si es así como se siente. Pero nada me impedirá expresarme con ella. Diré esa mierda cada vez que pueda porque sé que estoy loco por ella, y nunca se sabe lo que el mañana puede traer.

Todo en estos últimos días me ha parecido monumental. Incluso nuestros momentos tranquilos después del sexo insaciable. Como anoche, cuando se quedó literalmente dormida sobre mi estómago conmigo aún muy dentro de ella. Nuestra conexión es meta galáctica, como ella dijo. Hay tanto bajo la superficie entre nosotros dos.

Nunca tendré suficiente de la mujer que es. No mentía cuando dije que estaba loco por ella. Haría cualquier cosa, con tal de tener la oportunidad de probarme a mí mismo. Siento que me invade otra oleada de obsesión, una sensación casi demasiado dolorosa en el

pecho. Tengo que volver a morderme el labio para recuperar el control.

Kid: Te quiero JoJo, mi pequeña pegajosa.

—Como persona que ha luchado contra la adicción yo mismo, aprendí que tener un kit de Naloxona en casa es una idea muy segura. —La voz de Dave interrumpe mis pensamientos mientras vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo.

El chico nuevo, Simon, levanta la mano.

—Sí, Simon —dice Dave.

—¿No es eso prepararse para el fracaso? ¿Tener el antídoto ahí para salvarte, sabiendo que puedes recurrir a él?

—Yo no lo veo así. Para mí, es ser realista. Tener una adicción es lo mismo que tener una enfermedad, y a veces esa enfermedad tiene brotes. ¿Un diabético no tendría a mano los medicamentos adecuados en caso de un pico de azúcar en sangre? Las adicciones son iguales.

Vuelvo a soñar despierto y sin pensar en Han, desconectándome de la conversación hasta que llega la hora de irme.

Unos veinte minutos más tarde, estoy de vuelta en la carretera, mi destino, bueno... no donde debería ir directamente después de la clase para borrachos. Pero cuando llega la llamada de que Darío necesita reunirse contigo, lo haces o te enfrentas a las desafortunadas y desconocidas consecuencias.

Vuelvo a llamar a la extraña puerta de acero del interior del Lust Lay, esperando al hombre pelirrojo de extraño bigote rizado, ansioso por llevarme a Oz. Efectivamente, me lleva de vuelta por el oscuro pasillo, pasando por numerosas habitaciones de mujeres gimiendo.

Llego a una puerta nueva. Es de madera, pintada en un refrescante color rojo sangre. Muy agradable a la vista. Una gran elección para un interior tranquilo.

Se abre y me espera la oscuridad. Vuelvo la vista hacia el Sr. Bigote y le dirijo una mirada nerviosa. Se limita a asentir con la cabeza, haciéndome avanzar. Sacudo la cabeza, dándome cuenta de lo estúpido que es que esté nerviosa cuando realmente no hay motivo para ello. No he hecho nada que pudiera cabrear a este hombre, ¿verdad?

Avanzo hacia la oscuridad mientras la puerta se cierra tras de mí. Oscuridad total. ¿Por qué? ¿Tiempos difíciles en el viejo Lust Lay? ¿No pagamos la luz? ¿No hay suficiente dinero para mantener la luz encendida en esta época del año? ¿Qué coño está pasando?

Al pulsar un interruptor, se enciende una luz fluorescente brillante que

cuelga a metro y medio del techo por una cadena oxidada. Bajo la luz hay un hombre atado a una silla y con una bolsa en la cabeza. Mis labios se entreabren y el corazón se me para en el pecho. Una oleada de ansiedad me recorre de pies a cabeza. *¿En qué coño me he metido?*

El hombre debe de haber oído la puerta porque ahora está girando la cabeza de un lado a otro frenéticamente, mirando, escuchando, esperando lo que venga a continuación.

—Lo lograste.

La voz acelera mi ritmo cardíaco, reavivando su quietud en mi pecho. Es Darío, que sale de la oscuridad para acercarse al hombre de la silla.

—Sí —respondo, intentando cautelosamente encontrar sus ojos a través de las oscuras sombras de la luz encapotada.

Pone las manos sobre los hombros del hombre que tiene delante. El hombre se estremece e intenta hablar, pero sus palabras quedan amortiguadas por lo que sólo puedo suponer que es cinta adhesiva que le tapa la boca bajo la bolsa de arpillera.

—Lo siento. —Mira al hombre antes de que sus ojos oscuros y sin alma encuentren por fin los míos—. Los negocios nunca terminan.

Se inclina y le susurra algo al hombre en lo que parece italiano, mientras sus ojos permanecen fijos en los míos, casi asegurándose de que no me pierda lo que está por venir. No importa si el hombre está amordazado. Puedo oírle literalmente suplicar por su vida mientras su cuerpo se sacude en la silla y sus brazos tiran de las ataduras que le sujetan a ella.

Con un movimiento rápido, Darío rodea la cabeza del hombre con el brazo, el codo junto a la barbilla y la mano sobre la cabeza.

—Solía usar cuchillos —dice despreocupadamente—. Y pistolas, por supuesto. —Rápidamente tuerce el cuello del hombre, rompiéndolo entre su enorme y abultado bíceps con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada, matándolo al instante. No he respirado desde que entré en esta habitación, y ahora siento como si cada molécula de oxígeno se hubiera filtrado fuera de mis pulmones agotados—. Pero qué desperdicio de solución limpiadora.

El hombre yace desplomado a un lado, completamente privado de vida. Siento un lento nudo en la garganta al intentar tragar saliva. Tres hombres surgen al instante de la oscuridad para desatar al hombre y llevárselo. Darío se quita los guantes y los arroja al regazo del difunto mientras lo sacan por la puerta trasera.

—Los precios de la lejía han subido desde su nueva campaña publicitaria. La mierda de marca siempre tiene un precio.

Le miro fijamente, con la garganta más seca que la sequedad mientras intento determinar por qué coño estamos hablando de los precios de la

lejía. Intento hacerme a la idea de que acabo de ver asesinar a un hombre. Mis ojos se abren ligeramente cuando se acerca.

—Por eso estás aquí —dice, deteniéndose ante mí.

Es más o menos de mi altura, pero maldita sea si no tiene al menos cien kilos más que yo. El tipo es compacto. Como una casa de ladrillo. Pectorales abultados, bíceps ondulantes que desembocan en antebrazos arqueados. Uno de sus muslos tiene la circunferencia de todo mi ser. Ya sabes que mi cabaña de hierba sopla con el viento.

Arqueo la frente, esperando el motivo de esta reunión. ¿Intimidación? Entiendo que tipos como Darío necesiten demostrar su dominio para mantener su casa a raya, pero no estoy del todo de acuerdo. Tampoco estoy totalmente fuera. Estoy en algún lugar atascado en el medio. Entonces, ¿dónde me deja eso a un hombre como él?

—Soy de marca. Mi marca es exquisita. La gente sabe qué esperar de mí.

—¿Lo mejor de lo mejor? —Respondo por él.

Arquea una ceja y esboza una media sonrisa en su intimidante y poderosa mandíbula.

—Mejor.

Intento respirar con normalidad, pero ya tengo una extraña sensación sobre lo que está insinuando. Al parecer hay un nuevo producto en el mercado. Es mejor que el de mis fuentes. Estoy fuera, pero no en plan limpio, «oh me vendiste drogas y ahora estás libre». No, ya no me necesita, pero tampoco puedo ser su lastre. Los hombres inteligentes cortan cabos sueltos.

—Espero que lo entiendas —dice simplemente.

Su mirada me dice todo lo que sus palabras no me dicen. Este es el final del camino para nosotros. Se da la vuelta para salir de la habitación, de vuelta a la oscuridad donde residen los suyos. Se detiene en su sitio y mira lentamente por encima del hombro para volver a mirarme.

—Tú también me gustabas mucho —dice mirándome fijamente antes de torcer los labios—. No es frecuente conocer a gente que te recuerde a ti mismo a una edad temprana.

Chasquea la lengua y casi puedo oírle decir, *qué pena*, antes de que finalmente se dé la vuelta. Pasa junto a la luz colgante, apartándola de su camino antes de desaparecer en la oscuridad.

Permanezco allí, inmóvil en mis botas, mientras el rayo de luz de la bombilla fluorescente colgante oscila su potente trazo de un lado a otro de la oscuridad, resaltando cada rincón de la habitación como un péndulo bajo la influencia de la gravedad que lo rodea. Pero, como el segundero de un reloj, al final la gravedad cede. Finalmente, esa

fuerza llega a un abrupto final como un hombre que ya no es necesario.

36

Catarsis

Después de salir de la incómoda reunión con Darío con nada más que más preguntas que cuando llegué, mi mente se acelera con más pensamientos de los que puedo manejar.

Salí de allí, sin que nadie me mostrara el camino y, sin embargo, con el peso de unos ojos invisibles sobre mí mientras me marchaba. Soy libre de irme, pero la libertad que creo tener es limitada. Darío no me dejará marchar, no ahora. Un tipo como yo sabe demasiado.

Si realmente hay una nueva droga en el mercado que ha superado la calidad de la cocaína con la que le he relacionado, lo que me cuesta creer, entonces ya debe estar en la calle. Se corre la voz rápidamente, pero sólo cuando la gente compra y prueba dichos productos.

Conduzco por las carreteras poco iluminadas y me dirijo a un sitio de comida rápida para comprar unos tacos para cenar. La cena. El hecho de que yo pueda cenar mientras un hombre, que probablemente esté a medio camino de ser enterrado a dos metros de profundidad, nunca lo hará, me revuelve el estómago. Cojo la comida, más por Han que por mí, y hago el resto del trayecto hasta su apartamento. Mi mente está jodida, ansiando ese adormecimiento de nuevo, donde todo es simplemente... más simple.

Si Bran y Silas están conspirando juntos, como dice Han, entonces tiene sentido que sean ellos los que hayan encontrado la manera de burlarme a mí y a mis provisiones. No podría estar más claro para mí que Silas está locamente celoso. Su necesidad de sentirse digno no tiene parangón. Para colmo, Han mencionó que Bran estaba cabreado porque me metí en su carril, quitándole su débil negocio que claramente no era una mierda comparado con mi calidad. Pero lo que me hace cuestionarme todo es la comprensión que me golpea como un rayo de dolor eléctrico.

Había dos veces que había probado coca que sabía a ciencia cierta que no era mía. Con Sera, cuando nos dio un poco a Han y a mí en casa de Sidney durante el trío, y luego con Tarah, cuando estábamos en casa de Bran con las otras chicas. Ambas experiencias no fueron normales, ninguna me dio el mismo tipo de subidón al que estoy acostumbrado.

Esta coca está cortada con algo. Algo malo. Algo incontrolado.

Inmediatamente me pongo nervioso, pensando en las ramificaciones de dos nadies que mueren por ser alguien. Todos los universitarios, la gente de fuera de la ciudad que intenta pasar un buen rato, o simplemente los cocainómanos normales que toman sustancias que

creen que son las mismas drogas a las que están acostumbrados, sin tener ni idea de en qué se están metiendo. Estos idiotas están a punto de dañar gravemente a alguien, si no de matarlo.

De camino al apartamento de Han, saco mi teléfono y envío un mensaje de texto a una persona con la que no pensé que me vería obligada a ponerme en contacto de nuevo. Tarah.

Kid: Hola, soy Kid. ¿Alguna posibilidad de que tengas más de esa mierda que tomamos en Bran?

Tiro el teléfono en el asiento del copiloto, frustrado por tener que hacer esto. Subo el volumen de la radio y enciendo un cigarrillo mientras me reclino en el asiento. El teléfono vibra y la cara se ilumina en el asiento. Doy otra larga calada al cigarrillo y lo apago para calmarme antes de comprobarlo.

Tarah: Por supuesto. No pensé que estarías listo para más. ¿Quedamos?

Joder. Joder. Joder.

Kid: Mándame un mensaje con la hora y el lugar.

Entro en el estacionamiento de Han, encuentro una plaza vacía y estaciono el coche. Suspiro y me paso las manos por la cara. Odio sentir que estoy haciendo algo mal. Como si la estuviera engañando por el simple hecho de enviarle un mensaje, pero así es como me siento. Cojo el móvil y vuelvo a mirar los mensajes, sintiéndome incómodo ante la idea de que pueda encontrarlos. No es que crea que lo haría. No es de las que revisan el teléfono de un hombre. Aun así, los borro rápidamente, por si acaso.

Abro su puerta, que por alguna extraña razón no está cerrada con llave, asomo la cabeza y la veo arrellanada en su sofá, encendiéndose un porro. Es jodidamente adorable. Lleva una enorme camiseta negra de My Chemical Romance que ahoga su cuerpecito con lo que parecen ser unos calzoncillos o nada debajo. Sin embargo, son los calcetines hasta el muslo cubiertos de pequeñas hojas de marihuana lo que me pone.

Después de cerrar la puerta y dejar la bolsa de tacos en la encimera de la cocina, me acerco a Han. Me inclino sobre ella en el sofá y acerco mis labios a escasos centímetros de los suyos justo cuando está a punto de exhalar.

Pongo las palmas de las manos en el respaldo del sofá, detrás de ella,

y la abrazo mientras inclina la cabeza hacia arriba, soplando los restos de su inhalación en mis labios entreabiertos antes de apretar los míos contra los suyos. Gime mientras exhala el resto por su naricilla. La que ahora lleva un aro en la nariz que parece una corona invertida. Le queda precioso, como todo lo demás.

Se aparta de mi beso con una sonrisa, se recoge el moño de la coleta y se despeina el flequillo sobre la frente antes de golpear juguetonamente el anillo lingual contra los dientes.

—Eres como la chica de mis sueños, pero real. Ni siquiera puedo creer que me quieras a tu lado —susurro, mirándola fijamente a los ojos con los míos abiertos como un psicópata.

Se ríe, negando con la cabeza ante mis tonterías.

—¿Quieres una calada? —me pregunta, con sus ojos verdes centelleantes, mientras me ofrece el porro entre sus largas uñas negras de gato.

—Joder, sí —digo, acomodándome en el asiento de al lado. Nada suena mejor que un poco de hierba después de la mierda que he pasado hace una hora. Necesito el adormecimiento.

Me quito las botas de una patada y me acomodo en el sofá con las largas piernas abiertas. Me pone el porro entre los labios, inclinándose sobre mí mientras inhalo. Sus labios encuentran mi oreja. Me susurra mi frase favorita con su aliento dulce y cálido.

—Mis labios la tocaron primero.

Mi polla está en alerta máxima.

Fumamos hasta que se cobra, relajados en el sofá con *Iron Man* de Black Sabbath sonando de fondo. Me recuerda a mis días de robot. Hace poco, estaba convencido de que no era humano en absoluto, antes de sumirme en un sueño profundo y drogado. La extraña constatación es sólo una razón más para llegar al fondo de lo que coño fuera que me tomé aquella noche.

Con Han entre mis piernas, disfruto de la cálida y relajante sensación de la hierba en mi organismo, deleitándome con su dulce culo firmemente plantado contra mi polla. Apoya la cabeza en mi pecho, con una de mis rodillas doblada, mientras estiro la otra pierna hacia el suelo. Su suave muslo descansa sobre el mío y mis dedos recorren ligeramente la serpiente que lo envuelve.

Enroscando su mano detrás de mi cabeza, Han juega suavemente con mi cabello(, girando la cabeza para mirarme a la cara.

—Hoy te he echado de menos.

Mi labio se tensa en una sonrisa mientras me fijo en su belleza. Esas pequeñas pecas de su nariz están más presentes con la ausencia de maquillaje. Me encanta que se sienta así de cómoda conmigo, pero la

verdad es que creo que se siente cómoda en general. Nunca he sentido que se sintiera cohibida por nada que no fueran las complejidades de su corazón.

—Lo sé. Estás prácticamente obsesionada conmigo —digo con cara seria antes de que su mano se acerque para abofetearme.

—Capullo —se ríe ella, contoneándose contra mí mientras yo le agarro la muñeca con la mano antes de que pueda hacerlo.

—Te voy a enseñar una polla —respondo, trabando su brazo a la espalda entre nosotros, sujetándola contra mí mientras enrosco mi otra mano hacia arriba y alrededor de su cuello.

—Kai —gime al instante cuando mis dedos se tensan justo por encima del collar gargantilla encadenado que lleva, el sonido llega hasta la punta de mi polla.

—¿Qué quieres, nena? —Le ronroneo al oído y ella vuelve a apretar su culo contra mí—. Dime lo que necesitas.

Noto el giro de su garganta al tragar.

—Juega conmigo —respira—. Juega conmigo. Búrlate de mí. Márcame como tuya.

Sus palabras me hacen poner los ojos en blanco. Aprieto las caderas contra ella y le rodeo el cuello con la mano. Encuentro el lóbulo de su oreja, chupo la punta y sostengo entre los dientes el pequeño pendiente negro de su oreja.

—No me tientes—. Digo las palabras con un tono peligroso, mordisqueando el lóbulo de la oreja—. Grabaré mi puto nombre en tu carne si tengo la oportunidad.

Gime cuando le muerdo la piel de debajo de la oreja, su mano libre levanta de repente un cuchillo junto a nuestras cabezas. Mi cuchillo. El mismo cuchillo con el que jugamos antes. Olvidé que lo había dejado aquí. Probablemente algo malo, teniendo en cuenta la situación en la que me encontraba.

—Adelante entonces —susurra, levantando la hoja de cinco pulgadas.

Jesucristo.

—No te burles de mí, Han. No sabes lo loco que estoy. De qué destrucción podría ser capaz.

Vuelve a girar la cabeza para mirarme, con la espalda pegada a mi pecho y el dulce aroma de su pelo lavado con champú bajo mi nariz. Rezuma sexo incluso cuando no lo intenta.

—Creo que lo sé —dice en un tono sexy y agrietado.

Sus ojos se apartan de los míos, mirando la hoja.

—¿Cuánto tiempo llevas guardando esto? —Pregunto, asintiendo con

la cabeza al cuchillo.

—Desde que te fuiste —responde rápidamente, frotando el pulgar por el mango, casi admirándolo con su tacto, como si hubieran compartido algo juntos.

—¿Y qué has hecho con él? —pregunto, con tono oscuro y serio.

Su respiración se acelera y su corazón late con fuerza contra mi antebrazo. Sus pechos suben y bajan, envolviendo mi brazo que descansa sobre su camiseta, y su evidente falta de sujetador es un descubrimiento bienvenido. Noto algo bajo su camiseta, como una cadena colgando de la gargantilla. Aparta la mirada del mango de la hoja y se gira para mirarme de nuevo. La sonrisa diabólica de sus ojos de serpiente me provoca algo extraño. Me arrastra a su reino oscuro y peligroso.

—¿Quieres ver lo que hice? —susurra, las palabras seductoramente cayendo de sus labios regordetes y húmedos—. Te lo enseñaré todo, Kai.

Presiona hasta que la suelto. De pie ante mí, se sube la camiseta y se la quita por encima de la cabeza. Sigo sentado en el sofá, observando asombrado cómo se deja ver. Un tanga negro de encaje cubre su culo perfectamente tonificado, combinado con nada más que esas medias hasta los muslos. Quiero darle un mordisco a ese culo. Desgarrar su carne.

No es hasta que se da la vuelta cuando veo el misterio de lo que había bajo su camisa. El collar gargantilla de plata tiene una cadena desde el centro, arrastrándose a lo largo de su pecho bronceado hasta el lugar donde se conecta con el anillo de su pezón. *Joder. Joder.*

—Esta tiene que ser la joya más sexy que he visto nunca. —Gimo, mirándola con ojos de dolor.

Me incorporo e inmediatamente le acaricio el pecho libre, haciendo que la cadena se caiga en su pecho mientras levanto la carne suave y turgente con la palma de la mano. Ladea la cabeza, cierra los ojos y me lanza una mirada encapuchada.

Con el cuchillo en la mano derecha, apoya el pie en la parte exterior de mi muslo, en el sofá, abriéndose de nuevo a mí. El cuchillo empieza en su espinilla, subiendo lentamente por el calcetín hasta que finalmente llega a la piel de su muslo expuesto. Es entonces cuando veo las pequeñas marcas en el interior de su muslo. Pequeños cortes, como tres hermosas líneas de coca, todas alineadas cerca de su centro.

Mis ojos parpadean hacia los suyos con una mirada peligrosa, mis labios se separan al verla. Es más oscura que la oscuridad. Más retorcida de lo que jamás podría haber esperado o imaginado.

Se había estado cortando catárticamente mientras se masturbaba con

mi cuchillo.

Su mirada encuentra la mía cuando se da cuenta. Me muestra físicamente lo que le hago.

Este no es un comportamiento normal. El hecho de que me encante de la manera en que lo hago significa eso. Nadie más podrá satisfacer sus necesidades como yo. Ellos no entenderían la liberación emocional que viene con el aguijón de ese dolor agudo y hermoso que necesitamos para salir.

Brynn no cogería el extremo de mi cuchillo, pensando en mí. El pensamiento casi me hace reír en voz alta. No, ni de coña. Pero Han... joder, Han. Han vive en su propio mundo. El mundo que no tiene restricciones, ni inseguridades, sólo la máxima libertad sexual. Hace lo que quiere y hace alarde de ello, poseyendo esos demonios como una maestra de su oficio.

¿Sabe que soy mentalmente inestable? ¿Comprende todas las formas en que haría cualquier cosa para atarla y dejarla en mi enfermiza y retorcida red de dolor y placer para siempre? ¿Me entenderá cuando vea hasta dónde estoy dispuesto a llegar? ¿Es consciente de lo loco que estoy por ella? Es una pequeña y peligrosa mezcla lo que estamos cocinando aquí.

Estoy jodido. Obsesivo y salvaje. Ella está loca. Salvaje y peligrosa.

Ella es mi debilidad. Mi debilidad que rompe el alma y que se apodera de mí, haciéndome impotente ante las tentaciones de mi mente. Las tendencias adictivas que tengo no son nada comparadas con la fijación que tengo con esta mujer.

Nos empujamos mutuamente hasta la perdición final, encontrando la libertad en nuestra liberación de las cadenas de las normas sociales. Nuestro veneno envenena el torrente sanguíneo del otro, hasta que encontramos la mezcla perfecta de tóxicos que nos mantiene inevitablemente mortales.

Una cosa está clara: nuestro sexo es el más apasionado y primitivo. Repleto de la demanda simbólica del otro que nunca se someterá.

Y no hemos hecho más que empezar.

37

Smrtka

En el interior de la nube blanca de la habitación estéril de Han, nos miramos fijamente con ojos duros. Como animales, nos rodeamos, tratando de determinar el dominio. Si arremeto, ¿huirá? ¿O se defenderá?

Mis labios se curvan mientras contemplo su cuerpo casi completamente desnudo a cuatro patas, esos ojos de reptil que me apuntan como si fuera su presa. Sin duda es una luchadora.

—Intenta atraparme —se burla, la mirada juguetonamente peligrosa de sus ojos me incita a seguir.

Sosteniendo el cuchillo en la palma que la sostiene, dejo caer los ojos sobre él y vuelvo a mirarla.

—¿Vas a cortarme? —pregunto, caminando lentamente alrededor del otro lado de la cama. Sus ojos siguen todos mis movimientos—. Es fácil desgarrar tu propia carne, conociendo la sensación. Controlas la presión. Conoces la fuerza necesaria para romper esa capa lo suficiente para liberar ese dolor.

Me acerco al borde de la cama, donde ella se ha girado para mirarme, con las cejas fruncidas por la confusión.

—¿Pero tienes lo que hay que tener para cortar a alguien a quien quieres? —Inclino la cabeza—. La culpa que sentirás después. La confusión de la lujuria y la emoción. —Me acerco hasta que su cara se inclina hacia mí, sus ojos cautelosos—. No creo que estés preparada para todo eso.

Deslizo la mano por su hombro, encontrándome con su antebrazo y deslizándome hacia abajo hasta que mi mano alcanza el extremo romo del cuchillo. Desenvuelvo lentamente sus deditos, arrancándolo de su agarre.

—Yo, en cambio... estoy preparado.

Ella sonríe y, en cuestión de segundos, se somete a mí por completo.

Le rodeo la nuca con la mano, me agarro a uno de sus moñitos desordenados y le giro el cuello para que mire al techo. Llevo el cuchillo en la mano derecha y recorro con él la parte exterior de su brazo; la sensación le eriza el vello y le pone la piel de gallina.

—¿Palabra? —Pregunto simplemente, necesitando una palabra segura antes de empezar.

—No hace falta —responde ella, levantando la barbilla en señal de desafío.

—Palabra. —Exijo, tirando de su cabello con más fuerza, su cuello doblado hacia atrás.

Sisea, las comisuras de sus ojos se estremecen antes de tragar. El movimiento de su garganta hace que mi polla se hinche aún más de lo que ya está.

—*Smrtka* —susurra.

—¿Otra vez? —Ladeo la cabeza.

—*Smrtka*. —Vuelve a pronunciar la palabra, que le sale de maravilla.

Bajando la mirada hacia su muñeca, veo las letras que forman la palabra impresa en ella. Ella sigue mi mirada y pasa el dedo corazón por la carne tatuada.

—Significa la muerte personificada —admite sin rodeos.

Naturalmente.

Arqueo la ceja y ella me devuelve la sonrisa, pero siento el peso de esa palabra grabado permanentemente en su piel. Vive con ella. Día y noche. Nunca la abandona, ni siquiera en medio de la pasión y la lujuria. Su nube la rodea para siempre. Sólo puedo esperar darle un respiro de la oscuridad a la que está acostumbrada.

—*Smrtka* —susurro, reconociendo la palabra.

Se muerde el labio inferior y me mira a los ojos, a la boca y a la mano que sujeta la cuchilla, curiosa por saber qué viene a continuación.

—Túmbate boca arriba —exijo—. Abre las piernas.

Se tumba de espaldas en medio de la cama, separa los muslos y mantiene las piernas dobladas por las rodillas; sus pezones erectos apuntan al techo mientras su pecho sube y baja, haciendo que la cadena de plata brillante que va de la teta al cuello se deslice por su garganta. Sus ojos verdes me siguen mientras merodeo lentamente por la cama. Me relamo los labios, sabiendo lo que tengo que ver a continuación.

Enciendo una de sus velas en la mesilla de noche, cerca de la cama, con el mechero que llevo en el bolsillo. Me quito el cinturón de los vaqueros y agarro rápidamente su mano izquierda, que yace cerca de mí. La acerco al poste de madera del cabecero y le ciño el cinturón de cuero alrededor de la muñeca, apretándolo con fuerza hasta asegurarme de que no puede moverse. Sus dedos se cierran en un puño y vuelven a estirarse mientras intenta liberarse de la correa. Inclino la cabeza hacia ella, enarcando las cejas, y ella traga saliva.

Doy vueltas alrededor de la cama, disfrutando de la vista de ella parcialmente inmovilizada ante mí. Me sitúo en la base y me muerdo la comisura del labio, ladeando la cabeza ante el hermoso espectáculo que tengo delante. Su coño es visible a través de la malla negra que lo

cubre. También es visible el charco que se forma entre sus piernas.

Cuando baja la mano para tocar la zona, le doy una fuerte palmada en el dorso. Se echa hacia atrás y me fulmina con la mirada.

—Hazlo otra vez, y lo ataré también.

Sus labios se curvan como si estuviera pensando en presionarme, pero se detiene, esperando a ver qué voy a hacer.

Me acomodo de rodillas entre sus muslos, en el borde de la cama, y me inclino para besarla por encima de la tela húmeda cuando una mano me golpea en la cara, haciéndome girar la cabeza hacia un lado y dejándome caer los mechones rubios sobre los ojos. Un ardor me recorre la mejilla y me vuelvo hacia ella con los ojos entrecerrados y el labio torcido por la rabia. Me sonríe con una mirada diabólica y, joder, me he vuelto a enamorar de su culo loco.

—Dame otra bofetada y te devolveré el favor —gruño, a punto de perder la calma—. Te lo prometo, cariño.

—Tantas amenazas inútiles. —Se burla—. Poco sabes, me gusta esa mierda —replica con esa actitud peleona suya.

Creo que nunca podría pegar a una mujer. Pero si una me suplica que la abofetee un poco para excitarse, puede que tenga que cambiar mi enfoque sobre ese tema. Hombre, esta chica realmente me está empujando más allá del punto de locura. Pensaba que era salvaje, pero Han... se lleva la palma.

Con la hoja en la palma de la mano, arrastro lentamente la punta en un ángulo tal que no la corte. Subo la hoja desde el tobillo hasta la rodilla, desde la rodilla hasta el muslo, mientras se le pone la carne de gallina. Repaso los tres cortes anteriores, en los que ya se han formado costras, y me dirijo al pliegue donde el muslo se une a la pelvis. Introduzco la cuchilla bajo la tela negra de su ropa interior y la miro a los ojos.

Sus labios se entreabren y se le escapa un suspiro cuando tiro rápidamente hacia arriba, rasgando con facilidad el endeble material. Lo rasgo por uno de sus muslos, lo dejo colgando justo por encima de su rodilla y giro el afilado filo del cuchillo hacia mí, mostrándole el mango. Ella lo mira con las cejas fruncidas y luego levanta la vista, interrogante.

—Me sentaré aquí y veré cómo te jodes con esto.

Han se ríe ligeramente, como si creyera que estoy bromeando. Me inclino sobre ella y le rodeo el cuello con la mano, con el cuchillo aun apuntándome entre los dos.

—Vuélvete a follar con mi cuchillo —repito, lento y firme, apretando la mano.

Sube la palma de la mano y agarra el extremo sin romper el contacto

visual. Suelto el agarre y me inclino hacia atrás hasta levantarme de la cama. Me mira mientras busco su silla de madera en un rincón, la agarro por detrás con una mano y la coloco directamente al borde de la cama. Me siento con las piernas abiertas, la miro con los ojos encapuchados y hago un gesto con la cabeza para empezar.

Coge el filo y empieza a trazar círculos lentamente sobre su clítoris, con la hoja del cuchillo apuntando hacia el techo. Mueve el pecho, haciendo que sus turgentes pechos se balanceen mientras inclina el cuchillo hasta apuntar hacia mí en la silla. Me abro los vaqueros, encuentro mi dolorosa erección y la libero en la habitación. Necesito un poco de fricción o me quemaré literalmente en los vaqueros.

Desliza el mango por sus pliegues y cubre el extremo con su excitación antes de introducirlo lentamente en su interior. Observo atentamente cómo la punta desaparece y sus caderas se inclinan para tragárselo. Me quedo con la boca abierta y me paso la palma de la mano por la polla, apretándola con fuerza mientras me quedo completamente embelesado por el momento voyeur. Una gota de semen gotea de la punta mientras observo su mano libre jugueteando consigo misma, sus ojos aún clavados en los míos mientras utiliza el cuchillo sobre sí misma como hizo antes en la intimidad de su casa.

Siento la mandíbula apretada por el dolor. Las cosas que puede hacerme sólo con la mirada son abrumadoras, pero ¿esto? Me acaricio cada vez más fuerte mientras ella continúa el dulce asalto sobre sí misma a mi orden. Gime cuando tres centímetros del mango desaparecen en su interior, con cuidado de no cortarse con la hoja que cada vez está más cerca de su mano.

—Suéltala —le exijo, poniéndome de pie con los vaqueros abiertos y la polla erecta contra el estómago.

Su mano se separa del cuchillo y cae cerca de su pecho, con la palma hacia arriba, mirándome con atención. Doy vueltas alrededor de la cama, flexionando la mandíbula, disfrutando de la vista de mi puta navaja clavada en ella y su mano atada a la cama con mi cinturón. Tomo todas las imágenes mentales que puedo, vuelvo hacia la vela y la cojo antes de reunirme de nuevo con ella en la cama.

—¿Lista para el dolor? —Pregunto mientras me arrodillo de nuevo entre sus muslos, mis rodillas contra sus piernas mientras la hoja descansa entre nosotros, rebotando ligeramente con cada respiración rápida que ella toma.

Mi boca saliva con un deseo repugnante, viéndola medio atada con este objeto inanimado mío aún dentro de ella. Estoy enfermo y retorcido por excitarme con esto. Sé que lo soy. Es peligrosa, atrevida y está a punto de sentir cosas que nunca ha sentido con nadie. Sólo espero poder controlarme. Levanto la mano, necesito tocar su cara.

—Sí —susurra, mientras le paso el pulgar por el labio inferior.

Quiero besarla, pero tiene que esperar.

—Se va a quemar, cariño.

—Estoy lista, Kai —gime ella, asintiendo mientras se muerde la comisura del labio.

Levanto la vela y la inclino suavemente hasta que la cera gotea lentamente. Jadea cuando el calor del líquido le llega al centro del pecho, aprieta la colcha en un puño apretado con una mano y tira de la correa con la otra. La hago gotear lentamente sobre su pezón desnudo, y ella suelta un gemido gutural, entornando los ojos con fuerza para adaptarse a la dolorosa sensación.

Hago una pausa, dándole un minuto para que use la palabra de seguridad si es demasiado, pero no lo hace. En todo caso, su mandíbula apretada y la forma en que mueve las caderas me dicen que está demasiado interesada.

La vela se inclina de nuevo y se derrama más cera sobre su apretado abdomen.

—¡Oh, joder! —grita, su cuerpo se retuerce debajo de mí, su puño agarra las sábanas.

Una vez más, vierto unas gotas justo encima de su terso montículo, unas gotas que alcanzan los labios de su sexo desnudo. Pone los ojos en blanco mientras grita y levanta las caderas cuando el cuchillo empieza a expulsarse. Dejo rápidamente la vela en el suelo, debajo de la cama, me inclino y soplo la cera, dejando que se endurezca sobre su hermosa piel tatuada.

Agarro la base de la hoja con dos dedos y se la quito con cuidado, observando cómo su cuerpo ansía perderla. Alargo la mano para tocarla, pero vuelve a apartarla de un manotazo.

—Te ataré después de esto —digo con calma, inclinándome hacia delante sobre ella, acercando de nuevo la hoja a su cuello—. No te muevas ni un puto centímetro, ¿me oyes?

Esto es serio. Si quiere echar sus cartas en el mundo oscuro, tiene que saber jugar.

Ella asiente con la cabeza, sus ojos recorren los míos salvajemente.

Coloco la cuchilla en ángulo contra la zona cercana a su clavícula. Lenta y cuidadosamente, raspo la cera derretida.

—Eres tan jodidamente guapa —susurro, y luego me planteo girar el cuchillo contra mí mismo y acabar con todo por sonar como una puta cursi.

Pero a ella no parece importarle. Su pecho se agita ahora, su boca se abre mientras respira, viendo cómo el cuchillo que tiene la capacidad

de acabar con ella se desliza sobre el pulso palpitante cerca de su cuello. Arrastro el filo por su piel sedosa, arrancándole todos y cada uno de los trozos de cera seca, con cuidado de no romper la carne. Tiene el pezón enrojecido por la quemadura. Raspo suavemente a su alrededor y luego por el abdomen, limpiando la zona pero dejando debajo la piel enrojecida por el leve rasguño de la hoja.

—Tócame. Necesito que me toques, Kai —me suplica, alcanzando el cabello de la parte superior de mi cabeza y enredando sus dedos en él.

Está reluciente de humedad por toda la acumulación, necesita sentir algo contra el punto dulce que ansía el máximo placer doloroso. La provocación, su tortura.

—Paciencia —respondo, pasando el cuchillo por encima de su suave montículo.

Ella intenta levantar las caderas mientras yo retiro rápidamente la hoja, aspirando una bocanada de aire.

—¡Mierda Han! —Grito—. ¡No te muevas, joder!

—Lo siento —gime apenas por encima de un susurro mientras jadea incontrolablemente—. Lo siento, se siente tan bien. El dolor.

—Lo sé, nena —le digo en un tono más suave, limpiándole por fin el último trozo de cera—. El mejor tipo de dolor. El tipo enfermo y retorcido que odias admitir que amas. Pero sabes que te tengo.

Y lo hago. Le daré lo que necesite para sobrevivir, por poco convencional que sea. Esta es esa enfermedad. El amor que es aterradoramente crudo. Acabaría con mi vida si supiera que el mañana no la contiene. El amor suicida.

Doblo la navaja, tirándolo en la cama junto a nosotros y escalo su cuerpo desnudo, encontrando inmediatamente sus labios. Hundo mi lengua en su boca, buscando la suya y explorando cada centímetro de la mujer de la que estoy enamorado. Me aprieta el pelo con la mano libre, igualando mi necesidad y fundiendo su boca con la mía. Aprieto mi pecho desnudo contra el suyo mientras ella gime en mi boca y mi polla se apoya en la suave piel de su bajo vientre.

—Joder, Han —gimo contra sus labios, lamiéndole el anillo lingual antes de morderle el labio inferior. Me coge el culo con la mano que tiene libre, y los pantalones se me caen al apretarme contra ella—. Espero que estés lista.

Si pensaba que eso era dolor, no tiene ni idea de lo que le espera a continuación.

38

Enfermo

Me estoy perdiendo otra vez.

Ella es la causa.

Hace que el mundo a mi alrededor se vuelva borroso cada vez que estoy con ella, casi atrayendo toda la atención concebible únicamente hacia ella. ¿Esta lujuria mezclada con amor? Es una nueva forma de tortura que me he introducido. La siento crecer dentro de mí, empezando en lo más profundo del estómago, subiendo hasta el pecho, necesitando una vía de escape, una salida para la presión que está a punto de hacerme implosionar. Tantos malditos sentimientos y no estoy seguro de estar manejándolos de la manera correcta.

Fuera de mi cara, obsesionado.

Después de besarla con todas mis fuerzas, me muerde. Siseo cuando sus dientes se hunden en mi labio inferior, ese familiar sabor a hierro llenándome la boca. Tiro hacia atrás, tocando el pinchazo mientras la sangre gotea lentamente dentro de mi labio, la mirada salvaje en sus ojos hace que mi polla se alargue.

—Yo también estoy enferma, Kai —susurra debajo de mí—. Me encanta cuando me haces daño, igual que sé que a ti te encanta cuando yo te hago daño.

No se equivoca, por desgracia. No hacen falta dos años de psicología sin usar para saber por qué ocurre eso. Ambos venimos de entornos traumáticos y, sin embargo, el dolor nos centra a la vez que nos permite explotar nuestros demonios. Los demonios que parecen hablar el mismo lenguaje enfermo cuando estamos juntos.

—Tienes razón —digo mientras su mano libre se acerca a mi boca—. No mentía cuando dije que sólo hay una persona que puede hacerme daño.

Me roza el labio con el pulgar, manchándome la cara de sangre, antes de llevárselo a la boca y chuparlo, mirándome peligrosamente mientras me consume.

—Esa parte de mí te pertenece.

Está psicótica, casi loca. Pero yo también. Nadie podría entenderla como yo, como necesito hacerlo continuamente. Quiero darle todo lo que necesita y ser el único que la conoce por dentro. Ella me consume, pero yo aún tengo que consumirla por completo.

Estamos cerca, sin embargo, y tal vez a través de esta experiencia que va a abrir otra puerta del castillo oscuro que la hace, confiando en mí

más y me permite más profundo en el pasillo que conduce a ese pequeño corazón cerrado de los suyos.

No quiero hacerle daño, pero quiero que sienta el dolor de estar viva. Es lo único que la mantiene aquí en el presente conmigo, lejos de la sombra de la muerte que persiste. El dolor es ese recordatorio que ella busca constantemente para enraizarse.

—Lo quiero todo. —Las palabras son pesadas cuando caen de sus labios, tirándome de nuevo a la tierra con su peso—. Todas las partes.

—Quiero dártelo todo. —Digo cada palabra lenta y precisamente, mi mirada quema a través de ella—. Todo.

Se queda callada mientras me mira fijamente, comprendiendo la línea que estamos a punto de cruzar. La seriedad de su mirada me acelera el corazón. Conoce mi intensidad y dice que le encanta. Pero recuerdo perfectamente que a veces me dice que soy muy difícil de manejar. Lo soy, pero le doy la oportunidad de aceptarlo.

—Vas a tener que hacer lo que yo te diga —suspiro.

Sus ojos se entrecierran ligeramente, confundida.

—Vas a escucharme y a hacer exactamente lo que te diga —reitero—. ¿Entendido?

Vuelve a tener un nudo en la garganta, toma aire y asiente una vez.

Me alejo de ella en la cama y me dirijo a su armario en busca de otro cinturón. No es difícil. Tiene montones de ellos. Cojo uno de cuero negro con pinchos, solo para mi placer, y me dirijo hacia su brazo libre, inclinándome sobre ella para atárselo también.

Me agarra de la muñeca y me la quita. Parpadeo y vuelvo a agarrarla. De nuevo, me la aparta.

—¿Pensabas que te lo iba a poner fácil? —pregunta con el ceño fruncido que lentamente se desliza hacia una sonrisita desagradable.

Se olvida de que ya está medio atada. ¿Qué tan difícil puede ser?

Pero me entretengo. Agarra su mano de nuevo, la enrosca bajo ella, levantando una ceja juguetona. Esa pequeña mierda.

La agarro por el brazo y me da un rodillazo en el costado. Gruño y la miro incrédulo un instante antes de que se desate el infierno.

Inmediatamente me subo sobre sus piernas, apoyando sus caderas contra la cama mientras ella intenta apartarme de un puntapié. Vuelve a rodearme con el brazo y, justo cuando estoy a punto de agarrar el cinturón, coge el cuchillo que dejé en el borde de la cama. Lo levanta con el pulgar y me apunta con una mirada salvaje mientras su pecho se agita debajo de mí.

Lo mejor de todo es que ahora cree que tiene las de ganar, sin saber que me importa un carajo que me corte. No me asusta lo más mínimo.

Lanza un rápido golpe y yo le agarro el antebrazo con una mano firme, y con la otra le doblo rápidamente la muñeca hasta que el dolor la obliga a soltar un grito, dejando caer al mismo tiempo la hoja. Su rostro se desploma de decepción antes de que pueda ver literalmente las ruedas girando en su cabeza, planeando su siguiente movimiento.

Vuelvo a coger la navaja y me inclino para doblarla mientras sigo sujetándole la muñeca con la otra mano. Me inclino hacia delante para dejarlo en el suelo cuando ella levanta la cabeza y me da un cabezazo, haciendo que el cuchillo caiga junto a la cama y su muñeca vuelva a quedar libre.

—¡Jesús, mierda! —Maldigo, frotándome la frente.

¿Qué cojones pasa?

Ahora me estoy cabreando y, por lo que parece, ella también. Tiene el ceño fruncido e intenta liberar las piernas sobre las que estoy sentado, atrapando sus muslos. Agarro su muñeca de nuevo y ella me golpea en la cara con un revés, haciendo que mi polla se ponga más dura que dura. Soy un puto retorcido.

Respiro con dificultad y me rechinan las muelas mientras miro su culito peleón a través de mis despeinados mechones rubios. Realmente quiero devolverle la bofetada. Sí que quiero. La comisura de sus labios se dibuja en una pequeña sonrisa de complicidad. Asiente con la cabeza, incitándome. Burlándose de mí. Lo desea. Lo desea tanto. *Qué mocosa de mierda.*

Quiero darle todo lo que quiera. Le prometí que lo haría.

Levanto la mano y le doy una bofetada. Joder, me siento extrañamente bien dándole lo que me suplica. Lo siento desde la palma de la mano hasta la boca del estómago, la sangre me sube a la polla mientras me inclino hacia delante, a horcajadas sobre ella. Pero esa buena sensación se ve inmediatamente reemplazada por el miedo.

Me escuece la palma de la mano, así que sé que debe de arderle la mejilla. Tiene la cabeza girada hacia el hombro, el pelo suelto sobre la frente y los ojos cerrados. Tiene los labios entreabiertos y el aliento que se le escapa hace que el cabello suelto que le cubre la boca suba y baje contra su nariz.

—Han —digo rápidamente, con los ojos desorbitados mientras acojo su cara entre las manos.

Ella me empujó a hacerlo y ahora me aterra haber cruzado seriamente la línea. *La golpeé. Dios mío, la golpeé.*

Lentamente gira la cabeza hacia atrás para mirarme. Una sonrisa perezosa en su cara.

—Sí —gime mientras suspira, como si por fin pudiera respirar o algo así—. Otra vez.

Suelto un suspiro, sabiendo que está bien, que esto ha sido consentido y que el miedo se ha disipado. Le doy suaves besos en la mejilla sonrosada y curo lo que he dañado antes de apoyar la frente en la suya. Ella sonríe levemente mientras le doy dulces besos en los labios.

—Te amo —susurro contra su boca, necesito que lo sepa antes de volver a hacerlo—. Te amo. Te amo.

Deslizo la mano por su vientre liso, arqueándome sobre las rodillas por encima de ella, y encuentro sus pliegues, empapados por mis dedos. Deslizo los dedos por su raja antes de empujar dos de ellos hasta el fondo, mientras mi otra mano abofetea con fuerza sus pechos, sacudiendo la cadena que va desde el aro de su pezón hasta su cuello para rodar de nuevo hasta su garganta.

Gime con fuerza, sonriendo, y juro que oigo el eco de la bofetada por toda la habitación. Sus caderas se levantan, rechinando contra mi mano, cabalgando sobre mi dedo y apretándose a su alrededor mientras tira de la correa. Está enamorada del dolor. En su propio mundo de nebulosa felicidad. La pongo boca abajo, con cuidado de que el cinturón se retuerza con nosotros para protegerle la muñeca. Agarro de nuevo el otro cinturón y lo aprieto en su muñeca suelta, atando finalmente sus dos brazos a la cama.

—Finalmente te saqué la mocosa a bofetadas, ¿eh? —Me regodeo en su oído.

Retrocedo, observando la curva de su columna vertebral, el punto de su espalda baja donde se hunden esos deliciosos hoyuelos antes de que se curve su culo perfectamente tonificado.

Joder.

Me quito los vaqueros y mi pesada polla se balancea en el aire mientras vuelvo a coger el cuchillo antes de acomodarme entre sus piernas en la cama.

—Me encanta, Kai. Todo —dice con su tono sexy y agrietado mientras mueve el culo hacia mí, disfrutando de la sensación de su clítoris contra la cama.

Levanto sus caderas con ambas manos hasta que está de rodillas. Un pequeño gemido sale de sus labios cuando sus muñecas retroceden contra los cinturones, incapaz de apoyar los brazos contra la cama.

—No puedes complacerte a ti misma —le gruño al oído—. Sólo esta lengua, mis dedos y mi polla pueden hacerlo.

Abre aún más las piernas, echando las caderas hacia atrás, abriéndose a mí, hambrienta de más. Separo sus muslos por debajo con mis grandes manos, abriendo su sexo para mí. Me inclino y le meto la lengua por detrás en su dulce y dolorido agujero. Ella grita y sus muslos ya tiemblan. Jugueteando con su sexo, chupo los labios de su

coño, pasando la lengua en rápidos aleteos por su clítoris hinchado antes de morder el sensible nódulo.

—Oh, sí... sí —grita.

Me retiro inmediatamente, perdiendo la cabeza por el sabor y el olor de ella que me rodea. Estoy salivando como un jodido animal salvaje, y la presión que siento en la punta de mi polla no tiene parangón. Necesito correrme.

Me planto detrás de ella, agarrando sus caderas con mis manos mientras mi polla se balancea contra su culo.

—Eres tan jodidamente mala para mí —le escupo antes de bajarle la palma de la mano al culo.

Grita de dolor mientras le doy unos azotes.

—Me das ganas de hacer la mierda más asquerosa —digo, bajando de nuevo la mano, punzante de dolor en el mismo sitio.

—Sí —gime, con la cabeza caída hacia delante—. Dame asqueroso, Kai.

Me deja jugar, le doy dos bofetadas más y ella se toma cada una con calma. Pero es demasiado para mí. Estoy a punto de quemarme. No puedo quedarme aquí sentado, viéndola gotear delante de mí, suplicando que algo llene su dolorido centro.

—Necesito follarte —digo, alineando por fin la hinchada cabeza de mi polla contra su apretado agujero.

Asiente con la cabeza, agarrándose a los cinturones por encima de donde tiene las muñecas atadas para hacer palanca.

La aprieto y veo cómo se estira lentamente y se traga la cabeza de mi polla hinchada. Se me van los ojos a la nuca ante la intensa sensación de su cálido y húmedo centro aferrándose a mí con fuerza. De un rápido empujón, la penetro profundamente por detrás. Ella arquea la espalda y me recibe de buen grado, con un leve gemido escapando de sus labios.

—Dime que eres mía —exijo, necesitando oír las palabras.

—Tuya —responde con un gemido entrecortado, ajustándose a mi alrededor.

—Dime que me necesitas —le digo, volviendo a penetrarla con otra profunda caricia, la sensación me electriza por dentro.

Ella gime al mismo tiempo que dice:

—Sólo tú.

Esta chica me supera. Esas palabras me excitan y no puedo controlarme. Me agarro a la carne de sus caderas, tirando de ella hacia atrás, deslizándola sobre mi polla una y otra vez mientras su culo se

encuentra con mi pelvis, tomándolo todo.

—Es tan bueno —grita, volviendo la mejilla hacia su hombro.

—Jesús, mira eso —digo en voz baja, mirando la base de mi polla que palpita dentro de ella—. Me has hecho un puto desastre.

Mi agarre se hace más fuerte en sus caderas mientras su culo golpea con rudeza contra mi piel, el sonido de nuestra conexión, llenando la estéril habitación de nada más que electricidad y energía pura y colorida.

—¡Joder! —maldice, agarrándose a los cinturones para hacer palanca.

Deja caer la cabeza y siento cómo empieza a tener espasmos y a estrecharse a mi alrededor.

—Dime cuando estés cerca —gruño, empujando de nuevo.

Jadea mientras la lleno todo lo que puedo, su calor húmedo agarra la punta de mi polla como un puño. Me recorre la placentera sensación de estar dentro de ella sin que nada vuelva a separarnos. Siento un cosquilleo en la espina dorsal ante la inmensa y abrumadora sensación, mi liberación al borde del abismo.

—Estoy cerca, pero necesito más —dice entre respiraciones superficiales—. Márcame, Kai. Te necesito dentro de mí, mi cabeza, mi piel, mis venas. Necesito sentirte en todas partes.

Hago una pausa en su interior y me quedo quieto un momento mientras resoplo. Aprieto los dientes para contener la corrida después de oírla decir esas palabras. No quiero que esta sensación termine, pero la siento crecer. Ese cosquilleo en los putos huevos que me dice que está a punto de ser un orgasmo muy intenso.

Márcame, Kai. Esas palabras. Ella no tiene idea de lo que significan para mí. Siempre he querido marcarla, reclamarla como mía para siempre desde el momento en que la conocí en ese oscuro y sucio sótano. La misteriosa diosa de ojos verdes que siempre fue inalcanzable. Quería ahogarme en ella, y oír que ella quiere hacer lo mismo es música para mis oídos. Nunca había estado tan concentrado en nada en toda mi vida hasta ella.

Agarro de nuevo el cuchillo, me arrodillo detrás de ella, deslizándome de nuevo en su apretado calor, cerrando los ojos ante la sensación general de éxtasis. Apoyando el cuchillo en la parte superior de su cadera, gira la cabeza para mirarme, con la nariz pegada al hombro. La miro fijamente a sus exóticos ojos mientras grabo mi presencia en su carne.

Se muerde el hombro y hace una mueca de dolor cuando la hoja perfora suavemente su piel, formando al instante una gota roja de sangre. Grabo una pequeña letra «K», del tamaño de una moneda de diez centavos, en su suave piel, grabándome permanentemente en su

historia. Un nuevo tatuaje, que representa el despertar de sí misma a una vida que no está simplemente rodeada de muerte, sino a una nueva existencia. Una en la que podría seguir siendo ella misma a la luz del día sin el velo del disfraz. Una que nunca había imaginado hasta mí.

Vuelvo a sentir sus espasmos a mi alrededor mientras la sangre se filtra por la leve herida. Mis ojos se encuentran con los suyos y el intercambio es oscuro.

—Mía. —Declaro.

Me estudia y su pecho se agita al sentir su peso. Asiente y vuelve a bajar la cabeza, sometiéndose a mí por completo. Entrega las complejidades de su mente, la liberación de su cuerpo y, lo que es más importante, la apertura de un corazón roto.

39

Cuidado

Después de terminar una de las experiencias sexuales más intensas que he tenido nunca, ayudo a desatar su cuerpo marchito. Está tan agotada por haber sido empujada orgasmo tras orgasmo. Sus hermosos labios nunca soltaron la palabra de seguridad. No quería que parara, pero yo sabía que su cuerpecito no podía aguantar más. La adrenalina, las endorfinas, el subidón y el torrente de emociones que se produjeron durante lo que hicimos se están asentando, y estoy preparada para el bajón que se produce después.

Ya es tarde y mi chica apenas puede mantener los ojos abiertos. Pero no puedo dejarla dormir todavía. Primero tengo que cuidarla. La levanto de la cama y me rodea el cuello con los brazos. La llevo hacia el baño, la siento suavemente en la encimera e intento girarla para prepararle un baño en su bañerita, pero su agarre me lo impide. Ella gime, sacudiendo la cabeza contra mi cuello, y una sonrisa se dibuja en mi cara.

—No dejes que me vaya —susurra contra mi piel.

No quiere que la baje. Es tan jodidamente adorable.

—Nunca lo haría —respondo, sintiéndolo en más de un sentido.

Me rodea las caderas con los muslos y me agarra el cuello con los brazos. La vuelvo a levantar y la sujeto contra mi pecho con un brazo alrededor de la espalda mientras abro el grifo con el otro. El agua se calienta, pongo el tapón y abro uno de sus jabones con una mano para crear burbujas.

El olor a salvia y lavanda llena mi nariz mientras las burbujas suben lentamente. Me inclino sobre la bañera abierta y el agua ya es lo bastante profunda como para dejarla caer suavemente en ella. Me suelta el cuello a regañadientes y se echa hacia atrás, con una ligera mueca de dolor.

Sé que le duele. La marca de la parte superior de la cadera ha dejado de sangrar, pero la zona circundante está ligeramente enrojecida. Tiene la mejilla un poco sonrosada por nuestro acalorado intercambio y sé que sus partes femeninas están hinchadas y doloridas por el uso excesivo. Busco en el armario que hay junto a la bañera y encuentro una toalla de mano peluda y suave al tacto.

Me arrodillo a su lado y la sumerjo en el agua caliente, enjabonándola con sus deliciosos jabones antes de cogerle el brazo y levantarlo por encima del agua. Empiezo a pasar suavemente la toalla por su piel en

pequeños círculos, con especial cuidado en las muñecas.

Me mira mientras le subo la toalla lentamente hasta el cuello, apretando la tela y dejando que la mezcla jabonosa le recorra el pecho y luego la espalda. Me inclino hacia delante y le doy un beso en la sien antes de pasarle la toalla por la mejilla, dejando que el agua caliente calme el dolor. Sus ojos parpadean y se encuentran con los míos. Su expresión es suave, casi triste, mientras le tiendo la toalla. Sé lo emocionalmente agotador que puede ser hacer el amor. No soy idiota. Tengo dos años de psicología en esta cabeza mía.

Es duro, el subidón de adrenalina de ser golpeado en el momento se desvanece y te quedas con sentimientos confusos, dolor, tristeza, preocupación, sentimientos de ser utilizado, no querido después. Pero por eso es tan importante demostrarle lo mucho que merece la pena abrirse a mí bajo esa luz y confiar plenamente en mí. Porque después, sigo aquí, aún más enamorado de esta mujer de lo que creía posible.

Follamos como animales, animales psicóticos sin sentido común. Le lamí la sangre, la abofeteé, le rodeé el cuellito con las manos y me aferré con fuerza mientras la estrangulaba como me suplicaba, follándomela hasta alcanzar orgasmos incesantes. Pero su mirada triste me da mucho miedo.

—¿Cómo... estás... estás bien? —Tartamudeo como una idiota, luego frunzo las cejas y se me tuerce la cara.

Su ceño se levanta y una enorme sonrisa se dibuja en su rostro.

—Kai —se ríe—. Eres tan mono cuando te pones nervioso.

Suelto una bocanada de aire y vuelvo a preguntar.

—¿Quieres hablar de ello? ¿Hubo algo que no te gustara? ¿Te sientes bien?

Se lame los labios, empujando algunas burbujas con las manos delante de su regazo.

—Estoy más que bien —susurra, recuperando su expresión triste.

Traga saliva y se mueve incómoda antes de volver a mirar lentamente hacia mí.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunto, cogiéndole el cuello con la mano y girando su mandíbula hacia mí con el pulgar—. Ha sido intenso, pero tenemos que poder hablar de ello. Quiero que seas sincera conmigo.

Estamos sentados aquí, nuestros cuerpos a escasos centímetros de distancia, y sin embargo parecen kilómetros para mi corazón que ya está inconcebiblemente conectado al que tengo delante.

Sus ojos vuelven a hacer eso. Esa en la que parpadea salvajemente y recorre la habitación en modo pánico.

—Sólo bésame, Kai, por favor —suplica sin aliento.

Asiento con la cabeza y aprieto lentamente mis labios contra los suyos. Suelta un pequeño gemido cuando nuestros labios se juntan, y eso me rompe. Me rodea el cuello con las manos y me atrae hacia ella antes de que su lengua me pase por el labio inferior y me obligue a abrir la boca.

Nuestras lenguas se encuentran, y la sensación que me recorre me debilita a la vez que fortalece mis partes más cuestionables. Me reconforta con su presencia, me calma los nervios simplemente... estando.

Me inclino y pongo una mano en el borde de la bañera para colocarme mejor encima de ella, pero mi mano resbala del borde y mi brazo se hunde en la bañera, haciéndome caer de bruces sobre ella. Se le escapa una sonrisa y vuelve a reír.

—Te enamoraste —dice, haciendo una observación obvia.

—Me enamoré hace mucho tiempo —respondo con sinceridad.

Me mira con ojos desorbitados y muy abiertos. No retrocedo. Ella sabe quién soy, cómo soy. Mi verdad no tiene velo. Lo que ves es lo que obtienes conmigo y Han va a conocer para siempre mi verdadero yo. El hombre que está tan profunda y dolorosamente enamorado de ella.

—Pero eso ya lo sabes. —Me encojo de hombros.

Mira hacia el agua y mueve algunas burbujas sin pensar antes de volver a mirar las mías.

—Realmente no te pareces a nadie que yo haya conocido —admite, mirándome como si fuera la antigüedad más rara de la tienda—. Eres la forma más original y verdadera de ti mismo. Nunca escondes tus emociones. ¿Por qué?

—¿Por qué iba a hacerlo? Estoy orgulloso de ellas. Me encanta sentir. Incluso si el sentimiento no es el preferido, o en la mayoría de los casos el apropiado. —Me río suavemente—. Sigo sintiendo. Estoy vivo.

—¿Qué sientes en este momento?

—Siento tantas cosas —respondo, sacudiendo la cabeza ante los pensamientos que asolan mi mente.

Quiero volver a hacerte el amor. Quiero follarte hasta que grites. Quiero abrazarte mientras lloras. Quiero gritarte por hacerme daño de la forma en que lo has hecho. Quiero decirte lo increíble que eres para mí, y que tu pasado no tiene por qué perseguirte como lo hace. Quiero sacudirte hasta que seas capaz de sentir conmigo.

—Son tantas cosas —vuelvo a admitir—. A veces es bueno sentir, y a veces siento demasiado, y necesito encontrar una manera de adormecerlo todo.

—Lo entiendo —dice, cogiendo la toalla que ahora flota cerca y lavándome el brazo con ella—. Más de lo que desearía.

—¿Qué pasa por esa cabeza, Johanna? —susurro suavemente mientras ella aprieta la toalla, llevándola a mi cara y limpiando una mancha cerca de mi labio inferior.

Veo la mancha de sangre en la toalla cuando vuelve a sumergirla en el agua. Abre la boca para decir algo y agita las pestañas antes de deslizarse lentamente bajo el agua de la bañera, con la cabeza bajo la superficie de espejo.

Mi corazón vuelve a sentir el dolor familiar. Uno con el que quizás tenga que encontrar la manera de vivir si ella es quien necesito. Se siente como si estuviera huyendo de nuevo. La verdad apesta.

Permanece bajo el agua, las burbujas de su respiración dejan de formarse mientras sus manos se posan sobre su cara. Pasa un minuto y por fin vuelve a salir, jadeando. Se vuelve hacia mí y se aparta el cabello de la frente y los ojos.

—Te amo, Kai —dice sin aliento—. Duele, y tengo miedo, pero estoy profunda y aterradoramente enamorada de ti.

Pronuncia las palabras tan deprisa que tengo que sentarme y asimilarlas, escuchándolas en mi cabeza para asegurarme de que son reales, de que acaba de expresar sus emociones sinceras y crudas.

—Di algo, por favor —suplica, moviendo metódicamente las manos contra sus muslos bajo el agua.

Me coge por el cuello y se tira hacia mí, apoyando la frente en mi pecho. No quiero volver a hacerle daño, pero siento que mi corazón podría darle un puñetazo en la cara con lo fuerte que late en este momento.

—Sé que sí, Jo. —Le acaricio la nuca y la estrecho contra mí mientras mis dedos se entrelazan con su pelo—. Lo sé. Te tengo. Aquí estás a salvo. Te quiero. Con todo.

Suspira contra mí y sé lo grande que fue eso para su frágil corazoncito. Pero, como dije antes, no busco arreglarla. Estoy aquí para el proceso, para romper junto a ella, por lo que estamos en pedazos juntos. Igualar el campo de juego, para que podamos construirnos en algo nuevo, libre de resentimiento, libre de normas. Podemos ser simplemente nosotros.

Termino de bañarla, le lavo el cabello con champú y lo acondiciono con sus jabones, luego la ayudo a ponerse una toalla de baño caliente y la enrollo bien después de secarla. Vuelvo a cogerla en brazos, acuno su cuerpecito y la llevo a la cama, donde quito las sábanas y cojo un edredón nuevo del armario. Lavaré lo usado en la enorme secadora que Hawke tiene en su casa.

Le pongo un poco de crema antiséptica en el corte, busco vendas y coloco una sobre la zona. Tengo que asegurarme de que está bien.

Me observa, divertida con mis payasadas, mientras rebusco en los cajones de su cómoda y encuentro un camisón grande y un par de bragas nuevas. Levanto un tanga rojo de encaje y un par de calzoncillos de mantequilla de cacahuete y mermelada. Hago una mueca de asco al tanga, lo tiro por la habitación y sonrío, girando los calzoncillos alrededor de mi dedo mientras se los llevo. Se muerde el labio inferior, riéndose de mí con el cabello mojado recogido en un moño sobre la cabeza.

La visto y la envuelvo en la manta grande y mullida, de modo que solo asoma su carita por encima. La tumbo en la cama, me pongo de lado y me cubro con el otro edredón. Las dos suspiramos a la vez y le acaricio la mejilla, rozando con los dedos su suave piel.

—¿Quieres que te dé de comer tacos? —Pregunto, mi pulgar recorriendo sus labios.

—¿Te he dicho que estoy dolorosamente enamorada de ti? —me pregunta con sencillez, haciendo que me ponga como un puto colegial en una comedia romántica.

Sus palabras me elevan como un puto globo aerostático. Estoy a una nueva altitud, el aire es tan delgado que se me contrae el pecho y apenas puedo respirar mientras asciendo.

—Lo sabía. Los tacos eran la manera de entrar —sonrío, dándole un suave golpecito en la punta de la nariz.

Ella se burla, luego se encoge de hombros porque es verdad. Los tacos son el camino al corazón de una mujer.

Cojo agua para nosotros de la cocina y recaliento los tacos que dejé en la encimera. Después de comer, ponemos una película, fumamos un poco de hierba y finalmente volvemos a acurrucarnos bajo las mantas. La estrecho contra mí, respiro el aroma de su cabello mientras apoyo la barbilla sobre él, disfrutando de la proximidad.

—¿Tú...? —Se queda como si se hubiera expresado mal, pero luego recupera la confianza—. ¿Lo haces mucho o algo así?

—¿Hacer qué? —Pregunto, sin saber a dónde quiere llegar.

—El sexo duro, el bondage.

—Oh —asiento, comprendiendo—. No, la verdad es que no. Quiero decir, he hecho cosas similares, supongo, pero definitivamente nada como lo que hicimos. ¿Por qué?

Se gira hacia mí, se pone de lado y se encuentra con mi expresión confusa.

—Tú sólo, no sé... —Se rasca la punta de la nariz, que parece ser un

lindo tic ansioso que tiene—. Simplemente sabías qué hacer. Me cuidaste. Como yo necesitaba.

No puedo evitar sonreír ante lo adorable que parece ahora mismo. Casi inocente, y Han es cualquier cosa menos inocente.

—Quiero decir, todo ese sexo me lo inventé sobre la marcha. Me imaginé que si llegaba a ser demasiado, al menos teníamos una palabra de seguridad.

—El sexo fue increíble —dice rápidamente—. Pero no es eso. Es cómo me cuidaste. Nunca antes había experimentado esa parte.

—¿Nunca has tenido cuidados posteriores?

Se ríe como si la idea fuera una locura.

—No, nunca. Tienes que recordar que he estado con un gilipollas egoísta, e innumerables ligues de una noche. El cuidado posterior no es parte de un sistema donde las llamadas de seguimiento ni siquiera se consideran.

Me río por la sinceridad, odiando en silencio la idea de ella con innumerables amantes de una noche.

Sube la mano y me acaricia la cara.

—Pero tú... —suspira—. Me quieres de verdad, ¿no? Lo demuestras con tus acciones y con tus palabras. Tranquilizándome después, abierto a hablar de ello. Eres tan inteligente emocionalmente, y eso es... nuevo para mí. Especialmente porque eres más joven que yo, ¿sabes?

Vuelvo a sonreír ante su sinceridad. Es adorable verla intentar expresarse por primera vez.

—Me encantan las mujeres mayores. ¿Qué puedo decir? —Me río mientras me da un codazo.

—No soy mucho mayor. —Pone los ojos en blanco.

—Cualquier asaltacunas.

—¡Kai! —grita, dándome otro codazo—. Sólo tengo como cuatro años y pico, ¿verdad?

—Vale, abuela —le digo, envolviéndola en mis brazos—. Estás diciendo locuras otra vez. Es hora de acostarte.

—Te odio —refunfuña.

—No —la detengo, encontrando de nuevo sus labios y rozando los míos contra ellos—. No, tú me amas.

Veo cómo recupera lentamente la sonrisa; nuestras miradas se cruzan mientras nuestras cabezas permanecen apretadas la una contra la otra.

—Y te amo.

40

Puestas de sol

Mis ojos se abren de golpe a la luz que entra por la ventana y me recibe un iris esmeralda.

Habría olvidado dónde estaba si no fuera por la belleza encerrada en mí y sólo en mí.

Noto la sensación de sus dedos en mi cabello. Está sobre un codo, mirándome, me masajea el cuero cabelludo con las uñas. Una sensación suave y reconfortante. Su mirada se funde conmigo. Me mira como si yo no pudiera verla, como si su expresión le fuera totalmente desconocida. Pero la veo. Parece un poco nerviosa, ansiosa, incluso preocupada.

—Nena —gimo en mi tono ronco de la mañana, tirando de ella hacia abajo a mi lado de nuevo, envolviendo un brazo alrededor de su espalda hasta que está cara a cara conmigo—. ¿Qué pasa?

Suspira, baja la mirada hacia mi pecho, recorriendo con el dedo las palabras que hay allí, leyendo los tatuajes mientras contempla mis preguntas.

—Nada, en realidad.

Mi corazón siente el dolor familiar. A la luz del día, ¿cómo se sostienen las palabras «te amo»? ¿Se arrepiente de algo? ¿La intensidad de la experiencia la obligó a expresar sentimientos para los que no está preparada? Todo esto me desgasta.

—Dime lo que piensas, cariño. ¿Qué sientes?

Vuelve a sonreír y enarca las cejas.

—Terror —admite, riendo entre dientes y sacudiendo la cabeza.

—Yo también —admito, siendo completa y totalmente sincero—. Y no pasa nada. Creo que es natural sentir eso. Es todo tan nuevo para los dos.

Le doy un beso en la frente y la abrazo hasta que vuelvo a sentir su piel contra la mía. Coloco la barbilla sobre su cabeza mientras mi corazón y el suyo se aceleran a la vez. A los dos nos asustan los cambios que se están produciendo, nos aterroriza perder algo que acabamos de encontrar. Es nuevo, está crudo, es jodidamente real.

—¿Sabes que la gente odia el olor del humo de los cigarrillos, pero si eres un fumador de verdad, te resulta extrañamente agradable?

Aquí va con su aleatoriedad de nuevo. Me encanta.

—Espero que esta afirmación tenga algún sentido, y que el sentido no

sea que huelo mal.

Se ríe en mi cuello, la sensación de su aliento contra mi piel envía una corriente eléctrica desde el punto de contacto hasta el fondo de mis entrañas.

—No, en realidad hueles a jabón —dice antes de olisquearme, con su moñito desordenado haciéndome cosquillas en el cuello—. Jabón y sexo.

—Debería marcar eso —respondo, pasando algunos de mis dedos por su columna.

Su piel es tan suave y tersa que siempre me resulta imposible dejar de tocarla. Intrincados circulitos; no paro de dibujar con los dedos sobre su suavidad.

—Lo que intentaba decir es que a los fumadores no les importa el olor porque se convierte en ellos. Los residuos cancerígenos que dejan los cigarrillos se infiltran en tu organismo. Está en tus pulmones, en tu sangre, en tu piel. Se convierte en parte de ti desde dentro y empiezas a quererlo, aunque sabes que no debería formar parte de ti.

Espero a que continúe, preguntándome adónde va esto.

—Básicamente, lo que intento decir es... que te has convertido en un cáncer.

Hago una pausa con la boca abierta, a punto de decir algo, antes de que una sonrisa se apodere de mi expresión.

—Jesús, Han. Eso es morbosamente romántico —digo, con sarcasmo.

Vuelve a reírse en mi pecho antes de apartarse lo suficiente para mirarme a los ojos. Los dos nos sonreímos y ojalá pudiera embotellar este momento en el tiempo y sacarlo cada vez que pudiera.

—Al principio lo despreciaba porque no me resultaba familiar y me parecía extraño. Incluso mortal. Pero ahora... ahora que te has convertido en una parte tan importante de mí, no creo que pudiera seguir sin ella. —Sus ojos se aprietan en las esquinas mientras traga saliva, el dolor en su frase es evidente—. Odio entenderlo ahora.

Su última frase me confunde. Arrastro el pulgar por su labio, estudiándolo mientras intento no parecer tan confusa como me siento.

—¿Entender qué?

Menea la cabeza como diciéndome que no pregunte. La pregunta, aparentemente fuera de los límites.

—Eres mi cáncer, Kai. Eres mi enfermedad. Extendiéndote a través de mí, llenando mis pulmones, infiltrándote en mi corazón, filtrándote por mis poros... —Se le corta la respiración—. Estás en todas partes.

Se me aprieta el corazón en el pecho cuando las lágrimas caen por sus mejillas. Le cuesta tanto intentar amar. Es como si viera el amor como

una necesidad tóxica, lo suficientemente poderosa con el potencial de matar. Quiero decir, Jesús, ella lo comparó con el cáncer.

—Bueno, ¿quieres radiación? Seguro que podemos erradicar esta enfermedad antes de que esté demasiado avanzada —bromeo, levantando las cejas con humor mientras froto su nariz con la mía. Ella sonríe brevemente antes de que se le cambie la expresión.

—Ya te has extendido a cada parte de mí. Nada está intacto. El dolor de necesitarte supera la necesidad de vivir.

Aprieta sus labios contra los míos inmediatamente después de que se le escapen las palabras, dejándome reflexionar sobre ellas. Pienso en su pasado, en su madre, en todo lo que ha podido ver, curioso por la seriedad de esa frase. Pero es imposible, porque en cuanto su lengua se desliza en mi boca, estoy en su mundo, a su merced de nuevo, incapaz de hacer otra cosa que amarla físicamente.

Nos quedamos en la cama, besándonos toda la mañana. Las manos explorando cada centímetro del otro, pero nada fue a más. Nos comunicamos en silencio nuestra necesidad mutua a través de los labios y la lengua hasta que finalmente tuve que salir para encontrarme con Hawke en una de las propiedades.

Después de ducharme, entro en la cocina y me siento afortunado de tener ropa extra en el coche para cambiarme. Veo a Han de espaldas a mí, de pie junto a la encimera, y me acerco a ella con la intención de abrazarla por detrás. Esa intención me es arrebatada cuando ella se gira para mirarme primero.

Tiene los ojos enrojecidos y la cara blanca mientras me tiende el teléfono.

Mi teléfono.

Abierto en un mensaje de texto a Tarah.

Los que creía haber borrado.

No. No. No.

Se me cae el estómago y siento que se me hunde el pecho.

—¿Todavía... la estás viendo? —Han pregunta, la mirada en su cara inmediatamente me rompe en dos.

Mi corazón se acelera y estoy al borde de un ataque de pánico. Esto no puede pasar. No a ella.

Miro los mensajes. He borrado con éxito el primero, pero lo que queda son los dos últimos.

Sí, claro. No creí que estuvieras listo para más. ¿Quedamos?

Mándame un mensaje con la hora y el lugar.

Seguido de uno nuevo de ella que aún no había comprobado y que

parece haber llegado esta mañana, razón por la cual Han probablemente lo vio iluminarse.

Ven cuando termines de hacer a quien sea más patético que yo.

Me paso las manos por la cara y gimo. Parece mucho peor de lo que es. Joder, parece tan jodidamente horrible.

—No. Joder, no, no voy a verla. —Me paso una mano por el pelo y miro al techo—. Probablemente sea una vieja mierda.

No sé por qué dije eso. Es mentira. Sé que no es mierda vieja, pero tengo pánico porque parece que estoy jodiendo por ahí con Tarah en el lado, que está tan lejos de la verdad.

—Kai, esto es de anoche. No me mientas, joder —me grita antes de tirarme el móvil por la habitación.

Sus ojos se enrojecen, el dolor presente le quita su suavidad normal. Puedo sentir literalmente cómo se desmorona. El tipo de desmoronamiento que temes. La clase de desmoronamiento que no puedes recomponer.

—Cariño, para. —Le tiendo la mano y ella se aparta de mí inmediatamente—. Puedo explicar esto.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —pregunta, las lágrimas caen de sus ojos mientras mira al suelo a mi lado, con la boca abierta como si respirar no fuera algo que le haya costado tanto hacer.

—Intenté borrarlo antes de subir porque no quería que pensaras que era algo que no era.

Lo digo y luego me doy literalmente una bofetada en la cara. Soy un puto idiota que necesita meter la pata en su maldita boca. Me mira incrédula ante mi confesión.

—¿Intentaste borrarlo por si lo encontraba? —Su voz es débil.

—No, sólo... quería decir...

—Dios mío —dice sin aliento, apoyando el dorso de la mano contra su cabeza y mirando al suelo como si de algún modo pudiera salvarla—. No me lo puedo creer. Soy tan estúpida.

Odio que esté teniendo una conversación consigo misma. De repente me siento empujado a la acera.

—¡Maldita sea Han! —Grito, agarrándola de los antebrazos y sacudiéndola—. ¡No voy a verla, joder! Odio a esa puta falsa. No retrocedas por algo que no entiendes.

Traga saliva, parpadea por primera vez en lo que parece una eternidad, sus cejas se fruncen dolorosamente mientras cierra esos ojos que necesito ver para sentirme completo de nuevo.

—Explícamelo entonces —dice antes de abrir los ojos para mirarme—.

Te estoy dando una oportunidad, que es más de lo que debería darte, teniendo en cuenta el contexto.

Se me separan los labios y no sé cómo empezar. Quiero decirle que estoy intentando conseguir más drogas de Tarah para determinar qué hay en la sustancia que me ha hecho descender un escalón en el tótem como uno de los mayores y más malos traficantes de la costa simplemente no fluye bien. Especialmente desde que nuestra conversación sobre mí con las drogas se convirtió en un punto tan delicado para ella. No puedo admitir la profundidad de lo que estoy con Darío.

Sus cejas se levantan cuando abro más la boca, pero no sale ninguna palabra.

—Jesús, joder —susurra, y puedo oír cómo su corazón se rompe en pedazos.

Un sollozo sale de su pecho, pero tan rápido como cae, se lo vuelve a meter, tragándoselo.

—Vete —dice con una voz demasiado tranquila para mi gusto mientras se dirige hacia la puerta—. Sólo vete.

—No —digo inmediatamente, sacudiendo la cabeza y volviendo hacia ella.

—¡Vete! —grita, caminando hacia atrás, alejándose de mí.

—¡No! No me voy. No me estoy tirando a Tarah. No estoy involucrado con nadie en ese sentido. Eres sólo tú, siempre has sido sólo tú.

La empujo contra mí y vuelvo a abrazarla mientras su espalda choca contra la pared. La expresión de asco de su cara me llega cuando levanta la vista y dice:

—Eso no es cierto. Te has acostado con otras personas desde que nos enrollamos. Y no es que importe, pero demuestra que vuelves a mentir.

Mi cara se distorsiona porque, por desgracia para mí, es verdad. Me acosté con aquella chica rubia en el baño de Bran, y con la otra que me folló por coca en el asiento trasero de mi coche. Ambas cosas ocurrieron técnicamente después de la noche del LSD, nuestra primera vez.

Vuelve a mirar a mi lado, incapaz de mantenerme la mirada. Me desgarra el corazón. Sus manos temblorosas se alzan entre nosotros, antes de empujarme lejos de ella.

—No lo hagas. —Mi voz se quiebra—. No, por favor Johanna, no es lo que piensas. Necesito que confíes en mí.

Intento agarrarla de nuevo, pero ella me aparta el brazo, apretándoselo contra el pecho como si la idea de verme la quemara.

Necesito tocarla, joder.

Se ríe.

—¿Confiar en ti? —Se burla—. Confié en ti anoche. Ese fue mi primer error. El segundo fue enamorarme de ti. No dejaré que el tercero sea dejar que otro cabrón me pisotee.

—Deja que te lo explique —digo inmediatamente, levantando las manos, intentando calmarla—. No es Tarah, son las drogas. Yo quería drogas.

Me mira sin emoción e inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Esto es por las drogas, Kai? —pregunta, sonando totalmente suspicaz, sin creerme en absoluto—. ¿En serio?

—Sí. —Asiento con la cabeza.

—¿Kai? — pregunta, esperando mi respuesta con las cejas levantadas.

—¿Sí? —Respondo con cautela.

—Eres un traficante de drogas. —Sus palabras me golpearon como una tonelada de ladrillos—. Puede que te parezca guapa, pero te aseguro que no soy tan jodidamente estúpida.

Resoplo y vuelvo a ponerme las manos en la cabeza, tirando de las raíces de mi pelo aún húmedo. No sé cómo arreglar esto, cómo volver de ello.

—Que sepas que no tiene nada que ver con lo que hay entre nosotros. Nunca he ido más en serio con nadie en mi vida. ¿Crees que la cagaría? —Tiro del cuello de la camisa, apretando el material con los nudillos blancos, insegura de qué hacer con la rabia que siento por mi pérdida de control en esta situación—. ¡Te pertenezco, lo sabes!

Pestañeo de emoción, la veo suspirar y tengo la más mínima esperanza de estar abriéndome paso.

—Johanna, que sepas que te amo. Que no te haré daño. Confía en mi corazón. —Me golpeo el pecho con el puño mientras sus lágrimas se derraman de nuevo—. Conoces mi corazón.

Vuelve a mirar al suelo y aprieta la mandíbula cuando me aprieto contra ella, clavando sus caderas contra la pared. Le rodeo el cuello y la mandíbula con las manos, obligándola a mirarme.

—Nena, por favor. Nunca dejaría pasar esto. Ni por un estúpido polvo, ni por una puta pastilla... nada.

Me mira con ojos inseguros, pero no se aparta.

—Somos iguales, Han. Tú y yo. Nos necesitamos el uno al otro —susurro contra sus labios.

Aspira entrecortadamente, exhalando el aire mientras mira hacia abajo.

—No me conviertas en un idiota, Kai. No dejes que me convierta en esa persona otra vez. Por favor. Ahora no —suplica con voz débil. Una voz tan diferente a ella—. No después de todo.

Quiere creerme. Quiere creer desesperadamente que no está cometiendo el mayor error de su vida al dejar entrar a alguien otra vez. Lo entiendo. Lo noto en el temblor de todo su cuerpo, en la forma en que su labio inferior tiembla entre mis manos. No puede tomarse un respiro más. Se desmoronará ante mí. Ni siquiera quedarán pedazos que arreglar.

—Nunca lo haría —le prometo, enfatizando cada palabra mientras la miro fijamente.

Sus ojos estudian los míos, analizándolos en busca de la más mínima detección de falsedad, cualquier cosa que demuestre que no estoy siendo sincera con su corazón guardián.

—Ven aquí —susurro, atrayéndola hacia mis brazos, donde está a salvo.

La levanto y la llevo a la cocina. La coloco sobre la encimera, me rodea las caderas con las piernas y me rodea el cuello con los brazos. Deslizo la mano por detrás de su nuca, deslizo los dedos por su pelo, la agarro y la aprieto contra mí.

Suspira contra mí, sus labios contra la piel de mi cuello. Siento su respiración y me pregunto por los pensamientos silenciosos que pasan por su cabeza. ¿Me cree? ¿Confía en mí?

Después de abrazarla un momento, me inclino hacia atrás para mirarla, peinándole el pelo hacia atrás con las manos antes de besarle repetidamente la manchita de la frente donde se le nota el estrés.

Siento que mi corazón se calma un poco, mi pecho contra el suyo de nuevo mientras nuestras cabezas descansan juntas, sus ojos todavía mirando hacia abajo. Pero su corazón está extrañamente tranquilo ahora. De hecho, su respiración ya no es la de hace un minuto, por no hablar de que ha dejado de temblar. Me encantaría creer que tengo ese efecto en ella igual que ella lo tiene en mí, pero sé en esa parte enferma de mi estómago que no es así.

Me alejo un poco de ella y vuelvo a sostener su rostro entre mis manos, observando su aspecto como si pudiera leer sus pensamientos.

Pero lo veo como la forma en que un sol se pone en la oscuridad. Lentamente, luego de golpe. La pequeña llama que le había proporcionado, con la esperanza de encender su fuego, se ha apagado. Hay frialdad en su mirada, casi como si la vida en los ojos que vi esta mañana se hubiera desvanecido junto con el sol en la noche.

Su oscuridad ha vuelto, y tan rápido como la había cagado después de prometerle la idea de nosotros, parece que su pasado encontró la

forma de apagarla.

41

Rompimiento

El óxido es algo curioso.

Quieres sostenerlo. Verlo. Saber con certeza que existe. Pero no puedes. No es un objeto tangible. Es una firme creencia en algo. Y para alguien que no parece creer en mucho, la confianza puede ser tan útil como las tetas en un toro.

Salí de su casa con un miedo inquietante.

También había pasado tanto tiempo. Pensé que la idea había desaparecido de su mente. Pero al sostener su carita entre mis manos y mirarla fijamente, vi la frialdad en esos ojos sin vida. Los que se alejan del dolor a su manera para sobrevivir.

Preferiría que me golpeara de nuevo. Quería ese dolor que buscaba en ella. Nos hacía reales. Mostraba su emoción, su verdad. Pero en el momento en que se calmó, supe que estaba en problemas. Estaba cambiando de nuevo. Buscando cualquier forma de protegerse.

Era cuestión de tiempo que desapareciera.

Era desgarrador ver cómo se refugiaba en sus viejas costumbres para bloquear el dolor. El mecanismo de defensa de su pasado traumático estaba tan integrado en ella que ni siquiera el cáncer que yo cultivaba en su interior podía dominarlo. Fue aterrador lo rápido que pasó de ser cálida y abierta a fría y cerrada, y me hizo cuestionarme, una vez más, por lo que había pasado.

Atravesaría el infierno para descubrir qué hizo a esa chica. Las respuestas de por qué no puede dejarse llevar, las razones por las que se acobarda ante la idea del amor. Quiero ser tan consciente de ella y despertarla. Quiero guardar sus secretos como si fueran míos, sentir su dolor en mi pecho y ayudarla a encontrar el camino para salir de esa oscuridad, de la mano. Pero no puedes salvar a alguien que no quiere ser salvado.

Le envié un mensaje a Tarah de mala gana, informándole de que iba a recoger las cosas antes de reunirme con Hawke. Le había pedido que se reuniera conmigo fuera de su apartamento frente al mar, pero cuando llegué, no estaba delante. Ni siquiera estaba en la puerta cuando llamé. Estaba dentro, gritándome que entrara.

Gimo internamente y me abro paso a través de las grandes puertas de cristal.

—Lo has conseguido. —Sonríe mientras habla, sentada de nuevo en el sofá en nada más que una pequeña camiseta de tirantes ajustada y unos pantalones cortos rasgados que son más cortos que cortos.

—Sí, lo siento, tengo que correr y reunirme con Hawke —digo, moviéndome en la gran entrada de su inmaculada casa, con las manos en los bolsillos—. ¿Tienes las cosas?

Ladea la cabeza hacia mí, con una sonrisa de satisfacción en su cara rica y autoritaria. No será tan fácil.

—Parece que tengo algo que necesitas —dice mientras se levanta del sofá y deja un vaso lleno hasta la cuarta parte de lo que parece ser vino en la mesita que tiene cerca.

Son las diez de la mañana y está bebiendo vino. Lleva una vida dura. No es nada comparada con una mujer que realmente ha pasado por mierda. Mierda de verdad. Mierda que tiene el potencial de romper a una persona. Ella no es como Han. No, Han está muy por encima de esta aspirante.

Se acerca lentamente hacia mí, con sus pies descalzos resonando por el piso de madera oscura, sus largas y bronceadas piernas me recuerdan a una araña astuta lista para atacar. Huelo una ráfaga de flores dulces y mis ojos se posan en una vela encendida detrás de ella.

—Lo que quiero saber es lo que estás dispuesto a hacer por ella.

Aprieta su pecho contra el mío y yo desvío la mirada hacia el techo. Se pone de puntillas y me pone las manos en el cuello. Sus labios me rozan la piel y retrocedo cuando intenta besarme el lugar que hay bajo la oreja.

—Tarah, tengo que...

—Sí, sí. Tienes que irte. Lo sé. —Pone los ojos en blanco—. No sé por qué toda la costa de Cali prueba esa gran polla tuya menos yo. Es de lo único que habla todo el mundo, ya sabes.

Jesús, me he representado bien aquí.

—¿Vas a darme la mierda o no? —Exijo, sintiéndome agitado—. Porque si no, estoy fuera.

—Tranquilo, Kid. —Ella sonríe, poniendo los ojos en blanco otra vez—. Está aquí mismo.

Se agarra las tetas con las manos, apretándolas entre sí hasta que veo asomar entre ellas la punta de una bolsita. Suspiro mientras ella se ríe.

—Dios, en serio no eres nada divertido. —Quita la bolsita de entre sus tetas y me la entrega.

Le doy un montón de dinero a cambio y me giro para marcharme cuando me dice:

—Por fin has encontrado algo mejor que lo tuyo, ¿eh?

Su afirmación me hace reflexionar.

—No aguantes más esta mierda, ¿entendido? —Retrocede un poco, con los ojos entrecerrados por la confusión que le produce mi repentina seriedad—. Aléjate de ella como si tu vida dependiera de ello, porque literalmente depende.

Esa misma tarde, ayudé a levantar el viejo suelo de una nueva propiedad que Hawke había encontrado recientemente. Había moho y teníamos que quitar el suelo de madera y sustituir el contrapiso de madera contrachapada para que pasara la inspección. Todavía enfermo por la situación de esta mañana, le envié un mensaje a Han.

Kid: estás buscando tus zapatos, detente. Te los he robado.

Esperaba que el mensaje la hiciera sonreír. O, mierda, al menos sonreír un poco. No podía dejar que huyera de mí. Así que literalmente le robé sus chucks favoritas que estaban junto a la puerta antes de irme. Ahora nos necesitábamos. Estaba tan en sintonía con ella y sus emociones y empeñado en solidificar el hecho de que ella creyera que sólo éramos nosotros, tanto que ni siquiera me había dado cuenta de que me había despertado y había empezado el día sin un golpe.

Sin embargo, lo noté en las manos más tarde ese mismo día. Me entraron temblores por no haberme metido la coca en el cuerpo. Me

sentía mucho más cansado y drogado, pero algo dentro de mí me hizo querer demostrarle a mi cuerpo que no la necesitaba. No necesitaba las drogas como la necesitaba a ella. ¿Era estúpido haber cambiado la adicción de una sustancia a una persona? Por supuesto. Nunca he pretendido estar sana o mentalmente estable, pero ésta era la primera vez en mi vida que realmente me preocupaba por dejar esa mierda, y ni siquiera sé qué me hizo tomar esa decisión, si he de ser sincera.

—No puedo permitir que me ayudes si tienes resaca. —Hawke suspira con frustración, viéndome intentar alinear mi cinta métrica contra la ventana y fallando miserablemente.

El extremo sigue cayendo con mi mano temblorosa, la cinta se dobla y salta bruscamente cada vez que intento alcanzar el otro lado para obtener estas medidas para las nuevas ventanas que necesita encargar.

—No tengo resaca —replico, intentándolo una vez más, sintiendo la decepción en su tono.

—Hablo en serio. Si no te sientes bien, no te quiero aquí. Si te lastimas, entonces yo...

—¡He dicho que no tengo resaca! —Me quejo.

Su frente se arruga, me mira fijamente antes de sacudir la cabeza y darse la vuelta. No me cree. El tono de Hawke da miedo cuando está contento. Cuando está decepcionado o enfadado contigo, mejor que creas que esa mierda te hace sentir cinco centímetros más alto ante él.

Lanzo la cinta métrica contra la pared, haciendo un fuerte ruido antes de que caiga contra el suelo, el sonido resonando por toda la vacía propiedad en renovación. Vuelvo a mirarle mientras me siento en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y los codos sobre las rodillas. Me estudia durante un segundo, inclinando la cabeza hacia un lado antes de que yo sienta que lo registra.

—Te estás bajando de la mierda —dice en un tono más suave y compasivo.

Suspiro, sintiendo el extraño peso de un nuevo cambio. Ni siquiera quiero atribuirme el mérito de haberlo intentado. Lo que pasa es que esta mañana no he esnifado ni una raya. Mi mente estaba preocupada. No quiero que piense que hay un esfuerzo real en esto todavía. No lo hay.

—No lo sé —respondo pasándome una mano por el pelo—. Quiero decir, en realidad no estaba planeado. Hoy no he tomado nada. Quizá tampoco lo haga esta noche.

Asiente con la cabeza, mirando al suelo entre nosotros y luego hacia atrás.

—No pasa nada si fracasas —me dice en voz baja, leyéndome la mente de algún modo—. Acepta que tomaste la decisión de intentarlo,

aunque no estuviera planeado.

Trago lo que siento como papel de lija en la garganta. Mi mandíbula se tensa cuando dos recuerdos aleatorios inundan mi mente: Mi padre diciéndome que nunca significaría más para él que un cheque del gobierno antes de desmayarse en la silla mientras se bebía el dinero de mi almuerzo, y Hawke de doce años, entregándome una bolsa de papel de estraza enrollada a escondidas junto a las taquillas antes de ir al comedor. Era un bocadillo que le había hecho su padre, diciéndome que comía mucho en el desayuno, y que lo tiraría si no lo cogía. Siempre lo sabía, como ahora.

No sé por qué pienso en estas cosas. Pero Hawke siempre fue para mí más un hermano y un padre que mi propio padre. Cuidó de mí como yo cuidé de él durante el suceso que cambió su vida. Mi misión era asegurarme de que nunca le faltara nada en la cárcel. Le enviaba todo el dinero de mierda que ganaba con las drogas y el trabajo de verano a sus libros, le llamaba a menudo para hablar y le visitaba allí para mostrarle mi apoyo, le enviaba libros y revistas nuevas, le compraba el coche aunque no lo necesitara en ese momento. Me aseguré de ser el hermano que necesitaba cuando no tenía a nadie, porque él siempre fue el hermano que yo nunca tuve.

—Sabes, le dije una mierda realmente desagradable a Han, después de la fiesta —admite, pasándose una mano por la nuca—. Básicamente la culpé de todo cuando no debía.

Me relamo los labios, recordando la conversación que me contó sobre Hawke, suponiendo que había sido ella quien me había desviado aún más de lo que me había desviado yo solo. Pero la verdad era que ella era lo único que me sacaba de allí. Sus palabras, una presencia resonante en mi cabeza. *Creo que eres una persona apasionada. Alguien que confunde sus adicciones con una verdadera necesidad de sentir cosas. Esa energía, esa pasión, es tuya, no de las sustancias que te rodean.*

Tenemos nuestros problemas, sin duda, pero de algún modo sabemos manejarnos el uno al otro mejor que nadie. Tengo miedo de perderla, pero tengo más miedo de que se pierda a sí misma.

—La elección siempre ha sido tuya. No la adicción, porque es una enfermedad, sino todo lo que la rodea. La gente con la que te juntas, los ambientes en los que te ubicas. Me alegra ver que empiezas a elegir los correctos. Los que te empujan a ser quién eres —continúa Hawke—. Siempre estoy orgulloso de ti, incluso cuando fracasas.

Me brillan los ojos, así que arrugo la nariz y le despeino. Sonríe y asiente con la cabeza, dándose la vuelta para ir a terminar de pulir el suelo de la otra habitación cuando le respondo:

—Es ella, ya sabes.

Se detiene en seco y vuelve a mirarme.

—Ella es la elección correcta. Para mí —digo, con la voz quebrada.

Escucha y respira antes de esbozar una media sonrisa.

—No puedo creer que esté diciendo esto —se frota la frente con el índice y el pulgar—, pero creo que tienes razón.

El sol se está poniendo, al igual que parece que se está poniendo en mi nueva relación. Desearía que las cosas no fueran tan complicadas. Y como dijo Hawke, dejé que esto sucediera poniéndome en situaciones que lo permitieron. Si no hubiera aceptado trabajar con Darío, si no hubiera tomado esa mierda en la fiesta, si no hubiera permitido que mis adicciones gobernaran mi vida, ni siquiera estaríamos aquí.

Sin embargo, aquí estoy sentado, viendo cómo Hawke se aleja de la propiedad alquilada, apoyado en la parte trasera de mi coche, solo con mis pensamientos.

No me contestó. El mensaje se abrió, pero no hubo respuesta. No puedo arriesgarme a conducir hasta su casa para ver que se ha ido. Sé que es lo que viene después. Apoyado contra mi coche, congelado en un espacio y un tiempo, quiero evitar moverme. Quiero aferrarme a la idea de que aún no estamos rotos.

Es curioso saber que lo que suceda a continuación te romperá y, sin embargo, querer permanecer detrás de la línea, sin cruzar todavía esa nueva realidad. Sobre todo sabiendo exactamente cuánto va a doler, sabiendo que podría cambiarlo todo. Es como vivir en una especie de dulce felicidad ignorante, un mundo que conocía demasiado bien.

Ojalá fuéramos mejores el uno para el otro. Desearía que ambos estuviéramos en un lugar con algún tipo de base sólida, para que pudiéramos correr juntos, lejos de todo el dolor. Pero la verdad es que Han y yo estamos tan jodidos, que quizá no podamos salvarnos el uno al otro. Y como ella dijo, tal vez no se suponía que lo hiciéramos.

El último camión que había entregado el nuevo suelo de la propiedad empezó a alejarse antes que yo, y el hombre me saludó con la mano antes de marcharse.

Mientras el camión avanzaba lentamente por la calle, mi corazón se

detuvo en mi pecho ante la visión que tenía ante mí. Sentí la garganta espesa y contraída mientras una extraña ansiedad inundaba todo mi cuerpo.

Ahí estaba.

Mi Johanna.

Apoyada en una furgoneta de aspecto extraño, con un pie hacia atrás, los brazos cruzados sobre el pecho, el cabello suelto alrededor de su hermoso rostro, el cuerpo cubierto por un ajustado crop top negro con unos pantalones cortos oscuros y desgastados que suben por el lateral de sus muslos perfectamente tonificados y tatuados, y los pies descalzos debajo.

No lleva zapatos.

Trago saliva, preguntándome si ha venido a matarme por robarle su par favorito de High Top Converse negras. Es una posibilidad real, sobre todo por la forma en que se acerca a mí.

Se detiene ante mí, mira sus pies, luego los míos, luego recorre con la mirada todo mi cuerpo hasta que sus ojos se posan finalmente en los míos. Me mira con el ceño fruncido y mis ojos, muy abiertos y aterrorizados, no dejan lugar a dudas sobre cómo me siento. Mi corazón late a mil por hora y se me hace un nudo en el estómago al verla.

—Tengo ganas de correr —dice simplemente, la tensión de su rostro se relaja un poco al admitirlo.

Me muerdo la comisura del labio, mis ojos se entrecierran sospechosamente mientras asiento lentamente.

—¿Y te has pasado porque necesitas tus zapatos?

Me mira fijamente, con los ojos entornados mientras su pecho sube y baja.

—No —dice en voz baja, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Está tan cerca, pero tan lejos de mí. Quiero agarrarla por los brazos, necesito tocarla y atraerla hacia mí, donde estoy apoyado en el capó del coche. Pero no lo hago. Suspiraría en la caída, la sensación de su cuerpo apretado contra el mío otra vez sintiéndose como el tipo de cielo que sólo puedes esperar encontrar. Pero no puedo. Rodeé con mis manos su pequeña cintura expuesta. Sus ojos se cerraron al sentir mis manos sobre su piel. Me encantaría ver lo que le hago, sentirlo sin necesidad de que me lo diga. Conozco la mirada. Pero no la conozco.

Nos quedamos allí, a escasos centímetros de distancia, los ojos de ambos estudiándose, sin saber qué hacer.

—¿Recuerdas cuando te dije que la próxima vez que sintiera la necesidad de irme... bueno, que vinieras conmigo? —pregunta

suavemente, arrastrando la lengua por su regordete labio inferior.

—Sí, y lo tomé como una insinuación sexual.

Me sonríe, rompiendo el carácter, y las mariposas nacen, multiplicándose en mi estómago. Aleteo por todas partes.

—Bueno, siento la necesidad de desaparecer otra vez —dice en tono entrecortado, mirando hacia la espeluznante furgoneta antes de volver la cara hacia mí, con los ojos brillantes—. Pero te necesito conmigo.

Mis labios se separan y me quedo inmóvil ante sus palabras.

—Ven conmigo, Kai —suplica en voz baja, la frase es desgarradora. Me desgarra.

Me quiere con ella. Confía en mí. Me necesita. Siento que mi nuez de Adán se mece en mi garganta. Sus ojos siguen el movimiento antes de parpadear desmesuradamente, mordiéndose el labio inferior con preocupación.

—Dondequiera que estés, estoy yo —susurro, con las cejas fruncidas, como si ella debiera haber sabido siempre que esa sería mi respuesta.

Suspira, la tensión de sus hombros se afloja.

—Esto es grande para ti —susurro, agarrando un par de dedos que quedan sueltos en la mano junto a su muslo.

Tiro de su mano hacia mí y la atraigo lentamente hacia mí. Me rodea la cintura con los brazos, le agarro la cara con las manos y le rozo las mejillas sonrosadas con los pulgares. Ella cierra los ojos al contacto y se inclina hacia mí. La sensación es mejor de lo que había imaginado.

—Sí —dice sin aliento, el confort de nuestro contacto nunca estuvo más presente—. Pero ya es hora.

Sus tímidos ojos miran a los míos mientras nuestras cabezas descansan juntas. Vuelve a temblar. Su pequeño cuerpo se estremece por el miedo a su propio pasado, el que no la abandona y la persigue en cada movimiento.

—Te adoro, Johanna —susurro contra sus labios—. Y te seguiré adorando en tu oscuridad.

Sus ojos se cierran con fuerza ante el dolor de escuchar mi verdad. Aprieto los labios contra los suyos, mantengo los ojos abiertos y observo cómo le cambia la cara. La tensión de sus ojos se disipa cuando mi lengua roza su labio inferior. Abre la boca y gime suavemente cuando nuestras lenguas se tocan. Con las manos en su cabello, le sujeto la nuca mientras continuamos nuestro dulce ataque mutuo, reavivando de nuevo esa llama que puede salvarnos a los dos.

Me separo del beso y sus ojos se abren lentamente.

—¿Es esa la furgoneta de huida? —pregunto, señalando con la cabeza la cosa espeluznante que parece que secuestra niños, tal vez incluso

adultos, y los vende como esclavos sexuales.

Una sonrisa se dibuja en su cara.

—Te prometo que es mucho más tonta por dentro.

—Eso es lo que ella dijo —respondo en voz baja.

Su rostro se descompone en una enorme sonrisa mientras la risa brota de su pecho. La sensación que siento en el mío al oírla, como un relámpago, me electriza por dentro.

—Bien jugado —dice orgullosa.

—Muy bien, nena. Tómame como rehén —digo, sujetándome las muñecas entre los dos—. Supongo que al menos recibiré caramelos y un gatito[26] con mi secuestro —continúo bromeando, manteniendo la cara seria—. ¿Estoy en lo cierto?

—Bueno, puede que te toque algún gatito —sonríe mientras camina hacia atrás, hacia la furgoneta, tirando de mi mano. Mis cejas se alzan ante su afirmación—. En realidad, seguro que tendrás gatitos — dice, observando mi cuerpo de la cabeza a los pies como si fuera una golosina que está a punto de devorar. —Mucho, muchos gatitos.

Gimo de placer, poniendo los ojos en blanco.

—El mejor secuestro de la historia.

Llegamos a la furgoneta y se detiene. Se vuelve hacia mí y pierde la sonrisa. Abre la boca para decir algo, pero duda un instante. El cambio instantáneo de energía vuelve a inundarme de ansiedad.

—Estoy dispuesta a romperme por ti —susurra, aun agarrando mi mano entre las suyas—. Pero, ¿estás dispuesto a romperte por mí?

—Rómpeme —respondo, apretándome de nuevo contra ella, mis caderas inmovilizándola contra la furgoneta, mis ojos clavados en los suyos mientras mis manos sujetan su carita rota, asegurándome de que conoce la verdad en lo más profundo de su ser—. Me romperé en un millón de pedazos con tal de encontrarme con tus pedazos.

42

Beefy Boys

—Tu furgoneta es ridículamente buena por dentro —digo, mirando el interior trasero mientras nos aleja de la casa de Hawke.

—Te lo dije —alardea, y luego sonríe al salir a la autopista—. La llamo Myrtle.

Se trata de un Dodge B200 marrón antiguo de 1975 con una franja de color naranja quemado apagado y amarillo a lo largo del lateral. El óxido que se forma en los bordes de la puerta y el exterior no hace sino aumentar su encanto rústico y espeluznante. El interior, sin embargo, había sido rehecho con negro mate pintado sobre los paneles de madera y una interesante calavera grande con rosas muertas saliendo de los ojos y la boca grabada en la pared entre las ventanas.

La anterior moqueta peluda se retiró y se sustituyó por un suelo claro de madera de pino. Detrás del asiento del conductor hay una mininevera negra con una pequeña cocina. En la parte trasera hay un pequeño sofá futón que, según me han dicho, se convierte en cama. El espacio está decorado con plantas muertas o casi muertas, que le dan un aspecto mórbido con extraña perfección.

Una de las cosas que me esfuerzo por pasar por alto es la pila de barriles de plástico blanco que hay en la esquina con una lona enrollada dentro. La pala y el rastrillo colgados del techo tampoco me hacen sentir como en casa. ¿Es un asesinato premeditado?

—Es tan... tú —digo, sonriendo apreciativamente mientras toco una de las rosas secas y crujientes que cuelgan boca abajo del retrovisor—. Y ni siquiera me sorprende que le hayas puesto nombre.

Sus ojos observan mi mano y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. Sabe que me encanta ella y sus extrañas obsesiones.

—¡¿Dónde has estado escondiendo esta bestia?!

—Siempre ha estado estacionada en mi complejo de apartamentos. Probablemente no te diste cuenta de su belleza hasta que te atendió.

Ya veo lo que está haciendo. Pequeña listilla. Me sonríe con descaro, como si todo mi mundo no hubiera girado en torno a ella desde el momento en que vi esos ojos verdes en aquel sórdido club nocturno. No puedes perderte ese tipo de belleza, no importa dónde esté estacionada.

—No voy a mentirte. Me ha sorprendido verte hoy —le digo en voz baja, mirándola con cautela mientras cambio de tema.

Después de que me sorprendiera en el lugar de trabajo, finalmente le entregué sus zapatos, viendo que no huía de mí, sino conmigo. Me siguió a mí y a mi coche de vuelta a la casa de Hawke para que pudiera coger algunos artículos esenciales para nuestro «viaje de fin de semana». La cara de Cole lo decía todo. Nos miraba con la boca tan abierta que Hawke se acercó literalmente para empujarle la mandíbula a su posición normal cuando pasamos junto a ella en la cocina. Está claro que Han y Cole no hablan de chicos en las fiestas de pijamas. Supongo que pensó que habíamos terminado. Yo también, hasta hace media hora.

Han me echa un vistazo e inmediatamente vuelve a la carretera, con el agarre apretado en la borrosa cubierta naranja quemada del volante.

—Estaba segura de que no confiarías en mí después de lo de esta mañana.

Realmente pensé que eso sería todo lo que se necesitaba para que nuestra historia terminara. Con alguien de corazón tan frágil como Han, no tienes segundas oportunidades. Sólo rupturas, y el riesgo de que tu nueva chica sea arrebatada por ella.

—La confianza es algo más que lo que alguien te dice, y aunque eres un idiota ocasional que no capta los pensamientos correctos, tenías razón en una cosa.

—¿Que te convertiría en una madre sexy? —Pregunto inmediatamente, con mi sonrisa de comemierda pegada a la cara.

Me fulmina con la mirada.

—No. —Ladea la cabeza y levanta las cejas, casi recapacitando—. Bueno, sí, técnicamente hablando, eso sería cierto.

—¡Ja! ¡Lo sabía! —Arrugo la nariz juguetonamente hacia ella—. Hagámoslo. Deja que te meta a mi hijo. Me muero de ganas. Te llenaré de bebés. Seré un padre que se queda en casa. Deja que mi mujer lo mate en el mundo real y mantenga mientras yo cambio pañales. Joder sí, deber de padre. Seré tan bueno. Seré el mejor.

—Kai —dice con calma—. Relájate.

—Sí, señora. —Me aclaro la garganta, sentándome erguido en mi asiento, dándome cuenta de que he vuelto a expresar todos mis malditos pensamientos.

—No, tenías razón en otra cosa —dice, volviéndonos a encarrilar—. Que conozco tu corazón.

Mientras la miro, siento que su puño me aprieta el corazón.

—Sí, Kai —dice en voz baja, sin dejar de mirar la autopista a través del parabrisas—. Conozco tu corazón como si fuera un viejo amigo. Un compañero que he conocido antes, en otra vida. Y me aterra. —Me mira de nuevo—. Sentirte así de conocido.

Ya me lo había comentado antes y, para ser sincero, yo siento lo mismo. Es el tipo de sensación que tienes cuando conectas con alguien a un nivel totalmente nuevo en el que tu ser queda expuesto. Es una conexión cruda y poderosa, que no se da con cualquiera. Un nivel parecido al del alma gemela.

Cruzo el espacio que nos separa, sintiéndome demasiado lejos de ella en este momento, aunque sólo nos separen unos metros, y le cojo una mano del volante, entrelazando mis dedos con los suyos. Me llevo la mano a los labios, le beso los nudillos y la suelto antes de que sienta el temblor de mi mano.

Sonríe levemente, sonrojada por el gesto romántico que, de no ser por lo bien que nos sienta a los dos, podría considerarse cursi.

Me tiemblan las piernas, así que hago rebotar la rodilla derecha para alejar los temblores.

—Nunca te he llevado a una cita —digo al azar, encendiendo un cigarrillo para calmar las ansias.

Su cara vuelve a encontrar la mía antes de suspirar, toda triste.

—Soy una puta.

Sus palabras hacen que mi frente se arrugue de confusión.

—Te he dejado correrte en mí. Ni siquiera hemos tenido una cita. Te has corrido en mí y soy una puta. —Se encoge de hombros, como si finalmente aceptara su verdad.

—Cállate, Han. —Veo un cartel de una hamburguesería llamada Beefy Boys—. Allí. Ve allí.

Gira bruscamente la furgoneta y me golpea la cabeza contra la ventanilla y la parte trasera.

—Oh, mierda —se ríe—. Lo siento, los engranajes de Myrtle están un poco pegajosos.

—Estás a punto de ponerme la ropa un poco pegajosa después de esa mierda —digo en voz baja, frotándome la sien que probablemente me esté echando huevos en este momento.

—¿Qué?

—Nada, cariño. Nada de nada.

—Tomaremos dos hamburguesas vegetarianas con salsa picante de

aguacate y una guarnición de patatas fritas con boniato —digo, doblando los grasientos menús y devolviéndoselos a la mujer bajita y redonda que tiene la mano en la cadera y el ceño fruncido.

Sí, me doy cuenta de que estamos en un restaurante de pueblo llamado Beefy Boys[27] por su carne de vacuno y sus grandes camioneros alimentados con maíz, pero está en el menú. Así que demándame.

—Gracias —entrecierro los ojos mirando la etiqueta con su nombre, que por desgracia está en su pecho muy grande—, Marg.

Me quita los menús de las manos.

—Se nos han acabado las patatas fritas con boniato —suelta en un tono áspero y sin disculpas.

—Um —digo, mirando los menús distantes bajo su brazo, luego de nuevo a Han—. ¿Están bien las patatas normales? —Le pregunto.

Enrolla los labios y se los muerde para contener la risa mientras asiente.

—Patatas fritas normales, Marg. Ah, y un batido de chocolate y almendras de postre. —Le lanzo un rápido guiño, con la esperanza de conseguir algo de alegría de nuestra increíble camarera de carretera. Pero, por desgracia, mis encantos no funcionan tan lejos de la ciudad. Gruñe y hace un comentario sobre los putos hippies antes de volver tambaleándose hacia la cocina.

—Creo que tienes competencia —sonrío y le tiendo la mano a mi cita.

—¿Es más guapa que tu profesora de álgebra en el instituto? —pregunta, acercando las manos para juntarlas con las mías.

—Oye, sólo porque haya tenido muchas aventuras con mujeres mayores, no significa que no tenga estándares. Marg, sin embargo, es una joya escondida. Le gusta hacerse la dura, pero sé que es del tipo que se somete.

—Nunca he estado más celosa en toda mi vida —dice con rostro serio—. ¿Pero de verdad? ¿Hamburguesas vegetarianas? Tú comes carne. —Se ríe mientras retiro mis manos crispadas para limpiármelas en la cara.

Es verdad. Me encanta la carne. Pero Han es vegana o vegetariana o algo así. Lo sé por el extraño surtido de productos que guarda en su nevera. Tofu, algún tipo de musgo comestible, leche de almendras, la extraña lista continúa. Como si las almendras tuvieran pezones. Me encantaría ver una almendra con pezones. Mierda hilarante. Así que tomé la decisión de que no quería comerlo delante de ella.

—Esta cita es sobre ti —le digo, apartándola—. Pero eres una mentirosa. Te he visto comer carne. También te he visto tragarla. Entera.

Le enarco las cejas mientras ella pone los ojos en blanco y deja caer la cabeza contra el mullido cojín de la cabina vintage en la que estamos.

—Dime que miento. —Vuelvo a colocar los brazos a lo largo del asiento, encorvándome y echando la cabeza hacia atrás, abriendo las piernas para estar más cómodo.

Antes de que pueda responder, Marg reaparece, oliendo a cigarrillos recién fumados, con dos grandes vasos vacíos y una jarra de plástico con agua helada. Se marcha sin decir nada más.

—¡Gracias Marg, eres un encanto! —Le grito a su espalda.

Levanta una mano, sin darse la vuelta, y vuelve a la cocina mientras nos sirvo el agua.

—Nuestras hamburguesas están a punto de no ser más que verduras trituradas y saliva —dice Han, mirando su salida.

—Temo que tengas razón. —Cambio mi peso, inclinándome de nuevo hacia delante—. Siento que esta sea nuestra primera cita. Te mereces algo mucho mejor que una hamburguesería de carretera.

Miro por encima de su hombro los cristales sucios de la cafetería y el rasgón en el asiento de plástico cerca de su cabeza; el olor a gasóleo y al café de ayer me llena la nariz.

—En realidad, me encanta. —Ella sonríe, mirando a su alrededor en las cabinas vacías—. Es totalmente inesperado. Refrescante.

—Vale, hagamos lo de la primera cita —digo, cambiando de tema, cruzando las manos ante mí sobre la mesa moteada—. ¿Dónde te ves dentro de cinco años?

Sus cejas se fruncen y sus ojos se entrecierran.

—Bien, siguiente, ¿cuál es tu mayor fortaleza?

Ladea la cabeza ante la pregunta.

—De acuerdo, tomaré el silencio como una forma de debilidad. A continuación, ¿cómo se enteró de la disponibilidad de este puesto?

—Esto no es una entrevista de trabajo, Kai.

—Muy bien la última, ¿por qué debería contratarte como mi nueva novia?

Mete los dedos en su vaso de agua recién lleno y me los lanza.

—¡Eh! —jadeo—. ¡Estás despedida! Despido, efectivo inmediatamente.

Me da otra sacudida y dejo que el agua me escurra por la cara. Marg permanece en silencio detrás de mí y me pregunto cuánto habrá oído de nuestra conversación. Me entrega la comida a la velocidad del rayo y me mira la cara empapada antes de mirar a Han y luego a mí. Deja los platos en la mesa y se inclina sobre Han.

—Confía en mí, no quieres el trabajo.

Le da dos palmadas en el hombro mientras Han se ríe, mirándome divertido.

—Muy bonito, Marg. ¡Tenemos grandes beneficios por aquí! En caso de que te estés preguntando...

Mi frase se interrumpe cuando me meten una patata frita en la boca. Supongo que es mi señal para callarme.

Disfrutamos de nuestras hamburguesas vegetarianas y patatas fritas normales, y de una conversación informal como lo haría una pareja normal. Nuestras risas llenan el comedor vacío mientras cuento historias de mi pasado. Siento como si mi sol se extendiera sobre ella, filtrándose en su piel, encontrando la profundidad de su atribulado corazón. Mi calor la cubre con cada sonrisa que emite. De alguna manera, todas nuestras preocupaciones, miedos y remordimientos se quedan en el camino. Ahora estamos en nuestro pequeño mundo y, mientras tomamos juntos nuestro batido de chocolate y almendras, sólo puedo imaginar lo que nos deparará el resto de nuestro tiempo juntos.

Hasta ahora, me he sentido como en caída libre. Pero sé que llegará el momento de que el peso de este viaje caiga.

La aventura de mañana es totalmente desconocida, pero una cosa es segura: sus secretos, cuando sean revelados, serán míos.

43

Doug

—¿Segura que no quieres llevártelo con nosotros? Tenemos una nevera, ya sabes.

—No, cariño, está bien.

Termino de pagar a Marg por nuestra comida después de sólo picarla, y le dejo una buena propina porque es Marg, y dar una buena propina a los camareros es algo bueno. Que se jodan los que dejan unos pocos dólares. Esta gente ya se está partiendo el culo por un sistema que intenta activamente joderles cualquier dinero legítimo, además, tienen familias en casa.

La comida era realmente increíble para un pequeño agujero en la pared de comedor, pero mi apetito es todo jodido. Tengo sofocos, sudores, escalofríos, me duelen todos los músculos del cuerpo y siento la cabeza como si me hubieran atravesado con un palo. Soy un desastre.

Hago todo lo que puedo para mantener la calma y respirar, pero si estos efectos secundarios de la abstinencia me empujan más lejos, puede que necesite una pequeña dosis. Sólo para sobrevivir. Al menos durante las próximas dos noches. Siempre puedo empezar de nuevo cuando vuelva.

Joder, no. Puedo hacerlo. Puedo manejarlo. Estúpido cerebro débil.

El demonio y el ángel hablan entre ellos, observando cómo mi cuerpo se dobla y se pliega en su presencia. Haz lo correcto. *¿Qué es lo correcto?* Finges que puedes arreglarlo tú solo. *¿Por qué no puedo?* Eres débil, eres un perdedor. *No soy tan malo.* No tienes ningún propósito. *Mi propósito está aquí mismo.*

—Hola —me dice suavemente, cogiéndome de la mano y apoyándome contra la furgoneta en el aparcamiento de Beefy Boys Diner—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Sus ojos son suaves, su voz cariñosa. Se da cuenta de que no estoy bien. Por supuesto que puede. Puede leerme mejor que nadie.

—Yo sólo...

—Jesús, Kai, estás ardiendo. —Me pone el dorso de la mano en la frente, recorriéndome la sien y el lateral de la mejilla, con la cara llena de preocupación—. Cariño...

—Estoy bien. Estaré bien —sonrío, agarrándola por las caderas y atrayéndola hacia mí.

—No, no estás bien. Estás sudando, y tu corazón está acelerado. Kai,

estás enfermo. —Sus manos me acarician la cara y me mira como un cachorro que necesita un hogar.

—Te aseguro que me encuentro mejor. —Beso su frente antes de pasar mis manos por sus hombros, masajeándolos juguetonamente—.,¿A dónde vamos ahora, secuestradora?

Esboza una sonrisa.

—Una parada más antes de estacionar para pasar la noche —dice, mirándome—. Si te apetece, claro. —Su cara muestra un poco de preocupación—. También podemos estacionar. Puedes dejar que te cuide.

Eso suena increíble. Pero, no.

—No, no, no... quiero que me lleves adonde tú irías —respondo inmediatamente—. Quiero que finjas que ni siquiera estoy aquí. Enséñame lo que haces cuando huyes.

Se muerde el labio inferior con nerviosismo antes de asentir y separarse de mí. Agarra la manilla de la puerta de la furgoneta y tira de ella para abrirla. Se vuelve hacia mí y sonríe.

—Va a ser difícil fingir que no estás aquí cuando mis entrañas se retuercen al verte.

Me subo al asiento del copiloto con una sonrisa curiosa.

—¿Yo te hago eso?

Ni siquiera puedo contener la sonrisa. Dios, actúo como un adolescente a su lado. Le gusto. Realmente le gusto a Han. Duh, ella me ama.

—Deberías ver lo que le haces a mi coño.

Se me salen los ojos de las órbitas y toda la sangre de mi cuerpo se desborda hacia la ingle. Su sonrisa diabólica se dibuja en su rostro mientras se aleja.

Joder, qué bien le quedan esos pantalones cortos.

Han está inclinada sobre la barra, con la parte inferior de su culo sobresaliendo del vaquero negro desgastado, hablando con un hombre mayor con tatuajes que cubren cada parte visible de su cuerpo. El local está bastante vacío, huele a orina y cerveza, pero la música que sale de la gramola está a tope y la iluminación de neón es visualmente atractiva. Este lugar es una paradoja de bar de pueblo mezclado con rave gay. No acabo de entenderlo.

Vuelve a la mesa con dos vasos llenos hasta la cuarta parte con un líquido marrón.

—Invita la casa —asiente, chocando un vaso con el mío antes de devolverlo.

Su garganta rueda mientras el licor se desliza hacia abajo. Y se me vuelve a poner dura. Se acerca el vaso vacío a los labios y con un dedo se limpia la comisura de los labios.

—¿Qué? —Me mira, confusa.

Me aclaro la garganta, sentándome en la silla de madera, ajustándome los pantalones por debajo de la mesa mientras sonrío.

—Nada de nada.

Me bebo el whisky mientras ella se sienta a horcajadas en mi regazo. *Fóllame.*

—¿Así que vienes a una rave de pueblo y te montas a horcajadas sobre hombres empalmados? Huir debe de ser divertido para ti —aspiro, sintiéndome estúpida por haberlo dicho. Soy insensible de cojones.

Pero ella no se ofende.

—No, vengo aquí por las mejores bebidas de este lado de San Francisco.

Mi ceño se frunce.

—Doug. —Señala con el pulgar por encima del hombro al hombre tatuado con la cresta roja. Está agitando una bebida en una batidora para dos hombres que se apoyan el uno en el otro en el mostrador. Uno de ellos tiene la mano en el bolsillo trasero del otro, agarrándole el culo—. Es mi primo.

—¿Primo?

—Primo, segundo grado... tal vez tercero, no lo sé. Somos sangre... de alguna manera. Su bar siempre ha sido una de mis paradas.

Vuelvo a mirar a Doug detrás de la barra, con su cabello alborotado y sus numerosos piercings faciales, mientras se inclina sobre el mostrador y le da un beso en la boca a uno de los chicos antes de inclinarse hacia atrás y guiñarle un ojo.

—Sí, definitivamente en una relación.

Este tipo parece más relacionado con ella que su propia hermana.

La rave gay de la pequeña ciudad se llena de gente a medida que avanza la noche. La verdad es que estoy disfrutando del ambiente. La música está en su punto, y mi chico Doug es frío como el infierno. Además, no para de darle copas gratis a mi chica, lo que la emborracha un poco y le saca su lado más relajado y despreocupado.

Baila con un hombre calvo y bajito que parece tener unos cincuenta años en la pequeña pista de un metro por dos, iluminados por luces estroboscópicas. A ella se le escapa una carcajada mientras intenta enseñarle a bailar el taconeo. Él no se da cuenta en absoluto, pero parece disfrutar de su compañía.

La observo desde mi asiento en la oscuridad, fumando mi cigarrillo a un lado. No deja de mirarme desde la esquina con una sonrisa cálida que me derrite. Es tan libre, despreocupada y feliz. Me encanta verla así, tan natural y tan orgánicamente ella misma.

En la gramola suena una nueva canción. Una canción de rock heavy metal que no había oído nunca, y Han grita, lanzando los brazos al techo al mismo tiempo que Doug. Se señalan el uno al otro y empiezan a gritar la letra. Observo cómicamente cómo ella se abre paso entre la multitud de la pista de baile hacia la barra. Él camina hacia ella como si fuera una coreografía, con la mano extendida hacia ella. La ayuda a subirse a la barra y ella baila.

Han baila en la barra del bar, pero no como cabría esperar de una chica. Ella está golpeando la cabeza y tocando la guitarra de aire. Ella y Doug se están volviendo locos con esta canción, y yo estoy viviendo para ello, mi cara estalla en una sonrisa mientras se me escapa una carcajada. Siguen gritándose la letra en la cara mientras ella sigue bailando.

De repente, la canción rompe en un ritmo electrónico lento y sexy, y me quedo con la boca abierta mientras el tiempo se detiene a mi alrededor. Han empieza a rodar el cuerpo hacia abajo, arrastrando las manos desde el cuello por entre sus pechos hasta llegar a su vientre expuesto. Su hermosa figura se mueve de un lado a otro mientras sus caderas giran en una tentadora seducción. Se agarra a uno de los postes que hay detrás de ella y se desliza por él como la zorrita sexy que es, con la mano por encima del poste y el top levantándose un poco para que pueda ver la parte inferior de sus pechos.

En cualquier otro bar, me volvería loco. Marcharía hasta allí, la despegaría del poste, me la echaría al hombro, dejándole una huella de la mano en el culo mientras salía del bar para follármela hasta que todos los que estuvieran cerca pudieran oír sus gritos. Pero nadie la está mirando. Nadie excepto yo. Estos hombres están claramente uno dentro del otro. Hay libertad en eso para ella mientras se pierde en el momento, sintiendo toda la feminidad que tiene todo el derecho a

poseer. *Es una jodida diosa, y es mía.*

Trago saliva mientras la presión en mis pantalones se intensifica, la tensión contra la tela vaquera oscura, dolorosa.

Sus ojos verdes encuentran los míos en la distancia mientras empuja su culo contra el poste, subiendo lentamente por el metal, su cuerpo rodando contra él. Es como si fuera mi bailarina particular. Se toca, baila sensualmente mientras sus manos recorren sus deliciosas curvas mientras me observa. Hundo la cabeza en el pecho y la miro con ojos peligrosos, con la mandíbula tensa al pensar en todo lo que planeo hacerle. No podría apartar la mirada aunque lo intentara. Tengo los nudillos blancos mientras retuerzo con agresividad la pajita de la barra que tengo agarrada.

Ella se vuelve hacia Doug y se señalan el uno al otro, asintiendo con la cabeza mientras la música vuelve a sonar. Antes de que me dé cuenta, los dos están dándose cabezazos otra vez. La canción se apaga y ella salta de la barra, riendo en su abrazo. Vuelve a mirarme a los ojos y ladea la cabeza mientras se apoya en la barra con una mirada de acercamiento. Si no estuviera ya obsesionado con esta chica, ese pequeño espectáculo de rock que me pone la polla dura lo habría conseguido.

De pie, me abro paso entre la multitud de gente que baila, manosea y se masturba mientras continúan el intenso ritmo y las luces intermitentes. Siento que una mano me agarra el culo y me detengo, apretando el puño en mi costado inmediatamente. Me giro y veo a un tipo debajo de mí, con un collar de pinchos y pestañas postizas, mordiéndose el labio inferior mientras me guiña un ojo.

—No soy la elegida —grito por encima de la música. Suspira dramáticamente mientras sigo abriéndome paso entre la multitud restante hasta llegar a ella.

Todavía sonríe con humor al ver el pequeño intercambio antes de que la agarre por la nuca y la acerque directamente a mis labios. Mi lengua se desliza por sus labios, explorando el interior de su boca, y la siento gemir sorprendida por el repentino beso. Sabe a whisky y miel, y necesito más.

La rodeo con la mano y le agarro el borde del culo que cuelga libre de los calzoncillos, gimiendo ante su suavidad. Levantándola bruscamente, me rodea con las piernas, y mi polla presiona firmemente su centro. Nuestros labios no se separan mientras sigo torturando su lengua con la mía, disfrutando de la sensación del taco metálico de su anillo lingual arrastrándose por la mía.

Me tira del cabello de la parte superior de la cabeza y recibe mi beso necesitado con el brazo que me rodea la nuca. Oigo a Doug reírse detrás de nosotros mientras la acompaño directamente fuera del bar,

empujando las puertas con una mano hasta que estamos en el estacionamiento, llegando de nuevo a la furgoneta.

Con su espalda apoyada en él y mis caderas sosteniéndola, le agarro el cabello de la nuca entre los nudillos, separándola del beso hasta que queda frente a mí, con los pechos de ambos agitándose entre nosotros.

—Es hora de irnos —digo con firmeza, ligeramente sin aliento, mirándola fijamente a los ojos dilatados—. Sólo dime dónde.

Se muerde el labio inferior, mirándome la boca, antes de parpadear. Puedo oír sus pensamientos mientras imagina todo lo que estoy a punto de hacer realidad para ella esta noche.

Mete la mano libre en el bolsillo trasero y, con dificultad, saca las llaves antes de sostenerlas entre los dos.

—Llévame.

—Definitivamente te llevaré. —Le arrebato las llaves y me acerco para dejar caer su culito en el asiento del copiloto. Chilla mientras rebota en el asiento y yo me dirijo al lado del conductor. Me subo y arranco la vieja Myrtle antes de meter la marcha atrás—. Te llevaré en el capó, te llevaré en el asiento, te llevaré en la cama de atrás...

—¡Kai! —Ríe mi nombre con su tono sexy y agrietado mientras conduzco por las arboladas carreteras secundarias—. ¡A la izquierda! ¡Llévame a la izquierda!

Me desvío por la carretera que me indica, adentrándonos en la oscuridad por caminos totalmente desconocidos.

44

Brutal

Las instrucciones para llegar al destino son salvajes.

Es difícil concentrarse cuando te ríes tanto como nosotros.

Desde que subimos a la furgoneta, no hemos podido mantener la compostura. Su risa cuando se burla de mí porque me tocaron el culo en el bar gay está iluminando cualquier oscuridad que hubiera podido desear, encendiéndome con algo mucho más profundo que la simple lujuria por esta mujer.

Me encanta verla sonreír. Me encanta hacerla sonreír. Me encanta que, cuando se ríe, se rodee la cara con la mano y se toque la nariz con el pulgar, tratando de disimular la sonrisa, pero que, a pesar de todo, se le escapa.

Me encantan sus peculiaridades, las cosas extrañas que la hacen diferente y que probablemente odia de sí misma. Son todas esas cosas las que hacen que me enamore aún más de lo que jamás hubiera creído posible.

Encontramos el lugar secreto, conduciendo por un camino de grava boscoso y aislado, que nos condujo a través del bosque hasta que finalmente se abrió en un claro.

Es un camping. Un viejo camping que tiene una mesa de picnic, una hoguera y troncos listos para quemar. Pero no es eso lo que me atrae. Es la vista abierta del océano a unos pasos de mí. Es la playa privada de arena que parece extenderse kilómetros y kilómetros. Cómo encontró esto, nunca lo sabré, pero es literalmente el lugar perfecto para escaparse cuando necesitas calmar tu mente ocupada. Ya veo por qué le funciona.

Al salir de la furgoneta, Han se acerca a la arena. Sin pensárselo dos veces, se despoja de su ropa; su crop top cae a un lado mientras sus manos trabajan en los botones de sus pantalones cortos. Me mira por encima del hombro y esboza una pequeña sonrisa, pero no de naturaleza abiertamente sexual. No, es más bien la mirada de un animal salvaje que por fin vive en su entorno, que prospera y se siente vivo.

Camina desnuda hacia el agua antes de sumergirse bajo la superficie. Yo la sigo y me despojo de la camiseta, rebotando sobre una pierna mientras intento quitarme los ajustados vaqueros del tobillo. Ella sale del agua, sus ojos encuentran los míos mientras se ríe a lo lejos de mis vergonzosos intentos de desnudarme. Muy torpe y descoordinado. Veo que me sonríe cuando por fin me acerco a ella.

Cierro el espacio que nos separa y encuentro su cuerpo bajo el agua; su cabecita es la única parte de ella que sobresale de la superficie de las oscuras olas. Se muerde la comisura del labio inferior, con los ojos fijos únicamente en los míos. Enrolla sus muslos alrededor de mis caderas y sus manos se deslizan con naturalidad alrededor de mi cuello. Nos sonreímos en silencio antes de que mi frente se apoye en la suya.

Sin previo aviso, nos sumerjo a los dos bajo la superficie. Su grito es capturado por el agua cuando nos sumerjo a los dos por completo. Al salir a la superficie, me limpio el agua de la cara con una mano y capto su expresión. Con las mejillas hinchadas, me escupe un chorro de agua a la cara. Alargo la mano y vuelvo a mojarla, antes de que los dos nos riamos sin control. Me aparta el cabello de la frente y yo me lo sacudo como un chucho.

—Imbécil —dice con los ojos entrecerrados.

—Zorra —respondo con una sonrisa burlona.

Me agarra el cabello con el puño por la parte superior de la cabeza, apoya el codo en mi hombro y acerca los labios a centímetros de los míos. Inclino la barbilla hacia delante, intentando sellar mis labios con los suyos, cuando ella se retira.

—Dilo otra vez —gruñe, tirándome del cabello con más fuerza hasta dejarme con la boca abierta.

Mi labio se curva en una sonrisa, el dolor, hace que mi polla se hinche. Me encanta su culo luchador.

—Perra.

La hermosa curva de su labio emula la mía cuando vuelvo a presionar, sellándonos juntos. La suavidad mezclada con la calidez de su boca, que contrasta con el agua fría que nos rodea, me sume en una dichosa mezcla de sensaciones. Me alineo con su entrada, sintiendo que es natural que conectemos de todas las formas posibles. Ella arquea la espalda, ayudándome a encontrar el lugar donde nos unimos. Al deslizarme dentro de ella bajo el agua, ambos jadeamos un poco. Sus brazos me rodean el cuello y nuestras frentes se apoyan, nuestros labios se separan mientras nuestras respiraciones se acompasan.

—No sabía cuánto te necesitaba —susurra contra mis labios con los ojos fijos en el agua, gimiendo cuando tiro de sus hombros hacia abajo para recibir mi empuje—. Hasta que estuviste aquí, en este espacio.

Gimo al sentir su calor apretándose a mi alrededor. Pienso en ella aquí sola, y la idea me vuelve literalmente loco por la necesidad de protegerla a ella y a su corazoncito.

—Nunca te dejaré ir —le susurro, mis ojos finalmente capturan los suyos tímidos, dándole todas las promesas que necesita para saber mi

verdad—. Nunca.

Después de una noche de baile, bebida, sexo en el mar, en la playa o en la furgoneta, uno pensaría que está agotado y listo para pasar la mañana durmiendo, haciendo el vago y comiendo comida rápida.

Pero no Han.

Al amanecer, siento una bota de goma que me patea el hombro. Mi ojo izquierdo apenas se entreabre mientras el derecho permanece cerrado. Levanto la cabeza, veo la bota de goma y la sigo hasta una rodilla expuesta, hasta un muslo expuesto, y más arriba hasta una chica con pantalones cortos vaqueros desgastados, una camiseta de Nirvana demasiado grande y manchada de lejía y el cabello, apropiadamente en coletas desordenadas.

—Hora de irse —dice simplemente, dándome dos palmadas en el culo.

—¡Pero no quiero ir al colegio, mamá! —Gimo contra la almohada.

Se sienta a horcajadas sobre mi espalda baja y empieza a masajearme los hombros y el cuello. Gimo aún más, adorando la presión que ejerce en todos los lugares adecuados. Al sentir que mi polla se despierta ante mí, ruedo debajo de ella hasta que se sienta a horcajadas sobre mi erección.

—Kai —dice mi nombre como advertencia.

Me muerdo el labio inferior, asintiendo con la cabeza, haciéndole saber que va a ser así, me lo niegue o no, mientras la agarro por las caderas y la froto arriba y abajo. Me hace una pequeña mueca y sonríe mientras se echa hacia atrás para quitarse las botas, cediendo.

—No —digo con firmeza, agarrándola del brazo—. Las botas de goma se quedan.

—Eres un Gánster, tú —dice antes de que acerque sus labios a los míos.

Nos ponemos en marcha y conducimos unos veinte minutos mientras ella sorbe el café que nos ha preparado y yo miro alrededor de la furgoneta, preguntándome qué demonios estamos a punto de hacer.

Intenté comerme una barrita de cereales que me ofreció para desayunar, pero en lugar de eso, me encontré escabulléndome para ir a vomitar al bosque. Mi cuerpo me está matando internamente, gritándome que lo arregle con un rápido trago. Mi dolor de cabeza me pide una última pastilla. Y sin embargo, persisto. Probablemente soy un idiota por ello. Estoy seguro de que una vez que regrese empezaré de nuevo y esto habrá sido para nada.

Gimo al pensarlo, haciendo que Han me mire.

—¿A dónde vamos, y por qué tan temprano? Sabes que soy prácticamente un vampiro, ¿verdad? Brillo con el sol de la madrugada —digo, tratando de salvarme.

Pone los ojos en blanco y me dice:

—Querías ver lo que hago. Pues es esto.

Antes de que pueda hacerle otra pregunta, estaciona lentamente la furgoneta a un lado de la carretera y los neumáticos se deshacen en la grava de la cuneta. No hay nada a nuestro alrededor. No hay nadie.

—Han —digo, preguntándome qué estará haciendo.

Salta del asiento del conductor y se dirige a las puertas dobles del lateral de la furgoneta, cerca de mí. Coge los barriles blancos y los separa antes de forrar el interior con la gran lona azul.

Jesucristo, ella me va a asesinar. Asesina a chicos débiles, flacos y altos con pollas grandes en el bosque. Esto es lo que hace Han.

—Cógeme el cubo —me indica mientras baja la pala de la percha del techo.

¿Voy a ayudar a mí con mi propio asesinato? *Es despiadada.*

—No vas bien vestido, pero no pasa nada. No me he explicado bien —dice, mirando mis pantalones negros de chándal con cremalleras por todas partes, mi nueva camiseta vintage de Madonna y mis chucks crujientes y limpios.

Intentaba parecer mosca para mi chica. *Supongo que este no es el atuendo adecuado para ser asesinado.*

Extiendo los brazos y miro mi atuendo.

—Culpa mía. Pensé que creías que era sexy.

Sonríe, ladeando la cadera mientras se apoya en la pala.

—Eres sexy.

—Dilo otra vez. —Respondo inmediatamente.

—¡Eres tan sexy, Kai! —grita, su voz resonando en el bosque que nos rodea—. Especialmente en Madonna.

—Tranquila, chica, estás empezando a ponerte pegajosa —replico con descaro, haciendo que ponga los ojos en blanco.

Me lanza el cubo blanco de gran tamaño al pecho, haciéndome gruñir.

—Pegajosa y agresiva —gruño.

—¿Por qué Madonna? —Ladea la cabeza y se pone guantes de jardinería en las manos.

—Creía que ya lo habíamos establecido. —Pellizco la camisa por el hombro, sacudiéndola mientras hablo—. Me gustan las mujeres mayores.

Siguiendo su ejemplo, camino alrededor de la parte delantera de la furgoneta, con los ojos desorbitados a mi alrededor, preparado para recibir un tiro en la nuca o para que me coma un maldito puma. Caminamos unos pasos más hasta que lo veo.

Una zarigüeya muerta yace en el lado derecho de la carretera. Su cabeza debe de haber sido atropellada porque parece que falta el cráneo. El cuerpo está hinchado y ya hay moscas y gusanos supurando.

—Tienes que estar de broma —digo en voz baja.

Ni siquiera puedo decir que me sorprenda esta constatación. Tiene casi demasiado sentido para mí, tanto que estoy un poco decepcionado conmigo mismo por no saber inmediatamente que esto es lo que hemos venido a hacer aquí. Soy lento como la mierda sin mis addys.

—Sujeta el cubo, por favor —dice en tono dulce mientras arrastra la pala por el asfalto gris y acerca sus piernas delgadas y tonificadas al animal atropellado. Lo recoge y lo acerca a mí. El animal muerto se tambalea sobre la pala y estoy seguro de que va a caer sobre mí y mis zapatos recién lavados.

—Joder —digo, torciendo la cara mientras le tiendo el cubo para que lo deje caer en él—. Esto es asqueroso, Han.

Aterriza con un ruido sordo, balanceando el cubo en mi agarre

mientras las moscas se dispersan.

Vuelve a colocar la pala contra la carretera, apoyándose en ella con la palma de la mano sobre el mango.

—Uno menos, faltan unos miles.

¿Cómo pasamos el día? Recogiendo animales atropellados, por supuesto. Conducimos por las autopistas, aminorando la marcha y parando cada vez que ella ve algo que parece aplastado contra la superficie del asfalto bajo nosotros.

—¿No hay gente a la que realmente se le paga para hacer esto? ¿El gobierno o algo así? —pregunto, suspirando cuando el vehículo vuelve a frenar. Estoy a punto de vomitar, pero esta vez por el olor a cadáver en descomposición que hay en un contenedor detrás de mí. Lo que haya creído ver no estaba muerto, así que sigue conduciendo—. Además, ¿no deberíamos dejar que la naturaleza siga su curso con estos animales? Los gusanos también tienen que comer.

—En primer lugar, no lo hacen por las razones que yo lo hago. Los tratan como basura. Como si sus vidas no importaran. Aunque la única razón por la que murieron fue porque invadimos sus bosques. Es culpa nuestra que murieran. Nada de esto es natural.

—Así que... recoges animales atropellados, y... ¿luego qué? Dime que no lo cocinas y se lo das a los sin techo. Ya tienen suficientes problemas. No necesitan que les salgan gusanos del culo para colmo.

—No, Kai, no los cocino y se los doy a los indigentes —responde en tono molesto—. A los muertos les doy un entierro apropiado.

Inclino la cabeza hacia un lado, pellizcándome el puente de la nariz.

—¿Esto es legal? ¿Dónde demonios entierras esta colección de animales muertos?

—En la vieja granja de Larry.

¿Larry? ¿Por qué me suena ese nombre?

—Naturalmente. —Asiento, estirando los labios en una línea apretada, sin entender en absoluto.

—Mira, no tienes por qué entenderlo. Y, la verdad, me importa un carajo si lo haces —suelta, repentinamente enfadada. Ella suspira, tragándose su emoción antes de calmarse y decir—. Esto es solo algo que hicimos juntos.

En cuanto lo dice, suspiro y la miro con ojos apenados. Ahora sé quiénes somos —nosotros—. Mi corazón se parte por la mitad mientras sus ojos brillan. Tiene razón, no necesito entenderlo, solo necesito estar aquí. Con ella. Quiero decir algo más, pero su mirada se desvía hacia la carretera a través del parabrisas.

—Mierda —maldice en voz baja, dando un brusco volantazo hasta

toparse de nuevo con el arcén, poniendo el vehículo en park.

Sale corriendo de la furgoneta, dejando la puerta abierta y la furgoneta aún en marcha. La sigo rápidamente, preguntándome qué es lo que ve, hasta que llego a su lado, contemplando la trágica escena.

Una ardilla yace en medio de la carretera. Debe de tener la espalda rota porque arrastra las patas traseras que le cuelgan por detrás. Las patas y los pies parecen aplastados, y está luchando por usar su parte delantera para caminar fuera del negro y escaldado pavimento. Tiene los ojos desorbitados y se asusta aún más al ver acercarse a Han.

—Joder —digo pasándome las manos por el cabello, sintiéndome fatal por el pequeñajo.

No hay ninguna posibilidad de que sobreviva. Por el aspecto de la sangre que sale de su trasero, parece que el daño interno debe ser grave, además del probable daño nervioso en su espalda.

—No pasa nada, chiquitín —le dice en voz baja, vertiendo un poco de agua de su cantimplora en la acera, cerca de él.

Se inclina y se zambulle en el agua fresca, bebiéndola de golpe.

—¡Ah, está bebiendo! —Digo emocionado—. Le gusta...

¡BANG!

Me quedo con la boca abierta mientras los ojos se me salen de las órbitas. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le había pasado, Han le golpeó con la pala. Acabando con su vida de un rápido golpe. Joder. Brutal.

Me quedo con la boca abierta mirando a la ardilla muerta y luego vuelvo a mirar a Han, que vuelve a estar apoyado en el extremo de la pala, con la mirada perdida en la distancia. Nos quedamos así en silencio durante un momento que parece una eternidad. Desde el ángulo que tengo detrás de ella, veo cómo se le tensa la mandíbula y cómo se le regula lentamente el pecho.

—Ayudar a alguien a cruzar cuando no puede ayudarse a sí mismo podría considerarse la mayor forma de compasión. —Se gira para mirarme, una imagen de la niña sin alma de su pasado aparece ante mí—. Pero sigue matando a una parte de los vivos al hacerlo.

Vuelve a girar la cabeza y continúa contemplando la larga y sinuosa carretera antes de asentir para sí misma y raspar la ardilla del pavimento con la pala, caminando de nuevo hacia la furgoneta.

Me quedo quieto, siguiéndola con la mirada mientras lo mete en el cubo y vuelve a subir a la furgoneta. Miro su silueta a través del parabrisas mientras arranca.

Ni siquiera fingiré que no sentí cada parte de esa frase en lo más profundo de mis huesos. Ni siquiera he tomado una bocanada de aire

desde que las palabras salieron de sus labios. El frío hace que se me erice el vello de la nuca, un río de emociones me inunda al sentir el peso de su realidad. Es pesada. Como el peso de mil mundos.

Lo más alarmante es saber que su declaración no se refería en absoluto a los animales.

45

Enterrado

El silencio puede ser tan ensordecedor.

Especialmente Han.

Su silencio no es sólo un paseo tranquilo por el bosque, disfrutando de la serena belleza que te rodea mientras te deleitas con el olor de los animales atropellados. No, su silencio es del tipo que te come vivo, desgarrándote segundo a segundo, sabiendo que los secretos que guarda se hacen más grandes con cada casa que pasas, más trascendentales con cada giro, más significativos con cada piedra de grava que se desmorona bajo esta furgoneta.

Por fin hemos recogido su cuota interna de animales atropellados cuando gira hacia otra carretera de grava, sólo marcada por una diminuta señal verde con unos pocos números. Los árboles se dispersan y aparece una pequeña casa y una granja.

Sus palabras son suaves cuando finalmente habla.

—Es por aquí.

No sé cómo se siente en este momento. ¿Está nerviosa por haber soltado demasiado después del incidente con la ardilla? ¿Se está alejando, siente la necesidad de volver a encerrarse en sí misma? ¿Está triste, posiblemente pensando de nuevo en la pérdida de su madre?

La frase que pronunció todavía me pesa, y me gustaría saber qué pasaba por su cabeza.

Finalmente aparca la furgoneta detrás de un cobertizo de tamaño decente cerca de un campo abierto. Es un lugar precioso, tranquilo y sereno.

—¿Qué hay en el cobertizo? —pregunto, acercándome a las puertas dobles—. ¿Cadáveres de novios y novias pasados?

Chiste inoportuno, pero joder... el silencio raro me está matando.

—Ojalá tuvieran tanta suerte. —Sonríe, caminando hacia mí.

Trago saliva cuando se acerca a mí y su cuerpo acorta la distancia. Su pecho se aprieta contra el mío mientras miro sus ojos juguetones. Es curioso cómo puede cambiar así, como si el momento anterior no hubiera sido nada. La muerte en sus manos, olvidada como la palanca de un interruptor. ¿Mecanismo de defensa?

Todo lo que hace es recordarme a la primera Han que conocí en el club. Juguetona, coqueta, descarada, aparentando por completo la verdadera chica que disfruta infligiéndose dolor para recordar que

está viva.

Me rodea la cintura con los brazos y apoya la barbilla en mi pecho mientras me sonríe, y yo no puedo evitar devolverle la sonrisa. Es jodidamente sexy, loca y caótica, y nada en ella es sencillo. Ahí reside la atracción que siento por ella. No puedo saciarme de algo que no acabo de entender.

Cuando pienso que va a llevarme las manos a la espalda y abrazarme, oigo el chasquido de una puerta que se abre detrás de mí. Levanta la ceja antes de decir:

—Los mantengo vivos para torturarlos lentamente.

Intento acordarme de respirar cuando suelta su risita ronca y sexy.

—Kai. —Ella suspira, sacudiendo la cabeza—. A veces me pregunto sobre ti. Eres un poco crédulo.

—Pshh, no lo soy.

Eso es todo lo que obtuve a cambio. Soy un rubio tonto, como dicen.

Me mira un momento con un brillo en los ojos, una mirada apreciativa. Definitivamente me quiere con todos mis defectos.

—Vamos, echa un vistazo.

Me giro y veo que las puertas del cobertizo están abiertas detrás de mí. Me agacho y doy un paso dentro mientras el olor a polvo, madera vieja y algo que desconozco, algún producto químico, tal vez, golpea mi nariz. Allí, dentro del cobertizo, hay un pequeño taller. Pero no un taller de tallado de madera donde Geppetto viene a arreglar a su hijo. No, es un taller de taxidermia.

Varios animales cuelgan del pequeño interior; mapaches, patos, peces, cabezas de ciervo, de todo. Me acerco a un escritorio pegado a la pared y veo la colección de herramientas utilizadas para el proceso. Es escalofriante, no voy a mentir.

Hay lo que parece ser la piel de una rata pelada y colgada en una pequeña rejilla de alambre y un soporte debajo, preparado y listo para funcionar. Pero una pesada capa de polvo y telarañas cubre el escritorio y las herramientas. Una clara señal de que hace tiempo que nadie trabaja aquí.

—¿De quién es este taller? —pregunto, recogiendo el cráneo de una pequeña criatura y haciéndolo rodar entre mis dedos con la cara torcida de asco.

—De Larry —dice con un suspiro—. No ha podido trabajar en... bueno, no ha trabajado desde que avanzó su enfermedad. Pero aun así me dejan venir aquí y hacer lo que hago. —Señala con el pulgar el montón de tierra que hay detrás del cobertizo. El cementerio.

—Espera —digo, mirando la colección de ánades reales que cuelga de

la pared de enfrente—. Norbert. —Arqueo las cejas y me rasco la cabeza—. ¿De aquí salió tu banda?

—Sí. —Sus ojos caen al suelo y sus labios se tuercen hacia un lado, su expresión emocional—. Larry me entendió.

Hay una breve pausa en la conversación mientras mira a los animales y sus deditos tocan las plumas de la cola de un faisán de peluche. Mi mirada se clava en ella mientras se muerde el labio inferior. Mi hermosa reina rota.

—De todos modos, vamos a enterrar a estos tipos.

Con eso, se da la vuelta y sale del cobertizo, de vuelta a la furgoneta. Conversación fuera de los límites. Las emociones desaparecen.

Estoy atando cabos mientras cavamos un gran agujero en silencio. Han, obsesionado con la muerte, salvar a los que pueden salvarse y acabar con el dolor de los que lo necesitan. Guardando trofeos de sus intentos fallidos haciendo que su colega Larry los mate y los vista con ropas ornamentadas para lidiar con el dolor de su pasado.

Sin embargo, me frustra. Pensaba que sería yo quien la entendería mejor después de este viaje, pero lo único que empiezo a comprender es que lo está afrontando de formas equivocadas.

Termino de echar la tierra sobre el montón de animales aplastados, retorcidos y destrozados, y suelto la pala justo a tiempo para agacharme y vomitar en la hierba a mi izquierda.

—Joder, cariño —dice Han, corriendo hacia mí y frotándome la espalda—. No me di cuenta de que tenías un estómago débil. Lo siento, debería haber hecho esto yo misma.

Si ella supiera la verdadera razón de mis vómitos.

—No. —Escupo, limpiándome la boca con una mano temblorosa—. Estaré bien.

Me arden la cara y el cuello. Me siento como si estuviera ardiendo y la única forma de apagarme es empaparme de las sustancias que me apetecen. Mi cuerpo me odia en este momento. Quiero ese maldito golpe.

—Kai, ¿estás... estás enfermando? Creo que estás enfermo. Estabas ardiendo ayer y ahora esto. Tal vez deberías sentarte.

—Estoy bien —digo, irritándome un poco.

Culparé al terrible dolor de cabeza con el que estoy luchando. Intentar actuar con normalidad cuando no me siento nada es agotador. Eso y el hecho de que ella se preocupa por mí más que por sí misma.

—No, no estás bien, Kai. Estás enfermo —me agarra la mano—. Dios, estás temblando.

Su preocupación se apodera de ella. Me lleva de vuelta a la furgoneta,

rebusca en la parte de atrás mientras me enjuago la boca con el colutorio que he traído. Me da una botella de agua y me sienta en la cama. Moja una toalla de mano con la botella de agua antes de ponérmela en la frente.

—Estoy bien, Han, de verdad... sólo...

—No, no lo estás —dice con firmeza, apartando mis intentos de quitarme la toalla.

Estoy irritado, agitado, acalorado, enfadado, dolorido, frustrado por su incapacidad para abrirse a mí. ¿No se suponía que este viaje era para eso? Cuanto más pienso en ello, más molesto me siento.

—No estás bien, Kai, deja que te cuide —vuelve a decir.

—¡No estás bien! — Le grito.

Se lleva las manos a los costados y se le queda la cara en blanco. Me mira confusa.

—¡No estás jodidamente bien! —Vuelvo a decir.

Estoy en espiral.

—Esto —agito las manos en el air—. ¿Lo que estamos haciendo? no está bien.

Perdiendo la cabeza.

—¡Esto es una locura, Han! Lo que estás haciendo es una locura. —Me siento en el borde de la cama y tiro la toalla a un rincón mientras ella se aparta de mí—. Y quiero saber por qué. ¿Por qué sientes este inmenso peso sobre los hombros? Pero no lo haces, ¿verdad? No hablas de tu pasado. Sólo lo entierras junto con todos estos malditos animales, en lo profundo de la tierra, bajo el sol, donde tu pasado puede permanecer en el pasado.

Frunce el ceño.

—Hasta que no lo hace. Porque esa mierda te persigue cada momento que estás despierta, ¿no? —Pregunto, mirándola fijamente—. Vives con este... este peso, aunque no lo quieras. Está ahí. Es tu puta sombra, Han. Va contigo a todas partes.

Su mirada se convierte en hielo. Sus ojos me atraviesan como dagas. Debería haberme replanteado esto antes de visitar la granja de la muerte, donde es demasiado fácil castrar y disecar mi cuerpo inerte, colgándome entre el resto del rebaño. *Big Bird* en toda su gloria.

Tomo aire e intento calmarme.

—Quiero conocerte, Han. Cada puta parte de ti. Incluyendo la mierda que no consideras adorable. Porque quiero amarte a toda. Pero no lo permitirás, ¿verdad?

—Todo de mí —repite con calma. Con demasiada calma. Se ríe por la

nariz, lamiéndose el dorso de los dientes mientras me mira fijamente.

—Todo de ti —repito—. Incluso las partes de ti que no amas, Han. Las partes que te gusta fingir que no existen. Pero siempre están ahí. Sólo quiero tener la oportunidad de amar esas partes también.

El dolor interno se le escapa por los labios entreabiertos en un suspiro exacerbado. De repente, sus ojos se clavan en el suelo mientras se esfuerza por respirar. Empieza a alejarse lentamente de mí, con las manos en alto mientras sacude la cabeza, antes de que apenas le salga la voz.

—Nunca debí haberte traído.

Salta de la furgoneta, coge su bolsa de lona y se la echa sobre los hombros mientras camina con decisión por el sendero de tierra hacia la pequeña casa de la propiedad, con las manos tirándose de las raíces del cabello.

Suspiro, pasándome las manos por el cabello ante su marcha. Estoy frustrado, enfermo, sintiéndome impotente y deseando nada más que abrazar a la persona que sufre y que no quiere saber nada de mí.

Sólo quiero que esta nube se vaya. Quiero que caiga el otro zapato. Quiero saber qué la está comiendo por dentro. Quiero estar aquí para ella como nadie más puede. Comprenderla como nadie más lo hará.

Después de sentarme unos minutos con mis pensamientos, cojo mi bolsa de viaje, cierro la furgoneta y me dirijo hacia la casita, el lugar en el que supongo que nos estamos aseando.

Empujo la puerta de madera, gritando su nombre para que sepa que soy yo. No contesta, pero oigo el débil sonido del agua corriendo a lo lejos.

La casa, más del tamaño de una cabaña, es agradable. Es antigua, con sillas de época y un sofá a cuadros, viejas alfombras tejidas en el suelo sobre las tablas de roble que parecen haber visto un ejército sobre ellas en su día. Hay un interesante olor a naftalina y limón que me inunda la nariz.

En las paredes hay cuadros viejos y descoloridos con marcos ornamentados, y en la pared principal del salón hay una chimenea recubierta de lo que parece piedra de río. Está claro que en algún momento este fue el hogar de alguien, pero en este momento, la oscuridad que llena el espacio grita días sin vida bajo este techo.

Dejo el bolso en el suelo y me dirijo hacia el ruido de la ducha. Golpeo la puerta varias veces, la empujo y oigo cómo se abre la cerradura. Sin perder tiempo, entro. Es un cuarto de baño pequeño, con espacio suficiente para que se duche una sola persona.

—Han —digo, apoyando la sien en el marco de la puerta, sin saber qué más decir.

—¡Kai, déjame en paz, por favor! —grita desesperada.

La desesperación en su voz me dice que está a punto de quebrarse. No hay ninguna posibilidad de que me vaya ahora. Suspiro y avanzo.

Una vez en el baño, veo los restos de coca en la encimera. Aprieto la mandíbula mientras mis glándulas salivales empiezan literalmente a soltarse ante la visión. De repente, es lo único en lo que puedo concentrarme. No puedo apartar la mirada. Quiero lamer el mostrador hasta dejarlo limpio, restregármelo por las encías con la lengua y, por fin, respirar aliviada ante el bienestar que me rodearía al instante. Me rasco el cuello antes de crujirlo hacia un lado con los nudillos, recordando por qué estoy aquí.

—Han, lo siento —susurro.

—¡Kai, vete! —grita.

—Han, vamos. Lo siento. —Repito, apartando la cortina a cuadros de la ducha—. No debería haber...

La sangre me revuelve el estómago y me entra el pánico.

—¡¿Qué coño estás haciendo?!

Está tumbada en el fondo de la ducha, sólo en ropa interior y camiseta, con una cuchilla en una mano y grandes cortes en la cara interna del muslo, cerca de la arteria. La sangre rezuma por su pierna, arremolinándose en el desagüe de la ducha, mezclándose y mezclándose con el agua mientras desaparece.

Sus ojos se abren de miedo cuando me ve.

—¡Vete! —grita.

Le quito inmediatamente el cuchillo de las manos, lo tiro a una esquina del cuarto de baño y la levanto por debajo de las piernas. La levanto y la saco de la ducha, la acerco a la encimera y la dejo allí. Rebuscando en los armarios como un loco, dejo caer cosas al azar por el suelo de linóleo hasta que encuentro las toallas. Coloco algunas sobre sus heridas recientes y la obligo a mantener la presión mientras le agarro la cara con las manos y le doy una sacudida.

—¡¿Qué coño estabas haciendo?! ¡¿Tratabas de suicidarte?! —Gruño, sintiendo que mis fosas nasales se inflaman.

Ella no puede hacer esto. No puedo...

—No —grita—, sólo estaba...

—¡¿Qué?! —Sacudo su cara bruscamente entre mis manos, enfadado ante la idea de que pueda quitarme la vida—. ¡¿Qué coño estabas haciendo?!

—Para, Kai —grita, haciendo muecas con los ojos por el dolor de mis manos.

Siento que se me aprieta la mandíbula y que las lágrimas me nublan la vista. Se me quiebra la voz al gritarle:

—¡¿Por qué, Han?! ¿Por qué?

Vuelvo a sacudirle la cabeza, pasándole el cabello por los ojos.

—Me haces daño —grita.

—¡¿Por qué haces esto?!

Se le escapa un sollozo y ahora estoy aún más enfadado. La agarro por los brazos y la empujo contra el cristal del espejo que tiene detrás.

—No te hagas daño así. —grito, con los dedos apretando firmemente la piel de la parte superior de sus brazos mientras la vuelvo a golpear contra el espejo—. ¡No lo hagas, Han! No lo hagas, joder.

Me estoy volviendo loco internamente. No puedo perderla. La quiero demasiado. El pensamiento inmediato, enviándome a una rabia enloquecida.

—Kai, por favor —grita, cerrando los ojos con fuerza por mi agarre sobre ella.

—¡No puedo perderte por esto! ¡Despierta de una puta vez! ¡Despierta!

—Sólo estaba adormeciendo el dolor —se atraganta, sorbiendo los mocos—. Ya nada más funciona.

Me mira con los ojos llorosos, más destrozada que nunca. Mi pecho se agita mientras la ira que me invade se va calmando poco a poco. Me duele el corazón en un lugar nuevo y extraño. Estoy aterrorizado por ella. En mis sueños, la recuerdo muerta contra el suelo de cemento.

Quiero sacudírselo. Despertarla a la realidad que tiene delante. Que estoy aquí ahora. Puedo soportar esta carga. Que ya no necesita sufrir en silencio. Pero no me deja ayudarla.

Nos miramos fijamente antes de que la atraiga hacia mí, rodeándola con mis brazos. Me agarra de la camisa como si su futuro dependiera literalmente de ello.

Llorando en mi pecho, la abrazo mientras lo suelta todo. Todos sus secretos se derraman sobre mi camisa en forma de lágrimas. La sostengo hasta que se calma, le paso la mano por la nuca, mi respiración se calma junto con la suya mientras le acaricio suavemente el cabello.

—Tienes razón —dice, con la vocecita quebrada—. Nunca se va. Nunca me ha abandonado.

Alargo la mano y me alejo para verle la cara. Me mira, derrotada, perdida en sus demonios. La han arrastrado a sus profundidades, le han quitado el aire de los pulmones, la esperanza de los ojos, el duro exterior que la mantenía unida se desvanece en la nada en su presencia. Vive en silencio con su secreto.

Tiro de su cabeza húmeda contra la mía, mis dedos se enredan en su cabello, beso su frente con rudeza mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Lo siento —digo instintivamente, mi mandíbula temblando contra su piel—. Lo siento mucho.

Ni siquiera sé lo que siento. No siento haber entrado en esto. No siento haberla detenido. Ni siquiera siento haber sido duro con ella. Sólo quiero que despierte de todo esto, y que finalmente me deje entrar antes de que el tormento de todo esto se vuelva tan insoportable que las drogas y cortarse no sean suficientes para adormecer el dolor. Antes de que la pierda en la lucha.

Quizá... quizá lo siento porque me he dado cuenta de lo fuerte que ha tenido que ser ella sola hasta ahora.

46

Intenso

El hecho que su mejilla contra mi pecho pueda reducir su ritmo cardíaco, mis brazos alrededor de su temblorosa figura puedan calmar sus pensamientos y mi pulgar frotando el dorso de su mano pueda hacer que el firme agarre de mi camisa se relaje, me da esperanzas.

La idea de que yo, un estúpido don nadie cuyo único propósito al venir a Cali era ligar con tipas, ganar más dinero traficando y largarme a la mierda mientras tenía un colega como Hawke para cuidar de mí, pueda encontrar mucho más que toda esa mierda, es alucinante. Nada de esa mierda superficial se compara con lo que me he encontrado.

El sol se cuela por la pequeña ventana cubierta de polvo del cuarto de baño y, por las ojeras y el enrojecimiento del blanco de los ojos, está claro que necesita descansar. Está emocionalmente agotada, necesita tiempo para respirar y procesar. No más presiones de mi parte, no esta noche. Ya está destrozada. Ahora dejo que sea ella la que decida por dónde empezar.

Después de encontrar unas vendas, limpio con cuidado la zona, deteniéndome cada vez que ella aspira una bocanada de aire. Seco con cuidado la superficie y envuelvo las heridas. Me observa mientras trabajo y se muerde el labio inferior. Sus grandes ojos, llenos de vergüenza, se clavan en los míos y expresan un sinfín de sentimientos. *Gracias por ayudarme. Gracias por comprenderme y no culparme. Gracias por mostrar empatía. Gracias por quedarte cuando es difícil querer hacerlo.*

Termino de envolverla y me coloco entre sus piernas, arrastrando las manos lentamente por su cuello hasta que sus mejillas están en mis palmas. Me inclino y beso sus labios dulces y húmedos, saboreando la sal de sus lágrimas. Me agarra la parte inferior de la camisa cerca de las caderas, atrayéndome aún más hacia ella.

Me quedo allí de pie, con nuestras cabezas juntas mientras nuestros pensamientos corren por carriles alternativos. Quiero cuidarla como ella cuida de mí. Quiero abrirme a ella, encajar todas las piezas del rompecabezas y descubrir qué la hace ser como es. Pero, sobre todo, quiero que se consuele sabiendo que no me voy a ir a ninguna parte.

—Te amo. —Beso la punta de su nariz—. Estoy aquí. —Beso su mejilla—. Te seguiré a donde sea. —Beso su frente.

Dándole todo tipo de confirmación que pueda necesitar, lo sello con mis labios sobre los suyos.

Me despierto solo, y no es inesperado.

Eso supuse. Que ella estaría luchando a lo largo de este pequeño viaje nuestro. Ella nunca invitó a nadie a ver este lado de ella. Nunca ha dejado entrar a nadie como a mí. Es natural que necesite su espacio para respirar, sobre todo después de la avalancha de emociones que casi la ahogó anoche.

Estirándome, me froto los ojos y salgo por la parte trasera de la furgoneta a través de las puertas abiertas que dejan al descubierto la cama futón ante la hermosa escena del exterior.

No pude ver dónde acabamos anoche. Han condujo hasta que se puso el sol, después de asearnos y cambiarnos, aunque insistí en que fuera yo quien condujera. Pero dijo que necesitaba mantenerse ocupada y que sentarse a mi lado le permitiría distraerse. Comprendí más de lo que deseaba. Mi mente sigue encontrando formas de justificar esta bola ocho en mi bolso antes de que yo apague activamente las ideas.

Después de rechazar los bocadillos que teníamos en la parte de atrás, prácticamente me tragué el mío entero mientras ella buscaba la siguiente parada. Finalmente aparcamos y nos metimos en la parte trasera de la furgoneta para pasar la noche. Ella se puso de lado y metió la cara entre las mantas. Al instante me arrastro a su lado, le rodeo el abdomen con un brazo y la atraigo hacia mí. Se me encoge el corazón al recordarla entrelazando sus dedos con los míos, estrechando mi brazo contra ella como si mi seguridad la mantuviera unida.

Nos quedamos dormidos juntos, su cuerpo prácticamente metido bajo el mío como la cucharita que estaba destinada a ser, y cada parte de mí protegiéndola con mi abrazo. Dejando las palabras en la cabaña, nos abrazamos, necesitándonos solo a nosotros y a este momento de paz.

Y ahora, aquí estoy, con el océano embravecido bajo mis pies y los pájaros escudriñando activamente la roca en busca de algún desayuno

que les haya caído encima, a solas con mis pensamientos. El olor del agua salada y la arena mojada llena mi nariz, los rayos del sol golpean mi cara como una manta cálida.

A cualquier otra persona le parecería bien, pero a mí, un drogadicto que acaba de dejar las drogas... Simplemente me siento como la basura que se ha dejado pudrir en el calor sofocante. Pero debemos estar haciendo algunos progresos porque mi dolor de cabeza parece haber retrocedido.

Me dirijo hacia el otro lado de la furgoneta, meo antes de perder el contenido de mi estómago en la hierba seca cercana. Escupo y me limpio la boca con manos temblorosas, una nueva normalidad para mí. Me pongo de pie con los brazos colgando sobre la cabeza y me doy la vuelta para buscarla en el mirador aleatorio de la ladera donde parece que nos hemos encaramado.

Encuentro a lo lejos la silueta familiar que me acelera el pulso. Está sentada en el borde de una roca escarpada cerca del acantilado, mirando fijamente al océano, con los labios entreabiertos mientras mantiene la concentración. Su mirada está clavada en un punto, profundamente fija, donde el océano conecta con el cielo. Donde la realidad se encuentra con lo desconocido. Una línea sencilla que no lo es tanto.

No ha parpadeado en los pocos segundos que llevo observándola y me rasco la cabeza. ¿Dónde está ahora?

¿Está de nuevo en el baño con su madre, aferrándose a ella tras su muerte? ¿Está con él, luchando contra el dolor de su traumatizante ruptura después de volcarlo todo en la persona equivocada? ¿Está conmigo, sintiendo el dolor despierto de nuestro retorcido amor en el corte de una palma, el tallado de la pertenencia, el firme agarre de unas manos que reclaman?

La estudio desde la distancia, dejándole el espacio que tanto necesita, mientras cojo una botella de agua y la pasta de dientes de mi bolso. Me quito el vómito de los dientes y ahogo mi acalorada cara con el agua fría y fresca, me bebo de un trago el resto de la botella y la vuelvo a meter en la furgoneta. Encuentro mi propia roca escarpada para posarme, levanto los talones y apoyo los codos en las rodillas mientras, distraídamente, agarro un palo que tengo al lado y empiezo a romperlo en pequeños trozos entre las piernas. Los cuento a medida que caen.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Cualquier cosa que me mantenga las manos ocupadas.

Vuelvo la cabeza hacia ella, observándola hasta que por fin parpadea, una lágrima brillante cayendo por su cara. Luego otra. Sus labios permanecen entreabiertos como si la idea de respirar ya no fuera algo

natural, como si fuera tan difícil como arañar y agarrar el aire invisible que la rodea, expulsándolo con la fuerza de mil manos.

Hay en ella un peso, un dolor tan arraigado que nunca cesa. La persigue como una sombra de aflicción. Por eso vive en la oscuridad de sus propias nubes. La idea de mi luz proyectando esa forma de miedo tras ella, una vez más, la persigue sin cesar.

Pero ella lo intenta. Kid, ella trata de luchar. Está luchando ahora mismo. En este momento, está luchando mientras gira la cabeza para mirarme a los ojos. Está luchando cuando me levanto de la posición en la que estoy sentado y empiezo a acortar la inminente distancia que nos separa. Se resiste cuando le limpio las lágrimas con los pulgares y la devuelvo al confort de los latidos de mi corazón. Lucha cuando se estremece contra mí cuando las emociones son demasiado fuertes. Lucha hasta que ya no necesita luchar más.

Vuelve a soltarse en mis brazos, sollozando y aferrándose a mi camisa con los nudillos blancos, hasta que finalmente sucumbe y se funde conmigo. La cojo en brazos por debajo de sus piernas y la estrecho contra mi pecho mientras camino de vuelta a la furgoneta.

Me siento en el borde de la cama, expuesto a nuestra nueva vista, con las piernas colgando del extremo mientras ella se sienta a horcajadas sobre mi regazo. La abrazo contra mi pecho, su cuerpo envuelto en el mío, los muslos alrededor de mis caderas como la noche que la cuidé, cuando me suplicó que nunca la dejara marchar.

Le paso la mano por la nuca, la sujeto por el cuello y apoyo su barbilla en mi hombro. Nos sentamos un rato hasta que su respiración se calma.

—Ahora te tengo a ti —digo en voz alta, sintiendo las vibraciones de las palabras en su propio pecho—. Ya no tienes que cargarlo sola.

Vuelve a sentarse en mi regazo y se limpia los ojos con los bordes de la enorme sudadera negra que casi ahoga su pequeño cuerpo. Mete la mano en el bolsillo delantero y saca un frasquito con una sustancia blanca demasiado familiar que me hace literalmente la boca agua.

Dios, un golpe y este dolor en mis músculos se iría. Un golpe y volvería a pensar con claridad. ¿Quizás sería de más ayuda para ella si mi mente estuviera clara? ¿Quizás necesito hacer esto por ella?

—No —le digo, arrebatándoselo de las manos inmediatamente.

Ni siquiera se lo estoy diciendo necesariamente sólo a ella en este momento. Se lo estoy diciendo a mis demonios gritones, a esos pensamientos continuos que quieren que me equivoque porque es fácil.

Intenta agarrar la ampolla cuando doblo el brazo, manteniéndola más alejada a mi espalda. Su rostro se tuerce mientras me mira fijamente a

los ojos. Sujeto su barbilla con la otra mano y me limito a negar con la cabeza ante su cara descompuesta.

Sus ojos vuelven a posarse en mi regazo, pero la obligo a volver a mirarme con un codazo.

—Si hacemos esto, me lo das todo. Todo el dolor. Nada atontada por las drogas.

Han parpadea despacio, como si estuviera conteniendo la presa de lágrimas que está a punto de liberarse de nuevo. Sus dedos retuercen las mangas de su sudadera antes de suspirar y asentir con la cabeza, dándome la razón a regañadientes. Necesitada de espacio, salta de mi regazo y se sienta a mi lado, en el borde de la furgoneta, para volver a mirar hacia la línea del horizonte, casi necesitándola como punto de apoyo.

—A veces pienso que nunca estaré bien —admite en voz baja, llevándose una mano al pelo, aferrándose a las raíces como si eso minimizara el dolor de su cabeza.

Apoyo los talones en el parachoques de debajo de la cama y vuelvo a apoyar los codos en las rodillas mientras retuerzo la borla de una manta entre los dedos, los dos inquietos ahora sin pensar mientras miro a lo lejos junto con ella, simplemente estando aquí. Ahora mismo soy la pared que recoge las pintadas de su pasado. Absorbiéndolo todo mientras ella libera su interminable tortura a través de palabras suaves y tácitas.

—Que quizás, esto no es algo que vaya a superar nunca. Que sólo tengo que encontrar mi manera de vivir con el peso inconmensurable.

Levanto su mano derecha, la pongo sobre la mía y entrelazo mis dedos con los suyos. Seguimos mirando hacia el océano, pero necesito que sepa que estoy aquí. Que sé exactamente dónde está para que pueda transferir su pesadez a mí.

Hay un momento de silencio y vuelve a estar en el cuarto de baño, con el recuerdo como única visión. Su espalda se pone rígida antes de hablar.

—Nunca había visto a nadie amar como ella —empieza, con los ojos entrecerrados mientras habla en la distancia—. Amaba tanto. Tanto. Era implacable en su admiración. Obsesionada incluso, pero así era ella. Una romántica empedernida.

Aprieto suavemente su mano en la pausa.

—Novios de instituto. Siempre estuvieron enteros hasta que él rompió ese corazón, dividiendo los pedazos injustamente.

Coloco el brazo sobre la rodilla, apoyando la cabeza mientras me giro para mirarla, totalmente entregado.

—Encontró preservativos en su maleta, vio los mensajes de su móvil,

incluso interceptó una llamada una vez. Pero ya era demasiado tarde. Él ya estaba emocionalmente ido, y estar emocionalmente ido de una persona que se sentía más vacía que el vacío era el principio del fin. Estaba estancada en un lugar vacío del amor que necesitaba para sobrevivir. El amor de su vida la abandonó y ella no pudo sobrellevarlo. No sabía cómo vivir sin él. No quería hacerlo.

Hago un gesto con los ojos, aprieto suavemente su mano y froto mi pulgar sobre el suyo.

—La detuve varias veces. —Suspira, intentando respirar a través del recuerdo—. La cogí con un cuchillo en las muñecas, le metí los dedos en la garganta, la obligué a vomitar pastillas una y otra vez después de encontrarla semiinconsciente con un frasco a su lado en la cama. Incluso escondí el viejo revólver de mi abuelo por miedo a que lo encontrara.

—Jesús —respiro, sacudiendo la cabeza, sintiendo la agonía en su recuerdo.

—Sabía que no era algo que Nic necesitara tener cerca o presenciar. Por suerte, ya se había mudado. Quería protegerla de la depresión de mi madre, pero era demasiado para mí. Mi padre pensaba que todo era una farsa y no la tomó en serio cuando llamó diciendo que lo haría si él no volvía con ella.

—Johanna —susurro, con dolor en el tono.

—No tenía ni idea de que la estaba mirando a través de la puerta de su habitación cuando se sentó frente al espejo, con el cabello recogido, maquillada y las perlas puestas. Estaba preciosa. Allí sentada, mirando su reflejo durante lo que me pareció una eternidad, hasta que cogió sus manos y se clavó las uñas en la carne. Desde la parte inferior de la barbilla hasta el borde de las clavículas. Marcas de garras. Para salvar a su hija menor de la verdad.

Me incorporo de golpe, recordando vagamente a Hawke contándome los intentos de «liberarse» de la percha de las toallas.

—Debería haberla detenido, Kai. Debería haberla detenido. Como todas las veces anteriores. —Ella salta desde el borde de la cama, sus pies descalzos golpean la grava, el dolor de las rocas desconocido para ella mientras sus dedos se entrelazan en su cabello, paseando—. Pero no pude. No podía moverme. No la detuve porque era lo que ella quería más que nada. —Se vuelve hacia mí—. Más que a mí.

La afirmación me provoca una mueca de dolor. Siento su conflicto como una roca en el pecho. Me paro en el borde de la furgoneta, la agarro de los brazos y detengo sus incesantes movimientos.

—La vi suicidarse —grita, volviéndose hacia mí y derrumbándose, mientras sus ojos permanecen fijos en esa línea—. Le permití dar su último aliento, sabiendo que era lo que ella quería. Lo que suplicaba.

Vi cómo finalmente conseguía esa última pizca de atención que necesitaba de él, sabiendo que sus acciones le cambiarían para siempre. Acabando con su dolor como ella quería, la vi morir por amor.

Sus labios se entreabren al sentir que no puede respirar. Sus pestañas se agitan y tropieza ligeramente. La rodeo con los brazos por la cintura, uno detrás de la nuca para acunar su figura agotada.

—¡Odio entenderlo! —Ella grita, lanzando un puño en mi pecho, empujando contra mí—. ¡No quiero entenderlo! Pero tú me has hecho comprender que vivir sin la persona que amas puede ser la peor forma de tortura. Moría cada día que vivía sin él.

Me mantengo firme en mi control sobre ella. Ella está tan desgarrada con esta culpa de entender pero no querer. Se escondía a propósito del poder del amor, sabiendo de lo que es capaz, sabiendo cómo la atormenta.

Ella sacude la cabeza.

—Pero es mi culpa que la dejé hacerlo, y...

—Woah, woah, woah... —Digo, deteniendo la frase inmediatamente—. No es culpa tuya porque no la detuviste. Está claro que ella lo habría hecho, a pesar de todo. No era tu responsabilidad seguir salvándola, Han.

Suspira pero no dice nada, y no creo que me crea. Lleva demasiado tiempo cargando con la responsabilidad.

—Nic no sabe nada de eso. Cree que fue un accidente. Lo consideraron un accidente, Kai. —Ella se encoge de hombros ligeramente, frente a mí.

Jesús, la gravedad de este secreto es tan pesado. Ha estado protegiendo incansablemente a todos los que la rodean, pero ¿quién ha estado aquí para protegerla?

Me empuja, frunce el ceño y se sienta con un golpe seco en la parte trasera de la furgoneta. Siguiendo sus pasos, vuelvo a sentarme a su lado. Pasan más minutos, el silencio nos envuelve como la brisa invasora del océano.

—Empecé a venir aquí cuando el peso del mundo se derrumbó, enloquecido por la necesidad de encontrar respuestas a la muerte. ¿Qué pasa después? ¿Adónde vamos? ¿Se acaba todo? ¿Hay esperanza para nosotros después de esta vida? ¿Hay paz? Quiero respuestas —dice con un tono amable.

Vuelvo a apretar su mano y me la llevo a los labios en un intento de disipar sus problemas.

—Larry me dijo una vez que, al igual que estos animales muertos, sólo puedo ser reparado si soy reconstruida. Todas mis piezas rotas antes

de que pueda ponerlas de nuevo juntas. Quería que lidiara con el dolor que mantenía a raya. Incluso hizo de la muerte una celebración de la vida, de ahí la banda de mariachis. —Se burla ligeramente—. Pero luego, cuando enfermó, volví a caer. Encontré drogas, sexo, caí en Bran y sus dulces conversaciones, buscando alguna forma de consuelo, y olvidé quién se suponía que debía ser.

Le rodeo el hombro con el brazo, tirando de ella hacia mí hasta que mi brazo le cruza el pecho, sujetando su temblorosa figura. Le rodeo la cintura con el otro brazo y tiro de ella hacia mi regazo. Le beso la cabeza y apoyo la barbilla en ella, pensando en sus palabras y en por qué me suenan tan familiares.

—Algunos secretos deben permanecer en la oscuridad. Sacarlos a la luz no hace más que rasgar más heridas en los sanos —susurra.

Su rostro se vuelve hacia mí, tragándose sus miedos cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—Ella nunca se enterará, Kai.

Asiento con la cabeza.

—No tienes por qué preocuparte. Esta conversación se queda aquí, en este acantilado, sobre el agua, cerca del cielo. —Arrastro mi pulgar a lo largo de su mandíbula, ganando toda su atención—. Muere conmigo.

Su labio tiembla entre nosotros, sus ojos vuelven a hincharse de lágrimas. Parpadea y deja que le inunden la cara mientras se derrite contra mí. Nuestras cabezas permanecen juntas mientras nos aferramos el uno al otro, sin que nuestra necesidad ceda.

—Es asombroso, de verdad. —Sonrío para mis adentros, pensando en mis propias luchas y en cómo ella me ha ayudado sin saberlo.

—¿Qué es? —pregunta, con las cejas fruncidas.

—Incluso en nuestro peor momento, ambos ahogados en el caos —respiro, mi expresión se vuelve sombría—. Juntos, somos lo mejor.

Su ceño se frunce mientras me mira a través de las pestañas húmedas. Me apoya la sien en la clavícula, levanta la mano y me acaricia suavemente el cuello de la forma más reconfortante.

El cambio de peso es evidente.

Suspira de nuevo, sintiéndose ya más ligera.

47

Piezas

Despertar con su mano recorriendo mi mejilla.

Está sentada de lado en la furgoneta ahora detenida, sonriendo al verme mientras Jim Morrison canta en la radio sobre todas las formas en que la amo con locura. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había dormido, pero estos malditos asientos son como sillones reclinables. Son comodísimos, y la falta de sueño por el estrés y la carga de trabajo de hoy parece haberme hundido.

Después de que se abriera a mí, pasamos otro día entero haciendo lo que parece ayudar a aliviar su dolor. Raspamos docenas de animales del asfalto, sudando a mares y disfrutando de verdad mientras lo hacíamos. Hoy hemos hablado mucho. Recuerdos de nuestro pasado, mi relación con Hawke, su relación con Cole mientras crecía. Nos reímos, nos pusimos serios, pero nuestra conversación nunca decayó. Era como si el dique se hubiera roto y ella estuviera completamente abierta a mí.

Después de enterrar otro lote de animales destrozados, nos duchamos en la cabaña, recogimos algo de comida y emprendimos el camino de vuelta a casa. En total, este fin de semana juntos fue totalmente productivo, y nos unió más de lo que jamás pensé que fuera posible.

—Joder, odio a esa gente —digo, incorporándome inmediatamente.

Su ceño se frunce ante mi afirmación.

—Esas personas que se duermen cuando estás conduciendo y te dejan solo con tus pensamientos. Gilipollas. Yo soy ese gilipollas.

—No lo eres —me tranquiliza, y sus labios se curvan en una dulce sonrisita—. Además, no estaba sola. Esta vez no.

El brillo de sus ojos me llena el corazón. La forma en que me mira provoca algo extraño en mi interior. Quiero besarla, amarla, follármela hasta que grite desde lo alto de cada montaña que me necesita como yo la necesito a ella. Estas emociones son abrumadoras. Amo a esta mujer y tiene derecho a sentir que no está sola. Nunca volverá a estar sola mientras yo viva.

—¿Hemos vuelto? —pregunto, sentándome, frotándome los ojos mientras intento mirar por el parabrisas. Fuera ya está todo oscuro.

—Casi —sonríe suavemente, agitando las pestañas en las tenues luces del salpicadero—. Pensé que podríamos hacer una parada más, si te parece bien.

Nos miramos en silencio durante un momento, y capto su pensamiento

de inmediato. *¿De verdad se ha parado para follarme?*

En cuanto sonrío, ella sale de la furgoneta, dando vueltas hacia la parte delantera. Doy la vuelta al vehículo y camino hacia donde ella se estira hacia el cielo nocturno.

Las estrellas centellean alrededor de su silueta de bellas proporciones, haciéndola parecer una especie de diosa nocturna dueña de la oscuridad que la rodea. Hace que el tiempo y el espacio se curven, como si la gravedad de lo que ella es atrajera todo lo demás hacia su órbita.

Me mantengo a cierta distancia para contemplarla, como si estuviera viendo una escena de su pasado, presente y futuro en un solo suspiro. Es difícil de explicar.

Por fin se gira y me encuentra con su preciosa sonrisa natural, aquí de pie, admirándola en sujetador deportivo y sudadera holgada como un bicho raro, antes de agitar una mano, indicándome que me acerque a ella. Me acerco a ella por detrás mientras mira a lo lejos, rodeando sus caderas con las manos y deslizándolas lentamente por su abdomen expuesto hasta cruzar los brazos y estrecharla contra mí.

Aprieto suavemente los labios contra su hombro antes de besar suavemente la comisura de sus labios, arrastrándolos por su cuello y respirando su aroma a miel. Sus manos se deslizan por mis brazos hasta que sus dedos encuentran los míos y se entrelazan, solidificando mi agarre sobre ella.

—El lado oscuro de la luna —susurra.

La frase me golpea y me hace retroceder. Recuerdo una de las primeras veces que salimos juntos. Estábamos en la cala después de que la siguiera desde la fiesta en casa. Ella me había preguntado si había estado alguna vez en el lado oscuro de la luna antes de que tropezáramos con el ácido. No lo entendí entonces, igual que intento descifrarlo ahora.

El lado oscuro de la luna es un lugar metafórico al que no llega la luz del sol. Podría asemejarse a la verdad subyacente en la oscuridad, el lado oscuro de nosotros mismos que mantenemos oculto a los demás. El lado que todos tenemos, pero que controlamos para que no nos posea y nos lleve a la locura.

Mis ojos miran por fin hacia arriba, más allá de ella, y lo veo. El océano se extiende ante nosotros kilómetros y kilómetros interminables hasta que la oscuridad se funde con el cielo nocturno. Debajo de nosotros, las olas rugen a la luz de la luna, más salvajes que la parada en la que estuvimos esta mañana. Las olas chocan contra la roca bajo nosotros, golpeando su ira sin tregua, mientras nosotros nos sentamos por encima de ellas, escudriñando el cielo.

Su cabeza se vuelve hacia mí mientras absorbo la belleza de la noche,

iluminada nada menos que por el mismísimo universo.

—Eres tú —susurro, apartando los ojos de la escena para encontrarme con los suyos—. Me recuerda a ti. Lleno de belleza violenta, exigiendo ser vista en medio del caos del mundo que hay debajo.

Traga saliva, separa los labios y aspira. Se le llenan los ojos de lágrimas al comprenderlo. Todo un universo se abre ante mí. Los misterios y complejidades de su mirada, una maravilla que pasaría toda mi vida intentando explorar.

—Fuiste tan inesperado —dice simplemente, con sus dedos entrelazados en el cabello de mi nuca—. Y, sin embargo, tan necesario.

Me agarra por la nuca y tira de mí para que me acerque a sus labios. Chocamos como el caos que somos, necesitados, deseando, sabiendo que esto que hay entre nosotros es más de lo que ambos podemos soportar, pero exigiéndolo de todos modos.

Me dirijo al capó de la furgoneta, recojo su cuerpecito y la coloco encima. Sus muslos me rodean las costillas debido a la altura y ella los envuelve con fuerza, atrayéndome hacia ella, mi pecho hacia su centro.

Su mano se extiende por mi nuca, entrelazando los dedos en mi cabello como a mí me gusta, y tira con fuerza, haciendo que mi cabeza se incline hacia atrás y la mire, con la sangre inundándome la ingle mientras mi polla se hincha. Trago saliva y sus ojos siguen el movimiento de mi garganta.

—Te amo, Kai. —Ella lo dice primero, sorprendiéndome—. Y estoy jodidamente agradecida por ti.

Joder. Ella hace que me olvide de todo. De mi pasado de mierda, del mundo que me rodea, de las drogas por completo. Esta sensación que tengo con ella supera cualquier cosa y todo lo que podría experimentar. Ella siempre será mi sustancia preferida.

—Te rompiste por mí, al permitirme que me rompiera por ti —dice suavemente, con los ojos llenos de emoción mientras pasa su otro dedo desde mis labios, por mi barbilla y por mi garganta, recorriendo los tatuajes de mi cuello—. Nunca pensé que tendría tanta suerte. De conocer a alguien que me entiende como tú. Alguien que me acepta; que me muestra que está bien amar. Alguien que puede amarme en mi oscuridad.

Subo las manos desde sus muslos, rozando su piel suave y tersa, sujetando el lateral de su cuello. La miro, completamente a su merced.

—Yo soy el afortunado, Jo.

Me chupo el labio inferior mientras miro el suyo antes de lanzarme a besar a mi chica.

Haciendo el amor dulce y tortuosamente, nos mordemos, nos mordisqueamos, nos arañamos, nos arañamos, nos agarramos el uno al otro hasta encontrar nuestra dulce liberación. Ella se corre encima de mí en la parte trasera de la furgoneta abierta, su cuerpo grabado y esculpido por la luz de la luna mientras nuestros gemidos incesantes rasgan la oscura noche. Mis manos nunca parecen sentirla lo suficiente; sus labios nunca parecen tocarme lo suficiente.

Es uno de esos momentos que añaden capítulos a tu vida de forma permanente. Es un momento, estampado en tu mente, en tu línea temporal, en tu memoria. Un momento que sucede a otros, sintiéndose más pesado que la mayoría.

Nos abrazamos, contemplando las estrellas, envueltos en una cálida manta de sherpa mientras yacemos desnudos sin nada entre nosotros.

—Debemos tener más cuidado —susurra finalmente contra mi pecho, sus dedos recorren mi abdomen mientras escuchamos el sonido de *While My Guitar Gently Weeps* de *The Beatles,* que de alguna manera armoniza con las olas bajo nosotros.

—Sí, la gente podría ganar mucho dinero si nos grabaran aquí. Nuestro sexo es fuego.

Me golpea el vientre desnudo con la mano, haciéndome gemir.

—No es de lo que estoy hablando.

Me río entre dientes, agarro su mandíbula y vuelvo su cara hacia la mía.

—Creo que tenemos cuidado. Quiero decir, me retiré la única vez —digo, encogiéndome ligeramente de hombros.

—Sólo porque te encanta el aspecto de mi cuello pintado contigo. —Me pone los ojos en blanco con una sonrisita en la cara, imitando mi declaración anterior en caliente.

Vuelvo a apoyar la cabeza en la almohada y suspiro con una sonrisa de satisfacción ante el hermoso recuerdo.

—Tan cierto.

Me da otra bofetada y esta vez le agarro la muñeca. Sus ojos se abren de par en par cuando la aprieto para que me preste la atención que necesito.

—Estás tomando la píldora, y *definitivamente* no me acuesto con nadie más.

Se mira la muñeca, mordiéndose el labio inferior, y puedo sentir literalmente su mente atormentada.

—La situación de Tarah no es lo que pensabas que era. No debería haber intentado mentir. Hizo que pareciera peor de lo que es la verdad, y la verdad es que literalmente la estaba usando para algo

estúpido, igual que tú usas a Bran. Te lo prometo.

Los ojos de Han vuelven a encontrarse silenciosamente con los míos y la ansiedad se apodera de su expresión. No le he contado la situación, pero ella tampoco me ha contado la suya.

—Odio estar atada a ese cabrón —dice, con los ojos suplicando ayuda casi en silencio.

—¿Qué quieres decir? —Pregunto, sintiéndome locamente protector con ella—. ¿Cómo estás atada a él?

—¿Recuerdas aquel día que estabas fuera de mi apartamento y Slate estaba allí? —pregunta, moviendo su mano para que se alinee con la mía, apretada contra ella, antes de que sus dedos se arrastren lentamente por la palma.

—Sí —respondo con cautela, sintiendo ya una extraña forma de celos mientras disfruto de la sensación de sus uñas trazando suavemente las líneas de mi palma.

—Bueno, estaba preguntando por un trabajo en su tienda de tatuajes. —Sus pestañas me miran— Tuvo a alguien que renunció y necesitaba un nuevo gerente de oficina. Pensó que yo encajaría bien en su equipo. Además, conoce mi situación.

—¿Qué situación?

Odio saber que alguien sabe más de ella que yo. Tengo derecho a saberlo. Yo soy el dueño de su corazón. El mío.

—Intento desconectarme de Bran y su familia.

—¿Y cómo estás conectada? —pregunto inmediatamente.

Probablemente suene como una psicópata con todas mis incesantes preguntas, pero siento la necesidad de saberlo todo. Debería saberlo todo. Soy su hombre.

—Trabajo en uno de sus barcos de alquiler, Kai. —Entrelaza sus dedos con los míos mientras permanezco en silencio—. Llevo turistas a bucear. Es lo que hago.

Jesús, por supuesto. Ese es el negocio familiar. Por supuesto, estarían conectados de esa manera. La idea me repugna, aunque signifique que ella trabaje en la tienda de tatuajes de Slate. No me gusta necesariamente esa roca personificada más que Bran, pero mierda, al menos parece inocente. Hasta ahora.

—Sí, definitivamente deberías trabajar en la tienda de tatuajes —respondo inmediatamente—. No quiero que te asocien con ese maldito de Bran nunca más.

—Lo sé. Estoy tratando de encontrar una salida.

Se muerde el interior de la mejilla mientras me observa lidiar con mis celos. Se me encienden las fosas nasales, cierro los ojos y me rasco la

cabeza para deshacerme de la rabia que me produce pensar en ellos juntos. Esa polla estuvo dentro de ella en algún momento. Su polla estuvo dentro de ella. Mi chica. La idea me hace un nudo en el estómago.

—Kai, deja de pensar en su polla dentro de mí.

—¡¿Qué?! No estaba...

—Puedo sentir tus manos apretarse a mi alrededor. Puedo oír el rechinar de tus dientes. Sé lo posesivo que te pones. —Sonríe, envolviéndome con más fuerza, y me encanta que mis celos no parezcan molestarla en absoluto.

Simplemente lo acepta. Probablemente incluso le guste un poco.

—Está bien, sólo estás tú para mí —dice en un leve tarareo, quedándose dormida.

Mi pecho sube y baja mientras exhalo algo de frustración.

—Sólo necesito encontrar esa última pieza —murmura para sí misma antes de bostezar—. Entonces podré acabar con él para siempre.

Giro la cabeza para mirarla, a punto de preguntarle de qué demonios está hablando, pero sus ojos se han cerrado. Apoya la palma de la mano en mí y se tumba plácidamente a mi lado. Trazo la curva de su pómulo hasta su mandíbula, trazando una línea hasta sus labios. Esos labios en los que me pierdo continuamente. Le subo la manta hasta el hombro y la arropo contra mí mientras su respiración se ralentiza y se duerme profundamente en la comodidad de mis brazos.

¿Y esa última pieza a la que se refiere? Puede estar segura de que, sea lo que sea, se lo encontraré.

48

Pasados

—Diez minutos son veinte minutos de más, Han —gimoteo en el camino de entrada mientras ella intenta zafarse de mi agarre.

—Cariño, ahora vuelvo, te lo prometo —dice, riéndose cuando tiro de sus brazos extendidos y la vuelvo a acercar a mi pecho—. Además, tienes que hablar con Hawke. No te estaría mandando mensajes como loco si no fuera importante.

Tiene razón. Ha estado explotando mi teléfono desde el viaje de vuelta, y creo que tiene que ver con cierta sorpresa con la que necesita ayuda. Una sorpresa que incluso el más seguro de los hombres tienden a perder un poco de fe en sí mismos. Una propuesta.

—Dime que volverás enseguida —le digo con firmeza, rodeándome de nuevo la cintura con los brazos y atándola a mí—. No pierdas el tiempo. Trae tu culito caliente aquí conmigo. —Le agarro el culo con las palmas de las manos y se lo aprieto con fuerza antes de azotarla—. Mío.

Me muerde fingidamente la nariz antes de picoteármela con un beso rápido, inclinándose hacia atrás para decir:

—Tuyo, *Big Bird*.

Joder, estoy loco por esta chica.

Por fin la suelto y se mete en la furgoneta para cambiarse de ropa y coger una bolsa de viaje para quedarse conmigo. Insisto en que no necesita ropa y que ducharse conmigo es mejor para el medio ambiente, pero se empeña en dejarme para que me vea obligado a hablar con Hawke.

En cuanto la primera ola de aire golpea mi nariz, huelo algo delicioso cocinándose.

—¡Cariño, estoy en casa! —Grito, viendo a Cole en la cocina.

—¡Kid! —chilla, limpiándose las manos en una toalla antes de correr y saltar sobre mí—. Por fin ha vuelto el hombre en persona.

La balanceo en círculo y luego la pongo en el suelo, colocando mi mano entre las suyas mientras bailo el vals con ella al ritmo de la música clásica que suena de fondo.

—¿Qué es esto? ¿Chopin? Realmente intentas culturizarte ahora que eres una chica grande que vive cerca de Los Ángeles, ¿eh?

Su risa me calienta el corazón mientras se aparta de mí.

—Cállate, idiota. Es solo una emisora de piano clásico en Pandora. Me

ayuda a cocinar, hace que la comida sepa mejor también, creo.

—Pues huele de maravilla —la sigo hasta el mostrador—. ¿Qué se celebra?

Se le dibuja una sonrisa en la cara. Una que sé que tiene todo que ver con cierto amigo mío que le robó el corazón.

—Es domingo por la noche y mi hombre necesita comer. No hay ocasión. —Coge un poco de aliño y empieza a cubrir la lechuga en el bol que tiene delante.

—Eres tan buena novia, Cole. —Me apoyo despreocupadamente en la isla con un codo—. Siempre manteniendo el estómago de tu hombre lleno y las pelotas vacías. —Suspiro.

—Nunca cambias, ¿verdad? —Ladea la cabeza hacia mí.

—Sólo para la correcta —respondo con una sonrisa pícara.

—¿Como mi hermana? —pregunta, levantando los ojos de la ensalada que está sirviendo y enarcando las cejas.

Mi sonrisa cambia.

—Ahí —dice, señalándome con un gran tenedor de ensalada—. Ahí está.

—¿Hay qué? —me burlo.

—Tu sonrisa cambió de tu sonrisa tonta y sabelotodo a una de verdad. Lo he visto. Te gusta de *verdad.* —Deja caer el tenedor y mira hacia el salón—. ¡Oh, Dios, la amas, ¿verdad?!

—Aw, no te pongas triste ahora, cariño. Si lo mantenemos en familia, no se considera engaño.

—Te despellejará la polla incluso por decir eso, ya sabes. Se acabaron las bromas. Jo-Jo no juega cuando encuentra a alguien. ¿Si eso es lo que es? ¿Están juntos en serio? ¡¿Qué está pasando?! —Se pasa las manos por la cara.

Mi expresión se vuelve seria mientras me pongo en pie.

—Así es. Es hora de aceptarlo y seguir adelante, Cole. —Me encojo de hombros—. Será duro. Se derramarán lágrimas, habrá intentos de recuperarme borrachos, pero si nos metemos en esto sabiendo que nuestros asuntos se limitarán a vacaciones y cumpleaños, encontraremos la forma de superarlo. Juntos.

Sus labios se estiran en una línea plana.

—Dios, eres un idiota.

—Eso no es lo que dijo tu hermana. Más bien, «¡Dios, eres tan bueno en esto!» —Finjo un gemido de mujer.

Me lanza lechugas a la cabeza. Dejo que las hojas me caigan por el pecho, ya que esta reacción era de esperar. Intenta contener la risa

antes de dedicarme una leve sonrisa y volver a su ensalada.

—¿Qué tal el fin de semana? ¿Qué acabaron haciendo?

Desviar. Desviar inmediatamente.

—Si te lo dijera, me desearías aún más de lo que ya me deseas. —Le sonrío descaradamente—. No estoy listo para romperle el corazón a mi hombre.

—¿Romper qué? —La profunda voz de Hawke resuena en el pasillo mientras se acerca a nosotros desde el baño.

Está sin camiseta, por supuesto, sólo lleva una toalla mientras se frota otra por encima de su húmedo y oscuro vello, flexionando de alguna manera cada músculo de su abdomen mientras camina.

—Ponte algo de ropa. —Me burlo—. Nadie necesita ver esto.

—Yo, quiero —dice Cole con voz seductora, pasándole la mano por el pecho tatuado mientras él se inclina para besarle la frente.

—Cole, por favor —pongo los ojos en blanco—. Hace un minuto me decías que todo ese músculo te excita. Que preferirías descubrir cómo sería con un hombre alto y largo. Un hombre que tenga personalidad y chispa, en lugar de volumen y resistencia.

Hawke hace todo lo posible por no esbozar una sonrisa mientras me mira, pero ninguno de los dos puede contenerla.

—Creo que le gustan sus opciones, hombre —dice, pasándose la toalla por el pecho, donde una gota de agua corre sin esfuerzo por sus profundos cortes. Cole está prácticamente salivando sobre él, como si no hubieran estado follando en casa en todo el fin de semana.

Las luces brillan a través de la ventana, indicando que mi chica ha vuelto. Hawke se da cuenta.

—¿Sabe lo de la falta de resistencia? —pregunta, señalando con el pulgar hacia las puertas mientras Cole se ríe a su lado.

—Vete a la mierda —replico, corriendo alrededor de la isla para salir a ver a Han—. ¡Le encanta donde llevo mi bulto!

Oigo a Cole gemir disgustada mientras salgo y veo el vehículo de Han aparcado en la entrada de gran tamaño junto a mi coche. Se queda mirándolo con expresión extraña mientras se envuelve la bolsa de lona sobre la cabeza para colgársela del hombro y salir del suyo.

—¿Nos olvidamos de uno, o...?

Dirijo mi atención hacia mi coche y lo veo.

Sangre por todas partes.

Un conejo sin cabeza tirado en el capó de mi coche.

Se me revuelve el estómago e inmediatamente me invade una oleada de ansiedad. Mis ojos recorren la calle en penumbra, buscando en los

coches y las casas cercanas a alguien que pueda estar observándonos.

Al acercarme, veo las palabras «más vale que te des prisa» escritas con sangre. Se me acelera el corazón y se me seca la boca al verlo.

Jesús, joder.

Han rodea su vehículo para inspeccionarlo, así que rápidamente cojo la pata del conejo, manchando las palabras con su cuerpo antes de que ella pueda verlo.

—Yo... accidentalmente lo atropellé cuando corría hacia la gasolinera. Intenté desviarme, pero golpeé al pobrecito. —Jugueteo distraídamente con la concha de mi oreja, de pie frente al coche, mientras estudio sus ojos—. Lo recogí para enterrarlo bien.

Se queda mirando el cadáver un segundo y me pongo nervioso. Trago saliva y abro la boca para decir algo más, quizá una razón para la decapitación, cuando ella dice:

—Bueno, al menos parece que fue rápido. ¿Puso el capó y todo?.

Asiento con la cabeza.

—Rápido de hecho.

Después de cenar con Cole y Hawke, Han y yo nos retiramos a mi habitación para pasar la noche, pero no antes de que Hawke me saque al pasillo para charlar un rato.

Está muy nervioso, pero me explica que mañana planea pedirle matrimonio. Quiere que nos aseguremos de estar los dos en casa antes de la cena como parte de la sorpresa. Estoy de acuerdo y me planteo contarle lo del conejo, pero en el último momento decido no hacerlo. No quiero que se asuste. Yo puedo encargarme de esto.

Vuelvo a mi habitación y salto a la cama justo cuando Han se pone su camiseta negra extragrande, se quita los shorts y se queda en bragas de encaje. Se arrastra por el colchón, trepa por mi cuerpo y se sienta a horcajadas sobre mí, sin camiseta, mientras le abro el edredón. Tiene las manos sobre mi abdomen, los muslos bien abiertos y ladea la cabeza, mirándome con una sonrisa preciosa y algo en la cabeza.

—Creo que me gusta pasar tiempo contigo —dice con la nariz arrugada.

—¿Tú crees? — Pregunto, pasando mis manos por sus suaves muslos.

—Acabo de darme cuenta de que aún no estoy harta de ti. En absoluto. Y hemos pasado mucho tiempo juntos.

Su seriedad me hace reír.

—Así es como se supone que debe ser, cariño.

—Bueno, de todos modos, creo que deberíamos hacernos tatuajes.

Mis cejas se alzan sorprendidas. La chica pasa de sorprenderse de que

le guste salir conmigo a querer tatuajes de parejas. *Joder, me encanta.*

—Estoy en ello —digo inmediatamente—. Prepara la sesión.

Me agarra la barbilla, inclinándose hacia delante para que su pelo enmarque su carita en forma de corazón.

—Hablo en serio, Kai.

—Yo también, Han. —Copio sus ademanes serios.

Suspira, se quita de encima y se tumba a mi lado, mirando al techo.

—¿Pero qué conseguiremos?

—Tú eliges el mío y yo el tuyo. Seremos un puto cliché —sonrío entusiasmado.

Se queda callada un segundo y luego se levanta sobre el codo, mirándome.

—Vale, pero tiene que ser algo que nadie más entienda aparte de tú y yo. Algo personal. Algo raro.

—Creo que ya hay algo bastante personal en ti —respondo con un tono más grave, con los ojos entrecerrados mientras vuelvo a tirar de su pierna sobre la mía, pasando la mano por su cadera, donde cierta inicial permanece ligeramente incrustada en su carne.

Sus ojos revolotean ligeramente cuando toco la carta, sus labios se separan mientras nos miramos fijamente.

Me muerdo el labio inferior mientras el aire entre nosotros cambia.

—Kai —susurra, sus dedos recorren mi pecho.

La agarro de la muñeca y vuelvo a ponerla encima de mí, a horcajadas sobre mi creciente erección, porque me gusta cómo me sienta.

—¿Qué pasa, pequeña? Papá Kai está aquí para arreglarlo todo. —Le sonrío, metiendo la lengua entre los dientes.

—No me vas a dejar, ¿verdad? —pregunta en voz baja, negándose a mantener el contacto visual.

Mi sonrisa tonta se transforma en preocupación.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero decir, al final del verano. En realidad nunca hemos hablado de ello. ¿Te quedas en Cali o vuelves a casa?

—¿Es realmente una pregunta? —Me río, agarrándola de la barbilla y obligándola a mirarme—. Estoy donde tú estés, Han. Encontraré la forma de quedarme. Encontraré otro trabajo para ganar más dinero si es necesario, un apartamento... lo que haga falta. No me voy a ir. Joder, no, nunca.

Me mira fijamente en silencio durante un momento, casi registrando mis palabras.

—Probablemente deberíamos irnos a vivir juntos —sugiero asintiendo con entusiasmo—. Soy un gran compañero de piso. Soy limpio, excepto en el dormitorio. Respetuoso, excepto en el dormitorio. Siempre pago, sobre todo en el dormitorio.

Esto finalmente la rompe, y se ríe. *Ahí está esa sonrisa que me encanta.*

—Oh, vale, ¿te vas a mudar conmigo? Claro. —Pone los ojos en blanco.

—¿Por qué no? —pregunto, con la sonrisa perdida.

Me mira a los ojos y su frente se arruga ligeramente.

—¿Hablas en serio ahora?

—Quiero decir, joder, estamos juntos todas las noches de todos modos. No me importaría despertarme con este culo todos los días. —Le doy un apretón fuerte, mordiéndome el labio.

Puedo decir que está procesando los pros y los contras en su cabeza en este momento.

—Tu alquiler sería más barato —añado, arqueando una ceja.

—No es el alquiler lo que me preocupa —gira las caderas para que su sexo presione el mío—. Te ataría a la cama hasta que pagaras.

Me quedo con la boca abierta y se me escapa un gemido.

—Coge lo que necesites, casera.

Se ríe y acerca su cabeza a la mía, con una mirada insegura todavía dibujada en su rostro.

—Esto es una locura, Kai.

Me relamo ante la repentina proximidad de su boca a la mía. Me asombra que cada segundo que pasamos juntos la desee más, que su aroma aún pueda despertarme la piel y erizarme el vello. Miro sus labios y respiro.

—Eso es lo mejor de todo.

Prácticamente oyendo cómo su corazón se acelera bajo su delicada piel, le rodeo suavemente la garganta con la mano, separando los dedos y cubriendo toda la parte delantera con el índice y el pulgar, y el lateral con el resto. Su pulso se acelera y respira con dificultad.

Me agacho bajo ella y me bajo el pantalón de gimnasia por los muslos sin dejar de mirarla, haciéndole saber lo que necesito. Ella se inclina hacia delante y me coge de la muñeca. Me coge la mano y la gira para que mi meñique quede bajo su barbilla y mis dedos pulgar e índice rodeen su cuello por la clavícula.

Baja por mis muslos, sus ojos se oscurecen de lujuria y mis cejas se fruncen de confusión.

—Quiero que te sientas en mi garganta —dice en tono sensual.

Se me van los ojos a la nuca mientras rodea con los labios la cabeza hinchada de mi polla, haciendo girar la lengua como a mí me gusta. Gimo cuando me lame un lado de la verga con el anillo de su lengua, humedeciendo la superficie antes de hacer exactamente lo que dice, meterme en su garganta. Empujo mis caderas hacia ella mientras la sujeto por el cuello. Me siento tan jodidamente bien, tan mal. Me encanta hacerle cosas sucias y desagradables, igual que a ella le encanta ser una putilla traviesa para mí.

Me follo su garganta suave y aterciopelada hasta que le lloran los ojos y se ahoga a mi alrededor. La saliva le resbala por la barbilla mientras mi polla brilla con su saliva. Sus labios hinchados me llaman, así que la subo por mi cuerpo, levantándole rápidamente la camisa por encima de la cabeza antes de volver a acercarla a mí por el cuello.

De repente tenemos prisa por conectar. Le agarro el pecho con la otra mano, apretando su turgente peso mientras ella gime en el beso. Me recorre el labio inferior con los dientes y yo tiro de su tanga hacia un lado, alineando la cabeza hinchada de mi polla en su entrada.

—Quiero sentirme en tu estómago —digo antes de introducir la punta de mí mismo en su húmedo calor.

—Oh, joder —gime contra mis labios, con los ojos cerrados mientras se hunde sobre mí.

Siento sus espasmos a mi alrededor mientras la estiro, empujando cada vez más hondo hasta que veo que se traga toda mi polla, y la gruesa raíz de mí es todo lo que queda. Le pongo la mano en el bajo vientre, por encima de donde conectamos, mientras la saco y vuelvo a penetrarla.

—Me encanta esa mierda. —Gimo, sintiéndome muy dentro de ella desde fuera—. Golpeando profundamente a mi chica.

Sus piernas se abren aún más para acomodarse a mí, y el ángulo que forma sobre mí me empuja hasta el fondo. Dejo caer el pulgar y encuentro su clítoris rosado e hinchado. Lo froto lentamente en círculos y ella echa la cabeza hacia atrás mientras me cabalga, moviendo las caderas al ritmo de mis embestidas.

Se estremece cuando aceleramos el ritmo y un fuerte grito sale de sus labios. Mis ojos se abren de par en par y detengo bruscamente los movimientos. Le doy la vuelta para colocarme encima de ella y me salgo, la tumbo rápidamente boca abajo debajo de mí y me inclino para tocarle la oreja.

—Aún no estamos en casa, nena. Tienes que gritarle a esa almohada.

Le bajo el tanga de encaje por el culo antes de cerrarle las piernas con las rodillas en la parte exterior de los muslos. Agarro su suave carne con las manos y la abro. Me agacho mientras ella arquea la espalda y la lamo por detrás. Sus puños se agarran a la almohada antes de que

mi lengua llegue a su culo. Se retuerce y la azoto con fuerza.

—Para. —Exijo, abriéndola de nuevo, metiendo mi lengua dentro de su apretado y prohibido agujero.

—Oh, Dios — murmura contra la almohada.

Me echo hacia atrás, contemplando el espectáculo que me tiene a punto de correrme, y escupo sobre ella antes de alinearme con su dulce rajita. Vuelvo a penetrarla por detrás mientras sus gritos ahogados llenan la habitación.

—Jesús, este culo —gimo, sintiendo cómo me endurezco dentro de ella mientras me deslizo dentro y fuera lentamente—. Tan suave.

—Cariño —grita y me tiende la mano.

Agarro su mano con la mía y me inclino para besarle la columna mientras sigo penetrándola, haciendo que el momento sea más íntimo.

—Deja que me corra dentro de ti —susurro contra su cuello mientras se me escapa un gemido gutural, señal de mi proximidad—. Por favor, nena, deja que me corra dentro de ti.

—Kai. —Ella gime, arqueando su espalda aún más, inclinándose para que pueda golpear tan profundo como sea posible.

—Jo, deja que te meta este puto bebé —gruño, burlándome de ella con mis palabras.

Estoy fuera de control.

—Kai, basta. —Ella me golpea con su mano libre, pero yo sello mi cuerpo al suyo, envolviendo mi mano alrededor de la parte delantera de su cuello de nuevo.

Ella traga y siento la columna de su garganta en mi mano, recordándome dónde estaba mi polla y dónde está ahora. Aprieto la boca contra su oreja.

—Cállate, chica, sabes que lo quieres.

Soy un psicópata.

—Estás como una puta cabra —dice, y sus labios se curvan en una sonrisita, disfrutando claramente de mis tonterías, antes de que vuelva a clavarme en ella, y se le caiga la sonrisa mientras un gemido se desliza por sus labios húmedos e hinchados.

—Tienes toda la razón —le digo, girando la cabeza para buscar su boca. Deslizo la lengua por sus labios y ella me abraza con fuerza.

Acelero el paso, agarro su cuello con más fuerza, como a ella le gusta.

—Me corto. ¡Oh, Dios, me corro, Kai!

Sus espasmos y dulces gemidos me ponen al borde del abismo, y me introduzco profundamente en su interior mientras su cuerpo se aprieta a mi alrededor y me ordeña hasta dejarme seco.

Un gemido profundo y gutural sale de mi garganta cuando mi semen se mezcla con el suyo.

Jadeo descontroladamente, me pongo rígido y empujo un par de veces más, vaciándome exactamente donde lo necesitaba. Finalmente recupero el aliento y apoyo la frente en su columna, con el pelo pegado a su sudor. Le doy un par de besos en el omóplato y la saco suavemente antes de ponerla boca arriba, frente a mí.

—Jesús, Kai, estás seriamente lo…

Corto sus palabras con los labios, besándola con fuerza hasta que pierde su lucha contra mí, fundiéndose en mi boca con un dulce suspiro.

—Una locura para ti. —Termino por ella—. Lo sé. Pero no actúes como si no lo supieras.

Se muerde la comisura del labio mientras su perezosa sonrisa se lo arranca de los dientes. Sus ojos traviesos se clavan en los míos antes de agarrarme por el cuello y tirar de mí para que baje más.

Me gustaría decir que esta mujer tiene la capacidad de distraerme de todo, pero lo único en lo que puedo pensar mientras nos revolcamos en la oscuridad de mi dormitorio, es en cómo hemos empezado a superar el pasado que atormenta a Han, pero aún tengo que lidiar con el que aún atormenta al mío.

49

Secretos

Nuestro pasado tiene una forma de perturbar tu futuro si no lo abordas adecuadamente. Han me lo enseñó. Pero aun así, aquí estoy, contemplando todas las formas en que puedo esconder el mío bajo la alfombra.

No me he ocupado en absoluto de la situación de Darío. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo, para ser honesto. Las drogas siguen en el compartimento secreto de mi coche, ahí guardadas desde que las recogí. Le compré las drogas a Tarah con toda la intención de averiguar qué era lo que estaban mezclando. Tal vez compre uno de esos kits de pruebas de internet para intentar descifrar lo que Bran y su lameculos, Silas, están conjurando, llevando potencialmente esa información a Darío para sabotear sus estúpidos planes.

Lo que sea que estén mezclando tiene el potencial de ser mortal. Lo sé por cómo me afectó las dos veces que lo probé. Eso por sí solo me dice que no hay rima o razón para cualquier brebaje que están tratando de crear. Es descuidado, es peligroso, y si Darío lo supiera, les cortaría el grifo de inmediato, lo que me devolvería a su lado bueno, tal vez haciéndome útil. Los clientes muertos no son buenos para ganar dinero, y si se corre la voz de quién es... bueno, digamos que no tiene buena pinta.

Pasé la mañana en el portátil de Cole, en la encimera de la cocina, después de preguntarle si me lo podía prestar unas horas. Me dedicó una sonrisita divertida, pero estuvo más que encantada de prestármelo, siempre y cuando no me descargara un montón de porno. Para su sorpresa, ningún virus se apoderó de su trabajo.

A decir verdad, lo utilicé para solicitar una formación en línea para obtener mi certificación como agente inmobiliario. Esperaba adquirir esos conocimientos como me había recomendado Hawke, sabiendo que destacaría en ello y que podría ayudarle a vender nuevas propiedades en el futuro. Tenía la idea de que podía ser un buen camino para mí. Tal vez incluso podríamos seguir trabajando juntos.

Las palabras de Han calaron hondo anoche. Tengo que asegurarme de que voy a estar a su lado, y entrar en un negocio legal o incluso empezar uno por mi cuenta es un gran paso. Conozco a la gente y sé cómo trabajar con ella. Obtener la educación que necesito para avanzar me ayudará a consolidar un futuro para mí y para ella.

Tenía razón cuando me dijo que nunca me había preocupado por mí mismo. Me dijo que si me esforzara la mitad en mí mismo que en perseguirla a ella, estaría en un buen lugar. De lo que no se daba

cuenta era de que ella era mi razón para superarme. Todos tenemos nuestras motivaciones, y ella es la mayor de todas. Antes de ella, vivía al día, pero después de ella, vivo por la promesa del mañana.

Después de inscribirme en el curso online, pasé el resto del día con Hawke en una de las propiedades, donde entró en detalles sobre los planes que tenía para la noche. Pintamos las habitaciones de varios tonos de gris mientras describía cómo quería que fuera todo. Cena con unos buenos amigos, y luego nos dirigimos al muelle para dar un paseo en barco y ver el espectáculo de fuegos artificiales que tenía preparado desde la orilla. El tipo estaba más nervioso de lo que nunca le había visto. Sudando, caminando, tartamudeando... fue genial. Me encantó, ver a este tipo confiado y duro bajo una nueva luz. Esta mujer lo era todo para él, y entendí los nervios más de lo que él se daba cuenta.

Duchándome y vistiéndome para la cena de esta noche, me miro por última vez en el espejo y sonrío. Me veo bien. Y no de una manera ensimismada. Había un nuevo brillo en mis ojos. Cole también lo vio. Aquí, ante mí ahora, hay un hombre enamorado, pero no solo eso, un hombre que por fin cuida de sí mismo. Parezco sano, con mis brillantes ojos azul cristalino y la cara llena de color. Mis mejillas no están tan hundidas como antes, los ojos brillantes sin rastro de enrojecimiento por las drogas. Incluso me he peinado el cabello, peinándolo con un poco de gel para que el rubio platino resalte aún más. Llevo un jersey elegante con unos vaqueros oscuros y unas cadenas ligeras al cuello para la ocasión.

Era la primera vez que veía mi reflejo y no lo odiaba. El impulso de enviar mi cara a través del cristal, desaparecido. Estoy orgulloso de mí mismo y me siento mejor que nunca. Esto lo he hecho yo. Lo hice por querer cambiar. Para finalmente ser digno del amor de alguien. El de Han.

—Eres un semental, Kid —le digo a mi reflejo, guiñándome un ojo y asintiendo con la cabeza antes de dirigirme a casa de Han para recogerla.

Cole y Hawke aún se están preparando cuando me voy, así que les digo que me reuniré con ellos en el lugar donde cenaron cuando se mudaron juntos a California. Es un lugar hermoso que tiene mucho significado para ellos. Es donde por fin pueden liberarse de su pasado y amarse bajo una nueva luz.

Han y yo entramos por las puertas dobles del local, yo sujetándole la puerta, por supuesto.

—¿Me ahoga y mantiene las puertas abiertas? ¿Cómo he tenido tanta suerte? —Ella esboza su preciosa sonrisa mientras yo aprovecho para tirar de ella hacia un lado, entre las puertas.

—Este vestido ha sido una idea horrible —le susurro al oído, acercándome a ella y empujándola contra la pared. Deslizo la mano bajo el vestido floreado y vaporoso, y me encanta sentir el suave contacto de su trasero con la parte posterior del muslo. Literalmente, hace que la sangre inunde mi polla—. Estamos en un restaurante con clase, y sólo puedo pensar en inclinarte sobre la mesa y meterte esta polla donde debe estar.

—¡Kai! —se ríe mientras me aprieto contra ella, mis labios recorriendo su cuello—. Se te está poniendo dura.

Me muerdo el labio inferior y aspiro antes de que la inevitable sonrisa se dibuje en mi cara.

—Será mejor que entres tú primero, entonces.

Sonríe y se lame los labios antes de ponerse de puntillas sobre esas botas de combate negras con plataforma y darme un dulce beso.

—Vamos, cariño.

Me agarro el pecho y echo la cabeza hacia atrás al oír el apodo que me ha puesto. Se ríe y tira de mí con los dedos entrelazados en los míos.

El lugar es impresionante. Nada más entrar, a través de una pared de cristaleras, se divisa el claro telón de fondo del océano. El sol se está poniendo, iluminando las olas en una magnífica escena centelleante. De fondo suena un ligero piano mientras los cubiertos y los platos rozan suavemente. La anfitriona nos acompaña a la mesa cercana al fondo, donde nos reunimos con algunos de sus otros amigos íntimos. Charlamos y disfrutamos de una conversación ligera hasta que Cole y Hawke hacen finalmente su aparición.

Están increíbles juntos, ambos vestidos de revista. Caminando de la mano, con sonrisas iluminando sus rostros, parecen modelos de portada de una especie de anuncio de —chico malo conoce a chica dulce—.

Nos sentamos y comemos una deliciosa cena, disfrutando de la compañía mientras Han y yo nos cogemos de la mano bajo la mesa. Esto me gusta. Me siento bien. Incluso normal. Nosotros disfrutando en público como pareja. Nos sonreímos y sonreímos, y parece que no podemos contener nuestras manos.

Han me toca ligeramente el brazo sobre la mesa donde descansa, colocando su mano sobre la mía. Cole incluso lo capta desde el otro lado de la mesa, sonriendo con admiración. No es por inflarme el ego ni nada de eso, pero creo que sinceramente se alegra de ver a su hermana así de feliz. No sé si la ha visto así con alguien antes. Espero que no.

—Así que esa casa tan grande que tienen... —pregunta en voz alta una

buena amiga suya llamada Julia mientras volvemos a sentarnos en nuestros asientos después de cenar—. ¿Cuándo van a empezar a llenarla de niños?

Cole se sonroja y mira a Hawke, que la rodea con el brazo, acercándola aún más a él.

—Pronto. —Le sonríe, enarcando una ceja—. Si no tenemos ya uno en camino.

Cole jadea, dándose una palmada en el pecho mientras se ríe de la burda broma.

—¿Tus padres viven cerca, Cole? —Julia pregunta—. Tener a tu madre cerca siempre ayuda con los pequeños. Sabemos todo sobre eso. —Ella sonríe, dando un codazo a su marido a la izquierda de ella mientras ambos sonríen, de acuerdo.

Observo cómo las sonrisas de Cole y Hawke se desvanecen lentamente. Hawke carraspea y se echa hacia atrás en la silla, mientras Cole mira hacia la mesa y se relame los labios. Miro a Han, que también tiene la mirada perdida en el mantel y los labios ligeramente entreabiertos.

Está claro que aunque son muy amigos de estas nuevas personas que han conocido en California, hay secretos que sólo se guardan entre ellos dos.

—La familia está en todas partes —interrumpo rápidamente—. Soy literalmente una niñera interna, listo para algunos sobrinitos y sobrinitas. Pañales sucios y escupitajos, mi nueva conquista. —Sonrío con descaro.

Julia me sonríe con adoración mientras Hawke me dedica una rápida inclinación de cabeza desde el otro lado de la mesa por interrumpir la incomodidad. Coge la mano de Cole con la suya. Ella se vuelve y le sonríe con los ojos rotos que intenta ocultar.

Quien no oculta su quebranto es Han. Me vuelvo de nuevo hacia ella, le doy un pequeño apretón en la mano, pero ella sigue mirando hacia el mantel que tiene delante, con los ojos gesticulando en las comisuras. Veo las lágrimas contenidas, a punto de caer mientras su mente se desboca.

—Bueno, no sé el resto de ustedes, pero yo estoy listo para tomar algo. —Anuncio, empujando mi silla hacia atrás—. Vamos nena, vamos al bar.

El resto de la mesa vuelve a hablar lentamente por su cuenta y nadie se da cuenta que llevo del brazo a la chica temblorosa que apenas puede caminar hasta el otro extremo de la sala. La rodeo con el brazo por la parte baja de la espalda y la conduzco hacia el armario de los abrigos, cerca de los aseos, y a una pequeña zona apartada donde

podemos hablar.

—Ven aquí —digo inmediatamente, atrayéndola contra mi pecho una vez que hemos escapado a la vista de todos los comensales.

Sé lo duro que fue para ella. No puedo imaginarme la culpa que le pesa continuamente, sobre todo pensando en su hermana pequeña con un bebé. Estoy segura de que los pensamientos de no tener a su madre cerca le duelen más de lo que nunca ha dejado entrever.

—Kai —grita suavemente, apretando mi jersey con sus pequeños puños, necesitando que la abrace mientras por fin se siente libre para dejar salir sus emociones.

—Lo sé —digo, pasando la mano por su espalda.

Y lo sé. No necesita decir nada más. Ella está sufriendo, y yo la tengo. Es todo lo que necesita saber.

—Yo se lo quité —dice en tono entrecortado, resoplando después de decirlo.

—No, cariño. No, no lo hiciste, Jo. —Me retiro de nuestro abrazo, colocando suavemente mis manos a los lados de su cuello, necesitando que vea mis ojos mientras lo digo—. Lo habría hecho contigo o sin ti. No le quitaste nada. No estaba en tus manos. No puedes seguir culpándote por sus decisiones.

—Podría haberla detenido. Por Nic. —Sus lágrimas inundan su cara mientras se deshace en mis palmas.

Sus ojos rotos se cierran con fuerza y vuelvo a estrecharla contra mi pecho, rodeando firmemente su cuerpo tembloroso con los brazos, manteniéndola unida mientras llora dentro de mí. Pero nada puede detener el desafortunado momento de ver la cara que me encuentro cuando levanto la cabeza.

Cole está de pie a medio metro de nosotros, mirándome fijamente a los ojos con expresión fantasmal. Han está en mis brazos, sin darse cuenta de que tiene a su hermana detrás.

Cole mueve la cabeza con incredulidad y empieza a retroceder lentamente, lo que hace más que evidente que ha oído el final de nuestra conversación.

—No —le digo—. No, Cole, no...

La cabeza de Han se aparta bruscamente de mi pecho al oír el nombre, viendo ahora a su hermana detrás de ella.

—Cole, ven aquí —digo, aun sacudiendo la cabeza—. No es...

—¿Qué? —pregunta sin aliento, mirando a su hermana con los ojos muy abiertos—. ¿La detuviste? Quieres decir que... ella... tú...

Cole cae de espaldas contra la pared, golpeándola con la palma de la mano, intentando mantenerse erguida ante la información recién

adquirida que su cerebro parece no poder registrar. Su cuerpo se desliza por la pared y yo me estiro para agarrarla antes de que caiga. Parpadea como si la vista se le nublara y la habitación a su alrededor se oscureciera.

—¡Joder! —La levanto por debajo de los brazos mientras sus ojos se ponen en blanco—. ¡Cam! —Grito en el restaurante con ansiedad.

Oye mi grito ansioso y viene corriendo de inmediato, con cara de horror al ver a Cole desmayado en mis brazos.

—¡Jesucristo, Cole! — grita, agachándose y arrebatándomela—. ¡Llama al 911! —le grita al camarero—. ¡¿Qué pasa, nena?! Despierta. —Le da una palmada suave en la mejilla, intentando despertarla—. ¡Kai, ¿qué ha pasado?! —grita.

—Está bien. Solo se ha desmayado —tartamudeo, me tiemblan las manos.

Abre los ojos y ve a Hawke encima de ella. Me giro para mirar a Han, solo para darme cuenta de que ya no hay nadie detrás de mí.

—¡Mierda! —Maldigo, poniéndome de pie y mirando rápidamente alrededor del restaurante—. ¿Han? —Grito.

Hawke me mira, con la confusión y la necesidad de respuestas que irradia.

—No fue un accidente raro, Cam. —Escupo—. Han lo ha sabido todo el tiempo, lo vio pasar. —Le digo rápidamente, sabiendo que lo entenderá, necesitando que lo sepa para que no se ponga como una fiera con todo el mundo.

Miro frenéticamente por los pasillos para ver si la veo mientras doy vueltas, pasándome las manos nerviosamente por el cabello.

Se queda boquiabierto y me mira con incredulidad mientras Cole vuelve en sí. Me limito a asentir con la cabeza, mirándole fijamente con ojos que le dicen que nunca mentiría sobre algo tan serio mientras camino de espaldas hacia la salida, decidiendo que Han debe de haberse marchado.

—¡Joder! —maldice, abrazándola con fuerza contra el suelo—. Tienes que ir a buscarla.

Sus ojos vuelven a encontrar los míos.

—*Tienes* que ir a buscarla —me exige.

Odio que sepa como yo, si no puedo encontrarla...

Me cuesta respirar al pensarlo. Atravieso de golpe las puertas de cristal en busca de la mujer rota que no puede soportar más heridas en las cicatrices hechas jirones que le restan entereza.

50

Caída

—Han! —Grito, llegando al estacionamiento del restaurante, buscando por todas partes mientras corro entre los coches estacionados—. ¡Han!

Una pareja se cruza conmigo al entrar, el hombre con la mano en la parte baja de la espalda de la mujer, guiándola.

—¿Viste a una chica? Cabello negro —agito las manos frenéticamente pensando en su atuendo—, vestido negro y amarillo, botas...

—No. —La mujer sacude la cabeza, sus ojos nerviosos por mí—. No, lo siento mucho, yo no...

Salgo corriendo de nuevo antes de que pueda terminar la frase. Después de recorrer todo el estacionamiento sin verla, corro hacia mi coche para buscarla allí. Pero está vacío.

—¡Joder! —Grito, golpeando el capó con los puños.

Tomo aire y lo expulso mientras me devano los sesos pensando adónde ha podido ir tan rápido. ¿Hizo autostop con alguien al azar? No me extrañaría que se encontrara en esa situación. Necesitaba una salida y la iba a encontrar como fuera.

Me apoyo en el capó con las palmas de las manos y dejo caer la cabeza entre los hombros. Levanto la vista, observo el interior de mi vehículo y veo algo que me detiene el corazón.

—¡Oh, joder, no! No! —grito para mis adentros, arrastrando las manos por el capó mientras corro hacia la puerta.

La abro de un tirón y me zambullo en el asiento del copiloto, inspeccionando los daños. Me arrancó la consola central, abriendo la escotilla secreta. La bolsita de coca...

Se ha ido.

Y no cualquier coca. La coca que conseguí de Tarah.

Grito, golpeando el tablero con la máxima fuerza en cada maldición, mis nudillos finalmente se parten en el último golpe.

Ella era la única otra persona que sabía dónde lo había escondido. Y ahora, con su hermana descubriendo lo único que no podía permitir que supiera, estaba al borde de arriesgarlo todo para adormecer su tortuoso dolor, necesitando encontrar una forma de borrar la vida de culpa que se ha visto obligada a soportar.

Pero no tiene ni idea de lo que hay en esa bolsita. Ni idea del peligro que corre.

Tengo que encontrarla.

Salto al asiento del conductor, salgo del estacionamiento y corro hacia su casa. Llamo a su teléfono, pero lo oigo sonar en el suelo bajo el asiento del copiloto, a mi lado. Golpeo el volante con el puño ensangrentado, haciendo sonar el claxon sin querer.

Ok, Kai. Tranquilízate. Respiro hondo, dejándolo salir mientras corro por la carretera. ¿A dónde iría? ¿Cómo llegaría allí? Vinimos juntos en mi coche. No podía llamar a nadie sin su teléfono.

Mis neumáticos chirrían en el aparcamiento y el coche da vueltas de campana. Huyo del vehículo y ni siquiera me tomo la molestia de aparcar o cerrar la puerta antes de correr hacia la entrada principal de su piso. La furgoneta de Han sigue allí, en el aparcamiento, y tomo nota mentalmente de ello mientras subo a toda prisa las escaleras de cemento hasta la puerta principal. Llamo frenéticamente, sintiendo una náusea nauseabunda que me invade por dentro al no obtener respuesta.

—Jo, nena. —Puño mi pelo—. ¡¿Dónde estás?! —Me susurro sin aliento, hundiendo la espalda contra la puerta de su apartamento, sintiéndome derrotado.

Mi teléfono suena en el bolsillo trasero, haciéndome revolver de esperanza. Lo saco y veo el nombre de Hawke.

—¿Dónde está? ¿Está ahí? —Salgo corriendo.

—No, no hay señales de ella. Se han llevado a Cole al hospital. Ella está bien, pero ¿dónde estás tú?

Se me cae el estómago y me tiemblan las manos.

—En casa de Han. Su coche está aquí, ella no.

Maldice en el auricular.

—¿Dónde estará?

—Ella está en problemas, Cam. Tiene problemas. —Digo rápidamente, jadeando mientras se me quiebra la voz al final de la frase.

Tengo pánico.

—Está bien, está bien. —Toma aire, calmándose como si sintiera que lo necesito en este momento—. ¿A dónde va cuando se escapa?

—¡Su furgoneta está aquí! ¡Te lo dije! ¡Ella no huyó! Está... —Hago una pausa por un segundo, mi cerebro trabaja para resolver esto. ¿Dónde más podría estar? ¿En nuestros sitios? ¿Dónde están nuestros puntos? ¿Dónde podría haber ido sin un vehículo?

—La cala —digo—. Está en la cala.

Cuelgo el teléfono y salgo corriendo hacia mi coche. Qué estúpido fui al pensar que no encontraría el camino hasta allí. La puerta del

conductor sigue abierta y el motor en marcha, así que entro y salgo del aparcamiento en dirección al lugar que frecuenta sola.

Está oscureciendo. El sol se ha puesto y caminar por la arena con estas botas no ayuda en nada. Pero corro. Corro tan rápido como puedo, esperando no llegar demasiado tarde.

—¡Jo! —Grito con todas mis fuerzas, los ecos son tragados por las olas salvajes del océano ante mí.

Bajando a trompicones por las rocas, me detengo en un pequeño saliente y me asomo a la oscuridad de la diminuta cala. La luz de la luna no me ayuda a ver su silueta entre los dentados cortes de las rocas sombreadas.

Y, sin embargo, debajo de mí, veo el más mínimo indicio de una manta roja y negra en la arena, cerca del agua, apenas asomando.

Es de ella.

—¡Han! —Grito.

Sin pensarlo, salto por una roca del tamaño de un coche. Tropiezo y ruedo el tobillo hacia un lado, sintiendo un chasquido inmediato. Siseo y me agarro al dolor que me recorre la parte inferior de la pierna. Respiro y me acerco cojeando al borde de la manta. Cuanto más me acerco, más veo.

La manta.

El borde de sus botas.

Sus piernas desnudas.

Su cuerpo aparentemente sin vida.

Se me hunde el estómago y me invade una oleada de terror.

Es demasiado tarde.

Apenas puedo respirar mientras caigo a su lado, con las rodillas en la arena húmeda, agarro su cuerpo inerte con los ojos apenas abiertos y la estrecho contra mi pecho. Las lágrimas me inundan la cara y abro la boca para intentar respirar.

—Han, nena... no —grito al ver la bolsita abierta a su lado.

Llego demasiado tarde.

Observo rápidamente su rostro y veo rayas de lágrimas secas en sus mejillas, con las pupilas totalmente dilatadas. Doy una patada a la mierda con la pierna libre, enviándola a la arena, cuyo contenido se sumerge ahora con las pequeñas rocas de la playa donde una vez estuvimos sentados, descubriendo quiénes éramos antes de saber nada. Una época en la que las tragedias quedaban al descubierto y nuestro único objetivo era explorar cómo doblar el tiempo juntos.

Maldigo a la luna, la acuno mientras mi palma sujeta su mejilla y mis

lágrimas me impiden ver. La tengo fría y húmeda, pero entonces su pecho se dilata.

Todavía respira.

Le tomo el pulso mientras el corazón me late en el pecho. Apenas late a través de su delicado cuello, pero sigue ahí. Respira poco y con dificultad.

—¡Quédate conmigo, cariño! ¡Por favor, quédate conmigo, Han!

Me pongo de pie sobre mi pierna trasera y la alzo en mis brazos, subiendo frenéticamente por las rocas. Me giro al oír el eco de mi nombre.

—¡Kai! —Es Hawke—. Kai!

Luchando contra el dolor, subo su pequeño y flácido cuerpo por la ladera de las rocas, encontrándome con Hawke, que corre hacia atrás, hacia el coche, gritándome preguntas a diestro y siniestro.

—¡¿Tomó algo?!

—¡Sí!

—¡¿Sabes lo que es?!

—¡No, no estoy seguro!

—¿Intentaba sui...?

—¡No! ¡Vete a la mierda!

Ni siquiera le dejaré terminar esa frase. Ella no lo haría. ¿Lo haría? Ella nunca me dejaría. Ella no podría. Ella no lo sabía.

Me coge las llaves y yo me subo al asiento trasero del coche con Han, corriendo hacia el hospital mientras Hawke transfiere la información de mí al personal que me espera al teléfono.

Me la quitan en cuanto llegamos a la entrada, el revuelo de enfermeras murmurando sobre una aparente sobredosis. Me cabrea muchísimo.

No es sólo una chica drogadicta que sufrió una sobredosis mientras estaba de fiesta en la playa. Es una mujer inteligente, maravillosamente rota, que se preocupa profundamente por los vivos, pero que a veces siente que la vida es demasiado pesada. Porque, ¿adivina qué? Lo es, joder. Odio sus suposiciones cuando la miran.

Mis dedos recorren una vez más su fría mejilla antes de que la metan entre las puertas de urgencias. Y entonces desaparece.

Me quedo allí un momento, con barro en las botas, arena en las rodillas y una pierna dolorida, mirando cómo se la llevan. El caos, la salvaje dispersión de la gente que nos rodea, el griterío de cifras de tensión arterial y terminología médica aleatoria... todo ello, de repente, en silencio.

Me quedo allí de pie en absoluto silencio, con la mente en alto. Los olores a alcohol y plástico llenan mi nariz desde el ambiente estéril. Está desprovisto de cualquier corazón u hogar, dejándome con la sensación de que la persona más cercana que he conocido está ahora perdida en él.

La ira, el arrepentimiento y la angustia me golpean a la vez, y no puedo soportarlo más.

Me golpeo la frente contra la pared, los puños golpean el cemento mientras mi pecho se agita.

Estábamos tan cerca. Habíamos llegado tan lejos.

—Kai, mantén la calma. Ella está donde tiene que estar —dice Hawke, viniendo detrás de mí—. Ellos se encargarán...

—¡Yo hice esto! —Le interrumpo—. ¡Yo lo hice, joder! Soy un descuidado y un jodido estúpido. —Vuelvo a golpear con los puños por encima de mí. Frustrado por la falta de destrucción en la fría pared, busco un tablón de corcho cercano y arranco todos los folletos y papeles que cuelgan de él, esparciéndolos por el pasillo.

—Kai —dice Hawke de nuevo, acercándose a mí.

—¡No, vete a la mierda! Es culpa mía. —Vuelvo a gritar, apartándole mientras se acerca a mí, empujándole en el pecho antes de que mis dedos encuentren de nuevo el camino hacia mi pelo y tire de él. Vuelvo a maldecir y mi espalda se desliza por la pared hasta caer al suelo—. ¿Por qué soy así? ¿En qué estaba pensando? ¿Qué me pasa?

Dejo caer la cara entre las manos, rastrillando con los dedos el dolor que irradia mi cabeza. Siento que el peso de mis errores en la vida me alcanza afectando a la única persona a la que he amado lo suficiente como para cambiar por ella. La abrí en canal, sólo para destrozarla.

El chirrido de los zapatos de goma sobre el suelo de baldosas moteadas se acerca a nosotros, pero Hawke les dice que se vayan y que lo tiene bajo control.

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de sus ojos sin vida. Sólo han pasado unos minutos desde que la vi y ya sé que esa imagen me perseguirá toda la vida. No entiendo cómo ha podido aguantar tanto tiempo sin ver a su madre. La posible pérdida de ella me está comiendo vivo.

—No te caigas ahora —susurra a mi lado—. Has llegado tan lejos.

Respiro un poco, intentando calmarme, y dirijo mi mirada rota hacia Hawke. Tiene la mandíbula apretada, aguantando el dolor mientras sus ojos me buscan, mirando al amigo al que ha estado observando en silencio y apoyando todo el tiempo.

A veces creo que me conoce mejor que yo mismo.

Me rodea con el brazo, me atrae hacia su pecho y me agarra la nuca para consolarme.

Y lloro.

51

Determinación

El tiempo es algo curioso.

Entiendo la necesidad de doblarlo.

Nos vemos en la necesidad de acelerarlo cuando atravesamos momentos difíciles o traumáticos, y de ralentizarlo cuando nos sentimos satisfechos de amor y satisfacción. Pero lo que ocurre con el tiempo es que es constante. Realmente no cambia tanto como uno desearía. Siempre está ahí, haciendo tictac, recordándote que todo tiene un final. Que nuestro tiempo es limitado y que utilizarlo correctamente o no depende de nosotros.

Pero con cada final, también hay comienzos.

Unos pies se acercan a nosotros y enseguida me fijo en las rozaduras negras de las Doc Martins. Al levantar la vista, veo a un hombre de unos cuarenta años, con el pelo oscuro moteado por la evidencia de una carrera estresante.

—¿Son la familia de Johanna Brooks?

—Sí. Sí lo somos —responde Hawke inmediatamente.

Me aclaro la garganta, poniéndome de pie torpemente mientras sostengo mi tobillo en alto. Hawke se une a mí a mi lado.

—¿Se encuentra bien, señor?

—¿Está bien? ¿Qué ha... qué ha pasado? —Pregunto, ignorando su preocupación por mí.

—Ella es, bueno ella es...

—¿Podemos ir a verla? ¿Pregunta por mí? —Interrumpo, impaciente.

La forma en que hace una pausa y la vacilación en sus ojos sugieren que está ansioso por contarme la siguiente información.

—Ella no está preguntando por nadie en este momento —dice con tristeza—. Ella... no está despierta.

—Despierta —¿qué quieres decir? ¿Está durmiendo ahora mismo? ¿Está cansada? ¡¿Qué se ha tomado?!

Hawke me pone la mano en el hombro, presintiendo mi inminente espiral.

—Tomó más de lo que su cuerpo podía soportar. Se apagó con el fin de autopreservación. Está en coma.

Vuelvo a caer contra la pared.

—Lo siento, señor. El fentanilo[28] que encontramos en su organismo hizo que su sistema respiratorio se ralentizara a un ritmo tan extremo que el cerebro se vio privado del oxígeno que necesitaba. Por suerte, al llegar le administramos Naloxona para revertir los efectos. Ha sido intubada y actualmente respiramos por ella. La mantenemos estable, pero no estamos seguros de que haya más daños cerebrales en este momento.

—Fent… —exhalo ruidosamente—. Lo siento, ¡¿dijiste Fentanilo?!

—Sí. —Suspira cansado—. Parece que tenía una mezcla de cocaína y una dosis potencialmente letal de fentanilo.

—Joder. —Me caigo por la pared, con los ojos muy abiertos mientras miro al suelo, intentando digerir las palabras. *¡¿Estos gilipollas están cortando coca con fentanilo?!*

—Tuvo suerte de que la trajeras cuando lo hiciste. Los sistemas no tardan en ralentizarse hasta un punto sin retorno. Hemos tenido múltiples casos últimamente de niños que vienen con síntomas similares y, tristemente, algunas muertes.

Jesucristo.

—¿Puedo verla? —Pregunto, con ojos esperanzados—. Necesito verla.

—Son de la familia, ¿verdad? —pregunta con suspicacia, pasando los ojos de mí a Hawke y viceversa.

—Por supuesto. Soy su marido —escupo rápidamente.

Siento los ojos de Hawke clavarse en mí antes de asentir detrás de mí.

El doctor Zorro Plateado me mira la mano izquierda, arquea una ceja y observa que me falta el anillo.

—Somos new age. No creemos en los inconvenientes tradicionales del matrimonio moderno.

—Mhmm… —tararea, haciendo una pausa como si estuviera decidiendo qué hacer, pero se encoge de hombros, dadas las circunstancias—. Bueno, vaya.

Los monitores pitan, tiene cables conectados por todas partes y un tubo en la boca. Ha recuperado algo de color. Ya no tiene el tono azulado en los labios, y eso me da esperanzas, mientras que la imagen de ella en esta cama de hospital me rompe una vez más.

Siento que se me aprieta la mandíbula y lucho contra las lágrimas. Yo le di las herramientas que la pusieron aquí. La culpa es una putada. La vergüenza que siento me está paralizando. Cuando Hawke camina hacia ella, respiro entrecortadamente. Me dejo caer junto a la cama, agarro su mano con la mía y me la llevo a la boca. Ni siquiera puedo mirarla. Me duele mirarla.

Hawke le arregla suavemente el cabello, su amabilidad hace que se me

salten las lágrimas.

—Mi nena —digo con la respiración agitada, besando sus nudillos—. Joder, Johanna, lo siento mucho.

De repente, el miedo a verla y tocarla se desvanece y me invade la necesidad de volver a sumergirme en su olor. Me inclino hacia delante, beso su frente, luego una ceja, luego una mejilla, antes de acercar mi cabeza al pliegue de su cuello.

—Te daré un minuto —dice Hawke cerca de mí—. Voy a ver a Cole otra vez. Está un piso más arriba.

Cole.

Al instante vuelvo a levantar la cabeza, encontrándome con sus ojos.

—¿Cómo está? —pregunto rápidamente, con una mueca de dolor en los ojos.

Suspira, mira a Han y luego vuelve a mirarme con tristeza.

—Físicamente está bien, la están examinando, pero mentalmente... no está bien. Pero se pondrá bien. Es una chica fuerte.

Vuelvo a mirar mis dedos entrelazados con los de Han. Se suponía que iba a ser el día más feliz de la vida de Cole. Un compromiso con el hombre que ama más que a nada. Sin embargo, aquí estamos, el segundo día más doloroso que ha conocido. Descubrió la verdad tras la muerte de su madre, mientras su hermana yace en el limbo por una sobredosis accidental que podría haberla matado.

—Por muy jodido que suene, me alegro por el bien de todos de que esto haya pasado.

Hawke contorsiona el rostro, mirándome con desconfianza.

—Necesitaba saberlo. —Asiento con la cabeza, mirando a Jo de nuevo—. Y necesitaba desahogarse.

Aprieta los dientes contra la comisura del labio, asintiendo en silencio. Por mucho que le duela la idea de que Cole descubra esta desafortunada verdad, podría ser la clave para arreglar su turbulenta relación. Han y Cole por fin podrán hacer el duelo que necesitan juntas.

—Ojalá no hubiera ocurrido así —digo, arreglándole el flequillo a Jo mientras se me vuelven a saltar las lágrimas.

—A veces las verdades se liberan queramos o no —dice suavemente, encogiéndose de hombros—. Mierda de universo.

Suspiro, apreciando su honestidad.

—Mierda de universo.

Pasan unas horas y sigo a su lado, mirándola. Mi mente se acelera con pensamientos positivos y negativos. No puedo creer que esta sea mi

realidad en este momento. Volverá conmigo. Claro que volverá. Tiene que hacerlo. Lo superará como la luchadora que es.

Entonces sus palabras se infiltran en mi mente tóxica. *Ayudar a alguien a cruzar cuando no puede ayudarse a sí mismo podría considerarse la mayor forma de compasión.*

No. Nunca. Me niego a creer que llegaremos a una situación en la que esa frase suene a verdad. Además, incluso admitió que mata una parte de los vivos hacerlo. Ella nunca querría que matara una parte de mí. Ella va a volver a mí. Tiene que hacerlo.

Apago mi mente pensativa y me concentro en contar sus respiraciones constantes hasta llegar a 1.253. Entra una enfermera con bata de color neón y un afro perfectamente peinado con una diadema a juego, y yo me incorporo un poco.

—¿Cómo está nuestra chica, cariño? —dice, comprobando inmediatamente el monitor de un ordenador junto a la cama.

Ya puedo decir que tiene un aire maternal. Es reconfortante.

—Si lo supiera, te lo diría —respondo pasándome las manos por la cara.

—Bueno, sigue hablando con ella —dice, mirando un papel del monitor que se está imprimiendo en una larga hoja ante ella—. Parece que le gusta.

Mis ojos van de ella a Han y viceversa.

—¿Puede oírme?

—Por la forma en que se lee, cariño, yo diría que sabe que estás aquí. —Sonríe y me guiña un ojo, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta antes de detenerse—. Por eso no voy a dejar entrar a la otra familia todavía.

¿Otra familia? ¿Su padre?

Esperaba que el bastardo estuviera aquí. Pero, ¿cómo iba a saberlo?

El dedo de Han se mueve ligeramente en mi mano, trayéndome de vuelta a ella.

—Estoy aquí, nena. No me voy a ninguna parte —le susurro al oído, apretando su mano contra mi pecho mientras me inclino sobre su cuerpo—. Te amo. Te amo mucho. —Mis dedos rozan su pómulo y huelo ligeramente—. Mi *Snuffleupagus*. Mi pequeña medusa loca que nunca muere. Esa eres tú, Han.

Vuelvo a besarle la frente y la mejilla antes de acomodarme de nuevo en mi asiento junto a ella. Pienso en un recuerdo nuestro para mí, pero decido expresarlo todo en voz alta por si ella está escuchando como me sugirió la enfermera que salió de la habitación.

—Entonces, ¿recuerdas cuando estuve en tu casa por primera vez? ¿La

vez que tropezamos con ácido? —Digo la frase y luego miro rápidamente a mi alrededor con los ojos muy abiertos.

Jesús, el personal del hospital realmente no necesita saber todo esto. Los médicos definitivamente encerrarán mi culo loco.

—La vez que nos saltamos el plácido —me corrijo—. Bueno, en fin, nunca te lo he dicho pero a tu colega Norbert... le gusto mucho. —Sonrío, pensando en lo salvaje que fue aquella noche.

—¿Recuerdas que te dije que empezó a hablarme mientras ayudabas a cuidarme? Me estabas trayendo un vaso de agua, y él empezó a soltar chorradas en el pico. —Pongo los ojos en blanco—. Dijo que yo era muy ingenuo y que tú nunca me dejarías entrar. El muy capullo.

Acabo de llamar gilipollas a un pato muerto. Viviendo mi mejor vida.

—Sabes, incluso me pidió que te trajera de vuelta a él, como si de alguna manera pudiera salvarte... como si en última instancia supiera que yo era el indicado para abrirme paso y llegar a ti.

Hago una pausa, necesito rechinar los dientes. *Hemos llegado tan lejos desde entonces.*

—Bueno... —Me aclaro la garganta, bloqueando el dolor para poder continuar—. En realidad, me dijo que reuniera a la banda. Que reunir a esa retorcida banda de mariachis de alguna manera te traería de vuelta... a él.

Respiro y parpadeo mientras frunzo las cejas.

—Traerte de vuelta... —Me susurro a mí misma, con la mente acelerada.

Entrecierro los ojos y observo el estampado azul pálido y blanco de la manta que cubre a Han.

—La banda.

Me rasco la frente.

—Encontraste a los otros. De alguna manera te los arrebataron, se dispersaron, pero tú los encontraste, ¿no? El pato con la armónica, el sapo de peluche con el poncho de colores tocando el banjo... —Alargo las palabras.

—¡La ardilla con el sombrero negro y la maraca en el bracito retorcido! ¡La he visto! —chillo, con los ojos muy abiertos.

¡La maldita ardilla!

—¡Tu apego a Bran! Dijiste que quedaba un trozo —tartamudeo al darme cuenta—. Una cosa que te unía a él. No era sólo tu trabajo, ¡era esa ardilla! Ese hijo de puta te robó la ardilla, ¡y lo has estado buscando desde entonces! Por eso estuviste buscando en su caja fuerte aquella noche, entrando para ver si la había escondido allí. Por eso has estado llamando a Gerald's Gem buscando que apareciera como él

dijo. Gerald...

Vuelvo a hacer una pausa mientras todo encaja.

—Fui a casa de Gerald —respiro. —Conocí a... —Me entretengo un segundo mientras conecta de verdad.

—Conocí a Larry —le digo mientras asiento enérgicamente—. Tu Larry. Dijiste que estaba enfermo. Está enfermo, pero ahora está con Gerald. Larry te hizo esa banda en su taller, como una celebración, una forma de liberarte de ese pasado que te atenazaba. Ha estado en el taller de Gerald intentando ayudarte a encontrar las piezas, Han.

Me levanto de la silla, cuya base chirría contra el suelo de baldosas, y me inclino sobre ella.

—Larry me dijo que éramos el uno para el otro —susurro incrédulo mientras sigo dándome cuenta—. Dijo que nos arreglamos el uno al otro, pero sólo después de que todas las piezas se hayan roto, todas las grietas en su lugar.

Sacudo la cabeza, mirándola de arriba abajo. Por eso me miró como loca cuando le dije esas palabras. Ya las había oído antes, de él. Estamos rotos. Completamente destrozados, todas nuestras grietas en su sitio. Ahora por fin podemos arreglarnos el uno al otro.

—No tenías ni idea de lo que hizo Bran con esa ardilla —continúo, expresando mis pensamientos. —Ni idea de adónde fue a parar después de robarla. Por eso has intentado permanecer cerca de él... no fue solo para protegerme cuando te diste cuenta de que estaba en su radar. Era para encontrar esa última pieza. La última pareja para completar la banda.

Su meñique vuelve a crisparse en mi mano.

Dios mío. Todo es real. Las palabras de Norbert decían la verdad. Completa la banda y tráela de vuelta.

—No te preocupes, cariño —le digo con confianza al oído, cogiéndole la mano a un corazón nuevo y decidido.

—Estoy a punto de atrapar a esa maldita ardilla.

52

Realidad

La música retumba en las paredes, ahogando el sonido de la mosquitera que salta de la ventana. Asomo una pierna por el borde, casi cayéndome por el lateral de la casa mientras intento mantener el equilibrio. Me agarro al borde del alféizar y me tambaleo un poco antes de inclinar mi peso hacia dentro, cayendo torpemente en la habitación. La oscuridad es total, pero el ruido de la fiesta continúa tras la puerta cerrada de la habitación de Bran.

El más mínimo atisbo de luz procedente de debajo de la puerta de madera me guía hacia ella mientras tropiezo con un montón de ropa o mantas, o algo en el suelo. ¿Quién sabe? Alargo la mano hacia el picaporte, que se abre de golpe. Respiro y caigo de espaldas contra la pared de detrás de la puerta, con las manos levantadas y las palmas hacia fuera, mientras Bran y una chica se abren paso con las bocas entrelazadas.

Ella gime mientras él le agarra el borde de la camisa. Si yo no estuviera interpretando el papel de chico raro que se esconde en la oscuridad para conseguir mi objetivo de robar una ardilla muerta, lo noquearía antes de que llegara a la segunda base.

Pero espero que esté lo suficientemente distraído para que pueda salir de esta habitación.

Siguen besándose mientras él le quita la camiseta y la empuja de nuevo sobre la cama. Justo cuando pienso que voy a tener que esperar a que termine la experiencia sexual que están a punto de llevar a cabo, ella lo detiene.

—Espera, espera... Bran.

No debe estar escuchando porque puedo oírle seguir besándole el cuello. *Maldito cerdo.*

—¡Bran, para! Tengo que coger las cosas antes de que se me olvide.

Se queja.

—¿En serio Cami?

—Mi hermano me matará si no lo hago.

—Que se joda tu hermano —comenta mientras oigo abrirse una cremallera.

Dios, es repugnante.

—¡Bran! —vuelve a gritar su voz quejumbrosa.

Resoplando de frustración, se levanta y se quita de encima de ella en

la cama, sin ayudarla siquiera a levantarse, antes de volver a entrar en la casa por el pasillo. Ella encuentra su camisa en la luz que entra por la puerta abierta y se apresura a seguirle.

Finalmente suelto un suspiro por la afortunada escapada. Al asomarme por la puerta, veo el pasillo vacío mientras la fiesta continúa fuera. Avanzando de puntillas por el oscuro pasillo, veo la puerta que, según recuerdo, pertenece al desván. La abro con cuidado y me deslizo rápidamente detrás de la puerta, cerrándola tras de mí. Subo las escaleras de madera y vuelvo a encontrar la luz sobre mi cabeza.

Ilumino el espacio y entrecierro los ojos para adaptarme a la luz. Cuando todo vuelve a estar enfocado, veo el viejo sofá en el que Brynn y yo nos besábamos y miro hacia la esquina donde estaban las pilas de radios. Allí, oculta en la periferia de la luz, está la carita que me mira fijamente. Siento una oleada de calor y el corazón se me aprieta en el pecho por Han. Nunca me había alegrado tanto de ver a un animal muerto en toda mi vida.

Miro a mi alrededor, encuentro una silla de madera en el extremo opuesto del ático y la acerco a la pila para intentar llegar hasta él. Tambaleándome en el borde, me agarro a su bracito retorcido, aspirando un suspiro cuando la radio que hay debajo cae hacia delante.

—¡Mierda! —Maldigo, sosteniéndolo en mi mano, pero ahora usando mi frente para sostener esta radio vintage para que no se caiga.

Vuelvo a bajar los pies con cuidado sobre la silla, empujo suavemente la radio hacia atrás y vuelvo a equilibrar la pila de ellos antes de soltarlos. No se mueven mientras me alejo lentamente. Exhalo un suspiro nervioso y doy gracias por que la montaña de antigüedades no se haya derrumbado en una devastadora avalancha de destrucción.

Con mi ardilla en la mano, bajo trotando el resto de la escalera de madera. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi cara de bobo mientras me aferro a ella, hasta que abro la puerta y solo me encuentro con unos ojos duros.

Allí, detrás de la puerta del ático, están Bran, Silas, y su pequeña pandilla de lameculos y comeculos detrás de ellos, mirándome fijamente. *No me jodas.*

—¿De verdad creías que entrarías y saldrías de aquí sin que nadie se diera cuenta de tu feo culo? —pregunta Bran, ladeando la cabeza.

Suspiro para mis adentros, sabiendo que realmente no hay salida. Estoy a punto de recibir una paliza.

—¿De verdad creías que mezclarías coca con fentanilo y nadie se enteraría? —replico mientras los ojos de los chicos se abren de par en par a su alrededor—. Tonto de mierda.

No tengo miedo de este capullo. En todo caso, me entusiasma la oportunidad de derribarlo. Sacarlo de su tierra de fantasía del narcotráfico donde cree que reina y devolverlo a la dura realidad donde tienes que pagar tus errores con tu cara.

—Aww, todavía está celoso, chicos. —Se ríe, ¿dando un codazo a Silas, que parece un poco ansioso? —Supongo que tu pequeño compañero morboso no te tiene en tan alta estima ahora que te has quedado sin trabajo, ¿eh?

Por supuesto, él no tiene ni idea de que ella está literalmente en coma por la mierda que está tirando descuidadamente por la ciudad.

Me acerco a él con la ardilla a la espalda.

—Vuelve a hablarme de ella. —le advierto, con los orificios nasales encendidos mientras lo miro con veneno en los ojos.

—Me encanta conocer tu debilidad. —Me sonríe—. Te arrodillarás por ella, sólo para que ella se arrodille por mí.

Sí. Eso es todo lo que se necesita. He terminado.

Lo golpeo. Un buen gancho de derecha a la mandíbula. Su cabeza gira hacia un lado mientras la montaña de hombres viene hacia mí.

Los golpes vienen fuertes y rápidos y de todas partes. Me agarro a la puta ardilla contra el pecho antes de que me la arranquen de las manos y recibo otro golpe en la cara. Recibo unos cuantos golpes antes de que se abalancen sobre mí. Recibo golpes en las costillas, en los riñones, alguien incluso me da un puñetazo en la polla. Esta vez no hay Robo-Hawke que me salve. Se me nubla la vista y el zumbido en los oídos es tan pronunciado que no oigo el grito que hace que los demás se giren.

Lo que sea que haya pasado, tiene toda su atención.

Ruedo sobre mis rodillas con un gemido mientras los chicos corren por el pasillo hacia la aparente conmoción. Al sentir la sangre brotar de mi cara, me toco suavemente un lado de la mejilla y aspiro por el dolor. Probablemente tengo la nariz rota y el ojo izquierdo ya está caliente y a punto de hincharse. Torpemente, me pongo de pie, apoyándome en la pared, entrecerrando los ojos por el ojo bueno. *La ardilla. ¿Dónde está la ardilla?*

Sea lo que sea lo que ha pasado ha hecho que todos se asusten como perras, dejándome y tirándolo a un lado también. Me agacho lentamente y lo agarro, apretando los dientes de dolor antes de girar hacia la habitación de Bran, saliendo de la casa por donde he entrado.

Las sirenas resuenan a lo lejos mientras caigo en el asiento de mi coche. Abrocho a mi ardilla mariachi en el cinturón de seguridad del asiento del copiloto mientras piso el acelerador y los neumáticos chirrían en mi carrera de vuelta al hospital, de vuelta con mi chica.

—¿Señor? —La señora intenta detenerme—. Señor, necesitamos que rellene unos formularios primero.

—No estoy... —Me detengo donde estoy caminando, mirándola—. No estoy aquí para que me cures.

—Señor, necesita ayuda. Ahora, usted está en el lugar correcto, pero necesitamos un poco de información…

—Está conmigo. —Oigo una voz profunda y familiar.

Me vuelvo hacia Hawke, cuyos ojos se abren de par en par antes de que vuelva a poner cara serena y tranquila, mirando a la recepcionista.

—¡Necesita ayuda! —dice con frustración, agitando una mano sobre mi forma sangrante y rota.

—Créeme, lo sé —dice Hawke, agarrándome con una mano por la nuca y llevándome por el pasillo, lejos de la señora.

—¡Gracias por su preocupación, señora del mostrador! Se lo agradezco. —Murmuro antes de que Hawke tire de mí con más fuerza, volviéndome hacia delante.

Al doblar la esquina, me lleva a un aseo y suelta la mano cuando por fin me miro en el espejo.

Jesús.

Tengo la ropa hecha jirones y la camisa rasgada cerca del cuello, dejando al descubierto la clavícula. Me gotea sangre por toda la cara y me cae por la barbilla. Mi camisa es de un nuevo y espeluznante color sangre. Mi ojo izquierdo parece el de un boxeador de segunda, y mi labio inferior parece como si acabara de visitar a mi médico estético local para que me ponga unos rellenos.

—¡¿Qué coño te ha pasado?! —exclama Hawke, sacando una toalla de papel del soporte y mojándola para mí—. ¡¿Y qué llevas?! —Su cara se contorsiona de disgusto ante la presencia de la ardilla bajo mi brazo.

Cojo la toalla de papel e intento limpiarme la sangre seca de la cara.

—Tenía algo que hacer —comento, siseando al tocarme el corte abierto bajo el ojo.

—Ha estado preguntando por ti —dice desesperado, haciendo que se me caiga el estómago.

—¡¿Está despierta?! —Dejo caer los pañuelos al suelo de baldosas.

Sacude ligeramente la cabeza.

—La verdad es que no. Pero le han quitado el tubo de intubación. Te ha estado llamando, murmurando lo que parece tu nombre.

Me doy la vuelta y atravieso de inmediato la puerta del aseo. Mi tobillo hinchado cede y tropiezo con la pared frente a la puerta del baño.

Hawke me agarra rápidamente, levantándome.

—Amigo, no estás bien ahora.

—Sólo llévame con ella, Hawke. —Exijo, con mis ojos clavados en los suyos.

Debe de sentir mi incesante necesidad, porque se limita a asentir con la cabeza antes de rodearme con un brazo y ayudarme a llegar cojeando a su habitación.

Ahora están todos aquí, mirándome con caras horrorizadas. Cole corre hacia mí primero.

—¡Dios mío, Kid! ¿Qué ha pasado? —grita, me coge la cara con ternura y sus ojos brillantes muestran su preocupación.

—No te preocupes por mí. ¿Cómo está ella? ¿Cómo estás tú? —Tartamudeo todo a la vez.

Cole se lame los labios, mira a Han y luego al anciano con un traje demasiado elegante para el hospital que duerme en un rincón.

Supongo que le dejaron entrar.

—Mejor. —Me dedica una débil sonrisa—. Empezamos a hablar. Todos nosotros.

Se me aprieta el corazón en el pecho y tengo la impresión de que ha dicho todo lo que tenía que decir a su hermana mientras ella no podía hacer otra cosa que escuchar. Un desahogo terapéutico, seguro. Pero ella parece más tranquila. Parece extrañamente reconfortada y, por la razón que sea, me alegro de verla así.

—Saldremos de aquí —susurra, secándose una lágrima suelta—. Ella te quiere a ti. Sólo a ti.

El pecho se me llena de un calor que nunca había conocido mientras pongo cara de dolor, apretándome la camisa ensangrentada en un puño sobre el corazón. Cole despierta suavemente al hombre de la esquina, que se incorpora rápidamente y se orienta. Sus ojos

encuentran los míos antes de abrirse de golpe, mirando entre Han, Cole, Hawke y luego a mí otra vez.

Levantándose torpemente, se aclara la garganta.

—¿Tú eres Kai?

Me río al verme por primera vez. El sueño de todo padre. No creo que ningún hombre aprobara este pedazo de hierba de trigo cubierto de sangre, moratones, tatuajes interminables, pelo alborotado y ropa rasgada ante él. No por su hija, al menos.

—Lo siento. Por desgracia, sí. —Frunzo el ceño con un ligero encogimiento de hombros.

Entonces, sorprendiéndome, se aferra a mi sangriento y largo cuerpo. Me rodea con los brazos y me acaricia la espalda. Miro a Cole detrás de él, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos llenos de lo que solo puedo describir como triste agradecimiento.

Se echa hacia atrás del abrazo, sujetándome ambos antebrazos. Tiene su pelo negro y oscuro, aunque esté moteado por la edad, y esos ojos verdes, enmarcados con nada más que venas rojas y atormentadas, son claramente los suyos. La mirada de un hombre que ha visto días mejores, pero que siente el pesado peso del arrepentimiento. Como debe ser.

—Sólo puedo esperar ser un hombre tan bueno como tú algún día —dice con dolor en la mirada.

Bajo las cejas, confuso, y me pregunto qué habrá dicho de mí. Se limita a asentir con la cabeza antes de pasar a mi lado y abandonar el incómodo espacio.

Cole sonríe levemente y me da un rápido abrazo antes de acercarse a Hawke y salir de la habitación. Tengo la sensación de que toda su esperanza reside en que yo esté aquí. Es algo intimidante, si soy sincero.

Los monitores siguen pitando mientras me envuelve el silencio en la sala ahora vacía. Suspiro y vuelvo a acercarme a Han. Agarro su mano, entrelazo los dedos con los suyos y me la llevo a los labios para darle un beso antes de colocarla donde debe estar, contra mi corazón.

—Lo hice, nena —susurro—. La conseguí para ti.

Coloco suavemente la ardilla arrugada en la manta sobre su regazo, entre el hueco de sus piernas.

—Ya puedes volver.

Me quedo sentada un momento, con los ojos recorriendo sus mejillas hundidas, su piel ligeramente más pálida que antes de irme. Sus labios, todavía agrietados y secos por tener ese tubo allí cuando necesitaba ayuda para respirar.

Dijeron que estaba mejor. Incluso murmuró mi nombre, o eso creían. ¿Por qué no se despierta? Necesita despertarse. Hice lo que tenía que hacer. Ahora es su turno.

—Ya puedes despertarte, Han —vuelvo a decir, apretando más fuerte su mano entre las mías—. Estoy aquí. Aquí estoy. Tengo tu ardilla, puedes volver. La banda está completa. Se lo robé a Bran para traerte de vuelta. Te tengo. Te lo dije, te tengo. Ahora podemos ser felices. Se acabó.

Murmuro un sinfín de palabras que empiezo a sentir inútiles, el pitido continuo en mi oído como un reloj de la derrota, haciendo que poco a poco el tiempo a nuestro alrededor parezca estancado. La miro con incredulidad, casi agitándome.

—Vuelve, Han —le exijo, insistiendo como si tuviera el poder de convencerla—. Vuelve.

Un silencio enfermizo me responde, haciéndome cuestionarlo todo. Espero mientras su pecho sube y baja sin cesar, contando de nuevo las respiraciones. No es como el retorcido cuento de hadas que había imaginado. No la beso, le doy una ardilla de peluche y de repente se despierta con una sonrisa. No, así es la vida. Y me recuerda lo injusta y despiadada que puede llegar a ser.

Esperaba algo. Cualquier cosa. ¿Pero esto? ¿Este silencio? ¿Este silencio ensordecedor y desgarrador?

¿Y si ha sufrido más daños cerebrales de los que esperaban?

¿Y si esto no da más de sí?

¿Y si nunca vuelve?

—No —digo en voz alta, respondiendo a mi propio pensamiento y apartándolo.

Pero poco a poco está eliminando la esperanza que había construido a nuestro alrededor, cediendo ante el desafortunado temor de una nueva realidad que se está abriendo paso.

Una realidad que no coincide con la que esperábamos.

53

En directo

Lo siento antes de abrir los ojos.

Me rodea. Aquí, en este espacio desconocido, de alguna manera me mantiene conectado a tierra. Calentándome de pies a cabeza con un peculiar confort.

Es algo que he aprendido a aceptar y a dejar pasar en los últimos meses. Cambiándome en todos los sentidos.

Abro los ojos y el dolor de cabeza es casi insoportable. Hasta que *le veo*.

Tiene el cabello revuelto y alborotado. Mechones rubios que salen disparados en todas direcciones sobre mi regazo. Me cruza los muslos con el brazo y con el otro me agarra algo en el regazo, pero no consigo que mis ojos se fijen en nada.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Me siento agotada. No estoy segura de cómo he acabado con él agarrado a mí en una cama de hospital como si fuera a evaporarme si alguna parte de su cuerpo no está sellada contra el mío. *¿Cómo hemos llegado hasta aquí?* Parece que siempre nos encontramos el uno al otro, condenados por derecho propio, abandonados, perdidos en nuestro propio infierno personal. Tal vez nuestras vidas no estaban destinadas a entrelazarse, pero algo más grande nos unió. O tal vez sólo somos un par de afortunados que encuentran camaradería en el caos. Afortunados de cojones.

Levanto la mano para tocarlo, sintiendo el tirón del esparadrapo y una aguja en la mano, que me hacen estremecer. Sí, definitivamente estoy viva. Un recuerdo de la cena pasa ante mis ojos y mi corazón se hunde. ¿Dónde está Nic? ¿Cómo está? ¿Es así como he acabado aquí? ¿Intenté suicidarme? No, nunca lo haría. Cuando me corto, tengo cuidado. No siento dolor en las piernas como si lo hubiera intentado. Nunca quise morir, sólo aliviar la culpa que nunca me abandona. Nunca podría dejar un mundo con él en él.

Ignoro el recuerdo del dolor y, de todos modos, me acerco a él. En cuanto mi mano toca su suave cabello, se me escapa un suspiro. Lo recorro con los dedos, como hago yo, sujetándole la nuca mientras froto la suavidad con el pulgar. Él trae una paz a mi alma torturada que nunca he conocido. Sé que, pase lo que pase, todo va a salir bien, porque él está aquí conmigo, junto con ese sentimiento de su amor implacable que me ha mantenido con los pies en la tierra. Él me trajo de vuelta, eso lo sé.

Ni siquiera intento enfocar los ojos. Vuelven a pesarme y los cierro.

Siento el peso de su cabeza moviéndose sobre mi regazo.

—¡Su mano! — grita, con la voz entrecortada por el asombro. Mi mano cae a mi regazo cuando se da cuenta de dónde estaba en la parte posterior de su cabeza—. ¡Me ha tocado!

No sé con quién está hablando, pero su excitación es adorable. Ni siquiera se ha dado cuenta de que le estoy escuchando. Le oigo, pero no le veo.

Me cuesta abrir los párpados y entrecierro los ojos para adaptarme a la luz que se filtra por la ventana abierta. Parpadeo varias veces para intentar aclarar la imagen borrosa, hasta que por fin consigo enfocar las cosas.

Se vuelve hacia mí y se me revuelve el estómago al verlo. Siento que aspiro con horror.

Nos quedamos sentados, mirándonos fijamente, con las caras de los dos reflejando la conmoción. Hablamos al mismo tiempo.

—¡¿Qué te ha pasado?!

—¡¿No te acuerdas de mí?!

Mis cejas se fruncen mientras intento entender de qué está hablando.

¿Cree que no me acuerdo de él?

—Han, soy yo... Kai —respira, el pánico en sus ojos me confunde cuando se echa hacia atrás con cautela, como si de repente temiera estar invadiendo mi espacio.

—Eres demasiado intenso para olvidarte, *Big Bird*. —balbuceo, con la garganta ronca y algo dolorida por alguna razón.

Sus ojos se abren de par en par y una enorme sonrisa se dibuja en su rostro. Antes de que él o yo podamos decir nada más, me mete los labios en la boca, me coge la cara por los lados y me deja caer el cabello hasta la frente.

Cierro los ojos y suspiro mientras la sensación de sus labios sobre los míos vuelve a encender un fuego en la boca del estómago. Una sensación que sentí la primera vez que me besó en el capó de su coche aquella noche a la salida del club. Una sensación que nunca había sentido antes de él y que al principio me dejó helada.

Se aparta, su mirada de felicidad desaparece, una nueva mirada de preocupación cubre sus gélidos ojos azules.

—Pensé... me preocupaba... —tartamudea, sacudiendo la cabeza y mirando de mis ojos a mi boca y viceversa.

Sus ojos de pánico me miran antes de soltar un profundo suspiro, como si por fin pudiera hacerlo. Como si ya hubiera empezado a

sumirse en la desesperación. Acaricio su cara ensangrentada e hinchada, sosteniendo su frente contra la mía mientras nos miramos fijamente. Yo, con una mirada de amor, él, con una mirada de asombro, como si acabáramos de tener una segunda oportunidad en la vida.

—Es culpa mía. La droga que tomaste... estaba adulterada —tartamudea, con un ataque de ansiedad—. Sabía que era malo, e intentaba impedir que lo produjeran, pero entonces tú lo tomaste, pensando que era normal cuando lo que necesitabas era adormecerte. Y te puse aquí, en coma. Te puse aquí, y nunca podré perdonarme...

—Kai... no. Mis problemas son míos. —Interrumpo, dejando que la realidad se hunda en mí. *¿Estuve en coma?*—. No podías saberlo...

Se deshace en sus manos sobre mi regazo; la culpa le pesa. Se ahoga en la vergüenza de todo. Pero yo no le culpo de nada. Esto fue culpa mía, y a mí me toca lidiar con mis mecanismos de afrontamiento y arreglar por fin las cosas. Por mí, por Nic, por él.

Vuelvo a acercar su pesada cabeza a la mía, sellando de nuevo nuestras frentes.

—Siento haberte hecho sentir que me habías perdido —susurro contra sus labios, haciéndome eco de sus palabras de otro tiempo.

Entorna los ojos con fuerza, pasándome las manos por el cabello mientras las lágrimas se acumulan y caen por sus mejillas.

Me encanta verle llorar por una sola razón. Lleva sus emociones en la manga. Es mi rasgo favorito, su incapacidad para ocultar lo que siente. Si el llanto de los hombres es un rasgo...

—¿Qué te ha pasado en la cara? —Pregunto, tocando suavemente su ojo hinchado.

—Nada —responde simplemente, quitándole importancia.

—Mentiroso —replico.

—Efectivamente —dice, olfateando mientras una sonrisa de satisfacción se dibuja en la comisura de sus labios.

—¿Doloroso? —Pregunto, preocupada.

Las comisuras de sus ojos se pellizcan como si contemplara la respuesta.

—Merece la pena.

Volvemos a nuestras conversaciones de una sola palabra. Una cosita rara que hacemos pero de la que nunca hablamos.

—Te amo —digo con un suspiro exacerbado—. Te he amado durante tanto tiempo, Kai. Siglos de amor encerrados en unos pocos meses.

Aprieta la mandíbula ante el sentimiento antes de que sus labios

finalmente se separen y un suspiro de alivio lo abandone.

Sus labios vuelven a presionar los míos suavemente, dulce amor en cada beso antes de apartarse ligeramente para decir algo entre nosotros.

—Tenemos que lavarte los dientes, cariño. —Me besa de nuevo como si de verdad no le afectara, pero necesitaba que lo supiera.

La dura afirmación me golpea antes de que estalle en carcajadas. *Este gilipollas sí que sabe cómo hacerme sonreír.*

Se sienta con pura alegría en los ojos, ayudando a sentarme mejor.

Es entonces cuando veo a Chauncy. Se me cae el estómago por segunda vez en el día.

—¡¿Qué?! —Lo alcanzo en mi regazo, sosteniendo la vieja ardilla delante de mí—. ¿Cómo...? ¿Dónde...?

—Norbert no mentía —me interrumpe con una simple sonrisa—. Me dijo que si reunía a la banda, te traería de vuelta. Y lo hice, Han. Te traje de vuelta.

—Lo hiciste, Kai. Me trajiste de vuelta. Te sentí aquí, y de alguna manera la encontraste —grito, abrazándolo a mi pecho—. Mi Chauncy.

—¿Chauncy? —Ladea la cabeza—. Ni siquiera sorprendido.

Llevaba buscándolo desde que Bran dispersó el grupo de mariachis por odio la noche después de enterarse de lo de Sera y yo. Supongo que robarle el nuevo ligue a tu ex puede desatar su ira. Sabía lo mucho que significaba para mí ese pequeño grupo de animales después de que le dijera estúpidamente que tenían tanto significado. Lo que no sabía es todo lo que hace el hombre que tengo delante. Kai conoce mis secretos y me ama aún más por ellos.

Nunca pensé que podría ser adorable después de lo que había pasado. Nunca quise un amor que se apoderara de mi ser, que me hiciera incapaz de vivir sin él, como había visto. Luché para rechazarlo, para negarlo hasta que ya no pude más. Hasta que se filtró en mis venas, en mi sangre, en mis huesos, instalándose en lo más profundo de mi ser como un cáncer sin el que no podría vivir. Sucumbiría a él, moriría para renacer de nuevo con él.

Kai nunca se rindió. Él no permitiría un amor superficial. Quería mi oscuridad como nadie. La ansiaba, lo suplicaba, sabiendo que eran esas partes de mí las que me hacían completa. Eran esas partes que yo no quería que nadie tocara por miedo a dejarles cicatrices con mis bordes afilados. Pero él las tocó. Se aferró a todo lo que yo temía que lo hiciera. Sangró conmigo cuando le corté con mi pasado. Se rompió junto a mí, para que pudiéramos repararnos juntos en una nueva forma, más fuerte que antes.

No sé qué hice para merecer a un hombre como él en mi vida, pero estoy muy agradecida de que me encontrara, hundiera sus garras en mí y nunca me soltara.

—Sólo quiero ser bueno para ti, Johanna —susurra, apoyando su sien cerca de la mía mientras ambos miramos a Chauncy—. Te quiero con todo.

Se me pone la carne de gallina en los brazos. Cada vez que me llama Johanna, parece más real. Ahora él es mi familia. La familia que te encuentra.

—Tú eres bueno para mí —le respondo, volviendo la cara hacia él—. Nadie podría ser mejor.

Vuelve a besarme los labios, como si el tiempo sin mí hubiera sido tan horrible como su cara hace que parezca.

—¿Cómo te sientes? —Me pregunta, pasando su mano por un lado de mi mejilla.

—Confundida, sobre todo —admito. Me apoyo en su mano—. Pero sé que estaré bien.

Me mira fijamente un momento hasta que lo asimilo. Ahora estaré bien, lo sé. Porque él está aquí conmigo. Me besa suavemente en la frente.

—Ahora estoy limpio —susurra tras separarse del beso, mirándome a los ojos con un sutil nerviosismo—. Estoy haciendo cambios. Por nosotros.

Miro a un lado y a otro de sus ojos, leyendo en su mirada.

—Por eso estabas enfermo —digo, comprendiendo por fin—. Kai, ¿te estabas desintoxicando? ¿Por qué no me lo dijiste? —Le acaricio un lado de la cara, sintiéndome fatal, sabiendo que en silencio intentaba luchar contra ello.

—Fue algo que ocurrió. No lo planeé. —Sacude ligeramente la cabeza—. Además, me preocupaba que si lo convertía en algo real y lo expresaba, no lo cumpliría.

Se encoge de hombros ligeramente, como si no fuera para tanto. Pero sí lo es. Y aunque yo haya consumido durante años, sé lo difícil que puede ser dejarlo de golpe, sobre todo con otros consumidores.

La gente consume por muchas razones diferentes. Para sentirse bien, para divertirse, para adormecerse... para olvidar. Cada uno tiene su razón, pero la de Kai siempre parecía velada como un buen momento. Lo que pudo haber empezado como algo divertido y recreativo se convirtió en una muleta para él cuando sintió que no era mejor que las toxicidades que le rodeaban. Lo vi en el poco tiempo que lo conocí. Las drogas se convirtieron en lo único que conocía. Traficar, lo único en lo que era bueno. Se negó a invertir en sí mismo porque nunca

sintió que valiera la pena ni vio una verdadera razón para hacerlo. Era el tipo de persona que vivía para hoy, no para mañana.

El saberlo me trastornó.

No fue hasta que empezó a mostrarme lo obsesivo que podía llegar a ser cuando por fin lo entendí. Tenía una personalidad adictiva y se aferraba a cosas que sabía que podían hacerle daño porque así nunca se sentiría decepcionado. Sabía a qué atenerse. Pero yo quería que se amara a sí mismo como me amaba a mí. Deseaba desesperadamente que amara al hombre que yo sabía que valía la pena amar. Quería que fuera adicto a lo que era y a lo que podía ser.

Al parecer, con el tiempo, había hecho precisamente eso.

Sacudo la cabeza mientras nos miramos fijamente. —Estoy tan asombrada de tu fuerza—.

—Lo dice la chica que acaba de despertar de un coma —Se ríe entre dientes, mientras me acaricia la cara y se le llenan los ojos de lágrimas—. Han pasado tantas cosas. Hay tanto que digerir.

Me lo preguntaba. ¿Qué pasó desde que Cole descubrió la verdad de cómo murió nuestra madre? ¿Qué pasó desde que hice aquel viaje a la cala para encontrar mi liberación de la herida interminable? ¿Qué pasó con él cuando salió en busca del último trozo de un pasado que yo había intentado olvidar activamente pero nunca pude?

¿Sería capaz por fin de superar mi trauma y arreglar la relación con mi hermana? ¿Podría perdonarme algún día por conocer los secretos que guardaba tan profundamente? ¿Podríamos Kai y yo depender el uno del otro sin las toxicidades que nos adormecían? Esto era una especie de nuevo comienzo. El comienzo de un nuevo descubrimiento para afrontar las cosas que nos hacían daño, sobrellevarlas de forma sana y, por fin, solucionar nuestros problemas juntos.

No podría haberlo logrado sin el hombre que derribó mis muros con su amor desmedido y su personalidad autoritaria. Siempre fue justo lo que necesitaba. Lleno de la vida que yo temía. Pero ahora había tiempo para todo eso. Teníamos tiempo, y teníamos que aprovecharlo.

—Ya no tengo miedo a la muerte —admito, cogiéndole las manos y acercándolas a mi pecho. Su frente se arruga mientras escucha atentamente—. Ya no siento la necesidad de alterar el tiempo como antes. No quiero torcerlo, ni acelerarlo, ni ralentizarlo... Sólo quiero vivirlo. Contigo.

Sus ojos se posan en nuestras manos entrelazadas y de nuevo en mis ojos con esos azules cristalinos que ven a través de mí.

Traga saliva, absorbiendo en silencio mis palabras. El hombre de tantas palabras, humilde ante la promesa de crecimiento entre nosotros. Asiente con la cabeza con una sonrisa decidida, como si

supiera que haremos las paces con nuestros pasados y que por fin podremos hacerlo.

En directo.

Epílogo

Lo suyo es extraño.

Se suponía que íbamos de camino a la cena de ensayo, que juraría que empezaba dentro de una hora, pero Kai ha parado en un estacionamiento frente a una serie de edificios de oficinas.

Se vuelve hacia mí con una mirada tonta en su adorable cara mientras estaciona el coche.

—Entonces, ¿recuerdas que nunca te he llevado a una cita?

Frunzo las cejas.

—Eso no es verdad. Comimos hamburguesas vegetarianas, el punto de carne, tu novia, Marg... ¿recuerdas?

Esa fue técnicamente nuestra primera cita en mi libro. Las innumerables sesiones de sexo antes de eso podrían contar, pero Kai quiere ser romántico o algo así.

—No contamos eso. La comida es obligatoria.

Sacudo la cabeza. A veces es tan ridículo. Pero, es por eso que caí tan fuerte.

—Así que de todos modos, pensé en sacarte.

Miro el aparcamiento, mi vestido negro de seda y sus pantalones ajustados y su camisa abotonada.

—Tenemos una cena de ensayo a la que llegar y quieres llevarme a una cita... ¿ahora?

Kai dijo que Hawke ordenó a los padrinos y damas de honor estar en el restaurante a las cinco. Sí, el compromiso finalmente ocurrió. Hawke se arrodilló poco después del caótico incidente y le propuso matrimonio a mi hermana pequeña delante de todos nosotros, en la playa que hay detrás de su casa. Hasta el más frío de los corazones lloró de felicidad. Su amor es digno de admiración.

Su sonrisa se ensancha antes de asentir enérgicamente.

—Sí, ya estamos vestidos. Funciona.

Sale del coche, lo rodea por delante y admiro lo guapo que se ve vestido su alto cuerpo. Hoy incluso se ha peinado el cabello rubio hacia atrás con algún producto. Menudo semental. Mi semental. Quiero comerle la polla. Otra vez.

Me pasé toda la mañana con su polla dentro de mí. Entre mi boca y su boca, tendemos a mantenernos bastante ocupados. Ocupados y satisfechos. Somos animales el uno para el otro.

Me acompaña hasta una de las puertas de cristal de la oficina y la abre antes de que tenga tiempo de leer el nombre del lugar en la ventana.

Un hombre de pie junto al mostrador, vestido con un modesto traje, se vuelve hacia nosotros con una sonrisa fácil.

—Kai, es tan bueno verte de nuevo. —Mira a mi hombre desde sus mechones helados hasta sus botas de combate pulidas—. ¡Dios, te ves genial!

Tira de él para abrazarle y se dan palmadas amistosas en la espalda. En cuanto se separan, el hombre dirige su atención hacia mí.

—Johanna, es maravilloso conocerte por fin. —Me tiende la mano para que la estreche.

Le miro con desconfianza antes de volver a encontrarme con la sonrisa de Kai. Le doy la mano y se presenta como Dave. Entonces me doy cuenta.

—Me trajiste a terapia —digo, mirando a Kai con mi mano todavía en la de Dave—. Para nuestra primera cita.

Levanta las manos, mirando alrededor del lugar.

—¡¿Qué mejor que un poco de terapia para acercarnos?!

El tipo no tiene ni idea de lo que es una cita. Estoy convencido.

Su excitada energía es palpable. Nada en él es normal, y eso me encanta. No es que no hayamos hablado de ello. La terapia es definitivamente algo que necesito para mi propia salud mental. Tengo un montón de traumas encerrados en esta oscura mente mía. El antiguo instructor de clases para borrachos de Kai le ha ayudado tanto, que me recomendó que me reuniera con él también. Pero, en serio, ¿quién lleva a alguien a un terapeuta para una cita? Kai, ese es.

—¿Ha asistido alguna vez a terapia o ha visto a un terapeuta? —pregunta Dave amablemente.

—No, pero mi padre jura por ello—. Digo y sonrío a Kai.

Dave ladea la cabeza, coge un gráfico del mostrador que tiene detrás y revisa rápidamente los documentos.

—¿Tenéis hijos?

—No. —Yo digo.

—Todavía no —aclara Kai, regañándome con la mirada.

Aprieto el labio inferior con los dientes, conteniendo la mirada. Con él nunca se acaba.

—*Deja que te meta a mi bebé, guapa* —debería tatuarse en la frente.

—Tenemos un hámster llamado Rupert, y a Kai le gusta fingir que es el padre biológico. —Entorno los labios y enarco las cejas.

Dave entrecierra los ojos y nos mira a los dos.

—Es el primer animal que tenemos que no estaba muerto —continúo,

tratando de aclarar—. Sólo hemos tenido plantas y animales muertos. Pensé que cuidaríamos de algo vivo antes de probar suerte con los niños.

Dave se queda con la boca abierta.

—Y estamos haciendo un gran trabajo, mamita —añade Kai con orgullo—. Deberías verla con él. Es estupenda.

La expresión en la cara de Dave es para morirse. Parece petrificado.

Kai es ridículo. Literalmente sigue obsesionado con dejarme embarazada. Le dije lo idiota que era, aunque sé que será un padre increíble algún día. Sólo hemos estado viviendo juntos durante unos meses. Se mudó a mi casa poco después de que yo saliera del hospital y desde entonces estamos muy unidos. Debo decir que tener acceso a esa lengua las 24 horas del día, los 7 días de la semana, merece la pena por sí mismo. Vive para despertarse entre mis muslos.

Ha estado ocupado trabajando para obtener su licencia de agente inmobiliario mientras sigue trabajando con Hawke. Solicitó préstamos estudiantiles y fue aceptado en un programa poco después de mudarse. Nunca hubo un mejor vendedor que él. Podía venderle un vaso de agua a un ahogado, este tipo. Mi hombre sexy, ingenioso, encantador y carismático.

Ha estado muy ocupado ayudando a Hawke a ampliar su negocio y comprando una casa para nosotros, aunque yo no paro de decirle que tenemos que seguir ahorrando. Nunca ha estado tan motivado y me encanta oírle explicar su nueva pasión.

Llevo tres semanas trabajando como directora de la oficina de Coastal Ink. Me va genial, y lanzarme a algo nuevo y diferente ha sido muy refrescante. Me gusta la gente con la que trabajo y me siento valorada en la empresa. No me pagan tanto como antes en los barcos de buceo fletados, pero me alegro de haber salido de esa empresa antes de su hundimiento.

Después del accidente, Kai me lo explicó todo. El tráfico, el Fentanol, el problema en el que estaba metido... todo. Pero el destino se encargó de nosotros. La familia y el negocio de Bran acabaron sufriendo enormemente. No sólo yo había sido víctima de la cocaína adulterada, sino que, al parecer, un tipo que estaba en una de las fiestas de Bran con su hermana acabó sufriendo una sobredosis delante de todos. Este momento, por desafortunado que fuera, probablemente salvó la vida de Kai esa noche. Los chicos no le habrían dejado en paz de no haber ocurrido el incidente.

Llamaron a la policía, registraron el local y rastrearon la droga, arrestando a Bran y Silas por posesión, distribución y tráfico. Kai incluso me contó que Silas acabó delatando a un gran capo de la droga llamado Darío al que la D.E.A. llevaba años persiguiendo para

reducirle unos cuantos años de condena. Me sentí muy agradecida que Kai saliera de ese negocio cuando lo hizo, y a salvo, aunque todavía se arrepiente de haber estado involucrado.

Tardó mucho tiempo en encontrar la manera de perdonarse por lo que me pasó, pero lo ha hecho. Igual que yo encontré la manera de perdonar a mi madre. He estado buscando nuevas formas de lidiar con mi dolor en lugar de adormecerlo. Kai y yo dejamos de consumir drogas imprudentes y peligrosas. Seguimos fumando hierba, no te confundas, pero sólo cuando nos relajamos en casa con pizza y una buena comedia.

Lleva limpio cuatro semanas. Hubieran sido diez, pero tuvo un desliz en una fiesta a la que asistimos el otro fin de semana. La presión de los amigos puede ser su perdición, pero ahora es consciente de ello. Inmediatamente después de la fiesta, concertó una cita para ir a ver a Dave de nuevo para volver a la pista, y hasta ahora, lo ha hecho. Estoy muy orgullosa de la persona en la que se está convirtiendo delante de mí. Alguien con metas, ambiciones, empuje, aunque a veces se equivoque. Porque eso pasa, y él es humano. Sigue inspirándome cada día.

—Chrissy —llama Dave a la señora de detrás del mostrador—. ¿Cuánto tiempo tenemos programado para hoy?

Kai me saca la lengua mientras yo contengo una risita por el hecho de que Dave tenga ahora cierta idea del desastre que está a punto de conquistar.

Después de salir de la oficina una hora más tarde, mi maquillaje estaba en ruinas. Hablo de rímel corrido por mi cara. Terapia de mierda.

Kai está apoyado en su coche en el aparcamiento con los brazos cruzados delante del pecho. Me empuja con el codo cuando me acerco.

—¿Cómo te sientes, cariño? —me pregunta Kai, corriendo hacia mí y rodeándome el hombro con el brazo mientras caminamos de vuelta al coche.

Nos detenemos en el lado del acompañante. Me aprieta contra la puerta con las caderas, me rodea con su cuerpo, me pone las manos en las mejillas y me limpia con los pulgares la mancha sangrante de rímel.

Suspiro, mirándole.

—Más ligera ya.

Me mira con admiración. Está orgulloso de mí. Lo siento.

Se inclina y me pasa los dedos por detrás de la oreja antes de sentir su cálido aliento haciéndome cosquillas en el cuello.

—Esto era grande para ti —susurra antes de besarme la piel.

Me trago las emociones mientras él se inclina hacia atrás para volver a encontrar mis ojos.

—Gracias —me ahogo—. Por salvarme cuando negué necesitarlo.

Su pecho se dilata y deja escapar un profundo suspiro antes de mirar mis labios, necesitándolos contra los suyos. Me besa tan dulcemente, con su lengua recorriendo suavemente los míos. Mis manos encuentran su cabello y me abro al beso. Gime en mi boca y mi interior se agita.

Apartándose de mí, sus ojos se cierran mientras nos separa, casi necesitando un segundo para calmarse antes de llevarme encima de su coche frente al despacho de Dave.

—Tienes que dejarme que te meta ese bebé, preciosa. No más tragarte a mis hijos. Dales una oportunidad.

—¡Kai! —Me burlo, golpeando su brazo juguetonamente.

Ha vuelto a las andadas.

—¡¿Qué?! No me gusta que Hawke se me haya adelantado —gimotea como un niño—. ¡Yo quería ser el primero en preñar a una de las hermanas!

Es verdad, no es el primero. Por eso estamos precipitando un poco los acontecimientos de la boda. Cole se enteró mientras estaba en el hospital de que estaba embarazada de su primer hijo. La noticia fue una sorpresa inesperada para ellos, y esperaron a decírselo a nadie, queriendo centrarse primero en mi salud y mi recuperación. Pero la verdad es que una nueva vida motiva a la gente como ninguna otra cosa. La idea de tener una sobrina o un sobrino a los que ayudar a cuidar hace que sólo necesite superarme más.

La sensación de volver a ser una familia es reconfortante. No sólo tengo a Kai, sino también a mi hermana. Hemos tenido muchas conversaciones profundas y sinceras sobre el pasado, y me arrepiento de no haberme sincerado nunca con ella. Es mucho más madura de lo que había imaginado. Lo suficientemente madura como para permitir que nuestro padre vuelva a nuestras vidas. Ha sido duro, pero estamos trabajando lentamente para arreglar esa relación juntos. Un paso a la vez, como dice Kai.

—Bueno, es demasiado tarde para eso —le reitero—. Tienes que centrarte en ser un tío bueno—.

—Lo tengo en la bolsa. —Sonríe, moviendo las cejas—. Ah, y hablando del océano...

Mis ojos se entrecierran confundidos.

—Estábamos en el océano. —Se detiene mientras tuerzo los labios,

arqueando una ceja—. Ya sabes, cuando intenté salvarte y casi me ahogo como un fideo mojado... toda la parte de «salvarme cuando negué necesitarlo» hace un minuto.

Es tan aleatorio con los recuerdos. Me encanta. El anillo de mi lengua se desliza por mis dientes mientras sonrío ante su ternura.

—Así que, como iba diciendo —empieza, abriendo la puerta y ayudándome a entrar. Se sienta en el asiento del conductor y arranca—. Hablando del océano...

Extiende su gran mano, con la palma hacia arriba, esperando la mía. Coloco mi mano en la suya y nuestros dedos se deslizan como cuando se sellan nuestros tatuajes en las muñecas. Empezó a hacerlo cuando nos los hicimos. Es como nuestro pequeño apretón de manos secreto.

Los elegimos el uno para el otro y no los desvelamos hasta que ambos terminamos. Eso demuestra que estábamos hechos el uno para el otro. Yo elegí el pez globo para él y él eligió la medusa inmortal para mí.

Le sonrío cariñosamente mientras nuestras criaturas marinas se aprietan. Me levanta las muñecas, se lleva el dorso de la mano a los labios y me besa suavemente mientras me mira. Una sonrisa lenta y cómplice se dibuja en su atractivo rostro cuando sus traviesos ojos azules se fijan en los míos.

—Mis labios estaban en él primero.

El fin

Ayuda y apoyo en materia de adicciones

Línea de ayuda nacional de SAMHSA: 1-800-662-HELP (4357)

Esta línea de ayuda es un servicio de información 24 horas al día, 365 días al año, para personas y familiares que se enfrentan a trastornos mentales y/o por consumo de sustancias. Este servicio ofrece derivaciones a centros de tratamiento locales, grupos de apoyo y organizaciones comunitarias.

La adicción es una enfermedad. Para cualquiera que esté luchando, sepan que estoy aquí para ustedes en todo lo que pueda.

—No pasa nada si fracasas. Asume que tomaste la decisión de intentarlo, aunque no estuviera planeado. - Hawke

Sobre la autora

MAMÁ

APASIONADOS

VIDAS PARA REÍR

CREA PARA RESPIRAR

A MENUDO SE PIERDE EN OTRA DIMENSIÓN

Correo electrónico: jescie.hall@yahoo.com

IG: jescie.hall

TikTok: jescie.hall

Notas

[←1]

Droga éxtasis.

[←2]

La Educación para la Resistencia al Abuso de Drogas, o D.A.R.E, es un programa educativo que busca prevenir el uso de drogas controladas, la pertenencia a pandillas y el comportamiento violento.

[←3]

Personaje de Plaza Sesamo. Abelardo en AL.

[←4]

Revista para las personas dedicadas a la construcción o remodelación de inmuebles.

[←5]

La oxicodona/paracetamol, que se vende bajo la marca Percocet, entre otras, es una combinación de dosis fija del opioide oxicodona con paracetamol, que se usa para tratar el dolor moderado a intenso.

[←6]

La dietilamida de ácido lisérgico, LSD-25 o simplemente LSD, también conocida como lisérgida o ácido, es una sustancia psicodélica semisintética que se obtiene de la ergolina y de la familia de las triptaminas y que produce efectos psicotrópicos.

[←7]

Adderall es el nombre comercial y denominación más comúnmente utilizada para referirse al medicamento combinado que contiene cuatro sales de anfetamina.

[←8]

OxyContin, nombre comercial del narcótico clorhidrato de oxicodona, es un analgésico que se vende en los Estados Unidos sólo por prescripción. El OxyContin se receta legalmente para aliviar dolores moderados a severos ocasionados por lesiones, bursitis, neuralgia, artritis, y cáncer.

[←9]

Ver definición de Pecs.

[←10]

Grupo de personas que ejerce el poder en un país, en una organización o en un ámbito determinado.

[←11]

Práctica sexual en la que al eyacular el hombre su semen es depositado en la vagina o en el ano, y después es derramado por la mujer

[←12]

Acción de conducir un vehículo bajo la influencia de alcohol, drogas, cualquier medicamento o sustancias controladas.

[←13]

Las películas snuff o videos/vídeos snuff son videos cortos de asesinatos, torturas, suicidios, necrofilia, infanticidio, entre otros crímenes reales con la finalidad de ser distribuidos comercialmente para entretenimiento.

[←14]

La turritopsis dohrnii, anteriormente clasificada como T. nutricula y también conocida como la medusa inmortal, es una especie de pequeñas medusas encontradas en el mar Mediterráneo y en las aguas de Japón.

[←15]

Enfermedad de transmisión sexual.

[←16]

Personajes de Plaza Sésamo, Abelardo y Snuffy o Aloysius en AL, son mejores amigos en el programa.

[←17]

Un chiringuito es un pequeño establecimiento a pie de playa, que ofrece comidas y bebidas, y que posee una terraza o área de mesas al aire libre para sus clientes. Por su carácter vacacional, muchos chiringuitos solo abren durante la temporada alta del turismo, que es en verano.

[←18]

Swag es una palabra del inglés que hace referencia a un estilo o moda particular del ámbito del rap y del hip-hop. En este sentido, alude a una manera de vestir y de comportarse, con un énfasis especial en el modo de caminar.

[←19]

Camionetas que simulan paneles de madera en la carrocería.

[←20]

Hace referencia a una mujer atractiva y considerada deseable sexualmente que, por su edad, podría ser la madre de la persona que emplea el término.

[←21]

El sexting es la actividad consistente en utilizar el teléfono móvil para enviar mensajes de texto de contenido sexual o para enviar fotografías de contenido sexual.

[←22]

Niño.

[←23]

Calamardo Tentáculos, es uno de los personajes de la serie de televisión de dibujos animados Bob Esponja.

[←24]

Kevin Tocino.

[←25]

Huevo Ryan.

[←26]

En inglés se refiere a pussy que significa gatito, y que también significa coño.

[←27]

Chicos carnudos.

[←28]

El fentanilo es un opioide sintético que es hasta 50 veces más fuerte que la heroína y 100 veces más fuerte que la morfina.